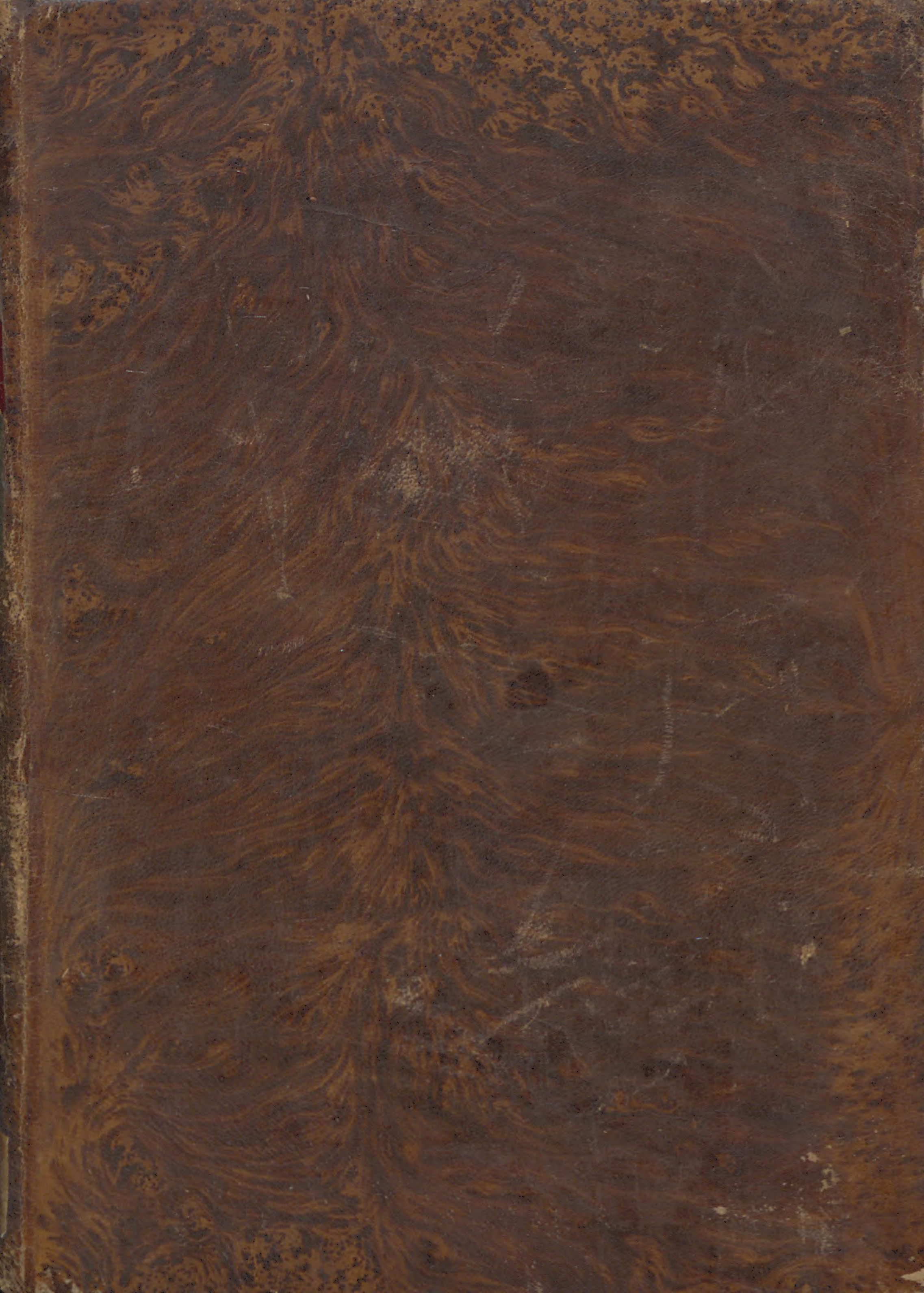
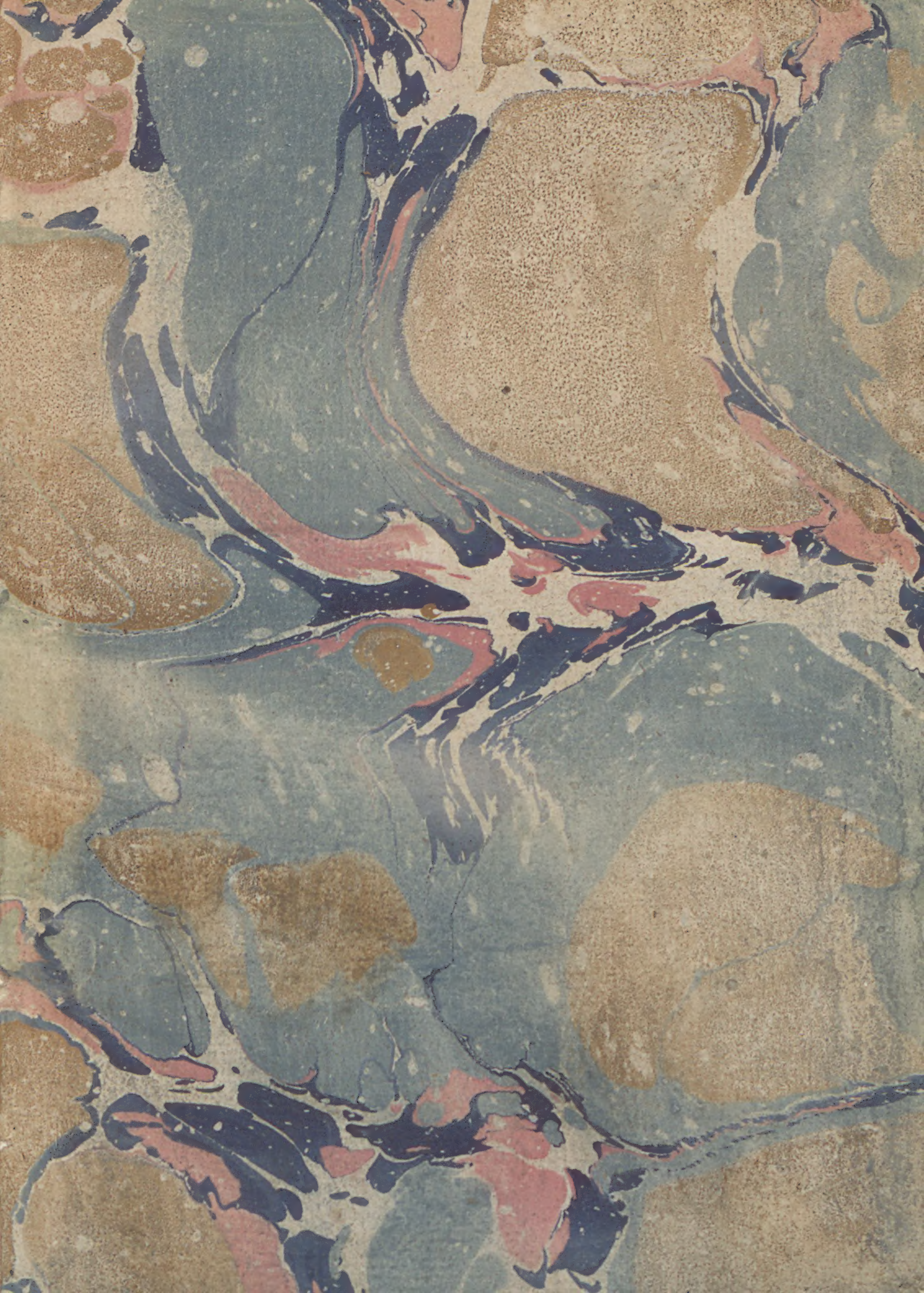
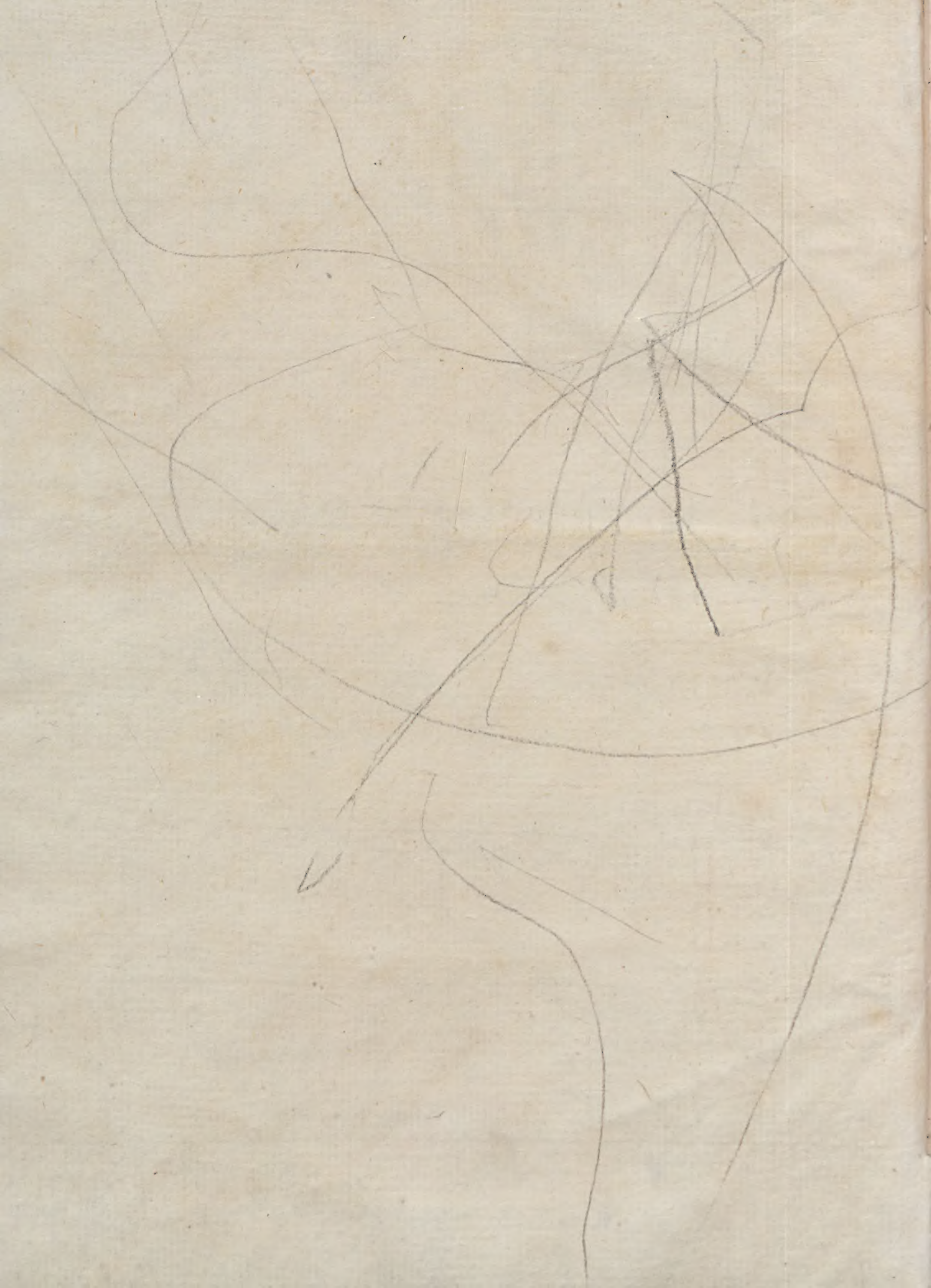








AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

FEBRERO.

AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES
POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO
POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

FEBRERO.



MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.

DIA PRIMERO.

San Ignacio, obispo de Antioquía, y mártir.

San Ignacio, obispo de Antioquía, y mártir, floreció en el primer siglo de la Iglesia. Tomó el sobrenombre de *Teóforo*, que significa *hombre que lleva á Dios*, para dar á entender que llevaba á Jesucristo profundamente grabado en su corazon. Algunos le hacen siro de nacion: Metafráste y Nicéforo aseguran que fue judío, y aun añaden fue aquel niño á quien llamó el Salvador, y colocándole en medio de sus discípulos, se le propuso por exemplar de la inocencia y de la humildad cristiana, segun se refiere en el capítulo 18 del evangelio de san Mateo; pero afirmando san Crisóstomo que san Ignacio nunca vió á Jesucristo, no se puede asegurar cosa positiva en un hecho tan considerable. Lo que no admite duda es, que san Ignacio fue uno de los principales discípulos de los apóstoles, y particularmente del evangelista san Juan. En la escuela de tal maestro no es de admirar hubiese aprendido aquel amor encendido y aquel abrasado celo con que siempre amó al Salvador.

Puédese hacer juicio de la eminente virtud y del sobresaliente mérito de nuestro Santo por la eleccion que hicieron de él los apóstoles para que gobernase una iglesia de tanta autoridad como la de Antioquía, fundada por el mismo san Pedro, y que en poco tiempo floreció tanto, que en élla comenzaron los fieles á tomar el nombre de cristianos. San Anacleto papa, Teodoro y san Juan Crisóstomo son de parecer que fue consagrado obispo por el mismo apóstol san Pedro, y que con la imposicion de las manos hecha por el Príncipe de los apóstoles recibió aquella plenitud de virtudes episcopales de que fue dotado nuestro Santo. Lo que está fuera de toda controversia es, que san Ignacio no gobernó la iglesia de Antioquía hasta que mu-

rió san Evodio, sucesor inmediato de san Pedro, y que la muerte de san Evodio sucedió en el año 69 de Cristo.

Gobernó san Ignacio dicha iglesia casi por espacio de cuarenta años con tanta prudencia, con tanto celo, con tanta felicidad y con tan grande reputacion, que todas las iglesias de Siria recurrian á él como á oráculo. En la persecucion de Domiciano tuvo mucho que padecer; pero nunca abandonó su amada grey en medio de los mayores peligros de la vida. Era tan vehemente su pasion por el martirio, que solia decir, no creia que amaba bien á Jesucristo hasta que derramase por él toda su sangre. Durante aquel tiempo de tribulacion sirvió de gran consuelo á todos los fieles su celo y su caridad: asistia á únos, confortaba á ótros, y á todos los mantenia en la fe.

Habiendo muerto el emperador Domiciano el año 96 de Cristo, y habiéndole sucedido Nerva en el imperio, restituyó la paz á la Iglesia, mandando volver del destierro á todos los que padecian por causa de religion; pero como Nerva murió al año y pocos meses despues de su exâltacion al trono, fue de corta duracion la calma. Sin embargo, se aprovechó maravillosamente san Ignacio de aquella breve tregua para instruir y para alimentar á su pueblo con frecuentes exhortaciones, como tambien para disponerse él mismo al martirio con exercicios de oracion y de penitencia.

Pero si padeció grande persecucion de los gentiles, no la padeció menor de los hereges, que no perdonaron á medio alguno para alterar la pureza de su fe, y para engañar á los demas fieles con artificiosas exterioridades y con especiosos pretextos de severidad y de reforma. "Hay »ciertos hombres engañosos y embusteros, dice el mismo »Santo escribiendo á los de Éfeso, que cubriéndose con »el nombre santo de Dios, hacen cosas indignas de tan »soberano nombre. Huid de éllos como de bestias feroces: »son perros rabiosos que muerden á traicion: guardaos »de éllos, porque su mordedura es dificultosa de curar. »Cónstame que han ido á esa ciudad sugetos de mala doc»trina; pero tambien sé que habeis cerrado las orejas por »no oirlos; sea Dios bendito."

Y escribiendo á los fieles de Esmirna: "Este consejo »os doy, carísimos hermanos mios, para que os podais

»guardar de esas fieras en figura humana, á las cuales no »solo no debeis recibir, pero si fuera posible, ni aun en»contraros con éllas. Contentáos con pedir á Dios que los »abra los ojos para que se conviertan, si puede ser. No »me ha parecido conveniente declarar aquí los nombres »de esos incrédulos; líbreme Dios ni aun de tomarlos en »boca hasta que se vuelvan á su Magestad. Abstiénense »de la Eucaristía, porque no quieren creer que la Eucaris»tía sea aquella misma carne de nuestro señor Jesucristo, »que tanto padeció por nuestros pecados; aquella misma »que el Padre Eterno resucitó por su bondad. Apartáos »de éllos, vuelvo á decir, y no los hableis ni en público »ni en secreto."

Habia mucho tiempo que san Ignacio suspiraba por el martirio, cuando el emperador Trajano, que habia sucedido á Nerva, pasó al Oriente en el año de Cristo de 106, marchando á Armenia contra los partos. Cuando llegó á Antioquía tuvo noticias del celo y del fervor con que san Ignacio predicaba la religion cristiana en todas partes, y de los muchos que convertia con su predicacion. Mandó el Emperador que le traxesen á su presencia; luego que le tuvo delante de sí: ¿*Eres tú*, le preguntó, *aquel Teóforo que no quiere obedecer mis decretos imperiales, y que negándose á sacrificar á los dioses del imperio, engaña á toda esta ciudad, predicando á todos la religion cristiana? Sí señor*, respondió Ignacio, *yo soy el que me llamo Teóforo. ¿Y por qué te llamas Teóforo, ó el que lleva á Dios?* replicó el Emperador: ¿*qué quiere decir eso? Señor*, respondió el Santo, *quiere decir que llevo á Jesucristo profundamente gravado en mi corazon. Pues qué*, repuso Trajano, ¿*piensas que los demas no tenemos tambien en nuestra alma á los dioses inmortales que nos asisten en las batallas, y nos conceden la victoria?* ¡*O Emperador*, respondió el Santo, *y qué gran ceguedad es dar el nombre de Dios á los demonios que adoran los idólatras! Sabed, Señor, que no hay mas que un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, y su único hijo Jesucristo nuestro Salvador, cuyo reyno es eterno.* ¡*Ah, Señor, y qué dichoso seríais vos, qué feliz, qué próspero vuestro imperio si creyérais en él! Doblemos la hoja*, le dixo el Emperador, *y hablemos de otra cosa. Ignacio, ahora solo se trata de que procures darme gusto,*

poniéndome en ocasion de hacerte muchas mercedes, y de honrarte con mi amistad; sacrifica luego á nuestros dioses, y yo te empeño mi imperial palabra que al instante te declararé sacerdote del gran Júpiter y padre del senado. Guarda, ó Emperador, esas liberalidades para otros que las estimen, respondió Ignacio, *que por lo que á mí toca tengo la honra y la gloria de ser sacerdote de Jesucristo, y toda mi ambicion se reduce á sacrificar mi vida por este divino Salvador; que me redimió de la muerte, y me dará otra vida inmortal. Que*, replicó Trajano, *¿por aquel Jesus que fue crucificado en tiempo de Poncio Pilato? Por ese mismo que murió por mí en una cruz*, respondió san Ignacio, *deseo yo dar mi vida, y seré dichoso si son oidos mis deseos.* Irritado entonces el Emperador, pronunció contra él la sentencia de muerte en estos términos: *Mandamos que Ignacio, que dice lleva en sí mismo al Crucificado, sea puesto en prisiones, y que sea conducido por los soldados á la gran ciudad de Roma, para ser en élla echado á las fieras, sirviendo de espectáculo y de diversion al pueblo.*

Apenas oyó el Santo la sentencia, cuando exclamó arrebatado de alegría: *Yo os doy gracias, Señor, porque al fin tendré el consuelo de daros alguna prueba de mi amor sacrificándoos mi vida. ¡Qué honra para mí ser puesto en prisiones por vuestro amor, como lo fue Pablo vuestro apóstol!* y diciendo estas palabras presentó sus manos á las esposas. Hincóse de rodillas, besó las cadenas, y habiendo hecho oracion á Dios con muchas lágrimas por toda la Iglesia, partió de Antioquía y fue á embarcarse á Seleucia, acompañado de dos diáconos de su iglesia, Filon y Agathopo, que no se apartaron de él, y fueron, á lo que se cree, los que escribieron las actas de su martirio.

Despues de muchos trabajos y fatigas llegó san Ignacio al puerto de Esmirna. Permitiéronle entrar en él, donde halló á san Policarpo, su buen amigo, que tambien habia sido discípulo del apóstol san Juan. Fue recíproca la alegría y el consuelo de los dos Santos. Todas las iglesias de aquella provincia le enviaron sus diputados para encomendarse en sus oraciones. Onésimo, obispo de Efeso, Dámaso, obispo de Magnesia, y Polipo, obispo de Tralles, vinieron á visitarle en persona. Desde Esmirna escribió el Santo á estas tres iglesias unas epístolas llenas de aquel

espíritu apostólico que le animaba. "Sean, sean, dice en »su epístola á los efesinos, sean vuestros exemplos otras »tantas lecciones que deis á los impíos y á los hombres »libres. Oponed á su proceder impetuoso y arrebatado »vuestra dulzura y vuestra modestia; á sus injurias vues»tra paciencia y vuestras oraciones; á sus errores vues»tra constancia en la fe. Sean vuestras contiendas sobre »quién ha de padecer mas injusticias, mas pérdidas y mas »menosprecios por Jesucristo. Por este Señor llevo yo mis »cadenas, perlas preciosísimas, que estimo mas que todos »los tesoros del mundo.

»Aunque yo estoy encadenado, escribe á los fieles de »Magnesia, con todo eso no valgo tanto como cualquiera »de vosotros, sin embargo que estais libres. Acordáos de »mí en vuestras oraciones, á fin de que yo llegue á go»zar de Dios; y no os olvideis de la iglesia de Siria, en »la cual no merezco ser contado. Tengo gusto en padecer, »dice en su carta á los de Tralles; tengo gusto en padecer, »es verdad, pero no sé si soy digno de eso. Rogad á Dios »por mí, para que sea merecedor de gozar la porcion que »me está destinada, y para que no sea reprobado."

Habiendo encontrado san Ignacio en Esmirna algunos fieles que iban á Roma, y habian de llegar antes que él, los entregó una carta para los otros fieles de la misma Roma, en que con los términos mas vivos les descubre los verdaderos dictámenes de su corazon, y los conjura para que no hagan diligencia alguna en órden á librarle de padecer la muerte por Jesucristo. "Temo, dice, que vues»tra caridad me sea perniciosa, y que pongais algun es»torbo al cumplimiento de mis deseos; porque ni yo lo»graré jamás tan bella ocasion de ir á mi Dios, ni voso»tros me podréis hacer mayor merced que dexarme con»sumar mi sacrificio. No podeis solicitarme otro bien mas »estimable, que no impedir el que me sacrifique á mi »Dios, mientras el altar está pronto, y solo se espera »la víctima. Esto suplico, y no querais amarme fuera de »tiempo. Dexadme servir de pasto á los leones, porque »soy trigo de Dios, y debo ser molido por los dientes »de las fieras; deseo que su vientre sea mi sepultura, y »que no dexen ni reliquia de mi cuerpo. A la verdad se »pudiera decir, que desde Siria hasta Roma voy lidiando

»con unas bestias feroces; porque estoy preso y atado en »medio de diez leopardos, que cuanto mejor se hace con »éllos, peor me tratan á mí; pero me tengo por dicho»so en padecer este exercicio por amor de mi Señor Je»sucristo. Quiera Dios que encuentre luego que llegue las »fieras aparejadas para despedazarme. Ninguna cosa te»mo mas que el que me perdonen, como lo han hecho con »algunos discípulos de Cristo; si sucediera esto, yo mis»mo las irritaria. Perdonadme, que yo sé lo que me con»viene: sí, dígolo intrépidamente; ninguna criatura visi»ble ni invisible puede estorbarme ir á Jesucristo. El fue»go, la cruz, las fieras, la separacion de mis huesos, la »division de mis mis miembros, la destruccion de todo mi »cuerpo, toda la malicia de los mismos demonios, nada »será capaz de hacer titubear mi fe, ni de debilitar mi »amor, ni de disminuir mi aliento; nada podrá espantar»me ni perjudicarme, con tal que posea á Jesucristo. To»dos los gustos del mundo, todos los reynos del siglo nada »son; mas vale morir por Cristo, que ser rey de toda la »tierra. En vano se lisonjea de amar á Jesucristo el que »ama al mundo; por lo que toca á mí, solo vivo para »morir por Jesucristo."

Obligado san Ignacio á embarcarse antes de lo que pensaba para pasar á Nápoles de Macedonia, escribió á san Policarpo una carta verdaderamente apostólica, llena de las mismas máxîmas y del mismo espíritu que las precedentes. Fuera de estas cinco epístolas tenemos todavía otras dos de nuestro Santo, una á los de Filadelfia, y otra á los de Esmirna; todas en el mismo tono, y abrasadas con el mismo fuego.

Los soldados que escoltaban á Ignacio temian llegar tarde á Roma para los juegos que se celebraban por aquel tiempo, y estaban ya para acabarse. Con este miedo apresuraron la marcha extremadamente; pero siempre caminaban con lentitud para las ansias de nuestro Santo. A la primera noticia de su venida salieron á recibirle tropas enteras de cristianos, así de Roma como de los lugares vecinos. Luego que entró en aquella ciudad, se hincó de rodillas con los cristianos que le rodeaban, y ofreciéndose á su Dios como víctima que estaba pronta á ser sacrificada, le pidió por la paz de la Iglesia. Despues fue

conducido al anfiteatro, é inmediatamente fue expuesto á las fieras á vista de los paganos que habian concurrido á celebrar la profana fiesta que se llamaba *de los Sellos*. Oyendo el Santo el rugido de los leones hambrientos, dixo en alta voz lo que habia escrito á los romanos: *Yo soy trigo del Señor, y debo ser molido por los dientes de estas fieras para poder ser ofrecido como pan puro á Jesucristo.* Un instante despues fue despedazado por los dientes de los leones, como lo habia deseado, oyéndosele pronunciar el santo nombre de Jesus hasta el último suspiro. No quedaron de todo su cuerpo mas que algunos huesos que recogieron los cristianos, y pocos dias despues fueron conducidas estas preciosas reliquias á la ciudad de Antioquía, donde fueron recibidas y reverenciadas con singular veneracion y con extraordinaria piedad. Sucedió el martirio de san Ignacio el año del Señor 107, á los 20 de diciembre, segun la opinion de casi todos los orientales; pero la Iglesia latina celebra su fiesta en el dia 1 de febrero que, segun Beda y algunos ótros, fue el de su muerte.

Aseguran algunos escritores que este Santo no fue despedazado, sino sufocado por los leones; y que despues de muerto le abrieron para ver si era verdad que tenia grabado en el corazon el dulce nombre de Jesus, como él mismo lo decia muchas veces; y que con efecto se halló esculpido en él con letras de oro este dulcísimo nombre. Pero como todos los autores antiguos callan este hecho, se puede verisímilmente creer que esta opinion no tuvo otro fundamento que los vivísimos términos de que se valió san Ignacio para explicar el ardiente amor que profesaba á Jesucristo.

Despues que la ciudad de Antioquía fue tomada y casi arruinada por los persas y por los sarracenos, se trasladaron á Roma las preciosas reliquias de nuestro Santo, y se colocaron en la iglesia de san Clemente, donde estan tenidas en grande veneracion. Celebróse esta traslacion el año 540, como dicen únos, ó como mas probablemente quieren ótros, el de 639.

La misa es en honor del Santo, y la oracion es la que se sigue.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Ignatii martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios todopoderoso, atiende á nuestra flaqueza; y pues estamos oprimidos con el peso de nuestros pecados, ampáranos por la intercesion de tu glorioso mártir y pontífice el bienaventurado Ignacio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 8 *del apóstol san Pablo á los romanos.*

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? (sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: æstimati sumus sicut oves occisionis). Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada? (como está escrito: Por ti cada dia somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo). Pero en todas éstas somos vencedores por aquel nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesus Señor nuestro.

NOTA.

»Despues que san Pablo corrió la Macedonia, pasó á »Grecia, y en élla se detuvo tres meses. Volvió á Corin»to la tercera vez, como él mismo lo habia prometido: »estando ya para restituirse á Jerusalen, escribió á los »cristianos de Roma, cuya fe y cuya piedad era ya cele»brada en todo el mundo. Escribióse esta epístola el año »48 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

¿*Quién nos separará del amor de Jesucristo*? ¿Debieran hablar otro lenguage los cristianos? Cuando se conoce, cuando se ama á Jesucristo, ¿se pueden tener otros dictámenes? El aliento y la confianza son inseparables del verdadero amor de Dios. Amor que se extingue con las tribulaciones, no es realidad, es apariencia de amor. Lejos de apagarse este divino fuego con los impetuosos vientos de la persecucion, le hacen crecer mas. Al amor de Jesucristo sirven de cebo las adversidades; no debe temer las cruces; los enemigos que propiamente ha de temer son la abundancia, las honras y los placeres. ¿Cuántas veces vencieron las dulzuras de la paz á aquellos mismos que triunfaron de los tiranos? ¡Qué consuelo, saber que nada me puede apartar de este divino amor si yo no quiero! Solo debo desconfiar de mí mismo; nada debo temer sino al pecado.

¿*Quién nos separará del amor de Cristo*? ¿*será la tribulacion*? ¿*serán las angustias*? ¡Ah, que éllas sirven grandemente para nuestra santificacion! no hay cosa mas oportuna para extenuar nuestras pasiones; son, por decirlo así, el contraveneno de nuestro amor propio. ¿*Será la hambre*? ¿*será la desnudez*? Pero cuando se ve á Jesucristo nacer y morir en pobreza, ¿se la podrá mirar como trabajo ó como desgracia? ¿*Será el desprecio*? ¿pero cómo puede ser mientras estoy oyendo que mi Salvador me acuerda, que si el mundo me aborrece, primero le aborreció á él? En fin, ¿*será la persecucion*? ¿*será la espada*? ¿pero quién ignora que, segun nos lo advierte el mismo Jesucristo, todos los que quieren vivir piadosamente, padecerán persecucion? Mientras el mundo tenga secuaces, mientras haya disolutos, mientras haya impíos en el mundo, la virtud será bien exercitada; pero ¿quién no sabe que la virtud se perfecciona en la adversidad como el oro se purifica, se acrisola con el fuego? ¡Mi Dios! ¿cuándo podrémos decir con el Apóstol: *Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo mas alto, ni lo mas baxo, ni otra alguna criatura me podrá separar del amor de Dios*? Pero ¿quién tendrá la culpa de que al presente no lo podamos decir? ¿Qué

criatura puede presumir competencias con un Dios? Y cuando se trata de amar á todo un solo Dios, ¿qué objeto criado debe pretender que reparta con él mi corazon, mi estimacion, mi cariño? Dignidades, honras, riquezas, placeres, títulos grandes y pomposos, que significais tan poco, ó tan nada, ¿podréis por ventura hacerme perder la amistad de mi Dios? ¡Qué locura, preferir un relámpago, una sombra de placer, y de un placer fugitivo, vacío; de un placer que se nos escapa de entre las manos, á una felicidad real, llena y eterna! Solo el amor de Dios llena el corazon, solo él le satisface; el amor de Jesucristo vale y sirve por todo.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit amimam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificavit eum Pater meus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Del amor propio.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no tenemos peor enemigo que á nosotros mismos. Nuestras pasiones, nuestro genio, nuestras inclinaciones viciosas, todo conspira á perdernos; nuestro amor propio es nuestro suplicio. No es menester ir lejos para encontrar el verdadero principio de nuestras inquietudes; el origen de nuestras desazones, de nuestras pesadumbres y de nuestras lágrimas está en el fondo de nuestro corazon.

Nuestras pasiones son nuestros propios tiranos; y toda la viveza, toda la lozanía que tienen se la deben á nuestro amor propio. Amámonos demasiado; y de aquí proviene que seamos tan ciegos ácia el interes, tan ardientes ácia los placeres, y tan delicados en todo lo que puede lastimar aun ligeramente nuestro orgullo. Amámonos demasiado; y en esto consiste toda nuestra desgracia. ¿Pero es amarse el perderse? Quien ama su vida, la perderá: este es el fruto de nuestro amor propio; no hay condenado que no haya sido el artífice de su perdicion; y esto solo porque se amó demasiado.

¿Qué vicio hay en el corazon que no esté, por decirlo así, alimentado á costa del amor propio? ¿y qué facilidad no hallaria la virtud entre los fieles, si el amor propio fuera menos poderoso? El pecado no tiene mas miel ni mas atractivos que los que el amor propio le presta. Por poco entendimiento, por poca religion que se tuviese se le miraria con horror; pero el amor propio cautiva el entendimiento, debilita la fe y nos domestíca con el pecado. ¿Podemos tener nunca mayor enemigo que temer? ¿pero acaso le miramos como tal? ¡Mi Dios, y cuánta verdad es que el que en este mundo aborrece su vida, la asegura para la eternidad! ¡cuánta verdad es que el que entrega su corazon á los deseos desordenados, el que lisonjea los sentidos, el que pasa los dias de su vida en la delicadeza, en los regalos, en las delicias, pierde su alma! *Destierra del mundo el amor propio*, decia san Bernardo, *y desterrarás el infierno.*

¡Ah, Señor, y cuándo dexaré yo de amarme tan á costa mia! Demasiadamente lo he hecho hasta aquí; haced que me aborrezca, y entonces comenzaré á amarme verdaderamente.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nunca se ama uno mas, que cuando se aborrece á sí mismo, en el sentido del evangelio. El mundo gusta poco de esta verdad; ¿pero será menos verdad porque no sea á gusto del mundo? Oigamos otra vez á la misma verdad eterna, que dice: *Que quien ama su vida, la perderá; y que quien la aborrece en este mundo, la asegura para la vida eterna.* ¿Qué hay que replicar á este oráculo?

Amarse uno á sí mismo es desearse bien; pues es muy cierto que ninguno se desea tanto bien como el que mas se aborrece. Niégase entonces muchos gustos, muchas satisfacciones, es verdad; ¿pero hallaríase una sola que no fuese contraria á nuestra salvacion? Mortifícanse las pasiones; ¿pero hay alguna que no pueda sernos perniciosa? Tiénense á raya los sentidos; ¿pero por qué? porque estan de inteligencia con el enemigo. Abrázase, llévase la cruz; pero no hay otro camino que guie á la vida. Esto es lo que se llama aborrecerse uno á sí mismo. ¿Y no es esto amarse verdaderamente? Vuelve los ojos ácia el exemplo de todos los santos; qué te parece, ¿andaba errado san Ignacio cuando deseaba las cadenas, cuando nada temia tanto como ser perdonado de las fieras? Aborreció su vida en este mundo; mas por eso la aseguró en la eternidad.

¡Mi Dios, y qué poco se aman los hombres del mundo, cuando solo suspiran por lo que los ha de atormentar y los ha de perder! ¿Qué enemigos los pudieran hacer tanto mal como el que éllos se hacen á sí mismos? Éllos se sacrifican al mundo, que no es mas que un vano fantasmon, hasta abreviar sus dias, y hasta vivir en perpetua amargura. Cuidados infinitos, enfados mortales, crueles remordimientos, penas eternas, estos son los frutos naturales del amor propio; ¿húbolos nunca mas amargos?

¡Ah, que las almas justas, los buenos, los piadosos se aman realmente con un amor propio mas fino, mas delicado, mas prudente y mas verdadero! ¡De cuántas pesadumbres, de cuántas miserias nos libra la regularidad y su retiro! ¡cuántas felicidades los produce su sabia mortificacion!

Hasta este momento, Señor, no habia comprendido yo el verdadero sentido, el secreto y toda el alma de vuestras palabras. Mi amor propio me tenia engañado; por mucho tiempo me ha tenido gimiendo y reventando, sin advertir, ó á lo menos sin querer desengañarme de que él era el enemigo de mi quietud y de mi salvacion. Ya conozco hoy mi ilusion, y la detesto; estoy resuelto con vuestra divina gracia á no amarme en adelante, sino como se amaron todos los que hicieron profesion de ser vuestros verdaderos discípulos.

JACULATORIAS.

Defecit caro mea et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum. Salm. 72.

Ya no habrá mas delicadeza, ya no habrá mas amor propio; vos, Dios mio, Dios de mi corazon, vos solo le poseeréis todo en adelante.

Beati omnes qui diligunt te, et qui gaudent super pace tua. Tob. 13.

Bienaventurados los que no aman otra cosa que á vos, Dios mio; los que no hallan otro placer ni otro gusto que en agradaros y amaros.

PROPOSITOS.

Inútilmente se conoce el veneno del amor propio, si no se aplica la precaucion ó el contraveneno para librarse de él. Considera hoy el imperio que hasta este dia ha exercitado sobre ti, y cuántas faltas te ha hecho cometer: la pereza en levantarse por la mañana, el nimio cuidado en librarse de todas las incomodidades del tiempo, cierta delicadeza refinada en la comida, un estudio importuno y enfadoso en hacer servir, una contínua aplicacion á buscar todas las conveniencias, cierto fondo de sensualidad regalona que se derrama en todas las acciones de la vida, todas son señales poco equívocas de nuestro amor propio. Exâmina cuáles son aquellas en que caes con mayor frecuencia, y no salgas de tu cuarto sin haber hecho propósito á los pies de un Crucifixo de cortarlas y de corregirlas. Apunta tambien las que en particular has resuelto mortificar en este dia.

2 El amor propio es muy sutil, sobre todo es ingenioso en eludir cuanto puede contradecirle, cuanto le mortifica y le violenta. No te contentes con conocer y condenar todo lo que le puede nutrir; declárale la guerra desde este mismo punto; y no se pase el dia sin que hayas conseguido de él por lo menos alguna victoria. Para esto ves aquí lo que podrás hacer prácticamente: primero, en este tiempo de invierno cierto fondo de delicadeza y de regalo te inclina á estar siempre sobre la lumbre; haz pro-

pósito de no arrimarte á élla sino despues de comer; ó si te apretare tanto el frio que no puedes trabajar sin calentarte, que sea en pie y muy de paso. Esta ligera mortificacion agradará tanto mas al Señor, cuanto es mas sensible y mas contraria al amor propio. Segundo, aunque la urbanidad y la cortesanía son por lo comun efecto de buena crianza, se puede decir que la urbanidad y la grosería muy regularmente son obra de mortificacion y del amor propio. De hoy en adelante has de ser muy exâcto en todas las obligaciones de la urbanidad y de la atencion cortesana, no solo con los superiores, sino con tus iguales, y aun con los que son inferiores á ti. Hallaráse el amor propio como comprimido y violentado; murmurará, quejaráse de que se le vulneran sus derechos; pero tú hazte sordo á sus quejas, no hagas caso de sus murmuraciones, y presto conocerás que de ordinario el ser desatento nace de no ser mortificado. Tercero, no pidas hoy á tus criados acto alguno de servidumbre que no sea con paciencia y con dulzura. Si alguno es olvidadizo, tardo ó perezoso, sufoca los movimientos, los ímpetus de indignacion que te causa su negligencia, é imponte á ti mismo una como ley de hablarle con sosiego y con tranquilidad. Algunas veces será mejor no reprenderlos, especialmente por descuidos leves, por menudencias, que contentar al amor propio, corrigiéndolos con impaciencia ó con calor. Cuarto, ¿te han dado alguna desazon? ¿jugado alguna pieza? no solo no has de conservar resentimiento, pero ni hablar en la materia con el mayor amigo tuyo; nútrese mucho el amor propio con esta especie de confianzas; se le mortifica muy sensiblemente cuando se calla.

DIA SEGUNDO.

De la Purificacion de nuestra Señora, vulgarmente llamada la Candelaria.

La fiesta de este dia comprende dos grandes misterios; la Purificacion de la santísima Vírgen, y la Presen-

tacion de Jesucristo. La mas pura de todas las vírgenes, que viene á sujetarse á la ley de la Purificacion; y el Santo de los santos, el Sacerdote eterno del nuevo testamento que viene á ofrecerse al Señor como sagrada víctima. María madre de Dios, la mas santa de todas las mugeres viene á ofrecer un sacrificio de expiacion; aquella que jamas contraxo la menor mancha; el Hijo unigénito del Padre Eterno, el Redentor de todos los hombres quiere ser rescatado para inmolarse á sí mismo por nosotros en el Calvario; doble sacrificio en doble misterio. La mas tierna de todas las madres, que élla misma viene á ofrecer en sacrificio á su hijo; la mas pura de todas las vírgenes, que por humildad quiere ser confundida con todas las demas mugeres; María en la Presentacion sacrifica por amor de los hombres la cosa que mas ama como madre, que es su hijo; en la Purificacion sacrifica, por decirlo así, lo que mas aprecia como vírgen, que es la gloria de la misma virginidad. ¡Cuántos misterios se encierran en un solo misterio! un Dios víctima, una vírgen que solo toma el título y la cualidad de madre; un santo profeta, que teniendo en sus brazos al Mesías, desenvuelve todo el secreto y toda la economía de nuestra redencion; todo este conjunto nos predica hoy el amor de un Dios para con los hombres; la ternura de la madre de un Dios para con los pecadores; el culto de la religion; la perfecta sujecion á la ley; el mérito de la humildad, y la importancia de la salvacion. ¡Qué rico mineral de saludables reflexíones para quien cala bien el espíritu de este misterio!

Cuando el Señor dió la ley á su pueblo, ordenó que las mugeres paridas, por algun tiempo despues del parto, se abstuviesen de entrar en el templo, y de tocar cosa alguna de las que fuesen consagradas al culto. Este tiempo se limitó á cuarenta dias, siendo hijo lo que pariesen, y á ochenta siendo hija, con la obligacion de que pasado este respectivo término, la madre se presentase en el templo, y ofreciese al Señor en holocausto un tierno corderillo en accion de gracias por su feliz alumbramiento, y un pichon ó una tórtola para expiacion del pecado; es decir, de la impureza legal, pero que si la recien parida fuese pobre, en lugar del corderillo ofreciese otra tór-

tola ú otro pichon; los cuales ofrecidos al Señor por el sacerdote, quedase purificada.

Ademas de la ley que hablaba de la purificacion de la madre, habia otra que particularmente se entendia del hijo primogénito. *Si el primer fruto del vientre de la madre fuere hijo*, dice la escritura, *le separaréis para el Señor, y se le consagraréis.* (Exod. 13.) Por esta ley todos los primogénitos de los hijos de Israel debian ser dedicados al ministerio de los altares; pero porque Dios habia escogido para este empleo á los hijos de la tribu de Levi, ordenó que los primogénitos de las otras tribus, no debiendo servir en el templo, fuesen presentados al Señor como primicias que se le debian, y que despues fuesen rescatados á precio de dinero: *pretio redimes.* (Num. 8.)

Es cierto que la ley de la purificacion de ningun modo comprendia á María, porque habiendo concebido por obra del Espíritu santo, y siendo madre sin dexar de ser vírgen, no tenia necesidad de purificarse; y consiguientemente no debia entenderse con élla esta ley. El milagroso nacimiento de Jesucristo solo habia contribuido para hacer mas pura á su madre; pues, *unde sordes in virgine matre*? exclama san Agustin (*lib. de Adv. 5. hæres.* 5.) ¿De dónde habia de venir mancha ó impureza á aquella doncella que supo ser madre sin dexar de ser vírgen? ¿Cómo habia de hacerse lugar la inmundicia en aquel castísimo seno en que el Verbo se hizo carne? Entré en él (dice el Señor en pluma de Agustino) como en mi santuario; halléle puro, y no le dexé menos puro que le hallé. No te cause admiracion este milagro; porque *mater est mea, sed manu fabricata mea*: aunque fue mi madre, pero fue madre mia, y fabricada para tal por mi misma mano.

Sin embargo, la purísima María se sujeta voluntariamente á una ley, que solo se entendia con las mugeres comunes. Considérese el amor que tenia á la virginidad, y mídase por aquí la grandeza del sacrificio que hace inmolando hoy á vista de todo el pueblo aquel concepto en que, por decirlo así, colocan las vírgenes su mayor gloria. Bástala que sea un acto de humildad y de religion para no querer dispensarse de él; para no usar, para no

hacer caso de su privilegio. El exemplo que la habia dado de su mismo Hijo al octavo dia de su nacimiento, sujetándose á la ley de la circuncision, no la permite darse élla por dispensada de la purificacion á los cuarenta dias de su parto. ¡Qué confusion! ¡qué vergonzosa advertencia para aquellas personas que se dispensan en las obligaciones mas esenciales de la religion con el vano título de la dignidad ó del nacimiento!

Fue la Vírgen al templo el dia señalado por la ley; y siguiendo en todo el espíritu de su Hijo, ofreció por él y por élla dos pichones que la ley mandaba ofrecer á los pobres. Es verdad que teniendo la dicha de ofrecer á Dios el Cordero inmaculado, cuya sangre habia de purificar al mundo, pudo no ser muy necesario que le ofreciese el otro cordero, que solo era figura de éste, segun la inteligencia de la ley.

Pero si la Señora hizo en este dia un gran sacrificio como vírgen por su purificacion legal, no le hizo menor como madre en la presentacion en su querido Hijo. Fácilmente se puede discurrir que el que hizo la ley no estaba obligado á élla; con todo eso se sujetó á su observancia, y María ofreció cinco siclos por su rescate. No dió este precio por eximir de la obligacion de servir á los altares al que sabia bien que era el sacerdote eterno, y hostia de propiciacion por la salud de todos los hombres; antes bien en esta misma cualidad la Madre le ofreció, y el Hijo se ofreció á su Eterno Padre. Era pues la ceremonia legal, por decirlo así, no mas que la corteza del misterio; el sacrificio del Hijo y de la Madre era todo interior. Por esta oblacion comenzó hoy Cristo en el templo el sacrificio de nuestra redencion, que habia de consumar en el Calvario.

Instruida María del misterio, cuando hoy le ofrece en el templo á su Eterno Padre, le ofrece en cierta manera á la cruz. Se puede decir que si le rescata es porque todavía estaba la víctima tierna, por reservarla y por criarla para este grande sacrificio. Aseguran unánimes los padres que esta oferta la hizo María de plena deliberacion y con toda su voluntad, en cuya atencion la dan el glorioso nombre de Reparadora del linage humano. Por la misma razon la aplica san Buenaventura aquellas pa-

labras de que usó el Apóstol para explicar el exceso del amor que Dios tuvo á los hombres: *Sic María dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*: de tal manera amó María á los hombres, que los dió á su unigénito hijo.

Concibe ahora, si es posible, cuánto costaria este sacrificio á la mas tierna de todas las madres. No solo sabia entonces en general que aquel querido Hijo habia de dar la vida por nuestra redencion, sino que, como lo afirma el abad Ruperto, estaba viendo individualmente con los ojos del alma hasta los mas menudos tormentos y dolores que habian de acompañar á su afrentosa muerte; y presentando hoy esta divina víctima al Señor, dió principio al sangriento sacrificio. Por eso no se debe admirar que hubiese observado tan profundo silencio cuando su Hijo fue condenado á muerte; pues ya habia dado su consentimiento para élla en la oblacion que hizo en este dia.

Cuando la santísima Vírgen entró en el templo, se hallaba en él un venerable anciano llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que largo tiempo habia estaba suspirando por la venida del Salvador, que habia de ser el consuelo de su pueblo. El Espíritu santo de que estaba lleno, y que le habia dado una cierta oculta seguridad de que no moriria sin haber visto con sus ojos al Cristo del Señor, con cuyo fin le conduxo en esta sazon al templo, le dió á conocer interiormente que aquella muger era la Madre de Dios, y que el hijo que llevaba en los brazos era el Mesías verdadero. Arrebatado entonces de un extraordinario ímpetu de amor, de agradecimiento y de alegría, tomó en sus brazos al Niño, y comenzó á exclamar, diciendo: *Ahora sí, Señor, que podeis disponer de vuestro siervo, llamándole al descanso eterno, segun lo teneis de antemano prometido. Ya moriré no teniendo mas que desear en este mundo; tiempo es ya de contento; que se cierren mis ojos, no teniendo mas que ver, pues han logrado la dicha de ver al Salvador de los hombres; al que ha de enseñar á las naciones; al que ha de disipar con su luz las tinieblas del error y de la idolatría, extendidas por la faz de la tierra; al que ha de ser en fin la gloria de tu pueblo de Israel.*

Volviéndose despues el santo anciano á María y res-

tituyéndola el divino depósito de su precioso Hijo: *Bien veo*, la dixo, *y bien comprendo que aunque este Niño ha venido al mundo para salvar generalmente á todos los hombres, algun dia ha de ser su venida ocasion de perdicion á muchos, que no querrán aprovecharse de su muerte. Previendo estoy que no obstante el gran deseo que tienen los judíos de recibirle, no ha de tener mayor ni peor enemigo qne su pueblo. Mientras viva en este mundo será objeto de contradiccion. Acaba de ofrecerse como víctima á su Eterno Padre, y tú has consentido en su muerte por el mismo hecho de presentarle para élla: pues bien puedes hacer el ánimo á que tu alma será de parte á parte traspasada con una aguda espada de dolor cuando llegue el caso de consumarse á tu misma vista este sangriento sacrificio.*

Mientras aquel hombre inspirado hablaba así de la dignidad del Salvador, y del misterio de nuestra redencion, una santa viuda, de edad de ochenta y cuatro años, llamada Ana, hija de Fanuel, célebre por el don de profecía y por la santa vida que constantemente observaba despues de la muerte de su marido, con quien habia vivido siete años, entró en el templo, que frecuentaba mucho, y arrebatada del mismo espíritu y de los mismos ímpetus de gozo de Simeon, comenzó á alabar á Dios y á contar lo que sabia de aquel divino Niño á cuantos esperaban la redencion y la salud de Israel.

La fiesta de la Purificacion de la santísima Vírgen es una de las mas antiguas que celebra la Iglesia. El año de 542, en tiempo del emperador Justiniano, se celebraba el dia 2 de febrero, en que se cumplen puntualmente los cuarenta desde el nacimiento del niño Dios. Llamaron los griegos á esta fiesta *Hypapanto*, que quiere decir *Encuentro*, por el que tuvieron el viejo Simeon y Ana profetisa, hallándose en el templo al mismo tiempo que concurrieron en él el Hijo de Dios y su santísima Madre. Gelasio papa, que gobernaba la Iglesia treinta años antes que Justiniano fuese emperador, habia ya instituido en Roma esta fiesta, cuando para desterrar la de los Lupercales ó purificaciones profanas, que celebraban los gentiles en el dia 13 ó 14 de este mes, instituyó la de la Purificacion de la Vírgen con la ceremonia de las

candelas, á fin de borrar con la santidad de nuestros misterios las profanaciones y las infamias que cometian los paganos en este tiempo, llevando antorchas encendidas, y haciendo muchas impías ceremonias al rededor de sus templos, á las cuales daban el nombre de *Lustraciones.*

Creen algunos que el papa Gelasio solo dió mayor solemnidad á esta fiesta, pretendiendo que por lo demas ya se celebraba en la iglesia en el tercer siglo. Lo cierto es que Surio en la vida del famoso san Teodosio, fundador de tantos monasterios, que vivia el año de 430, habla de una fiesta muy célebre de la Vírgen, que solemnizaba entonces con grande devocion: *Erat dies festus, et festus Virginis Dei matris, in quo propterea quod erat valde insignis et solemnis, tam magna convenerat multitudo*: habia una fiesta en honra de la Vírgen madre de Dios, y como era muy solemne, era grande la concurrencia de los fieles á celebrarla. Tanta verdad es que la devocion á la santísima Vírgen fue desde los primeros siglos de la Iglesia la devocion favorecida de los fieles, así como lo es el dia de hoy de todos los predestinados.

A imitacion de lo que hizo en este dia la madre de Dios, acostumbran piadosamente en muchos obispados las mugeres paridas, cuando se hallan convalecidas del parto, ir á la iglesia, dar gracias á Dios por el feliz alumbramiento, y ofrecerle el hijo ó hija que se sirvió concederlas. ¿Y no será cierta especie de sacrílega impiedad, despues de una oferta tan religiosa, criar los hijos con máxîmas poco cristianas, y sacrificarlos por la mayor parte á las vanidades del mundo?

La misa del dia es del misterio, y la oracion la siguiente.

Omnipotens sempiterne Deus, majestatem tuam supplices exoramus: ut sicut Unigenitus Filius tuus hodierna die cum nostræ carnis substantia in templo est præsentatus; ita nos facias, purificatis tibi mentibus,

Todopoderoso y sempiterno Dios, rogamos humildemente á vuestra Magestad, que así como vuestro unigénito Hijo se presentó hoy en el templo vestido de la substancia de nuestra carne, así nos concedais la gracia de que nosotros nos

præsentari: Per Dominum nostrum...

presentemos á vos con aquella pureza que debemos: Por el mismo nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. del profeta Malaquías.

Hæc dicit Dominus Deus: Ecce ego mitto angelum meum, et præparabit viam ante faciem meam. Et statim veniet ad templum suum Dominator, quem vos quæritis, et angelus testamenti, quem vos vultis. Ecce venit, dicit Dominus exercituum: et quis poterit cogitare diem adventus ejus, et quis stabit ad videndum eum? Ipse enim quasi ignis conflans, et quasi herba fullonum: et sedebit conflans, et emundans argentum, et purgabit filios Levi, et collavit eos quasi aurum, et quasi argentum, et erunt Domino afferentes sacrificia in justitia. Et placebit Domino sacrificium Juda et Jerusalem sicut dies seculi, et sicut anni antiqui: dicit Dominus omnipotens.

Esto dice el Señor nuestro Dios: He aquí que yo envio mi ángel, el cual preparará el camino delante de mí. Y al punto vendrá á su templo el Dominador, que vosotros buscais, y el ángel del testamento que apeteceis. He aquí que viene, dice el Señor de los exércitos: ¿y quién podrá pensar en el dia de su venida? ¿y quién tendrá valor para mirarle? Porque él será como un fuego que derrite, y como la yerba de los bataneros; y se sentará derritiendo y limpiando la plata, y purificará los hijos de Leví, y los afinará como el oro y como la plata, y éllos ofrecerán al Señor sacrificios de justicia. Y agradará al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalen, como en lo antiguo y en los tiempos primitivos. Esto es lo que dice el Señor omnipotente.

NOTA.

»Fue Malaquías el último profeta de la ley antigua, »habiendo profetizado poco despues de Agéo y de Zacarías, ácia el fin del reynado de Artaxerxes Longimano, cerca de cuatrocientos cincuenta y cuatro años antes del nacimiento de Cristo, cuyo suceso anunció clara y distintamente.

REFLEXIONES.

Esto dice el Señor nuestro Dios. ¡Qué bondad la de nuestro gran Dios dignarse hablar á los hombres! ¿Pero con qué respeto, con qué disposicion se debe escu-

char la voz de Dios? ¿y cuántas veces nos habla el Señor sin que se le oiga? Fue el Bautista aquel ángel, es decir, aquel enviado de Dios, aquel precursor del Salvador, que vino delante para predicar la penitencia, y para disponer los hombres á recibirle. Desengañémonos, que no hay otro camino para ir á Dios; ¿y es este el camino que por lo comun toman los hombres? El Dueño soberano de todo el Universo, el Autor del nuevo testaménto apenas se dexa ver en la tierra cuando se presenta en el templo para ofrecerse á su Eterno Padre; apresúrase, está como impaciente hasta dar principio al sacrificio, por cuyo medio nos ha de reconciliar con él. ¡Cuánto reprende nuestra tardanza esta aceleracion del Salvador! Causa admiracion que los judíos le hubiesen recibido tan mal, despues de haberle deseado tanto; ¿pero es mejor el recibimiento que nosotros le hacemos, siendo así que le conocemos mejor? Los judíos, almas terrenas y materiales, esperaban de él bienes sensibles, y una especie de gloria mundana; dióles en rostro la vida obscura que profesó, y asquearon los abatimientos del Salvador. ¿Son mas espirituales nuestras ideas, ó á lo menos nuestros procedimientos? ¿corresponden nuestras máxímas, nuestras inclinaciones á la santidad de la religion que profesamos? ¿Estan de acuerdo nuestras costumbres con nuestra fe? Son incomprensibles las dos venidas del Hijo de Dios; la primera por la bondad infinita de un Dios salvador; la segunda, por el rigor, por la severidad extrema de un Dios juez. Lo único que podemos bien comprender es, que este Dios es justo, y que los que no se quisieren aprovechar de las misericordias de un Dios amoroso, han de experimentar el juicio y los rigores de un Dios justiciero. ¿Quién puede pensar en estas dos tan diferentes venidas del Señor sin llenarse de asombro y de sobresalto? Los que no pudieron sufrir la vista de un Dios hombre, ofendidos del abatimiento en que le vieron, ¿podrán tolerar la vista de un Dios juez en el dia terrible de su cólera? En la primera venida fue Jesucristo como el fuego que purifica el metal sin consumir mas que el orin; en la segunda su misma cólera será la que soplará aquel fuego eterno, que abrasa, que quema sin consumir y sin purificar. Por la santidad del evangelio se ha de juzgar cuál

debe ser la pureza de nuestras costumbres. Pues concibamos por élla, si es posible, cuánto será el rigor de su tremendo juicio respecto de aquellos que no se conformaron con las máxîmas del Evangelio. A la verdad el Señor hizo para sí un pueblo escogido, una nacion santa, unas almas puras como el oro, que sin cesar le ofrecen sacrificios mucho mas agradables, con una fe mucho mas viva, con un amor mucho mas ardiente que los santos patriarcas de la ley antigua; ¿pero nuestras máxîmas, nuestra fe, nuestras costumbres prueban acaso que nosotros somos del número de estos siervos fieles, que hacemos parte de este escogido pueblo?

El evangelio es del cap. 2. de san Lucas.

In illo tempore: Postquàm impleti sunt dies purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, sicut scriptum est in lege Domini: Quia omne masculinum adaperiens vulvam, sanctum Domino vocabitur. Et ut darent hostiam secundùm quod dictum est in lege Domini par turturum, aut duos pullos columbarum. Et ecce homo erat in Jerusalem, cui nòmen Simeon, et homo iste justus, et timoratus, expectans consolationem Israël, et Spiritus sanctus erat in eo. Et responsum acceperat à Spiritu sancto, non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini. Et venit in Spiritu in templum. Et cum inducerent puerum Jesum parentes ejus, ut facerent secundùm consuetudinem legis pro eo: et ipse accepit eum in ulnas suas, et benedixit Deum, et dixit: Nunc dimittis servum tuum, Domine, se-

En aquel tiempo: Habiéndose cumplido los dias de la purificacion de María conforme á la ley de Moyses, le llevaron á Jerusalen para presentarle al Señor segun lo que en la ley del Señor está escrito: Todo varon primogénito será consagrado al Señor: y para hacer la ofrenda de un par de tórtolas ó de pichones, segun lo que en la ley del Señor está mandado. Habia entonces en Jerusalen un hombre llamado Simeon: y este hombre justo y timorato esperaba la consolacion de Israel, y el Espíritu santo moraba en él. Y le habia sido revelado por el Espíritu santo que no habia de ver la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Y guiado del Espíritu de Dios, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesus le introducian para hacer por él lo acostumbrado segun la ley, él le tomó en sus brazos, y bendixo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, dexas que se vaya en paz tu siervo segun tu palabra: porque mis ojos vieron ya el Sal-

cundùm verbum tuùm in pace: quia viderunt oculi mei salutare tuum: quod parasti ante faciem omnium populorum: lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tuæ Israël.

vador, que nos has dado, al cual has presentado á la vista de todos los pueblos, como luz para iluminar á las gentes, y para gloria de tu pueblo de Israel.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

PUNTO PRIMERO.

Considera las admirables virtudes que practicó en este misterio la santísima Vírgen. Ocultó profundamente su gloria, no queriendo parecer la que verdaderamente era; manifestó su humildad, queriendo parecer la que no era verdaderamente. Era madre de Dios, y apareció como si no fuera mas que madre de un mero hombre; era la mas pura de todas las vírgenes, y se dexó ver como si fuese cualquiera de las demas mugeres. Estaba dispensada de aquella ley que humillaba; sin embargo la observó con todas sus circunstancias. Amaba indeciblemente á aquel adorable Hijo, y no por eso dexó de ofrecerle por nosotros á la muerte, sacrificándole como víctima á su Eterno Padre. Oyó la mas triste, la mas dolorosa profecía que podia oir una madre, y se sujetó á élla con la mayor resignacion. ¡Mi Dios, qué conforme fue el espíritu de la Madre con el espíritu del Hijo! ¡y qué distante es nuestro espíritu del espíritu de entrambos!

Todos queremos parecer lo que no somos; y no podemos sufrir, en fuerza de nuestro orgullo, que parezcamos lo que somos. Hasta el pie de los sagrados altares llevamos con nosotros la ambicion, el fausto y la profanidad. ¿Qué otra cosa quieren decir esas orgullosas señales de distincion, de que en ninguna parte nos mostramos tan celosos como en el templo? en medio de eso nos asombra, nos embelesa la profunda humildad de la santísima Vírgen. ¡Es posible que nunca hemos de ser mas que unos meros y estériles admiradores de las mas grandes virtudes! ¿Inspíranos por ventura una gran delicadeza de conciencia nuestro amor á la pureza? ¿qué diligencias hacemos

para adquirir, para conservar una virtud tan necesaria y tan delicada? Pero ello es mucha verdad que solamente ven á Dios las almas puras.

¿Observamos la ley con tanta religion como María? Sin embargo no estamos menos obligados á observarla. Ella no omite la mas mínima cosa de las que pueden agradar á Dios; y á lo menos tenemos nosotros por la mayor de todas las desdichas el desagradarle, siendo así que todos los dias le estamos ofendiendo sin remordimiento? ¡Mi Dios, cuánto tengo de que acusarme y de que confundirme en cada uno de estos capítulos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera todo lo que pasó en este misterio, porque todo fue instruccion. Un santo viejo, hombre justo y temeroso de Dios, que toda la vida habia suspirado por la venida del Mesías, logra la dicha de tener al niño Jesus entre sus brazos. ¡O mi Dios, y qué complacencia teneis en comunicaros, en daros á los que os aman y á los que os desean! ¡qué poco tardais en consolar á los que os sirven con fidelidad y con fervor! Una confianza en Dios constante, perseverante, nunca se quedó sin fruto.

Ahora sí, Señor, exclamó Simeon lleno de un dulcísimo consuelo, de una alegría indecible; ahora sí, Señor, que dexaréis en paz á vuestro siervo, pues que ya han visto mis ojos al Salvador de los hombres.

¡Ah, y cuánta verdad es que una vez que se ha gustado de Dios, causan disgusto y hastío todas las criaturas! Las honras, los bienes de fortuna, hasta la misma vida se hace intolerable á quien ha sabido formar una idea justa de la salvacion eterna. En la comunion recibimos dentro de nuestros pechos á aquel mismo Salvador á quien Simeon recibió en el templo entre sus brazos. ¿Pero recibimos tambien las mismas gracias? ¿mas es la misma nuestra disposicion para recibirlas?

¿Quiénes fueron los que tuvieron la dicha de ver en el templo al Salvador? Un santo viejo, que tantos años habia estaba suspirando por verle; una buena vieja, que vivia muy retirada, que apenas acertaba á salir del tem-

plo, y que pasaba los dias y las noches en oracion y en perpétuo ayuno; solos éstos lograron esta fortuna entre los innumerables moradores de aquella populosa ciudad. Desengañémonos, que no se encuentra á Dios entre el bullicio del mundo; en todos tiempos fue corto el número de los escogidos.

Quiso el Padre Eterno que su Hijo fuese ofrecido por las mismas manos de María. Tan pura, tan preciosa víctima no debia ser ofrecida por otras manos. Nunca hubo oblacion mas agradable. ¿Queremos que Dios acepte las que hacemos? pues encaminémoslas siempre por mano de la santísima Vírgen.

¡Qué amor nos mostró el Hijo, sacrificándose con tanta anticipacion por los hombres! ¡Con qué caridad nos miró la Madre, ofreciendo desde luego esta víctima por nuestro amor! ¿No será justo que los que no quisieron recibir á Jesus por salvador, le tengan por juez? ¿no será justo que este divino Salvador sea puesto en el mundo para ruina de los que voluntariamente no quieren admitirle para su salud? y por mi desgracia ¿no seré yo acaso de este número?

Vírgen santísima, estais vos muy interesada en que yo me salve, y así no permitiréis que me pierda. Despues de Dios, vos sola sois todo mi consuelo, así como despues de Dios vos sola sois toda mi confianza. Vos ofrecísteis vuestro precioso Hijo á su Eterno Padre por mi salvacion; no permitais que este mismo beneficio se convierta en mi mayor ruina únicamente por culpa mia. Alcanzadme, Señora, aquella pureza de alma y cuerpo, sin la cual ninguno acierta á agradaros. Conseguidme la gracia de que observe exáctamente la ley; de que ame y sirva á mi Dios con perseverancia; de que os profese siempre la mas tierna devocion; dadme grata licencia para que toda la vida y en la hora de mi muerte os trate como á mi buena madre; y no permitais cometa jamas delito alguno que me haga indigno de ser contado en el número de vuestros fieles siervos y de vuestros amantes hijos. Así sea.

JACULATORIAS PARA ENTRE EL DIA.

Monstra te esse matrem; sumat per te preces, qui pro nobis natus, tulit esse tuus.

Vírgen santísima, mostraos madre nuestra; y para que nuestras oraciones sean agradables á vuestro querido Hijo, dignaos vos, Señora, de presentárselas por vuestras manos.

Vita, dulcedo, spes nostra, salve.

Dios te salve, Vírgen santa, esperanza nuestra, y todo nuestro consuelo despues de Jesucristo.

PROPOSITOS.

Siendo todas las ceremonias de la Iglesia no solo santas, sino instituidas para santificacion de los fieles, asiste hoy á la bendicion y á la distribucion de las candelas con el mismo espíritu con que la Iglesia las practíca; esto es, para reconocer, amar y adorar con fe viva al que el santo viejo Simeon reconoció, amó y adoró por el Salvador del mundo, y como la verdadera luz que habia de alumbrar á los gentiles. Y á imitacion del intento que tuvo la santa Iglesia de abolir con esta ceremonia las profanas lustraciones de los paganos, no dexes de purificar hoy tu alma por medio de una confesion sincéra y dolorosa. ¡O, quiera el cielo que el ardiente amor de Jesucristo, no impropiamente figurado por la candela encendida, abrase y derrita tu corazon! Ningun cristiano debiera dexar de ser antorcha resplandeciente del mundo por la claridad de sus costumbres y por el resplandor de sus exemplos. No dexes de tener en tu cuarto una de las velas que se bendicen en este dia, con el fin de que te la enciendan en la última hora cuando recibas los postreros sacramentos, y mientras se lee la recomendacion del alma. Estas bendiciones de la Iglesia no las has de mirar como ceremonias indiferentes; porque sus oraciones son eficaces, y el Señor comunica virtud sobrenatural á todo cuanto la Iglesia bendice. Imponte una como ley de asistir á todas las ceremonias eclesiásticas con el mayor respeto y con la mayor religion.

2 La devocion á la santísima Vírgen fue siempre reputada en la Iglesia católica (á pesar de la heregía) como presagio de la bienaventuranza, y como señal sensible de la predestinacion. *Vos sois* (dice san Juan Damasceno, ha-

blando de esta Señora), *vos sois una prenda segura de mi salvacion eterna.* Despues de nuestro Señor Jesucristo vos sois, ó bienaventurada vírgen María (dice san Agustin), la única esperanza de los pecadores: *Tu es spes unica peccatorum.* (*Serm.* 18. *de Sanct.*) Se ha observado que no huvo jamas herege alguno que no fuese opuesto al culto de la Madre de Dios; como que no es posible ser enemigo del Hijo, sin serlo al mismo tiempo de la Madre. Tú has de hacer profesion toda la vida de ser uno de los mas celosos y de los mas fieles siervos de esta soberana Reyna; graba profundamente en tu alma esta solidísima devocion, y despues de Jesucristo sean tus amores y toda tu confianza María. Honremos (exclama san Bernardo), honremos con los mas vivos, con los mas íntimos alientos del corazon, con los cariños mas entrañables del alma á la augustísima María; porque esta es la voluntad de aquel que quiso, que dispuso no recibiésemos beneficio alguno que no se derivase á nosotros por manos de María: *Totis ergo medulis cordium, totis præcordiorum affectibus, et votis omnibus Mariam hanc veneremur: quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam.* (Serm. 3. in Nativ. Mar.) Así como el Padre Eterno quiso darnos á su Hijo por medio de María; así tambien, segun el pensamiento de Bernardo, quiso que baxasen por medio de María todos los beneficios que recibiésemos de su mano, y que consiguientemente subiesen por las mismas manos de María todas nuestras oraciones. Este es el motivo por que regularmente termina la santa Iglesia las suyas con una oracion á la Vírgen. Todo lo que el Hijo ofrece al Padre le es infinitamente agradable, y todo lo que la Madre ofrece al Hijo es recibido con el mayor agrado. Ni el Padre puede negar cosa al Hijo, ni el Hijo á la Madre; ni la Madre á los que mira como á fieles siervos suyos, y recurren á élla con confianza de hijos; aliéntate á ser tú de este número; no te contentes con profesar una tierna devocion á la santísima Vírgen; inspírala á tus hijos, á tus criados, á tus dependientes, y ten lástima de aquellos infelices que miran con indiferencia á esta Madre de los escogidos.

3 Habiendo sido este el dichoso dia en que la Vírgen ofreció su querido Hijo al Eterno Padre por la salvacion de los hombres, tambien debe ser el dia en que nosotros

nos ofrezcamos y nos sacrifiquemos de todo nuestro corazon á esta amabilísima Madre. Ofrécela hoy tu familia, tus parientes, tus criados y todo cuanto de alguna manera te tocare ó te pertenèciere; pero conságrate á ti particularmente á su servicio. Sobre todo no dexes de alistarte en alguna de aquellas congregaciones ó cofradías que estan dedicadas á su honra, como son la escuela de María, la cofradía del Rosario, ó del Carmen, si no tienes la fortuna de estar ya alistado en alguna de éllas. No quieras privarte por mas tiempo de un auxîlio en que interesas tanto, y solicita la misma dicha para tus amigos, para tus hijos y para tus parientes. Haz propósitos de rezar el oficio Parvo de la Virgen, á lo menos todas las octavas de sus festividades; pero el rosario todos los dias; y da principio desde hoy á estas devociones, sin olvidar jamas lo que dice san Bernardo: que habiendo venido Cristo al mundo para redimirle, depositó en manos de su Madre todas aquellas gracias que son el precio de la redencion: *Redempturus genus humanum, universum prætium contulit in Mariam.* (*Serm.* 3. *in Nativ. Mar.*)

DIA TERCERO.

San Blas, obispo de Sebaste, y mártir.

San Blas, obispo de Sebaste, y mártir, tan célebre en todo el mundo cristiano por el don de los milagros con que le honró Dios, fue del mismo Sebaste, ciudad de Armenia. La pureza de sus costumbres, la dulzura de su natural, su modestia, su prudencia, y sobre todo su eminente piedad le grangearon la estimacion de todos los buenos.

Empleó en el estudio de la filosofía los primeros años de su vida, y en poco tiempo hizo grandes progresos. Los bellos descubrimientos que adelantó en el estudio de la naturaleza excitaron su inclinacion ácia la medicina; aplicóse á élla, y la poseyó con perfeccion. Esta profesion le dió mo-

tivo para conocer mas de cerca las enfermedades y miserias de esta vida, poniéndole en ocasion de hacer mas sérias reflexîones sobre su caducidad, como tambien sobre el mérito y sobre la solidez de los bienes eternos.

Penetrado de estos grandes sentimientos, resolvió prevenir los remordimientos que experimentan á la hora de la muerte, evitándolos con la santidad de una vida verdaderamente cristiana. Pensaba retirarse al desierto, cuando habiendo muerto el obispo de Sebaste, fue elegido para sucederle con universal aplauso de toda la ciudad.

La nueva dignidad solo sirvió para que resaltase con nuevo lustre su virtud, obligándole á entablar una vida mas santa. Cuanto mas se desvelaba en el cuidado de la salvacion de sus ovejas, mas se aumentaba el que tenia de la propia. Aplicóse á instruir al pueblo igualmente con sus exemplos que con sus palabras; su vida daba una fuerza maravillosa á su celo, hallando todos en el santo Pastor, padre, modelo y guia segura.

Era tan grande la inclinacion que tenia al retiro, y tan ardiente el deseo de perfeccionarse cada dia mas y mas, que se vió como precisado á esconderse en una gruta, colocada sobre la cima de una montaña, llamada el monte Argéo, que estaba poco distante de la ciudad.

A pocos dias que estuvo en élla, manifestó Dios el mérito extraordinario y la eminente santidad de su fiel siervo con todo género de milagros. No solo concurrian de todas partes los hombres para que los curase de las dolencias de alma y cuerpo, sino que hasta las mismas fieras salian de sus cavernas, y venian á manadas á que el santo Obispo las echase su bendicion, y las sanase de los males que las afligian. Si sucedia encontrarle en oracion cuando llegaban, esperaban mansamente á la puerta de la gruta sin interrumpirle; pero en todo caso no se retiraban hasta haber logrado que el Santo las bendixese.

Acia el año de 315 vino á Sebaste Agrícola, gobernador de Capadocia, y de la menor Armenia, por mandado del emperador Lucinio, con órden de exterminar á todos los cristianos. En cumplimiento de su comision, luego que entró en la ciudad mandó que fuesen echados á las fieras todos los fieles cristianos que se hallasen en las prisiones. Para executarse esta sentencia fue menester salir á

los bosques comarcanos á caza de leones y de tigres. Entraron por el monte Argéo los ministros del Gobernador, y dando con la cueva donde estaba retirado san Blas, hallaron á la puerta una multitud de fieras, y vieron al Santo, no sin grande asombro suyo, que estaba haciendo oracion en medio de éllas con la mayor tranquilidad. Admirados de suceso tan extraordinario, dieron cuenta al Gobernador de lo que acababan de ver, y no menos admirado el mismo Gobernador, dió órden á los soldados para que llevasen á su presencia al santo Obispo. Apenas le intimaron esta órden, cuando bañado nuestro Santo de una dulcísima alegría, *Vamos, hijos mios* (dixo), *vamos á derramar nuestra sangre por mi Señor Jesucristo; muchos dias ha que suspiro por el martirio, y esta noche me ha dado el Señor á entender que se dignaba aceptar mi sacrificio.*

Luego que corrió la voz de que era conducido nuestro Santo á la ciudad de Sebaste, se inundaron de gente los caminos, concurriendo hasta los mismos gentiles á recibir su bendicion, y á que los aliviase de sus males. Una pobre muger, afligida y desconsolada, rompió como pudo por medio de la muchedumbre, y llena de confianza se arrojó á los pies del Santo, presentándole á un hijo suyo que estaba agonizando por una espina que se le habia atravesado en la garganta, y sin remedio humano le ahogaba. Compadecido el piadosísimo Obispo del triste estado del hijo y del dolor de la madre, levantó los ojos y las manos al cielo, haciendo esta fervorosa oracion: *Dignáos, Señor mio, padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo, dignáos oir la humilde peticion de vuestro siervo, y restituid á este niño la salud, para que conozca todo el mundo que solo vos sois el Señor de la muerte y de la vida; y pues vos sois el dueño soberano de todos, misericordiosamente liberal para con todos cuantos invocan vuestro santo nombre, humildemente os suplico que todos los que en adelante recurrieren á mí para conseguir de vos, por la intercesion de vuestro siervo, la curacion de semejantes dolencias, experimenten el efecto de su confianza, y sean benignamente oidos, y favorablemente despachados.* Apenas acabó el Santo su oracion cuando el muchacho arrojó la espina, y quedó del todo sano. Este es el origen

de la particular devocion que se tiene con san Blas en todos los males de garganta; y los prodigios que cada dia se experimentan, acreditan la eficacia de su poderosa proteccion.

Luego que llegó á la ciudad fue presentado al Gobernador, quien le mandó que allí mismo, sin réplica y sin dilacion, sacrificase á los dioses inmortales. ¡O Dios! exclamó el Santo, ¿para que das ese nombre á los demonios, que solo tienen poder para hacernos mal? No hay mas que un solo Dios inmortal, todopoderoso y eterno, y ese es el Dios que yo adoro.

Irritado Agrícola con esta respuesta, al instante le hizo apalear con tanta crueldad, y por tan largo tiempo, que no se creyó pudiese sobrevivir á este suplicio; pero presto se conoció por la extraordinaria alegría de su venerable semblante que alguna fuerza superior y sobrenatural le sostenia. Lleváronle á la cárcel, y en élla obró tantos milagros, que entrando el Gobernador en una especie de furia, mandó le despedazasen las carnes con uñas aceradas, añadiendo heridas á heridas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y siete devotas mugeres procuraban recogerla cuidadosamente: encontraron luego con el premio de su devocion; porque llevadas ante el Gobernador en compañía de dos pequeños infantes, las mandó éste que al momento sacrificasen á los dioses pena de la vida. Pidieron éllas que se las entregasen los ídolos, y cuando todos creian que iban á sacrificarlos, quedaron atónitos, viendo que con valeroso denuedo los arrojaron en una laguna; animosa determinacion, que las mereció la corona del martirio, porque allí mismo fueron descabezadas juntamente con los dos dichosos niños.

Siguiólas presto san Blas; pues avergonzado el Gobernador de verse siempre vencido, mandó que le ahogasen en la misma laguna donde habian sido arrojados los ídolos. Armóse el santo Mártir con la señal de la cruz, y comenzó á caminar sobre las aguas sin hundirse, como pudiera en tierra firme. Llegó á la mitad de la laguna, y sentándose serenamente en élla, convidó á los infieles que hiciesen otro tanto si creian que sus dioses tuviesen algun poder. Hubo algunos tan simples ó tan osados que quisieron hacer la prueba; pero muy á costa suya, porque todos se ahogaron. Al mismo tiempo oyó san Blas una voz que le con-

vidaba á salir de la laguna para recibir la corona del martirio. Hízolo al instante; y apenas salió á tierra cuando el gobernador centelleando en cólera, le mandó cortar la cabeza el año del Señor de 316.

Los favores que Dios ha dispensado á los fieles por su intercesion han hecho muy célebre el culto de nuestro Santo en toda la Iglesia. Los griegos celebran su fiesta; y en muchas ciudades, y aun obispados enteros de la Iglesia latina, es fiesta de precepto por obligacion de voto. La ciudad de Ragusa en Dalmacia le escogió por primer patron de su iglesia y de su república, durando cuatro dias la fiesta anual con que le solemniza. Otros muchos pueblos le veneran por su tutelar. En los despoblados y en los campos son muchas las ermitas y los humilladeros que están dedicados á nuestro Santo. Los contínuos beneficios que cada dia se consiguen por su intercesion, sobre todo en males de garganta y en enfermedades de niños y de animales, no ha contribuido poco á extender la devocion con san Blas, y á encender la piadosa ansia con que en todo el mundo cristiano se solicitan sus reliquias.

Nótase que Aécio, antiguo médico de Grecia, entre los remedios que señala para el mal de garganta, recomienda singularmente la devocion con san Blas, como una medicina pronta, eficaz y experimentada; lo que acredita cuán antiguo es el recurso á la proteccion de este gran Santo.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Blasii martyris tui, atque pontificis annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos llenas de regocijo con la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Blas; concédenos por tu bondad que cuando celebramos su nacimiento en el cielo, nos alegremos con su proteccion en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Chris-

Hermanos: bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucris-

ti, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

to, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Ya se ha dicho que hallándose san Pablo en Mace»donia cerca del año 57 de Cristo, tuvo noticia con gran»de consuelo suyo, por el arribo de su querido discípulo »Timoteo, del bello efecto que habia hecho su primera »carta á los coríntios acerca del incestuoso. Esto le »alentó á escribirles otra segunda para que se apercibie»sen contra los artificios de estos falsos apóstoles, que pro»curaban desacreditar al mismo Apóstol entre éllos, con »el fin de que desacreditada la persona, comenzasen á dis»gustarse de la doctrina que los habia predicado.

REFLEXIONES.

Si el padre de las misericordias es nuestro Dios, y si el Dios de toda consolacion es nuestro padre, ¿qué podemos temer? La pobreza, las enfermedades, las persecuciones,

las adversidades pueden hacernos infelices y desgraciados á los ojos de los hombres; pero si Dios nos consuela en nuestras tribulaciones, ¿se podrá tener mucha lástima de nosotros? Este solo nombre de *Padre de las misericordias* nos debe alentar nuestra confianza aun en medio de nuestros mas enormes pecados. Seamos nosotros sus verdaderos, sus fieles siervos, que él mirará por nuestros intereses.

¿Cuántos se ven en el mundo ricos, poderosos, colmados de honras; hartos, por decirlo así, de prosperidades, que con todo eso son hombres infelices? Si hay cruces, si hay mortificaciones interiores que no salen ácia fuera, ¿por qué no habrá tambien dulzuras y consuelos invisibles? No hay sentido mas expuesto á engañarse que los ojos. Se puede decir que todo cuanto se ve en el mundo es alucinacion, es engaño; solo se encuentra verdad y solidez en las promesas de Jesucristo y en su servicio. Las exterioridades de la virtud retraen, y aun aterran; pero *gustate et videte*, dice el Profeta; no os goberneis precisamente por la vista, sino por el gusto.

Cuanta mas parte tuviéremos en los tormentos de Jesucristo, mas parte nos tocará en los consuelos que vienen por Jesucristo. En un criado solo se descubre la librea del amo á quien sirve; pero no se ve ni el salario que gana, ni los provechos que tiene. La librea de Jesucrito no solo es modesta, sino obscura y poco grata á los sentidos; cuando por el contrario, las libreas de los que sirven al mundo son brillantes; ¡pero qué brillantez tan falsa! ¿que se gana en su servicio? El salario mas cierto son amarguras y arrepentimientos.

Tiene el mundo sus cruces, pero secas, pero sin mérito. Gastan los mundanos los bienes y la salud; padecen mucho cada cual en su estado y condicion; ¿pero quién se lo agradece? La esperanza de los justos es sólida; contados tiene Dios sus cabellos, y no derramarán por su amor una sola lágrima que no les produzca un torrente de delicias. Sean en buen hora calumniados, menospreciados y perseguidos; ninguna proporcion tiene lo que padecen con la grandeza, con el precio, con la duracion del premio que los aguarda. Ni hay que pensar que este premio solo se les reserva para la otra vida; oid á un san Efren,

á un san Francisco Xavier, á una santa María Magdalena de Pazzis, que en medio de los trabajos que padecian en ésta, clamaban al cielo de lo mas íntimo de su corazon: Moderad, Señor, los gustos de que nos colmais; poned algun límite á los excesivos consuelos que comunicais á nuestra alma en este valle de lágrimas, ¿Cuándo se le oirá á un mundano quejarse con verdad de semejante exceso? ¿cuándo podrá confesar de buena fe que son demasiados, que son insufribles los consuelos con que premia el mundo á los que le sirven? ¡y con todo eso aún se estremece el corazon cuando se trata de entrar en el servicio de Dios! ¡aún se hallará que cuesta mucho esto de ser buen cristiano! ¡aún habrá muchos que atolondradamente corran en tropas á servir al mundo! ¡Qué desdicha! ¡qué locura!

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundùm opera ejus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz, y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De los falsos gustos del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo promete lo que no tiene cuando ofrece alegría llena, gusto cumplido, placer puro,

y diversion que no fastidie. No tiene el mundo placer que no esté mezclado de amargura; si no le acompaña cuando se logra, le sigue muy de cerca.

Los gustos del mundo propiamente no son mas que unas agradables ilusiones; estan en la fantasía, y no en el corazon; en tanto divierten en cuanto suspenden por algun tiempo otros enfados y otros cuidados reales; no se les estima por lo que valen, sino por lo que cuestan; con efecto, despues de los gastos que se hacen, despues de los afanes que se toman para satisfacerse con éllos, ¿se logra esta satisfaccion? ¿se consigue el quedar contento? ¡Ah, que los gustos del mundo inquietan y alteran! Cuanto mas se gustan, menos satisfacen y mas hambre excitan. ¡Qué locura, mi Dios, tener por gusto lo que siempre está acompañado de algun sinsabor, y á lo que nunca dexa de seguir un cruel remordimiento!

Aun los placeres mas lícitos no son en la realidad placeres; por mas que se multipliquen, siempre dexan algun vicio que inquieta. Juegos, saraos, convites, todo fatiga, todo cansa. Se puede decir que las diversiones del mundo son como aquellas exhalaciones luminosas que se divisan á larga distancia; cuando se corre ácia éllas, se alejan; y cuando parece que ya se tocan con las manos, desaparecen. Pero demos que se las alcance; ¿qué viene á sacarse de éllas? mucho cansancio, mucha confusion y mucho remordimiento.

No hay que buscar pruebas ni exemplares fuera de nosotros mismos. ¿Qué gusto puro, sólido, real y que nos satisfaciese hemos hallado en el mundo? ¿cuántas veces indignados contra nuestra ilusion hemos abominado de nuestras pasiones y de nuestra concupiscencia? ¿cuántas veces nos hemos compadecido, nos hemos lastimado de aquellos mismos que nos imitaban en nuestra imprudencia y en nuestros desórdenes?

¡Será posible, Señor, que estas reflexiones no han de remediar jamás un error, una ceguera tantas veces reconocida y confesada! ¡será posible que despues de haber experimentado tantas veces la vanidad y la amargura de los gustos del mundo, todavía hemos de suspirar por unos gustos tan vacíos y tan amargos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para conocer bien la naturaleza de los gustos del mundo, no hay mejor medio que consultar á los que con mas hambre los apetecieron, y á los que por mas largo tiempo los disfrutaron. Pregunto, ¿estos gustos han hecho por ventura feliz á un solo hombre?

Salomon, monarca absoluto del mas florido reyno del Universo, colmado de honras, lleno de prosperidades, resuelve no negar gusto ni satisfaccion alguna á su corazon y á sus sentidos: palacio no solo magnífico, sino soberbio, jardines deliciosos, mesa espléndida, córte numerosa, pompa, riquezas, suntuosidad, todo el Universo contribuye á sus delicias; y por tanto dice: *Nada rehusé á mis ojos de cuanto apetecieron; prometí á mi corazon no escasearle gusto alguno de esta vida, y así se lo cumplí; pero despues de todo, ¿qué hallé? que todo era vanidad de vanidades y afliccion de espíritu.* Nuestra concupiscencia es nuestro tirano. ¡Ah, y cuánta verdad es que el que quiere salvar la vida, ha de perderla! Pocos gustos tiene el mundo que no esten emponzoñados.

No sufre el mundo en su servicio sino á esclavos. ¡Qué violencia, mi Dios, qué servidumbre, qué prisiones, qué esclavitud en todo; y en todo, qué enfados, qué pesadumbre! La mayor, la mas grande diversion del mundo, propiamente hablando, solo viene á consistir en aturdirse, en atolondrarse un mundano para calmar sus inquietudes. El que ignora este secreto, es digno de compasion. Solo se vive en medio del tumulto; y todo el cuidado es huir cada cual en cierta manera de sí mismo. El silencio, la quietud, la soledad, vivir con reposo y en sosiego, es un suplicio insufrible. El que se ve á solas consigo, se tiene por infeliz. Grite cuanto quisiere el espíritu del mundo contra estas verdades, el corazon le desmiente, y la experiencia deshace sensiblemente todos sus sofismas. ¡Ah, Dios mio, y qué desgraciado es quien fuera de vos busca su felicidad y su reposo!

¡Cosa extraña! está el mundo lleno de quejosos y de infelices; en él todo es abrojos, todo espinas: y con todo eso se pretende que ha de ser la religion de los placeres.

Por el contrario, la herencia de los buenos aun en esta vida son los consuelos y la felicidad; así lo asegura Jesucristo, no hay Santo que no lo experimente; y en medio de eso no se cree, se intenta que no sea así.

Considerémos la alegría de un san Blas delante de su cueva, y rodeado de fieras apacibles; ó considerémosla en medio de aquella espesa lluvia de palos que sufrió por amor de Jesucristo. ¿Qué mundano gusto causaria jamas alegría tan pura, consuelo tan dulce, placer tan exquisito?

Mi Dios, aun cuando fuera cierto que el mundo rebosase en placeres verdaderos, aun cuando sus delicias fuesen la herencia de sus parciales, ¿habia yo de buscar mi felicidad en otra parte que en vuestro santo servicio? Pero siendo cierto que serviros á vos es reynar, siendo inegable que fuera de vuestro servicio no hay placer, no hay gusto verdadero, ¿podré dudar ni por un solo instante si me he de resolver á amaros y serviros?

No, Señor; no delibero ni un momento; conozco la falsedad y la nada de todos los gustos del mundo; renúnciolos, detéstolos de todo mi corazon; no quiero ótros que los que se encuentran en amaros sin intermision, y en serviros con fidelidad.

JACULATORIAS.

Quam bonus Israel Deus, his qui recto sunt corde! Salm. 72.

¡Qué bueno es el Señor para todos los que le sirven con un corazon recto y sano!

Mihi autem adhærere Deo, bonum est. Salm. 72.

Para mí no hay, ni apetezco otro placer, que estar unido á mi Dios perpétuamente.

PROPOSITOS.

Comienza desde este mismo punto á desterrar de la imaginacion estas vanas ideas que nos representan los gustos del mundo con unos colores tan vivos y tan brillantes; conoce desde luego su vanidad y su ponzoña; mas no te quedes aquí; renuncia eficazmente todos los gustos ilícitos, todas las diversiones profanas, imponiéndote una in-

violable ley de no admitir jamas diversion ni gusto que no sea muy lícito y muy piadoso. Pero por cuanto los propósitos puramente especulativos y generales frecuentemente solo sirven de hacernos mas delincuentes, haz que sean prácticos los tuyos, y desciende á cosas particulares. Ponte á tí mismo un entredicho de toda diversion de Carnaval; negándote á unos desahogos que debieran llenar de horror á quien tuviese no mas que una leve tintura de religion. Tales son esos saraos libres, esos juegos de manos escandalosos, esos bayles disolutos, que están prohibidos á todo buen cristiano; esas comilonas inseparables de los mayores desórdenes; esos espectáculos profanos, todas esas bullas de estruendo, de confusion y de tumulto, que por cualquiera lado por donde se miren dicen esencial oposicion con la doctrina de Jesucristo, y son funestos escollos de la inocencia. Sal al encuentro á todos los artificios del amor propio, que no dexará de amotinarse contra tu resolucion; hazte inflexíble á todas sus solicitaciones, y búrlate de sus despiques; constitúyete superior á todo respeto humano, que es la roca donde mas frecuentemente se estrellan las mejores resoluciones que tiran á la reforma: libraráte esta generosa determinacion de mil zozobras del alma, de mil remordimientos; y no esperarás á la hora de la muerte á recibir los aplausos, ni á experimentar el gusto de esta importante victoria. ¿Cuánto consuelo sentirás en los primeros dias de Cuaresma, y aun mañana mismo, de haber emprendido hoy una reforma, una resolucion tan generosa?

2 Aun en las diversiones honestas y lícitas que de hoy mas te permitieres, observa las advertencias siguientes. Primera: Nunca te entregues á diversiones de que hayas despues de arrepentirte. Segunda: Tómalas siempre por algun buen motivo justo y honesto; sean diversion, y no empleo, huyendo de dedicarte á éllas con exceso. Tercera: Gran cosa sería que las templases siempre con el pensamiento de la muerte; esta es la mejor triaca contra el veneno del amor propio. Cuarta: Sazona toda diversion con la provechosísima salsa de alguna mortificacioncilla. San Francisco de Sales aconsejaba á los cortesanos y gentes del mundo, que cuando la atencion, el estado, la urbanidad ó el empleo los precisase políticamente á no excu-

sarse de asistir á ciertas diversiones algo ocasionadas, fuesen pertrechados con algun instrumento oculto de mortificacion, que tuviese al cuerpo un poco desazonado. Este es un admirable secreto para nutrir la piedad aun en medio de aquellas diversiones que parecen mas ocasionadas á la distraccion. Quinta: En todo caso, aun en los entretenimientos mas inocentes, menos ocasionados y mas ordinarios, jamas te has de dispensar en la menuda regla de la modestia, de la compostura y del decoro. Facilmente se disipa el corazon con la alegría; y si se concede demasiada libertad á los sentidos, aquél se derrama ácia fuera, y desde el esparcimiento pasa á la disolucion, sin ser ya dueño de sí mismo para contenerse. La compostura y la modestia cristiana deben ser el saynete de todas tus diversiones. Sexta: Procura que los pobres entren tambien á la parte en tus fiestas; da de comer á algunos, ó envia la comida á alguna familia pobre y honrada, persuadiéndote *á que convidas á Cristo, convidando á sus amigos.*



DIA CUATRO.

San Andres Corsino, obispo de Fiésoli y confesor.

San Andres, de la noble y antigua casa de Corsini en la ciudad de Florencia, nació en la misma ciudad el año de 1302, á los treinta de noviembre, dia en que se celebra la fiesta del glorioso Apóstol, cuyo nombre se le dió. Eran sus padres mas ilustres por su piedad, que por la distinguida clase que los hacia respetar en la república; y así recibieron al niño Andres como fruto de las fervorosas oraciones que por muchos años habian ofrecido al cielo, para que les concediese algun hijo por intercesion de la santísima Vírgen, en cuya atencion se le dedicaron á esta Señora desde el mismo instante que nació.

El dia antes que le diese á luz su piadosa madre tuvo

una vision que la asustó mucho llenándola de cuidados. Parecíala que habia parido un pequeñito lobo, el cual entrando en la iglesia de los padres carmelitas, se convirtió de repente en un manso corderillo. Esta vision empeñó á la devota señora en atender con especial cuidado á la crianza de su hijo, sin descuidarse en inspirarle desde su mas tierna edad el santo temor de Dios, y el horror al pecado, aplicándose con el mayor desvelo á darle una educacion cristiana, que tanto conduce para la salvacion de los niños.

Estaba dotado Andres de un natural excelente; pero por otra parte tan vivo y tan inclinado á todo género de pasatiempos, que ni los buenos exemplos de sus padres, ni los prudentes consejos de los mejores maestros fueron bastantes para que no se verificase con muchas ventajas el sueño de su piadosa madre.

Contribuyó mucho á esto la compañía de otros caballeritos de su edad, algunos ligeros, otros disolutos, que en poco tiempo y sin mucha resistencia le conduxeron por el espacioso camino del vicio. Entregóse á él Andres, y no se entregó á medias. El juego, los espectáculos, la disolucion ahogaron enteramente en su pecho aquellos piadosos sentimientos que á los principios habian hecho alguna ténue impresion en él. No como quiera comenzó á perderse, sino que hacia gala de ser de los mas perdidos; y como la libertad orgullosa no solo destierra del corazon la urbanidad y la modestia, sino que la embrutece, haciéndole feroz, rústico, intratable, oia Andres con desabrimiento y con desprecio las saludables advertencias de su piadosa madre. En el desconsuelo que causaba á la buena señora la perdicion de su hijo, no tenia otro recurso que á la proteccion de la santísima Vírgen, por cuya intercesion le habia obtenido de Dios, y á cuyo servicio le habia dedicado desde su nacimiento. Jamas se quedó sin fruto una confianza fiel y constante.

Un dia en que Andres se disponia para salir á cierta diversion menos decente, advirtió que su buena madre se estaba deshaciendo en lágrimas. Parte por ternura y parte por curiosidad la preguntó el motivo de su llanto. *Lloro, hijo mio*, le respondió la virtuosa señora, *porque con harto dolor de mi corazon veo demasiadamente verificada*

la primera parte de un sueño que tuve la noche antes del dia en que te parí para tanto desconsuelo mio. Soñé que daba á luz un pequeño lobo; pero no te disimularé que igualmente soñé que este lòbo se convertia en un apacible corderillo luego que entraba en la iglesia de los padres carmelitas. Tu padre y yo creimos que consagrándote desde luego á la clementísima Vírgen, podíamos eludir el funesto efecto de un pronóstico tan triste; pero nuestra precaucion solo ha servido para que tu proceder desordenado traspase el alma con mayor tormento. Esas costumbres perdidas acreditan con sobrada verdad, que mi vision fué mas que sueño. Dichosa yo si antes de morir pudiera ver todo el pronóstico cumplido, logrando el gusto de verte convertido en cordero inocente, ya que ahora te lloro sangriento y lascivo lobo.

Estas palabras, acompañadas de copioso llanto, y pronunciadas con aquel tono dulce y penetrante que inspiran la piedad y la ternura, tocaron el corazon del generoso mancebo: hízole gran fuerza el sueño; pero mucha mas fuerza le hizo la realidad, y entrando la gracia al socorro, se acabó presto la obra de la conversion.

No os moriréis, madre y señora, respondió Andres bañado en lágrimas, *no os moriréis sin ver la dichosa trasformacion que deseais; pasará este lobo á ser cordero, y solo siento haber malogrado tanto tiempo en el funesto vaticinio, cumpliendo con tanto estrago de mi alma, como dolor de la vuestra, todo el significado que simboliza esta fiera; voy, señora, á que se justifique de lleno vuestra misteriosa vision. Vos me consagrásteis á la Madre de mi Dios; no he de destruir vuestro sacrificio, y voy yo á cumplir lo que prometísteis vos. Consoláos, madre mia, que no se han perdido vuestras oraciones, ni se han malogrado vuestras lágrimas; perdonad las pesadumbres que os ha dado mi dureza, olvidad mi rebeldía, no os acordeis de mis ingratitudes, y sirvan de medianeras con Dios vuestras oraciones para que perdone mis pecados.*

Dixo, sin dar lugar á que la piadosa señora volviese en sí del gustoso embeleso en que la suspedió una mudanza tan pronta como no esperada; salió de casa, dirigióse á la iglesia de los carmelitas, postróse ante el altar de la

santísima Vírgen, y deshecho en lágrimas, se ofreció á Dios y á su purísima Madre, como víctima, que aunque consagrada á los dos de su nacimiento, el mundo la habia descaminado, teniéndola infelizmente aprisionada en sus cadenas por el dilatado espacio de mas de doce años. Aceptó el cielo el sacrificio, y mudó el Señor enteramente su corazon. Sintió Andres hechas pedazos las cadenas; y animado con un nuevo espíritu, lleno de un nuevo aliento, tomó la generosa resolucion de hacerse religioso, y le pareció que no podia hacer eleccion mas acertada que la del célebre y observante instituto de los padres carmelitas.

Pidió el santo hábito con tanta instancia, y dió pruebas tan concluyentes de ser su vocacion legítima, que fue recibido en la órden para ser dentro de poco tiempo uno de sus mas brillantes astros. Su fervor fue el asombro de los mas perfectos, y los mas ancianos miraron con admiracion los progresos del novicio.

Las pasiones á que se habia entregado tan desenfrenadamente en el siglo, se amotinaron con violencia sediciosa viéndose reprimidas en la religion; pero supo sujetarlas con tanta prontitud por medio de rigurosas penitencias y de una contínua mortificacion de los sentidos, de un severísimo silencio y de una perpétua oracion, que antes de acabarse el año de noviciado logró verlas todas postradas con la gloriosa servidumbre de enteramente rendidas.

Irritado el demonio á vista de unos progresos tan rápidos en la virtud, se cree comunmente que tomando la figura de un pariente suyo, intentó persuadirle con artificioso engaño, que dexando el hábito religioso se restituyese al siglo; pero el observante Novicio sin hacer caso del tentador, le volvió las espaldas, alegando que no tenia licencia para hablar. Cubrióse de confusion el enemigo no pudiendo sufrir una observancia tan exemplar; y desapareciendo prontamente, dió bastante á entender su malignidad y su artificio.

Hecha la profesion se impuso una severa ley de no aflojar jamas en los exercicios ni en el fervor del noviciado. No pudo subir mas de punto ni su humildad, ni su puntualidad, ni su obediencia. Nunca supo entibiarse su

fervor, ni su devocion desmentirse. Concedió el Señor á sus palabras aquella gracia, aquella maravillosa fuerza que conservaron toda la vida para convertir á los pecadores. Hallábase un pariente de nuestro Santo apoderado de una profunda melancolía, efecto de cierta molesta enfermedad, y para aliviar úna y ótra, habian convertido su casa en pública tablajería. Animado Andres de un santo celo, le representó la infamia que á él y á toda la familia resultaba de fomentar aquellos jugadores de profesion, haciéndole ver las ofensas de Dios que acompañaban al juego; y sin mas diligencia el enfermo le desterró de su casa. Premió Dios su docilidad; porque rezando por espacio de siete dias un Padre nuestro y una Ave María con una Salve, como el Santo se lo habia aconsejado, se halló enteramente libre de una enfermedad que hasta allí se habia burlado de todos los remedios de la medicina.

Ordenado de sacerdote, decia la misa con fervor tan encendido, que al verle en el altar no parecia un sacerdote, parecia un serafin. Celebrando un dia el divino sacrificio entre estos celestiales ardores, se le apareció la santísima Vírgen, y le consoló con estas palabras que destilaban ternura: *Tú eres mi siervo, y yo me gloriaré en ti.* A la verdad no parecia posible, ni mas reverente devocion, ni ternura mas filial que la que profesaba nuestro Santo á la madre de Dios. Ésta era su devocion favorecida, ésta su distintivo y su carácter; por eso nunca admitia otro título que el de siervo de María; con él se honraba, y con él se regalaba.

Habiéndose graduado en París de doctor en teología, volvió á Florencia, donde le hicieron prior de su convento. Aquí fue donde descubrió los extraordinarios talentos que habia recibido del cielo para el mayor bien de las almas. Mostró, entre ótros, el don de profecía, porque teniendo á un niño en los brazos, y mirándole con atencion, comenzó á llorar amargamente. Preguntado por el motivo de aquel llanto, que parecia intempestivo: *Lloro,* dixo, *porque este niño tendrá desastrado fin, y será la ruina de su casa.* El tiempo y el suceso verificaron demasiadamente el profético vaticinio.

Eran las brillantes virtudes de nuestro Santo admiracion y exemplo de toda la Toscana, á tiempo que vacó

el obispado de Fiésoli, ciudad que solo dista una legua de Florencia. Nombróle todo el pueblo por su obispo; pero noticioso Andres, huyó á esconderse en la Cartuxa; lo que hizo tan á tiempo, y con tanto secreto, que burló cuantas diligencias se practicaron para encontrarle. Perdidas ya las esperanzas de dar con él, iba el pueblo á juntarse para proceder á otra eleccion, cuando un niño de tres años levantó la voz y dixo: *Andres, á quien Dios ha escogido para nuestro obispo, está haciendo oracion en la Cartuxa.* A vista de una señal tan visible, no dudando ya el Santo que el cielo le llamaba para aquella tan alta dignidad, solo pensó en desempeñar sus obligaciones, añadiendo nuevos grados de perfeccion á la santidad de su vida.

La obligacion de vivir como obispo no le embarazó vivir como carmelita; antes persuadido á que un obispo está obligado á vida mas exemplar y mas santa que un simple religioso, aumentó nuevas penitencias á sus mortificaciones ordinarias. Sobre el cilicio comun añadió una cadena de hierro que daba vuelta á toda la cintura, y á la diaria carga del oficio divino aumentó la sobrecarga de los siete salmos Penitenciales, que siempre se acaban con una sangrienta disciplina. Su cama eran unos sarmientos, la mayor parte de la noche la pasaba en oracion, y ayunaba casi todos los dias. Huia cuidadosamente todo trato con mugeres; nunca las hablaba sino con los ojos en el suelo; y no permitió jamas que entrase alguna en su cuarto.

La vida tan exemplar de un obispo por precision habia de merecer mil bendiciones á su pueblo. Un pastor tan vigilante y tan santo poco habia de tardar en reducir al aprisco todas las ovejas descarriadas. No hubo pecador tan obstinado, que no se rindiese á sus avisos; ninguno tan rebelde, que pudiese resistirse á las solicitudes de su celo.

Entre ótros era muy visible el milagroso don que poseía para componer discordias, y para desterrar el rencor de los pechos enemistados. Esto obligó al papa Urbano V. á echar mano de nuestro Andres para que pasase á Bolonia en calidad de legado suyo, para pacificar las discordias que despedazaban aquel numeroso pueblo. Apenas

entró en él aquel ángel de paz, cuando calmó la sedicion, uniéronse los ánimos con reconciliacion sincéra, y las portentosas conversiones que logró, dieron á conocer cuánto puede hacer un obispo santo.

Habiendo llegado á los setenta y un años de su edad, y estando celebrando la misa del Gallo la noche de Navidad en su iglesia catedral, tuvo un secreto prenuncio de su cercana muerte. Sintióse acometido de una maligna fiebre la mañana siguiente, y comenzó á disponerse con alegría para la última hora, que desde el primer instante de su conversion habia tenido presente en la memoria toda la vida. Fue universal el desconsuelo en toda la ciudad; no se evacuaba su pobre cuarto de los muchos que concurrian á verle, y todos se deshacian en lágrimas; solo Andres se conservaba con un semblante risueño; y tan tranquilo, que en su serenidad leian todos verificado aquel oráculo, que *para los santos es dulce cosa el morir*. Fue su dichoso tránsito á 6 de enero, dia de la Epifanía, en el año de 1373. Llevóse su cadaver á la ciudad de Florencia, y fue enterrado en la iglesia de los padres carmelitas, como el Santo lo habia significado. Confirmó el cielo la general opinion que se tenia de su santidad con multitud de milagros, y sesenta y siete años despues de su muerte, el de 1440, fue solemnemente beatificado por el papa Eugenio IV. hasta que finalmente en el año de 1629 Urbano VIII. le canonizó, y fixó su fiesta al dia 4 de febrero, mandando que se rezase de él en toda la Iglesia.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui in Ecclesia tua nova semper instauras exempla virtutum: da populo tuo beati Andreæ confessoris tui atque pontificis, ita sequi vestigia, ut assequatur et præmia: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que continuamente nos estás proponiendo en tu Iglesia nuevos exemplos de virtud, concede á tu pueblo la gracia de que siga de tal manera los pasos del bienaventurado Andres tu confesor y pontífice, que merezca conseguir el mismo premio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

»Ya se ha notado en otra parte que esta palabra »*Eclesiástico* quiere decir libro que predica ó que ins»truye, por la buena doctrina moral y por los admira»bles preceptos que contiene. El autor de este libro fue »Jesus hijo de Sirach. Créese que este Jesus fue uno de »los setenta y dos famosos intérpretes que Toloméo Fi»ladelfo, rey de Egipto, hizo venir de Alexandría para »traducir en griego los libros de la sagrada Escritura. »Este libro, á quien los griegos llaman la Sabiduría de »Jesus hijo de Sirach, porque se da principio á él por el »elogio de la sabiduría, da reglas tan excelentes para »adquirirla y para conservarla, que la Iglesia tampoco »le da otro título que el de libro de la Sabiduría en »aquellos trozos que entresaca de él para que sirvan de

»leccion sagrada en los epístolas de la misa. El capítulo »de donde se sacó la epístola de este dia contiene el elo»gio de Moyses y de Aaron, que la Iglesia aplica á los »confesores pontífices.

REFLEXIONES.

Qui in diebus suis placuit Deo: agradó á Dios mientras vivió. ¿Qué mas se ha menester para ser un hombre feliz? ¿para hacerse respetable? Solo este rasgo vale todos los elogios. Esté uno adornado de todas cuantas bellas prendas se estiman en el mundo; tenga ingenio, hermosura; posea grandes riquezas; goce de todos los gustos, de todos los deleytes de la vida; será infeliz, será despreciable, será digno de compasion si tiene la desgracia de no agradar á Dios. ¿Qué mérito puede dar á ninguno el favor ni la estimacion de los hombres? ¿Toda la estimacion humana podrá dar una sola virtud á quien no la tiene? Solo Dios no puede engañarse; su aprobacion es inseparable del verdadero mérito; el que la logra, seguramente se la merece; su amistad fabrica nuestra gloria, y tambien nuestra dicha. Sin élla la mas dilatada prosperidad, la mas brillante fortuna solo pueden hacer á lo mas unos sepulcros dorados, ó dados de un aparente barniz.

Inventus est justus: et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio: fue hallado justo, y en tiempo de la cólera de Dios sirvió para desenojarle. A veces los hombres santos son reputados en el mundo por unos hombres inútiles. Algun dia sabrá el mundo lo mucho que le sirvieron, y la obligacion que los tiene. ¿Cuántas veces estaba ya para descargar la cólera de Dios sobre las cabezas de los pecadores, y fue desarmada por las oraciones de los justos? ¿cuántas veces franqueó el Señor sus tesoros, y fue pródigo en sus gracias en consideracion de sus escogidos? *Si hallo en toda Sodoma cincuenta justos, si hallo veinte, yo perdonaré por su respeto á toda la ciudad; tambien la perdonaré aunque no halle mas que diez.* Así hablaba Dios á Abran. Estos justos, estas almas piadosas son las que honra el Señor con su benevolencia; ¿harálas mucha falta, serán dignas de lástima porque no tengan á

su favor ni los sufragios, ni la estimacion de los libertinos?

Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi: no se halló quien observase como él la santa ley del Altísimo. Esta es la idea mas sublime que se puede formar de un mérito distinguido, de una vida eminente; este solo elogio equivale á un completo panegírico. *Teme á Dios*, dice el Sábio, *guarda sus mandamientos; es esto todo el hombre.* No hay virtud sin la mas exâcta observancia de la ley de Dios. *Si quieres entrar en la vida*, dice el Señor, *guarda los mandamientos.* ¡Qué error, qué desacierto cometen los que se dispensan de esta observancia! En vano son esas obras de supererogacion: si no guardas los mandamientos, nada haces.

Por benéfica, por dadivosa que sea la estimacion y la amistad de los grandes, sus favores son limitados y de corta duracion; á lo mas unos pergaminos inútiles ó unos títulos pomposos son los que sobreviven á nuestra sepultura. ¿Pero nos hacen por eso mas felices? Muy de otra manera trata Dios á los que le sirven; cólmalos á manos llenas con la bendicion de todos los pueblos; su amor y sus dones se extienden mas allá que todos los siglos. Los monarcas mas poderosos se postran humildemente á los pies de un pastorcillo simple, de un pobre oficial, á quien Dios elevó á su gloria; y esta gloria ha de durar para siempre. ¿Y despues de esto nos hará poca fuerza la dicha de agradar á Dios? ¿y despues de esto se tendrá poco temor á la desdicha de desagradarle? ¿Dónde está nuestro entendimiento? ¿dónde nuestra fe?

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cin-

qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

co talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Del buen uso de los talentos que hemos recibido.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguno hay que no haya recibido del cielo cierto número de talentos, con obligacion de aprovecharlos bien. Dones naturales, gracias sobrenaturales, beneficios generales y particulares, todo se nos ha concedido para nuestra salvacion; ninguno fue casual. Esa nobleza, ese ingenio, esa educacion, esas bellas prendas, esa salud, ese tiempo; en una palabra, todo el órden,

toda la economía de la divina Providencia respecto de nosotros, puede y debe ser comprendida en la parábola de los talentos. ¿Y qué debemos pensar de tantos auxílios sobrenaturales, de tantas inspiraciones, de tantas gracias extraordinarias? Todo se lo debemos á los méritos del Hombre-Dios; bienes suyos son, que depositó en nuestras manos; ninguno hay que no sea de gran precio; frutos son de su preciosa sangre. ¡Qué pérdida, Señor, qué desdicha la de quien no sabe, ó no quiere usar bien de éllos!

No te basta conservar el talento recibido; el mal siervo tuvo cuidado de enterrarle; pero fue condenado, porque no le benefició poniéndole á ganancia. Ya se sabe que Dios en este particular es un amo estrecho y riguroso; no se puede alegar ignorancia en este punto; con que será muy culpable quien le sirviere con negligencia ó con disgusto.

Háyase recibido poco, ó háyase recibido mucho, siempre se recibe lo bastante para poder merecer mas; pero es menester trabajar, es preciso hacer sudar lo que se ha recibido. ¿Qué riesgo puede haber en un negocio, cuya ganancia pende únicamente de nuestra voluntad? No hay piratas, no hay escollos, no hay naufragios que no podamos evitar. La medida del lucro es por lo comun el motivo del trabajo, en este comercio solamente son pobres los que nada quieren hacer para ser ricos. ¿Pues no tendrá el amo mil razones para tratar de perversos á unos criados tan holgazanes y tan ingratos? ¿Qué caso se hace de un amo cuando se usa tan mal de sus beneficios? ¿Y se merecerá su benevolencia cuando se hace tan poco ó tan ningun caso de darle gusto?

¡Ah mi Dios, y á cuantos ha de hacer gemir esta verdad bien penetrada! Vos me habeis colmado de beneficios, y yo he recibido talentos de vuestra mano; ¿pero me he aprovechado bien de éllos? ¡O Señor, qué reprension! y ¡ó qué cruel dolor! ¡qué amargo remordimiento!

PUNTO SEGUNDO.

Considera el uso que hemos hecho hasta aquí de los talentos recibidos. Cada talento fue un beneficio: ¿y cuál ha sido nuestro reconocimiento? Todos se nos concedie-

ron para mayor gloria de Dios y para nuestra salvacion. ¿Y los hemos empleado únicamente á este soberano, á este importantísimo fin?

¿Este tiempo precioso, cuyos momentos estan todos contados, ha sido fecundo en buenas obras y merecimientos? El fruto del buen uso del tiempo será la dichosa eternidad; ¿es posible que no hemos perdido nada de él? Ya estamos en el segundo mes del año nuevo; ¿dónde está el fruto de nuestros propósitos? ¿hemos adelantado mucho en el negocio de nuestra salvacion?

Los bienes que poseemos se nos dieron para ganar con éllos otros bienes mas preciosos y mas reales; ¿y hemos agenciado mucho con éllos? ¿nos hemos valido de esos bienes únicamente para comprar mucho cielo? ¿para grangear amigos que nos sean útiles con Dios? ¡Será posible que no temamos algun cargo cuando llegue el caso de dar cuenta!

El entendimiento, la salud, las demas prendas tambien entran en el número de los talentos; ¿pero se les ha hecho valer mucho? Servirse de éllos únicamente para complacer al mundo, ¿no es peor que sepultarlos? ¿Daráse el Señor por satisfecho de este empleo? ¡Ah mi Dios, por esta cuenta qué de siervos inútiles! ¿cuántos serán despedidos? ¿cuántos condenados á las tinieblas exteriores?

Pero cuando se nos reproduzcan aquellas gracias tan abundantes, aquellas inspiraciones tan saludables, aquellos auxílios tan poderosos, ¡mi Dios, qué de talentos! Misas, sacramentos, exercicios espirituales, actos de religion, todo entra en el cúmulo del capital que se pone. ¿Corresponde al fondo la ganancia, y los réditos al capital? Para que se nos pasen las cuentas es menester que el capital se doble por lo menos en virtud de la correspondencia y de la fiel cooperacion á la gracia. ¡O Señor, y qué motivos tan justos para estremecernos al considerar bien esta parábola! El amo muy presto estará en casa de vuelta de su viage; ¿y no tenemos razon para temer? ¿podrémos ponernos en su presencia con entera confianza?

Los santos sí que fueron prudentes y discretos en no aplicarse mas que á cultivar sus talentos para que diesen de sí todo lo posible. En los primeros años de su vida no los cultivó mucho san Andres Corsino; pero en lo res-

tante de élla reparó con ventajas su fervor las quiebras de su inconsiderada juventud. ¿A qué aguardamos nosotros para reformar nuestras costumbres, para enmendar tantos desórdenes, para dar principio á una nueva vida? Dentro de pocos dias se nos pedirá estrecha cuenta de nuestros talentos. ¡Qué desdicha si nos presentamos con las manos vacías! Se castiga severamente á quien no grangeó con éllos: ¿qué será al que abusó, al que se valió de éllos mismos para su mayor perdicion.

No tengo, Señor, otro recurso que á vuestra misericordia infinita. Perdido soy, condenado soy para siempre si me juzgais segun el rigor de vuestra justicia. Dísteisme, Señor, talentos; ¿pero cómo he usado de éllos? Mas en fin, concededme todavía un poco de tiempo, ó dulce Salvador mio, que yo os daré buena cuenta; asistidme con vuestra gracia, y dexaré de ser en adelante siervo inútil y perezoso.

JACULATORIAS.

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua. Salm. 118.

Esto es hecho, Señor, voy á serviros con fidelidad; concededme la perfecta inteligencia de vuestros santos mandamientos.

Tempus faciendi, Domine. Salm. 113.

Ya, Señor, llegó el tiempo de trabajar en mi salvacion, y de aprovechar ácia el cielo los talentos que me habeis concedido, de los cuales tan mal he usado hasta aquí.

PROPOSITOS.

Conocer las reglas que se deben observar para vivir bien, y aun confesarlas, no solo es cosa facil, sino muy comun; ¿pero de qué servirá este conocimiento y esta confesion, si no por eso se vive mejor? Acordémonos que la virtud cristiana es ciencia práctica. El infierno está lleno de especulaciones estériles y de máxîmas muy cristianas, pero infecundas. No permita Dios que las tuyas sean semejantes; no puedes negar que has usado perversamente de los talentos que Dios te concedió. ¡Qué abuso de las prendas

naturales, y de tantas gracias sobrenaturales! ¿Qué cuenta darias á Dios si ahora te la pidiera de tantos beneficios recibidos? ¿En qué has empleado ese entendimiento, esa robustez, esos bienes de fortùna, ese tiempo tan precioso? ¿cuántas bellas horas has perdido? ¡Mi Dios, qué crueles remordimientos causa una salud usada y desgastada en satisfacer al amor propio; un entendimiento fatigado y aniquilado por haber disipado su substancia en frívolos asuntos! Acalla esos remordimientos con la pronta reforma á que te has de resolver despues de estas reflexîones, imponiéndote la siguiente ley, que has de observar inviolablemente toda la vida.

2 Te has de ponér un perpetuo entredicho á toda lectura de novelas, romances, comedias amatorias, poesías galantes y todo género de libros emponzoñados, que solo agradan porque matan, disimulando el veneno en el artificio. Guárdate bien de valerte jamas de tu ingenio, de tu discrecion ó de tu agudeza para equívocos indecentes, alusiones impuras, zumbas picantes, chanzas malignas, ni para aquellas torpes alegorías, que debaxo de las voces mas simples y mas comunes introducen un sutílisimo veneno hasta el corazon. Toma una fuerte resolucion de no estar jamas ocioso; es preciosísimo el tiempo, y su pérdida es irreparable; no emplearle en trabajar por la salvacion, es perderle. ¿Y será usar bien de la salud no saber valerse de élla sino para contentar á sus pasiones? No hay desorden, no hay exceso que no la extrague, que no la abrevie la vida. ¿El tiempo de la enfermedad será muy oportuno para convertirse? La salud es don de Dios; pues determina en este dia el uso que has de hacer en adelante de este apreciable don. Beneficios del Señor son los bienes temporales; ¿y nos habrá dispensado el Señor estos beneficios para satisfacer á nuestros antojos, para ofenderle con mayor osadía, y para perdernos con mas facilidad? Mira qué empleo has hecho de éllos hasta aquí, resuelve el que has de hacer en adelante. El supremo dominio de nuestros bienes le tiene Dios; nosotros los poseemos con la obligacion de reconocerle homenage y de rendirle tributo. Arregla las limosnas á proporcion de tu renta, consultándolo con un prudente director. Eres habil, sobresaliente en alguna facultad ó en algun arte, á

Dios debes ese don; ¿pero qué delito aprovecharte de esa habilidad para perder á las almas! ¿Cuántas reflexíones podrán hacer aquí, así los miserables autores de libros perniciosos, como todos los que contribuyen á que se impriman y se divulguen? ¿Cuántas los pintores y los escultores, que eternizan las mas alhagüeñas ocasiones de pecar en las desnudeces, no solo indecentes sino escandalosas? ¿cuántas en fin todos aquellos artífices de la iniquidad que no saben emplear el primor de sus manos y talentos sino en fabricar armas á las pasiones, ó en levantar trincheras al vicio y al desórden? ¡O qué cadena de innumerables pecados! ¿Qué penitencia bastará á satisfacerlos? ¿cómo se reparará tan gran mal? Consultadlo con un confesor prudente y sabio.

DIA QUINTO.

Santa Águeda, vírgen y mártir.

Santa Águeda, la primera de las cuatro principales vírgenes y mártires del Occidente, tan celebradas en la universal Iglesia, nació en Sicilia ácia el año del Señor de 230. Hay noble competencia entre las dos famosas ciudades de Catania y de Palermo sobre cuál de las dos tuvo la gloria de haber sido cuna y patria de nuestra Santa; pero lo que está fuera de toda duda es, que en tiempo de la persecucion vivia Águeda en Palermo, y que padeció martirio en Catania. Era su casa una de las mas nobles de Sicilia; y como sus ilustres padres profesaban la religion cristiana, criaron á la niña en toda piedad, desvelándose en darla una educacion correspondiente á su noble nacimiento.

Desde luego descubrió Águeda un entendimiento vivo y despejado; era rica, hermosa, tanto que pasaba por la mayor hermosura de su tiempo; pero lo que la hacia mas sobresaliente era su singularísima virtud. Descolló tanto

en élla desde sus mas tiernos años, que desde luego hizo voto de no tener otro esposo que Jesucristo, consagrándole su virginidad, siendo ya desde su infancia el exemplo y la admiracion de todas las doncellas.

No pudo ver sin mucha irritacion tanta virtud el enemigo comun de nuestra salvacion. Excitó furiosas tempestades para que naufragase en éllas su voto y su constancia. Declaráronse pretendientes de su mano cuantos caballeros nobles tuvieron noticia de su hermosura y de sus prendas; mil veces la combatieron, pero nunca la expugnaron; contando las victorias por las batallas, y las palmas por los choques.

Hallábase Águeda en Catania cuando Quinciano, gobernador de Sicilia, oyó hablar del extraordinario mérito y de las raras prendas que adornaban á la tierna sierva de Jesucristo. Quiso verla, y por la relacion que le hicieron así de sus grandes riquezas como de su singular hermosura, se resolvió desde luego á pretenderla por esposa, y al punto envió por élla.

Cuando Águeda tuvo noticia de la órden del Gobernador, no dudó que el Señor habia aceptado el sacrificio que le habia hecho de su vida, y creyó firmemente que ya se habia llegado el tiempo de cumplirle. Encerróse en su cuarto; y llena de gozo con la esperanza de juntar la corona de mártir á la de vírgen, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor mio Jesucristo, mi Dios y mi divino esposo, bien conocidos teneis mis pensamientos, patente os está de par en par mi corazon: vos solo sois su único dueño, y vos lo seréis eternamente; ni sufriré jamas que ninguno éntre á dividir con vos el imperio. Esposa vuestra soy, libradme de este tirano; oveja vuestra soy, defendedme de este lobo. Ea, Señor, concededme la gracia de que sea sacrificada como humilde víctima que está consagrada á vos desde que la razon y la libertad me permitieron la dicha de haceros este obsequio. La hora del sacrificio se acerca, franquéense, Señor, vuestros oidos á la piedad ardiente de mis amorosos votos.* Acabada la oracion, se levantó animosa, y tomó el camino de Catania. En todo él no se ocupó su pensamiento sino en considerar qué dicha tan grande era la de derramar la sangre por amor de Jesucristo; el viage era una oracion contínua, y alentan-

do el corazon con nueva confianza, así caminaba á la muerte como pudiera caminar á un triunfo.

Acababa de publicar el emperador Decio edictos severos y terribles contra los cristianos. Pareció á Quinciano que esta era bella coyuntura para el logro de sus intentos, obligando á la Santa á condescender con éllos, ó á renunciar la religion cristiana. Vióla, y quedó tan ciegamente prendado de su belleza, que no teniendo valor para hablarla como juez, se contentó con entregarla á una maldita vieja, llamada Afrodísia, cuya profesion era engañar á las doncellas, siendo su casa escuela de disolucion y teatro de lascivia.

No podia el Tirano condenar á nuestra Santa á suplicio mas cruel, ni que la causase mas horror. Tampoco es posible declarar cuánto tuvo que padecer la purísima doncella de solicitaciones importunas, de tratamientos durísimos, de menosprecios y de ultrages por espacio de un mes que estuvo en aquella infame casa. No hacia mas que derramar su corazon en la presencia de Dios por los ojos en un precioso llanto, y por la boca en suspiros y oraciones, suplicándole no la desamparase en tempestad tan deshecha. Dióse por vencida la porfiada solicitud de Afrodísia, y pasando al palacio de Quinciano, le dió el último desengaño, declarándole que antes ablandaria la obstinacion de un diamante, que lograr hacer mella en el corazon de Águeda; *porque, señor*, concluyó la perversa vieja, *esta doncella es cristiana; y siéndolo, ¿qué esperanza puede haber de pervertirla?*

Al oir estas palabras mudó de afectos el pecho del Gobernador, y apoderándose la saña, el corage y furor del lugar que antes ocupaba el amor ciego, juró por los dioses inmortales que habia de hacerla padecer los mas terribles tormentos. Mandóla comparecer delante de sí, y arrojando centellas por los ojos la preguntó cómo se llamaba, y de qué familia era. *Mi nombre es Agueda*, respondió la Santa, *y mi familia la conoces tú muy bien; con que no puedes ignorar quién sea yo. ¿Pues cómo*, replicó Quinciano, *habiendo nacido libre y de casa tan ilustre te has querido adocenar con la miserable condicion de los esclavos? Si el ser sierva de Jesucristo es ser esclava*, respondió la santa Doncella, *desde luego hago gloriosa*

vanidad de esta noble esclavitud; porque no conozco ni mayor, ni aun verdadera nobleza sino la de servir á este Señor. Instóla el Gobernador para que sacrificase á los dioses del imperio, amenazándola que si no lo hacia espontáneamente, sabria obligarla con el rigor de los tormentos. *Tú quieres*, dixo la Santa, *que yo sacrifique á los dioses del imperio; pero me dirás ¿qué dioses son esos? Un pedazo de madera, ó un trozo de mármol que pulió el artífice en estátuas; un Júpiter, que segun vuestras mismas historias no hizo mas proezas que escandalizar al mundo con sus maldades; una Venus, que te avergonzarias tú de tener una muger que se pareciese á élla.*

Irritado Quinciano con una respuesta tan discreta como animosa, mandó á los verdugos que descargasen en aquel hermosísimo rostro crueles bofetadas; y no atreviéndose por entonces á pasar adelante con el interrogatorio, ordenó la encerrasen en una obscura prision, con esperanza de obligarla á que renunciase la fe, ó con resolucion de exponerla á los mas horribles tormentos.

Al dia siguiente la hizo comparecer segunda vez ante su tribunal, y disimulando el furor con la ternura, la preguntó con cariño artificioso si habia pensado sériamenre en mirar por sí y en salvar su vida? *Y como que he pensado*, respondió la Santa. *Pues hija mia, renuncia luego á Jesucristo*, replicó el Tirano. *¿Qué llamas renunciar á Jesucristo?* respondió intrépidamente la santa Doncella: *por lo mismo que he pensado con la mayor seriedad en salvar mi vida, no puedo renunciar á Jesucristo, porque ese Señor es mi vida, ese es mi salud, ese es mi único dueño. Quinciano, no pienses que tus amenazas ni tus tormentos han de hacerme titubear. No se abalanza con mayor ansia á una fuente de agua cristalina el sediento ciervo abrasado del calor y de la sed, que la que yo tengo de dar la vida por aquel dulce Salvador que me redimió hasta derramar la última gota de su sangre. Afila el acero, enciende el fuego, nada bastará á separarme de aquel dulcísimo dueño á quien amo mas que á mí misma. Quinciano, en una palabra, tú podrás quitarme la vida, pero no podrás arrancarme de la fe.*

Puede concebirse, pero no puede explicarse cuánto se enfureció el Tirano al oir una resolucion tan generosa.

Mandó que al instante la extendiesen en el ecúleo; que moliesen aquel delicado cuerpo; que quebrantasen aquellos virginales huesos con bastones anunados; que rasgasen aquellas purísimas carnes con garfios, con uñas aceradas; y que abrasasen aquellos tiernos costados con planchas de metal encendidas. Tantos, tan crueles y tan repetidos tormentos, que atropellándose únos á ótros estremecian, y llenaban de horror á los circunstantes y aun á los gentiles mismos, los padecia nuestra Santa no solo con heróica constancia, sino con indecible alegría.

Crecia la saña de Quinciano al paso que iba subiendo de punto el invicto sufrimiento de nuestra Águeda; y no contento con la inaudita crueldad de hacerla atenacear sus virginales pechos, llegó á la barbárie de mandárselos cortar. No cedió la santa Doncella á un dolor tan vergonzoso como cruel, y solo se contentó con zaherirle modestamente con aquella especie de horrible inhumanidad, protestándole que no por eso haria mella en su firmeza. Hallóse tan avergonzado Quinciano de verse vencido por aquella doncellita tierna, que segunda vez la mandó encerrar en la cárcel, con órden de que la dexasen morir allí de sus heridas.

Apenas entró Águeda en el calabozo cuando una celestial luz desterró su obscuridad, bañándole de resplandor. Dexóse ver en medio de élla el glorioso apóstol san Pedro, que la curó milagrosamente. Llegó á noticia de Quinciano, y la mandó comparecer tercera vez ante su tribunal, pero sin darse por entendido de la milagrosa curacion, que los gentiles atribuian siempre á efecto de hechicería. *Es menester*, la dixo, *resolverte desde este mismo punto á sacrificar á nuestros dioses, ó prevenirte para padecer tormentos mas crueles que todos los pasados. Como ni en el cielo ni en la tierra*, replicó la Santa, *reconozco mas Dios que el que yo sirvo, nunca me resolveré á doblar á otro la rodilla.* Al oir estas palabras, revestido de nuevo furor el Tirano, mandó que desnuda la arrastrasen primero por ascuas encendidas, y despues por puntas y cascos de vasijas hechas pedazos. Sirvió el nuevo tormento de materia á nuevo triunfo. Apenas se dió principio á la execucion, cuando se estremeció la ciudad con un espantoso terremoto; hundiéronse muchos edifi-

cios, se vino abaxo una pared que sepultó entre sus ruinas á Silvano, consejero, y á Falcon, amigo de Quinciano, principales autores de su crueldad, y atizadores ámbos de su ira. Alborotóse el pueblo; y el Gobernador se vió precisado á asegurar su vida con la fuga. Fue Águeda restituida á la cárcel, y apenas entró en élla, cuando hizo al Señor la oracion siguiente.

Dios poderoso, Dios eterno, que por puro efecto de tu misericordia infinita quisiste tomar baxo tu especial amorosa proteccion á esta tu humilde sierva desde que se hallaba en los primeros arrullos de la cuna, preservándola del contagioso amor del mundo, para que mi corazon ardiese únicamente en el purísimo incendio de tu amor; Salvador mio Jesucristo, que has querido conservarme en medio de tantos tormentos para mayor gloria de tu nombre, y para confusion vergonzosa del poder de las tinieblas; dígnate de recibir mi alma en la eterna feliz estancia de los bienaventarados; esta es la última gracia que pido, y que firmemente espero de tu infinita bondad. Al decir esto espiró. Sucedió su preciosa muerte el dia 5 de febrero de 251. Al punto se apoderaron del virginal victorioso cuerpo los cristianos, y le dieron sepultura en la ciudad de Catania con toda la veneracion que correspondia á tan ilustre martirio.

Llegando á los oidos de Quinciano la noticia de la muerte de la Santa, y temiendo nueva sedicion del pueblo, se retiró precipitadamente. Llegó en posta al rio Simeta, que hoy se llama Jarreta; y metiéndose en una barca para pasarle, uno de sus caballos le asió con los dientes por el pescuezo, y al mismo tiempo otro le disparó una coz tan furiosa, que arrojándole en él rio no fue posible librarle, ni hallarse despues su cuerpo.

Desde el mismo dia en que murió santa Águeda fue celebrada en todo el orbe cristiano. Los milagros que comenzó Dios á obrar en su sepulcro dieron luego el testimonio mas auténtico de su intercesion poderosa, y la ciudad de Catania conoció el gran defensivo que tenia en sus reliquias. Aún no se habia cumplido el año de su glorioso martirio, cuando enfurecido el volcan del monte Etna, y vomitando de sus entrañas caudalosos rios de fuego, que iban corriendo arrebatadamente á convertir en pa-

vesas la ciudad, tomaron los cristianos el velo que cubria el sepulcro de la Santa, y saliendo intrépidos al encuentro de las llamas, se le pusieron delante. ¡Raro prodigio! al punto hicieron alto los torbellinos de fuego, y retrocediendo poco á poco se retiraron á encerrarse en sus cavernas; de manera, que habiendo comenzado el incendio el dia primero de febrero, cesó el dia cinco, que era el de la muerte y el de la fiesta de nuestra Santa. Este prodigio se ha repetido muchas veces, y siempre con nuevas experiencias de lo que puede en el cielo la proteccion de Águeda.

Es muy antiguo en la Iglesia el oficio de nuestra Santa, con la singularidad, que solo tiene exemplar en el de santa Inés, de rezarse en él los salmos del Comun de los santos mártires, para dar á entender á los fieles el heróico valor y la animosidad varonil con que estas dos tiernas doncellas dieron la vida en defensa de la fe y de su virginidad. Hácese lugar en el Cánon de la misa el nombre de santa Águeda, siendo tambien muy reparable que hasta los ingleses le conserven aún el dia de hoy en su calendario, en testimonio de la antigüedad que logra en la Iglesia su veneracion.

La misa es en honra de santa Águeda, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius; ut qui beatæ Agathæ, virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder supiste dar fuerzas aun al sexô mas frágil para que pudiese conseguir la victoria del martirio; concédenos la gracia de que celebrando la memoria de tu vírgen y mártir santa Águeda, podamos caminar á ti por la imitacion de sus exemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 1. de la primera que escribió san Pablo á los corintios.

Fratres: Videte vocationem vestram; quia non multi sapientes secundùm carnem, non multi potentes, non multi nobiles, sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret: ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodùm scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes; y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son: á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito, el que se gloría, gloríese en el Señor.

NOTA.

»Hallándose en Éfeso el Apóstol, supo por algunos co»rintios de la familia de Cloé lo que pasaba en aquella »iglesia, y las divisiones que reynaban entre los fieles. »Unos se llamaban discípulos de Pedro, ótros se decian »discípulos de Pablo. Al mismo tiempo recibió algunas »cartas de los mismos corintios, en que le consultaban va»rios puntos de moral, especialmente acerca del matri»monio y de la continencia. Esto dió motivo á la prime»ra carta que los escribió el año del Señor de 56.

REFLEXIONES.

Videte vocationem vestram: Mirad bien cuál es vuestra vocacion. Débenos muy poca reflexion, ó á lo menos no consideramos tanto como debiéramos el beneficio de nuestra vocacion al cristianismo. Pudimos nacer (¿quién lo duda?) de padres hereges ó gentiles; ¿y no fue una singularísima gracia del Señor que naciésemos dentro del se-

no de la santa Iglesia? ¡O qué gran dicha la de haber sido reengendrados en las saludables aguas del bautismo! ¡ó qué favor ser parte de aquel pequeñuelo rebaño que reconoce por pastor á Jesucristo! Nada hizo el acaso; todo fue obra de la Providencia. ¿Hemos comprendido bien el valor de este grande beneficio? No hay salvacion fuera del gremio de la santa Iglesia; hijos somos de esta madre; enorme ingratitud será no apreciar como debemos un beneficio tan estimable; será indigna torpeza incurrir en falta de reconocimiento. Complácese el Señor no pocas veces en escoger lo mas despreciable del mundo para mayor ostentacion de sus maravillas, y para mayor confusion de nuestro orgullo. ¿Cuándo lograrémos curarnos de una pasion que va corriendo á ser locura? ¿cuándo conocerémos que el orgullo nos hace menospreciables y ridículos? ¿Y cuándo acabarémos de conocer el mérito, la nobleza y las útilidades de la humildad cristiana? Porque en suma ¿qué somos nosotros? Nosotros, que por el espacio inmenso de una eternidad fuimos nada, y que al presente mas que descollemos sobre el puesto mas elevado, mas que presumamos del nombre mas aplaudido, mas que lisonjeemos del mérito mas sobresaliente, si estamos en pecado mortal, somos menos que la misma nada á los ojos de aquel gran Dios, que hace concepto cabal de las cosas. En verdad que nos acreditamos de insensatos, que somos dignos de la mayor compasion si pensamos de otra manera. ¿Qué concepto se hace de un oficial, de un hombre de humilde condicion, que teniendo la imaginacion turbada se figura rey ó papa, habla con magestad y se engríe con soberanía? pues el mismo justamente debemos formar de nuestro engreimiento, de nuestra presuncion, de nuestra vanidad, y de la imaginaria suficiencia con que nos suponemos, haciéndonos mucha merced. Sin verdadera virtud no hay mérito verdadero. La religion, la verdadera piedad, el fiel siervo de Dios hacen respetables los hombres aun á los mismos espíritus angélicos. No hay mejor entendimiento, ni aun bueno, que el que hace un juicio sano de las cosas; no hay otra prudencia, que la prudencia cristiana. Todo aquel que burla, que hace chacota, que desprecia las verdades de

la religion, es despreciable. Alma apocada, entendimiento ratero, de esfera tan limitada, que no perdiendo de vista la tierra, ni siendo capaz de levantarse sobre élla, habla de las materias espirituales como pudiera hablar un ciego de los objetos sensibles que jamas ha visto y no tiene idea de éllos. Bien corta capacidad tiene el que no hace diferencia entre una piedra vulgar, y un precioso diamante. Digno es de compasion el que en medio de los mayores peligros se divierte sin conocerlos. Todo esto hace el que vive sin reflexîon y sin freno. Jesucristo es nuestra verdadera, nuestra única sabiduría. Todo lo que no se conforma con su doctrina, todo lo que se opone á sus máxîmas, es error, es necedad. Toda nuestra gloria la debemos colocar en servirle, toda nuestra sabiduría debe consistir únicamente en obedecerle.

El evangelio es del capítulo 19. de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisæi tentates eum, et dicentes: Si licet homini dimittere uxorem suam, quacumque ex causa: Qui respondens, ait eis: Non legistis, quia qui fecit hominem ab initio, masculum, et fœminam fecit eos? et dixit: Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne unâ: itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Dicunt illi: Quid ergo Moyses mandavit dari libellum repudii, et dimittere? Ait illis: Quoniam Moyses ad duritiam cordis vestri permisit vobis dimittere uxores vestras: ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis, quia quicumque dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, mœchatur: et qui dimissam duxerit, mœchatur. Di-

En aquel tiempo: Buscaron los fariseos á Jesus para tentarle, y le dixeron: ¿Es lícito al hombre repudiar por cualquier motivo á su muger? El cual respondiendo, los dixo: ¿No habeis leido vosotros como aquel que crió al hombre desde el principio, los hizo macho y hembra? y dixo: Por esto dexará el hombre al padre y á la madre, y se unirá con su muger, y los dos serán una sola carne. Y así, ya no son dos carnes, sino una. Por tanto, lo que Dios juntó no lo separa el hombre. ¿Pues por qué, dixeron éllos, ordenó Moyses el dar libelo de repudio y separarse? Respondiólos: Por la dureza de vuestro corazon os permitió Moyses repudiar vuestras mugeres; pero no fue así al principio. Sin embargo, yo os digo, que cualquiera que repudie su muger, sino por causa de adulterio, y tome otra, adultéra: y cualquiera que tome á

cunt ei discipuli ejus : Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere. Qui dixit illis : Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Sunt enim eunuchi, qui de matris utero sic nati sunt : et sunt eunuchi, qui facti sunt ab hominibus : et sunt eunuchi, qui seipsos castraverunt propter regnum cælorum : Qui potest capere capiat.

la repudiada, comete adulterio. Dixéronle sus discípulos : Si es tal la condicion del hombre en órden á la muger, no tiene cuenta casarse. Y él los dixo : No todos entienden esta doctrina, sino aquellos á quienes es concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre; y hay eunucos que han sido hechos tales por los hombres; y los hay que se hicieron eunucos á si mismos por amor del reyno de los cielos. El que puede entender, entienda.

MEDITACION.

De las verdades de nuestra religion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las verdades de la religion son eternas, permanentes, invariables; que ni las sutilezas del ingenio pueden disminuir, ni el estrago de las costumbres, ni la variedad de los tiempos pueden alterar. Ellas son únicamente las que hablando en todo rigor se deben llamar verdades.

Discurran los hombres como se les antojáre; sofistíquen los mundanos y los disolutos todo cuanto quisieren, póngase de su parte el amor propio con todas sus sutilezas y trampantojos; reclame contra éllas el corazon humano, y amotínense contra éllas los sentidos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para otra cosa que para servir á Dios, para amarle y para complacerle; que nuestro único negocio es el de la salvacion; que el camino del infierno es ancho, y muchos van por él; que la senda del cielo es estrecha; que el mundo es enemigo de Cristo; y que no hay cosa mas perniciosa que seguir las máxîmas del mundo. Siempre será verdad, que una vida regalona y deliciosa no puede ser vida cristiana; que ninguno puede ser discípulo de Cris-

to no teniendo una vida crucificada; que el carácter del cristiano es la caridad, la humildad, la mortificacion, las costumbres arregladas; que el pecado es el mayor de todos los males; y hablando propiamente es el único mal; que las adversidades y las cruces son tesoros para quien sabe aprovecharse de éllas; que toda nuestra felicidad consiste en estar en gracia de Dios, y la mayor de las desdichas en morir en su desgracia; que hay un infierno, en que todo el poder de Dios se emplea en encender un fuego eterno para castigar eternamente á los pecadores; y que para ir al cielo no hay otro camino que el de la inocencia ó el de la penitencia.

Siempre será verdad, que ni los que cometen injusticias, ni los deshonestos, ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los que se entregan al torpe vicio de la molicie, ó á otros infames pecados; ni los que retienen el bien ageno, ni los avarientos, ni los dados á la embriaguez, ni los murmuradores, ni los que no perdonan de corazon las injurias, ni los que viven de rapiña, ni los idólatras, ni los hereges, ni los que están fuera del gremio de la santa Iglesia Católica Apostólica Romana, ó no se rinden con humildad á sus definiciones, siempre será verdad que estos no poseerán el reyno de los cielos. Esta es la doctrina de nuestra religion; estas las verdades eternas que la Iglesia aprendió del mismo Jesucristo; esto es lo que creemos; esta es la ley que profesamos; estos son los principios por donde se gobernaron los santos; y éste será el libro por donde todos hemos de ser juzgados. Vivamos como quisiéremos, sea el que se fuere nuestro estado, nuestra condicion ó nuestra clase, por esta regla se ha de gobernar nuestra vida, y esta debe ser la pauta de toda nuestra conducta.

¡O mi Dios, y en qué insondable abismo de reflexíones no me introducen estas verdades! ¡y qué manantial inagotable de arrepentimientos y de justos sobresaltos no brota de estas mismas reflexíones!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si te servirán algun dia de consuelo estas grandes é importantes verdades; ó si por el contrario, no te llenarán de desesperacion, sirviendo de motivo al decreto decisivo de tu condenacion eterna, y á la sentencia mas terrible de todas las sentencias.

¿Has arreglado hasta aquí tu vida á este indispensable modelo? ¿han sido estas divinas verdades la regla de tus costumbres? ¿esta filosofía moral de Jesucristo ha sido tambien la tuya? ¿podrás decir con verdad: *Hæc omnia custodivi à juventute mea*? ¿Desde mis mas tiernos años he observado fielmente todas estas cosas? ¿he caminado por este camino, he guardado estos mandamientos, no me he gobernado por otras máxîmas? ¿Penetrado mi corazon de estas grandes verdades siempre amé á mi Dios con fidelidad; siempre le serví con resolucion; en nada he pensado sino en salvarme; nunca he perdido de vista á mi único fin; he conservado la inocencia bautismal toda la vida?

Y si he tenido la desgracia de perder esta inocencia por el pecado, ¿me he dedicado despues á hacer mucha penitencia? ¿he sido tan enemigo del mundo y de sus máxîmas, que me hayan causado horror sus vanidades? ¿nos da buen testimonio de esto nuestra conciencia? ¿es el evangelio la regla de nuestras costumbres? ¿es nuestra vida semejante á la vida de los santos? ¿somos verdaderos discípulos de Cristo? ¿y no prueban demasiadamente lo contrario nuestros deseos, nuestras palabras y nuestros pensamientos?

Dudar de los dogmas de nuestra religion es infidelidad. ¿Serémos mas fieles si dudamos de su doctrina? Los artículos deben ser la regla del entendimiento, los mandamientos de la voluntad; aquéllos nos enseñan lo que debemos creer; éstos lo que debemos obrar. Son las obras como el alma de la fe; y por eso la fe sin obras es una fe muerta. El cristiano que no vive arreglado á las verdades que cree y que profesa, no es mas que fantasma de cristiano.

¡O mi Dios! ¿y á vista de esto, la grande seguridad con que se vive puede nacer de otro principio que de un

funesto letargo? Todos creemos estas verdades tan grandes, tan importantes; mas no por eso somos mejores. ¿Pero quién nos hace vivir tan seguros? ¿qué violencia es menester hacerse para salvarse? ¿qué victoria de las pasiones? ¿qué mortificacion de por vida? ¿que pureza, qué rectitud, qué humildad? Por estas señas se conocen los escogidos; estos rasgos caracterizan los justos. Si á nosotros se nos pintára por éllos, ¿saldría el retrato parecido al original? ¿El que nos ve, juzgará que está viendo una viva copia de las verdades del evangelio?

¡Ah mi Dios, y cuánto tengo de que acusarme! Todo lo puedo, todo lo debo temer á vista de las verdades prácticas de mi religion. Éllas forman mi proceso; pero, dulce Jesus mio, apelo al tribunal de vuestra misericordia; y pues me habeis hecho la gracia de abrirme los ojos para conocer mis descaminos, espero no me negareis la de darme tiempo para repararlos, y para que de hoy en adelante arregle mi vida á las verdades que creo.

JACULATORIAS.

Beati, qui scrutantur testimonia ejus, in toto corde exquirunt eum. Salm. 118.

Bienaventurados, Señor, los que instruidos de vuestra santa ley, la practican, y os buscan de todo su corazon.

Gressus meos dirige secundùm eloquium tuum, et non dominetur mei omnis injustitia. Salm. 118.

Dirigid, Señor, mis pasos por la senda de vuestros mandamientos; y no permitais que me dexe dominar de algun pecado.

PROPOSITOS.

Ten presente que los Mandamientos de la ley de Dios son tan de fe como los Artículos. El mismo Señor que nos enseñó los únos, nos enseñó los ótros; y tan de fe es que para salvarnos es menester vivir segun el evangelio, como lo es que Jesucristo es nuestro Salvador. Pues dedica hoy algun espacio de tiempo para exâminar sériamente, y sin lisonjearte, si has vivido hasta aquí segun

el evangelio. Formarán un fiel retrato tuyo la caridad, la pureza, la rectitud, la humildad de corazon, la mortificacion, la modestia y todas las demas virtudes cristianas? ¿te ha merecido el mayor cuidado el negocio de tu salvacion, y has empleado ó empleas mucho tiempo en la solicitud de este importante negocio? No te contentes con una ojeada superficial; indaga bien la virtud que te falta, pero no basta hacer este descubrimiento. Hallas que en realidad estás destituido de todas las virtudes; pues no te pares aquí, ni te desalientes; escoge dos ó tres virtudes de aquellas que te parecieren mas necesarias, y con el mayor fervor y confianza pide al Señor te dé gracia para practicarlas; resuélvete generosamente á comenzar desde luego su exercicio, proponiendo repetir sus actos en cuantas ocasiones se ofrecieren. Estos propósitos, escritos en un papel, ponlos por registro en el breviario, ó en el librito de tus devociones, ó á los pies del Crucifixo ante quien haces oracion, ó tenlos en la mesa donde esten siempre á la vista para acordarte en lo que debes trabajar. Conduce mucho esta diligencia para fixar nuestros propósitos, y sirve admirablemente para hacer ménos ineficaces nuestras resoluciones,

2 No te olvides de lo que dice el apóstol Santiago: el que guarda toda la ley, quebrantando un solo mandamiento de élla, es como si todos los quebrantára, y se hace responsable de todos. Es decir, que tanto se menosprecia la autoridad del legislador con la transgresion de un solo precepto, como con la de todos. La razon es, añade el Apóstol, porque el mismo que te dixo: no serás adúltero, el mismo dixo tambien: no matarás, no desearás la muger agena, no serás codicioso ni avariento, &c. En virtud de esto guárdate bien de vivir muy tranquilo porque poseas ciertas virtudes de que te lisonjeas vanamente, cuando quizá son mas temperamento que virtud; sin darte mucha pena por adquirir otras, de que ciertamente careces. ¿Eres caritativo, eres recto, eres justificado á toda prueba? me edifica eso mucho; pero el que dixo: no harás agravio al menor de tus hermanos; dixo tambien: amarás á tus enemigos. ¿Eres apacible, eres humilde de corazon, no eres arrebatado ni colérico? ¿te causa horror una palabrita que suene á menos pura? ¿tu com-

postura, tu modestia causa edificacion? todo es muy loable; pero el que dixo: no escandalizarás con el mal exemplo; dixo tambien: el mundo es mi mayor enemigo, y ninguno puede servir bien á dos señores, al mundo y á mí; dixo, que el que no se renunciaba á sí mismo, y no llevaba su cruz, no podia ser su discípulo; dixo, que era menester restituir la hacienda agena, y que era preciso socorrer á los pobres con la propia. De estos antecedentes has de inferir consecuencias prácticas, y todos los dias cuando estes oyendo misa protestarás á Jesucristo que quieres ser su discípulo, y como tal practicar tal y tal virtud que no has tenido hasta ahora; pero que esperas, mediante su divina gracia, tener en adelante. En todo caso comienza por las que son indispensables: la caridad, la pureza, la religion, &c., y no te olvides de que la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos: amaras á Dios de todo tu corazon y al próximo como á ti mismo.

DIA SEIS.

Santa Dorotea, vírgen y mártir.

Santa Dorotea, vírgen y mártir, tan célebre en toda la Iglesia latina, fue natural de Capadocia, de una familia distinguida por su nobleza; pero mucho mas por su piedad, pues se cree que su padre y su madre habian ya merecido la dicha de derramar su sangre, y dar la vida por Cristo, cuando su hija Dorotea mereció tambien la corona del martirio.

Era tan universalmente estimada la virtud y el raro mérito de nuestra tierna doncellita en la ciudad de Cesaréa, donde habia nacido, que constantemente era tenida por un milagro de prudencia, de modestia y de piedad, mirándola como exemplo de todas las doncellas cristianas.

Pretendiéronla muchos por esposa, movidos de su nobleza, de su discrecion y de su hermosura; pero la San-

ta se habia declarado tan descubiertamente por la virginidad, que los cristianos la llamaban la esposa de Jesucristo; y su virtud, acompañada de una virginal modestia, la hacia respetable hasta á los mismos paganos.

Luego que llegó á Cesaréa el gobernador Sapricio oyó hablar mucho de las extraordinarias prendas de Dorotea, y no le dexaron de decir que élla era la que con su exemplo y con su reputacion estorbaba á los cristianos que obedeciesen los edictos de los emperadores. Con este aviso la mandó prender; y habiéndola hecho comparecer en su tribunal, la preguntó *cómo se llamaba. Llámome Dorotea*, respondió la Santa con aquella apacibilidad y aquella modestia que inspiraba á todos veneracion y respeto á su persona. *¿Por qué rehusas adorar los dioses del imperio?* replicó el Gobernador: *¿ignoras por ventura los decretos imperiales? No ignoro*, respondió la Santa, *lo que los emperadores han mandado; pero tambien sé que solo se debe adorar al único Dios verdadero; y que esos que vosotros llamais dioses del imperio, son unas puras quimeras, transformadas en deidades por el antojo de los hombres, para autorizar los mayores desórdenes, y para consagrar hasta las pasiones mas vergonzosas. Pues juzgad vos mismo, Señor, si será lícito ofrecer sacrificio á los demonios; y será mas puesto en razon obedecer á unos hombres mortales, cuales son los emperadores, ó al verdadero Dios inmortal, criador del cielo y de la tierra.*

Quedó como cortado Sapricio al oir una respuesta tan cuerda, y tan no esperada; pero disimulando su admiracion, se contentó con decirla en tono blando y cariñoso: *Que si no queria tener la misma suerte que sus padres, era menester obedecer, pues no habia otro medio para salvar la vida. Yo no temo los tormentos*, respondió la Santa, *ni tengo mayor ansia que dar mi vida por aquel que me redimió á costa de la suya. ¿Y quién es ese por quien tanto deseas morir?* replicó Sapricio. *Es Jesucristo, mi Salvador y mi Dios*, respondió Dorotea. *¿Y dónde está ese Jesucristo?* volvió á replicar el Gobernador. *En cuanto Dios*, dixo Dorotea, *está en todas partes; y en cuanto hombre está en el cielo á la diestra de Dios Padre, siendo la gloria de todos los que le sirven, y don-*

de despues de mi muerte espero poseerle por toda la eternidad. Este es aquel paraíso delicioso, dulce estancia de los bienaventurados; esta es aquella hermosa region, donde reyna una felicidad pura, eterna, inadmisible. Sapricio, para élla te convida á ti el mismo Salvador Jesucristo; pero no puedes ser en élla admitido sin hacerte primero cristiano.

No hizo caso el Gobernador de lo que acababa de oir, y dixo á la Santa: *Déxate de todas estas vanas y extravagantes ideas; créeme, sacrifica á los dioses, y cásate: si no lo haces así, voy á condenarte al último suplicio. No quiera Dios*, respondió Dorotea, *que siendo cristiana, sacrifique á los demonios, ni que teniendo la dicha de ser esposa de Jesucristo, piense jamas en otro esposo.* Interrumpióla Sapricio, y ordenó que la entregasen á dos hermanas llamadas Crista y Calixta, que pocos dias antes habian renunciado la fe de Jesucristo, prometiéndolas un gran premio si lograban pervertir á Dorotea. Hicieron las dos cuanto pudieron para derribarla, y para obligarla á apostatar, como lo habian hecho éllas; pero sucedió tan al contrario, que nuestra Santa las reduxo á éllas al gremio de la santa Iglesia, porque las habló con tanta viveza y con tanta eficacia, que rendidas á sus exhortaciones, conocieron y detestaron su apostasía; pero al mismo tiempo desconfiaban de su salvacion á vista de un delito tan enorme.

Representólas Dorotea, *que si habia sido grande el delito de negar á Jesucristo, aun era mucho mayor el de desconfiar de su misericordia; que no habia enfermedad incurable para la virtud de un médico Omnipotente, el cual*, decia la Santa doncella, *quiso tomar el nombre de Salvador, solo por salvar á todos los hombres de sus pecados. Arrojáos, pues, en los brazos de su misericordia; abrazad la penitencia; arrepentíos de corazon de todas vuestras culpas, y yo salgo por fiadora de vuestra eterna salvacion.*

Deshechas en lágrimas las dos hermanas Crista y Calixta, se arrojaron á los pies de nuestra Santa, suplicándola hiciese oracion por éllas, para que el Señor se dignase de aceptar su penitencia. Hízolo Dorotea, y las fortificó tanto en la fe, que llamadas por el Gobernador

para saber si la habian reducido á sacrificar los ídolos, le respondieron, que harto arrepentidas estaban éllas de haber cometido esta vileza, cuanto mas persuadir á nadie que la executase. Arrebatado Sapricio de furor al oir esta respuesta, mandó que si luego al punto no sacrificaban de nuevo, en aquella misma hora fuesen arrojadas las dos, ligadas por las espaldas, en una gran caldera de agua hirviendo á vista de Dorotea. Executóse así, y las dos santas hermanas pidieron al Señor que aceptase aquel tormento en satisfaccion de sus pecados, teniendo la dicha de recibir la corona del martirio antes que la misma que tan felizmente las habia restituido al camino de su salvacion.

Enfurecido Sapricio á vista de un suceso tan poco esperado, mandó que Dorotea fuese aplicada á cuestion de tormento, dando órden para que la atormentasen sin piedad; y no es posible imaginar lo mucho que padeció la santa Doncella por la inhumana crueldad de los verdugos. En medio de eso estaba tan extraordinariamente alegre en el potro, que admirado Sapricio, no se pudo contener sin preguntarla la causa de aquella extraordinaria alegría. *Estoy sumamente gozosa*, respondió la Santa, *porque en mi vida he tenido el consuelo que hoy experimento, considerando que mi Dios se ha valido de mí para restituir á Jesucristo aquellas dos almas que vosotros le habiaís quitado, y espero que muy presto iré á hacer compañía á los bienaventurados en la alegría que tienen tambien por lo mismo.*

Mandó Sapricio que la apaleasen cruelmente, y que la abrasasen los costados con hachas encendidas. Cuanto mas la atormentaban mas alegre se mostraba Dorotea; tanto, que podia parecer insultaba á Sapricio aun mas que le temia. Al fin, avergonzado éste de verse como vencido por una tierna doncellita, pronunció sentencia de que la cortasen la cabeza. Apenas la oyó la Santa, cuando llena de alegría exclamó: *Bendito seais, Señor, por la gracia que me haceis de darme lugar en vuestro paraíso, adonde me llamais.*

Cuando la llevaban al suplicio la encontró un abogado jóven, llamado Teófilo, grande enemigo de los cristianos, y la dixo, haciendo chacota de élla: *Mira que*

te encargo, esposa de Jesucristo, que no dexes de enviarme unas flores y unas manzanas del jardin de tu esposo, cuando llegues á él. Prometióselo Dorotea; y cuando estaba al pie del cadahalso, donde habia de ser degollada, se le apareció un gallardo mancebo, que traía en un canastillo tres hermosísimas manzanas pendientes de un ramo, con ojas verdes y frescas, no obstante de ser tan fuera de tiempo. Suplicóle la Santa que de su parte las llevase á Teófilo, mientras élla se iba al cielo en busca de su divino Esposo; y habiéndose puesto de rodillas, inundado el semblante de celestial alegría, alargó el cuello al cuchillo, y la cortaron la cabeza el dia 6 de febrero del año de 308.

Estaba Teófilo contando á sus amigos lo que le habia pasado, cuando el mancebo de las manzanas se llegó á él, y retirándole aparte, le presentó aquellas manzanas y aquellas flores en nombre de Dorotea, y al punto desapareció. El milagro parecia visible; porque era el mes de febrero, y estaba á la sazon toda la Capadocia cubierta de nieve ó yelo. Teófilo le tuvo por tal, y sintiéndose mudado de repente, comenzó á clamar que solo Jesucristo era Dios verdadero, y que eran bienaventurados los que á exemplo de Dorotea derramaban su sangre por él. Publicóse luego por toda la ciudad una conversion tan milagrosa como repentina. Preguntado el mismo Teófilo, confesó la fe de Jesucristo, publicó el milagro, y fue á hacer compañía á Dorotea en la gloria, recibiendo la corona del martirio.

Las reliquias de esta Santa son muy solicitadas de los pueblos por la singular devocion que la profesan. Roma se gloría de tener la mayor parte de su cuerpo en la iglesia de su nombre, donde todos los años en el dia de su fiesta se bendicen unas manzanas en memoria del milagro que dexamos referido. En Bolonia de Italia, en Arlés, en Lisboa y en la cartuxa de Sirch hay reliquias de santa Dorotea.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion es la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Dorotea virgo et martyr imploret: quæ tibi semper grata: extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

Suplicámoste, Señor, nos concedas el perdon de nuestros pecados por intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Dorotea, que siempre te fue tan grata, así por el mérito de su virginal pureza, como por lo que acreditó tu poder en el valor con que padeció el martirio por confesar tu fe: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51. del libro del Eclesiástico.

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente, deprecata sunt. Invocavi Dominum Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assuide et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte, que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me dexe sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fue oida. Y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo iniquo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

„En el último capítulo del Eclesiástico, de donde „se sacó esta epístola, Jesus hijo de Sirach, autor de di„cho libro, da gracias al Señor por haberle librado de „muchos peligros en que se habia visto. Todo el contex„to de este capítulo viene como nacido á los santos már„tires, y por eso se le aplica la santa Iglesia.

REFLEXIONES.

Todos fuimos criados para el cielo, donde por lo que toca al Señor todos tenemos preparado nuestro lugar. ¿Nos damos mucha prisa, suspiramos mucho por vernos cuanto antes en aquella feliz estancia? Ello no hay medio; ó cielo ó infierno. Si Dios no fuere nuestra suprema felicidad, necesariamente ha de ser eterna nuestra desdicha; terrible disyuntiva, que nos hace conocer cuán necesario es salvarnos. Ciudadanos somos de aquella ciudad celestial; ¿pues qué atractivos podemos hallar en la tierra? La mayor de todas las desdichas es la eterna condenacion; pero con la gracia del Señor podemos evitarla. ¿Y á qué otro fin mas justo ni mas importante se podrán dirigir nuestras oraciones? El orgullo domina en el mundo imperiosamente; él es el que introduce el fausto, la profanidad, el pomposo aparato de galas, el tren soberbio, la altanería y el desden; pero todo se acaba con la vida. ¿Y qué efectos produce á la hora de la muerte ese espíritu de mundo? Los buenos sufren aquí con paciencia el reyno de los soberbios; es decir, de los mundanos, que siendo enemigos de Cristo y del evangelio, hacen contínua guerra á la virtud. ¡Qué indignamente suelen tratarla en el mundo! Siempre está expuesta á las insulsas chanzonetas de los disolutos; pero si el Señor la protege, ¿qué tiene que temer? Los impíos exercitan la virtud de los buenos, así es; pero no podrán hacerlos daño, toda su malignidad se reduce á purificar la virtud, y aumentarlos el mérito. Cuando se le pide á Dios lo que es de su mayor gloria, y mas conveniente para nuestra salvacion, siempre son bien despachadas nuestras peticiones. ¿Debemos por ventura hacerle otras? Vivimos en pais enemigo; el mundo es nuestro destierro, es valle de lágrimas; sentados estamos á la orilla del rio de Babilonia. Los santos lloraban contínuamente acordándose de la Jerusalen celestial; y la multitud de peligros les obligaba á estar perpétuamente en centinela para librarse de tantos lazos; colocaban en Dios toda su confianza, y en élla fundaban todo su aliento en tiempo de tempestad; librólos Dios de la perdicion sacándolos de muchos riesgos. ¿Quién nos

quita que experimentemos siempre la misma proteccion, y que tengamos perpétuamente el mismo motivo para rendirle mil gracias? No nos arrojemos atolondradamente en los peligros; tengamos una sincéra voluntad de agradar á Dios; sirvámosle con fidelidad; mirémonos en la tierra como desterrados; suspiremos sin cesar por nuestra celestial patria; pongamos toda confianza en Jesucristo; y lograrémos la dicha de bendecirle eternamente, y de cantar sin cesar sus alabanzas.

El evangelio es del capítulo 13. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas, y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

De la salvacion eterna.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la salvacion es el tesoro escondido, cuyo precio ignoran muchos, haciendo muy poca atencion á su importancia; pero al mismo tiempo los prudentes lo sacrifican todo por conseguirle. ¿Tenemos negocio mas importante que tratar? ¿tenemos mayor fortuna que hacer?

Del bueno ú del mal suceso de este negocio depende ó la bienaventuranza eterna, ó la eterna desdicha; todos los demas solamente nos son permitidos en cuanto nos sirven de medios para salir bien con éste; perdido este negocio, todo se perdió; pues el mismo Dios, fuente de todos los bienes, se perdió para nosotros por toda la eternidad, y sin remedio.

Mi grande negocio es el de mi salvacion. ¿Puedo tener nunca ótro de mayor consecuencia, ni en que me interese mas? Pues es un negocio tan grande, de tal manera sobre los ótros, que apenas dexa lugar para pensar en éllos. Fácilmente se consuela uno, aunque pierda éstos, como aquel otro se gane. Por salir bien en un negocio importante todo se pone en movimiento, amigos, empeños, razones; se sacrifica el descanso, la diversion y hasta los mismos bienes temporales. ¿Hácese lo mismo por el negocio de la salvacion?

Pues este es mi principal negocio; todos los demas deben ceder á éste. ¡Pero ah, que quizá éste cede á todos los demas! ¿Empleamos mucho tiempo en trabajar por él? ¿es la salvacion el objeto de nuestras ansias, de nuestras obras, de nuestros pensamientos? ¡Cosa que aturde! Apenas se mira esto de la salvacion como negocio importante; no hay cosa mas despreciada. ¿Y no será la mayor maravilla del mundo, si procediendo de esta suerte, nos salvamos?

No tenemos cosa mas indispensable que la salvacion. Háyase perdido una batalla, un reyno entero; pacien-

cia; háyase perdido una rica herencia, un pleyto, un empleo honorífico y lucroso; paciencia: háyase perdido toda la hacienda, la salud, la misma vida; paciencia. La salvacion nos consuela; este es el recurso de los recursos; ¿pero hallará algun consuelo el que se condena por toda la eternidad?

No es absolutamente necesario que yo sea rico, que sea poderoso, que sea hábil; pero es absolutamente necesario que sea santo. Busca alguna otra cosa que te sea mas necesaria, ni que aun lo sea igualmente. ¿Pero lo creemos así? Cuando nada, ó apenas nada hago por mi salvacion, cuando no salgo de mi paso regular y ordinario, sin hacer mas que lo acostumbrado; ¿creo bien que esta es para mí la cosa mas necesaria? ¿creo bien que el que una vez se condena se condena para siempre?

¡Ah, Señor! ¿qué suerte será la mia? ¿pero cuál es mi conducta? ¿salvaréme? ¿mas qué responderia yo á otro que me hiciese esta pregunta si viviera como yo vivo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la salvacion no solamente es el grande, el principal negocio, sino nuestro único negocio personal; es decir, el negocio que únicamente, y con toda propiedad es nuestro. Adelantado aquel negocio, comprando aquel empleo, cultivando bien la hacienda, ganando aquel pleyto, se hace, hablando en rigor, el negocio de los hijos, ó el de los herederos; en suma, se hace el negocio de ótro. Solo trabajando en mi salvacion hago mi propio negocio; este sí que es mio, y que ningun otro le puede hacer por mí. ¿Pero he trabajado mucho en él? ¿le tengo muy adelantado?

Si al salir de este mundo todo lo hubieres hecho bien menos tu salvacion, haz cuenta que nada has hecho. ¿Y aquéllos por quienes trabajaste tanto, quizá á costa de tu pobre alma, tus herederos, tus amigos, tus parientes, podrán por ventura resarcirte el irreparable daño de tu perdicion eterna? ¿podrás esperar de éllos servicios muy importantes? Al contrario, si acertaste á trabajar bien en tu salvacion, aunque en todas las demas pretensiones hubieres sido infeliz, hiciste tu fortuna; nada tienes de que arrepentirte, nada te resta que hacer. Dios-

mio! ¿dudamos acaso esta verdad? Y si la creemos, ¿cómo se compone nuestra indolencia, nuestra indiferencia, nuestra inaccion con nuestra fe?

El negocio de nuestra salvacion es muy delicado; no hay otro mas espinoso; ninguno pide ni mas atencion ni mas cuidado. ¡Buen Dios! ¿cuántos enemigos hay que combatir? ¿cuántos estorbos que vencer? ¿cuántos lazos que evitar? Todo es peligro en la vida, todo tentacion; es menester velar y orar incesantemente; es menester una contínua violencia. El camino que conduce á la vida es estrecho; nacen en él las cruces, por decirlo así, debaxo de los pies; no es vida cristiana la que no es inocente, humilde, mortificada. Esta es la filosofía moral de Jesucristo; ¿pero es tambien la nuestra?

No nos ha dado Dios la vida sino para trabajar toda élla en el negocio de nuestra salvacion; juzgo que toda élla la habíamos menester para salir bien de este negocio; ¿mas nosotros juzgamos tambien lo mismo? ¿cuánto tiempo hemos dedicado á él? ¡O Dios! vivimos con una certeza moral de que no nos hemos de salvar; la fe, la palabra de Jesucristo, nuestra misma razon nos está convenciendo de que infaliblemente no nos hemos de condenar si vivimos como hemos vivido hasta aquí; y todavía perseveramos tranquilamente en nuestra insensible ociosidaad. ¡Válgame el cielo! ¿en qué se funda esta fatal confianza?

¡O Dios mio! si estas reflexîones que ahora estoy haciendo, ó por mejor decir, si la gracia que me haceis de que haga estas reflexîones no me empeña en trabajar sin dilacion desde este mismo punto sériamente en mi eterna salvacion, ¿á qué podré esperar? Todo lo espero, Señor, de vuestra misericordia; vos me quereis salvar; yo quiero salvarme; ¿pues de quién dependerá que me condene?

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.
Vuestro soy, Señor, salvadme.

Sic currite ut comprehendatis. 1. Cor. 9.
Trabajad, corred de suerte que merezcais el premio.

PROPOSITOS.

No hay punto de religion en que mas facilmente se convenga que en éste; y con todo eso puede ser que tampoco le haya menos eficaz. Ingénuamente se confiesa que nada se ha hecho por salvarse; ¿pero qué fruto se saca de esta confesion? Acaso ningun otro sino hacernos mas delincuentes. Se ve, se palpa que ni siquiera se ha dado principio á este negocio: la edad va creciendo cada dia; quizá va ya volviendo ácia el ocaso; ¿y qué diligencias se hacen? ¿qué medidas se toman? En buena fe, ¿esta es impiedad ó es locura? Seguramente es uno y otro. Sé mas prudente y mas cristiano; tu conciencia te está reprendiendo tu inaccion; no se pase este dia sin que des alguna prueba de tu celo. ¿Tienes que hacer alguna restitucion? ¿tienes que perdonar alguna injuria? ¿subsisten aún los fatales lazos que formó aquella pasion? ¿hay alguna ocasion próxîma de que debas apartarte? ¿es menester sacrificar alguna víctima? pues haz el sacrificio antes que se acabe el dia; visita á aquella persona con quien estás tan de punta: haz luego esta restitucion, ó á lo menos comienza á tomar tus medidas para hacerla; acaso tendrás necesidad de hacer una confesion general; no la dilates hasta la Pascua, hazla luego, y comienza desde hoy á prepararte para élla. Ese juego, esas malas compañías, esa frecuencia de aquella casa, esos espectáculos son impedimentos, son tropiezos de tu salvacion. Ten el consuelo de haberlo reformado, de haberlo cortado todo antes que el dia se pase, y de poder decir á la noche: esto es lo que hoy he hecho por mi salvacion.

2 Siendo indispensable dirigir todas nuestras acciones al punto céntrico de la salvacion, dispon desde luego el plan de vida que has de observar en adelante, y si ya le tienes dispuesto, vuélvele á leer; pero son ociosas las reglas para vivir bien si no se guardan. Ten perpétuamente á la vista este oráculo de Jesucristo *Porrò unum est necessarium.* (Luc. 10.) Una sola cosa es necesaria. Despierta ya de ese fatal letargo en que has vivido hasta aquí en el negocio de tu salvacion; ten un rato de conversacion sobre este punto ó con tu confesor, ó con algun otro sugeto de

tu confianza. Si se consulta con hombres hábiles un negocio temporal; ¿el negocio de la eternidad, el negocio de la salvacion no merecerá siquiera aquel mismo cuidado que se aplica á un negocio de ninguna importancia? ¿Es posible que los hijos del siglo han de ser siempre mas hábiles y mas prudentes en sus negocios que los hijos de la luz?

DIA SÉPTIMO.

San Romualdo abad, fundador del órden de los Camaldulenses.

Nació san Romualdo en Ravena por los años de 916. Era su casa ducal, y aun en su tiempo se dexaba distinguir con mucho lustre entre la principal nobleza de Italia. Como criado nuestro Romualdo entre las delicias de una casa opulenta, facilmente se estrelló contra los ordinarios escollos de la juventud; al regalo y á la ociosidad se siguió bien presto la disolucion. Iba á precipitarse en la perdicion, arrastrado del amor á los deleytes, é impelido con la fuerza del mal exemplo, cuando la Providencia le detuvo en medio del precipicio; y queriendo formar de él un modelo de santidad, se sirvió de un caso bien funesto para el logro de sus altos designios.

Sergio, padre de Romualdo, hombre ambicioso y violento, tuvo cierta diferencia con un deudo suyo, que quiso terminar por las bárbaras leyes del duelo; desafió á su contrario, y llevó por segundo á su mismo hijo. Cayó muerto el pariente á manos de Sergio y á vista de Romualdo, quien quedó tan pesaroso del suceso, aunque no habia tenido en él mas parte que una asistencia involuntaria, que se resolvió á hacer fervorosa penitencia de este delito.

Retiróse al monasterio de san Apolinario de Clase, á una legua de Ravena, donde por espacio de cuarenta dias

se entregó á varios exercicios de mortificacion en satisfaccion de sus pecados. A los principios no fue su intencion permanecer en aquel retiro por mas tiempo; pero la providencia del Señor lo ordenó de otra manera.

Conversaba familiarmente Romualdo con un religioso lego, hombre devoto y sencillo, quien le presentaba un dia el peligro que corria su salvacion si volvia á engolfarse en el borrascoso mar del mundo; y como no ganase terreno ácia el fin que deseaba en aquel corazon, ocupado todavía de las vanidades y pensamientos mundanos, le dixo de repente con su simplicidad acostumbrada: *¿Qué me darias tú si te hiciese ver clara y distintamente con los ojos del cuerpo á nuestro buen patrono san Apolinario?* Sorprendido Romualdo al oir una proposicion tan no esperada, *Yo te juro*, le respondió, *que como lo hagas, al punto me meto frayle. Pues has de velar toda esta noche en la iglesia*, le replicó el piadoso lego. Consintió Romualdo; y estando los dos en oracion, ácia la media noche vió de repente á san Apolinario vestido de pontifical, cercado de resplandores, que con un incensario en la mano iba incensando todos los altares de la iglesia; y concluida esta religiosa funcion, desapareció. Quedó atónito Romualdo, y sintiendo en el mismo punto trocado su corazon, se postró delante del altar de la santísima Vírgen, y todo desecho en lágrimas prometió hacerse religioso. Así refiere esta historia el bienaventurado san Pedro Damiano.

Apenas amaneció cuando Romualdo pidió con instancia el hábito monástico en pleno capítulo. Los monges, que tenian bien conocido el genio de su padre, no se atrevieron á recibirle desde luego temiendo alguna violencia, pero al cabo venció su perseverancia.

A los veinte años de su edad abrazó la regla de san Benito. Comenzó, no á correr, sino á volar por el camino de la perfeccion. Los mas ancianos se admiraban al ver su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion fervorosa. No contaba mas que tres años de monge, y ya parecia varon consumado en la vida espiritual; pero el ardiente celo que mostró por la observancia de algunas reglas, que habia como abrogado la relaxacion, le hizo odioso á los tibios y á los imperfectos. Mirábanle como á re-

formador importuno; y pasó tan adelante la persecucion, que se vió precisado á buscar en otra parte asilo mas seguro á su fervor y á su celo.

Retiróse con licencia de sus superiores á una soledad de los estados de Venecia, donde vivia un ermitaño llamado Marino, cuyo genio rígido, severo, y no el mas prudente, le ofreció abundante materia para contentar su humildad, y para satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer penitencia.

Rezaba todos los dias el Salterio en compañía de su nuevo director: á los príncipios erraba casi todos los versos; y Marino para corregirle le daba un golpe con una vara en la oreja izquierda. Sufriólo Romualdo por mucho tiempo sin hablar palabra, hasta que un dia le dixo con mucha humildad: *Que si le parecia, podria en adelante castigarle en la otra oreja, porque iba perdiendo el oido de ésta.* Admiróse Marino viendo la paciencia de su discípulo, y en lo sucesivo le trató con menos severidad.

Por este tiempo vino á buscar á nuestro Santo Pedro Urséolo, duque de Venecia; y por su consejo se resolvió á renunciar aquella dignidad que habia usurpado, teniendo alguna parte en el asesinato de Candiano su predecesor. Habiendo pues salido secretamente de Venecia en compañia de de Gradénigo, su íntimo amigo, se juntaron con Romualdo y con Marino, y en virtud de lo que anteriormente habian conferenciado, todos cuatro se embarcaron para Cataluña; y aportando á élla, se dirigieron al monasterio de san Miguel de Cusan. Por disposicion de Romualdo y de Marino se quedaron en él Urséolo y Gradénigo baxo la disciplina de Guerino, abad del mismo monasterio, y los dos se retiraron á un desierto no distante de la abadía, donde en poco tiempo concurrieron muchas personas deseosas de servir á Dios en aquella soledad. Vióse precisado Romualdo (á quien ya miraba Marino como maestro) á encargarse de su gobierno, sacrificando la repugnancia que tenia á mandar; pero solo se sirvió de la autoridad de superior para satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer una vida mas penitente y mortificada. Al perpétuo retiro juntó el ayuno mas riguroso; dormia poco, y el tiempo que no empleaba en la oracion le dedicaba á la leccion de libros espirituales y al trabajo manual.

El cuidado que tenia en moderar en los otros las demasías en la penitencia, daba bien á entender que solamente era austéro para consigo mismo. Era muy celoso de la disciplina regular; pero su celo iba siempre acompañado de prudencia y discrecion. Mientras él se aplicaba á imitar las mayores penitencias de los solitarios de Oriente, cuyas vidas leia continuamente, tenia gran cuidado de que su exemplo no moviese á sus súbditos á imprudentes excesos ó demasías. Pero todas sus grandes penitencias no bastaron á librarle de molestísimas tentaciones, que le dieron bien que padecer en aquella soledad. Exercitáronle muchas los demonios; aunque todos sus esfuerzos solo sirvieron de materia á nuevos triunfos, de crisol á su pureza y de perfeccion á su virtud.

Ocupado Romualdo en estos exercicios supo que Sergio su padre, á quien Dios habia dispensado la singular gracia de sacarle del mundo y traerle á la religion, rendido á las sugestiones del enemigo estaba resuelto á dexar la religion para volverse al mundo. Al punto dexó su soledad, voló á Italia; y de tal manera supo manejar aquel genio terco, duro é inconstante, que habiéndole confirmado en la vocacion, tuvo el consuelo de verle morir penitente y muy arrepentido de sus culpas.

Luego que se supo en Italia que Romualdo estaba en élla, acudieron á él de todas partes muchas personas para entregarse á su direccion y gobierno. Fueron tantas, que se vió precisado á fundar muchos monasterios, y á él le obligaron á encargarse del gobierno del de Bañi, no lejos de la ciudad de Sasina. Entabló una observancia tan exâcta, que haciéndose intolerable á muchos monges imperfectos, y no pudiendo sufrir las mudas pero eficaces reprensiones que les daba el exemplo de su Abad, no pararon hasta arrojarle torpemente del monasterio. Sintió Romualdo tanto este indigno tratamiento, que resolvió no mezclarse mas en el cuidado de la salvacion de los otros, y de atender únicamente en adelante al cuidado de la propia. Mas Dios le dió á entender que este disgusto era amor propio, y que era tentacion lo que parecia virtud; pues este era justamente el lazo que el diablo le habia armado con aquellas iniquidades.

Mientrastanto se retiró al lago de Comáquio: de

aquí pasó á un montecillo en las faldas del Apenino, y desde él se fue á esconder en la isla de Perea; pero eran inútiles las diligencias que hacia para ocultarse, porque en todas partes le perseguia la multitud de los que con ansia le buscaban. Fue menester toda la autoridad del emperador Oton II. y un precepto formal y expreso del arzobispo de Ravena para que se rindiese á las eficaces súplicas de los religiosos del monasterio de Clase que le habian nombrado por su abad; pero apenas quiso restituir á su debido lugar la disciplina monástica, cuando se arrepintieron los mismos que le habian elegido, y al cabo le obligaron á renunciar el empleo.

Al mismo tiempo que sus discípulos se resistian á sus saludables instrucciones, no queriendo aprovecharse de sus consejos, hacia en otros conversiones portentosas. El conde Olivan, movido de las palabras de Romualdo, dexó el mundo, y tomó la cogulla de san Benito en el monasterio del monte Casino. Un señor aleman, llamado Tham, siguió el exemplo del Conde. Habiéndose desgraciado la ciudad de Tivoli con el Emperador, reconcilió á los vasallos con el Soberano; y habiendo éste quitado la vida al senador Crescencio, violando la fe de su palabra imperial, le obligó á ir á pie y descalzo desde Roma á la iglesia de san Miguel en el monte Gárgano, haciendo pública penitencia, y dando exemplar satisfaccion de su pecado.

Retiróse san Romualdo á Parenzo en la provincia de Istria, donde fundó un monasterio, y nombró un abad de su satisfaccion que le gobernase. Despues se recluyó por espacio de tres años, y en este largo encerramiento enriqueció el Señor aquel fervoroso espíritu con nuevas abundantes gracias. Dióle una perfecta inteligencia de la sagrada Escritura; comunicóle el don de profecía, y le añadió el de lágrimas tan copiosas, que se vió precisado á no decir misa en público.

Todo abrasado en el purísimo fuego del amor divino, se le oia exclamar muchas veces cada dia: ¡O mi dulce Jesus! ¡ó Dios de mi corazon! ¡ó amable Salvador mio! ¡ó dulzura inefable de los santos! ¡ó delicia de las almas puras! ¡ó dulce Jesus, objeto infinito de todos mis deseos!

Pero al fin fue preciso dexar aquella dulce soledad por

ir á fundar un monasterio en Orvieto. Aquí tuvo noticia del glorioso martirio de su amado discípulo san Bonifacio, apóstol de Rusia, y encendido con el ardiente deseo de derramar su sangre por amor de Jesucristo, resolvió pasar á Ungría. Ya tenia la bendicion y aun la mision del sumo pontífice, cuando Dios, que le preparaba otro género de martirio menos sangriento, pero no menos cruel, y que le tenia destinado para fundador de una nueva familia religiosa en su santa Iglesia, permitió que cayese malo en el camino, y que por este accidente se volviese al monasterio de Orvieto; pero como no le dexasen respirar los muchos que cada dia le buscaban, se retiró secretamente á un monasterio colocado en la cima del monte Sitria. Aquí fue donde padeció la mas horrible calumnia que podia atreverse á su venerable ancianidad, sufriéndola por espacio de seis meses sin despegar sus labios, ni tomar otra satisfaccion que de sí mismo en la rigurosa penitencia; y durante este penoso exercicio de paciencia y de humildad compuso una exposicion de salmos que se guarda hoy en la Camaldula escrita de su mano.

Verdaderamente causa admiracion que un solo hombre pudiese hacer tantas fundaciones; pero la mas célebre de todas fue la que hizo en Camalduli de Toscana, sitio famaso en los valles del Apenino. Aquella vehemente inclinacion que tenia á la soledad le motivó á poner los ojos en este desierto. Quedóse un dia dormido cerca de una fuente, y vió en sueños una escala, que fixada en tierra llegaba con la parte superior al cielo, y reparó que sus religiosos, vestidos de blanco, iban subiendo por élla. Despertó el Santo, no creyendo que el sueño fuese sin misterio, escogió á algunos de los discípulos suyos mas fervorosos, y les dió el hábito blanco con nuevas constituciones. Este fue el principio de la religion Camaldulense, que mas ha de seiscientos años florece en el campo del Señor, y conserva el dia de hoy todo el fervor de aquel primitivo espíritu que recibió de su santo Fundador, y ha dado tantos santos á la Iglesia.

Sintiendo Romualdo que se iba acercando ya el dia de su dichoso tránsito, se retiró á su monasterio de Valde-Castro, donde veinte años antes habia pronosticado que habia de morir. Allí fabricó una celdilla con un oratorio

para encerrarse en élla y guardar silencio hasta la muerte; y aunque cada dia iban creciendo sus achaques, no por eso se acostó en mas cama que en el duro suelo, ni se dispensó en sus ayunos y demas penitencias ordinarias. En fin, sabiendo que era ya llegado el dia en que el Señor le queria premiar tantos trabajos, mandó salir de la celda á los dos monges que le asistian, con órden de que no volviesen á entrar hasta el dia siguiente. Conociendo lo que podia ser le obedecieron con violencia; pero se quedaron á la puerta de la misma celda para observar lo que pasaba. Gastó el Santo algun tiempo en oraciones vocales; pero como los monges no le oyesen prorumpir en sus acostumbrados afectos de amor de Dios, ni en sus ordinarios suspiros, entraron en la celdilla, y hallaron que acababa de espirar. Murió, como afirma san Pedro Damiano, que escribió su vida quince años despues de su dichoso tránsito, á los ochenta años de su edad. Fueron tantos los milagros que obró así en vida como despues de su muerte, que creciendo en todas partes la opinion de su santidad, obtuvieron sus monges licencia del papa para elegir un altar sobre su sepultura á los cinco años despues que murió. Hallóse el santo cuerpo casi tan sano y tan entero como el mismo dia que le habian enterrado. El año de 1032 se celebró solemnemente su fiesta con autoridad de la santa Sede el dia 19 de junio, que era el de su dichoso tránsito. El de 1466, cuatrocientos treinta y cuatro años despues de la primer traslacion, se volvió á hallar entero el santo cuerpo; pero su fiesta concurria con la de los santos Gervasio y Protasio, y el papa Clemente VIII. la fixó el dia siete de febrero, que fue el de la referida primera traslacion.

La misa es en honra de san Romualdo, y la oracion es la que se sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Romualdi Abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Romualdo abad nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor..

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introduxo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

»Jesus, hijo de Sirach, autor de este libro, como ya »se ha dicho, hace en este capítulo el elogio de Moyses, »de Aaron y de Phinés. Da principio por el de Moyses, »á quien alaba principalmente por haber sido amado de »Dios y de los hombres, y por aquella gran moderacion »que conservó en medio de tantas victorias como consi»guió, y de tantas maravillas como hizo. Este mismo elo»gio aplica la Iglesia al santo Abad, cuya memoria cele»bra el dia de hoy.

REFLEXIONES.

No se habla en el mundo comunmente de otra cosa sino de todo lo que alhaga, lo que brilla, lo que nutre el espíritu mundano, ó por decirlo así, la misma mundanidad. Ser estimado de los grandes, tener amigos poderosos, ser bien recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se estima, esto es lo que se admira, esto lo que agrada. La virtud vive como avergonzada en un rincon obscuro; mete poco rui-

do, brilla poco, es poco conocida para que los hijos de este siglo la cortejen ni la alaben. Mientras tanto llega finalmente aquel tiempo en que acaban sus dias esos modelos de la mundana felicidad, viene la muerte como una pequeña piedra, y á un leve toquecillo da en tierra con esos colosos del orgullo; su soñada felicidad, hasta su misma memoria todo se acabó con la vida; respeto, honras, estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se encerró con éllos. Por el contrario, aquellas almas puras, inocentes, tan queridas de Dios; aquellos amigos del Esposo celestial; aquellas personas humildes y mortificadas; aquellos hombres justos, de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco, y otras la compasion del mismo mundo, esos acabaron sus trabajosos dias para comenzar á vivir en la gloria; su memoria está en bendicion, y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es, que tarde ó temprano, al cabo se paga el tributo que se debe á la virtud. Si en vida se les niega á las personas virtuosas, en la muerte se les restituye cien doblado y con usuras; porque al fin, ¿quiénes son los aplaudidos, los alabados despues de la muerte? es decir, cuando ni la lisonja, ni el temor, ni el interes tienen parte en los aplausos. Alábase á un san Luis, á un san Eduardo, á un san Enrique; hónrase á un pobre labrador, á un pastor, que amaron á Dios y fueron amados de Dios; estos son aquellos cuya memoria está en bendicion. ¿Podrémos nosotros esperar la misma suerte? ¿será tan bendita y tan venerada nuestra memoria? Eso que nos lo diga nuestra conciencia. Desengañémonos, que solo aquel sabe hacerse fortuna que sabe hacerse santo. *In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum.* El santo vive de la fe; y la apacibilidad, la suavidad y la dulzura es en parte el carácter de la vida de un hombre justo. La blandura es inseparable de la mortificacion y de la humildad; y aun se puede añadir que tambien de la inocencia; por tanto, no debe causar admiracion que sea la apacibilidad uno de los rasgos mas sobresalientes en el retrato de los santos.

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesus: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit.

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre, ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto importa ser fiel á la gracia; porque la salvacion pende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia se hace sentir, y en que la voz de Dios se hace entender. ¡Qué desgracia hacerse sordo, no estar de humor, ser insensible! *Ecce nos reliquimus omnia*: veis aquí, Señor, que hemos dexado todas las cosas. A la primera palabra que os oimos, en el mismo momento de vuestra inspiracion, al primer rayo de vuestra divina gracia abandonamos cuanto teníamos. El que dice todo, nada exceptúa; barco, redes, parientes, amigos, todo cuanto mas amábamos en este mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios. En materia de fe, cuando se duda, nada se cree; en punto de conversion, el que delibera no

se convierte; lo que hace el holocausto es la universalidad, la totalidad de lo que se ofrece en el sacrificio; y esto es lo que verdaderamente agrada al Señor.

¡Desdichado de aquel que no obedece prontamente á la voz del Señor! ¡desdichado de aquel que reparte su corazon entre Dios y las criaturas! Llámanos Dios, y todavía se delibera, se consulta, se pide parecer á la inclinacion, á las pasiones, á la carne y sangre, al amor propio para saber de éllos si se ha de aceptar ó no el partido que Dios nos hace, si se ha de entrar en su servicio. ¿Significan por ventura otra cosa esas irresoluciones, esos deseos ineficaces, ese querer y no querer, esas odiosas indeterminaciones? Háblame Dios en lo interior de mi alma, llámame Dios con voz distinta y perceptible; y todavía dudo si le obedeceré, si daré oidos á su voz. Ha un mes, ha seis meses, y puede ser haya muchos meses que Dios te está pidiendo el sacrificio, no de tus bienes ó de tu propia vida (y cuando te le pidiera ¿se le deberias negar?), sino el sacrificio de un gusto, de un deleyte, de una amistad perniciosa, de esa inclinacioncilla á una fruslería, á una vagatela, á una nada; y con todo eso se le niegas, no te da gana de tener una condescendencia con tu Dios, no estás de humor de darle ese gusto. Comprende bien la malicia, la ruindad de esta repulsa, la gravedad de esta injuria, la grosería de este agravio; y con todo eso ese Dios á quien niegas esa reforma, ese corto sacrificio, esa vagatela, es el mismo de quien esperas cada dia nuevas y contínuas gracias; es el mismo de quien esperas el perdon de grandes culpas, y aun el perdon de esta misma resistencia que estás haciendo á sus gracias, y de la grosera desatencion con que cada dia le niegas lo que te pide de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradiciones, de impiedad y de injusticia.

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, Señor, de que yo abra los ojos para ver mis descaminos, y para espantarme como debo de un proceder tan lastimoso y tan impío, si ahora, si desde este instante no los abro?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no basta romper los lazos, desprender el corazon, dexarlo todo, vencerse en todo. Inútilmente se

pondria uno en estado de caminar, si no tiene una buena guia á quien seguir. *Veis aquí, Señor*, dicen los apóstoles al Salvador, *que hemos dexado todas las cosas, y te seguimos.* Esto es propiamente en lo que consistió su mérito, y parece que en sola esta imitacion fundó Cristo su recompensa. *Vosotros que me seguísteis*, respondió el divino Maestro, *juzgaréis á todas las doce tribus de Israel.* Con efecto ¿de qué serviria dexar todas las cosas sin seguirle? El desprenderse de todo quita á la verdad los estorbos; pero sin seguir, sin imitar este divino modelo no se adquiere la virtud.

¡Qué leccion mas impotante para las personas religiosas! ¡pero qué desgraciadas serán si despues de haber hecho pedazos tantas cadenas, despues de tantos y tan costosos sacrificios se hallasen al fin sin haber seguido á Jesucristo! ¿Podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez: Señor, todo lo dexamos por vuestro amor, y os hemos seguido? ¿Mas qué será de los que no pudieren decirlo con verdad?

Hay pocos aun dentro del mismo mundo que no esten obligados á dexar muchas cosas por Jesucristo. Ninguno hay que no deba desprender su corazon, á lo menos con el afecto, de todo lo que posee; si quiere ser discípulo de Cristo, ninguno hay que no deba renunciarse á sí mismo. ¿Y podrán todos los del mundo decir que siguieron á Cristo?

Seguir á Cristo es ser humilde de corazon, inocente, manso, mortificado, caritativo; es llevar su cruz todos los dias, es hacerse contínua violencia, es domar el amor propio, es sujetar las pasiones, es seguir las máxîmas y los consejos de Cristo, y es mirar con horror las máxîmas del mundo. Aquella persona religiosa tan poco mortificada, tan poco observante, tan poco regular, ¿habrá seguido á Cristo? Aquel hombre del mundo tan vano, tan ambicioso, tan carnal, tan delicado, tan colérico, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella muger mundana, ocupada todo el dia en el tocador y en la vanidad, dedicada á la ociosidad, á las diversiones, al regalo y al melindre, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella ótra tan indevota y tan poco cristiana ¿sigue á Jesuctisto? ¿y sígole yo mismo?

¡Cosa verdaderamente asombrosa! Todos esperan el

premio, siendo así que son poquísimos los que cumplen con las condiciones indispensables para merecerle. Cada uno juzga que tiene derecho para poder decir con los apóstoles: *¿Quid ergo dabis nobis præmii?* ¿qué premio nos has de dar? Y son muy pocos los que pueden decir con éllos: *Secuti sumus te*: Señor, te hemos seguido, y todo lo hemos dexado por tu amor. ¿Quién hay que no pretenda salvarse? ¿quién que no pretenda estar algun dia en la gloria en compañía de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? ¿pero en qué fundamos esta pretension? ¿en qué esta confianza?

Fúndase, Señor, en vuestros infinitos merecimientos, en vuestra misericordia infinita, en vuestra infinita bondad; pero tambien sé que debe fundarse en vuestras palabras y en vuestros exemplos. Falsa ha sido hasta aquí esta confianza presuntuosa; pero, dulce Jesus mio, desde este mismo dia comenzará á ser verdadera y perfecta, haciéndose racional y cristiana. Es necesario indispensablemente imitaros y seguiros para tener parte en vuestra recompensa; resuelto estoy á hacerlo desde este mismo punto, mediante vuestra divina gracia, á la cual no quiero ya resistir.

JACULATORIAS.

Trahe me: post te curremus in odorem unguentorum tuorum. Cant. 1.

Llevadme, Señor, ácia vos para que os siga apresuradamente, corriendo tras el olor de vuestros exemplos.

Hodiè si vocem ejus audieritis, nolite obdudare corda vestra. Salm. 94.

Si oyéremos en este mismo dia la voz del Señor, obedezcámosle sin la menor dilacion.

PROPOSITOS.

Los deseos matan á los perezosos, dice el Sabio; porque no son deseos verdaderos, sino imaginarios. Figúrasele á uno que no quiere lo que reconoce ser bueno y necesario; pero realmente no lo quiere, puesto que no ha-

ce la menor diligencia para conseguirlo. Mira bien no te suceda lo mismo en esos deseos infructuosos y estériles que sueles sentir cuando lees ó cuando meditas. Los deseos reales y eficaces nutren el alma, porque son el manantial y la fuente de las buenas obras; pero esos otros deseos imaginarios y pasageros la matan, porque entreteniéndola con mil proyectos aéreos de conversion, á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que la pobre se muera de hambre. En este sentido se dice comunmente que el infierno está poblado de buenos deseos. No te contentes con decir: esto es verdad, esto convence; nó hay cosa mas comun. Exâmina sériamente á qué cosa está pegado tu corazon; y si verdaderamente has renunciado todo lo que posees en el sentido en que lo entiende Jesucristo, y en que indispensablemente pide lo practiquen todos los que quieren ser discípulos suyos; esto es, si te sientes con disposicion de sacrificar lo mas precioso, lo mas estimado que tienes en el mundo antes de ofender á tu Dios. En este particular, como en otros muchos, el corazon engaña á la imaginacion; lisonjéase uno con la vana imaginacion de que no tiene apego á ningun bien criado; y en realidad es esclavo de todos. El trabajo que cuesta pagar á esos oficiales, á esos criados; la dificultad que se siente en hacer aquella restitucion, en cumplir con aquellos legados piadosos, en hacer aquellas limosnas, no prueban á la verdad un gran desapego. No quieras engañarte voluntariamente; haz hoy lo que debieras haber hecho muchos dias ha. Los religiosos estan obligados á un gran desasimiento; y en éstos no basta por lo comun que sea afectivo, es menester que sea efectivo y real. Reforma desde este mismo dia todo lo que en la hora de la muerte te ha de asustar tu conciencia, y en el dia del juicio ha de servir para instruir tu proceso.

2 Los propósitos han de descender siempre á cosas particulares. No es posible que no haya mil cosillas supérfluas en todo ese tren de casa y de atavíos; cercena desde hoy mismo algunas alhajas inútiles, ó á lo menos poco necesarias; pues la modestia cristiana te hará conocer que hay entre éllas no pocas bien supérfluas. No esperes á que un reves de fortuna, á que la edad ó la

muerte te despojen de éllas; haz voluntariamente el sacrificio que algun dia has de hacer de necesidad. Si llegare hoy la voz de Dios á tus oidos, obedécela fielmente; no quieras endurecer tu corazon dilatando para otro dia lo que te inspira Dios que hagas hoy: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* Qué dolor tendrán algun dia los que leyeren esto, sin haber sacado fruto alguno.

DIA OCHO.

San Juan de Mata, fundador del órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos.

Fue san Juan de Mata de nacion frances, natural de Faucon en la Provenza, y nació al mundo el año de 1160. Sus padres, á quienes hacia mas recomendable la virtud que la distinguida calidad de su nobleza, le criaron con especial cuidado en la piedad, por haberle dedicado su madre con voto expreso á la santísima Vírgen el primer dia que despues del parto entró en la iglesia.

Como el niño Juan era de mucho ingenio, de natural feliz, de genio blando y de un corazon dócil, en poco tiempo se halló formado en la virtud. Sus inclinaciones eran todas nobles y cristianas, y parece que nunca conoció ni las travesuras ni las diversiones de la niñez. Para él no habia ótras que los exercicios de devocion. Su apacibilidad, su modestia, su circunspeccion y su candor eran indicios ciertos de su inocencia: fue poco tiempo niño, y menos tiempo fue mozo. El amor de Dios, la compasion de los pobres y la tierna devocion que ya desde aquella edad profesaba á la santísima Vírgen, presagiaban desde luego el eminente grado de su futura santidad.

Persuadido Eufemio de Mata, padre de nuestro San-

to, á que su hijo no tenia menos talentos para los estudios, que disposiciones para la virtud, le envió á estudiar á Aix, queriendo que al mismo tiempo se dedicase tambien á aprender las otras habilidades ó exercicios propios de caballeros. Á todo se aplicó nuestro Juan, y en todo salió eminente; sin que los exercicios del aula, y de la academia sirviesen de estorbo á los de la virtud, que eran los primeros en su cuidado. Distribuyó el tiempo de manera, que dando al estudio las horas competentes, no faltase á su fervor y á su celo todo el lugar necesario para hacer cada dia nuevos progresos en la perfeccion. Repartia entre los pobres el dinero que sus padres le enviaban para divertirse, y gastaba en los hospitales el tiempo que le sobraba de sus estudios y exercicios, siendo éste el único respiradero que buscaba para sus laboriosas fatigas; y desde aquel tiempo tomó la santa costumbre de ir á servir á los enfermos todos los viernes del año.

Acabados los estudios volvió á casa de sus padres, cuya exemplar vida le ofreció abundantes materiales para nutrir su innata piedad. No pudiendo ya disimular el tédio que el mundo le causaba, pidió licencia á su padre para retirarse á una ermita poco distante del mismo lugar de Faucon. Pasó en élla algun tiempo entregado á la contemplacion de las cosas divinas; pero como interrumpiesen su quietud y turbasen su reposo las frecuentes visitas de los muchos que le buscaban movidos de su reputacion, resolvió alejarse de su pais. Consintieron sus padres en que fuese á París á estudiar la sagrada teología: presto se dió á conocer en aquella célebre universidad donde al fin recibió el bonete y grado de doctor. Igualmente se dexaron admirar su espíritu y su virtud, que su sabiduría: descubriéronse sus raros talentos entre los celages de su profunda humildad, y al cabo le pusieron en precision de ordenarse de sacerdote.

Estremecióle la dignidad del sacerdocio, respetable aun á los angeles mismos; pero fue preciso obedecer. Quiso Dios acompañar con extraordinarios prodigios, no solo el acto de su ordenacion, dexándose ver sobre la cabeza del Santo una columna de fuego al mismo tiempo que el obispo le imponia las manos, sino tambien su pri-

mera misa. Celebróla en la capilla del obispo de París con asistencia de Mauricio, obispo de Sully, y de los abades de san Victor, y santa Genovefa, y con la del rector de la universidad.

Durante esta primera misa tuvo aquella célebre vision, en que se le presentó, aunque en confuso, el plan de la nueva religion, de que en algun tiempo habia de ser ilustre fundador y padre. Al elevar la sagrada hostia vió un angel en figura de un hermosísimo jóven, vestido de blanco, una cruz roxa y azul en el pecho, con las manos cruzadas ó trocadas sobre dos cautivos de diferente religion, cargados de cadenas en ademan de quien queria trocar el úno por el ótro. Quedó por algun tiempo inmoble, fixos los ojos en este celestial objeto. Como el éxtasis fue tan visible, y duró bastante rato, no pudo hacer misterio de él á los prelados. Declaróles la vision, y todos convinieron en que significaba algun gran designio, para el cual Dios le tenia destinado. Juan por su parte, queriendo prepararse mejor para ser digno instrumento de la divina voluntad, determinó irse á un desierto.

Habia oido hablar de cierto ermitaño, llamado Feliz de Valois, que hacia vida solitaria en un bosque del obispado de Meaux, junto al lugar de Gandelu; fuéle á buscar, y la santa union que desde luego se formó entre aquellos dos grandes hombres por la conformidad de sus intentos, de sus virtudes y de sus dictámenes, dió lugar á conocer que el cielo los habia escogido para que trabajasen juntos en una misma obra.

No se puede explicar el fervor con que se aplicaron al exercicio de todas las virtudes: sus penitencias eran excesivas; las vigilias y los ayunos contínuos; la oracion era su ocupacion ordinaria. Un dia que al pie de una fuente se estaban santamente recreando, tratando de la bondad y de las grandezas de Dios, vieron venir ácia sí un ciervo, que entre las dos astas traia una cruz del todo semejante á la que san Juan de Mata habia visto en el vestido del angel que se le apareció cuando estaba celebrando su primera misa. Con esta ocasion descubrió Juan á su amado compañero la vision que habia tenido, y desde aquel punto resolvieron ambos dedicarse á la redencion

de los pobres cristianos que gemian cautivos entre los moros.

Habíase extendido la fama de los dos santos Ermitaños, y habia concurrido á éllos gran número de discípulos, que baxo la disciplina de su insigne magisterio hacian maravillosos progresos en el camino de la virtud. De los mas fervorosos se formó una comunidad reducida, cuyo gobierno se vió obligado nuestro Juan á tomar de su cargo: siendo ésta como la cuna de aquel orden celebérrimo, que teniendo por carácter y por distintivo la mas perfecta caridad cristiana, ha producido y está cada dia produciendo tan grandes hombres y tan grandes santos.

No dudando ya san Juan y san Felix que Dios los tenia destinados para trabajar en la redencion de los cautivos cristianos que gemian oprimidos con el cautiverio de los moros, tomaron la resolucion de ir juntos á Roma para declarar al sumo Pontífice sus intentos, y saber del sumo oráculo de la Iglesia lo que debian executar. Admirado Inocencio III. de su caridad y de su celo, alabó su generosa resolucion; pero como se hallase dudoso é indeciso en órden á aprobar el nuevo instituto que le proponian, acabó de determinarle una vision celestial; porque estando diciendo misa en san Juan de Letran el dia 28 de enero, se le apareció un angel vestido de blanco, con los mismos símbolos con que se le habia aparecido á san Juan de Mata cuando dixo en París su primera misa. Aprobó, pues, con elogio la nueva religion, queriendo que los que la profesasen vistiesen el hábito blanco, con una cruz roxa y azul en el pecho; y que por alusion á esta misteriosa variedad de colores se llamase el nuevo órden de la santísima Trinidad, redencion de cautivos. Hizo á san Juan de Mata ministro general de toda élla; y despues de haber colmado á los dos Santos de gracias y de beneficios, y á la nueva religion de favores y de privilegios, los volvió á enviar á Francia, exhortándolos á trabajar incesantemente en la redencion de los cautivos cristianos, segun el caritativo fin de su piadoso instituto.

No se puede ponderar con cuánto aplauso fue recibida en todo el orbe cristiano la nueva religion. Visi-

blemente era obra de la mano de Dios, y así en poco tiempo hizo maravillosos progresos. Miraban todos á aquellos héroes de la caridad cristiana como unos ángeles visibles, que habia enviado Dios para libertar de la esclavitud de los infieles á tantos cristianos cautivos. Felipe Augusto, rey de Francia, los colmó de beneficios. Gaucher de Chatillon los cedió el mismo lugar que habia sido la primera cuna de la órden, llamado *Ciervo frígido*, donde hasta hoy se conserva la primera y principal casa de toda la religion. Fundó despues nuestro Santo otras muchas en el reyno de Francia; y encomendando á san Felix el gobierno de todas éllas, volvió segunda vez á Roma, donde el Papa le dió la iglesia y la casa de santo Tomás de Formis, llamada Navecilla. En poco tiempo se hizo una comunidad muy numerosa, y el Santo crió en élla excelentes operarios. Toda su ansia era pasar á África, y su mayor consuelo sería, como él mismo solia repetirlo, quedarse cautivo por la redencion de algun cristiano; pero deteniéndole en Roma el sumo Pontífice, por aprovecharse de sus prudentes consejos en los negocios mas importantes de la santa Iglesia, envió dos de sus religiosos á Marruecos, que hicieron una redencion de ciento y ochenta y seis cristianos cautivos. Encendióse mas su celo con un suceso tan pronto como feliz. Estábase disponiendo para partir al África, cuando el Papa le envió por legado de la santa Sede al rey de Dalmácia, con título de capellan suyo.

Fue fruto de su legacía la restauracion de la disciplina eclesiástica, la reformacion de las costumbres y la conversion de toda la córte. Confirmó los pueblos en la fe, sujetólos á la obediencia de la silla apostólica, y obró tantas maravillas, que hizo demostracion de lo mucho que puede un legado cuando es santo.

Cuando volvió á Roma no pudo el Papa, por mas que hizo, obligarle á aceptar el capelo, que le tenia destinado; vióse precisado á ceder no solo á su humildad, sino tambien á su celo, permitiéndole pasar al África, que era todo el objeto de sus ansias. Luego que llegó allá encendió la fe casi apagada en muchos de los cristianos cautivos. Miraba con desprecio la muerte por el deseo del martirio. Empeñóle tanto su celo infatigable en

los oficios de caridad, que se vió á punto de ser degollado por los bárbaros. Una vez le hallaron en la ciudad de Tunez cubierto de heridas, y nadando en su misma sangre, teniéndose por dichoso en padecer alguna cosa por Jesucristo, diciendo á gritos, que ya que no merecia ser mártir, deseaba á lo menos quedarse por cautivo.

Pero eran otros los designios del Señor. Despues de muchos trabajos partió nuestro Santo de Tunez con los cautivos rescatados. Apenas se habia embarcado, cuando los bárbaros, resueltos á que de una ú otra manera pereciese, entran como furias en el navío, arrancan el timon, hacen pedazos los mástiles, destrozan las velas, y no dudando ser testigos de su inevitable naufragio, dexan el vaso á merced de las olas y los vientos. Mas nuestro Santo, que tenia colocada su esperanza en cosa mas segura que el aparejo de la marinería, lleno de aquella viva fe que le animaba, tomó su capa, y las de sus compañeros, y acomodólas lo mejor que pudo en lugar de velas; rogó al Señor que fuese el piloto del navío; y puesto de rodillas sobre el puente superior con un crucifixo en la mano, se dexó enteramente en las de la divina Providencia. Cuidó el Señor de su fiel siervo, y en pocos dias llegó felizmente con toda su tropa al puerto de Ostia.

Por este tiempo la heregía de los albigenses, vencida la barrera de los Alpes, comenzaba á extenderse por Italia. Hizo el Papa inquisidor á nuestro Santo, y con su actividad detuvo presto la impetuosa carrera de aquel monstruo envenenado.

Aunque el viage de África, los malos tratamientos que padeció en Tunez, y las excesivas penitencias en que jamas se dispensó, habian arruinado enteramente su saluz, se vió obligado por el mayor bien de su religion y de la Iglesia á correr la Italia, Francia y España, fundando conventos en todas partes, y reformando en todas las costumbres. Estableció la adoracion perpétua de la santísima Trinidad, para restituir á las tres divinas Personas la gloria y el culto de que las heregías pretendian despojarlas. En España rescató un gran número de cristianos, que gemian oprimidos baxo la esclavitud de los sarracenos. En Francia el rey Felipe Augusto le dió el

título y los honores de teólogo, consejero y limosnero suyo; títulos de honor que despues acá han concedido todos los Reyes Cristianísimos al general de toda su religion. Despues de haber obtenido en París la capilla de san Maturino, y haber echado en élla los fundamentos de un insigne monasterio, partió para Roma, donde el Papa le llamaba, y donde presto habia de poner dichoso fin á la gloriosa carrera de su vida.

Los dos últimos años de élla los pasó en visitar á los encarcelados, en consolar y asistir á los enfermos, en socorrer á los pobres en sus necesidades, y en predicar con indecible fruto la palabra de Dios. Predicaba la necesidad de la penitencia con tanta eficacia y con suceso tan feliz, que se veían portentosas conversiones. No era facil resistirse á la fuerza y á la mocion de sus sermones, efecto casi necesario de su eminente virtud. Su mortificacion llegó hasta donde pudo llegar. Por muchos años apenas comia mas que pan y agua; su ayuno era continuo, y su oracion se puede llamar perpétua.

Como sus padres le habian dedicado á la santísima Virgen desde su nacimiento, la miró siempre como su querida madre, y quiso que su órden estuviese baxo la especial proteccion de esta Señora. Finalmente, extenuado á fuerza de trabajos y de penitencias, colmado de merecimientos, dotado del don de profecía y de milagros, consumido de las purísimas llamas de la caridad cristiana, y rodeado de sus amantísimos hijos, que se deshacian en lágrimas, despues de dexarles en herencia su verdadero espíritu, rindió su inocente alma en manos del Criador el dia 21 de diciembre del año 1213, á los sesenta y uno de su edad, á los diez y seis despues de confirmada su religion.

Por tres ó cuatro meses estuvo expuesto su santo cuerpo en la iglesia de su convento de santo Tomás, con licencia del papa Inocencio III. para consuelo de los innumerables que concurrian á venerarle, atraidos de la fama de su santidad, y de los muchos milagros que obraba Dios por su intercesion, aun estando en el féretro. No pudiendo celebrarse su fiesta el dia 21 de diciembre, por estar dedicado á la del apóstol santo Tomé, se anticipó al dia 17 del mismo mes, hasta que el papa Inocencio XI.

por su breve de 30 de julio de 1679, la fixó al dia ocho de febrero.

La misa del dia es en honra de este gran Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui per sanctum Joannem de Matha, ordinem santissimæ Trinitatis ad redimendum de potestate saracenorum captivos, cœlitus instituere dignatus es; præsta, quæsumus, ut ejus suffragantibus meritis, à captivitate corporis, et animæ, te adjuvante liberemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste instituir el órden de la santísima Trinidad para la redencion de los cautivos, por medio de san Juan de Mata, valiéndote de una vision celestial: te suplicamos que por tu gracia, y por sus merecimientos seamos libres del cautiverio de alma y cuerpo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31. del libro de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia Sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes estan seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

»Aplica la Iglesia á los santos confesores lo que el Es»píritu santo dice en este capítulo del hombre rico, que »siendo dueño, y no esclavo de su dinero, conserva la ino»cencia en medio de las riquezas, y solo se vale de sus »caudales para servir mejor á Dios, y para hacer gran»des limosnas.

REFLEXIONES.

Sea el estado que fuere, no hay otro cimiento del verdadero mérito, ni otro principio de verdadera felicidad, que la inocencia de la vida y pureza de las costumbres. Juzguémoslo por la turbacion y por la inquietud del pecador. En vano pretende el impío que le tengan por feliz; en vano se lisonjea de que goza una gran paz: *pax, pax; et non erat pax.* No se hizo la paz para la mala conciencia; solo la virtud hace al hombre dichoso. No es posible amar apasionadamente las riquezas, y amar á Dios. Siempre está el corazon donde está su tesoro. Ser rico, y no contar sobre sus bienes; ser rico, y no ser mortificado; ser rico, y no ser humulde; ser rico, y no ser afable, apacible, grato y liberal con los pobres; estár criado entre la abundancia, el regalo y la delicadeza, cercado de cortejantes y de lisonjeros, y tener por felices á los necesitados, á los despreciados, á los perseguidos, á los cargados de oprobios, ¿no es la mayor de todas las maravillas? ¿Quién es éste, y le alabarémos? porque en realidad su vida es un milagro de fe, de religion, de inocencia. ¡Cosa extraña! Todos convienen en que este es uno de aquellos prodigios que se ven muy raras veces: concuerdan todos en que la virtud, y el amor de las riquezas son incompatibles; y no obstante eso, ¿quién hay que no desee ser rico? ¿qué pasion hay mas viva, ni mas universal? ¿cuál que menos se oculte ni menos se recate? Pero lo que pone en tan gran peligro la salvacion de los ricos, no es solamente la facilidad de hacer cuanto se les antoja sin que se lo estorben; no les sirve de menos embarazo para salvarse la dificultad de encontrar remedios eficaces para curar este mal. Trátase con sumo tiento su delicadeza; vase con la corriente de sus inclinaciones; apláudense, celébranse hasta sus mismos defectos; ¿y cuántos confesores hay cobardes, lisonjeros indignos, que los echan polvo en los ojos para que no vean sus desórdenes? ¿Hállanse ya muchos Bautistas, que los digan con santa libertad, *non licet*, eso no os es lícito; ese es un gran pecado? ¿Encuéntranse muchos profetas que los griten con generosa entereza: *Væ, qui opulenti estis*? ¡Tristes de vosotros los que amontonais á todas manos, los que os dais

priesa á enriqueceros, los que olvidais al pobre en vuestra abundancia, los que colocais vuestra confianza en vuestros tesoros! Hay ricos verdaderamente virtuosos que no tienen puesto el corazon en las riquezas; estos son aquellos cuyos bienes toma Dios de su cuenta conservárselos, y aun aumentárselos; al mismo tiempo que hace se desvanezcan como humo aquellas fortunas repentinas adquiridas por medios nada inocentes. Si se quiere asegurar la abundancia en las familias, distribúyanse sin escasez limosnas á los pobres. Los poderosos, que hacen excesivos gastos para la ostentacion, y para ser por éllas mas estimados, no pocas veces se hacen por los mismos medios mas despreciables. No hay honra igual como la de poder hacer bien al mismo Jesucristo.

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De los motivos particulares para no dilatar la conversion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas opuesta á las luces de la fe, á las máxîmas de la religion, al buen juicio, y aun á la misma razon natural, que dilatar la conversion.

Conozco que tengo necesidad de convertirme; no me quisiera morir en este estado; solo el pensamiento de que me puede suceder esta desdicha, me estremece. ¡Qué! ¿morirme sin haber hecho una confesion general, sin haber restituido aquel dinero? ¿morirme en la costumbre del pecado, sin haberme reconciliado con mi enemigo, sin haber enmendado mi vida? ¡Ah, que si me muriera en este infeliz estado conozco claramente que sin remedio me condenaria! ¿Pues qué razon tendré para dilatar mi conversion para otro tiempo? ¿Paréceme por ventura que me arrepentiria demasiadamente presto de mis pecados, si comenzára desde ahora á arrepentirme, si me dedicára desde luego á hacer penitencia de éllos? ¿Sería amar á Dios demasiadamente presto, ú dexar de ser disoluto, de ser impío con mucha anticipacion?

Pero al fin, ¿cuándo hemos de convertirnos? Fixemos por lo menos el año y el dia de nuestra conversion; ¿pero quién nos asegurará ese año y ese dia? ¡Qué extravagancia! ¡qué locura tan extraña poner á peligro el alma, arriesgar la salvacion eterna, contando sobre el dia mas incierto de la vida, fiándonos de un tiempo que no está en nuestra mano, y que no sabemos si podrémos disponer de él!

Pero supongamos que hemos de tener este tiempo. ¡Suposicion frívola! ¿y qué sucederá entónces? ¿Sentirémos menos dificultad en romper los lazos por el mismo hecho de haberlos multiplicado? ¿Estaré entónces mas convencido de lo que estoy ahora de la extrema necesidad que tengo de convertirme? Al presente pienso, y puedo convertirme, y no quiero. Es incierto si pensaré lo mismo

otro dia; es mucho mas incierto si querré, aun dado caso que lo piense; y tengo mil motivos para creer, que tampoco entónces querré, ó que lo querré mas tibia y mas ineficazmente que ahora.

Cuanto mas vivamos, mas dificultades tendrémos que superar. La costumbre se mortifica con los actos; las pasiones crecen con la edad; los estorbos se multiplican con los años. ¿Qué razon tenemos para persuadirnos que otro dia serémos mas dóciles que hoy? Una de dos, ó persuadámonos á que ahora no tenemos necesidad de convertirnos, ó convirtámonos ahora cuando la gracia nos solicita.

¡Buen Dios, qué alegría tendré mañana, despues de mañana, y todos los dias de mi vida si me convierto desde luego! Sí, este dia de hoy puede ser el dia de mi salud, si lo fuere el de mi conversion; ¿y de quién penderá que no lo sea? Solo puede pender de mí. ¿Y es posible que he de ser eternamente el mayor enemigo de mí mismo? ¿el mayor contrario de mi eterna felicidad? ¿acaso he jurado yo mismo mi propia perdicion? Vos, Señor, me solicitais, vos me estrechais, vos me ofreceis vuestra gracia; ¡qué rabia, qué furor, si resisto á élla mas tiempo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el punto de esta meditacion es para tí el punto mas crítico, y cuánto te importa no resistir á la gracia. Al presente tienes en tu mano muchos medios, que acaso jamás los volvéras á tener. Nunca han sido menos los estorbos, y acaso nunca te hallarás en circunstancias mas favorables. Lo cierto es que nunca has de tener tanta vida como la que tienes ahora, y consiguientemente ni tanto tiempo para hacer penitencia de tus culpas. ¿Te atreverás á decir sériamente que todavía tienes demasiado tiempo? Gozas al presente una robusta salud, y con todo eso acaso estás muy cercano á tu postrera enfermedad. Ahora estás asegurado de la gracia; buena prueba son los piadosos movimientos que sientes en esta meditacion; porque son efectos de élla. Ahora te hallas con voluntad de convertirte; porque haciendo estas reflexîones, ¿cómo es posible que quieras permanecer en tus desórdenes? Puedes ahora hallar un

prudente y celoso confesor, un amigo fiel y sincero, con otros cien auxílios, que probablemente no encontrarás con tanta facilidad, ni en otra parte, ni en algun otro tiempo, si haces inútiles los que ahora tienes en la mano; pues busca, imagina alguna buena razon para no aprovecharte de estos medios, y para dilatar tu conversion para otro tiempo. Las circunstancias presentes no pueden ser mas favorables; todo conspira á tu mayor bien. ¿Será posible que solo tú te opongas á él? Asombro es que sean menester tantas razones para convencernos que es necesario convertirnos; es decir, para persuadir á que nos libremos del inminente peligro de condenarnos.

Todo nos predica nuestra conversion; la prosperidad y las desgracias, la salud y la enfermedad, las honras y los desprecios; bien entendido, todos son muy igualmente poderosos para volvernos á Dios. Que el Señor me está colmando de beneficios, ¿y yo he de proseguir en ofenderle? El Señor me castiga con reveses, con desgracias, con contratiempos, ¿y yo he de perseverar en irritarle? Tengo salud, hállome robusto; pues este es el tiempo mas propio para trabajar en mi salvacion. Siéntome enfermo, vivo lleno de achaques; ¿pues qué he de aguardar á la muerte para hacer penitencia? Estoy colmado de honores en este mundo; y qué, ¿me resolveré á vivir en pecado, para vivir despues en el ótro lleno de una eterna confusion? ¿Soy el desprecio de todos? enhorabuena. Quiero ser santo, y está hecha mi fortuna. ¡Mi Dios! ¿de qué nos sirve ser cristianos, ser racionales, si no discurrimos de esta manera?

¿Señor, qué es lo que yo debo esperar si no me convierto en este mismo dia? Muchas veces he tenido pensamiento de enmendar mi vida, de reformar mis costumbres, de romper estos lazos, de cortar aquellas amistades, de dexar aquellas diversiones poco cristianas; todos estos deseos, todos estos proyectos de conversion han sido estériles hasta aquí; pero lleno de confianza en vuestra misericordia, espero que no será lo mismo de los que formo al presente.

JACULATORIAS.

Surgam: et ibo ad Patrem. Luc. 15.

No, mi Dios, ya no me paro á deliberar; arrójome en vuestros brazos, como en los de mi amoroso padre, desde este mismo punto, sin otra dilacion quiero ser vuestro.

Dixi, nunc cœpi. Salm. 76.

Ya no dilato para mañana mi conversion; ahora, ahora doy generoso principio á la enmienda de mi vida.

PROPOSITOS.

Apenas reconoció el hijo pródigo sus descaminos cuando rindiéndose á los impulsos de la gracia, se restituyó al punto á la casa de su padre. La execucion ha de seguir inmediatamente al proyecto de convertirse. Lo mismo hicieron los Magos; no bien descubrieron la estrella cuando al momento se pusieron en camino. Ninguno de los que deliberaron si habian de ir ó no á adorar al Salvador, ninguno fue á adorarle. Tú conoces hoy que tienes necesidad de convertirte, no aguardes á mañana para hacerlo, y ten el consuelo de haberlo executado antes que se acabe este mismo dia. La conversion del corazon, que es la esencial, se hace en un momento; la exterior sea tambien cuanto antes; élla cuesta poco mas que la interior; aquélla ha de convencerte de la sinceridad de ésta. Ayer diste principio á élla por los pequeños sacrificios, ó por las ligeras mortificaciones que te aconsejaron hicieses; ponla hoy dichoso fin, con el socorro de la gracia, que te insta á que no la dilates. Para esto, postrado ante el santísimo Sacramento, ó en tu cuarto delante de un crucifixo haz un fervoroso acto de contricion, concibiendo un vivísimo dolor de haber tenido una vida tan desreglada, prometiendo al Señor una eterna fidelidad, que no se desmienta jamás. Si tienes necesidad de hacer una confesion general, no hay que diferirla para para otro tiempo; comienza hoy á escribir tus pecados, y aunque no escribas mas que dos solas palabras, en todo caso comienza hoy. Da á Dios una palabra firme, resuelta de no ver mas á tal persona, de no volver á poner los pies en aquella casa, de no asistir jamas á tales y tales espectácu-

los ú diversiones, &c. Nota en algun librito secreto que éste fue el dia de tu conversion; ve á oir misa con esta intencion; y cuando se eleve la hostia, renueva tu contricion y tus propósitos. Dí humildemente á Jesucristo que eres el hijo pródigo, que vuelve á los brazos de su padre con resolucion de no darle mas motivo de disgusto, y de obedecerle con la mas rendida puntualidad hasta la muerte. Algunos, para fixarse mas en sus propósitos, hacen voto por tres, por cuatro ó por ocho dias de no hablar á tal persona, de no entrar en tal casa, de no asistir á tal diversion, de retirarse de tal juego, &c. Estas piadosas resoluciones son pruebas poco equívocas de un sincero deseo de convertirse.

2 Las personas que por la misericordia del Señor no tuvieron necesidad de tan grande conversion, no por eso dexarán de tenerla de alguna reforma. Por mas virtuosa, por mas devota que sea una alma, siempre la restan muchas imperfecciones que enmendar, muchas virtudes que adquirir, muchos progresos que adelantar. Exâmina bien, y nota cuidadosamente los principales puntos de reforma que puede Dios desear de ti. ¿En qué cosas te has relaxado? ¿qué exercicios, qué actos de virtud has omitido? ¿cuál es tu pasion dominante? ¿qué efectos, qué imperfecciones tienes que enmendar? y ¿cuál es la virtud que te hace mas falta? Haz, por decirlo así, anatomía de esta conversion; escoge dos ó tres puntos, sobre los cuales has de traer exâmen particular; imponte una penitencia por cada vez que faltares á los propósitos que hicieres. En el negocio importante de la salvacion todo depende de la execucion. Para que todo esto se haga con mas eficacia, convendrá mucho que desde hoy mismo te impongas una ley de hacer regular y diariamente por espacio de medio cuarto de hora exâmen particular de aquel defecto que quieres enmendar, ó de aquella virtud que pretendes adquirir; y el tiempo mas oportuno para este exâmen es cerca de medio dia. Pocos exercicios espirituales se hallarán mas útiles que éste.

DIA NUEVE.

Santa Polonia, vírgen y martir.

Aunque el emperador Felipe fue tan favorable á los cristianos, que muchos son de opinion que recibió el santo bautismo, no obstante se levantó en su tiempo una persecucion contra los fieles de Alexandría, en la cual padecieron muchos mártires, y fue como la señal de la que se suscitó el año siguiente por todo el imperio romano en tiempo del emperador Decio.

Cierto poetilla infeliz, entremetido á profeta y mago de profesion, comenzó el año de 248 de nuestro Señor Jesucristo á predicar en las calles de Alexandría, amenazando en tono enfático á toda la ciudad de una gran desdicha, si no se exterminaba á todos los cristianos, enemigos mortales de los dioses y de su culto. No fue menester mas para excitar el furor de un pueblo naturalmente inclinado á la sedicion, á la crueldad y á la carnicería.

San Dionisio, que era á la sazon obispo de aquella ciudad, refiere la persecucion con estos discretos términos: *Este miserable adivino animó contra nosotros á los idólatras; y excitándolos por medio de la supersticion, á que era naturalmente inclinado este pueblo, encendió el furor en sus corazones. Creyendo aquellos ciegos á este impío, y dexándose llevar de las impresiones que los inspiraba, se amotinaron contra nosotros, y se precipitaron en los mayores excesos de la crueldad y del furor. Persuadiéronse bárbaramente á que su imaginaria piedad consistia en ser crueles contra los cristianos, y creyeron que no podian honrar mejor á los dioses falsos, que sacrificándolos por víctimas á los que adoraban al verdadero.*

Dieron principio al sedicioso motin echando mano de un santo viejo llamado Metro ó Metrán, queriéndole obligar á que profiriese exêcrables blasfemias contra la santidad de nuestra religion. Irritados de la noble resistencia que encontraron en el generoso cristiano, le

molieron todo el cuerpo con crueles palos, sacáronle los ojos, picáronle, ó le sulcaron el semblante con rosetas aceradas; y sacándole fuera de la ciudad, descargaron sobre él furiosa lluvia de piedras, entre las cuales le dexaron sepultado.

Pasan despues á casa de una piadosa matrona llamada Quinta ó Cointa, y agarráronla con violencia, la conducen al templo de su ídolo, para obligarla á que le rinda adoracion. El horror que le causó la impiedad á que querian precisarla, y la heróica constancia con que se negó á cometerla, redobló en éllos la furia y la crueldad. Atáronla por los pies, y la arrastraron inhumanamente por todas las calles. A pocos pasos quedó el cuerpo destrozado con los golpes que de propósito la daban contra las piedras y contra las esquinas; y no dándose por satisfecha su sangrienta saña, descargaban contínuamente sobre el mismo despedazado cuerpo terribles bastonazos. Admiró á aquellos ensangrentados verdugos la constancia de la invencible heroina; pero como la rabia que los animaba habia ahogado en éllos todos los sentimientos de la compasion, la conduxeron al mismo sitio en que san Metro acababa de ser apedreado, y en él la quitaron la vida con el mismo género de martirio.

Pero entre todos estos prodigios del valor cristiano, Polonia, á quien algunos llaman Apolina, fue la que mas se distinguió con un género de intrepidez, y con una especie de heroismo, que siendo su memoria la admiracion de todos los siglos futuros, fue entonces su constancia el asombro aun de los mismos paganos.

Era una doncella venerable, no solo por su grande ancianidad, sino mucho mas por el dilatado y constante exercicio de una sólida virtud. Algunos dicen que fue de ilustre nacimiento, y que desde sus mas tiernos años habia sido criada en la religion cristiana. Lo que todos contestan es, que era la veneracion y exemplo de los cristianos de Alexandría; que vivia en sumo retiro y en un contínuo ayuno, en oracion perpétua, y en la exâcta práctica de todas las virtudes.

Durante el amotinamiento del pueblo estaba encerrada en su casa, levantando contínuamente las manos y los ojos al cielo, y como no dudaba que presto sería

tambien dichosa víctima de aquella sacrílega sedicion, sin perder tiempo se estaba disponiendo con fervor para ofrecerse en sacrificio. Con efecto, mas y mas enfurecidos los gentiles con la sangre de los mártires, corren tumultuariamente á las casas de los cristianos, las pillan, las saquean, las abrasan, todo lo destruyen, todo lo destrozan. Parecia la ciudad de Alexandría una plaza tomada por asalto, y entrada á fuego y sangre por los enemigos. En esta segunda emocion popular, ó mas furiosa continuacion de la primera, dice san Dionisio Alexandrino que fue hallada santa Polonia en su casa, donde perpetuamente se estaba ofreciendo al Señor, para ser víctima inocente de sus sacrosantas aras.

Apoderándose de la santa Doncella aquellas ensangrentadas furias, determinaron atormentarla tanto mas, cuanto era mayor la veneracion que tenia entre los cristianos. Lo primero que hicieron fue quebrantarla todos los dientes con una piedra, y despues con la misma abollarla todo el semblante. Irritados no solo de la serenidad sino del gozo que manifestaba la Santa al verse digna de padecer alguna cosa por amor de Jesucristo, no hubo crueldad que no exercitasen en aquella cristiana heroina, cuya constancia les tenia asombrados. Valiéronse de las amenazas, de las promesas, de cuantos artificios pudieron imaginar para derribarla; pero hallaron siempre en élla una firmeza, y una magnanimidad muy superior á su sexô y á sus años. Desesperados de lograr su intento, se persuadieron á que su perseverancia no podria resistir á la prueba del fuego, siendo natural que una doncella sin vigor y sin espíritu, en fuerza de su abanzada ancianidad, cediese solo al terror de ser quemada viva. Con esta idea la sacaron fuera de la ciudad, y encendida la hoguera la amenazaron con que la arrojarian en élla atada de pies y manos, si al punto no proferia las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y si no ofrecia incienso á los ídolos sin detenerse un momento.

La purísima Doncella, que habia pasado su larga inocente vida en servicio del Señor, abrasada siempre del amor de su esposo Jesucristo, se estremeció al oir tan impía proposicion; y sintiendo crecer en aquel punto el amoroso incendio que la consumia por su Dios, excitán-

dose en su generoso corazon un vivísimo deseo de honrarle mas y mas con el sacrificio de su vida, se halló movida de una vehemente extraordinaria inspiracion (sin la cual seria ilícita la accion que pensaba executar) de acreditar con aquellos paganos, previniendo ó anticipandose élla misma á su crueldad, que solo la proposicion de blasfemar de Jesucristo la causaba mas horror que la hoguera y que todos los suplicios. No esperó, pues, que la arrojasen en el brasero, que élla misma se arrojó en medio de las llamas, para dar testimonio á los gentiles de que no solo era voluntario sino alegre su gustoso sacrificio. Con efecto, habiendo pedido que la concediesen un poco de tiempo como para deliberar, estuvo por algun espacio en profundo recogimiento interior, suplicando fervorosamente al Señor quisiese aceptar el sacrificio que le hacia de su vida; despues de lo cual, llena de una vivísima confianza, y abrasada de un ardentísimo amor de Dios, queriendo hacer visible á los infieles que los mas crueles tormentos no eran capaces de acobardar á los cristianos verdaderos, y que estos cristianos no padecen la menor violencia en el voluntario sacrificio que hacen á Dios de su vida, intrépidamente se arrojó por sí misma en medio de las voraces llamas, que al instante la consumieron.

Quedaron atónitos los gentiles, mirándose los únos á los ótros, como embargada la voz, y llenos de suspension, sin resolverse á creer lo mismo que veian; porque no acertaban á comprender cómo era posible que una doncella tuviese mas valor, y se diese mas prisa á ofrecerse á Dios en sacrificio, siendo consumida por las llamas, que ansia tenian éllos de verla cuanto antes reducida á cenizas. Los cristianos se aplicaron con el mayor cuidado á recoger lo que pudieron del sagrado cuerpo, con especialidad los dientes esparcidos por el suelo, que como preciosas reliquias fueron distribuidos por varias iglesias de la cristiandad.

Los contínuos favores que cada dia experimentan los que recurren á la intercesion de santa Polonia, acreditan el gran poder que nuestra Santa tiene con Dios, y la bondad con que atiende á los que imploran su proteccion. Casi desde el mismo tiempo de su glorioso mar-

tirio se puede asegurar que comenzó el recurso de los fieles á nuestra Santa en muchas enfermedades; pero con especialidad los que adolecian del mal de dientes y de muelas. En los breviarios mas antiguos de muchas iglesias se hallan oraciones particulares para pedir á Dios por la intercesion de santa Polonia, que nos libre de varias enfermedades corporales, y singularmente de los males de dientes, como se ve por esta oracion, que se lee en el breviario antiquísimo de la iglesia de Colonia.

O Dios, por cuyo amor la bienaventurada vírgen y mártir santa Polonia sufrió con tanta constancia que la arrancasen todos los dientes; suplicámoste nos concedas que todos aquellos que imploraren su intercesion sean libres de males de dientes y de cabeza; y despues de las miserias de este destierro, les otorgueis la gracia de que arriben á los gozos eternos de la patria celestial: Por nuestro Señor Jesucristo, hijo vuestro, que siendo Dios, vive y reyna con vos en unidad del Espíritu santo por los siglos de los siglos. Amen.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius; ut qui beatæ Apolloniæ, virginis et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre las demas maravillas de tu poder diste fortaleza al sexô mas frágil para conseguir la victoria del martirio; otórganos la gracia de que siguiendo el exemplo de tu vírgen y mártir la bienaventurada Polonia, caminemos dichosaménte á ti: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51. del libro de la Sabiduría.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus est mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et á labiis operantium mendacium, et in conspectu astan-

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector; glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido

tium, factus est mihi adjutor. Et liberasti me secundùm multitudinem misericordiæ nominis tui á rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: á pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuâta: de altitudine ventris inferi, et á lingua coinquinata, et á verbo mendacii, á rege iniquo, et á lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no senti el calor de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes: mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en ti, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

»El capítulo 51. del Eclesiástico, de donde se sacó »esta epístola, en rigor no es mas que una oracion ó ac»cion de gracias, que Jesus, hijo de Sirach, rindió á Dios »por haberle librado su misericordia de varios peligros »de perder su salvacion. Es muy propia, y muy ade»cuada la aplicacion que hace la Iglesia á las santas Vír»genes y Mártires, y el sentido alegórico es muy facil.

REFLEXIONES.

La vida del cristiano debiera ser una contínua accion de gracias al padre de las misericordias, puesto que no es mas que una perpétua cadena de beneficios. ¿Qué bien hay que no hayamos recibido de su bondad? ¿y qué bien hay que no debamos esperar de su misericordia? La limitacion de nuestro espíritu no es capaz de comprender tantos favores; y la corta duracion de nuestra vida es insuficiente para agradecerlos. No nos pide Dios otra correspondencia que un amor fino y firme, y una fidelidad perseverante en su servicio. Pregunto, ¿le hemos sido bás-

ta ahora muy agradecidos? ¿le hemos correspondido hasta aquí con esto poco que nos pide? ¿comprendemos bien qué delito es ser ingratos con un Dios que nos está haciendo mil bienes todos los instantes de la vida, y que nos reserva para la muerte el maniantal inagotable de todos éllos? ¿debiéramos cesar ni un solo punto en las alabanzas de nuestro Dios, y de nuestro Salvador? ¿por estos dos solos títulos no le debemos mil sentimientos de gratitud y de alabanza? *El Señor es el defensor, es el protector de mi vida*, decia David, *¿mas qué tengo que temer?* Vos, Señor, me defendeis, ¡y yo temo! vos me amparais, ¡y soy vencido! ¡y será posible que la menor dificultad me acobarde y me desaliente! Fáltanos la confianza en Dios, porque nos falta la puntualidad y la fidelidad en su servicio. Siempre crece la confianza al paso del fervor. A los santos mártires jamas los espantaron los mas crueles tormentos. No hay proporcion, decian éllos, entre los trabajos de esta vida y el premio de la otra. Bien sabemos, añadian con el Apóstol, que si este miserable cuerpo es despedazado, si padeciere ruina, si se reduxere á cenizas, aquel Señor, que no quiere se pierda uno de nuestros cabellos, sabrá librarnos de la perdicion, y ponerlos á cubierto de los emponzoñados y malignos tiros de la calumnia. En vano se desenfrenan los malos contra el proceder de los buenos; en vano intentan manchar su reputacion con los mas feos borrones. Brillarán los justos, dice el Sabio, en el dia de la justicia universal, como brilla el mismo sol, penetrados de la luz y de la gloria de la inmortalidad en el alma y en el cuerpo; centellearán entre los precítos, que parecerán entonces como leña seca, dispuesta á ser reducida á ceniza por la gloria de los justos, la cual á guisa de un fuego voraz y consumidor hará pavesas á los que los persiguieron.[F] ¡Ah buen Dios, y qué aliento siente un alma generosa que os sirve con fervor! solo el amor de Dios es el que puede inspirar la magnanimidad verdadera. El Señor me instruye con sus consejos, dice el Profeta, él toma de su cuenta mi conservacion; ¿pues de qué temeré? Mis enemigos, arrebatados del deseo de perderme, se han arrojado muchas veces sobre mí como bestias fieras; pero sin lograr sus intentos, se hallaron precisados á reconocer

la debilidad de sus fuerzas; pues aunque viera conspirar á todo el infierno junto contra mí, no daria lugar al temor. Veréme atacado de todas partes, y todavía esperaré vencer. Seguro estoy, dice el Apóstol, que ni la muerte, ni la vida, ni lo mas alto, ni lo mas baxo, ni alguna otra criatura podrá separarme del amor de Dios, fundado en mi Señor Jesucristo. Así discurren, y así hablan todos los que aman á Dios. ¿Cuándo discurrirémos, y cuándo hablarémos nosotros así?

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviàm sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Mediâ autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exîte obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero miéntras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la

et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilâte itaque, quia nescitis diem, neque horam.

puerta. Al fin llegan tambien las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre todos los condenados no hay siquiera uno que no pensase en salvarse. Hasta los mas disolutos vivieron con esta confianza. Por desbaratada que sea la vida, todos esperan tener tiempo para enmendar sus descaminos, aunque cada dia se descaminen mas y mas. Cada uno se lisonjea con que tendrá la dicha de escaparse del infierno, aunque no de paso que no sea ácia él. Esta vana confianza, hablando con toda propiedad, nace únicamente del horror natural que causa á todo el mundo el miedo de ser infeliz por toda una eternidad. ¿Pero qué confianza puede haber mas mal fundada? Con todo eso, ésta es la que el dia de hoy tranquiliza la conciencia, y la que, por decirlo así, embota la punta á los remordimientos.

Una persona que todos los dias está irritando mas y mas la cólera de Dios con nuevos pecados, ¿se podrá creer sériamente que tiene motivo para contar mucho con su misericordia? ¿se acerca uno mas al término cuanto mas procura desviarse de él? Ahora quiero proseguir en ofender á Dios, que algun dia ya me dará gana de amarle. No sé si tendré tiempo para hacer penitencia; pero en todo caso, este tiempo que ahora tengo quiero emplearle en aumentar mis maldades; otro dia seré mas dócil á la voz de Dios; otro dia resistiré menos á la gracia. Pero insensato, ¿quién sale por fiador de que tendrás ese dia?

Es verdad que muchos mueren de repente; mas yo espero ser de los que tienen tiempo para disponerse á una dichosa muerte con una prolixa enfermedad. Es verdad que estas especies de conversiones tardías son harto du-

dosas; pero confio que la mia será cierta. Es verdad que para convertirse de buena fe, despues de haber vivido en una inveterada costumbre de pecar, es menester una especie de milagro; pero tengo esperanza de que se haga este milagro en mi favor. No es esto porque yo tenga razon para esperarlo; porque reincidencias, obstinacion, desprecios de auxîlios, terquedades, ingratitudes, todo prueba que soy indigno de este favor; pero no importa, yo lo espero. Lo mucho que he abusado hasta aquí de la gracia de mi Dios, no funda gran derecho para que cuente con su misericordia, es así; pero sin embargo de eso, yo cuento. No nos crió Dios para perdernos, es verdad; pero tampoco te crió para que hicieses todo lo posible por condenarte. Confesemos que una confianza alimentada únicamente con aquello mismo que la destruye, es bien frívola y bien vana; tal es la confianza de los que perseveran en el pecado con la esperanza de que algun dia harán penitencia, resolviendo proseguir en ser malos precisamente porque Dios es bueno.

¿Y no he sido yo, mi Dios, uno de estos infelices? Quiero convertirme algun dia; ¿pues qué razon tendré para no convertirme desde luego?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la vana confianza de los que abusan de la misma bondad de Dios para ofenderle, con esperanza de que al cabo siempre los mirará con ojos de misericordia, no es la única confianza falsa que hay. La de aquellos que fiándose demasiado en ciertas virtudes que se lisonjean tener, son negligentes en el cuidado de su salvacion, no es menos falsa que la otra, ni está fundada sobre mejores cimientos.

Las vírgenes que se descuidaron en hacer á tiempo provision de aceyte, eran vírgenes, y por lo mismo se fiaron demasiado en el amor que profesaban á la virtud de la pureza. Algun derecho las daba esta preciosa virtud para esperar ser favorablemente recibidas de su celestial Esposo; pero faltólas la vigilancia; dexáronse llevar de la pereza, y cogiólas el sueño; al principio fue solo dormitar, despues dormir profundamente. En la vi-

da cristiana el que comienza á dormitar presto se amodorra. ¡Qué desgracia, venir el esposo y coger á la esposa dormida! ¡qué desdicha, llamar á la puerta, y estar las lámparas apagadas! El tiempo de recibirle ya no lo es de ir á buscar el aceyte; esa provision ya debiera estar hecha. ¿Por qué no imitaron el exemplo de las otras vírgenes prudentes? éstas no se fiaron tanto en su amor á la pereza que descuidasen por eso de tener bien proveidas sus lámparas. Huyeron de dormitar por no quedarse dormidas. Era perfecta su confianza, y por lo mismo era activa. Estuvieron siempre en vela, para que la venida del esposo no las cogiese de improviso. Contaban mucho sobre su bondad; mas por lo propio se esmeraron tanto en complacerle. Una confianza fátua siempre engaña, porque siempre envida en falso.

Suélense abrigar ciertos vicios á la sombra de ciertas virtudes. No eres impío, ni disoluto; pero eres tibio. Se vive con toda delicadeza y regalo; el amor propio y el mundo se entrometen á arreglar hasta las obligaciones de la religion; sabes bien que no eres tan buen cristiano como debieras; la devocion desfallece, la fe se entibia, la caridad está casi apagada; ¿pues quién sostiene nuestra esperanza? ¿no vive en una falsa seguridad el que está tranquilo en medio de tan constante tibieza?

Toda nuestra confianza debe fundarse en la misericordia de nuestro buen Dios, la vida y la muerte de Jesucristo deben alentarla; ¿pero hemos de sacar motivo de esta misma confianza para ser mas ingratos, menos piadosos, mas cobardes? Se falta á la obligacion, se niega, ó se dificulta la obediencia á las divinas inspiraciones; se sirve á Dios con violencia, ú de mala gracia; y en medio de eso todo el mundo se promete tener parte en sus favores: si un criado se prometiera semejante liberalidad de un amo á quien en todo hubiese desobligado, ¿se diria que este hombre fundaba bien su confianza?

¡Ah Señor! toda mi confianza la tengo colocada en vos; pero de hoy en adelante no será como hasta aquí una confianza presuntuosa y falsa. Bien sé que no debo contar sino con vuestra infinita misericordia, mas no cerraré ya las puertas de élla con mis iniquidades. Conozco que nada he hecho hasta ahora, y que no me puedo fundar sino

en vuestra bondad y en vuestra gracia; haced, Señor, que desde este mismo punto sienta los efectos de úna y ótra.

JACULATORIAS.

Tunc non confundar cum perspexero in omnibus mandatis tuis. Salmo 118.

Nunca estará mejor fundada mi confianza, que cuando estribe en la perfecta obediencia á vuestra ley.

Spera in Domino, et fac bonitatem. Salm. 36.

Persevera en la virtud, y espera en el Señor.

PROPOSITOS.

El que mas beneficios espera de su príncipe, mas se esmera en servirle y complacerle. Sería el supremo punto del menosprecio y de la malignidad hacer empeño dè injuriarle, aun cuando se cuenta mas con su bondad y con sus favores. Pues tal es á la letra el carácter de la falsa confianza. Mira bien si no te hallas en el caso. ¿Cuánto tiempo ha que tu conciencia te está gritando á la conversion, á la reforma? ¿no es así que no piensas morir sin convertirte, sin ser mas regular, mejor cristiano, mas devoto? Haces la cuenta con la bondad y con la misericordia de tu Dios; esta sola confianza es la que te asegura contra los sobresaltos de una conciencia cargada de pecados, ó á lo menos contra los remordimientos de un corazon ingrato, y tantos años ha rebelde á la divina gracia. ¿Pero á tu parecer estará bien cimentada esa confianza en medio de ese monton de ingratitudes y de culpas? Pues desde este mismo punto hazla menos dudosa, haciéndola mas cristiana. ¿Esperas que Dios te dará gracia para romper algun dia estos infelices lazos? pues hoy te convida con esa gracia; no la rehuses, ríndete á élla y sé dócil á su soberano influxo: apártate de esa ocasion, dexa esa mala compañía, destiérrate de aquella casa, haz animo de no volver á ver mas esa persona, evita esos escollos, escápate de estos peligros. Las cadenas mas fuertes, digámoslo así, se hacen pedazos por sí mismas sin otra diligencia que la mudanza del corazon y la separacion de los objetos. ¿Con-

fias que con el auxîlio de la divina gracia algun dia enmendarás esas costumbres, moderarás ese genio, corregirás esas faltas tan groseras, adquirirás esas virtudes, serás mas piadoso, mas concertado, mas exemplar? Hoy te presenta Dios ese auxîlio; ¿pues por qué no darás hoy principio á esa conversion, á esa reforma? A lo menos determina, nota, apunta en esta misma hora aquellos puntos que desde hoy han de ser objeto de tu celo, sirviendo de materia al exámen particular que de hoy en adelante has de hacer un poco antes de comer. La ciencia de la virtud es ciencia práctica, y es menester descender en élla á cosas particulares.

2 El efecto comun de la falsa confianza es la inaccion y el amodorramiento. El Espíritu santo amonesta que aun de los pecados perdonados no hemos de estar sin miedo. Era una de las máxîmas de san Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus, que en las empresas dificiles debemos abandonarnos en las manos de Dios con tan perfecta confianza como si todo el suceso hubiera de venir de lo alto por una especie de milagro; pero que al mismo tiempo debemos aplicar todos los medios posibles para su logro, como si éste pendiera únicamente de nuestra industria. Toda tu confianza debe estar colocada en la gracia del Señor; mas ten cuidado de acompañar esta confianza con una perfecta obediencia á los divinos preceptos. Comienza siempre por la oracion; persevera en pedir, y ten una viva esperanza de que conseguirás lo que fuere mas conveniente para tu eterna salvacion. ¿Quieres arreglar tu conducta, y enmendar tus costumbres? ¿quieres domar las pasiones, y destruir ese vicio? pues haz todos los dias á este fin alguna oracion, animado de una grande confianza; pero acompaña esta confianza y esta oracion de alguna mortificacion, de alguna penitencia: *Hoc autem genus dæmoniorum non ejicitur nisi in oratione et jejunio*; porque este género de demonios no se lanzan sino con la oracion y el ayuno. ¿Quieres conseguir esa gracia que tanto tiempo ha estás pidiendo al Señor? pues implora la proteccion de la santísima Vírgen por medio de alguna devocion particular hecha en honra suya; frecuenta los sacramentos, visita hoy los enfermos de la parroquia ó los pobres del hospital, da alguna limosna, y ofrece todas esas buenas obras á este santo fin.

DIA DIEZ.

Santa Escolástica, vírgen.

Santa Escolástica, hermana de san Benito, nació en el territorio de Norcia, del ducado de Espoleto en Umbría, de una de las casas mas nobles de Italia. Así élla como su Santo hermano fueron recibidos en el mundo como una especie de milagroso don, con que el cielo le regalaba; porque habiendo vivido sus padres muchos años en el matrimonio sin tener hijos, al fin con oraciones y limosnas alcanzaron estos dos grandes modelos de la perfeccion religiosa.

Criaron á Escolástica con todo aquel desvelo que se podia esperar de una madre tan piadosa como la condesa de Norcia. Persuadida esta virtuosísima señora que las primeras impresiones de los niños influyen mucho en lo restante de su vida, se aplicó principalmente á inspirar desde luego en su tierna hija aquellos grandes dictámenes de religion, aquel gran menosprecio de todas las vanidades, aquella grande estimacion de las máximas del evangelio, en cuyo exercicio halló únicamente todo su gusto y todas sus delicias.

Las santas inclinaciones de Escolástica, su devocion anticipada, su docilidad y su modestia hicieron conocer presto á su madre que el cielo se la habia prestado no mas que como en depósito, y que ciertamente la tenia el Señor escogida para esposa suya.

Con efecto, declarándose desde luego enemiga de aquellos entretenimientos pueriles y de aquellas ligeras diversiones, que casi nacen con los niños, no habia para Escolástica otro entretenimiento de mas gusto que hacer oracion á Dios, y oir con suma docilidad las prudentes y saludables instrucciones de su virtuosa madre.

Era tenida por una de las damas mas hermosas de su tiempo. Su calidad, y los ricos bienes que habia heredado con el retiro de su hermano y con la muerte de sus pa-

dres, la hicieron ser pretendida de los mayores señores de toda Italia; pero mucho antes habia renunciado á las mas lisonjeras esperanzas del mundo, consagrándose á Dios desde su infancia con voto de perpétua castidad.

No obstante de ser de un genio vivo, espiritoso y brillante, de un natural dulce, y amigo de complacer, de un ayre garvoso, despejado, capaz de arrebatarse las admiraciones y los aplausos, toda su inclinacion era el retiro. Para élla no tenian las galas particular atractivo, mirábalas con indiferencia, y aun con desprecio. Habíasela impreso altamente en el alma la importante leccion que muchas veces la repetia su buena madre: conviene á saber, que los adornos postizos, por ricos, por brillantes que fuesen, no eran capaces de dar un grado de mérito; que el mayor y mas apreciable elogio de una doncella era el poderse decir de élla con verdad que era modesta y piadosa.

Nacida con tan bellas disposiciones para la virtud, criada con máximas tan cristianas, y nutrida en los mas santos exercicios de la caridad y de la devocion, hacia Escolástica maravillosos progresos en el camino del cielo, siendo en el mundo el exemplo y la admiracion de las mas santas doncellas, cuando se supo en la familia el partido que habia abrazado san Benito, y las maravillas que ya se contaban de él en toda la universal Iglesia.

A nadie edificó mas, ni movió tanto la generosa resolucion de su hermano como á nuestra piadosísima Escolástica, que despues de la muerte de sus padres vivia aun con mayor recogimiento en el retiro de su casa. Considerando que la perfeccion evangélica que profesaba san Benito igualmente se proponia á todos los cristianos, que no era élla menos interesada que él en trabajar eficazmente en el negocio importante de su eterna salvacion, y en tomar todas las medidas para ser una gran santa, distribuyó sus bienes entre los pobres, y acompañada únicamente de una criada de su confianza, se partió en secreto en busca de su hermano.

Habia algunos años que san Benito, dexando el desierto de Sublac, despues de echar por tierra los ídolos y abolir el paganismo en el monte Casino, habia fundado aquel célebre monasterio, que fue como la cuna

de la vida monástica en el Occidente, y como el seminario de aquel prodigioso número de santos que pueblan el cielo, y son brillante inmortal honor de la militante Iglesia.

Teniendo noticia san Benito que ya estaba cerca su santa hermana, salió de la celda; y temiendo que traspasase los límites que habia señalado, fuera de los cuales no habia permiso para entrar muger alguna, de cualquiera condicion que fuese, se adelantó á recibirla acompañado de algunos monges, y la habló fuera de la clausura.

Facil es de imaginar cuál sería la primera conversacion de aquellas dos santas almas, prevenidas desde la cuna con las mas dulces bendiciones del cielo, y abrasadas ambas con el fuego del divino amor. San Benito confió á su hermana parte de las gracias y de las maravillas con que Dios le habia favorecido; y Escolástica le correspondió á san Benito declarándole los extraordinarios favores con que el Señor la habia colmado.

Mientras los dos santos hermanos se estaban dulcemente entreteniendo con las misericordias que habian recibido del Señor, es fama que se vieron coronados de una luz resplandeciente, y que se sintieron penetrados de una gracia interior, que obró grandes cosas en sus almas, dándoles á conocer los intentos de la divina Providencia, que destinaba á úno y á ótro para que trabajasen sin intermision en la salvacion y en la perfeccion de las personas que determinaba confiar á su cuidado. Durante estas celestiales operaciones declaró santa Escolástica á su hermano el ánimo que tenia de pasar lo restante de su vida en una soledad no distante de la suya, suplicándole quisiese ser su padre espiritual, y prescribirla las reglas que habia de observar para el gobierno y aprovechamiento de su alma.

Consintió en ello san Benito, porque ya el cielo le habia revelado la vocacion de su hermana; y habiendo hecho fabricar una celda no lejos del monasterio para élla y para su criada, las dió poco mas ó menos las mismas reglas que habia dispuesto para sus monges.

La fama de la eminente santidad de esta nueva fundadora atraxo desde luego un gran número de doncellas,

que entregándose á su gobierno, y al de san Benito, se obligaron como élla á guardar la misma regla.

Puédese hacer juicio de la soledad, del fervor y de la austéra vida de esta ilustre colonia de esposas de Jesucristo por el prodigioso número de grandes santas que dió al cielo este admirable instituto, siendo santa Escolástica y sus compañeras los primeros modelos que tuvieron en la tierra.

Ocupadas únicamente en el cuidado de agradar á Dios, olvidaron bien presto hasta la memoria de las criaturas. Su ordinario exercicio de dia y de noche era la oracion; el silencio era perpétuo; el ayuno poco interrumpido, celda, muebles, comida y vestido todo respiraba pobreza evangélica, y penitencia.

Tal fue el nacimiento y el orígen de aquella célebre órden tan dichosamente extendida, que llegó á contar hasta catorce mil monasterios de vírgenes propagadas por todo el Occidente, habiéndose visto con admiracion tantas ilustres princesas venir á sepultar en la obscuridad de un velo los mas brillantes esplendores del mundo; y viéndose cada dia tantas nobilísimas doncellas distinguidas por su elevado nacimiento, y po el conjunto de sus singulares prendas, que á exemplo de santa Escolástica prefieren la cruz de Jesucristo al aparente lustre y engañoso fausto mundano, y á los mas alhagüeños tentadores gustos de la vida.

Habiendo recibido santa Escolástica la regla para vivir, que la dió su hermano san Benito, todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada. Aunque su vida hasta entonces habia sido austéra y penitente, dobló sus rigores; apenas interrumpia jamas el recogimiento interior, y su oracion era contínua. La tierna devocion que desde la cuna habia profesado siempre á la Reyna de las vírgenes creció á lo sumo, hallando nuevo aliento en la dulce confianza con esta amabilísima Madre, encendiéndose con tanta vehemencia el fuego del amor de Dios, que apenas podia contener los divinos ardores que la abrasaban.

Nunca hizo voto de clausura; y con todo eso la guardó siempre con la mayor estrechez. Solo se reservó el

derecho de ir una vez al año á visitar á san Benito, así para darle cuenta de su comunidad, y de lo particular de su alma, como para recibir sus órdenes y aprovecharse de sus consejos. No queria permitir san Benito que llegase hasta su monasterio, y así la salia él mismo á recibir acompañado de algun monge á un sitio perteneciente al mismo monasterio, y no distante de él. Allí concurrian los dos Santos como dos ciudadanos del cielo, forasteros de la tierra, entreteniéndose únicamente en las cosas divinas, y ayudándose recíprocamente á perfeccionarse en los caminos del Señor.

Noticiosa nuestra Santa, segun todas las señas, del dia de su muerte, vino á hacer su última visita anual á su santo hermano. Despues de haber cantado los salmos, y de haber conversado, como lo acostumbraban, sobre varias materias de piedad, se despidió san Benito para restituirse al monasterio; pero la Santa le rogó la hiciese el gusto de detenerse hasta el dia siguiente para lograr el consuelo de hablar mas despacio sobre la bienaventuranza de la vida eterna. Negóselo Benito resueltamente; y entonces baxando un poco la cabeza nuestra Escolástica, y apoyándola sobre las manos, se recogió interiormente haciendo una breve oracion. Apenas la acabó cuando el ayre, que estaba claro, sereno y despejado, se turbó de repente. Fraguóse una tempestad de relámpagos y truenos, acompañados de una lluvia tan copiosa, que no fue posible ni á Benito ni á los monges que le acompañaban salir para volverse al monasterio. Quexóse el Santo amorosamente á su hermana; pero élla se justificó con lo que hacia el cielo en defensa de su razon y de su causa. San Gregorio, que refiere este suceso, representa una grande idea de la virtud y del mérito de santa Escolástica, resolviendo que la victoria en aquella piadosa contestacion se declaró por la que tenia un amor de Dios mas perfecto y mas fuerte.

Habiéndose restituido nuestra Santa al dia siguiente por la mañana al lugar de su retiro, murió con la muerte de los justos tres dias despues.

En el instante en que espiró se hallaba solo san Benito en su acostumbraba contemplacion; y levantando los ojos, dice san Gregorio que vió el alma de su santa her-

mana volar al cielo en figura de una cándida paloma. Inundado de alegría á vista de la dicha que gozaba su amada Escolástica, dió parte á sus discípulos, y todos rindieron al Señor humildes y devotas gracias. Envió despues á algunos monges para que conduxesen el santo cuerpo á Monte Casino; pero fue preciso conceder á sus hijas el justo consuelo de tributar las últimas honras á su buena madre por espacio de tres dias, despues de los cuales se trasladó aquel precioso tesoro á la iglesia del monasterio, y san Benito le hizo enterrar en la sepultura que tenia destinada para sí. Murió santa Escolástica por los años del Señor de 543, cerca de los sesenta de su edad.

Estuvo el cuerpo de la Santa en Monte Casino hasta la mitad del siglo séptimo, en que habiendo arruinado los longobardos aquel famoso monasterio, fueron trasladadas á Mans las preciosas reliquias, donde son honradas con extraordinaria devocion. El año de 1562 se apoderaron los hugonotes de la ciudad de Mans; mataron inhumanamente á los sacerdotes, pusieron fuego á las iglesias, profanaron los vasos sagrados, llevaron las arcas, caxas y relicarios preciosos donde estaban colocadas las reliquias ó depositados los cuerpos santos, despues de sacar éstos, y aquéllas arrojándolas por el suelo; y cuando iban á executar lo mismo con las de santa Escolástica para quemarlas, se apoderó de éllos un terror pánico, que los obligó á huir precipitadamente, sin descubrirse el motivo; lo que se atribuyó generalmente á su poderosa y singular proteccion, y no contribuyo poco á aumentar la devocion de los pueblos.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la que se sigue.

Exaudi nos, Deus salutaris noster: ut sicut de beatæ Scolasticæ virginis tuæ festivitate gaudemus; ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que sois nuestra salud, oid benignamente nuestras oraciones, para que así como celebramos con gozo la festividad de vuestra vírgen santa Escolástica, así consigamos el fervor de una devocion piadosa: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 10. y 11. de la segunda de san Pablo á los corintios.

Fratres: Qui gloriatur in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinàm sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme: porque yo os celo por celo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

»Habiendo llegado á noticia de san Pablo que habia en »Corinto ciertos falsos apóstoles (eran los judíos que se ha»bian bautizado), los cuales procuraban desacreditar al »santo Apóstol en el concepto de los sencillos para fomen»tar la division que habian causado en la iglesia de aque»lla ciudad; resolvió escribirla esta segunda carta, en la »que se vió precisado á dar pruebas sensibles de su ver»dadero apostolado para confundir á aquellos engañosos »embusteros. Escribióla en el año 51 de la encarnacion de »Cristo.

REFLEXIONES.

¿De qué podemos gloriarnos? ¿qué somos? ¿qué tenemos nosotros que no nos humille poderosamente? Corrupcion en el corazon, tinieblas en el entendimiento, miserias en el cuerpo. ¿Qué inclinacion mas rápida, mas vehemente á todo lo malo? ¿qué dificultad en convertirse á todo lo bueno? ¿qué manantial inagotable de miserias? ¿De qué puede engreirse el polvo y la ceniza, dice el Sabio, habiendo sido criados del abismo de la nada? ¿qué hallamos en nuestro origen que pueda lisonjear nuestro orgullo? Y si nos miramos mas de cerca ¿nos encontrarémos por ventura menos contemptibles? ¡Buen Dios! ¿qué puede hallar el hombre dentro de sí mismo que le li-

sonjee? Sus pasiones le tiranizan, su espíritu le atormenta, su amor propio se burla de él, encuentra su suplicio dentro de su mismo corazon. Ni hay que buscar motivos mas reales de gloria vana en la diferencia de las condiciones. El nacimiento y la muerte de los mayores príncipes ¿en qué se distingue de la muerte y del nacimiento del hombre mas vil y mas humilde? Y á la verdad ¿de qué podemos gloriarnos? ¿es acaso de ese espíritu, de ese ingenio brillante, de cuya posesion nos hacemos tanta merced? los demonios tienen mas que nosotros. Fuera de que, ¿fuimos nosotros los artífices, los que nos fabricamos la delicadeza de nuestros órganos? ¡Ah! que un accidente, una calentura basta para embotar el ingenio mas agudo. ¿Es acaso de esa clase un poco mas elevada, de ese tren un poco mas magnífico, de ese esplendor que nos rodea, de esos grandes bienes de fortuna que muy presto han de pasar á otras manos? ¡Ah! que todas esas exterioridades que deslumbran, todos esos ostentosos aparatos de la vanidad son títulos postizos que caen muy por defuera, que no producen ni un solo grado de verdadero mérito; de suerte, que hablando en todo rigor, no somos grandes, suntuosos, ricos, sino por via de empréstito. Apacentámonos con la idea de un mérito imaginario, que en realidad no es mas que una hermosa ilusion de nuestro amor propio y de nuestro orgullo. Pero quiero suponer que poseamos alguna prenda apreciable, algun talento; ¿sería este motivo para tenernos por mas, para envanecernos? ¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no lo hayas recibido? Y si lo tienes, ¿de qué te glorías como si fuera cosecha tuya, y como si no te lo hubieran dado graciosamente? ¿Qué gloria mas falsa que la que se funda en lo que está fuera de nosotros, y en lo que no ha de ser nuestro por toda la eternidad? Si nos queremos gloriar, gloriémonos en el Señor, no solo atribuyéndole toda la gloria del bien que hacemos por su gracia, sino estando muy persuadidos á que no hay gloria verdadera, sino la que nace de la virtud; cualquiera otra, tenga el color ó tenga la brillantez que quisiere, no es mas que un fantasmon, una apariencia de gloria. Pues el que se gloría, gloríese de ser siervo de Dios. Teme á Dios, dice el Sabio, y guarda sus mandamientos, que esa es la verdadera gloria, ese es

el verdadero mérito, eso es todo el hombre. Alabarse uno á sí mismo, vanidad necia, prueba evidente de un cortísimo mérito y de una pobreza de entendimiento aun mucho mas corto. Aun las alabanzas que otros nos dan no son menos vanas; la lisonja acompaña al interes, y la simulacion á la lisonja; fuera de que este incienso no produce mas que humo. Desengañémonos, que ni tenemos otro mérito, ni somos dignos de otra alabanza sino en cuanto somos agradables á los ojos del Señor.

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia IX. fólio* 119.

MEDITACION.

De la pureza.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el reyno de los cielos se compara á las vírgenes, para darnos á entender la indispensable necesidad que tiene todo cristiano de vivir una vida pura. No se ha de creer que la pureza es una virtud de mero consejo, es de riguroso precepto, y se puede añadir que es como la basa, como el cimiento de todas las demas virtudes. La caridad se apaga, la humildad desaparece, la devocion se evapora, hasta la misma fe titubea cuando falta la pureza; élla da un bello y nuevo lustre á todas las virtudes; como al contrario, todas las desluce, todas las tizna la menor mancha que admita el alma en esta materia. Comprende por aquí la necesidad y el mérito de esta inestimable virtud.

Aunque hubieras amontonado tesoros infinitos de gracias y de merecimientos, aunque poseyeras el don de hacer milagros; la pérdida de la pureza arrastra tras de sí la pérdida de todas estas gracias, toda cae con esta hermosísima flor. No se complace Dios sino con las almas puras, la menor mancha ofende su vista. Bienaventurados los limpios de corazon, dice el Salvador del mundo, porque éllos verán á Dios.

No todos pueden dar limosna ni hacer grandes penitencias; pero todos, sean los que fueren, pueden y deben

ser castos. No se ha concedido á todos los cristianos el don de la virginidad; pero la castidad ha de ser indispensablemente la virtud mas favorecida, la mas amada de todos los cristianos. Nuestro divino Salvador, que sufrió se vomitasen contra su sagrada persona las mas feas calumnias; que le tratasen de embustero, de impío, de blasfemo, fue tan celoso del honor de su pureza, que en este punto no permitió á sus enemigos que ni aun levemente le tocasen. Mira Dios con extraordinaria ternura á las almas castas; á éllas solas se comunica, y se puede decir que de ordinario la medida de las gracias se proporciona á la perfeccion de la pureza. ¿San Juan es puro, es vírgen? pues goza el privilegio de recostarse, de descansar en el pecho, en el corazon de Jesucristo.

¡O mi Dios! ¿conócese el dia de hoy el precio de una virtud tan necesaria y tan rara? ¿y por ventura se ignora que ninguna cosa manchada entrará jamas en el reyno de los cielos?

¿No sabes, dice el Apóstol, que tu cuerpo es templo del Espíritu santo que habita en ti? Pues si alguno tiene atrevimiento para profanar el templo de Dios, le hará perecer, porque el templo de Dios es santo, y tú mismo eres ese templo. ¡Ah, Señor! ¿entiéndese, créese el dia de hoy esta doctrina? ¿practícase esta moral? ¿es la pureza la que caracteriza las costumbres y la vida de los cristianos? ¡Mi Dios, y cuántas reflexîones nacen de estas reflexîones! No permitais, Señor, que sean para mayor confusion mia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta inestimable virtud es tan delicada como preciosa, y que si merece nuestro aprecio, no pide menos toda nuestra atencion.

Es la pureza un tesoro que, como dice san Pablo, le llevamos en vasos frágiles y quebradizos. Basta un tropiezo para caer, para hacer pedazos estos vasos, y para perder este tesoro, ¿Con qué tiento caminaria un hombre que se viese obligado á conducir un rico tesoro en vasos de vidrio por precipicios, por despeñaderos, por caminos peligrosos y resbaladizos? ¿y deberémos nosotros caminar con menos tiento?

No hay virtud tan delicada, ninguna mas expuesta, ninguna tiene tantos enemigos. Pocos objetos se presentan, pocas conversaciones se oyen que no sean otros tantos lazos que el demonio nos arma. Si no velamos contínuamente sobre nosotros mismos, si no observamos todos nuestros movimientos, darémos tantas caidas como pasos. Nuestros sentidos estan de inteligencia con el enemigo; nuestro propio corazon nos hace traicion; nuestro espíritu cada instante mueve una sedicion y se amotina. El ayre del mundo agosta la pureza, como el viento fuerte y seco marchita las flores. Ni el retiro solo sirve de abrigo, ni aun el desierto es asilo seguro; siempre llevamos con nosotros mismos al enemigo que quiere perdernos. Si no velamos eternamente, y si no oramos sin cesar; si no se está siempre alerta y sobre aviso contra tantos atractivos; si no se debilitan las fuerzas del enemigo con la mortificacion de los sentidos y con las penitencias corporales; si no se cobra nuevo vigor y no se afilan las armas con la frecuencia de sacramentos; si no se huye cuidadosamente de los escollos y de los peligros; si no se vive con retiro, con modestia y con circunspeccion cristiana, no podrémos menos de ser vencidos. ¿Pues qué esperan los que no se valen de estas precauciones, y no se sirven de estas armas?

Esas personas mundanas eternamente expuestas sin el menor preservativo al ayre mas contagioso; esas personas inmortificadas, que no saben negar el mas mínimo gusto á sus sentidos; esos hombres, esas mugeres del gran mundo que pasan sus dias en una delicada ociosidad, que hacen profesion de ser poco devotas, y por consiguiente poco cristianas; esas gentes que se desvian de los sacramentos, ¿tienen una vida muy inocente y muy pura? Si eso es así, no es menor milagro que el de Daniél, metido toda una noche en el lago de los leones sin ser despedazado; no es menor maravilla que la de los tres mancebos israelitas en medio de las llamas del horno, sin que les tocasen en un pelo. ¡Ah, Señor! este voluntario atolondramiento en el peligro ¿no será acaso para perecer en él con menos susto, con menos remordimiento?

No permitais, divino Salvador mio, que me suceda esta desdicha. Conozco el mérito y la importancia de esta delicada virtud, no ignoro los peligros; y estoy resuelto

á tomar todas las precauciones para no caer en los lazos; pero despues de todo esto solo cuento con vuestra gracia, la que pido con confianza, y la espero de vuestra infinita bondad.

JACULATORIAS.

Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Dios mio, en mí un corazon limpio y puro; renovad en mis entrañas un espíritu recto, sin el cual es imposible agradaros.

Beati mundo corde; quoniam ipsi Deum videbunt. Matth. 5.

Bienaventurados los limpios y castos de corazon, porque éllos verán á Dios.

PROPOSITOS.

Es la pureza una virtud tan delicada, que no puede estar expuesta por mucho tiempo sin peligro. El retiro la guarda, la modestia la conserva y la frugalidad la nutre. Es aquel lirio que solo crece en los valles; es aquella rosa á quien defienden las espinas; es aquella preciosa tierna flor que con un leve soplo se marchita. ¿Qué cuidados no merece? ¿qué precauciones no son menester tomar? ¿Quieres conservar este tesoro? pues no le expongas demasiado. Los grandes concursos del mundo, las diversiones, los espectáculos profanos son los famosos escollos de la inocencia y de la castidad. Esta virtud nunca cria canas en el bullicio del mundo, ni aun se dexa ver en él sino para perecer. El pudor y la circunspeccion son como las murallas de la pureza; la menor brecha que se abra en éllas arruina la plaza. ¿Quieres, pues, guardar esta preciosa y delicada virtud? pues observa inviolablemente las leyes siguientes. Primera: Sé modesto escrupulosamente, y jamas te dispenses en esta ley con cualquier pretexto que sea; solo ó acompañado, en particular ó en público guarda todas las reglas de la mas exâcta modestia. Del bienaventurado san Luis Gonzaga se refiere que aun desde niño fue tan extremadamente delicado en esta virtud, espe-

cialmente cuando se vestia ó desnudaba, que asistiéndolo siempre gran número de criados, ninguno de éllos le vió jamas ni aun la punta del pie desnudo. Segunda: Aunque la extravagancia de las modas tenga el dia de hoy tanto imperio sobre el espíritu y sobre el corazon de los mundanos, guárdate bien de seguir las que pueden vulnerar la modestia cristiana. Rara vez dexará de ser escandalosa en una muger la estudiada desnudez de pechos: nunca sufras en tu familia esta licencia. Es inconsideracion nada disculpable permitirla aun en las niñas, con pretexto de que lo son; eso es acostumbrarlas á la inmodestia desde la cuna. Tercera: La desnudez de las pinturas es un veneno sutil que entra por los ojos y penetra hasta el corazon. No toleres en tu casa pintura alguna indecente; exâmina bien todos los retratos, registra hoy mismo cuidadosamente todos los cuadros, y aunque sean del mayor precio, aunque sean originales, ó arrójalos al fuego, ó haz cubrir prontamente todo lo que puede ofender á la modestia; de otra manera ni tú puedes lícitamente retenerlos, ni dárselos á otro sin pecar. Cuarta: Todo libro que trata de galanteos es pernicioso; todas esas novelas, todos esos cuentos, todas esas cartas, todas esas poesías, todos esos romances amorosos son enemigos mortales de la inocencia y de la castidad. Mira con todo cuidado si se hallan algunos en tu casa, y ora sean tuyos, ora sean agenos entrégalos al fuego antes que se pase este dia. ¡Qué crueldad tan impía es dexar que pase á manos de otros lo que puede perderlos y condenarlos!

2 No basta desviar de ti, ni apartarte tú de todo lo que puede lastimar la pureza; es menester cultivar con cuidado todo lo que la nutre, todo lo que la perfecciona. Primero: el vicio contrario á esta virtud es el vicio ordinario de las almas orgullosas y soberbias; sé manso, sé apacible, sé humilde y conservarás puro el corazon. Segundo: la castidad es una virtud tan preciosa, tan necesaria á todo género de personas, que incesantemente se debe estar pidiendo á Dios nos la conceda. Haz todos los dias alguna oracion particular para conseguirla, como, por exemplo, la siguiente:

"Dadme, ó Señor de la pureza, dadme gracia para „conservar toda mi vida esta preciosa virtud; hazme que

»arregle de suerte mi imaginacion, que tenga tan á raya »mis sentidos que me desvie con tanto cuidado de todas »las ocasiones, que mire con tanto horror todo cuanto »pueda manchar mi cuerpo y alma; en fin, que en este »punto tenga una conciencia tan delicada, que nada pue»da tiznar en mí esta virtud inestimable."

3 Profesa una particular devocion á la Reyna de las vírgenes: María es madre de la pureza, y consigue infaliblemente esta virtud á los que la aman con ternura y la sirven con fidelidad.

DIA ONCE.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

La caridad que se observa en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos grangea amigos en el cielo, cuya proteccion no puede menos de sernos muy ventajosa, sino porque sirve maravillosamente para desprendernos de este mundo, cuya vanidad y figura transitoria nunca mejor la vemos que cuando hacemos oracion por los difuntos.

La triste memoria de aquellas personas que ya no son, y que tan tiernamente amamos en otro tiempo; de aquellos amigos de confianza que eran todas nuestras delicias, de aquellos poderosos apoyos en que se fundaba la fortuna que comenzaba á asomársenos; esta triste memoria, vuelvo á decir, es un gran remedio para curarnos de las falaces ilusiones que engañan al corazon y al espíritu.

Cuando se considera que aquel padre, aquella madre que afanaron toda la vida, y la gastaron en amontonar bienes de fortuna para nosotros ya no existen, y que los sufragios que ofrecemos son por el descanso de sus almas; cuando se considera que aquel esposo, aquella esposa que era todo nuestro consuelo acabó ya sus dias, y que sepultada en los horrores de la muerte, y sumergida en las terribles llamas, destinadas para purificar las almas, pide

el socorro de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles que vivieron como nosotros, y que como nosotros ocuparon los primeros puestos, poseyeron los primeros empleos lustrosos, edificaron esas soberbias casas, y brillaron en todas las ocasiones; cuando se considera todo esto, ¿podrá dexar de pensarse que algun dia tendrémos nosotros la misma suerte que éllos; que como éllos nos hemos de ver reducidos al asqueroso rincon de una sepultura; que como ellos hemos de ser despojados de todos esos ricos muebles, de todos esos pomposos equipages, de todas esas grandes herencias; y que como éllos dentro de pocos dias tendrémos extrema necesidad de las oraciones de los fieles? ¡Dichosos nosotros si nos halláremos como éllos en lugar donde estas oraciones pueden aprovecharnos!

Parece que no es posible rogar á Dios por los muertos sin acordarse de la muerte. Y esta memoria, este pensamiento tan propio para desengañarnos de tantas aparentes brillanteces como nos deslumbran, de tantos falaces atractivos como nos encantan; este pensamiento tan propio para quitar todo gusto á los placeres de esta vida, ¿podrá ofrecerse á la memoria con frecuencia sin producir algun efecto?

Es la muerte el sepulcro de las pasiones, y su recuerdo es el gran remedio de éllas. Pierden toda su fuerza cuando se consideran como origen de tantas pesadumbres y de tantos amargos arrepentimientos. En la muerte no se mira á otras luces, ni aun se puede comprender cómo se las pudo mirar de otra manera.

¿Quedan por ventura en la muerte algunos vestigios de aquellas ideas quiméricas que se tuvieron en el mundo, ni de aquella mentida felicidad con que entretiene engañosamente á sus secuaces? Esos caprichosos devaneos de la propia excelencia; ese furioso hipo de sobresalir; esos deseos inmensos de enriquecerse ¿subsisten por ventura entre los tristes despojos de nuestros cuerpos? ¿Perseveran acaso en medio del universal espolio de todas las cosas? ¿Resta por lo menos alguna memoria que nos consuele mucho de todo lo que lisonjeó tanto nuestro orgullo, de todo lo que sació nuestro apetito, de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad en la tierra?

¿Se piensa, se reflexîona, se medita cuando se está á punto de entrar en la espantosa eternidad? ¿Pero es tiempo de disponerse para morir cuando ya se está muriendo?

En aquel último momento casi se pierde de vista el puñado de dias que se vivió; y si el moribundo conserva alguna memoria de lo que fue, solo es para sentir mayor amargura en lo que va á ser, y en lo que ya es.

Yo era poderoso, yo poseia grandes bienes, yo gozaba elevados empleos, yo tenia incontestables derechos, yo disfrutaba gruesas rentas, yo estaba en posesion de pingües beneficios: *Et solùm mihi superest sepulchrum*; y ya todo esto se desvaneció, nada me ha quedado sino una hedionda sepultura.

Aquellas casas magníficas, aquellos soberbios palacios, mudas pero elocuentes reprensiones de la vanidad de los mortales, donde habia amontonado lo mas fino, lo mas exquisito que puede producir el arte, lo mas precioso, lo mas raro que se encuentra en los paises mas remotos; aquellas quintas en que pasé tantos y tan divertidos dias; aquellos muebles, aquellas alhajas de tan delicado gusto; aquel magnífico almacen de adornos artificiosos; aquel rico tocador tan atestado de joyas y de diamantes; aquel numeroso séquito de cortejantes, de aduladores y de lisonjeros; aquel ostentoso tren; aquel soberbio equipage con que me presentaba en la calle, y que me hacia tanto honor á lo del mundo, todo esto ¿dónde está? Ya no hay nada de esto para mí; apoderáronse de ello mis herederos; hiciéronse dueños absolutos de todo; á mí solo me ha quedado una negra, una horrible sepultura: *Et solùm mihi superest sepulchrum.* ¡O qué reflexîones! ¡ó qué verdades tan eficaces para reprimir las pasiones, para amortiguar su fuego! Dichoso aquel que no espera á la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio.

En aquella hora no hay reflexîon que no aflija; no hay objeto que no espante; ácia ninguna parte se pueden volver los ojos que no sea con amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus.* Lo pasado aflige, lo presente asusta, lo futuro causa terribles espantos. Arrepiéntese el moribundo de lo que fue; pero por lo comun, ¡qué arrepentimiento tan estéril! Desésperase de no haber sido el

que debia; pero de ordinario, ¡qué remordimiento tan inútil! Gime, llora, siente un cruel dolor de no haber prevenido con frecuentes reflexîones y con una vida tan arreglada el deplorable estado en que se mira; ¡pero qué arrepentimiento tan tardío! ¡qué lágrimas tan amargas como infecundas!

¿De qué sirve en el estado presente á aquella persona haber sido en vida tan distinguida por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase, por sus empleos? Viene la muerte á adocenarla con los mas viles de todos los mortales.

¿De qué sirven al presente aquella muger que acaba de espirar todos sus ricos adornos, todo ese pomposo fausto? Espiraron con élla su soberbia, su ambicion y su delicadeza; la podre y los gusanos son la única herencia que la ha quedado: *Cùm morietur homo hæredabit vermes.* ¡Buen Dios, cuántas ilusiones derriba la muerte!

¿Pero qué es lo que se hace cuando en vida se trae á la memoria el pensamiento de la muerte? Anticípase, por decirlo así, aquel postrero dia, aquel último momento, aquellas luces vivas y penetrantes, y sin aguardar á que la catástrofe y el fin de los enredados lances del mundo nos descubran á nuestro pesar estos misterios de vanidad, nosotros nos los descubrimos á nosotros mismos por medio de santas reflexîones.

Cuando se pone á la vista el retrato de la muerte, ¿se miran desde luego todas las cosas del mundo á aquellas mismas luces á que la muerte nos la ha de hacer mirar? ¿Se conocen y se juzga de éllas ahora como se ha de juzgar entonces? ¿Véese claramente que son frívolas, engañosas, despreciables; avergüénzase el corazon de haberse pegado á éllas; llora uno su ceguedad como la lloraria en aquella última hora? Hallándose el entendimiento y la voluntad en tan cristiana disposicion, la pasion mas violenta se resfria, la concupiscencia no está tan viva ni el apetito tan hambriento. Grandezas humanas, bienes caducos, placeres superficiales, todo se representa con un resplandor tibio y maligno, con un atractivo lánguido y zonzo, con un gusto insípido, mirado por entre los obscuros celages de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sabio, y te conser-

varás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.* Acuérdate de la muerte, y dexarás de estar tan infatuado de ti mismo; no serás tan vivo ni tan ardiente en defender tus derechos; no serás tan celoso de tu autoridad, tan delicado en tus intereses, tan codicioso de tus ganancias, tan feroz en tus cóleras, tan duro con los demas, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Acuérdate de la muerte, y desde luego tendrás apacibilidad, dulzura, circunspeccion, modestia, paciencia, moderacion. La imagen de la muerte hace llamada, por decirlo así, á todas las virtudes.

Pero mientras tanto se huye de pensar en la muerte. ¿Mas por qué? ¿acaso se pone en duda si se ha de morir? ¿acaso se tiene seguridad de morir bien? ¿es obra tan facil, ó á lo menos indiferente una buena muerte? ¿es de tan poca consecuencia que no merece se piense en élla? De la muerte pende la salvacion eterna; son pocos los que mueren bien; ¿pero puede suceder otra cosa siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte asusta, turba los gustos, altera el contento de los alegres dias de la vida; por eso se huye de él. ¿Pues por qué no hacemos lo mismo con todo aquello que nos inquieta y turba nuestro reposo?

Está pendiente un pleyto criminal; trátase no menos que de conservar ó perder toda la hacienda, de la honra, de la familia, de la vida misma. Si llega el caso de perderle, ¡qué pesadumbre! ¡qué desgracia! solo el pensamiento nos estremece; ¿pues por qué no se desvia de la imaginacion este triste, este molesto pensamiento? ¿por qué al contrario se le abriga, se le fomenta, y á todas partes nos acompaña? No se piensa en otra cosa que en el pleyto; no se habla de otra cosa que del pleyto; no hay dia, no hay hora, no hay instante que no se llame á la imaginacion este pensamiento; en todas las acciones se le hace lugar, en la mesa, en la conversacion, en el juego, en el paseo; ningun objeto le distrae, todos ceden á él. A la verdad que aunque incomoda, no es inútil; se agencia, se informa, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia; este solo negocio ocupa el pensamiento, porque este solo negocio ocupa el corazon. ¿Y qué se diria de un hombre que teniendo un

pleyto de esta entidad no quisiera ni aun oir hablar de él, que hiciera todo lo posible por desviarle de la memoria solo porque le espanta y le molesta?

No discurro que sea menester hacer la aplicacion, ni señalar con el dedo la imprudencia, mejor diré la locura, de los que no quieren pensar en la muerte, porque este triste objeto los aterra y melancoliza. ¿Pero se ignora por ventura que en nuestra mano está, con el auxîlio de la divina gracia, que la muerte nos llene de consuelo; nos sea dulce, nos sea preciosa en los ojos del Señor? ¿y que uno de los medios mas eficaces para esto es pensar contínuamente en la muerte? ¿se puede racionalmente esperar una muerte dichosa cuando no se ha dignado de pensar en élla en vida? Es tentacion conocida el horror que se tiene á tan saludable pensamiento. ¡Pobre de aquel que se dexare vencer de élla! A menos que se ponga en duda el morir, es locura desechar el pensamiento de la muerte. Ciertamente que si en todas nuestras resoluciones, en todas nuestras ideas, en todos nuestros negocios, en todo el comercio del mundo tuviéramos presente que nos habíamos de morir, ahorraríamos mil motivos de arrepentimiento. Se teme el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que necesariamente ha de producir este saludable pensamiento. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se viviria con tanta alegría, con tanto esparcimiento, con tanto desahogo: si se pensara muchas veces en la muerte, no se frecuentara tanto el juego, no se aspiraria con tanta ansia á los empleos, no se viviria con tanto encaprichamiento en las vanidades del mundo. Si se pensara muchas veces en la muerte, no se asistiria mas al bayle, no se concurriria mas á todas las partidas de diversion, se abandonarian para siempre ciertos cortejos y ciertas conversaciones; perderian todo el gusto para nosotros los teatros, las plazas y los espectáculos: si se pensara muchas veces en la muerte, presto se tomaria el partido del retiro, de la soledad, de la reforma; y esto es justamente lo que no estamos de humor de abrazar. El pensamiento de la muerte obliga al hombre á ser mas prudente, cuando no tiene gana de ser mejor.

Pensar en la muerte sin enmendarse es locura; no pensar en élla por no verse obligado á corregirse es im-

piedad. ¡Qué desgracia, mi Dios, morirse un hombre sin haber casi pensado jamas en la muerte!

La misa es la cuotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium Deus omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles; conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cælo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»Ya se sabe quel Apocalipsi es el libro de las reve»laciones de Jesucristo hechas á san Juan cuando estaba »desterrado por la fe en la isla de Patmos, ácia el fin del »imperio de Domiciano, y ácia el año 95 de la Encar»nacion. El capítulo de donde se sacó esta epístola hace »en pocas palabras el elogio de los que mueren con la »muerte de los santos.

REFLEXIONES.

Vívase como se quisiere, entre la opulencia, entre el esplendor y el regalo; ni la nobleza, ni las riquezas, ni los honores, nada puede exîmirnos de las miserias de esta vida. Todos vivimos en la region del llanto; no nace en élla la risa sino á fuerza de artificio. El decreto que condena los hombres al trabajo es universal; ninguno se exîme de él; ni las condiciones, ni los estados, ni aun las mismas edades dispensan á nadie de esta ley. Antes que se pueda, por decirlo así, derramar sangre, ya se entra en el mundo derramando lágrimas. Nacen con nosotros los dolores y las pesadumbres. No siempre el trabajo corporal es el que mas fatiga; el alma y el corazon tienen sus penas tanto mas duras cuanto menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas. Nunca mas amargamente se gime que cuando se gime en secreto. Comienzan á correr lágrimas desde la cuna, y no se seca el manantial ni aun con los rayos del trono. Es menos incompatible la alegría con los trabajos del cuerpo, que con los del espíritu. Aquellos tienen sus intervalos; pero los cuidados, las pesadumbres, las amarguras que causan las pasiones, atormentan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres del mundo, ó trabajos del cuerpo, ó cuidados del ánimo, y muchas veces únos y ótros. No hay que esperar calma ni reposo hasta que se acabe la vida. Dichoso aquel á quien el espíritu dice que descanse despues de sus trabajos. La alegría llena, la tranquilidad fixa, el descanso dulce solo reynan en la patria celestial. Pero advierte, que este descanso es premio de las buenas obras, y que solamente á los muertos que mueren en el Señor se les dice que descansen de sus trabajos. ¡Qué suerte tan diferente! Igualmente mueren el justo y el pecador; la vida de los dos fue igualmente trabajosa; pero á los trabajos del justo se sigue descanso eterno; y á las fatigas, á los sudores, á los cuidados del pecador se sigue un eterno suplicio; llanto en este mundo, y en el otro fuego eterno, y con el fuego rabia, desesperacion, crugir de dientes sin fin. ¡O mil veces felices los que mueren en el Señor! ¡O mi Dios, qué tran-

quila, qué envidiable es la muerte de los buenos! Hablando con propiedad, élla es el fin de los trabajos, y el principio de una felicidad pura, eterna y sobreabundante. Todos los mortales corren su carrera, sin que los mas piensen en el término. El curso es laborioso; ¿pero al cabo nos dirá el espíritu que descansemos de nuestros trabajos? Consultemos nuestras obras. Dichoso el que trabajó por el cielo; dichoso el que vivió en el retiro, dedicado todo á devotos exercicios; dichoso el que se desterró para siempre de los concursos llenos de peligro; dichoso el que pasó los dias de su vida en el servicio de Dios, y en santos exercicios de mortificacion y penitencia. Trabajemos en nuestra salvacion durante esta breve vida, que ya bastará la duracion de la eternidad para recompensar nuestros trabajos.

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cierto que hemos de morir. ¿Pero cuándo? ¿será presto, será tarde? No sabemos ni una palabra; lo que hay de cierto en la materia es, que el dia de hoy puede ser el último de nuestra vida; que siempre se muere antes de lo que se piensa; y que el Hijo del hombre ha de venir cuando menos se le aguarda. Por mas prevenido que estés, siempre te cogerá de repente. ¿Qué será si no haces alguna prevencion?

Pocas muertes hay que no sean repentinas, y todas son súbitas respecto del que muere; todo parece que conspira á engañar á un moribundo; y hasta él mismo se pone de acuerdo con los que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir, que no se prometiese vivir por lo menos hasta el dia siguiente?

¡Gran manía! Sábese que la muerte es inevitable; pero siempre se la considera allá al fin de una carrera muy dilatada, allá á unos grandes lejos, en una edad muy abanzada. Llega esta abanzada edad; y nunca lo es tanto, que nos quite la esperanza de vivir por lo menos otro año mas. Por robusta que sea nuestra salud, desde la vida á la muerte no hay mas que un solo paso. ¿Dónde se hallará un hombre prudente que quiera asegurarnos un año mas de vida poniendo á peligro la suya? Sin embargo, yo expongo á peligro mi salvacion por dilatar hasta el año que viene el convertirme.

Ignora el hombre el fin de sus dias, dice el Sabio. Como el pez que juguetea en las aguas, y como el paxarillo que revolotea en los ayres, se hallan presos de repente, aquél en el anzuelo, y éste en el lazo; así los hombres se dexan prender infelizmente de la muerte cuando pensaban gozar los mas alegres dias de la vida.

De todos aquellos que sabemos haber muerto el año pasado, ¿habia siquiera uno que pensase morir en aquel año? ¿y de todos los que viven en el año presente habrá

siquiera uno que juzge sériamente que no ha de vivir mas que este año solo?

¿Quién podrá asegurarme hoy que tengo de vivir mañana? Luego es cierto que me puedo morir hoy. ¿Y este dia decisivo de mi suerte sería principio de una dichosa eternidad, si el dia de hoy fuese el postrero de mi vida? Estremézcome al oir esta proposicion; basta este solo pensamiento para asustar mi conciencia. ¡Ah! si dentro de dos horas hubiera de parecer ante el tribunal de Dios, si fuera preciso dar cuenta al supremo Juez del tiempo que he perdido, de los auxîlios, de las gracias que he malogrado, qué sería de mí tan cargado de pecados, sin haber dado principio á hacer penitencia, si dentro de pocas horas hubiera de oir mi última sentencia sin apelacion. El caso puede suceder; ¿quién me asegura que no me sucederá?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué locura sería la de un caminante que en la víspera de un largo viage en lugar de hacer las prevenciones necesarias para la jornada, solo pensase en fabricar casas que no habia de habitar, en adquirir haciendas que no habia de gozar, en contraer nuevas amistades, en estrecharse con conocimientos que el dia siguiente habia de romper. ¿Y tenemos nosotros mas juicio cuando procedemos como si hubiéramos de vivir eternamente? ¿qué hacemos cuando no pensamos en la muerte?

Si supiera que habia de morir mañana me dispondria hoy para morir. ¡Pero ah, que quizá será antes de mañana! Puedo morir esta noche, puedo morir en este mismo momento. Si me sucediera esto, ¿me cogiera la muerte prevenido? ¿Y me cogerá mas, si muero sin pensar en élla?

Uno que estuviese condenado á muerte por sentencia irrevocable, ¿podría alegrarse, y no pensar mas que en vivir, sin haber perdido el juicio? *Statutum est hominibus semel mori*. Pronunciada está la sentencia de muerte contra todos los hombres; condenados están á morir, y á morir no mas que una vez. Un Dios es el que nos ha condenado á muerte, y de esta muerte depende nuestra felicidad, ó nuestra infelicidad eterna. No se muere mas

de una vez, y mientras tanto ninguno piensa en morir. ¿Es cosa tan facil morir bien? ¿es cosa indiferente morir mal?

¡Qué cosa tan terrible es morir sin estar prevenido! ¿Y cuánto tiempo nos parecerá necesario para estarlo? ¿bastaría un mes para ponernos en estado de comparecer ante el espantoso tribunal del soberano Juez? ¿los negocios de la conciencia, treinta, cuarenta años de una vida estragada, ese confuso caos de iniquidad podrá aclararse en pocas semanas? ¿pues cuánto tiempo pensamos dedicar á esto? ¿y estamos asegurados siquiera de un solo dia?

¡Mi Dios, aun los que mas hubieren pensado en la muerte se hallarán todavía sorprendidos! ¿pues qué será de los que nunca pensaron en élla? ¿de los que ni aun quieren que otros piensen?

¡Cosa extraña! Solo no se piensa en la incertidumbre de la muerte por lo que toca á la salvacion; pero en atravesándose algun interes temporal no se piensa en otra cosa. Compañías de comercio, contratos matrimoniales, escrituras públicas, convenciones particulares, todas están llenas de prudentes precauciones contra esta fatal incertidumbre. No sabemos (se dice) lo que puede suceder; somos mortales; es prudencia prevenir los accidentes de la vida. Bien dicho. Pero por la salvacion, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una eterna felicidad, ¿qué prevenciones se hacen? ¿qué precauciones se toman?

Señor, ¿y despues de todas estas reflexiones incurriré yo en la misma falta? No, dulce Jesus mio, no quiero yo mas arriesgar mi salvacion; de hoy en adelante miraré el dia presente como si fuese el postrero de mi vida; viviré, mediante vuestra divina gracia, como si en aquel dia hubiera de morir.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.
Haced, Señor, que siempre tenga presente la bondad de la vida, y la brevedad de la hora de la muerte.

Ne revoces me in dimidio dierum meorum. Salm. 101.
No me corteis, mi Dios, en medio de la carrera.

PROPOSITOS.

Pudiendo ser cada dia el último de la vida, ¿no será la mayor de todas las locuras que se pase un solo dia sin pensar en la muerte? ¿y has pensado mucho en élla? Cada dia puede darse la sentencia en el proceso de que pende tu felicidad, ó tu infelicidad eterna. Piensa todas las mañanas si están los autos bien preparados; si serán ó no serán menester nuevas luces, nuevos documentos; si te resta algo que hacer para ponerlos en buen estado. Todo cuanto se presenta á la vista es imágen, ó á lo menos recuerdo de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolucion de las estaciones, sucesion regular de las horas y de los dias, rapidez del tiempo, curso de los astros, todo nos está predicando la muerte con lengua muda. Las modas que ya no se usan, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, todo es recuerdo de la muerte. Pues no seas tú solo el que eches de ti ese pensamiento; da oidos á todo lo que te está clamando, que tambien tú has de morir. Fuera del crucifixo que debes tener destinado para que te ayuden á bien morir con él en la hora de la muerte, y el que has de tener siempre á la vista mientras vivas, usa de ciertos pensamientos prácticos, que son muy propios para disponerte á una buena muerte. Primero: Algunos tienen escrita al pie del crucifixo sobre la mesa, ó en el estudio esta sentencia: *Está siempre prevenido, porque en la hora que no piensas vendrá el Hijo del hombre.* Segundo: Otros tienen una calavera, ó junto á la cama, ó á lo menos en el oratorio, y nunca ponen los ojos en élla sin hacer algunas reflexíones sobre la muerte. Tercero: Ha habido muchas piadosas señoras que teniendo prevenida la mortaja con que han de ser enterradas, la guardan entre sus galas, para que siempre que van á buscar éstas, se acuerden de la que han de llevar á la sepultura. Cuarto: Algunos leen una vez cada mes su testamento, no solo para exâminar si están bien arregladas todas sus disposiciones, y si hay alguna cosa que mudar, sino particularmente para traer á la memoria la sepultura que escogieron, y la casa donde han de vivir hasta el dia de la resurreccion. Aprovéchate de estas piadosas industrias.

2 Puesto que la hora de la muerte es incierta, y que ciertamente, por mas vigilante que estés, siempre te ha de coger de improviso, guárdate bien de dilatar para la hora de la muerte lo que tú mismo puedes hacer en vida: v. g. confesiones generales, ó extraordinarias, reconciliaciones con los enemigos y restituciones. Desengáñate, que la última enfermedad solo es oportuna para exercitar la paciencia. No nos manda el Salvador que nos dispongamos entonces, sino que estemos ya dispuestos. Exâmina si te resta algo que hacer, y desciende á cosas particulares. Mira bien qué regla, qué buena obra, qué devocion has omitido. Ofrece hoy alguna oracion, ó alguna limosna por las ánimas del purgatorio. Estas que parecen piadosas menudencias, esa reforma de costumbres y de conducta, te colmarán de alegría en aquella última hora, y te librarán de muchos amargos remordimientos. No te contentes con que te parezcan bien estos consejos, pasa á ponerlos en práctica. La vista de la sepultura es una medicina muy eficaz para curar las dolencias del alma. No hay pasion que no se modere cuando se piensa en la muerte.

☞ DIA ONCE.

San Cecilio, obispo de Granada y mártir.

Se celebra el dia primero de este mes.

Entre los eruditos que han tratado las cosas antiguas de España no se ha podido decidir todavía si los siete varones apostólicos que predicaron el evangelio en nuestra Península, fueron de los discípulos que suponen dexó Santiago en élla, ó acaso aquellos mismos siete que se llevó consigo á Jerusalen para que fuesen testigos de su triunfo. Si es verdad que el santo Apóstol dexó en Zaragoza una iglesia dedicada á la madre de Dios, la piedad, la razon y la buena crítica exîgen que se establezca como cosa razonable el que dexase cuidando de élla

algunos de sus discípulos. Y si es verdad igualmente que quiso dar el encargo de traer su cuerpo adonde habia sembrado su espíritu á aquellos discípulos que se dice volvieron con él á Jerusalen, tambien parece razonable que estos mismos siguiesen la obra comenzada por su Maestro.

Como quiera que sea, aquellos historiadores que no tienen empeño particular en negarnos ciertas glorias de que ningun perjuicio se causa ni á los fieles, ni á la Iglesia, desde luego se convienen en que los siete santos Obispos, que despues de Santiago, y con mucha mas probabilidad despues de san Pablo, predicaron en España la religion de Jesucristo, fueron discípulos de nuestro santo Patrono. En su escuela aprendieron lo que su maestro habia aprendido de la misma sabiduría por esencia, y su exemplo fue sin duda el estímulo mas poderoso que fomentó su predicacion en las diversas y penosas expediciones del sagrado ministerio.

Uno de estos varones apostólicos fue el glorioso san Cecilio, obispo de Iliberis, hoy Granada. Ignórase su patria, su ascendencia y los empleos en que gastó los primeros años de su vida, sin que hayan podido hasta ahora la curiosidad piadosa de los eruditos y la fatiga laboriosa de los anticuarios, descubrir cosa que merezca la aprobacion y fe de los que miran sin pasion ni preocupacion los hechos que se dicen en la historia. Hay quien se incline á creer que fue español, y uno de los primeros en quien la gracia de Jesucristo, juntamente con la predicacion de Santiago, hizo uno de aquellos milagros de conversion que habia profetizado Isaías; pero de los instrumentos auténticos que el tiempo, el descuido y las crudas invasiones han perdonado á nuestra Iglesia, no se deduce claramente la especie insinuada, aunque tampoco hay fundamento mas que el silencio que apoye lo contrario. El oficio Muzárabe, el leccionario Complutense y la vida que de los siete Apostólicos escribió fray Rodrigo Cerratense por los años del Señor de 1260 son, ademas del Códice Emilianense que se guarda en la real Biblioteca del Escurial, los únicos monumentos que pueden servir á la historia de nuestro Santo.

Segun éllos, san Cecilio, siendo ya de edad provecta,

fue ordenado obispo por san Pedro á la sazon que este santo Apóstol se hallaba en Roma en compañía de san Pablo. No ignoraban estos dos Príncipes de la Iglesia recien fundada por Jesucristo, que entre todas las naciones del mundo apenas habia una mas proporcionada para recibir y conservar la santa ley que el Hijo mismo de Dios habia firmado y sellado con su preciosa sangre. San Pablo habia manifestado diferentes veces unos encendidos deseos de venir en persona á sembrar el evangelio en nuestra Península, como consta de sus epístolas; y el glorioso doctor san Gerónimo da por cierta su venida, que apoyan infinitos sabios con razones y monumentos del mayor peso y autoridad. San Pedro á lo menos, como cabeza del nuevo rebaño, debia procurar su extension y adelantamientos por todos los medios imaginables. Pero estando escrito que la fe entra por el oido, y que éste no puede oir los misterios cuando falta quien evangelice, es muy claro que los santos Apostóles no podian buscar otros medios de sembrar la divina palabra que la mision y la predicacion evangélica.

En efecto, por los años del Señor de 63 ó 64, al tiempo que Neron perseguia sangrientamente el nombre de Jesucristo, hallándose juntos en Roma san Pedro y san Pablo, ordenaron á los siete Apostólicos, y los enviaron á España. Los nombres de los otros seis compañeros de san Cecilio son, segun el órden del oficio Muzarabe, san Torquato, Segundo, Indalecio, Tesifonte, Eufrasio y Esicio. Llenos todos del fuego que el divino espíritu habia encendido en sus almas, se pusieron en camino para desempeñar el ministerio que se les habia confiado. Cuando la caridad verdadera es el estímulo del obrar, nada hay que pueda detener, ni retardar sus progresos. Al punto se entregan á las inconstantes olas del Mediterráneo, bien confiados en que el cielo dirigiria su rumbo, y daria á su viage aquel término que fuese mas oportuno para la grande obra que meditaban. No se puede atribuir á otra cosa el desprecio que al parecer hicieron los Santos de la provincia Tarraconense, la mas floreciente entonces entre todas cuantas poseian los romanos en España. Publicada la persecucion de Neron, fue una celestial prudencia retirarse de aquellas grandes ciudades en

donde la ambicion y la crueldad de los pretores habian de quitar á los pueblos de España siete obispos, y en éllos casi todo el vigor, robustez y propagacion de la siembra que Santiago y san Pablo habian dexado principiada.

Dios, que era el timonero que regía la nave, quiso que tomasen tierra en un puerto cercano á la ciudad de Guadix, que sería ó el de *Urci*, ó el llamado *Puerto magno*, que viene á ser muy cerca del sitio que tiene hoy Almería. Apenas llegaron los Santos á tierra, cuando sus corazones comenzaron á rebosar aquel gozo sencillo que suele causar la consecucion de los deseos, ó el cumplimiento de las mas vivas esperanzas. Luego se les presentan delante de los ojos unos campos inmensos, que debian correr y recorrer, evangelizando el bien universal que con su vida y muerte habia merecido para todos el Crucificado. Pero al mismo tiempo vieron igualmente una inmensa multitud de dificultades que deberia vencer su constancia, y una muchedumbre de peligros que habia de superar su fortaleza. Habian llegado al teatro de su caridad, de su fe, de su celo, y adonde habian de poner en execucion los últimos encargos que les haria su maestro Santiago en órden á la conquista de aquella region predilecta que él habia comenzado á ganar para Jesucristo; pero adonde quiera que los Santos volviesen los ojos, no podian encontrar con otra cosa que con estorbos, impedimentos y montañas inaccesibles de las mas trabajosas dificultades.

Estaba España sumergida en la idolatría: el haber enriquecido la naturaleza su suelo con tantas preciosidades, habia llamado la atencion y codicia de las mas remotas gentes. Todos habian traido juntamente con su ambicion y con sus armas sus respectivas supersticiones é idolatrías. Los fenicios primeramente, y despues los romanos traxeron consigo cuantos ídolos pudo inventar una loca fantasía en todos los paises que sujetaron sus armas victoriosas. Aquella ridícula multitud de deidades, de que se burlaba un gentil satírico con tanta gracia, recibia los inciensos y adoraciones de los españoles, ciegos todavía con la supersticion y con el error. Pero san Cecilio, juntamente con sus esforzados compa-

ñeros, están ya resueltos á desterrar enteramente la religion de ceguedad y de tinieblas, y plantar la de luz y de verdad, que era la religion de Jesucristo. Cualquiera tardanza parece que era enojosa á sus encendidos deseos; pues apenas tomaron tierra, cuando sin mas detencion, ni apercibimiento, echaron á andar, deseosos de encontrar pueblos donde comenzar á poner en planta el santo ministerio de que venian encargados.

Trece leguas y media habian caminado cuando se les presentó ya muy cercana la ciudad de Guadix, en la cual pensaron desde luego dar principio á su predicacion; pero como se sentian cansados del camino, pensaron detenerse algun tanto para tomar alimento, y reparar la debilidad de la pasada fatiga. Con este pensamiento mandaron á algunos de sus discípulos que pasasen á la ciudad, distante poco mas de un cuarto de legua, y que comprasen los alimentos que habian de comer. Era dia en que celebraban los gentiles fiesta á Júpiter y Mercurio, segun el Cerratense; y segun el leccionario grande y los breviarios antiguos de Toledo y Burgos, no solo á Júpiter y Mercurio, sino tambien á la diosa Juno. Luego que los paganos advirtieron el trage desusado de los forasteros, conocieron que podrian intentar alguna cosa contra sus dioses. El fuego de la supersticion se apoderó de sus corazones, y los irritó la cólera, de manera que tardaron bien poco en manifestarlo con señas poco equívocas. No se sabe si los Santos discípulos, armados de celo por la honra de Dios verdadero, intentarian acaso retraerlos de sus ritos, predicando contra las estátuas que ellos adoraban como deidades. Tal vez los sacerdotes inmundos, noticiosos de las expediciones que muy poco antes habian hecho Santiago y san Pablo, atizarian al populacho para que persiguiese á los Santos, de quienes podian presumir igual empresa.

Pero Dios, que todo lo gobierna y dirige con sabiduría admirable, permitió este primer golpe de persecucion para hacer alarde del poder de su diestra, y mostrar con una maravilla portentosa la divina mision que en aquellos apóstoles suyos resplandecia. Todo el pueblo gentil corre con impetu ácia los Santos discípulos, deseando cada uno ser el primero que pudiese ofrecer la sangre de aque-

llos extrangeros en las aras de sus dioses, á quienes pretenderian agradar por este medio. Los Santos echaron á huir, y se volvian ácia el sitio en donde habian dexado á los santos Obispos. Habia en el intermedio un puente magnífico de fortaleza tan asombrosa, que todos los instrumentos antiguos convienen en darle los epitetos mas significativos de una grandeza maravillosa, y de una construccion y solidez capaces de burlarse de la voracidad de los siglos. Nada era al parecer menos facil que la ruina de aquel puente; ¿pero qué cosa podrá haber dificil para aquel, delante de cuyo rostro los montes mismos se derriten y liquidan como si fuesen formados de cera? ¿ni qué puede haber en el mundo que tenga suficiente solidez y fortaleza para resistir á los designios y poder del Criador del mismo mundo?

Los Santos fugitivos se internaron en el puente y llegaron á salir de él con felicidad; los paganos tumultuados seguian la misma ruta, y estaban á su parecer, muy cercanos de poner en execucion sus sanguinarios deseos; pero Dios, á cuyo cargo está autorizar los principios de la predicacion evangélica con milagros y portentos: Dios, que aseguró á sus apóstoles, de que cuando fuese conveniente no necesitarian mas para trasladar un monte que mandarle con imperio desamparar el ancho asiento que ocupaba; éste mismo Dios quiso en esta ocasion manifestar por sí mismo la grandeza de su poder, y la vanidad y falsía de los dioses de los gentiles. Cuando todo el puente estaba lleno de los ciegos perseguidores, cuando éstos se miraban ya cercanos de derramar la sangre inocente, cuando nada aparecia que pudiese hacer inevitable la muerte de los Santos discípulos, y consiguientemente la de los siete obispos, sus maestros, he aquí que repentinamente se conmueven los robustos pilares que sostenian aquella gran mole, y desenlazándose las ataduras de los fuertes arcos, todo el puente se convierte en escombros y ruinas, envolviendo al mismo tiempo y precipitando en el profundo del rio á los miserables paganos, que recibieron de este modo el castigo de su temeridad y de su delito.

Un hecho tan ruidoso consternó á toda la ciudad. Apenas habia casa en donde no resonasen los llantos y

sollozos por la muerte del padre, del hijo ó del deudo. Un saludable temor se apoderó de los corazones de todos, que conocieron desde luego una virtud superior á toda la naturaleza, obrando en favor de aquellos forasteros. La rabia, el furor y la persecucion se convirtieron en mansedumbre, en dulzura y en hospitalidad, deseando cada uno de los accitanos ser el primero que tuviese en su casa y regalase á los que miraban favorecidos del cielo. Tanta fuerza tienen sobre el corazon humano los hechos milagrosos y admirables, y tal es la recomendacion con que recibieron nuestros primeros padres la santa é inmaculada religion que profesamos.

Entre todos los moradores de Guadix se señaló en piedad una noble matrona, por nombre Luparia, á quien algunos monumentos dan el título de Senatriz. Movida del milagro que habian visto sus ojos, y mas poderosamente de la gracia divina que interiormente la ilustraba, determinó enviar á llamar á aquellos venerables varones, y hospedarlos en su casa. Enviólos mensageros que les hiciesen de su parte el convite, y los Santos le aceptaron con mucho gusto. Cuando Luparia los vió en su casa, llena de gozo y satisfaccion, comenzó á preguntarles de qué regiones habian venido allí, y lo demas que era anexo á la diversidad de su trage, que notaba diferencia de religion. Los Santos, que no habian apetecido cosa con mayor ahinco que una ocasion tan feliz para dar cuenta de su mision, y comenzar á sembrar el evangelio, respondieron; que éllos eran cristianos, á quienes los apóstoles habian mandado que viniesen á predicar el reyno de Dios y el evangelio. A esta respuesta añadieron muchas palabras de doctrina celestial y divina, concluyendo su discurso enseñando que todo aquel que creyese en Jesucristo hijo de Dios, no moriria con muerte eterna; sino que antes bien viviria la misma feliz vida con que viven los ángeles.

Como Luparia oia con ánimo sincero la doctrina del evangelio, se dignó Dios mover su corazon é ilustrar su entendimiento, para asentir á los misterios de fe que se la proponian; y como úno y el mas necesario oyó que era el bautismo, pidió á los santos Obispos que la bautizasen. Estos, aunque alegres del primer fruto de la

predicacion, y seguros de la verdad y sencillez con que Luparia pedia el bautismo, no juzgaron conveniente dársele por entonces hasta que estuviese mas instruida en la religion que habia de profesar, y se la dispusiese á ésta lugar oportuno para la celebracion de sus augustos misterios. Con estas miras mandaron á la nueva discípula que dispusiese el modo de edificar un baptisterio, que en algunos monumentos se llama tambien iglesia y basílica, en donde recibiese las aguas saludables. La piadosa matrona recibió el precepto con tal docilidad, y le puso en execucion con tanta eficacia, que muy en breve se edificó un templo á gusto y placer de los Santos, y se colocó en él la fuente baptismal, en donde Luparia llena de devocion y de espiritual alegría recibió la regeneracion por medio del bautismo.

El exemplo de aquellos á quien Dios ha distinguido en el mundo, ó por el nacimiento, ó por la dignidad, ó por las riquezas, tiene un influxo en el resto del pueblo que parece contagio en la velocidad con que se propaga. El bautizarse Luparia, que era noble, senatriz y poderosa, parece que fue un convite público que se hizo á todos para ser cristianos, y que todos aceptaron movidos del milagro, del exemplo y de la voz interior con que llama el Espíritu divino al gremio de la Iglesia. Ya Gaudix se habia convertido de colonia de romanos, en colonia de la religion de Jesucristo. Todos aquellos que habian promovido, y acaso proyectado la persecucion de los Santos, los amaban y respetaban como á sus padres, sus pastores y sus maestros. Al paso que habian dedicado nuevas aras al verdadero Dios, y aceptado nuevos ritos y sacrificio verdadero de infinito valor, habian destruido y arruinado no solamente las estátuas de los falsos dioses, sino tambien sus aras inmundas y sus profanos templos; y, segun el leccionario Complutense, sobre las ruinas de un templo levantaron otro, en donde consagraron un altar al glorioso precursor de Jesucristo san Juan Bautista. Unos principios tan felices, juntamente con la predicacion é infatigable celo de los Santos, hicieron de Gaudix una ciudad enteramente cristiana, en donde sobraban ya tantos obreros.

Pensaron pues los Santos repartirse por otras ciudades para que todas fuesen participantes del bien que Acci ó Guadix habia disfrutado, y éllos pudiesen exercitar el ministerio de su mision. En la reparticion que se hizo le cupo á nuestro san Cecilio la ciudad de Iliberi ó Granada; y desde este momento cesan casi todas las noticias de los primeros padres de nuestra fe. Se debe suponer, que constituido san Cecilio en su iglesia, llenaria todos los cargos de un perfecto obispo, despues de cumplir con la predicacion de un apóstol verdadero. El oficio Muzárabe dice, que cuaudo iban los Santos á sus respectivos destinos, lo iban abrasando todo con el fuego de caridad y de doctrina que salia de sus corazones. Este fuego no es de creer que se limitase á aquellas pocas ciudades en que fundaron sillas episcopales, sino que se derivaria dulcemente á todas las poblaciones de sus contornos, ayudando no poco para este efecto venturoso la ilustracion y paz de que gozaba por lo comun la Bética, por ser provincia exènta de la jurisdiccion imperial, y sujeta inmediatamente al senado.

Su celo, su caridad, su predicacion y sus trabajos recibieron finalmente de Dios el galardon merecido; pues segun insinúan los instrumentos mencionados, el Señor les concedió tanta gracia, que llegaron á derramar su sangre por la fe que predicaban, y recibir la corona del martirio; aunque no se sabe positivamente con qué género de muerte alcanzaron la victoria. Lo cierto es, que en el leccionario Complutense se asegura, que cuantos llegaban á sus sepulcros con verdadera devocion, otros tantos experimentaban los felices efectos de su intercesion poderosa. Esto convence que cuando se formó aquel leccionario eran sus sepulcros conocidos, como lo eran tambien los ciegos, mudos, sordos y necesitados que orando en éllos lograban vista, habla, oido y todo género de remedio de la divina misericordia. Era tambien conocida una oliva que plantaron los siete santos Obispos á la puerta de la iglesia de Guadix, la cual florecia y fructificaba milagrosamente todos los años en el dia de su fiesta, que era el primero de mayo. Los fieles recogian con piedad aquel fruto milagroso; y el cielo, por la intercesion de los Santos, se veia que premiaba

con mil beneficios aquel fervor piadoso con que miraban los fieles cuanto pertenecia ó tocaba de alguna manera á sus padres, á sus apóstoles y sus maestros. Con la entrada de los moros en España cesó aquel milagro, y aun se cree que pereciese tambien aquella preciosa oliva; no es mucho que pereciese, cuando esta region perdió su libertad, y se vió devorada de todos los desastres y calamidades que trae consigo la guerra; pero en élla y en la paz jamas han dexado san Cecilio y sus compañeros de ser nuestros benéficos protectores.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos per beatum Cæcilium martyrem tuum, atque pontificem ad agnitionem tui nominis venire tribuisti; concede propitius, ut per quem superni muneris rudimenta suscipimus, per eum subsidia perpetuæ salutis impetremus: Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit, et regnat...

O Dios, que nos concediste venir al conocimiento de tu adorable nombre por medio de la predicacion de tu bienaventurado mártir y obispo Cecilio, haced piadoso que logremos las gracias necesarias para conseguir la salud eterna, por medio de aquel mismo por quien nos dispensastes los rudimentos primeros de la fe: Por el mismo Señor nuestro....

La epístola es del capítulo 1. de la epístola canónica del apóstol Santiago.

Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromissit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat. Unusquisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum: peccatum verò cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere exâminado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios: porque Dios no es tentador de cosas malas; pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado despues

itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursùm est; descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

siendo consumado engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

No querais errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de arriba, baxando de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Uno de los dones ó gracias mas señaladas que Dios nos ha hecho es el habernos llamado á su grey, haciéndonos conocer su santo y adorable nombre, y eligiéndonos por ovejas de su rebaño. Pero nosotros los españoles debemos reconocer que la misericordia de Dios se manifestó muy particularmente con nosotros, cuando no contento con que sus apóstoles santos nos predicasen el evangelio, destinó otros varones apostólicos que ahuyentasen las tinieblas del error, y perfeccionasen lo que sus discípulos habian comenzado. Apenas habian oido las demas naciones el nombre de Jesucristo; apenas habian llegado á sus oidos los portentos de su nacimiento prodigioso, de su vida santísima, y de su sacratísima pasion y muerte, cuando ya en esta region afortunada tenia adoradores, que sometiendo el cuello al yugo de la fe, creian sus misterios, y lo testificaban con las obras. Se puede decir que aún humeaba la preciosa sangre vertida por aquel Cordero, que quitó los pecados del mundo, cuando nosotros experimentábamos los beneficios de tana dmirable redencion.

El habernos criado de la nada, el habernos dado esta naturaleza racional que tenemos, es gracia y don de Dios en cuanto no podíamos tenerlo merecido; pero es una gracia que sin la fe de nada nos aprovecharia para la vida

eterna. Seríamos como éramos: paganos, ciegos, idólalatras, esclavos de los sentidos, del mundo y de su concupiscencia, si los varones apostólicos destinados por el Padre de las misericordias no nos hubiesen sacado del abismo de nuestra ceguedad, y nos hubiesen hecho participantes de aquella luz que desciende del Padre de las luces, de quien nos viene todo don perfecto. ¿Y de dónde podríamos pretender los españoles un derecho para que quedándose tantos pueblos, tantas naciones á obscuras, fuésemos nosotros elegidos á oir el evangelio, cuando comenzaban sus ecos á resonar en el mundo? Pues ahora bien: *si ningun hombre sino el ingrato*, como dice san Agustin (in Ps. 91.) *duda que haya recibido de Dios la naturaleza*; ¡qué ingratitud no será el no acordarse siquiera de haber recibido una gracia tan magnífica y excelente como la gracia de la fe!

Esta gracia es superior á todas las gracias; es un compendio de todos los beneficios y misericordias del Señor; porque élla nos abre la puerta para que entremos en su casa, y podamos decir confiadamente con el profeta David: *Nosotros somos pueblo de Dios y ovejas de su rebaño.* Sin embargo, son muy pocos los que fixan sus consideraciones en los principios por donde les vino el sér de cristianos. Son muy pocos los que remontándose á aquellos siglos obscuros y de tinieblas en que vivian nuestros primeros españoles antes de la predicacion del evangelio, lleguen á reconocer la gracia especial de no haberse quedado ciegos como éllos. Son muy pocos los que contemplan los afanes, los trabajos, la muerte violenta que padecieron los padres de nuestra fe, y que con una encendida devocion se les manifiesten agradecidos. Nuestra gratitud se muestra regularmente por bienes mas sensibles; la restauracion de la salud perdida, el aumento de los bienes de fortuna: la consecucion de un puesto brillante y cosas semejantes á éstas, en que se interesa mas nuestro amor propio que nuestra alma, son las que nos llevan mas frecuentemente al pie de los altares á ofrecer nuestros votos y manifestar á Dios nuestro agradecimiento.

Elevemos la consideracion de estas cosas terrenas á las celestiales y divinas. Cuando leemos los hechos y la

predicacion de los primeros padres de nuestra fe, reflexîonemos que por éllos hemos logrado un beneficio superior á todos los bienes temporales. Eramos hombres; pero hombres condenados á un destierro perpétuo de la patria celestial; hombres constituidos en la masa de perdicion; hombres separados por el pecado del primer hombre de la herencia del cielo; hombres extraviados de aquel fin soberano para que nos destinó nuestro Dios desde el principio; y hombres finalmente mas infelices que las bestias, en cuanto ni podíamos gozar de los privilegios de haber sido criados á imagen y semejanza de Dios, ni de esperar que nuestra alma inmortal viviese eternamente una vida feliz y bienaventurada. ¡Cuánta, pues, debe ser nuestra gratitud y reconocimiento á aquellos varones apostólicos que á costa de inmensos trabajos, sudores, persecuciones, y aun de la muerte misma nos proporcionaron la ventura incomparable de oir el evangelio, y de ser discípulos de Jesucristo!

El evangelio es del cap. 14. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non priùs sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversùs alium

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿que rey debiendo ir á campaña contra otro rey,

regem, non sedens priùs cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhac illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embaxadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Sobre el beneficio de ser cristianos.

PUNTO PRIMERO.

Considera los gravísimos males de que estás libre solamente por profesar la religion cristiana católica. Sería necesario formar un catálogo demasiado prolixo y molesto para comprenderlos á todos. La historia de los vicios y de los yerros de los hombres sería el espejo en que se viese todo el número, y al mismo tiempo todo el horror que pueden inspirar en una alma ilustrada por la fe. Cuando se ven unos hombres tenidos por sabios y filósofos tributar adoraciones é incienso á un leño artificiosamente labrado; cuando se ve á estos mismos cerrar los ojos para no ver el delito con todo el horror de su injusticia en aquellos mismos que veneraban por dioses; cuando se les ve mudar las ideas de lo bueno y de lo malo, segun la variedad é inconstancia con que se permiten mover y alhagar nuestros sentidos, no se puede menos de conocer la torpe y profunda ignorancia en que yacían sumergidos los paganos, y la luz sobrenatural y divina con que la fe recibe nuestro entendimiento.

El sabio mas profundo jamas pudo pasar de la naturaleza. Sus conocimientos no salieron de la esfera á que los reducian sus sentidos. El conocimiento mismo de un Sér supremo era tan terreno y apocado como sus deseos y sus corazones. Pudieron sí contemplarle como un autor natural de todo lo criado; pero lo sobrenatural, lo divi-

no tuvo siempre un velo impenetrable á todos los ojos que no vieron con la luz de la fe. Ignoraron el sublime misterio de que Dios es trino y uno; que su naturaleza fecunda infinitamente engendró desde la eternidad un Hijo Dios en todo igual y consubstancial al Padre: que se amaron eternamente con un amor substancial, en todo igual al Padre y al Hijo, y que es Dios infinito y eterno, como lo son el Hijo y el Padre. Ninguna idea tuvieron de los eternos consejos por donde dirige y arregla todas las cosas con una providencia sumamente sabia, benéfica é inmutable. Se les escondió finalmente que pudiese Dios para remediar los males del hombre que veian, y de que no alcanzaban el principio, hacer que el mismo Dios se hiciese hombre.

Por medio de la fe cualquiera cristiano, el pastor mas grosero, la mas simple mugercilla saben que las estátuas son mudas obras de las manos del hombre, é invenciones del demonio para tener esclavizados á los infelices mortales que dan oidos á sus falaces sugestiones. Cualquiera se hace participante de una sabiduría que les da mas sublimes ideas de la divinidad, que cuantas tuvieron Sócrates, Platon, Aristóteles, y mas turba de filósofos gentiles. Y finalmente, cualquiera sabe por la fe que los males y enfermedades que padece la naturaleza racional tuvieron su principio en la desobediencia del primer hombre; y que un segundo hombre, esto es, el Verbo divino encarnado, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, les aplicó el único y verdadero remedio, muriendo en una cruz por los pecados del mundo.

Este es un beneficio que logramos por la fe de tanta excelencia, cuanta se dexa percibir por los beneficios que le son consiguientes, que no son menos que una vida pacífica y una bienaventuranza eterna. Pero al mismo tiempo no se puede dudar que así como la gracia no produce sus admirables efectos sin la cooperacion de nuestra voluntad, del mismo modo la fe necesita de que nuestro entendimiento se persuada á usar de sus luces, segun las condiciones que élla misma, ó por mejor decir, Dios ha establecido en su donacion gratuita. ¿Qué designios, pues, serian los de Dios cuando nos dió la fe, y con élla una sabiduría superior á la de los filósofos? ¿Serian por ven-

tura satisfacer nuestra curiosidad y divertir nuestro espíritu con especulaciones infructuosas? No, Dios mio, no, Dios de mi alma y de mi fe; si vos me habeis enseñado que sois un sér infinitamente bueno, amable, hermoso y compendio de todos los bienes; yo debo conocer que en vos solo debo colocar mi amor; que á vos solo debo tributar mis votos; y que solamente delante de vuestros altares debo quemar incienso y rendir adoraciones. La fe desterrará mi inocencia; pero yo solamente deberé ser sabio para vos: la fe me hará superior á los sabios del mundo; pero toda la sabiduría mia se ha de reducir á amar al Autor que la ha producido.

PUNTO SEGUNDO.

Considera los bienes espirituales que logran los cristianos por el beneficio que Dios les ha hecho de darles el don de la fe, y separarlos de aquella masa de perdicion de hombres que no saben adorar á su Criador en espíritu y verdad, y de la manera que quiere ser adorado. Cuando la misma fe no nos diera las luces mas claras para la direccion de nuestras obras en órden á la vida eterna, nosotros no podríamos menos de verlas en los objetos mismos, en las mismas cosas que la fe nos propone. Nos dice los terribles suplicios que tiene Dios preparados al delito; pero tambien insinúa la penitencia con que ó el justo se sostiene, ó el pecador se purifica. Descubre y aun delinea aquella ciudad santa, aquella habitacion de descanso y de delicias prometidas á la virtud; y al mismo tiempo nos enseña que para llegar á término tan venturoso es indispensable hacer contínua guerra á las pasiones y á los sentidos. Ofrece á nuestros ojos la sangre de un Dios derramada por la redencion del mundo: anuncia la gracia poderosa del Verbo divino, vestido de carne mortal; pero tambien asegura que no solamente se debe dar gloria y honor en todas las acciones á quien nos ha libertado de una esclavitud eterna á costa de tanto precio; sino que ademas no seremos participantes de gracias tan sublimes, sino viviendo en este siglo con templanza, con justicia y con piedad.

Asíque este don precioso, esta luz brillante nos des-

cubre no solamente cuanto debemos saber especulativamente para que no yerre nuestro entendimiento, sino cuanto debemos practicar para que nuestra voluntad no desbarre en sus elecciones. No solamente nos enseña que nuestro amor propio no puede menos de engañarnos; que nuestra propia voluntad no tira sino á descaminarnos, y que nuestro espíritu no intenta otra cosa que seducirnos con las imágenes de lo perecedero; sino que ademas de esto la fe exîge de nosotros que renunciemos nuestras propias luces por una santa desconfianza; que reprimamos nuestras inclinaciones por medio de una mortificacion austéra; y que nos perdamos para este mundo á fin de ganarnos felizmente una venturosa eternidad. Para este efecto nos pinta con los colores mas negros y desapacibles los bienes y honores que tanto aprecia la multitud engañada; nos hace sospechosos todos los lazos que nos unen con lo terrenal y transitorio; condena por delito la posesion que no está subordinada á Dios, y nos manda poseer los bienes de la tierra como si no se poseyeran. Aún hay mas: la fe nos hace mirar la humillacion cristiana como blasones de gloria; las aflicciones como timbres de felicidad; las contradicciones y persecuciones del mundo como un provecho cierto, y nos hace un precepto de la misma mortificacion. Compárese esta doctrina, compárense estas máxîmas con las que suministra la humana filosofía; hágase un cotejo del aspecto con que presenta la fe las cosas á nuestros ojos, y de aquel á que las han mirado los mas sabios del mundo, y se hallará una ciencia sobrenatural que no se aprende en los libros: un arte divino con que de los males se sacan los bienes, y un manantial perpétuo de beneficios que durarán aun despues que se acabe todo lo visible.

" ¡O! y con cuánta razon exclamaba san Agustin »(*Serm.* 30.): Vivís, sentís, entendeis, sois hombres; ¿pe»ro qué beneficio puede compararse con ser cristianos? »Si no fuéramos esto, ¿qué provecho nos traeria el ser »hombres? El ser cristianos hace que pertenezcamos á »Cristo. Enfurézcase el mundo contra nosotros, enhora»buena; no nos contrastará, porque somos posesion de »Cristo. Lisonjéenos, adúlenos; no nos llegará á seducir, »porque somos posesion de Cristo. Alegrémonos, pues,

„dice en otro lugar (*Tract.* 21. *in Joan.*), y demos rendi-
„das gracias á nuestro Dios, no solamente porque fuimos
„hechos cristianos, sino porque fuimos hechos en cierta
„manera el mismo Cristo. ¿Lo entendeis, hermanos? ¿com-
„prendeis la gracia singular que Dios ha derramado so-
„bre nosotros? Admiráos, regocijáos; fuimos hechos Cris-
„to. Porque si él es nuestra cabeza y nosotros sus miem-
„bros, entre él y nosotros componemos un todo, que es
„un hombre entero, el cual es Cristo." Beneficios son estos que debieran ocupar siempre tu memoria, y llevarla dulcemente á aquel feliz principio de donde manaron tantas circunstancias y tantos comprincipios para que tú fueses cristiano. Este principio fue la predicacion de los varones apostólicos; sé, pues, agradecido, y estima debidamente sus trabajos, sus afanes, su predicacion y su martirio. ¡O Dios mio, yo os alabo por todos estos dones, y conozco que todos me vienen de tu mano!

JACULATORIAS.

Tu illuminas lucernam meam, Domine: Deus meus, illumina tenebras meas. Salm. 17.

Tú, Dios y Señor mio, alumbras con la luz de la fe mi entendimiento: tú eres el que has disipado las espesas tinieblas que le tenian obscurecido sin poder levantarse de la tierra.

Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc, et usque in seculum. Salm. 112.

Sea vuestro nombre, Señor, ensalzado y bendito entre todas las naciones, ahora y siempre, y por todos los siglos.

PROPOSITOS.

Siendo la fe tan grande beneficio, como en las meditaciones se ha insinuado, debe el cristiano hacer de élla el aprecio debido, estimando sus luces, abrazando sus documentos, y dando á entender con las obras que el entendimiento tiene entera persuasion de sus verdades. Porque de otra manera, ¿cómo se podrá decir con verdad que creemos? Somos cristianos, es verdad; el carácter y sello de Jesucristo se imprimió en nuestras almas cuando de-

lante de los altares, en presencia de los cielos y de la tierra nos alistamos baxo de sus banderas, y juramos solemnemente la fe de Jesucristo. El sacerdote en el templo, el juez en su tribunal, el hombre privado en su familia no tienen obligacion mas sagrada que la de cristianos. Esta es nuestra profesion, este es nuestro oficio; ¿y se podrá añadir á esto lo que decia Jesucristo: mis obras dan testimonio de lo que yo soy? ¡Desventurados nosotros! nuestras obras dan testimonio de lo contrario, nuestras obras testifican que somos cristianos en el nombre; que la religion que profesamos no es en nosotros otra cosa que un conjunto de ceremonias estériles con que pretendemos engañar á los hombres: que nuestra fe no persuade al entendimiento, y de consiguiente no mueve á la voluntad; que somos fariseos, enemigos de la cruz de Cristo, y perseguidores de su doctrina.

Si esto es duro, si nos hace temblar delante de Dios el testimonio de nuestra conciencia, exâminemos nuestras obras, que éllas nos dirán fielmente la verdad. Sí, Dios mio, yo conozco que creer que sois sumo bien, y no amaros; que sois infinitamente justo, y no temeros; creer que teneis una felicidad eterna preparada, y no hacer diligencias para lograrla; que hay un fuego inextinguible, y no temer tan terrible castigo; creer que el Verbo eterno se hizo hombre por nosotros, y despreciar su doctrina, pisar su sangre y abandonar sus sacramentos, esto es imperceptible, es absolutamente contradictorio, y no cabe en la razon ni en el entendimiento rectificado con la fe.

DIA DOCE.

San Melecio, obispo y confesor.

San Melecio, de quien san Juan Crisóstomo y san Gregorio Niseno hacen tan magnífico elogio, nació en Meliténe, ciudad de la menor Armenia, ácia el principio del cuarto siglo. Su familia era de las mas nobles del pais;

y fue de un natural tan dulce, tan apacible, tan amigo de dar gusto á todos, y de una inclinacion tan naturalmente propensa á todo lo bueno, que parecia en él innata la virtud. Desde la niñez fue su vida irreprensible; su modestia, su apacibilidad, la inocencia de sus costumbres y sus graciosísimas modales le ganaron el cariño y el amor de cuantos le conocian; pero su piedad, su excelente ingenio y su sabiduría, ademas del amor y del cariño, le grangearon la estimacion y el respeto.

Desolaba la Iglesia de Oriente la heregía arriana, apoyada con la autoridad del emperador Constancio. Ensoberbecida con sus conquistas y con el crédito en que estaba, habia encendido una cruel guerra entre los católicos y los arrianos; el ódio entre los dos partidos era mútuo; ardia todo el Oriente, y no se veia en él sino cisma y division. La eminente virtud de nuestro Santo brillaba con resplandor tan sobresaliente, que le habia hecho superior aun á la misma envidia, y (lo que se ve muy raras veces) igualmente le habia merecido la estimacion de los arrianos que de los católicos. La reputacion de hombre prudente, recto, sincero, irreprensible en sus costumbres y piadoso, resonaban en todas partes; y casi se puede decir que esta misma general reputacion, el haber sido su mérito tan indisputable y tan universalmente reconocido de todos, en cierta manera hubo de perjudicar al concepto de la pureza de su fe en la aprension vulgar de aquellos que no creen pueda uno merecer la estimacion de los enemigos de la religion, y ser católico.

En esta general estimacion se hallaba Melecio cuando vacó la sede episcopal de Sebaste en Armenia por la deposicion de su obispo Eustatio. No hubo mucho que deliberar en la eleccion de sucesor: por unánime consentimiento fue nombrado Melecio; siendo lo mas singular de su promocion, que hasta los arrianos de la faccion de Acacio, que eran los mas poderosos, concurrieron voluntariamente con sus votos, lo que hizo dudar por algun tiempo de la pureza de su fe; pero presto disipó estas sombras la rectitud de su conducta. Apenas se vió obispo cuando se aplicó á desempeñar todas sus obligaciones. Su celo y su caridad episcopal, sazonadas siempre con aquella cristiana dulzura que era en parte su carácter, le ha-

cia proceder en todo como verdadero pastor. Pero este Pastor celoso tuvo la desgracia de encontrarse con un rebaño tan indocil, que habiendo experimentado inútiles cuantos esfuerzos hizo por reducirle á su deber, dexó el obispado y se retiró á la soledad para vacar á la contemplacion y gozar en élla el sosiego de una vida privada. Creciendo el amor al retiro con el gusto y con el dulce reposo que en él experimentaba, y viendo que ya comenzaban á honrar su virtud mas de lo que quisiera, turbando su amada soledad el concurso de gentes, resolvió pasar á Boréa en Siria para vivir allí desconocido, haciéndose invisible, si pudiese ser, á todos los mortales.

Pero eran muy otros los intentos de la divina Providencia; no queria que tan grande antorcha estuviese escondida, y destinaba á Melecio para una vida mas laboriosa. Treinta años habia que la iglesia de Antioquía estaba gimiendo baxo la tiranía de los arrianos. Habiendo sido arrojado de élla Eudoxîo, que por los artificios de la faccion arriana la habia usurpado; los católicos y los hereges trabajaban con el mayor empeño en colocar en aquella silla un patriarca que fuese de su partido. Compadecido Dios de aquella afligida iglesia, dispuso con amorosa providencia que en lo mas fuerte de la disputa únos y ótros pusiesen los ojos en Melecio. Los católicos estaban bien persuadidos de la solidez de su virtud, y los arrianos, sabiendo que los de su faccion habian dado su consentimiento para que fuese obispo de Sebaste, no desconfiaban de él. Y en fin, conociéndole todos por un hombre muy elocuente, de un natural dulce, amigo de hacer bien, muy propio para conciliar los ánimos y unir los corazones, irreprensible en sus costumbres, y generalmente estimado de todo el mundo, esperaron hallar en él un digno prelado. De esta manera los arrianos, que manejaban la corte, suplicaron al emperador Constancio, que se hallaba á la sazon en Antioquía, diese su imperial consentimiento para que Melecio fuese colocado en la sede patriarcal, y los católicos consintieron con toda el alma en esta eleccion, no estando menos asegurados de la pureza de su fe que de la santidad de su vida.

Cuando llegó al Santo la noticia de haber sido nombrado patriarca de Antioquía estuvo inconsolable. Ha-

cíale insufrible esta pesada carga el amor que tenia á la soledad. No perdono á medio alguno para echarla de sus hombros, y resolvió buscar la seguridad en la fuga; pero como se tenia bien prevista su repugnancia, se habian tomado eficaces providencias para precaverla. Al fin se vió precisado á rendirse á las órdenes del Emperador y á la eleccion de los obispos. Fue conducido desde Boréa á Antioquía: fue tan universal el gozo por su eleccion, que no solo le salieron á recibir los obispos, que en gran número estaban juntos en la ciudad, el clero y todo el pueblo, sino que hasta los judíos, hasta los mismos paganos concurrieron de todas partes atraidos de su reputacion para verle, y para tener parte en la alegría pública. Su entrada parecia un verdadero triunfo, semejante en alguna manera á la de Cristo en Jerusalen, pues fue recibido con públicas aclamaciones en una ciudad de donde bien presto habia de ser arrojado con insolencia.

Luego que se sentó en la silla patriarcal conoció que los dos partidos estaban impacientes hasta saber si se declararia por los arrianos ó por los católicos; pero como era en extremo prudente y detenido, se aplicó ante todas cosas á ganar los corazones, persuadido á que presto conseguiria unir en una misma fe todos los espíritus, como lograse la confianza de todos. Contentóse á los principios únicamente con predicar la reforma de las costumbres y el exercicio de las virtudes cristianas. Iban sus exemplos delante de sus sermones, y se conoció presto su eficacia, porque predicaba mas su modestia, su regularidad, su caridad y su porte edificativo que sus palabras. Nunca baxó del púlpito sin alguna insigne conversion; no solo cautivaba la singular gracia que el Señor comunicaba á las verdades mas fuertes en su boca, sino aquella humildad profunda, aquel olor de santidad que exhalaba en todas sus acciones. Admiraba la inmensa caridad con que su corazon abrazaba á todo género de personas; los pobres publicaban en todas partes su liberalidad: cada cual elogiaba aquella afabilidad, aquella dulzura; y la feliz junta de prendas tan nobles y tan sobresalientes le hacian amable á todo el mundo.

No pasó mucho tiempo sin que se experimentase que esta apacibilidad y este sufrimiento no eran especie de in-

dolencia natural, ó efecto puro de un temperamento blando, sino que sabia acompañarlas de una fortaleza invencible cuando se atravesaban los intereses de la religion y de la Iglesia.

Deseando saber los arrianos si podian contar con su nuevo Patriarca, suplicaron al emperador Constancio que procurase sondearle, estrechándole á que se explicase en órden á lo que creia. Consintió en ello el Emperador, y para hacerlo con mayor seguridad, fuera de Melecio, escogió á otros dos prelados tenidos por los mas hábiles, y quiso que en plena asamblea, celebrada en su presencia, explicasen aquellas palabras de la Escritura de que abusaban los arrianos para autorizar sus errores, y para destruir la consubstancialidad del Verbo: *El Señor me crió en el principio de sus caminos.* Jorge, obispo de Laodicéa, hombre político y poco arreglado, habló el primero, y habló como verdadero arriano: Acacio, obispo de Cesaréa, hombre ambicioso, que solo tiraba á lisonjear al Emperador, le siguió y explicó dichas palabras como verdadero herege. Habló el tercero Melecio, y las explicó en un sentido tan católico, con tanta elocuencia y con tanta dignidad; probó la consubstancialidad del Verbo con unas razones tan claras, tan enérgicas; demostró tan visiblemente los errores de los arrianos, y puso tan patente la impiedad de sus dogmas, que desesperados de verse como engañados, allí mismo dieron á entender con estrépito furioso su indignacion y su cólera. Un diácono tuvo la insolencia de taparle la boca con la mano; pero el santo Patriarca explicaba por señas lo que no podia con la lengua; y desembarazado de aquel atrevido, declaró al pueblo y á todo el clero la igualdad de las tres personas de la santísima Trinidad en una misma esencia divina, con tanta precision, con tanta limpieza, que no parecia un hombre, sino un ángel el que hablaba por la boca de Melecio.

Furiosos los arrianos á vista de una profesion tan pública, tan católica y tan ruidosa de la fe del Patriarca, persuadieron al Emperador que le arrojase de su silla. Vino en ello aquel mal aconsejado Príncipe, y el mismo dia le desterró á Armenia; pero no se atrevieron á sacarle de la ciudad de dia; porque el amor, respeto y la estima-

cion del pueblo á su santo Pastor habia subido tan de punto en el corto espacio de un mes, y no cabal, dice san Crisóstomo, que ponian su nombre á sus hijos, y los católicos se llamaban Melecianos. Viendo san Eusebio de Somosátia la indignidad con que se trataba al santo Prelado, se salió de la asamblea y se retiró á su obispado; llevaba consigo el acta de la eleccion del patriarca Melecio, y los arrianos despacharon tras de él á un criado del Emperador para pedírsela de parte de este Príncipe. Resistiéndose Eusebio á entregarla, se le despachó segundo correo con órden de que la entregase al instante; y cuando no, que se le cortaria la mano derecha. Apenas leyó el Santo la órden del Emperador, cuando presentó al portador entrambas manos para que se las cortase; firmeza de ánimo que no pudo dexar de admirar el mismo Emperador, elogiándola públicamente. Habiendo quedado solo en el trono imperial Juliano Apóstata por muerte de Constancio, llamó del destierro á todos los que estaban condenados á él por su predecesor. En virtud de este edicto se restituyó á su iglesia san Melecio ácia el fin del año 362, y tuvo el disgusto de hallar introducido el cisma y la division aun entre los mismos católicos. Trabajó mucho, pero en vano, el santo Pastor en unirlos á su rebaño. Estaban los ánimos tan enconados, y tan irritados los corazones, que no surtieron efecto sus solicitudes y sus fatigas. Para colmo de la afliccion el emperador Juliano Apóstata, enemigo mortal de los cristianos, habia escogido á la ciudad de Antioquía por silla del paganismo. Fácilmente se dexa discurrir cuánto tendria que padecer el santo Prelado, así de los hereges como de los gentiles. No por eso afloxó nada en su celo, en su piedad, en su vigor, á pesar de las amenazas del Príncipe idólatra. Irritó muy presto al Apóstata emperador su solicitud pastoral, y le envió desterrado, de suerte que en menos de tres años se vió el Santo dos veces arrojado de su silla. Muerto poco despues Juliano Apóstata, su sucesor Joviano, príncipe piadoso, llamó del destierro á san Melecio. Entonces se conoció visiblemente que el interes y la ambicion son los que reglan la conducta de los hereges, y que no tienen mas religion que la que domina en la corte. Aquel mismo Acacio que habia sido xefe ó cabeza de

los semi-arrianos, viendo al Emperador altamente declarado por la fe del concilio de Nicéa, asistió á un sínodo convocado por san Melecio, y subscribió con los demas una profesion enteramente católica; pero no habiendo reynado mas que ocho meses el piadoso emperador Joviano, Valente su sucesor turbó luego la paz de la Iglesia, favoreciendo descubiertamente á los hereges. Durante estas revoluciones fue siempre igual el celo de san Melecio, sin desmentirse jamas su virtud y su vigilancia; y tuvo el consuelo de educar debaxo de su mano por espacio de tres años al grande san Juan Crisóstomo.

Habiendo venido á Antioquía el emperador Valente ácia el fin del año 371, hizo cuanto pudo por ganar para su partido al santo Patriarca; pero hallándole incontrastable, le desterró á lo último de la Armenia. Amotinóse el pueblo resuelto á embarazarlo; pero el Santo le apaciguó, y él mismo se puso delante del oficial que le conducia para estorbar que le matasen á pedradas. Muerto desastradamente el emperador Valente, su sucesor Graciano, príncipe católico, llamó del destierro á san Melecio. La gloria de haber padecido tres destierros en defensa de la fe le hizo mas amable y mas venerable á su pueblo. Con su dulzura y con sus bellos modales venció en fin la obstinacion de su competidor el obispo Paulino; y aunque su abanzada edad y los grandes trabajos que habia padecido parece que le inhabilitaban para nuevas fatigas corporales, con todo eso quiso visitar todo su obispado. Hizo en esta visita infinitos bienes, convirtió á muchos arrianos, y reformó las costumbres de los católicos. Celebró en Antioquía los mas ilustres concilios que se tuvieron en Oriente, por el número de santos y sabios prelados que concurrieron á éllos, en los cuales se confirmó la fe del concilio de Nicéa, fueron confundidos los hereges, y quedó la paz de la Iglesia dichosamente restablecida.

Queriendo Graciano vengar la muerte de su tio el emperador Valente, envió contra los godos al general Teodosio. Habiéndolos éste derrotado, la noche siguiente tuvo una vision en que se le presentó un venerable anciano en trage de obispo que le revestia la púrpura imperial. Poco tiempo despues fue asociado al imperio por Gracia-

no, que le cedió todo el Oriente. Resuelto á procurar la paz de la Iglesia desolada con tantas parcialidades, dispuso sè convocase en Constantinopla un concilio compuesto de mas de ciento y cincuenta obispos católicos. Concurrió á él san Melecio; y apenas le vió Teodosio cuando conoció ser aquel mismo prelado que se le habia aparecido en sueños antes de ascender al imperio, figurándosele que le revestia el manto y la diadema imperial. Levantóse al punto de su trono, corrió exhalado á el, y le rindió todas las honras y todos los respetos que pedian la gratitud y la veneracion. Presidió nuestro Santo en el concilio como patriarca de Antioquía, dando en él ilustres testimonios de profunda sabiduría, de su cristiana elocuencia, de la pureza de su fe y de su eminente santidad. Durante este concilio quiso Dios premiar los trabajos y las heróicas virtudes de este gran Santo, poniendo dichoso fin á su gloriosa carrera el dia 12 de febrero del año 381, lleno de dias y de merecimientos.

No se han visto funerales mas parecidos á un triunfo que los que se hicieron á nuestro Santo. Asistieron á éllos todos los padres del concilio, todo el clero y el mismo Emperador. Pronunció la oracion fúnebre, ó por mejor decir su panegírico, san Anfilóquio, obispo de Iconia. El dia de las honras, que se celebraron en la catedral, asistiendo tambien á éllas el Emperador, pronunció otra elocuentísima oracion san Gregorio Niseno, y quiso Dios confirmar la opinion que se tenia de la santidad de nuestro Santo con muchos milagros. Fue conducido su cadáver á Antioquía con toda la pompa correspondiente á la veneracion que los pueblos le profesaban, y cinco años despues pronunció san Juan Crisóstomo en honor de su venerable memoria aquella bella oracion que se conserva entre sus obras.

La misa es la que se dice del Comun de los confesores pontífices, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Melecii, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, la súplica que te hacemos en la solemnidad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Melécio; y por los merecimientos de aquel que tan dignamente te sirvió, líbranos de todos nuestros pecados: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 5. del apóstol san Pablo á los hebreos.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur á Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice tomado de entre los hombres, preside en beneficio de los hombres en todas aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios de los pecados: el cual pueda tener compasion de los ignorantes y de los que yerran; porque tambien él mismo está rodeado de flaqueza: y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma para sí cualquiera, sino aquel que es llamado de Dios como Aaron.

NOTA.

»Escribióse esta carta á los hebreos antes de la destruc»cion del templo de Jerusalen, como se reconoce por lo »que dice el Apóstol acerca de los sacerdotes, y de los sa»crificios de la ley. Da bastantemente á entender que esta»ba en Italia cuando la escribió; pues dice al fin de la carta: »Los hermanos de Italia os saludan; y los santos Padres no »dudan que se escribió desde la misma ciudad de Roma.

REFLEXIONES.

Qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: de suerte que sepa compadecerse de los ignorantes, y de los descaminados. No hay almas mas dignas de compasion que aquellas que pudiendo facilmente instruirse del camino que llevan, y pudiendo informarse con facilidad si van descaminadas ú derechas, voluntariamente yerran el camino en la mitad del dia. A la verdad, no ignoran su religion: saben bien cuáles son las máxîmas del evangelio; ¿pero caso que estén menos instruidas cuántos pastores celosos, cuántos predicadores sábios, cuántos confesores santos y doctos hallarán que las enseñen cuál es el camino que lleva á la perdicion y cuál el que conduce á la vida? El dia de hoy en punto de salvacion ninguno se descamina por ignorancia; descamínanse sí muchos en una vida entregada á los deleytes, en una vida regalona y licenciosa; pero se descaminan porque quieren.

Nada asombra mas que la ansia con que en el mundo tiran todos á divertirse; esto profesando una religion, que nada predica tanto como la cruz y la mortificacon de las pasiones. Ya las diversiones se han hecho moda en todos tiempos y en todas edades. No se pregunta ya si conviene ó no conviene á un cristriano darse á una vida holgazana, divertida y deliciosa; los que no pueden entregarse á este género de vida son reputados por unos hombres infelices, dignos de lástima y compasion. Con todo eso estos cristianos, que viven de esta manera, creen en nuestro evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven entregados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que aquella no es vida cristiana, y que no puede ser discípulo de Cristo el que cada dia no toma su cruz, el que no se mortifica cada dia. ¿Encontrarás, imaginarás acaso contradicion mas monstruosa? Sin embargo; esta contradicion nos representa la conducta de la mayor parte de los hombres del mundo. ¿Qué se puede inferir de estos antecedentes? ¿Pero qué fin se puede esperar de estas consecuencias?

Divertímonos, es cierto, dicen los mundanos; ¿pero qué pecado hay en todas estas diversiones? Es lo mismo

que decir; que á un cristiano, en opinion de los hijos del siglo, le es lícito pasar los dias de su vida en un eterno olvido de Dios. Ya se sabe que las primeras horas del dia se emplean en vestirse, en componerse, en salir á la calle con todo lucimiento; las restantes se las llevan las visitas, los cortejos, la caza, la comedia, los paseos, el juego, el bayle ú otros empleos nada inocentes. Si este plan de vida se presentase á un gentil ¿haría juicio que era el plan de una vida cristiana?

No hacemos ningun mal. ¿Quién te lo dice? ¿no es harto mal el no hacer ningun bien, cuando estás obligado á hacerle á todas horas, y has de ser irremisiblemente reprobado por el que dexaste de hacer?

No hacemos ningun mal. Pues qué, ¿una vida consumada en mil inutilidades; una vida embriagada, por decirlo así, de ociosidad, de delicadeza y de pasatiempos, es una vida cristiana? ¿Y puede hacerse mayor mal que no vivir cristianamente?

Una alma sin gracia es como tierra seca sin agua, incapaz de producir fruto bueno. Gracia sin correspondencia y sin buenas obras son talentos enterrados, de los cuales se ha de dar una espantosa cuenta. ¿Y una vida toda entregada, toda repartida sucesivamene entre los negocios y las diversiones del mundo será muy propia para beneficiar estos talentos, de que el mundo hace tan poco caso, aunque son de tanto valor?

¿Esa vicisitud, y no pocas veces esa mezcla, esa concurrencia de negociaciones, de citas, de convites, de juntas, de conversaciones, de funciones, de espectáculos, dexan aquella paz interior, aquel sosiego, aquella vigilancia que es tan necesaria para estar alerta contra las tentaciones, para dar oidos á la voz de Dios, para corresponder al llamamiento de su gracia? ¿Los corrillos son lugares oportunos para negociar con este tesoro? ¡Mi Dios, qué gracias perdidas! ¿Y será pequeño mal esta irreparable pérdida?

No hacemos ningun mal. ¿Y se podrá oir esta proposicion sin que el espíritu, y aun la misma razon natural se levanten contra élla? ¿Qué hombre del mundo hay cuya ciencia no desmienta altamente una falsedad tan atrevida. Por poco conocimiento que se tenga del mundo,

¿con qué cara se atreverá nadie á afirmar, que esos espectáculos públicos, famosa escuela de todas las pasiones, ó si es lícito explicarme así, cuartel general de todos los vicios, son sencillos, son inocentes? ¿Con que no se hace ningun mal en esas visitas frecuentes, tiernas, familiares, amorosas? ¿con que no se hace ningun mal en esas conversaciones, donde no pocas veces el menor crímen es la murmuracion mas delicada y mas fina; en esos juegos, en que frecuentemente lo menos que se pierde es el dinero; en esas partidas de diversion, en que la licencia parece haber adquirido derecho para desterrar la vergüenza y el pudor; en esa entretenida ociosidad, donde se pasan horas enteras en beber veneno por los ojos en libros emponzoñados; en esos descompuestos convitones, donde reynan la intemperancia, la libertad y el atolondramiento? Finalmente, ¿hay valor para decir que no se hace ningun mal, donde todo es tentacion, donde todo es lazos, donde todo es precipicios?

No hacemos ningun mal. Pase; ¿pero qué bien, qué buenas obras se hacen para merecer el cielo? ¿Y quién de nosotros ignora que una vida ociosa y sin buenas obras es una vida reprobada? La higuera con hojas y sin fruto fue condenada al fuego: las vírgenes desprevenidas fueron condenadas: el siervo poco industrioso perdió la gracia de su amo. En materia de salvacion la misma inaccion es delito. ¡Ah, y cuánta verdad es que un engaño popular en favor del amor propio alucina y amodorra!

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el dia IV. fol. 50.

MEDITACION.

De los peligros de la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que mientras se vive en este mundo todo es peligros para la salvacion. No hay estado tan perfecto, no hay profesion tan santa, no hay empleo tan sagrado en en que no se deba estar contínuamente muy sobreaviso

contra la malignidad del propio corazon. En todo hay peligros; ¿y cuando faltáran en los estados, qué edad hay en la vida que no dé mucho que temer?

¡Qué peligros en la juventud, cuando las pasiones lozanas á todo se atreven, todo lo atropellan! ¡qué estragos no hacen en un corazon tierno, visoño, sin defensivos y sin experiencia! qué lazos en la edad mas abanzada, y en la varonil! ¡qué raro es el que no se desliza en un paso tan resvaladizo, donde todo conspira contra la inocencia! La vanidad solicíta, el amor á los deleytes encanta, el torrente del mal exemplo todo lo lleva tras sí. ¿Será facil abrirse camino libre por medio de tantos enemigos?

La postrera edad no está mas exênta de los peligros por estar mas vecina al término. Rara vez se ven en la ancianidad grandes conversiones; cuanto mas se envejece el vicio, mas fuerzas cobra; las pasiones se hacen mas dominantes y menos dóciles. ¡Qué estragos no causan los malos hábitos en los corazones ya podridos y gastados!

Toda la vida está llena de peligros de la salvacion; el mismo mundo es todo peligro. Vivamos en pais enemigo; los caminos están llenos de malos pasos: el ayre que se respira es poco sano; todo es lazos, todo riesgos: los objetos tientan, los exemplos arrastran; nuestra propia inclinacion á lo malo vale por todos los peligros juntos.

Es el mundo un mar tempestuoso agitado por las pasiones; todo está lleno de escollos; los mas visibles no son los mas peligrosos. No es menos terrible la calma que la tempestad; no siempre navegan los piratas á cara descubierta con pabellon enemigo; es menester guardarse de todo, y no fiarse de nada. En medio del agua se puede temer un incendio; se puede padecer naufragio, ó por no encontrar bastante fondo, ó por estar muy cerca de la playa: la demasiada carga causa el naufragio muchas veces. Si se pierde de vista al cielo, se pierde el rumbo, y es descaminado el derrotero; ¿y cuántos se van á pique á vista del mismo puerto? La buena fortuna embriaga; la mala desalienta; una y otra exponen la salvacion á grandes peligros. ¡Pero mi Dios! ¿en este tropel de riesgos, qué vigilancia, qué atencion, qué preservativos, qué providencias se toman para evitarlos? ¿Tómanse bastantes

en esas concurrencias mundanas, donde todo es riesgos y lazos? ¿en esas partidas de diversion, en esos juegos, en esas visitas, en esas conversaciones, donde se bebe el veneno por los ojos y por los oidos? ¡Ah Señor, no nos quejemos, no, del enemigo que nos tienta; poco ó nada le dexamos que hacer á él; nosotros mismos buscamos, nosotros mismos amamos, nosotros mismos nos metemos en la tentacion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que mientras somos mortales, nunca debemos darnos por seguros de los peligros. No hay lugar tan santo, no hay estado tan perfecto, no hay vocacion tan segura ni tan sobrenatural, que nos dispense de aquel santo y saludable temor con que debemos trabajar en el negocio de nuestra salvacion. El angel en el cielo se precipitó; Adan en el paraíso delinquió; Judas se perdió á los ojos del mismo Salvador; pervirtióse Salomon despues de haber recibido el don de la sabiduría. Estos grandes cedros dieron en tierra; fueron derribados estos sobervios Colosos al leve impulso de una piedrecilla. ¿Pues por qué no temerán los vasos de barro, las cañas flacas, que un soplo de viento las blandea y las troncha, la paja seca, que una chispa la reduce en cenizas?

Peligros en el poblado, decia el Apóstol, peligros en la soledad, peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros de los falsos hermanos; en todo lazos, en todo estorbos, en todo precipicios, en todo tentaciones, en todo riesgos.

¿A cuántos ha emponzoñado la lectura de libros sospechosos? ¿Cuánto hay que temer en esas conversaciones con personas de diferente sexô? No hay pretexto tan especioso, no hay motivo tan cristiano que libre del peligro; con todo eso ¿quién es el que desconfia de sí? y si desconfia, ¿porqué se expone? ¿Y hay por ventura mayor seguridad en esos profanos concursos? Espectáculos, tertulias de ociosidad, juegos públicos, compañías contagiosas, casas de sospecha, diversiones licenciosas, regalo, entretenimientos poco cristianos, todo es peligro de la salvacion; ¿pero qué importa? Nos domesticamos, nos familiarizamos con los peligros.

Convenimos en que en todo hay que temer. Precipicios por todas partes; apenas se da paso, que no sea un despeñadero. ¿Y qué precauciones observamos en medio de tantos riegos? Caminar con los ojos cerrados. ¡Qué extravagancia! ¿Pero en punto de salvacion es mas prudente la conducta de la mayor parte de los cristianos?

¡Mi Dios! ¿y á vista de esto nos debemos espantar ya de tantas y tan lastimosas caidas? ¿nos debemos admirar de que sean tan pocos los que se salvan? ¿debe causarnos admiracion que el vicio todo lo inunde, si se rompen los diques al torrente, si se buscan los escollos, si se duerme profundamente sobre el mismo borde del precipicio? Sabemos que el mundo nos aborrece; y con todo eso nos exhalamos por el mundo. No ignoramos que es enemigo mortal de Jesucristo; y con todo eso queremos ser sus amigos. Apenas hay quien se espante de sus peligros. Es la vida del hombre una contínua tentacion, una guerra contínua; y no se hace la centinela, y se vive en sana paz, y se está sin las armas en la mano. ¿Pues de qué nos admiramos si somos vencidos?

¡Ah Señor qué lastimosa es nuestra conducta! ¡qué funesta! ¿Cuándo, amable Salvador mio, cuándo abriré yo los ojos á mi desgracia? Será, Señor, desde este mismo punto, mediante vuestra divina gracia; mi cuidado en evitar los peligros de mi salvacion, mis precauciones, mi temor, probarán de aquí adelante la sinceridad de mi arrepentimiento y de mis propósitos.

JACULATORIAS.

Exultatio mea, erue me à circumdantibus me Salm. 31.

Mi Dios, mi Salvador y mi alegría, líbrame de tantos peligros como por todas partes me rodean.

Eripe me de luto, ut non infigar: libera me ab his qui oderunt me. Salm. 68.

No permitais, Señor, que yo me atolle en el cieno; y libradme de tanto enemigo como conspira contra mi eterna salvacion.

PROPOSITOS.

Quien ama el peligro, perecerá en él, dice el Espíritu santo. El mundo está lleno de lazos; no pocas veces caen en éllos aun los mas vigilantes; ¿qué será los mas dormidos? A poca reflexîon que hagas sobre tu vida pasada, un poco no mas que quieras acordarte de tus mismas tristes experiencias, conocerás si basta para no caer en la mas resuelta voluntad cuando no se huye del peligro. Vivir con tibieza ó con excesivo regalo, no perdonar á ninguna diversion; amar el juego; tener conversaciones alegres; hablar en el idioma de los mundanos; seguir sus máxîmas; dispensarse de observar una circunspeccion grave y modesta por no ofender á las gentes; asistir al bayle, á los saraos, á las fiestas públicas; en una palabra, creer todo cuanto enseña nuestra religion, así en los artículos, como en los mandamientos, y vivir por otra parte una vida tan contraria á sus respetables máxîmas y á sus sacrosantas leyes, ¿no es en suma hacer solemne burla de élla¿ Mira bien si te remuerde la conciencia en alguno ó algunos de estos puntos. No te se pase el dia de hoy sin apartarte de ese peligro en que te hallas. ¿Eres muy aficionado al juego? ¿asistes á esas casas de diversion, que Dios aborrece tanto, y acarrean tantas maldiciones del cielo sobre las familias? pues una de dos, ó subscribe tú mismo la sentencia de tu condenacion eterna, ó destiérrate para siempre de esas desventuradas casas, de esas funestas tertulias, aunque te condenes á podrirte solo en un rincon, aunque pierdas esos infelices intereses, que, dígase lo que se quisiere, siempre se mezclan como fin principal de la diversion que se solicita. Reforma desde hoy mismo tu conducta, y no des oidos á los que quieren mantenerte en el peligro, suponiendo que para ti es lícito ese juego.

2 Confiesas que el mundo es un terreno que solo produce arrepentimientos, y que en él todo es peligros de la salvacion. Hasta las mismas flores punzan, y las espinas penetran. Lo mismo se puede decir con corta diferencia de la vida tibia, floxa y mundana en muchos, en todo género de estados. ¿Pues qué se ha de inferir de aqui? Que aunque se tenga la mas firme voluntad, aunque se ha-

ya tomado la resolucion mas vigorosa, es menester velar, orar incesantemente. La victoria está en la fuga. Para esto ponte un perpetuo entredicho, no solo á todo bayle, á todo juego, á todo espectáculo, sino á ciertas compañías, á ciertos paseos, á ciertas diversiones donde está muy á peligro tu inocencia. Toda festividad, todo desahogo, especialmente con personas de otro sexô, es peligroso; todo libro de amores, de galanteos está lleno de ponzoña; si hay alguno en tu casa quémale al instante; ni le puedes vender, ni le puedes dar á otro sin pecar.

☞ DIA DOCE.

Santa Eulalia de Barcelona, vírgen y mártyr.

Por los años del Señor de 289 nació en Barcelona la gloriosa vírgen y mártir de Jesucristo santa Eulalia. Aunque se ignoran los nombres de los felices padres, que dieron á España y á toda la Iglesia un tan precioso fruto, se sabe por la vida que escribió Renallo, que eran cristianos nobles y piadosos; lo cual insinúan tambien con bastante claridad las actas que traen los padres Bolandos. Crióse la Santa con la delicadeza y cuidado que correspondia á la caridad y nobleza de que la habia dotado el cielo; pero al mismo tiempo no se descuidaban sus padres de formar su corazon, sugeriendo de contínuo, entre las ternuras y regalos del amor, los documentos y máximas que enseña el evangelio. Como desde la cuna la habia elegido el Señor para sí, y para que diese uno de los mas brillantes testimonios de la verdad de su religion que se habian de ver en el mundo, adornó su espíritu de cualidades ventajosas para tan alto ministerio. Era de un ingenio claro, de una alma docil, de una penetracion vivisima, y sobre todo de un genio decididamente declarado por las obras de piedad, y entre éstas por las que requerian mayor fortaleza, mayor grandeza de

ánimo, y mayores muestras de un verdadero heroismo.

Con la edad creció tambien el amor á la virtud, y con ésta los exemplos con que edificaba á los propios y á los extraños. Sus padres, que veían en élla tantos motivos de estimarla, la amaban tiernamente como á hija, como á niña, como á única, y lo que es mas, como á digna de todas las muestras del sólido amor. Advertian en la jóven Eulalia unos modos de pensar que les hacia desconfiar mucho de la pacífica y duradera posesion de su amable compañía. Al tiempo que leia y hablaba de las obras maravillosas del Redentor, notaban en sus palabras un ardor, y tal encendimiento en su rostro, que daban bien á conocer la encendida caridad que abrigaba en su delicado pecho. Hablaba con frecuencia del martirio, y en sus razones manifestaba que no se dirigian á otra cosa sus deseos. Como los tiempos eran borrascosos, y se habian publicado diferentes edictos de los emperadores para perseguir á la cristianos, temieron sus padres una ocasion tan peligrosa de perder á su amada hija, que amaban como á las niñas de sus ojos. Temian la crueldad de los pesquisidores y de los tiranos, y temian mucho la mas sólida piedad que inflamaba el corazon de la tierna doncella, y la resolucion incontrastable con que apetecia dar la vida por su amado.

El amor siempre es ingenioso, y mucho mas el amor paternal. Sabe juntar á un mismo tiempo la complacencia y gusto del objeto amado, con la seguridad de los propios temores. Para sosegar éstos, pensaron los padres de Eulalia apartarla de la ciudad, quitando á sus ojos los incentivos de su corazon. Tenian una casa de campo, con todas las conveniencias que saben proporcionar la riqueza y el gusto, pocas millas distante; á la cual llevaron á la santa Doncella, para que el ruido de la persecucion no llegase á sus oidos, y juntamente se deleytase con la soledad y la contemplacion, que sabian la eran muy gratas.

En efecto, los padres lograron sus designios, á lo menos en una parte. Luego que la Santa se vió en el campo, meditó nuevos modos de agradar y servir á su esposo Jesucristo, á quien ya de antemano habia consagrado su alma, sus pensamientos, su virginidad y todas sus obras. Juntó luego algunas amigas y compañeras de su

edad y de su genio, y con éllas pasaba las horas mas dulces y deliciosas. Hacíalas sencillos razonamientos sobre la amabilidad de la virtud: excitábalas á la honestidad, á la pureza, al recogimiento, y sobre todo á un amor encendidísimo á aquel Señor, que por amor del hombre baxó del cielo, y sufrió los mas atroces tormentos que pueden padecerse en la tierra. Como la Santa no hablaba mas que lo que la dictaba su corazon, y éste estaba abrasado en fuego divino, eran sus palabras otras tantas centellas, que prendian y causaban el mismo incendio en aquellas almas venturosas que la oian. Por otra parte la Santa tenia una gracia particularísima en el decir, y un encanto de elocuencia en sus persuasiones tal, que cuanto proponia, otro tanto quedaba persuadido. Para nada necesitaba de aquella angelical hermosura con que la habia dotado el cielo: nada tenian que hacer, ni la melíflua dulzura de sus labios, ni la modestia de su semblante, ni la victoriosa actividad de sus honestos ojos cuando se encargaba de hablar de la virtud su lengua.

Un bien regido monasterio no podia observar mas exercicios de piedad, que los que se practicaban diariamente por aquella santa y virginal compañía. A un mismo tiempo lograba la industriosa Eulalia divertir á sus amigas, y divertirlas con provecho: tanto puede el ingenio cuando es movido por la virtud, y tanto sabe producir la virtud cuando la prudencia y la sabiduria se conspiran á hacerla amable. Los padres de Eulalia estaban rebosando gozo y alegría por ver, á su juicio, que habian encontrado lo que deseaban, y de cada vez aumentaban el amor que tenian á su hija los repetidos motivos que los executaba para amarla mas y mas. Vivian ya tranquilos sobre los primeros temores que en la ciudad los sobresaltaron; pero su sosiego duró muy poco, porque aun á aquel retiro penetró con facilidad el ruido de la horrorosa persecucion que Diocleciano y Maximiano excitaron en aquel tiempo contra el nombre de Jesucristo. No hay prudencia, ni consejo contra Dios; y todos los esfuerzos del ingenio humano se emplean vanamente para impedir los decretos de la divina Providencia.

Esta habia desde la eternidad elegido en Eulalia una

confesora y defensora acérrima del evangelio. Estaba resuelto en los divinos arcanos que esta tierna doncella fuese la confusion y el oprobio del poder de los tiranos, de la crueldad de los tormentos, y de todas las astucias é invenciones del abismo. De este profundo y abominable lugar debia de haber sido vomitado el impío Daciano, que llegó á Barcelona, comisionado como presidente de los Emperadores, para executar á su satisfaccion la persecucion en aquella parte de España. Apenas llegó á la ciudad sacrificó con toda pompa y solemnidad á los dioses, y mandó que buscasen á los cristianos para que en presencia suya ofreciesen incienso á las mudas obras de las manos de los hombres. Nadie se exceptuó en el decreto: ni el noble, ni el plebeyo, ni el cristiano, ni el gentil: todos fueron convocados á sacrificar, sin distincion de religiones ni de sexôs, imponiendo al que no lo hiciese la pena de perder la vida por medio de los mas atroces suplicios y de los tormentos mas intolerables.

Turbóse Barcelona toda: la confusion y el terror se esparcieron por todas partes; y la voz del pregonero, que intimaba el decreto, y convocaba al sacrificio, hacia estremecer aun á los mismos gentiles. No pudieron los padres de Eulalia impedir que penetrasen hasta sus oidos las voces impías con que el nombre de Cristo era blasfemado y exêcrado por los tiranos; mucho menos que dexasen de hacer una cruelísima impresion en su alma los temores y dudas que oprimian á muchos débiles cristianos al considerar la crueldad de Daciano, y la atrocidad de sus tormentos. Al punto que los oyó la Santa joven, propuso en su alma dar á su Esposo un testimonio de su fidelidad y de su amor con su propia sangre; y confortar con su exemplo á aquellos tibios cristianos, que no correspondian fielmente á la vencedora gracia, que en tales peligros suministra misericordiosamente el Dios eterno. Esta determinacion llenó su alma de una alegría tan vehemente, que no podia disimularse en sus acciones ni en sus palabras. "Gracias te doy, Señor »mio Jesucristo, decia la Santa, y engrandecido y glo»rificado sea tu nombre, pues veo ya lo que deseaba; »y de tal manera creo en ti, que no dudo has de com-

„pletar con tu gracia la obra que medito para satisfaccion „de mis deseos."

Quedábanse absortos sus padres y cuantos la veían, no sabiendo á qué atribuir una tan desusada alegría, ni acertando á pensar qué cosa podia ser la que Eulalia hubiese visto tan digna de apetecer, y tan admirable, que no la juzgase digna de manifestarla á todos con la franqueza que habian siempre experimentado. Esta confusion crecia mas, reflexîonando que Eulalia jamás habia sido avara de los bienes y favores que recibia del cielo. Sabian que en la altísima contemplacion era iluminada maravillosamente para entender los misterios de nuestra redencion; pero cuanto aprendia en aquel libro celestial, otro tanto comunicaba á sus padres y compañeras sin envidia y sin reserva. Por tanto, la que al presente usaba, y su extraordinaria alegría, tenia á todos en inquieta espectacion. Pero la Santa, que ilustrada de una luz superior conocia cuánto pendia la felicidad de su proyecto del silencio que observaba, ocultó su resolucion de manera, que ni la confianza de sus amigas mereció que se la manifestára, ni el amor y ternura con que la amaban sus padres pudieron obtener que les dedicase este sacrificio. Sus designios no tuvieron mas esfera que su fervoroso pecho, y desde allí subieron en un punto, desde el principio hasta la consumacion de la obra mas gloriosa, y mas llena de admiracion y de portento.

Dormian una noche los padres y familiares de Eulalia bien descuidados y agenos de lo que ésta tenia trazado. Inspirada del cielo habia resuelto presentarse al tirano y reprenderle la crueldad con que obligaba á los cristianos á que tributasen á los falsos dioses el sacrílego incienso; pero conociendo al mismo tiempo, que si sus designios fueran de algun modo conocidos ó de sus padres ó de aquellas santas vírgenes á quienes educaba é instruía, serian impedidos de mil maneras, determinó salirse de su casa una noche, sola, sin que nadie la sintiese; y llegando á la ciudad, presentarse públicamente en la plaza y ante el tribunal para servir á los idólatras de confusion, y á los fieles de poderoso incentivo y de heróico exemplo. Como lo pensó, así lo executó. Cuando todos estaban dormidos, á la mitad de la

noche sale Eulalia de la casa paterna, sola, sin testigo y sin custodia; pero llena de una caridad fragrantísima, y de una fortaleza superior á cuantos peligros podian presentársela. Ni las tinieblas de la noche, ni lo fragoso del camino, ni la considerable distancia, ni lo que es mas, el amor de sus padres, pudieron templar el caritativo ardor que la abrasaba, y así sin fatigarse ni resentirse sus pies delicados de lo penoso del camino, llegó la santa Vírgen á Barcelona.

Era puntualmente la hora en que se practicaba el juicio, y en que se compelia á sacrificar á los cristianos; y así, al entrar la Santa en la ciudad oyó la voz del pregonero, que exhortaba al pueblo á que concurriese á la plaza á oir de boca de Daciano los decretos de los Emperadores. Fuese á la plaza misma; y viendo al presidente sentado en el tribunal, llena de un valor inimitable, atropelló la inmensidad del pueblo que estaba mezclado con los curiales, y haciéndose lugar por entre medias de todos, llegó finalmente á ponerse delante del mismo tribunal, y en alta voz clamó de esta manera: "O tú, juez de la iniquidad, ¿cómo te atreves á sentarte en »ese trono sin temer al Dios verdadero, que es sobre todos »los príncipes del mundo, Rey de reyes, y Señor de los »señores? ¿cómo osas perseguir á los cristianos, que en sus »obras manifiestan ser hechos á imágen y semejanza del »mismo Dios, obligándolos á adorar las obras de Satanás »á costa de suplicios y tormentos?"

Unas palabras tan osadas, y dichas con aquel vigor y vehemencia que inspira la caridad, que nada teme, llenaron á Daciano de turbacion y de asombro. Miróla estremecido, y la dixo: "¿Quién eres tú, que con tan des»usada audacia y temeridad, no solamente has tenido »presuncion para llegarte al tribunal sin ser llamada, »sino que además llegas á tal término de soberbia y de »furor, que te atreves á hablar contra los Emperadores »en presencia del mismo juez?" No se turbó Eulalia por esto; antes con mayor constancia de ánimo, y con voz mas esforzada, le respondió: "Yo soy Eulalia, sier»va de Jesucristo, que es el Rey de reyes, y Señor de »todos los señores; y por tanto, confiando en él, na»da ha podido causarme temor para dexar de venir con

»priesa y con placer á reprender tus excesos: á reprenderte la necesidad impía con que despreciando al »verdadero Dios, de quien son todas las cosas, el cielo, »la tierra, el mar y cuanto hay en éllos, adoras al dia»blo; y no contento con esto, te obstinas en perseguir á »los hombres que para conseguir la felicidad eterna sir»ven al verdadero Dios; y los obligas por medio de ex»quisitos tormentos á que ofrezcan sacrificio á unos dioses »que no son dioses: á unos dioses, que no son otra cosa mas »que el diablo y sus ministros, con los cuales todos voso»tros, que los adorais, sereis consumidos por el fuego eter»no, ardiendo para siempre en los abismos."

Al oir Daciano una respuesta semejante, concibió grande furor, y mandó inmediatamente á sus ministros que desnudasen á la Vírgen las espaldas, y la diesen crueles azotes. Hízose lo que mandaba el Presidente, el cual viendo azotar á la santa Doncella, intentó hacerla mudar de resolucion, diciéndola: "¡O joven miserable! Dime: »¿en dónde está ese tu Dios? ¿qué hace que no te libra »de este tormento? ¿qué locura te mueve á persistir en »un dictamen tan errado, y que tan caro te cuesta? Vuel»ve en ti, noble doncella, y advierte la compasion que »encuentras en el juez, á quien lastíma ver la locura que »te mueve á perder tan ignominiosamente tu distinguido »nacimiento, tus riquezas, y la flor de tu edad y de tu »hermosura. Dí que no sabes lo que te has hecho, y que »las blasfemias que contra nuestros dioses y nuestros Em»peradores has proferido no han sido efecto del rencor ó »de la malicia, sino de la ignorancia. Y si te avergüen»zas de retractarte en público, adorando delante de to»dos á nuestros dioses, yo, porque no pierdas la vida, »me convendré en que lo hagas ocultamente donde tú »quieras, y de la manera que eligieres, porque me da »lástima que una persona tan noble como tú, y de tanto mé»rito haya de padecer tan crueles penas."

La invicta Mártir, oyendo las razones del Presidente, llena de resolucion le respondió: "Dime, discípulo de la »falsedad y del engaño, ¿cómo te atreves á persuadir á »una discípula de la verdad á que mienta, y á que ase»gure que no sabe cuánta es tu potestad? ¿Quién ignora »que el poder de cualquier hombre es limitado y perece-

„dero, como el mismo hombre que hoy exîste, y mañana „es despojo de la muerte? El poder verdadero es el de „mi Señor Jesucristo, poder interminable é infinito, como „lo es el mismo Dios. Por tanto, yo no puedo decir la fal- „sedad que me aconsejas, porque temo al Señor, que tie- „ne mandado ardan para siempre en los infiernos los men- „tirosos y sacrílegos. Ni pienses, ó ciego Daciano, que es „ignominia el ser azotada por Jesucristo; antes bien, nun- „ca me parece á mí que he estado tan ennoblecida y exâl- „tada como en la hora presente. Sabe, en fin, que tus tor- „mentos no me espantan, ni siento las aflicciones que pue- „das disponer contra mi cuerpo, porque estoy segura de „que me protegerá con su gracia celestial mi Señor Jesu- „cristo, el mismo que en el dia del juicio castigará tus „obras con penas interminables."

Viendo el Presidente que todas sus palabras y trazas eran inútiles, mandó á los ministros que traxesen el ecúleo, y que colgándola en él la escarnificasen con unos instrumentos de hierro, llamados *úngulas*. Executóse así, y la Santa con rostro alegre y risueño padecia el tormento, diciendo en voz clara é inteligible: "Señor mio Jesucristo, „oye los suspiros de esta sierva tuya, y perdóname mis „yerros: y confórtame para poder con tu gracia sufrir los „tormentos que me están preparados, á fin de que se con- „fundan con mi paciencia el diablo y sus ministros." "¿En „dónde está ese á quien clamas, ó jóven simple y enga- „ñada (dixo entónces Daciano)? Oyeme á mí, no seas „necia; óyeme infeliz, sacrifica á los dioses, para que „puedas conservar la vida; mira que la muerte te amena- „za; mira que la tienes ya muy cerca, y que no hay quien „pueda librarte de élla."

"No permita Dios, respondió la santa Vírgen, que lo- „gres el que yo me aparte de la fe de mi Señor: mi Dios, „á quien clamo, ó sacrílego, perecedero y endemonia- „do, mi Dios está aquí conmigo; pero tú no mereces „verle por causa de tu impureza y de los locos errores „con que tienes el alma encenagada. Él me da ánimo, „y me conforta para despreciar cuantos tormentos me „decrete tu furor y tu rabia." Sin embargo de las osadas respuestas que daba santa Eulalia, podian tanto en el ánimo del Presidente su hermosura, y su edad tierna,

que no excedia de catorce años, su gracia en el hablar y su sabiduría, que movido de compasion intentaba por todos los medios apartarla de la resolucion de morir. Y así, antes de dar la última sentencia, dice la vida, que se conserva en un manuscrito antiquísimo de la santa catedral de Barcelona, que encargó á los verdugos procurasen con alhagos, con ruegos y amenazas seducir á Eulalia para que sacrificase á los dioses.

Executáronlo con mas arte y elocuencia de lo que prometian sus crueles almas, y sus carniceros exercicios. Propusiéronla las delicias de que se privaba: los crueles tormentos que la restaban que padecer hasta acabar la vida; la compasion y lástima que causaba á todos ver padecer á una doncella tan noble, tan jovencita y tan llena de atractivos y belleza. La Santa habia echado los fundamentos de su resolucion sobre una piedra bien firme, y así todos los esfuerzos de los ministros del infierno no pudieron lograr otra cosa que la confirmacion nueva de cuanto tenia dicho y respondido antes á Daciano. Enfurecióse éste, bramó de rabia viendo todos sus artificios y crueldad vencidos y aun despreciados por una niña tierna y delicada; y viendo que se aventuraba mas en la dilacion de su muerte, mandó que así pendiente como estaba la aplicasen hachas encendidas hasta que abrasada muriese. Executóse la sentencia empapando los verdugos las hachas en aceyte para que fuese mas activa la llama.

Estaba la santa Vírgen colgada en el ecúleo en forma de cruz, y cuando mas avivaban los verdugos los tormentos, entónces su corazon estaba mas gozoso dando gracias al Señor, que se dignaba permitir que padeciese su esposa en la misma forma que él habia redimido al género humano. Consolábase en medio de las llamas cantando en alta voz: "Dios me ayuda, y el Señor es quien »conforta mi alma. Convertid, Señor, los males á mis »enemigos, y haced que perezcan por vuestra justicia. Yo, »Señor, te haré sacrificio voluntariamente, confesaré tu »nombre, porque es bueno; porque me sacaste de toda »tribulacion, é hiciste que mis ojos mirasen con despre- »cio á mis enemigos." Al acabar la Santa de pronunciar estas palabras comenzaron las llamas á volverse contra los verdugos, como en ademan de vengar la crueldad, y

desacato que estaban cometiendo. La tierna Vírgen que lo advirtió, con voz mas clara y mas perceptible, fixos sus ojos en el cielo, comenzó la siguiente oracion.

"Señor mio Jesucristo, oid mi súplica, completad „vuestra misericordia sobre esta sierva vuestra, y haced „ya que yo sea recibida entre vuestros elegidos para des„cansar por siempre en la vida eterna: haciendo conmigo „en esto una piedad señalada, la cual sea causa de que „los creyentes se confirmen mas en tu fe, y de que al „ver lo que conmigo executas, alaben tu sumo poder." Acabada esta oracion se apagaron repentinamente las hachas, á pesar del aceyte con que estaban preparadas. Los ministros llenos de terror, y abrasados milagrosamente, cayeron de bruces consternados: la Santa exhaló su purísima alma, la cual se vió salir de su boca en forma de paloma, y volar al cielo. Este portento maravilloso fue visto por todo el inmenso pueblo que presenció su glorioso martirio, y los gentiles no pudieron menos de admirar un caso tan raro, al tiempo que los cristianos, vecinos de Barcelona, se daban mútuos parabienes y enhorabuenas, porque veian que ya tenian en el cielo una conciudadana suya, que les sería para siempre su abogada, su protectora y su patrona.

Con la muerte de Eulalia parece que debia haberse acabado el furor y cólera de Daciano, mas no fue así; sino que viendo que despues de una tan larga batalla de penas habia sido vencido por la delicadeza de una tierna doncella, bramando de cólera, mandó al baxar del tribunal, que de ninguna manera se quitase de la cruz el cadaver de Eulalia, sino que le dexasen allí, y le custodiasen hasta que le comiesen las aves, y pereciesen los huesos. Pero el cielo no pudo consentir la indecencia con que quedaba aquel virginal cuerpo, expuesto á las deshonestas miradas: y así cubrió con un milagro la desnudez vergonzosa que habia ordenado la impiedad. Al punto cayó tanta nieve que cubrió el sagrado cuerpo como si fuera con un candidísimo velo; milagro de que se estremecieron tanto los guardas, que no pudieron persistir junto al sagrado cuerpo, sino que echaron á huir con precipitacion llenos de temor y de espanto; pero volviendo en sí, y acordándose del precepto del juez, se quedaron á lo

lejos, haciendo la custodia que se les habia ordenado.

Bien presto se divulgó un caso tan ruidoso por todas las cercanías de la ciudad, de donde venian los fieles en tropas á ver las maravillas del Señor y el virginal cadaver de la esposa de Cristo, que aún estaba pendiente en la cruz. Entre éllos vinieron tambien los venturosos padres de Eulalia, y aquellas vírgenes compañeras á quienes la Santa instruía. Los diversos afectos que á un mismo tiempo combatian sus corazones, sacaban á sus ojos las lágrimas, y á sus rostros la alegría. Veían muerta con exquisitos y horribles tormentos á una hija, á una compañera y maestra amable sumamente; veían al mismo tiempo una vírgen mártir y confesora de la fe de Jesucristo; y en la batalla de afectos llevaba el triunfo la religion. No sentian ya ni los padres de Eulalia, ni sus compañeras verla muerta; sentian no haber visto con sus ojos los tormentos y el esfuerzo; ni haber oido la celestial sabiduría con que habia triunfado de las astucias del tirano.

Tres dias estuvo el santo cuerpo pendiente de la cruz, sin que faltasen de allí un punto los guardas; pero la piedad de los fieles fue mas solícita para custodiar aquel tesoro, pues á la noche tercera pudieron ciertos varones religiosos y pios baxar el santo cuerpo de la cruz, y llevársele sin que los soldados sintiesen el robo. Envolviéronle en unos blanquísimos lienzos, y le ungieron con olorosos aromas, y de este modo le colocaron en un sepulcro. Su entierro fue honrado del cielo con un notable milagro. Hallábase presente un san Felix, á quien la Santa habia instruido en la fe, y quien dicen las actas, habia sido *uniforme* con santa Eulalia en la confesion de la fe misma. Este Santo, como resentido de no haber todavía dado su sangre por Cristo, exclamó: "¡O Señor! »Tú mereciste ser la primera que lograse en nuestra re»gion la palma del martirio." Al acabar de pronunciar estas palabras se sonrió la Santa: y los que estaban presentes comenzaron á cantar á Dios alabanzas, diciendo: *Clamaron los justos, y el Señor los oyó, y los libró de todas sus tribulaciones*. A las voces de los que cantaban concurrieron muchos del pueblo, y con grande alegría enterraron el sagrado y virginal cadaver, dando bendi-

ciones y alabanzas á Dios Padre, á su Hijo Jesucristo, y al Espíritu santo, cuyo reyno dura por los siglos de los siglos.

Luego que se acabó la persecucion de los cristianos, comenzó á celebrarse el martirio de santa Eulalia; y Barcelona la dedicó un templo en el mismo lugar en que habia estado su sepulcro. Con la irrupcion de los moros pereció de tal manera la memoria del sitio donde descansaban sus reliquias, que por los años de 870 no se sabia del sitio nada; hasta que á costa de ayunos, oraciones contínuas y limosnas, quiso el Señor conceder el beneficio de su invencion á la constante piedad del obispo Frodoino, y del afligido y devoto pueblo. Trasladóse á la catedral el santo cuerpo, y desde entonces, que fue por los años del Señor de 877, ademas del título de *santa Cruz* que tenia la catedral, recibió el de *Santa Eulalia*, por ser depositaria de su sagrado cuerpo. Despues con motivo de la grande obra de la catedral, se fabricó un magnífico y suntuoso sepulcro, adonde se trasladaron las reliquias de la santa Mártir el viernes 7 de julio del año del Señor de 1339; concurriendo á la traslacion reyes, príncipes, princesas, arzobispos, obispos, prelados y tanta multitud de pueblo, que hizo éste una de las mas solemnes y magníficas traslaciones que se han hecho en el mundo.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos martyrii beatæ Eulaliæ virginis et martyris tuæ solemnitate lætificas: concede propitius; ut gloriosissimis ejusdem meritis, et terrena nobis proficiant, et cœlestia desiderata proveniant: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos alegrais con la solemnidad del martirio de tu bienaventurada vírgen y mártir Eulalia, concedednos piadoso que por sus gloriosos méritos é intercesion usemos bien de las cosas terrenas, y lleguemos á gozar de las celestiales que deseamos: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es del capít. 51. del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia IX. folio 116.

REFLEXIONES.

Contemplando en toda su extension la verdad de aquel oraculo divino que nos asegura que la vida del hombre en este valle de lágrimas es una guerra contínua: cuando se toca con la experiencia que estamos cercados de enemigos visibles é invisibles, que por todas partes nos ponen asechanzas: viendo finalmente la debilidad de nuestras fuerzas para combatirlos, y los débiles recursos que podemos esperar de nuestra naturaleza corrompida, es preciso llenarse de confusion, y casi llegar á desconfiar de que nos sea posible la victoria, y de consiguiente la felicidad y la ventura. ¡Cuántos atractivos nos ofrece el mundo en sus riquezas, en sus pompas, en sus delicias, en su esplendor! ¡cuántos lazos secretos nos tiende el enemigo comun en las pasiones, en los encuentros de la vida, en la falsa sabiduría, y aun en los mismos exercicios de virtud! ¡cuántos peligros en el trato y comunicacion de aquellos mismos á quienes la naturaleza, y mucho mas la fe, nos hace mirar con la seguridad y confianza de hermanos! Todo nos convence de la verdad de aquella famosa sentencia de san Pablo, que no encuentra para el hombre destino ni situacion que no esté cubierta de peligros.

Pero si por otra parte se fixa la consideracion en la gran misericordia de Dios: si se considera la omnipotencia de la gracia victoriosa que nos ganó Jesucristo con el tesoro infinito de su sangre: si se miran sus prodigiosos efectos y admirables triunfos en aquellos adalides del cristianismo, que para nuestro consuelo é instruccion nos propone nuestra madre la Iglesia, es preciso confesar que se ensancha el corazon, y que vuelve á cobrar vida la mas amortiguada esperanza. Considérense las expresiones que pone la Iglesia en boca de esta santa Mártir; considérese su inocente vida y su glorioso martirio; ¿quién será tan infiel y tan cobarde que no se atreva á decir con el Apóstol: *Todo lo puedo con la gracia de aquel que me conforta*? ¿quién dexará de cobrar ánimo y valor para desafiar á todas las fuerzas del infierno, y decir con la santa confianza del mismo: Tengo certeza de que no habrá en el mundo potestad, virtud, ni fuerza para sepa-

rarme del amor de mi Señor Jesucristo, aunque se unan contra mí las cadenas, los cepos, los cuchillos, los hornos encendidos, los destierros, los azotes, todo el poder de la tierra, y todo el encono y astucia de los abismos?

Sin embargo de ser esto verdad, se necesita todo el apoyo de la Iglesia para que nuestra flaqueza pronuncie tan confiadas palabras, y llegue á persuadirse que ha habido tiempo en que eran frecuentes entre los cristianos semejantes espectáculos. No solamente podemos decir con verdad que se ha resfriado con el discurso de los tiempos aquella ardiente caridad que desafiaba á los tiranos; sino que se puede añadir, que la fe, que era su basa y fundamento, no tiene en nosotros su antigua solidez y firmeza. Un nacimiento ilustre rodeado de riquezas, de criados y de delicias; una edad juguetona, lozana y lisonjera; unas prendas colmadas de los encantos del genio y de los atractivos de la belleza; la vida en fin mas amable y mas amada que todo se nos figura demasiado valor y precio para mirarlo con abandono, y para sacrificarlo por Jesucristo. Puestos de un lado estos lisonjeros bienes de la naturaleza, y de ótro el precio de la fe y la gloria de su confesion, acaso perderia ésta última el equilibrio en nuestra estimacion, inclinándose la balanza de nuestra eleccion ácia los primeros.

Hoy nos propone la Iglesia un martirio con circunstancias tan admirables, que ó no nos hemos de parar á considerarlas, ó han de causar en nosotros la confusion mas llena de vergüenza. Si se nos pusiesen delante de los ojos la predicacion y expediciones de un apóstol; las altas visiones y misterios de los profetas, ó los escritos sábios y copiosos de los santos padres, tendríamos menos motivo de reprender en secreto la debilidad de nuestros corazones. Pero ver una flaca muger, una tierna doncella que da generosamente su vida por Jesucristo; una doncella que pisa con planta heróica cuanto tiene el mundo de precioso y recomendable por abrazarse con Jesucristo, á quien se habia entregado desde la infancia; ver una delicada jóven que cercada por todas partes de cuantas baterías puede inventar la astucia mas diabólica, triunfa de todo, lo vence todo, es superior á todo; ciertamente que es un objeto digno de todas nuestras admira-

ciones, y mucho mas de que le meditemos con reflexîon, para sacar de sus operaciones los frutos y consecuencias que necesita nuestra vida estragada, y nuestro espíritu flaco y sin fuerzas.

Las vidas de los santos son unas reglas por donde nosotros debemos medir nuestras operaciones: son un espejo en el cual nos hemos de mirar atentamente, para descubrir las manchas que afean nuestra conducta; y son finalmente unos fiscales mudos, que con su actividad acusan nuestra negligencia, con su fortaleza confunden nuestra cobardía, y con su caridad y perfeccion nos condenan por siervos inútiles, por indignos del nombre de cristianos.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el dia IX, folio 119.

MEDITACION.

Sobre la fortaleza de los mártires, y sobre nuestra flaqueza y cobardía.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la atrocidad de los tormentos, y la porfia con que el mundo ha perseguido á los mártires de Jesucristo, han sido tan grandes, que han compendiado cuanto puede sugerir la crueldad mas inhumana y desapiadada, y el ódio mas enconado y furioso. En todos los tiempos ha manifestado la experiencia la verdad de estas proposiciones; pero en los primeros siglos de la Iglesia se veían confirmadas con muchos exemplos cada dia. Entonces eran necesarios un valor y esfuerzo extraordinarios, no solamente para cumplir las obligaciones severas de cristiano; sino para tener este augusto nombre, que entre los paganos era un verdadero delito. Entre éllos el perseguir á los discípulos del Crucificado, el destruirlos, el anonadarlos, era un acto de religion, por el cual clamaba á voz en grito todo el imperio. La sangre mas pura, la mas noble, la mas digna de amor y respeto no se libraba de ser derramada sin piedad, tanto en los palacios suntuosos, y

á la vista de los emperadores, como en el seno de la miseria, y lugares mas ocultos. El esposo delataba á su misma esposa, y aun la llevaba arrastrando delante de los tribunales, y de los inicuos jueces. El padre no perdonaba á su hijo; y el mirar en él las señales sagradas de cristiano era un justificado motivo para llevarle al cadahalso, y exercer en él, si era necesario, el oficio de verdugo. Por todas partes se veía la persecucion: por todas partes se derramaba la sangre de los cristianos, se regaba la tierra con élla, con élla se formaban arroyos que inundaban al Universo. Los calabozos, las cadenas, los tormentos, los braseros encendidos, los azotes emplomados, las uñas de hierro, el cuchillo y la espada instan para la eleccion, y no hay mas asilo que las aras sacrílegas; no hay mas jueces que los tiranos mismos, ni otra justificacion que una abominable apostasía.

Con todo eso asombra el número prodigioso de ancianos, de jóvenes, de doncellas, que llenos de una fortaleza superior á todo lo natural, no solamente vencen todos estos tormentos cuando son aprendidos, sino que movidos del Espíritu santo se atreven á presentarse á los jueces, y desafiar sus crueldades y sus tormentos. ¿Sería posible que una naturaleza fragil, debilitada, enferma, suministrase fuerza y valor para acciones tan heróicas? ¿sería creible que la humana sabiduría, la persuasica, ó las preocupaciones de la infancia fortaleciesen el corazon para unas acciones tan inauditas? No: la naturaleza y la ciencia humana prescriben la propia conservacion. Se hace forzoso concluir, que solamente la gracia de Jesucristo pudo ser quien diese fortaleza á los mártires para despreciar una vida perecedera, y derramar alegremente su sangre, haciendo de élla sacrificio á la fe de Jesucristo. Solamente la conviccion interior que tenian de las verdades reveladas: el saber por la fe que hay una vida inmortal; que el que ama su vida como debe, no teme perderla para lograrla despues eternamente gloriosa; que tiene asegurado la Verdad misma por esencia, que el que aborrece santamente su vida en este mundo, la ama y conserva para la vida eterna, pudo darles valor para ver despedazar sus cuerpos, para ver correr arroyos de sangre de sus venas, para mirar con rostro tranquilo to-

dos los instrumentos de la crueldad, y para bendecir á Dios con cánticos de alabanza, celebrando como dones suyos muy singulares aquellos mismos tormentos que eran tenidos de los ciegos paganos por miserias, y por las mayores infelicidades de esta vida.

Pero para portarse con tanta fortaleza y valor, ¡qué juicio no debian tener formado tan ventajoso de la religion cristiana! ¡qué instruccion no debian tener de las sublimes verdades, que élla nos enseña! ¡qué firmeza en sus esperanzas, qué certeza en su fe, y qué ardor tan activo el de su caridad! ¿Nos podrémos contemplar nosotros adornados de estas hermosas cualidades? ¿podríamos formar un juicio prudente, de que constituidos en las mismas circunstancias, obraríamos de la misma manera? ¿tendríamos igual valor, igual fortaleza para confesar el nombre de Cristo, y dar la vida por sostener su fe? No hay duda que es el mismo el Dios que á los mártires les dió misericordiosamente la gracia de una fortaleza superior á todas las astucias del mundo, y á todos los tormentos que pudo imaginar la crueldad; pero nuestra conciencia nos asegura que son muy diversas las disposiciones que este mismo Dios hallaria en nuestras almas para derramar sobre nosotros las gracias de su misericordia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque en los tiempos presentes no hay tiranos que persiguen á los que profesan la fe de Jesucristo, no por eso le faltan al cristiano perseguidores, ni necesita menos constancia y fortaleza para triunfar de sus esfuerzos. El mundo, que pretende fixar en nuestros corazones las máxîmas perniciosas de su doctrina, es un tirano que nos persigue. Lo es tambien el demonio cuando con imperceptibles sugestiones intenta que le doblemos la rodilla y ofrezcamos incienso en los inmundos altares donde se adoran sus obras. La carne finalmente está contínuamente promulgando una ley contraria á la del espíritu, y tiene declarada guerra y persecucion contra los que desprecian sus decretos. ¿Y será menos necesaria la fortaleza para vencer estos terribles enemi-

gos, que lo fue en los mártires para vencer los tormentos? Si se mira solamente al aparato exterior, espantoso, cruel y sangriento, parece que á menos costa podemos contar con un triunfo seguro; pero si se atiende á las contínuas victorias que logran de nosotros nuestros enemigos, se hace necesario concluir, que, ó son éllos mas poderosos y temibles, ó nosotros demasiadamente cobardes y flacos.

Lo cierto es que no tenemos valor para resistir á la inclinacion poderosa de nuestras pasiones, ni osamos rechazar el ímpetu con que nos asaltan. Ellas nos inclinan á la ambicion, á la avaricia, al ocio, á la deshonestidad, al robo, á todo género de vicios. El mundo siempre falaz y lisonjero nos convida en cada una de estas cosas con un torrente de conveniencias y de gustos. Por otra parte, la razon, Dios y su ley santa nos imponen el desprecio de los deleytes, la abnegacion de sí mismo, la santa humildad, la mortificacion cristiana, el amor á los enemigos, y todas las virtudes: que todas sin exceptuar ninguna se nos intiman en el evangelio. ¿Y qué es lo que nosotros hacemos en semejantes circunstancias? ¿henchimos el pecho de aquella soberana fortaleza que sabe contrarrestar todo el poder de nuestros enemigos? ¿clamamos al Dios de las misericordias diciendo con el profeta: *Señor, amparadme, que me violentan mis contrarios*? ¿cooperamos á la virtud del Espíritu santo que siempre está pronta á derramarse en nuestros corazones, con tal que nosotros le pidamos con procederes y confianza de hijos? Nada de esto hacemos por lo regular; antes bien llenos de temor y cobardía nos dexamos dominar de nuestros enemigos. Miramos sus placeres, sus honras, sus riquezas con un microscopio que nos hace temibles sus fuerzas, y casi imposible por nuestra parte la victoria. Creemos por otro lado que los altos montes de virtud adonde subieron los justos son para nosotros inaccesibles: ¡O cristiano! vuelve en ti; mira que todo eso es error; todo es ilusion; todo es efecto del miedo y cobardía con que peleas. Armate de fortaleza, y no dudes del vencimiento.

Cuantos placeres imaginas en los mundanos, otros tantos son fantásticos y fingidos; y por el contrario, todo cuanto piensas que es horror y lágrimas en la vir-

tud, todo es tranquilidad, sosiego y delicias. Desnúdate de la preocupacion con que el mundo y la costumbre te tienen engañado. Aclara tus ideas, y conoce bien qué es aquello á que con razon y justicia debes dar el nombre de deleyte. Convéncete, que éste no se halla entre el tumulto de mil deseos no saciados; sino en aquella alma afortunada que ama lo que debe, y vive con reposo entre los movimientos tempestuosos del mundo. Entrate por un momento en el corazon del cortesano, del poderoso, del monarca mismo; ningun tesoro encontrarás allí, ninguna multitud de criados, ningunos poderosos exércitos; sino cuidados, temores, celos, sospechas, deseos, impaciencias, rivalidades, inquietud perpétua, verdadera desventura. Entrate ahora en el de aquel monge ó fraylecito retirado, desconocido enteramente del mundo, y cuyos deseos no salen del rincon de su celdilla pobre, sino para dirigirlos al cielo, que espera poseer lleno de una sencilla confianza en la misericordia de Dios, y en sus obras. ¡Qué sosiego reyna en su corazon! ¡qué apacibilidad en su semblante! ¡qué dulzura en sus palabras! ¡qué hartura encuentra en el ayuno! ¡qué satisfaccion en la penitencia! ¡qué alegría interior en las lágrimas que derrama! En vista de esto, ¿no es cobardía culpable no atreverse á despreciar los bienes con que el mundo hace la guerra, puesto que son males verdaderos, y tener miedo para seguir los caminos de la virtud, en donde únicamente se encuentra felicidad verdadera, y aquella dulce paz de todos deseada?

JACULATORIAS.

Deus meus, adjutor meus, et sperabo in eum. Salm. 17.

Mi Dios es toda mi ayuda, y en él colocaré toda mi esperanza.

Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero. Ibi.

Invocaré á mi Señor con cánticos de alabanza, y conseguiré de mis enemigos una entera victoria.

PROPOSITOS.

Es constante que los primeros cristianos nos llenan de admiracion con sus gloriosos vencimientos, que eran consecuencias forzosas de la fortaleza divina con que estaban guarnecidas sus almas. Es igualmente cierto, que esta fortaleza era una virtud, un don del cielo, que éllos procuraban de la misericordia de nuestro Dios, por medio de su vida santa é inculpable. De esto se sigue, que imitándolos en los medios, precisamente hemos de conseguir los mismos fines. Cuando la virtud exîgiese de nosotros el sacrificio de la vida, las mismas consideraciones que hicieron que los mártires la pospusiesen á la muerte gloriosa, deberian causar en nosotros una generosidad santa para ofrecerla á los pies de Jesucristo. La vida no es amable sino en cuanto puede proporcionarnos una buena muerte, que es principio de otra vida mucho mejor y mas duradera. Por ésta se hacen con razon todos los sacrificios, y aun la vida temporal ha sido justamente uno de éllos, como se ve en todos los mártires. Por eso dice san Agustin (*lib.* I. *Civit. Dei c.* II.): Nada hace que la muerte sea mala sino lo que se sigue á la muerte. Por tanto, supuesto que se ha de morir, nuestro cuidado no ha de ser cómo hemos de morir, sino adónde irémos despues de la muerte. Porque sabiendo como saben los cristianos cuánto mejor y mas preciosa fue la muerte del pobre Lázaro entre la miseria y los perros, que la del rico impío entre púrpuras y brocados, deben inferir que la muerte por horrorosa que sea, ningun daño acarrea á aquellos que han sido virtuosos en vida.

Mi Dios, y mi Redentor: vos mismo habeis confirmado esta doctrina con vuestra santísima vida, llena de trabajos y persecuciones, y con una muerte la mas ignominiosa y sangrienta. Aunque me cueste el mayor dolor hacer violencia á mis pasiones, yo propongo firmemente abrazar vuestra ley santa, y cumplir exâctamente vuestros preceptos. Yo confio que me dareis aquella fortaleza que dísteis á vuestros esforzados mártires para poner por obra mis deseos; y ayudado de vuestra divina gracia, ni temeré las asechanzas de mis enemigos, ni

habrá penas, tormentos, ni penalidades en este mundo que no sufra con gusto para mantenerme constante en estos saludables propósitos.



DIA TRECE.

Los santos mártires del Japon Pablo Miki, Juan de Goto, y Diego Kisai, de la compañía de Jesus.

Con verdad se puede decir que quiso Dios en estos postreros tiempos renovar en la iglesia del Japon todas las maravillas que obró su poder en los primeros siglos de la primitiva Iglesia. Los mismos milagros de la gracia en la pronta conversion de los pueblos y de los reyes; la misma piedad y el mismo fervor en los nuevos cristianos; los mismos prodigios obrados por san Xavier, que fue el apóstol de aquella nueva porcion del rebaño de Jesucristo; y en fin la misma persecucion, que así en el número de las personas como en el horror de los tormentos excedió á las mas crueles persecuciones de los reyes de Persia y de los emperadores romanos; pero tambien se vió en los nuevos cristianos el mismo valor, la misma magnanimidad y la misma constancia.

Siete años despues que los portugueses aportaron al Japon la primera vez, entró en él san Francisco Xavier para predicar la fe de Jesucristo. Era el año de 1549, y su predicacion hizo tantos progresos, así por el inmenso celo y portentosos prodigios de este nuevo Apóstol, como por el que á su imitacion mostraron muchos de la Compañía que le sucedieron en sus apostólicas empresas, que se vió como renacer la primitiva Iglesia en el Japon, y en pocos años se contaron muchos millares de cristianos en quellas Islas.

El año de 1587, treinta y ocho despues que san Francisco Xavier habia sembrado el primer grano del evangelio en aquella inculta gentilidad, se contaban ya mas

de doscientos mil cristianos en el Japon, entre los cuales habia muchos reyes, muchos príncipes, muchos generales, los primeros señores de la córte, y la flor de la nobleza japona. Aumentábase cada dia la cristiandad, por la particular estimacion que hacia de la religion cristiana el emperador Cambaconduno, que despues tomó el nombre de Taycosama, que significa el muy alto y soberano señor; pero envidioso el infierno del triunfo de Jesucristo, y asustado con sus conquistas, excitó una persecucion tan desecha y tan tenaz, que todavía dura en nuestros tiempos, habiendo convertido en víctimas de la fe aquel prodigioso número de cristianos.

Habiendo resuelto Taycosama (el tirano mas cruel que acaso ha visto hasta hoy la Iglesia de Jesucristo) exterminar el cristianismo de todo el imperio del Japon, comenzó por destierro de los misioneros. Así los jesuitas, como otros religiosos que se hallaban en aquel imperio, quisieron mas exponer su vida, que abandonar aquella afligida cristiandad, teniéndose por dichosos en derramar la sangre por la fe, y en merecer por su celo la palma del martirio. Como el fuego de la persecucion se habia extendido por todo el vasto imperio del Japon, éllos se repartieron tambien por todas las provincias, no solo para conservar, sino para aumentar tambien, si pudiesen, el rebaño de Jesucristo durante aquella furiosa tormenta. De tal manera bendixo Dios sus apostólicos trabajos, que desde el principio de la persecucion hasta el año 1597, que quiere decir en menos de diez años, bautizaron mas de sesenta mil personas.

Ácia el fin del año de 1596 llegó órden del Emperador al gobernador de Osaca para que prendiese á todos los religiosos de san Francisco y de la Compañía que se hallasen en aquella ciudad. No se encontraron en élla mas que seis frayles de san Francisco y tres jesuitas, porque los demas se habian repartido por los lugares y aldeas de la provincia para animar á los cristianos, y para disponerlos á padecer aquella persecucion. Los jesuitas eran Pablo Miki, Juan Goto y Diego Kisai; los dos últimos estaban todavía en el noviciado; pero su fervor y su celo no era inferior al de los mas antiguos.

Era Pablo Miki natural del reyno de Ava, el mas oriental de los cuatro en que se divide la isla de Jicoco. Su padre Fandaidono, uno de los capitanes de Nubanangua mas estimados y mas favorecidos del Emperador, habia recibido el bautismo el año de 1568, juntamente con sus hijos, siendo nuestro Pablo el menor de todos, y teniendo á la sazon solos cinco años; pero ya desde esta edad mostraba tanta inclinacion á la virtud, que todos se prometian una santidad eminente; y por eso se dedicó su piadoso padre con particular desvelo al cuidado de su educacion; y descubriéndose en el niño un natural feliz, un ingenio vivo y penetrante, con una piedad, que aunque tierna, parecia muy superior á su edad, le envió al seminario de Anzuquiama, que estaba á cargo de los padres de la Compañía, donde en brevísimo tiempo hizo admirables progresos, así en el estudio de las letras, como en la verdadera ciencia de los santos. La inocencia de costumbres, junta á una devocion ardiente y fervorosa, encendió luego en aquel pequeñito corazon un celo tan abrasado de la salvacion de sus paisanos, que apenas supo Pablo el catecismo, cuando comenzó á enseñársele á los ótros; y supo ya hacer catecúmenos en una edad en que hacia mucho en saber lo que era ser cristiano.

Una virtud tan anticipada y tan pura le inspiró luego un gran disgusto del mundo; y su ardiente amor á Jesucristo no le permitió dedicarse á servir á otro dueño. Apenas conoció á los jesuitas cuando pidió con instancias ser admitido en la Compañía; siendo los principales motivos que le determinaron á esta eleccion la particular profesion que hace la Compañía de honrar singularmente á la madre de Dios, de quien el niño Pablo Miki era devotísimo; y despues de esto le movió aquel dedicarse por instituto á trabajar sin treguas ni intermision en la salvacion de los próximos. Fue recibido en élla, y desde luego dió las señales menos equívocas de lo mucho que habia de honrarla con el tiempo, en el extraordinario fervor con que hizo su noviciado. Concluido éste, y acabados los estudios, le aplicaron los superiores enteramente al ministerio de la predicacion, para el cual descubrió tan singular talento, que se hacia dueño de los

corazones de todos con admirable facilidad. Solo con dexarse ver en el púlpito no habia pecador tan obstinado que no se le rindiese; no habia idólatra tan ciego que pudiese resistir á la eficacia de sus discursos, y á la invencible fuerza de su elocuencia siempre victoriosa. Los primeros años predicó en el reyno de Arima, y en el principado de Omara con tan prodigiosos concursos, y tan asombrosas conversiones, que no habia memoria de haberse visto jamas semejante conmocion. Noticiosos los superiores del fruto que hacia nuestro predicador, pusieron en él los ojos para que fuese á ayudar al padre Organtino que cultivaba la cristiandad de Oaxaca, y de Meaco con trabajos inauditos. El mismo Miki se dexó admirar en el centro del imperio, que habia sido el asombro de los dilatados reynos de Ximo. Concurrian á oirle de las partes mas distantes, y era especie de milagro que se viese un solo sermon suyo sin alguna conversion de mucho ruido. En vano se coligaron los bonzos contra el portentoso predicador del evangelio, ninguno los combatió, ninguno los confundió mas felizmente; triunfó de éllos como quiso, ya fuese de viva voz en sermones y en disputas; ya por escrito en los nerviosos tratados que publicó de controversias.

A la verdad, la eminente virtud del siervo de Dios, aquella tierna devocion, aquella humildad profunda, aquella natural modestia y aquella vida penitente, se apoderaban de los corazones de tal manera, que ninguno podia resistirse á la impresion que hacian en éllos sus dulcísimas palabras. Solo con verle en el púlpito cautivaba; pero en comenzando á hablar, derretia, convertia y conquistaba. Justamente le merecieron el nombre de Apóstol estas evangélicas conquistas; y como entre éllas se contaban muchas conversiones portentosas, le veneraban todos como á hombre extraordinario. Sin temeridad se puede creer, y aun afirmar, que su inocencia de vida, su piedad tan edificativa y sus grandes trabajos apostólicos le merecieron la dicha y la gloriosa corona del martirio.

Juan Soan, llamado Juan de Goto, porque era natural de este reyno, nació en el año de 1518, reynando Luis I, uno de los mas cristianos y mas celosos prin-

cipes de aquellas islas. Eran sus padres cristianos, y luegos que nació el niño fue bañado con las saludables aguas del bautismo; pero como no solo eran cristianos, sino tambien muy piadosos, no contentos con haberle hecho bautizar, le criaron en toda virtud con el mayor cuidado; y recayendo esta vigilante educacion en una alma prevenida ya con la divina gracia, formó en Juan un mozo con todas las señas de verdaderamente predestinado. Habiendo muerto Luis I., un hermano suyo usurpó la corona á Luis II., hijo del difunto Monarca; y muchos cristianos por evitar la persecucion que se siguió inmediatamente á la usurpacion de la corona, se refugiaron al reyno de Ximo, entre los cuales fueron el padre y la madre de nuestro Juan, quien hallándose trasplantado á un pais donde ninguno le conocia, comenzó á serlo desde entonces con el nombre de Juan de Goto; y con este nombre se le apellida tambien en las actas de su martirio. Viéndole sus padres tan niño, y temiendo no se manchase su inocencia, y se perdiese el fruto de su educacion con el contagioso comercio de otros niños de su edad, le metieron en el seminario de los padres de la Compañía. Estaba Juan dotado de un excelente ingenio y de un corazon verdaderamente docil, con que en poco tiempo se habilitó en las letras humanas, y se hizo recomendable en la ciencia de los santos. Por sus costumbres angelicales mereció ser propuesto como modelo á la juventud del Japon; y habiendo pasado algunos años en la isla de Xequi, le enviaron los padres de la Compañía á que sirviese de catequista en Oaxaca al P. Morejon, que cultivaba con feliz suceso aquella nueva viña. No era facil encontrar otro mozo de mas bello natural, ni de una virtud á toda prueba, que nuestro joven catequista.

Toda su ansia era dar su vida por la fe, y solo aspiraban sus deseos á la corona del martirio. Habia pretendido muchos años antes ser recibido en la Compañía; pero como era de tan tierna edad y el padre provincial estaba muy distante, no habia podido lograr sus fervorosos deseos. Luego que llegó la noticia de haberse encendido la persecucion, y de que el Emperador estaba resuelto á quitar la vida á todos los cristianos, no es explicable el gozo que le causó la esperanza de ser mártir, y el

ansia con que instó para que le diesen la ropa, muy persuadido á que la persecucion habia de comenzar por los jesuitas. Fueron finalmente oidos sus deseos; y no bien habia sido recibido en la Compañía cuando llegó el Gobernador de Oaxaca á poner guardas á la casa, que es el modo con que se hacen las prisiones en el Japon. Bien pudo Juan librarse; pero estaba muy lejos de malograr tan bella ocasion el que con tan ardientes ansias suspiraba por la corona del martirio.

El tercero de la Compañía que fue preso se llamaba Diego Kisai; era natural del reyno de Bigen, y habiendo recibido el bautismo en su juventud, se habia siempre distinguido por su celo, por su fe, por sus arregladas costumbres y por una vida exemplar. Aunque era un pobre oficial, de obscuro y humilde nacimiento, tenia un corazon noble y generoso para con Dios, sin ceder á nadie en fervor, en celo y en virtud. Habia sido casado, y mientras lo fue vivió con tanta inocencia y con tanta piedad, que era dechado de todos y confusion de muchos. No así su muger, cuyas desarregladas costumbres la precipitaron, no se sabe con qué ocasion, en la apostasía de la fe. Dexóla Diego; y llevándose consigo un hijo único que habia tenido en élla, le colocó en un lugar seguro donde pudiese ser educado en la religion cristiana. Despues de dar órden en sus negocios se retiró á la casa de los padres de Oaxaca, donde hacia oficio de portero, sin dexar de ayudar al hermano Juan de Goto en el ministerio de catequizar á los que deseaban recibir el santo bautismo. El grande amor á la penitencia le hacia atormentar su cuerpo con las mas dolorosas mortificaciones, y su devocion sobresaliente era la tierna que profesaba á la santísima vírgen María. Todo el tiempo que tenia libre le empleaba en oracion, y en meditar la pasion de Jesucristo, que leia infaliblemente toda entera cada dia, trayendo siempre consigo para este fin un libro de la pasion. Ya habia tiempo que era pretendiente de la Compañía, deseando ser admitido por hermano coadjutor; y luego que supo la órden que habia llegado de prender á los jesuitas de Oaxaca reiteró sus instancias con tanto fervor, que logró en fin sus deseos, y fue contado en el número de los novicios. El gozo de verse ya en la Compañía fue mayor cuando se

halló preso por amor de Jesucristo; y no cesaba de dar gracias á Dios en compañía de sus nuevos hermanos por este singular favor que los dispensaba á todos.

Fueron conducidos á Meaco por órden del Emperador estos tres héroes de la fe, y en aquella ciudad se encontraron con otros quince cristianos condenados á ser sus compañeros en la corona del martirio. Eran los mas criados ó domésticos de los religiosos de san Francisco, y casi todos de la tercera órden del santo Patriarca. Entre éllos habia tres niños, cuya constancia llenó de admiracion á los mismos gentiles, y dió mucho honor á nuestra religion. Llamábanse Luis, Antonio y Tomé; el primero de doce años, los otros dos no pasaban de quince, y todos tres estaban dedicados á servir en la iglesia y sacristía del convento. El niño Luis al principio no estaba puesto en la lista; pero sabiéndolo él, fue tanto lo que lloró, lo que se afligió, y daba tales gritos, que para acallarle fue preciso escribirle en élla con todos los demas. Hallándose un dia en el convento donde estaba preso el santo Niño cierto caballero gentil, y diciéndole que si queria él tenia modo seguro para librarle, al punto le respondió el fervoroso Luis: *Mejor harias tú en recibir el santo bautismo, sin el cual serás infeliz por toda la eternidad; y en esto sí que estaria bien empleada tu industria.*

A los 3 de enero de 1597 sacaron de la prision á los veinte y cuatro confesores de Jesucristo, llevándolos á pie con las manos atadas á las espaldas por las calles de Meaco, y conducidos á la plaza; allí los cortaron á todos la parte superior de la oreja siniestra, cuyas preciosas reliquias, arrojadas al suelo por los verdugos, recogieron los cristianos con tierna devocion. El secretario del gobernador de Oaxaca, que se llamaba Victor, tuvo cuidado de recoger las de los tres jesuitas, y se las regaló allí mismo al P. Organdino, provincial del Japon. Cuando las tuvo en sus manos aquel venerable anciano, se las ofreció á Dios derramando muchas lágrimas, y diciéndole: *Estos son, Señor, los primeros frutos, estas las primicias de esta nueva Iglesia vuestra que consagro á vuestra Magestad. La sangre de estos vuestros fieles siervos que riega esta inculta tierra sea como semilla de otros in-*

numerables que en este último ángulo del mundo os honren con sus exemplos, con sus virtudes, con sus tormentos, con su vida y con su muerte.

Concluida esta primera execucion, hicieron subir los ministros á los santos mártires de tres en tres en unas carretas que estaban prevenidas, y de calle en calle los fueron paseando por toda la ciudad de Meaco. Fue innumerable el gentío que concurrió á este espectáculo; y pareciéndole al santo Pablo Miki que no debia malograr tan bella ocasion, convirtió en púlpito la carreta, y comenzó á predicar con gran fervor, exhortando á los cristianos á la constancia en la fe, y persuadiendo á los gentiles que se hiciesen cristianos, sin lo cual no podia haber salvacion.

Al dia siguiente los conduxeron en las mismas carretas desde Meaco á Oaxaca, desde Oaxaca á Sacay, y desde aquí á Nangasaqui, paseándolos en todas partes por las calles como se habia hecho en Meaco, y predicando en todas nuestro Pablo con el mismo celo, con la misma intrepidez y con el mismo feliz suceso. No hay voces para explicar lo mucho que padecieron los santos mártires en viage tan penoso, en estacion tan rígida y en frios tan crueles como los del Japon; pero la risueña alegría que se dexaba ver en sus semblantes mostraba bien la dulzura interior con que acompañaba el cielo sus tormentos. Parecia que los llevaban en triunfo segun el gozo con que derramaban su sangre y daban sus vidas por la fe de Jesucristo. El gobernador de Nagansaqui Facemburo no pudo reprimir las lágrimas, viendo entre los presos á su antiguo amigo Miki. Rogóle el Santo que no llorase su dicha, y le pidió dos favores: el primero, que los permitiese recibir la sagrada comunion; y el segundo, que permitiese fuesen ajusticiados en viernes. Esta última circunstancia era la única que faltaba á la muerte de nuestro Santo para ser en todo semejante á la de nuestro Salvador. *Yo*, repetia Pablo muchas veces inundado de alegría, *yo tengo ahora la misma edad en que Jesucristo murió; yo estoy tambien sentenciado á morir en una cruz, pues solo me falta la fortuna de morir en el mismo dia en que murió mi divino Maestro.* Oyó el cielo sus piadosos deseos, porque todos lograron el consuelo de mo-

rir en viernes, y crucificados tambien, si no en el monte Calvario, en un montecillo ó montañuela que se eleva á doscientos ó trescientos pasos de la ciudad de Nangasaqui, y se llamó desde entonces *el monte de los Mártires*. Habiendo llegado nuestros ilustres confesores de la fe á una pequeña capilla, se les permitió el dulce consuelo de reconciliarse con el padre Pasio, que los esperaba en élla, y en sus manos hicieron allí los votos de la Compañía los dos hermanos Juan de Goto y Diego Kisai. Apenas se habia acabado esta devota funcion cuando llegó aviso de que Facemburo los estaba aguardando en la colina donde se habia de consumar el sacrificio; al punto se pusieron en camino los santos mártires seguidos de un infinito gentío, marchando con tanta velocidad, que apenas los podian alcanzar los que los seguian.

Luego que descubrieron las cruces desde bastante distancia, corrió cada cual á abrazar la suya con tanto gozo y con tanta presteza, que la ternura hizo derramar muchas lágrimas á los cristianos, y la admiracion dexó como suspensos y atónitos á los gentiles. Tendiéronlos en éllas, y los aseguraron por brazos, piernas y cintura con fuertes bandas, añadiendo un collar de hierro por el pescuezo, que sin estorbarles la respiracion los apretaba la garganta, obligándoles á mantener las cabezas rectas con dolor y con violencia. Elevaron despues las cruces, y dexándolas caer en unos profundos hoyos abiertos en la roca viva para asegurarlas, el estremecimiento del golpe los causó por precision agudísimos dolores.

Ibase á dar principio á la execucion, y ya los verdugos habian empuñado las lanzas para sacrificar al Señor aquellas valerosas víctimas de la fe, cuando descubriendo el santo Juan de Goto á su piadoso padre, que venciendo heróicamente los tiernos impulsos de la naturaleza habia venido á decir el último Adios á su querido hijo, le dixo con animosa generosidad: *Bien veis, padre y señor, que no hay en el mundo cosa tan amable que no se deba sacrificar por asegurar la salvacion eterna; yo tengo la dicha de dar la vida por la fe de Jesucristo; rendid mil gracias al cielo por este gran beneficio que á vos y á mí nos ha hecho. Tienes razon, hijo mio*, respondió el animoso padre, *yo se las rindo al Señor por gracia tan singu-*

lar, y humildemente le ruego te asista con la suya, para que lleves adelante hasta el último suspiro esos nobles sentimientos tan dignos de tu profesion y de tu estado. Puedes morir con el consuelo de que tu madre y yo estamos resueltos á seguirte en el combate, si somos tan dichosos que la ocasion se nos presente. Tuvo valor el esforzado padre para mantenerse inmoble á sus pies hasta que vino volando la lanza á pasar de parte á parte el corazon del felicísimo hijo; y aun se dice que se mantuvo al pie de la cruz hasta que bien embebido el vestido en aquella noble sangre, se retiró aun mas bañado el corazon de gozo que de púrpura el vestido, rindiendo al cielo mil gracias por haberle hecho padre de un mártir, ilustrando con ese inmortal honor á su familia.

Pablo Miki predicaba desde la cruz con elocuencia divina, y habia dado principio á una devota oracion por los verdugos que le crucificaban, cuando vino la lanza por el ayre y abrió puerta para que volase su dichosa alma á concluir la caritativa súplica en el cielo. A los sesenta y cuatro años de su edad el santo Diego Kisai estaba íntimamente penetrado de los mas vivos sentimientos de admiracion, de devocion, de ternura, fixo el pensamiento en la pasion dolorosa de Jesus, dulce y perpétuo empleo de su meditacion y de su memoria desde sus mas tiernos años, y cuando se vió ya tendido y amarrado en una cruz no le cabian en el pecho los amorosos ímpetus del gozo, considerando que iba ya á espirar en élla por el amor y á exemplo de su divino Maestro.

Luego que se elevaron las cruces levantaron todos los mártires los ojos al cielo, y ofreciendo á Dios el sacrificio de sus vidas, pronunciaron todos el dulcísimo nombre de *Jesus*, que aún tenian en los labios, cuando llegaron las lanzas á introducírseles por el corazon, consumando todos casi á un mismo tiempo la gloria de su martirio.

Dícese en las actas que el santo niño Luis no cesó de rezar en alta voz el Padre nuestro y el Ave María todo el tiempo que se conservó vivo en la cruz, y que el tiernecito Antonio convidaba á los asistentes á que le ayudasen á cantar el salmo *Laudate, pueri, Dominum...* correspondiendo todos, no con voces que ahogaba dentro del pecho el dolor y la ternura, sino con lágrimas que á to-

rrentes brotaban dulcemente por los ojos. Viernes 5 de febrero del año de 1597 fue el dichoso dia en que esta generosa tropa, primicias de la sangre cristiana del Japon, aumentó el casi infinito número de mártires que registra la Iglesia en sus anales.

No tardó el cielo en mostrar con señales sensibles y brillantes la gloria con que habia premiado el valor de aquellos invictos campeones de Jesucristo. Conserváronse sus cuerpos por espacio de cuarenta dias que se mantuvieron en las cruces frescos, incorruptos, y aun hermosos. Las aves de rapiña los miraron con respeto, no solo sin maltratarlos, pero huyendo reverentes de acercarse á éllos: y exhalaban todos tal fragrancia, que hasta los gentiles confesaban el milagro, porque se les entraba por los sentidos. Con otras muchas maravillas testificó el cielo la gloria de nuestros mártires, autorizadas todas con multitud de testigos que judicialmente se exâminaron en los procesos. Habiéndose mezclado entre los santos mártires dos famosos cristianos para asistirlos en el camino, los acompañaron tambien en el cielo, porque tuvieron parte en la misma corona, digno premio de su caridad ardiente. Treinta años despues de su martirio, precediendo las informaciones necesarias, decretó el papa Urbano VIII. á los veinte y seis confesores de Jesucristo los honores debidos á los santos mártires; dando licencia para que en todas las iglesias de la Compañía, por lo que toca á los tres jesuitas, y en toda la religion Seráfica por lo que toca á los demas, se pudiese rezar de éllos y celebrar misa en su memoria, por cuantos quisiesen concurrir á rendirles este culto; todo provisionalmente hasta que se procediese á su solemne canonizacion; sin dexar por eso el mismo sumo Pontífice de apellidarlos con el glorioso título de mártires. Las reliquias de los tres de la Compañía estan expuestas á la pública veneracion en el colegio de Meaco.

La misa es en honra de los santos Mártires, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Pauli, Joannis et Jacobi solemnitate lætificas: concede propitius; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos regocijas con la solemnidad de tus santos mártires Pablo, Juan y Diego; concédenos que así como nos llenan de gozo sus merecimientos, así tambien nos encienda á imitacion el fervor de sus exemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. de san Pablo á los hebreos.

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum; et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vinctis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhùc enim modicum aliquantulùm, qui venturus est, veniet, et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros en que habiendo sido iluminados sufrísteis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teníais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria, para que haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

»Muchos santos padres son de sentir que san Pablo »escribió á los hebreos en su propia lengua, y que san »Clemente y san Lucas traduxeron despues la epístola en

»griego. Pero es mas probable que el mismo original del »Apóstol estaba tambien en griego, por ser entonces la »lengua mas usual aun entre los propios judíos que se ha»llaban dispersos en todas las provincias del imperio. Añá»dese que la lengua nativa del Apóstol era la griega, que »era la que se hablaba en la ciudad de Tarso, patria suya.

REFLEXIONES.

Adhuc enim modicum aliquantulum: lo que resta de tiempo es breve y muy breve. ¡Qué impresion tan viva como saludable no debiera hacer en el corazon de un cristiano una verdad de tanto desengaño! Esta brevedad de vida, esta cortedad de dias que nos restan fueron los que hicieron mirar con tanto hastío cuanto puede lisonjear los sentidos en el mundo á los que compraron el fugaz tiempo de la vida con la duracion de la eternidad. A estas reflexíones debieron tantos generosos mártires aquel mas que humano aliento con que no solo menospreciaron los deleytes de la vida, sino la vida misma á vista de aquel bien infinito, de aquella dichosa eternidad que nos espera en el cielo, y merece bien el corto sacrificio que se le hace de unos dias tristes, casi nunca serenos, casi siempre turbados, y llenos siempre de inquietud, de turbacion, de congoja, de sobresaltos y de contínuos arrepentimientos. *El tiempo es breve.* ¿Cuántos que leen esto no llegarán al fin del año en que lo leen? *El tiempo es breve.* Y en este breve tiempo hay un largo y peligroso viage que emprender; hay el negocio de mayor importancia que tratar; hay un sin número de obligaciones que cumplir; hay mil enredadas cuentas que ajustar; hay la mayor de todas las fortunas que pretender. *El tiempo es breve*: luego es menester no perder tiempo; luego es menester darse priesa; luego es forzoso no perdonar á diligencia para aprovecharle bien. Esta consecuencia es naturalísima; ni puede sacar otra un hombre cristiano, un hombre de juicio. Sin embargo, son otras y muy otras las consecuencias que se sacan comunmente. *El tiempo es breve*: luego es preciso malograrle, desperdiciarle, perderle en diversiones poco cristianas, en frívolos pasatiempos, en vanidades, en naderías. *El tiempo es breve*; y con to-

do eso muchos le emplean en una ociosidad inútil ó regalona, sin saber en qué gastarle; y aun los que estan menos ociosos no por eso le ocupan mejor. Dedícase todo el tiempo á correr tras de un humo que se disipa, tras de una sombra que se desvanece, tras de una fantasma que no tiene cuerpo. Empléase el tiempo en amontonar grandes riquezas sin saber por qué ni para qué; en fabricarse una fortuna elevada de donde ha de ser precipitado el mismo que la fabrica; en dexar de sí un grande nombre, del cual solo queda memoria en unos pergaminos viejos, ó en unos registros cubiertos de polvo y roidos de ratones. *El tiempo es breve*, dice el Apóstol; pues los que logran abundancia de bienes temporales traten de no ser ricos sino para socorrer con éllos á los pobres; los que nacieron entre la púrpura y el oro suspiren únicamente por el cielo; los que viven llenos de aflicciones y de adversidades claven fixamente los ojos en el premio que les aguarda; aquellos á quienes en todo se les muestra risueña la fortuna considérense como desterrados, y respondan á los mundanos lo que respondieron los israelitas á los de Babilonia. ¿Cómo puede alegrarse en tierra extraña un cristiano verdadero? Siendo criado para el cielo, ¿qué cosa le puede divertir en este triste destierro? No le pueden gustar, sino causarle mucho tedio los gustos, las diversiones con que el mundo le brinda. Quien está altamente persuadido á que certísimamente dentro de pocos meses, y quizá dentro de pocas horas ha de ser despojado de cuantos bienes, de cuantas riquezas, de cuantas dignidades posee, ¿cómo puede poner su corazon en éllas? Ser rico, y no saber si lo será por poco ó por mucho tiempo, es propiamente no serlo. ¡O cuántas y cuán poderosas razones para usar de las cosas de este mundo como si no se usase de éllas! porque la figura de este mundo es fugaz y transitoria. Hablando en propiedad, el mundo no es mas que una figura sin solidez y sin substancia, un sueño que divierte, una sombra que engaña, una fantasma que alucina y despues hace llorar. De real no tiene mas que las amarguras y las pesadumbres. Los trages que brillan, las honras que deslumbran y todas estas diversiones de borboton y de tumulto, en suma no son mas que unas pinturas sin cuerpo, unas perspectivas aparentes; be-

llas exterioridades, apariencias risueñas, bastidores que á cada paso se corren, escenas que se mudan; y aquí no hay mas. ¡Necedad de necedades correr tras de una sombra, y dedicarse á servir á una figura que pasa y se desvanece!

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte aficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reyno contra otro reyno, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad pues en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y sereis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

De los tres santos mártires Pedro, Juan y Diego.

PUNTO PRIMERO.

Considera la fidelidad con que estos santos Mártires correspondieron al beneficio que Dios los hizo, disponiendo que naciesen de padres cristianos en medio de una nacion de gentiles. ¡Qué pureza de costumbres aun en un pais tan estragado! ¡qué vigilancia, que cuidado en preservarse de la impresion que podian temer del mal exemplo que les daban los paganos! ¡qué atencion en libertarse de los lazos y de los tropiezos! Conservaron la inocencia en una edad en que las pasiones hacen de ordinario tanto estrago, en un clima en que el amor á los deleytes y la inclinacion al vicio suele anticiparse á las fuerzas de la edad, en un pais en que reynaba la infidelidad y el paganismo. Casi estaban en la cuna, y ya se habia apoderado de su corazon una devocion fervorosa que los derretia en ternuras; su perseverancia constante en el exercicio de la virtud los mereció la gloria y la dicha del martirio. Nosotros, por decirlo así, casi nacimos cristianos desde el vientre de nuestras madres, salimos á luz en un pais donde florece la religion cristiana; en un tiempo en que el exemplo de tantos buenos, el exercicio público y notorio de la religion, la piedad sensible dominante nos solicita con tanto empeño, ya por la voz de celosos predicadores, ya por el auxîlio de los sacramentos, ya por la copia de tantos libros espirituales, ya por la muda pero eficaz elocuencia de tantos buenos exemplos; y con todo eso padece triste naufragio la inocencia en medio de la mayor calma. ¿Qué digo? no pocas veces se estrella contra la playa casi antes de salir del puerto. A todas las edades se atreve el dia de hoy la corrupcion de costumbres, la licencia y la disolucion. Parece que el Señor para mayor confusion nuestra nos quiere proponer tres brillantes modelos de virtud en los tres ilustres Mártires que hoy celebramos, todos tres de edades diferentes, tambien de clases muy diversas. Pablo Miki, de padres tan califica-

dos por su nobleza como por sus empleos; Juan de Goto, de casa rica y opulenta; Diego Kisai, un pobre oficial, de humilde nacimiento: Goto en la flor de su juventud; Miki en lo mas vigoroso de la edad viril; Kisai con mas de sesenta años, pasando ya los límites de la venerable ancianidad; con todo eso todos tres, y cada cual en su edad, en su condicion, en su estado haciendo una vida cristiana, fervorosa y santa. ¿Y á vista de esto quedarán bien disculpados delante de Dios nuestros desórdenes, nuestra cobardía, nuestra disolucion con los pocos ni con los muchos años, con la humildad ó con la elevacion del nacimiento? ¡Ah, mi Dios, que el exemplo de inocencia, el valor, la virtud fervorosa de los santos condenará sin réplica á los cristianos cobardes, confundirálos, convenceràlos haciéndolos inexcusables!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que ninguna cosa condena tanto nuestra delicadeza y nuestra cobardía como la mortificacion y la magnanimidad de los santos Mártires. Aquellos héroes del cristianismo fueron hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones que nosotros, expuestos á los mismos, y aun á mayores peligros que nosotros, padeciendo las mismas miserias que nosotros, tropezando en los mismos estorbos que nosotros. Ellos profesan la misma religion que nosotros, y nosotros no creemos en evangelio diferente del que creian éllos. Ni hay que excusar nuestra falta de valor con la falta de auxílios y de gracias; muchos de nosotros puede ser que háyamos tenido y que tengamos muchas mas que tuvieron éllos; pero lo que no admite duda es, que todos tenemos las que nos bastan para ser santos, si queremos. Y si es cierto que éllos tuvieron con preferencia de nosotros aquellas gracias, aquellos auxílios extraordinarios que era menester para ser mártires, fue porque cooperaron con fidelidad á las ordinarias y comunes. ¿Y quién nos quita á nosotros el corresponder á éllas como éllos correspondieron? Si no logramos la dicha de morir por la fe, en nuestra mano está vivir arreglados á las máximas del evangelio. Los tres mártires fueron religiosos; san Juan de Goto y Diego Kisai aún no

habian salido del estado de novicios; pero la observancia de la ley, la humildad y la devocion obliga en todos los estados y en todas las edades. Pablo Miki predicaba la fe con elocuencia, con fruto, haciendo su celo maravillosas conversiones. Todos podemos ser predicadores, todos podemos convertirnos en apóstoles. Esten llenos de Dios nuestros corazones; y nuestras palabras, nuestras conversaciones harán conquistas á Jesucristo. Bien puede alguno no tener talento para hablar; bien puede no tener ocasion de exhortar ó de persuadir; pero ninguno hay que no pueda predicar eficazmente con el exemplo. Ya se viva en comunidad, ya en casa particular; ¿qué bienes no produce en los que viven debaxo de un mismo techo, y obligados á una misma regla la vida exemplar de los fervorosos y de los perfectos? ¿qué bien no hace en toda su casa un padre, una madre de familia, cuya virtud, cuya vida ordenada y cristiana es una exhortacion, es una mision perpétua? El grande arte de la virtud se aprende mejor con los ojos que con los oidos. Pierden toda su fuerza los mejores consejos cuando el que los da practíca lo contrario de lo que aconseja. Grita mucho al alma la vida exemplar mas muda, y siempre grita con fruto. La cruz no era menor cruz para los santos Mártires del Japon, que para todos los demas fieles: con todo eso suspiran por élla, la abrazan tiernamente, aunque saben que en élla han de acabar su vida. Nosotros profesamos la misma religion, creemos las mismas verdades, seguimos el mismo evangelio; ¡pero qué diferencia tan monstruosa hay entre nuestra vida y la suya! ¿Y esperarémos no obstante la misma suerte y la propia recompensa?

Vos, Señor, que sois tan Salvador nuestro como lo fuísteis de los santos Mártires, no permitais que se pierdan en nosotros estas reflexîones; aumentad nuestra fe, encended nuestro corazon con la misma caridad; alumbrad nuestras almas con las mismas luces; y haced por vuestra misericordia que siendo fieles á vuestra gracia, trabajemos eficazmente de hoy en adelante en el único negocio de nuestra salvacion.

JACULATORIAS.

Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus. Salm. 115.

¡Qué preciosa es, Señor, en vuestros ojos la muerte de vuestros santos!

Quis me separabit à charitate Christi? Rom. 8.

Nada bastará, Dios mio, á separarme de vuestro amor, ni tribulaciones, ni trabajos, ni hambre, ni desnudez, ni peligros, ni persecuciones, ni la misma muerte.

PROPOSITOS.

El exemplo de los santos nos confunde, y hace frívolas nuestras excusas. No hay que alegar nuestra flaqueza para disculpar nuestra cobardía; la verdadera flaqueza está en nuestra mala voluntad. Este es el recurso de los hereges para acallar sus remordimientos, y para autorizar sus desórdenes; fingen voluntariamente una impotencia invencible á causa de nuestra flaqueza. Es verdad que de nuestra propia cosecha no somos mas que la misma miseria; pero esta impotencia natural se suple ventajosamente con la gracia, que solo falta á quien no quiere tenerla. No hay santo en el cielo que no debiese su salvacion y su dicha á la gracia del Redentor; no hay condenado en el infierno que no esté plenamente convencido de que él fue únicamente el artífice de su reprobacion eterna. Desengañémonos, que los santos tuvieron tan fuertes estorbos que vencer, tan violentas pasiones que domar, tan grande flaqueza que esforzar; y nosotros tenemos ademas de eso lo que éllos no tuvieron (á lo menos los primeros), que es el aliento y la virtud de sus exemplos. Éllos fueron santos con la gracia del Señor; ¿por qué no lo podrémos ser nosotros con auxílios de la misma gracia. Ríndete desde hoy á esta importante verdad, y haz estas reflexíones llenas de consuelo en las fiestas de todos los santos; porquè ninguno hay que no nos reprenda de nuestra flaqueza voluntaria. Aprovéchate del exemplo que te dan, y aprende bien la gran leccion que te enseñan.

2 Ama la cruz, y sentirás poco tu flaqueza; sé mor-

tificado, y serás fiel y generoso. Asústanse los sentidos solo con la memoria de los preceptos y de las máxîmas del evangelio. A solo el nombre de mortificacion se sobresaltan, se estremecen las pasiones; el amor propio, siempre de inteligencia con estos enemigos de nuestra salvacion, reclama, se amotina con las leyes de la vida cristiana. No des oidos á sus gritos, ríete de sus esfuerzos, desprecia sus amenazas; ama la cruz, exercítate en la mortificacion; no se pase dia alguno sin adorar á Cristo crucificado, sin besar sus llagas muchas veces, sin pedirle el espíritu de mortificacion y de penitencia. Sirve mucho, aprovecha mucho la tierna devocion con la santa cruz para que seamos menos delicados, menos sensibles y mas mortificados.

DIA QUINCE.

San Valentin, presbítero y mártir.

San Valentin, presbítero, se hallaba en Roma en el reynado del emperador Claudio II. ácia el año de 270. El universal elevado crédito de su virtud y de su sabiduría le habia grangeado la veneracion no solo de los cristianos, sino aun de los mismos gentiles. Mereció el renombre de padre de pobres por su grande caridad; y su celo por la religion era tanto mas eficaz, cuanto se mostraba mas puro y mas desinteresado. La humildad, la dulzura, la solidez de su conversacion y cierto ayre de santidad que se derramaba en todas sus modales hechizaba á cuantos le trataban; ganaba primero los corazones para sí, y despues los ganaba para Jesucristo.

No podia ser desconocido en la córte un hombre como Valentin, tan venerado del pueblo y tan estimado de los grandes. Hablaron de él al Emperador, informándole ser un hombre de un mérito superior y de una sabiduría extraordinaria. Quiso verle, y el distinguido modo con que le recibló acreditó bien la grande

estimacion que hacia de su persona. Preguntóle desde luego, *por qué no queria ser su amigo, puesto que el mismo Emperador deseaba serlo suyo.* Díxole, *que por lo mismo que le estimaba tanto no podia llevar en paciencia que profesase una religion enemiga de los dioses del imperio, y consiguientemente de los emperadores.*

Valentin, que por su compostura, por su grato semblante y por su modestia habia ya cautivado al Emperador, le respondió poco mas ó menos en estos términos: *Si conociérais, Señor, el don de Dios, y quién es aquel á quien yo adoro y á quien sirvo, os tendríais por feliz en reconocer á tan Soberano dueño, y detestando el culto que ciegamente rendis á los demonios, adoraríais como yo al solo Dios verdadero, criador del cielo, de la tierra y de todo cuanto se contiene en este vasto Universo, juntamente con su único hijo Jesucristo, Redentor de todos los mortales, igual en todo á su padre. Gran Señor, á la benignidad de este único supremo Numen debeis el ser que teneis y el imperio que gozais; él solo os puede hacer feliz á vos y á todos vuestros vasallos.*

Al oir esto cierto doctor idólatra que tenia oficio en palacio, y se hallaba á la sazon en el cuarto del Emperador, le preguntó: *¿Pues y qué juicio haces de nuestros grandes dioses Júpiter y Mercurio? El juicio que yo hago*, respondió el Santo, *es el mismo que tú propio debes hacer; quiero decir, que no hubo en el mundo hombres mas malvados que esos á quienes vosotros dais el título de dioses. Hasta vuestros mismos poetas tuvieron gran cuidado de instruiros de sus infamias y de sus disoluciones. A mano teneis sus historias; mostradme únicamente su genealogía, con una breve noticia de su vida, y os haré confesar que acaso no ha habido jamas hombres mas perversos.*

Aturdió á todos una respuesta tan animosa como verdadera; y mirándose atónitos los únos á los ótros, quedaron por algun tiempo como embargados y mudos; pero volviendo en sí, se dexó oir una confusa gritería de los que clamaban en tono descompuesto: *Blasfemia, blasfemia*; mas el Emperador, ó porque estuviese interiormente convencido de lo que acababa de escuchar, ó porque á lo menos le hubiese hecho alguna fuerza, sin

hacer aprecio del desentono de los cortesanos quiso oir á Valentin mas en particular. Hízole varias preguntas con mucha bondad acerca de diferentes artículos de nuestra religion. *Si Jesucristo es Dios*, le preguntó, *¿por qué no se dexa ver? ¿y por qué tú mismo no me haces evidencia de una verdad en que voy á interesar tanto?*

Señor, le respondió el Santo, *por lo que toca á mí, no dexaréis de lograr esta dicha*; y despues de haberle explicado con la mayor viveza y claridad los puntos mas esenciales de nuestra santa fe, concluyó diciendo: *¿Queréis, Señor, ser feliz? ¿queréis que vuestro imperio florezca, que vuestros enemigos sean destruidos? ¿queréis hacer felices á vuestros pueblos, y aseguraros á vos mismo una eterna felicidad? pues creed en Jesucristo, y sujetad vuestro imperio á sus leyes, y recibid el bautismo. Así como no hay otro Dios que el Dios de los cristianos, así tampoco hay que esperar salvacion fuera de la religion que los cristianos profesan. No, Señor, fuera de la religion cristiana no hay salvacion.*

Habló el Santo con tanta energía, y con tanto peso, que el Emperador pareció verdaderamente movido; y aun es fama, que vuelto á sus cortesanos, les dixo: *Es preciso confesar que este hombre nos dice muy bellas cosas, y que la doctrina que enseña tiene un ayre de verdad que no es facil resistirse á élla.* Al oir estas palabras el prefecto de la ciudad, llamado Calpurnio, comenzó á gritar: *¿No véis como éste encantador ha engañado á nuestro Príncipe? Y qué, ¿abandoraremos la religion de nuestros padres, y la que mamamos con la leche, y en la que nos criamos desde la cuna, por abrazar una secta obscura, incomprensible y desconocida?*

Al oir esta sediciosa exclamacion del prefecto temió el Emperador algun tumulto; pudo mas este desdichado miedo, que la gracia interior que le solicitaba fuertemente á convertirse; y sacrificando su eterna salvacion á un vil humano respeto, ahogó los saludables movimientos de su corazon, y remitió la causa del santo Presbítero al prefecto Calpurnio, para que la substanciase y sentenciase segun las leyes.

Mandó Calpurnio que le metiesen en la carcel, y encargó al juez Asterio que le hiciese la causa como á

cristiano, y como uno de los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Asterio habia sido testigo de la grande impresion que habian hecho en el Emperador las palabras de Valentin, y celebró mucho que se le ofreciese esta ocasion de hablarle despacio, resuelto á emplear cuantos artificios pudiese para derribarle de la fe, no dudando que haria bien la córte al prefecto si lograba persuadir á Valentin que renunciase el cristianismo.

Con esta idea le llevó á su casa. Apenas entró en élla nuestro Santo, cuando levantando las manos y los ojos al cielo, rogó fervorosamente al Señor, que pues habia dado su sangre y su vida por la salvacion de todos los hombres, se dignase alumbrar con las luces de la fe á todos los habitadores de aquella casa que estaban sepultados en las tinieblas de la idolatría, haciéndoles la gracia de conocer á Jesucristo, verdadera luz del mundo.

Oyó Asterio esta oracion, y le dixo: *Admírome que un hombre de tan noble, de tan claro entendimiento tenga á Jesucristo por verdadera luz; gran lástima me da verte encaprichado en esos errores. Sábete, Asterio*, respondió el Santo, *que no es error el que me supones; no hay verdad mas innegable que el que Jesucristo mi Salvador y mi Dios, que se dignó hacerse hombre por nosotros, es verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo. Si eso es cierto*, replicó Asterio en tono de burla, *quiero hacer la prueba: Ahí tengo una hija, á quien amo tiernamente, que está ciega muchos años ha; si Jesucrito la restituye la vista, te empeño mi palabra de hacerme cristiano con toda mi familia.*

Animado Valentin de una viva fe, hizo traer á la doncella; y haciendo sobre sus ojos la señal de la cruz, dirigió al cielo esta oracion fervorosa: *Señor mio Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que dísteis vista á un ciego desde su nacimiento, y que quereis la salvacion de todos los hombres, dignáos oir la oracion de este pobre pecador, y de curar á esta pobre doncellita.* A estas palabras recobró su vista la niña. Asterio y su muger se arrojaron á los pies de Valentin pidiéndole el bautismo; catequizólos el Santo por algunos dias, y los

bautizó con toda su familia en número de cuarenta y cuatro personas, cuya mayor parte tuvo la dicha de recibir pocos dias despues la corona del martirio.

Habiendo llegado á noticia del Emperador todo lo que habia pasado, admiró la virtud divina tan visiblemente ostentada en todas estas maravillas. Gran deseo tenia este Príncipe de librar á san Valentin; pero temiendo alguna sedicion del pueblo, que ya le sospechaba cristiano, no se atrevió á embarazar que los jueces le juzgasen, y le condenasen segun las leyes. Estuvo algunos dias en la cárcel cargado de cadenas, y apaleado muchas veces, hasta que al fin fue degollado fuera de la ciudad en la via Flaminia, que va á Umbria el año del Señor de 270. Los cristianos tomaron su sagrado cuerpo y le enterraron cerca de la misma puerta Flaminia, que despues se llamó la puerta de san Valentin, y hoy se llama del Pópulo, ácia Ponte-Mole. Dícese que el papa Julio mandó edificar una iglesia sobre la sepultura de nuestro Santo, la que reparó el año de 645 el papa Teodoro, y fue despues muy célebre por la mucha devocion que siempre ha tenido el pueblo á este gran siervo de Dios. La mayor parte de sus reliquias están en Roma, aunque se veneran algunas en muchas ciudades de Italia y de Francia, especialmente en Melun sobre el Sena, y en la abadía de san Pedro.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui beati Valentini martyris tui natalitia colimus, à cunctis malis imminentibus, ejus intercessione liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, omnipotente Señor, por la intercesion del bienaventurado mártir Valentin, cuya festividad celebramos, que seamos libres de los males que nos amenazan: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit il-

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reyno de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en sus

lum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Ésta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y baxó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

„Al libro donde se saca esta epístola llaman los griegos *la sabiduría de Salomon*. No se puede dudar que Salomon fuese su autor, pues el mismo autor asegura que „era rey, é hijo de rey; y en la oracion que hace á „Dios en el capítulo nueve, le pide que le haga digno „del trono de su padre, le da gracias por haberle escogido para gobernar su pueblo, y para fabricarle el „templo en la ciudad santa; circunstancias que no pueden convenir á ótro que á Salomon.

REFLEXIONES.

El Señor guió al justo por caminos derechos. El espíritu de Dios nunca guia por ótros. La rectitud de corazon y de entendimiento son dos de las mas bellas pinceladas que siempre se descubren en el retrato del justo. El pecador siempre va por camino torcido, así como el justo marcha á Dios por el mas derecho. ¿De qué sirven todos esos giros oblicuos, todos esos artificios del amor

propio? ¿será acaso porque Dios no sabrá correr la cortina á todos esos misterios de iniquidad, ni desenmarañar todos esos enredos espirituales? Atolóndranse los hombres en sus mismos descaminos, hállanse atrapados; ¿y qué se gana al fin? Los disolutos se descaminan á ojos abiertos y á la mitad del dia; los falsos devotos á favor de una niebla voluntaria. Muchas personas que hacen profesion de virtuosas, viven con mil groseros errores prácticos por falta de esta rectitud. Todo sirve de pretexto y de alimento al amor propio, hasta la misma religion. Lisonjéase vanamente el corazon de que ama á Dios, y se ama á sí mismo. El pretexto de la mayor gloria de Dios sirve no pocas veces maravillosamente para nutrir nuestro orgullo. Es la rectitud una pureza de intencion y de motivo, que encamina al alma ácia el bien por amor del bien mismo. Aun cuando la rectitud no se hallase en un grado de perfeccion tan elevado, todavía sería muy provechosa. ¡Buen Dios, y qué prueba mas sensible de los pocos que sinceramente os aman, qué tanta delicadeza en la devocion, tanta condescendencia consigo, tanta floxedad, tanta tibieza en vuestro servicio! La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion; la ciencia de la salvacion es la ciencia práctica del evangelio; porque en cuanto á la mera especulacion del puro conocimiento de lo que se debe obrar, esa es una ciencia que la pueden poseer las almas réprobas. Saber lo que se debe hacer, y hacer lo que se sabe, esa es la verdadera ciencia de los santos. ¡Qué buen amo es Dios! ¡qué ventajosa, qué dulce cosa es servirle! No solo premia lo que se hace, sino lo que se quisiera hacer por él: tómanos en cuenta nuestra buena voluntad; en servicio de este amo tan liberal, y tan agradecido, siempre se coge el fruto de los trabajos; tanto reciben los que vienen tarde, como los que vienen temprano, si el fervor de aquéllos excede al celo de éstos. Añade el Sabio, que el Señor hizo al justo respetable: *Honestavit illum in laboribus*. ¡Cosa extraña, que sean tantos los que aman la distincion y la honra, y sean tan pocos los que la busquen donde verdaderamente se halla! Solamente la virtud es la madre de la verdadera gloria. Consultemos á los mas imperfectos, á los mas relaxados; sienten no sé

qué estimacion, no sé qué respeto ácia las personas virtuosas. Es este un tributo que se paga á la virtud, de que ninguno se exîme.

El evangelio es del cap. 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite arbitrari, quia pacem venerim mittere in terram: non veni pacem mittere, sed gladium. Veni enim separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam, et nurum adversus socrum suam, et inimici hominis, domestici ejus. Qui amat patrem, aut matrem plusquam me, non est me dignus: et qui amat filium, aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus. Qui invenit animam suam, perdet illam; et qui perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Qui recipit vos, me recipit: et qui recipit me, recipit eum, qui me misit. Qui recipit prophetam in nomine prophetæ, mercedem prophetæ accipiet: et qui recipit justum in nomine justi, mercedem justi accipiet. Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquæ frigidæ tantùm in nomine discipuli: amen dico vobis, non perdet mercedem suam.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No penseis que Yo he venido á poner paz sobre la tierra: No he venido á poner paz, sino guerra. Porque vine á separar el hijo del padre, y la hija de la madre, y la nuera de la suegra: y los enemigos del hombre son sus familiares. El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí: y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que cuida de su vida, la perderá; y el que perdiere la vida por mí, la volverá á encontrar. El que os recibe á vosotros, me recibe á mí: y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió. El que recibe á un profeta como profeta, recibirá el premio de profeta: y el que recibe á un justo á título de justo, recibirá el galardon de justo. Y cualquiera que diere un solo vaso de agua fresca á uno de estos mas pequeñuelos á título de discípulo: os digo de verdad que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

De la necesidad de la penitencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo, o la inocencia, ó la penitencia. No hay medio. O nunca has pecado, ó fuiste pecador. ¡Buen Dios! ¿quién podrá presumir de conservarse en aquella primera inocencia? ¿pues quién podrá dispensarse de los rigores de la penitencia? Busca otra senda si la hallas; pero advierte que Jesucristo la ignoró. Fíngete el sistema que quieras; forja el moral que se te antojare; pretextos de salud, vanos títulos de la edad ú del estado, figúrate privilegios y razones para exîmirte de una ley tan indispensable; no hay otro partido que tomar, ó llorar en tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno, ó penitencia.

Esta vida es el tiempo de la misericordia, que es el fruto de la muerte del Redentor; pero la justicia no por eso ha de quedar frustrada de sus derechos; estos son los que corren á cuenta de la penitencia; élla, por decirlo así, es como substituta, ó como apoderada de la divina justicia. Sí: Dios quiere fiarse de tu buena fe para castigar tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos, que te impongas el castigo. ¿Pudieran estar tus intereses en manos mas favorables, ni mas amigas? Desengañémonos, todo pecado ha de ser castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¡Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo solo por haber tomado la apariencia de pecador! Las almas mas puras, los santos mas inocentes pasaron la vida entre espantosas penitencias, y en la mayor amargura de corazon. ¡Cuánto tiempo por las culpas mas leves mojaron el pan en sus dolorosas lágrimas! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma religion; hemos pecado. ¡Ah, que ninguno de nosotros hay que no pueda decir con el Profeta: *Iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum* (*Salm.* 37.): rebosan mis maldades por encima de la cabeza! ¿Y cuál es nuestra penitencia? Mientras tanto ninguno hay que

no espere gozar la misma gloria que gozan los santos, ninguno que no pretenda la misma corona. ¿Pero en qué se funda ésta confianza? ¿en los méritos de Jesucristo? Sin duda que á estos méritos deberémos nuestra salvacion. ¿Pero será sin hacer penitencia? Oigamos al mismo Jesucristo: *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis* (*Luc.* 13.): si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis sin remedio. No ignoraba él mismo el precio de su sangre; conocia perfectamente el valor y la virtud de sus merecimientos; sin embargo de eso, con toda la redencion superabundante, con todo el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará, si no hace penitencia: *Omnes*, todos pereceréis; igualmente el rey, que el vasallo, tanto el amo, como el criado: *Omnes*, la dama delicada y noble, como la muger mas záfia y mas plebeya; la señora de la casa y la moza de cocina: *Omnes*, el sabio, el ignorante, el caballero, el mercader, el mozo y el viejo; el seglar y el religioso, todos pereceréis de la misma manera, si no hiciéreis penitencia: *Omnes similiter peribitis*. Este solo oráculo vale una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah mi Dios, qué latidos no me está dando ahora mi conciencia! ¡qué remordimientos, qué justos espantos, qué sobresaltos, qué sustos! ¿y será todo esto sin provecho?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es grande error querer salvarse sin hacer penitencia. A menos que renuncies mi evangelio, dice el Salvador del mundo, debes inferir que el que pecó, si no hace penitencia, no se salvará. ¿Se cree, ó por lo menos se sigue el dia de hoy esta evangélica máxîma?

¿Pero no será bastante penitencia confesar uno sus pecados, y no bastará por satisfaccion aquellas oraciones vocales, aquellas ligeras obras de virtud que se imponen en penitencia? A esta pregunta respondo yo con otra. ¿Y será posible que la doctrina de Jesucristo en órden á la necesidad de la penitencia se ha de entender por esto solo, y no ha de tener otro sentido?

Los santos que no practicaron otra teología moral que la que les enseñó Jesucristo, ¿diéron á estas palabras

una interpretacion tan benigna? Y nosotros mismos, por poca tintura que tengamos de nuestra religion, ¿nos persuadirémos fácilmente á que todo el castigo que la divina justicia exíge por nuestras graves culpas, se reduce á una satisfaccion tan corta, tan ligera y tan superficial? ¿Despues de los mas enormes pecados será ésta toda la penitencia de un cristiano?

Qué, ¿aquellos disolutos, aquellos insignes pecadores, aquellas mugeres mundanas, cuya confesion apenas interrumpe por algunas horas una ó dos veces al año el juego, el fausto, la profanidad, los convites, los saraos, y acaso acaso otros pecados mas feos; esas personas que se disponen para la confesion de la Pascua con las mas refinadas diversiones del Carnaval, y que aun quizá se dispensarán del ayuno, y de la abstinencia de carne en la Cuaresma, todas éstas hacen verdadera y suficiente penitencia?

Qué, ¿aquellas otras personas tan inmortificadas, que baxo una exterior apariencia de virtud, en trage y profesion de penitencia, buscan acaso todas sus comodidades, que á los ojos de Dios puede ser no tengan de penitentes mas que la indispensable obligacion de serlo; esas personas que no reconocen otra regla que la del amor propio, habrán hecho verdadera penitencia? Y si no tratan de entablar una vida mas penitente, ¿en qué principios, contra la palabra expresa del mismo Jesucristo, fundarán la esperanza de su salvacion?

¿Pero no me hallaré yo por ventura en el caso? Estoy seguro de que he pecado; ¿mas estoy igualmente seguro de que he hecho penitencia? ¿siguióse á esa verdadera contricion la fuga de las ocasiones, la reformacion de las costumbres, la modestia en el vestido, y en fin los frutos dignos de penitencia?

¡Mi Dios, cuánto tengo de que reprenderme! ¿y cómo sufriré algun dia los cargos que vos me haréis si desde hoy no comienzo á hacer penitencia? Veo la precision, conozco la necesidad indispensable; todo lo arriesgo, si la difiero; mas aunque supiera que habia de morir dentro de veinte y cuatro horas, quiero tener el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Señor, de hoy en adelante repasaré delante de ti mi mala vida en la amargura de mi corazon.

Quis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die ac nocte? Jerem. 9.

¿Quién dará, Señor, á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche mis maldades?

PROPOSITOS.

Pocos hay que no digan, y menos son los que no tienen mil razones para decir que son grandes pecadores; ¿pero dónde está la penitencia? Esta confesion estéril solo sirve para aumentar mas el cargo. ¿De qué sirve confesar un pecador, si no se hace penitente? No hay que disculparse con la poca edad, con la delicadeza de la complexîon, ni mucho menos con los empleos, con el estado, con la calidad. ¿Pecaste? pues sin penitencia no hay para ti salvacion; fuera de la penitencia interior, que se pasa en la amargura del corazon, es necesaria otra penitencia exterior que mortifique el cuerpo, y que le humille. Comienza por las penitencias que son de precepto; abstinencias de obligacion, ayunos de la Iglesia, son leyes de que no te puedes dispensar con vanos pretextos. ¡Qué desórden no se ve el dia de hoy en este particular! Parece que estos preceptos solamente se hicieron para los claustros, ó para la gente pobre. ¿Es una persona noble? ¿es rica? pues nunca tiene bastante salud para comer de vigilia, ó para ayunar; es preciso que se la dispense. ¿Pero aprobará Dios todas estas dispensaciones? Exâmina lo que has faltado en este punto; guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen sin grave y sin notorio motivo, porque te harás reo de su pecado.

2 No te contentes con las penitencias comunes, de que ningun cristiano puede lícitamente dispensarse, no ocurriendo grave causa para éllo; hay ótras particulares que quizá no te serán menos necesarias respecto de tus

necesidades espirituales. La vista sola, solo el nombre de instrumentos de penitencia aterra frecuentemente á muchas personas á quienes no aterran las mayores maldades. Bien se les pudiera preguntar á muchos, si el número, y la enorme gravedad de las culpas dispensa de este género de penitencias; porque es cosa que llama la admiracion la novedad que les causa, cuando un confesor celoso, al oir sus enormísimas culpas, tiene valor para imponérselas. ¡Cosa asombrosa! un jóven, una doncella tierna dexan el mundo aun ántes de haberle conocido, y van á conservar su primera inocencia entre los rigores de la penitencia mas austéra, mientras aquel otro hermano suyo disoluto, aquella otra hermana desenvuelta viven entregados al desórden, sin querer ni aun oir hablar de penitencia ni mortificacion. ¿Será semejante la suerte eterna de únos y de ótros? Consulta cuanto antes con tu director lo que debes observar en este punto; no des oidos á tu delicadeza, sino á tu religion, á tu conciencia y tu necesidad. Si te conservas todavía en la inocencia bautismal, la penitencia es como la sal, que preserva de la corrupcion; si pecaste, no hay otro contraveneno que la penitencia.

DIA QUINCE.

S. Faustino y Jovita, hermanos y mártires.

San Faustino y Jovita, hermanos, nacieron de una ilustre familia en Brescia, ciudad de Lombardía. Es probable que sus padres fueron cristianos; lo cierto es que los dos Santos hermanos desde su juventud eran muy venerados de los fieles, así por su vida exemplar, como por el celo que mostraban por la religion. Pocos hermanos se han visto mas unidos en dictámenes y en inclinaciones; sus corazones miraban á un mismo objeto, porque sus entendimientos se gobernaban por unos mismos principios. El espíritu de Dios que los animaba, les quitaba el gusto á todo, menos á exercitarse perpetuamente

en santas obras; esta era toda su diversion y todo su consuelo. Ocupábanse en visitar á los fieles que estaban ocultos por miedo de la persecucion; alentaban á únos, consolaban á ótros, y hacian bien á todos.

Llegó á noticia de Apolonio, obispo de Brescia, que estaba escondido en un desierto vecino durante aquella terrible tempestad, el valor y celo con que los dos Santos hermanos se empleaban en las referidas obras de caridad. Quiso verlos; y habiendo hallado en éllos aun mas virtud y mas mérito que el que publicaba la fama; creyó que no podia hacer á su iglesia mayor servicio, que elevarlos al ministerio de los altares, confiriéndolos los órdenes sagrados. Dispusiéronse para recibirlos con aquel fervor que merecen las gracias y los dones que acompañan al sacerdocio, en cuyo digno espíritu se imbuyeron. Faustino, que era el mayor, fue ordenado de presbítero, y Jovita de diácono. Salieron de su retiro los dos nuevos ministros de Jesucristo, como los apóstoles salieron del cenáculo, llenos del Espíritu santo, y animados de aquel fervoroso celo que en poco tiempo hizo maravillosas conquistas, convirtiendo gran numero de gentiles.

La mayor autoridad que les daba el nuevo carácter aumentó tambien su fervor. Predicaban con tanto mayor aliento, cuanta era mas grande su reputacion, adelantándose ésta á ganarles las voluntades, y á rendirles los entendimientos, de manera que apenas habia quien pudiese resistirse á su celo.

Al eco de las maravillas que obraban los dos nuevos apóstoles, concurrian los pueblos vecinos, acudiendo en tropas á oir á estos oráculos. Los gentiles detestaban la supersticion, y hacian pedazos los ídolos. Vióse mudado el semblante de la ciudad, siendo cristianos casi todos sus habitadores.

A vista de tantas conversiones no podia dexar de irritarse el enemigo comun. Armáronse todas las furias del infierno para detener el rápido curso de tan gloriosas conquistas; ni era posible que un celo tan ardiente y tan eficaz dexase de encender el fuego de la persecucion.

Con efecto, el conde Itálico, grande enemigo del nombre cristiano, sabiendo que habia llegado á Liguria el

emperador Adriano, fue á echarse á sus pies. Representóle, *que mirase por su seguridad y por la de todo el imperio, pues una y otra peligraba, amenazándola inevitable ruina por la malignidad de dos hombres los mas perversos del mundo, puesto que eran los mas fieros enemigos do los dioses inmortales.* Sobresaltado extrañamente el Emperador al oir una proposicion tan preñada, le preguntó: *quiénes eran los tales hombres, y por qué medios, ó con qué artificios pretendian conseguir un intento tan vasto cómo depravado.*

Son dos ciudadanos de Brescia, respondió el Conde, *uno se llama Faustino, y otro Jovita, habilísimos ambos para engañar al pueblo; tan poderosos en palabras y en artificios, que apenas abren la boca, cuando todos los que los oyen dexan el culto de los dioses, arrojan al suelo los ídolos, písanlos, hácenlos pedazos, adoran á no sé qué judío, llamado Jesucristo, que dicen murió en una cruz. Ya han trastornado la cabeza á mucha gente honrada; los templos están desiertos: y la religion de nuestros padres va infaliblemente á ser exterminada, si vos, Señor, no aplicais pronto y eficaz remedio. Salid á la defensa de los dioses, á quienes debeis la vida y el imperio: dad incesantemente vuestras órdenes para que sean exterminados los cristianos.*

Movido el Emperador de este sedicioso discurso, creyó que no podia remediar mas eficazmente el soñado mal que amenazaba, que encomendando el remedio, con todos sus plenos poderes, al mismo que conocia tan bien las consecuencias. Esto era lo que pretendia el enfurecido Conde, y así desempeñó la comision con la mayor crueldad.

Partió á Brescia sin detenerse; apoderóse de los dos santos hermanos Faustino y Jovita; mandólos que al punto ofreciesen incienso á los dioses, ó que se dispusiesen para padecer los mas crueles tormentos. La valerosa y firme respuesta de los dos generosos hermanos le quitó desde luego toda esperanza de vencerlos; pero como estaba para venir muy presto el Emperador á la misma ciudad de Brescia, tuvo por conveniente esperar á que llegase para consultar con él qué suplicios, y qué muerte se habia de dar á unos hombres de aquella calidad y de aquélla reputacion.

Informado el Emperador del estado de la causa, ordenó que fuesen en su compañía al templo del Sol para asistir al sacrificio. Luego que los Santos entraron en el templo, la estátua que era de oro bruñido y muy resplandeciente, se puso mas negra que un carbon. Sorprendido el Emperador mandó que la lavasen; pero cuando iban los sacerdotes á limpiarla, cayó á los pies de los Santos hecha polvo. Atribuyó el milagro á hechicería, y temiendo la cólera de los dioses, mandó que los dos hermanos fuesen echados á las fieras. Apenas entraron en el circo cuando soltaron cuatro leones para que los despedazasen; pero todos cuatro se postraron mansamente á los pies de nuestros Santos, alhagándolos blandamente con las colas. A los leones se siguieron osos y leopardos; pero aunque los gentiles procuraban irritarlos, aplicándolos hachas encendidas, no fueron menos atentos que los leones. La funesta suerte del conde Itálico, y de algunos otros cortesanos, que baxándose á irritar las fieras fueron devorados por éllas, acreditó con prueba visible y dolorosa el poder del Dios que adoraban los dos Santos. Lo mas admirable que hubo en este suceso fue, que atemorizados los gentiles, y huyendo todos atropelladamente á sus casas, se dexaron abierta la puerta del circo con la confusion; pero los Santos mandaron á las fieras que se fuesen derechas á los bosques sin hacer daño á persona alguna; lo que éllas executaron al instante.

Atemorizado tambien el mismo Emperador, y temiendo alguna sedicion, salió de la ciudad; pero encaprichado siempre en el dictamen de que las maravillas que obraban nuestros Santos eran efectos del arte mágica, creyó neciamente que podia ser medio para hacer inútil su arte el irles conduciendo por varias ciudades de Italia. Con esta extravagante aprension mandó que fuesen llevados á Milan en compañía de uno de sus oficiales, llamado Calocero, el cual se habia convertido á la fe á vista de tantos prodigios. No es facil expresar cuántos y cuán varios géneros de tormentos tuvieron que padecer, ni cuántas y cuán gloriosas victorias consiguieron. Llenáronles la boca de plomo derretido; moliéronles los huesos; abriéronles los costados con lá-

minas ardiendo. En este suplicio exclamó Calocero: *Rogad á Dios por mí, ó santos Mártires, y pedidle me dé fortaleza para sufrir el rigor del fuego que me atormenta.* Habiendo hecho oracion los dos hermanos, no sintió Calocero mas dolor, y pocos dias despues consiguió la corona del martirio.

Pasó el Emperador desde Milan á Roma y á Nápoles, y ordenó que los dos Santos hermanos le siguiesen en todas estas jornadas, sin advertir que era soberana disposicion del cielo, para que por este medio hiciesen nuevas conquistas en las tres mas famosas ciudades de Italia. En todas partes padecieron crueles tormentos por Jesucristo, y en todas su invicta paciencia y las maravillas que contínuamente obraban, convertian á la fe innumerables gentiles. En fin, volviéndolos á conducir á Brescia cargados de palmas y de laureles, despues de tan repetidos triunfos, consumaron su glorioso martirio, habiéndolos cortado la cabeza fuera de la ciudad, en el camino que va á Cremona, ácia el año de Jesucristo de 122. Desde entonces los venera la ciudad de Brescia por patronos suyos, conservando sus preciosas reliquias en una urna de mármol, sostenida de seis columnas de la misma materia, en la propia iglesia que es titular de su nombre.

La misa es en honra de los dos Santos, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Faustini et Jovitæ solemnitate lætificas: concede propitius; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Cristum Filium tuum...

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría con la festividad de tus bienaventurados mártires Faustino y Jovita: concédenos, que así como nos llenan de gozo sus merecimientos, así tambien nos inflame en la imitacion el fuego de sus exemplos: Por nuetro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. de san Pablo á los hebreos, y es la misma que el dia XIII. fol. 226.

NOTA.

„Hallándose todavía en Roma el apóstol san Pablo el „año del Señor de 63, escribió esta epístola á los hebreos; „es decir, á los judíos convertidos á la fe, que estaban en „Jerusalen y en Palestina, para confirmarlos en la misma „fe, y para animarlos á padecer por Jesucristo, cuya su- „prema dignidad ensalza sobre la de todos los profetas y „sobre la de todos los ángeles, mostrando que es tan su- „perior á la de Moyses, cuanto lo es el hijo respecto del „siervo. Hácelos conocer que es el verdadero pontífice es- „cogido de Dios, la verdadera y la única víctima que bo- „rró los pecados del mundo; muéstralos que sin la fe no „hay salvacion, y los exhorta á tener siempre una firme „invariable confianza en Jesucristo entre los grandes tra- „bajos á que estaban continuamente expuestos por el odio „de los de su misma nacion.

REFLEXIONES.

Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum; pocas almas hay en cuya serie de vida no se puedan encontrar algunas felices temporadas con que confundir su presente tibieza ó cobardía, y á quienes no se les pueda decir: acuérdate de aquellos primeros años de tu inocencia, de aquellos dichosos dias tan serenos, tan llenos de dulce calma; trae á la memoria aquellos primeros tiempos en que los claros resplandores de la gracia te hacian ver las verdades eternas á tan bella luz; aquel tiempo en que á favor de aquella penetracion que causa siempre en el alma la pureza de la conciencia, descubrias tan visiblemente la falsa brillantez, los mentidos trampantojos con que el mundo deslumbra siempre á sus parciales; aquel tiempo en que con tanto gusto tuyo experimentabas qué dulce es el yugo del Señor, y qué ligera su carga; aquel tiempo en fin, en que persuadido de la vanidad, de la caducidad, de la falsedad de todo cuanto el mundo estima, en que tocando con la mano sus artificiosos lazos, sus apariencias tan floridas como risueñas, renunciaste tan generosamente las lisonjeras ventajas con que te convidaba; ó á lo menos te de-

claraste por el partido de la virtud, entablando desde entonces una vida tan regular y tan cristiana. Este rasgo, este recuerdo de la historia de nuestra vida pasada, ¿podrá acaso servirnos de algun consuelo, cotejado con la presente? ¿darános por ventura motivo de algun sensible placer? ¡Ah! que por el contrario quizá podrémos decir con mucha razon con el Profeta: *Quomodò obscuratum est aurum?* (*Thren.* 4.) ¿Adónde se han ido aquellos hermosos dictámenes, aquellas sólidas máxîmas que respiraban desengaño, que solo alentaban virtud? ¿adónde se ha ido aquel primitivo fervor, aquella delicadeza de conciencia, aquella circunspeccion, aquella cristiana modestia? *Obscuratum est aurum*: perdió su estimacion el oro, porque perdió su resplandor. *Mutatus est color optimus*: la enfermedad mudó del todo el color; múdase de librea siempre que se muda de amo. ¡Qué diferencia de costumbres! ¡qué máxîmas tan distintas! ¡qué lenguage tan diverso! Con todo eso la religion es la misma, élla no se ha mudado. ¡Qué confusion, qué vergüenza nos debe causar esta relaxacion! Todavía se conserva en ti, dice Dios en el Apocalipsi (*cap.* 2.), todavía se conserva en ti alguna centella de religion; no se ha apagado del todo la fe; pero tengo contra ti que has perdido tu primera caridad. Pues trae á la memoria el estado de donde caiste, haz penitencia, y vuelve á tus primeras obras; porque si no, mira que vengo á ti, y derribaré ese candelero de su lugar. *Nolite itaque amittere confidentiam vestram* (añade el Apóstol en nuestra epístola), *quæ magnam habet remunerationem*: no pierdas esa confianza, ese aliento con que al presente te hallas; mira que será seguido de una grande recompensa. Causa admiracion que haya quien desmaye, quien se desaliente sirviendo á la vista de un amo tan poderoso como benéfico. Aunque se desencadenára contra nosotros todo el poder de las tinieblas, ¿qué podria contra la fuerza de su gracia, que no nos falta jamas? La confianza en Dios es un fuerte invencible contra todos nuestros enemigos. La vista del premio que nos espera conduce para vencer nuestra pusilanimidad, y la brevedad del tiempo que nos resta debiera servir para alentar nuestro fervor y para esforzar nuestro aliento.

El evangelio es del cap. 24. de san Mateo.

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes: Dic nobis, quandò hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis seculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondùm est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos, et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dixeron: Dinos á nosotros ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, los dixo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre, diciendo: Yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros: porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reyno contra reyno; y habrá pestilencias y hambres y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir, y sereis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se aborrecerán únos á ótros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De los frutos de la penitencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera con cuánta razon nos recomienda tanto el Salvador que nos guardemos bien de que nos engañen: *Videte ne quis vos seducat*. Con verdad se puede decir, que en materia de salvacion es muy ordinario caer en ilusion. Es muy ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos; ¿y qué diligencias hacemos para que no nos engañe?

Hácense algunos exercicios espirituales, practícanse algunas obras de virtud como para aturdirse, como para tranquilizarse sobre muchos puntos substanciales, que piden necesariamente una absoluta reforma. Se ha pecado, y todos imaginan haber hecho penitencia; ¿pero dónde estan sus frutos? toda penitencia infructuosa es nula. En vano se lisonjea el hombre de una penitencia exterior si no está convertido el corazon.

Por frutos de penitencia no se entiende precisamente la maceracion del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres; estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de sacramentos, la oracion, las buenas obras son sin duda grandes medios para arribar á la perfeccion; pero si con tantos y tan poderosos medios nos conservamos siempre imperfectos, siempre orgullosos, siempre impacientes, siempre embidiosos, siempre inmortificados, siempre coléricos, ¿podrémos contar mucho sobre el uso de estos medios?

Las mortificaciones corporales son exercicio de la penitencia; pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser el vencimiento de las pasiones, la reforma de las malas inclinaciones del alma. ¿De qué sirve un exterior humilde, reformado, si el corazon está lleno de hiel, y si el orgullo es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia como quiera; son tan ordinarias las adversidades de esta vida, son tan

comunes las cruces, que se pueden llevar muchos frutos de estos, y con todo eso ser árboles estériles; es menester que sean frutos dignos: *Facite fructus dignos pœnitentiæ*: es decir, frutos que puedan presentarse al Señor, que sean gratos á sus ojos, que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades, son de esta especie los frutos que he llevado hasta aquí?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones tan ligeras y de tan corta duracion, esa mera apariencia, esa pura exterioridad de arrepentido y de penitente, ¿son otra cosa que unos frutos fuera de sazon que nunca llegan á madurar?

¡Mi Dios, y cuán de temer es que en llegando el tiempo de la cosecha en que pedís una cuenta tan exâcta, en que el padre de familias exâmina tan escrupulosamente el producto de sus rentas, cuán de temer es que en muchísimas cosas nos hallemos alcanzados!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¿Cuántos son los que padecen mucho sin que Dios tenga que agradecerles sus trabajos? Hay innumerables afligidos, y hay rarísimos penitentes.

La vida religiosa es un exercicio contínuo de penitencia. ¿Y no será gran desdicha que se haya tenido una vida austéra y penitente, sin fruto y sin provecho? ¿Pero qué provecho, qué fruto sacará de su vida el religioso tibio y relaxado, el religioso que vivió en la religion embriagado enteramente con el espíritu del mundo? Llevar á cuestas por precision una pesada cruz, y llevarla sin provecho, sin gustar los frutos que produce: ¡gran desgracia! no por eso se padeceria mas; antes se padeceria mucho menos, puesto que estos frutos, por amargos que parezcan, son en realidad muy dulces, de un gusto muy exquisito. Si no se toma el gusto á esta dulzura es porque se busca el regalo en otra parte que en la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en este mundo. En todos los estados se hallan cruces. No estan mas exêntos de éllas los que viven con mayores conveniencias. Son unas plantas que en todas partes nacen; ¿por

qué dexarémos perder sus preciosos frutos? Suframos por lo menos con paciencia, ya que no tengamos generosidad ni virtud para sufrir con alegría; unamos nuestros trabajos con los de Jesucristo; aceptémoslos como penas debidas á nuestras culpas: esta conformidad no los ha de hacer mayores, y de esa manera serán meritorios y harán parte de nuestra penitencia.

¿Cuánto dolor tendrémos si al cabo de la vida nos hallamos con los amarguísimos frutos de nuestras pasiones, de nuestras malas inclinaciones, de nuestras maldades, viendo entonces con cuánta facilidad podíamos coger los dignos frutos de nuestra penitencia? Mientras tanto el dia va baxando, el tiempo de la cuenta se acerca, casi estamos ya tocando con la mano la sepultura. ¿Quién puede asegurarnos de lo contrario?

¿Qué frutos ha dado nuestra penitencia? Frutos secos y amargos; porque ni los ha sazonado, ni los ha hecho xugosos el riego de la gracia; frutos medio podridos, porque los avinagró el mal humor y el desabrimiento con que acompañamos la misma penitencia: frutos inútiles, por verdes, porque la inconstancia y la reincidencia no los dió tiempo para madurar. Esta es toda la provision que llevamos; esta toda la carga con que salimos de este mundo para emprender el largo viage de la eternidad, y para comparecer ante el tribunal de Dios.

Señor, por vuestra infinita misericordia todavía estoy en parage de hacer menos infructuosa mi penitencia; confieso que por áspera, por rigurosa, por prolongada que fuese nunca corresponderia á mis maldades; pero con el auxîlio de vuestra divina gracia espero hacer de hoy en adelante frutos grandes de penitencia; y tales que por vuestra infinita piedad os digneis de aceptarlos.

JACULATORIAS.

Laborabi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum: lacrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.

Bien sabeis, Señor, cuántas lágrimas me han costado ya mis culpas; mas no por eso dexaré de llorarlas amargamente todo el tiempo que me durare la vida; dedicaré al llanto aun el tiempo destinado al reposo, y regaré con él el lecho del descanso.

Domine, ante omne desiderium meum: et gemitus meus à te non est absconditus. Salm. 37.

Patente os está, Dios mio, lo único porque suspiraba mi afligido corazon; y testigo sois de mis ocultos gemidos, de mis reconcentradas lágrimas.

PROPOSITOS.

Asombro es que los que estan mas indispensablemente obligados á hacer mayor penitencia sean por lo comun los que hacen menos. ¡Qué quiméricos imposibles, qué dificultades insuperables no se figuran ó se alegan cuando se trata de admitir una ligera penitencia por gravísimos pecados! Apenas se encuentra muger del mundo, hombre disoluto que tenga fuerza para ayunar; ¿qué digo ayunar? aun menos se hallan que no pretendan tener justísimos motivos para ser dispensados aun de sola la abstinencia. ¿Se habla de hacer algunas limosnas? Entonces salen las deudas, hay mucha familia, son excesivos los gastos de la casa. ¿Se propone siquiera visitar algunas iglesias? Luego se alegan las ocupaciones, se ofrecen visitas indispensables; de suerte que el dia de hoy los mayores pecadores parece se juzgan casi absolutamente dispensados de hacer penitencia. Y siendo esto así, ¿cómo se pueden lisonjear de ser penitentes? Exâmina si has estado ahora en este error; guárdate bien, especialmente en el sagrado tribunal de la confesion, de dar oidos á tu floxedad, á tu amor propio, á tu delicadeza; considérate á los pies del confesor como á los pies de Jesucristo; él es tu médico, no te toca á ti recetar los remedios; él es tu juez, no te toca á ti dar la sentencia en tu causa. ¿Qué señal de dolor son esas puntillosas dificultades, esas vanas excusas? Acepta con humildad y con sumision las penitencias que te fueren impuestas. ¡Qué proporcion hay, buen Dios, entre la pena y la culpa! Pero si te juzgas obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto remordimiento, con tanta indiferencia, que aun en eso mismo se dexe conocer puede mas en ti la religion, que la razon y aun la necesidad.

2 No te has de persuadir á que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra penitencia.

Aquélla sola es como prenda de ésta; porque toda la vida del cristiano, especialmente del pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos pueden macerarse con largas abstinencias, ó con otras rigurosas penitencias exteriores, á lo menos todos pueden mortificarse. Hay muchas especies de frutos de penitencia. Apenas hay cosa que no te ofrezca ocasion de mortificar tus inclinaciones naturales. Los humores, el genio, las mismas pasiones, hasta el mismo amor propio pueden contribuir á esta dichosa fertilidad. No hay tiempo, no hay lugar que no pueda dar exercicio á la paciencia. ¿Tienes gran gana de ver ó de hablar en ciertas ocasiones? ¡Qué cosa tan bella baxar entonces los ojos y callar! Un dicho agudo, una zumba discreta pudiera acreditarte mucho en una conversacion; pero tambien puede ser materia de un bello sacrificio. Los verdaderos frutos de la penitencia son la conversion del corazon y reformacion de las costumbres; con que debes hacer que se conozcan estos frutos en tu modestia, en tu circunspeccion, en toda tu conducta. Donde no hay reforma ni hay conversion, no hay frutos de penitencia.

DIA DIEZ Y SEIS.

Santa Juliana, vírgen y mártir.

Acia el fin del tercer siglo, durante la cruel persecucion de Maxîmiano, un senador joven, llamado Eluzo, pretendió casarse con una doncella de Nicomedia, por nombre Juliana, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas ilustre por su mérito personal y por sus singulares prendas.

El padre de Juliana era gentil, y uno de los mas ardientes perseguidores de los cristianos que habia en Nicomedia. La madre, naturalmente enemiga de las supersticiones, ninguna religion profesaba. La hija, mas prudente, mas entendida que los padres, no hallando en la idolatría cosa alguna que no chocase á una razon sana y des-

pejada, se habia instruido secretamente en nuestra religion, y era cristiana. No contenta con esto, desengañada de la vanidad y de las falsas brillanteces del mundo, habia resuelto no tener jamas otro esposo que á Jesucristo, ni aspirar á otros bienes ni á otras honras que á las del cielo.

En esta resolucion estaba cuando sus padres, creyendo que no podia ofrecérsela partido mas ventajoso, la prometieron á Eluzo. Quedó extrañamente sorprendida cuando oyó de boca de su mismo padre que todo estaba ya concluido, y que aquel mismo dia habia de venir á visitarla el que estaba destinado para esposo suyo.

Alentada interiormente con una nueva gracia sobrenatural, y encendida con el mayor deseo de ser fiel á Jesucristo, recibió á Eluzo con mucha cortesanía, pero con mucha mayor modestia; mas como solo buscaba algun arbitrio para salir bien del empeño en que la habian puesto, sin consultar su inclinacion ni su gusto, le dió á entender que no podria consentir en aquella boda mientras no le viese juez y prefecto de la ciudad.

Parecióle este medio tanto mas feliz, cuanto era mas plausible, y no se hacia verisimil que Eluzo pudiese obtener jamas este empleo. Pero como no obstante sus pocos años el Emperador le estimaba mucho, y su pasion por Juliana era extrema, facilmente consiguió á fuerza de empeños y de dinero el cargo que pretendia, aunque era el supremo en la judicatura. Tomó posesion de él, y despues de haber asistido á algunas audiencias, envió un recado cortesano á Juliana, ofreciendo á su disposicion la prefectura.

No pudiendo ya disimular mas nuestra Santa, le envió á decir: *que celebraba mucho verle colocado en un empleo de tanta honra; pero que todavía le faltaba dar otro paso sin el cual sería tan grande la desproporcion entre los dos, que no podian prometerse ni gusto ni felicidad; que era menester se hiciese cristiano, como élla lo era, y que renunciando la superstición de los gentiles, abrazase una religion, fuera de la cual no hay dicha ni salvacion.*

Fácilmente se puede discurrir qué sorprendido quedaria el nuevo Prefecto al oir este no esperado mensage. Sin perder tiempo parte al punto en busca del padre de Ju-

liana, y le da cuenta de lo que su hija le habia respondido. Arrebatado éste de cólera, respondió al Prefecto con voz desentonada, y arrojando centellas por los ojos: *Pues yo te juro que si es verdad lo que me acabas de decir, yo mismo he de ser el fiscal de mi mala hija, y tú has de ser el juez.* Diciendo y haciendo, le vuelve las espaldas lleno de furor; entra en el cuarto de Juliana, y disimulando su enojo la dixo en tono de padre, pero de padre admirado y aturdido: *¿Qué es esto, hija? ¿acaso has perdido el juicio? ¿ignoras por ventura cuánta honra es ser muger del Prefecto de Nicomedia?*

Bien sé, Señor, respondió la Santa, *que para la vanidad de una muger no puede haber mayor atractivo que ser la primera dama de la ciudad; sé tambien que el señor Eluzo es un caballero de grandes prendas, de conocido mérito; pero no es cristiano, y sin esta ilustre cualidad todas las demas las estimo en nada.* Abandonado el padre á su furor al oir estas palabras, exclamó lleno de saña: *Pues yo te juro por los dioses Apolo y Diana que si prosigues en hablar de esta manera, yo mismo iré á ponerte entre las garras de las fieras, porque mas quiero verte despedazada y convertida en pasto de leones, que verte cristiana.*

Haréis, Señor, lo que fuere de vuestro agrado, respondió la Santa; *pero el respeto que os profeso y el cariño con que os amo como á mi querido padre, nunca podrán hacerme desobediente á mi Dios. Vos, si gustais, podréis exponerme á los tigres y á los leones, podréis hacer que me quemen viva en una hoguera; pero yo soy cristiana, y toda mi dicha y toda mi gloria la tengo colocada en vivir y en morir por Jesucristo.*

Movido, ó á lo menos suavizado el padre de Juliana al oir unas palabras tan prudentes y tan respetosas, mudando de tono, la dixo con lágrimas en los ojos: *Ruégote, hija mia, que eches de ti un capricho tan insensato, que solo puede ser efecto de algun maligno hechizo; no quieras perder la fortuna que se te entra por las puertas; mira que hay yerros que no se pueden enmendar, cuyo arrepentimiento es eterno y sin remedio; en suma, yo te tengo ya concedida al Prefecto; ya no es tiempo de deliberar; está empeñada mi palabra, y es menester que te cases con él.*

Parece, padre y señor, replicó la generosa Doncella,

parece que no acerté á explicarme bien, puesto que todavía esperais que sois capaz de mudarme; ya os tengo declarado que no hay tormento alguno que me haga titubear en la fe ni en la perseverancia. Vuelvo á decir que soy cristiana, y que ninguna cosa del mundo podrá hacerme perder esta ilustre cualidad.

Ofendido é irritado el padre al oir una determinacion tan resuelta, pasó de colérico á furioso, y perdiendo todo el sentimiento de humanidad, trató con bárbara crueldad á la santa hija. Hubiera espirado entre sus manos á la violencia de una espesa lluvia de palos que descargó sobre élla, si no se la hubieran arrancado de entre las garras; pero con la expresa condicion de que judicialmente sería entregada al Prefecto para que la juzgase y sentenciase segun los edictos de los emperadores tocante á la religion.

Al verla comparecer el Prefecto en su tribunal toda acardenalada, toda abollada por los crueles golpes que habia recibido, sintió que se volvia á encender el fuego de su pasion; y olvidado de que era juez, acordándose solo de que era amante, la dixo entre tierno y compadecido: *¿Qué encantos, Señora, qué hechizos puede haber inducido á una dama de vuestra calidad y de vuestro mérito á impresionaros en las extravagancias ridículas de los cristianos? ¿Ignorais por ventura las desdichas en que os precipitaria vuestra terquedad si no depneis cuanto antes esas vanísimas ideas? Pero sin entrar por ahora en materia de religion, ¿os habeis olvidado, Juliana, de la esperanza que me hicísteis concebir, y de los pasos que me obligásteis á dar? Deseábais verme colocado en empleo mas distinguido que el de mero senador, ya me veis aquí prefecto; ¿por qué deméritos he incurrido en vuestra indignacion desde que me veo en esta primera plaza? Creedme, Señora, creedme, mudad de parecer, sacrificad á los dioses; y poniendo en seguridad vuestra vida y vuestra honra, sed, como podeis, la primera señora de Nicomedia.*

A quien tiene la dicha de ser cristiana, replicó la Santa, *hacen muy poca impresion todos esos vanos honores. No suspiraba mi corazon por vuestro cargo, sino por vuestra salvacion. Deseaba apasionadamente veros renunciar el culto de esas quiméricas divinidades; y si es que te debo to-*

davía alguna inclinacion, no adores mas que al verdadero Dios, haciéndote cristiano.

No dexó de hacer alguna fuerza á Eluzo la súplica de Juliana, y se traslucian bien así por el ayre como por lo trémulo de la voz las dudas que le agitaban: *Bien quisiera*, la respondió, *condescender con vuestros deseos; pero ya veis que arriesgo los bienes, el empleo, la vida, todo lo arriesgo. Si me hago cristiano incurro en la desgracia del Emperador, y nunca me perdonará este delito. Pues qué, Señor, ¿vos temeis tanto á un príncipe mortal, y al mismo tiempo quereis que yo irrite la cólera del cielo por el mayor de todos los pecados?*

Conociendo el Prefecto que ya se comenzaba á sospechar que era cristiano, entró en una extraña cólera, y convertido el amor en furor, mandó despedazar el cuerpo de la Santa con azotes tan crueles, de un modo tan horrible, que se fatigaron las fuerzas de seis verdugos, quedando cansados y rendidos. Despues la mandó suspender por los cabellos; y en seis horas que duró este suplicio se le hinchó tanto el semblante, que quedó enteramente desfigurada y desconocida. Durante estos tormentos no alentó mas que estas palabras: *Señor mio Jesucristo, hijo único de Dios vivo, venid á socorredme.* Ofrecióla el Juez que la haria curar de sus heridas si queria sacrificar á los dioses: *No tengo necesidad*, le respondió, *de semejantes remedios; mi Salvador Jesucristo, en quien tengo colocada toda mi confianza, es bastante poderoso para hacerme triunfar de todos tus suplicios con vergonzosa confusion de los demonios, que son los principales autores de éllos.* Mas irritado el Tirano hizo destilar sobre todo su cuerpo estaño derretido, y que al mismo tiempo la abrasasen con hachas encendidas; pero viendo que todo era inútil, la mandó llevar á la cárcel.

Al entrar Juliana en un espantoso lóbrego calabozo, suplicó al Señor la diese fuerzas para tan duro combate. *No me abandoneis, Dios mio*, le decia, *en los tormentos que padezco por vuestra gloria; favorecedme como favorecísteis á los tres Niños en medio del horno, y á Daniel en el lago de los leones; en vos tengo puesta mi confianza: no seré eternamente confundida.*

Avergonzado el demonio al verse vencido por una don-

cellita de diez y ocho años, no perdonó á medio alguno para hacerle caer en sus lazos. Apareciósela en figura de ángel; pero la misma gracia que la habia hecho triunfar de toda la malicia de los hombres, la sacó fácilmente victoriosa de todo el artificio de los demonios.

Mientras tanto, esperando el Prefecto que los dolores y el tiempo podrian haber debilitado la constancia de nuestra Santa, mandó que la traxesen á su presencia; la adula, la ruega, la amenaza, la insta para que á lo menos quiera salvar aquel poco de vida que le resta sacrificando á los dioses; pero hallándola cada instante mas firme, despues de haberla hecho padecer la tortura y el fuego, de que la libró Dios milagrosamente, la sentenció por órden del emperador Maxîmiano á que la cortasen la cabeza, juntamente con ciento y treinta soldados que la misma Santa habia convertido. Sucedió el glorioso triunfo de santa Juliana el dia 16 de febrero por los años del Señor de 308.

Habiendo sido restituida la paz á la Iglesia por el grande emperador Constantino, pasando por Nicomedia para Roma una piadosa señora, llamada Sinfronia, obtuvo el cuerpo de santa Juliana; pero habiéndose embarcado, la obligó una furiosa tempestad á saltar en tierra cerca de la ciudad de Puzoli, donde la virtuosa matrona edificó un suntuoso templo en honra de nuestra Santa, y colocó en él sus preciosas reliquias. Allí estuvieron hasta que los lombardos destruyeron todo el pais, con cuya ocasion fueron trasladadas primero á Cumas, y despues á Nápoles, donde al presente son veneradas con mucha devocion.

La misa es del Comun de las vírgenes y mártires, y la oracion es la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Juliana virgo et martyr imploret: quæ tibi semper grata extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum

Suplicámoste, Señor, nos concedas el perdon de nuestros pecados por intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Juliana, que siempre te fue tan grata, así por el mérito de su virginal pureza,

nostrum Jesum Christum Filium tuum...

como por la gloriosa confesion de tu poder: Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo...

La epistola es del cap. 4. de la primera del apóstol san Pedro.

Charissimi: Nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis fit, quasi novi aliquid vobis contingat: sed communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriæ, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor: Si autem ut christianus, non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine.

Carísimos: No os admireis del fuego que se ha encendido contra vosotros para probaros, como si os sucediera una cosa no pensada, antes bien alegráos de participar de las penas de Cristo, para que tambien os alegreis y goceis cuando se manifieste su gloria. Pues si sois tratados con ignominia por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados; porque cuanto hay de honor, de gloria, y de virrud de Dios y de su espíritu reposa en vosotros. Ninguno de vosotros tenga que padecer en calidad de homicida, ó de ladron, ó de maldiciente, ó de asechador de lo ageno; pero si padece como cristiano, glorifique á Dios por tal nombre.

NOTA.

»Luego que san Pedro fue librado de las prisiones por »el ángel del Señor, volvió á Roma en el año de 44, des»de donde escribió esta epístola á los fieles del Ponto, Bi»thinia, Galacia, Asia y Capadocia, donde él mismo ha»bia fundado algunas iglesias. En élla da á Roma el nom»bre de Babilonia por ser la corte del imperio, y como »el trono de la idolatría. Fue copiada ó traducida esta »epístola por el evangelista san Marcos, discípulo espe»cialmente querido de san Pedro. Está llena de una ma»gestad apostólica, y en pocas palabras encierra grandes »sentidos.

REFLEXIONES.

Nolite peregrinari in fervore, qui ad tentationem vobis fit, quasi novi aliquid vobis contingat. Tiene mucha ra-

zon el apóstol san Pedro en prevenir á aquellos fervorosos fieles que no extrañasen como cosa nueva el que se encendiese contra éllos el fuego de la persecucion; antes por el contrario, sería muy extraño que siendo tan fervorosos y tan santos como erán, dexasen de ser perseguidos. Las contradicciones son el carácter de las obras del Señor, y las persecuciones lo son de sus verdaderos siervos. ¿Qué santo no pasó por esta prueba? No es mas el siervo que su señor, dice el mismo Jesucristo (*Joan.* 15.). Si yo fui perseguido, tambien vosotros lo sereis. Mala señal si el mundo nos perdonára. Choca á la razon el ver como son tratados comunmente los buenos. Aquellos hombres llenos del espíritu de Dios, de una caridad pura y sobrenatural, de una intencion recta, que solo estudian en cumplir con su obligacion, que solo se ocupan en hacer el bien que pueden, éstos son verdaderamente respetables por su virtud; son dignos de la estimacion pública por sus buenos exemplos; con todo eso, éstos son aquellos amigos de Dios de que no es merecedor el mundo; éstos los que el mundo no puede sufrir; éstos aquellos héroes cristianos contra quienes labra la murmuracion, á quienes la emulacion persigue, y cuyo resplandor se esfuerza á obscurecer la calumnia. ¡Qué burla no se hace de su reforma! ¡qué satíricas, qué mordaces chanzonetas de su circunspecto porte! ¡qué interpretaciones malignas de sus exemplares acciones! ¡qué persecuciones sangrientas contra sus celosos intentos! mientras que los mundanos, los disolutos son celebrados y aplaudidos, mientras que disfrutan todas las honras, todas las dulzuras de la sociedad civil: *Sed communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriæ ejus gaudeatis exultantes.* Pero no importa, bendecid, almas justas, mil veces al Señor porque se digna haceros participantes de su cruz y de sus trabajos, alegráos, regocijáos, y rectifique vuestra fe á vuestra razon. Este fuego solamente se ha encendido para purificar vuestra virtud; acordáos que no hay mayor honra que cuando se padece alguna afrenta, algun oprobio en nombre de Jesucristo; esto es, por seguir su santa ley, sus máximas y sus consejos. *Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis.* Desengañémonos, que los honores, la gloria con que el mundo nos brinda nada tienen de sólido, son á lo

mas unas ideas que á la verdad nos lisonjean, pero que dependen de tantas causas, todas á cual mas caducas, á cual mas perecederas, que no pueden subsistir largo tiempo. No hay gloria verdadera sino la que se funda en la virtud cristiana. Mas que los hombres rehusen cuanto quisieren el honor que se debe á la virtud, no por eso pierde nada de su mérito; tiempo vendrá en que estos mismos hombres la hagan justicia, en que la restituyan lo que la deben, en que confiesen que fueron necios, que fueron insensatos en buscar en otra parte su gloria y su felicidad. ¡Qué gozo, mi Dios, para los buenos cuando se acabe la comedia que se representa en este gran teatro del mundo; cuando se desvanezcan las erradas aprensiones de que estamos preocupados; cuando unidas todas las ideas se conformarán á la regla de la buena razon! ¡Qué asombrados quedarán entonces muchos! ¡cuántos exclamarán: *O insensati*! ¡O extravagantes! ¡ó locos! ¡ó insensatos! Nosotros perseguimos al justo; y ves aquí que solo él merecia propiamente nuestra estimacion, nuestra veneracion, nuestro respeto.

El evangelio es del cap. 13. de san Marcos.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Videte autem vosmetispos. Tradent enim vos in conciliis, et in sinagogis vapulabitis, et ante præsides, et reges stabitis propter me, in testimonium illis. Et in omnes gentes primum oportet prædicari evangelium. Et cùm duxerint vos tradentes: nolite præcogitare quid loquamini: sed quod datum vobis fuerit in illa hora: id loquimini: Non enim vos estis loquentes, sed Spiritus sanctus. Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et consurgent filii in parentes, et morte afficient eos. Et eritis

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Atended á vosotros mismos. Porque os entregarán á los concilios, y sereis azotados en las sinagogas, y sereis, por mi causa, conducidos delante de los presidentes. y de los reyes, en testimonio para éllos. Y es necesario que primero sea predicado el evangelio á todas las naciones. Y cuando os llevaren á encarcelaros, no os pongais á premeditar lo que habeis de decir; sino hablad lo que en aquella hora os fuere sugerido: porque no sois vosotros los que hablais, sino el Espíritu santo. El hermano, pues, entregará á la muerte á su hermano, y el padre á su hijo: y

odio omnibus propter nomen meum. Qui autem sustinuerit in finem, hic salvus erit.

se rebelarán los hijos contra los padres, y los harán morir. Y sereis aborrecibles para todos por causa de mi nombre. Pero el que sufra hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la perseverancia

PUNTO PRIMERO.

Considera que no basta haber comenzado bien, ni aun haber corrido felizmente una parte de la carrera; es menester perseverar hasta el fin para salvarse. En el combate se admira el valor; pero solo al que vence se le ciñe la corona. El que echa mano al arado, dice el Salvador, y mira ácia atrás, no es á propósito para el reyno de los cielos.

¿Cuántos réprobos, á quienes muchos dias de inocencia, y aun muchos años de fervor y de regularidad prometian asegurar la vida eterna, gimen al presente en el infierno, y lloran su falta de perseverancia?

En los predestinados no se busca el principio, sino el fin. Judas acabó mal, y comenzó bien; Pablo acabó bien, y comenzó mal; por eso Judas es reprobado, y Pablo es elevado á la gloria. ¡Mi Dios, qué objeto mas digno de nuestra atencion y de nuestro temor! Del fin pende la suerte, y la diferencia de los hombres en la otra vida. En vano habrémos pasado siglos enteros en el exercicio de todas las virtudes; un solo pecado mortal, y morir en este pecado, basta para que Dios nos repruebe, para estar eternamente en su desgracia.

Bienaventurado el hombre, exclama el Sabio, que está siempre asustado con un santo temor: *Beatus vir, qui semper est pavidus* (*Prov.* 28.). ¡Con cuánta razon nos aconseja el Apóstol que trabajemos en nuestra salvacion con temor y temblor; ¡y qué prudentes fueron los santos, no solo en desviarse de toda ocasion de caer, sino en renovar cada dia su furor, como si entonces comenzasen, y en no volver los ojos á lo que habian andado, sino á lo que les restaba que andar! Aun de todos aquellos que

viven virtuosamente, que hacen estas reflexiones, que siguen con mayor perfeccion los consejos del evangelio, solamente se salvarán los que perseveraren hasta el fin. ¿Y despues de esto se mirará muy á sangre fria la inconstancia en la virtud, la perpétua variedad en el fervor, la indevocion, y aun quizá las frecuentes recaidas? ¡Ah, Señor, y qué justo, pero que triste motivo de dolor me está ofreciendo la poca perseverancia que he tenido hasta aquí en vuestro santo servicio!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque el don de la perseverancia es pura gracia del Señor, siempre es culpa nuestra si no perseveramos. No ignoraba el Salvador la flaqueza del corazon humano, ni la violencia de las tentaciones, ni la multitud de los peligros; antes acababa de hacer una viva pintura de esto á sus discípulos. Vuestros parientes mas cercanos os perseguirán, el mundo os mirará con horror, perpétuamente os estará armando lazos y tendiendo redes. Pero tambien sabia este amable Salvador, que á ninguno faltaria su gracia; por eso añade inmediatamente, que ninguno se salvará, ni aun de aquellos mismos que habian confesado su santo nombre, sino el que perseverase hasta el fin: *Qui autem sustinuerit in finem, hic salvus erit.* ¿Pues qué deberán pensar de su eterno destino aquellos cuyas conversiones están interrumpidas con tantas reincidencias?

El camino que nos conduce al reyno de los cielos es la perseverancia en los exercicios de una vida cristiana. A la verdad que este reyno solo se concede á la perseverancia final, que siempre es pura gracia; ¿pero cómo se perseverará hasta la muerte sino se persevera durante la vida? ¿Esos descaminos tan frecuentes no nos desvian del camino? ¿Y encontrarémos este término cuando le busquemos, si al fin de la vida nos hallamos muy distantes de él?

¡O insensatos gálatas! gritaba el Apóstol, ¿quién os fascinó, quién os pervirtió con una especie de encanto, para que tan cobarde y tan vergonzosamente abandonáseis el partido de la virtud? ¿Con cuánta razon podria hacer á muchos la misma pregunta? ¿Qué se hicieron aquellos santos propósitos, aquellas grandes trazas, aquel plan

de conversion y de reforma? Tú hiciste á Dios mil protestas al pie de los altares; tú has dado tantas palabras expresas á los confesores en el santo tribunal de la penitencia; tú debieras ser ahora muy regular y muy edificativo; ¿pero eres acaso mejor cristiano? ¿No has vuelto á ver aquella persona, escollo fatal de tu firmeza, y de tu constancia? ¿no te has vuelto á meter en aquellas ocasiones de tanto peligro para ti? ¿te has enmendado del todo en esos discursos libres, en esas conversaciones desahogadas, ó por lo menos atestadas de murmuracion y de faltas de caridad?

Habias echado ya los fundamentos de una vida cristiana, y aun espiritual; ¿quién te quitó que levantases ese santo edificio? Esperábase mucho de unos principios tan felices, y en un momento se desvanecieron todas esas esperanzas. Si al fin se habia de parar en esto, ¿para qué fue meter tanto ruido, y adelantar tantos pasos? ¿para qué acercarte tanto á la fuente de las gracias? Los motivos de tu primera conversion todavía subsisten; los mismos son hoy que entonces eran: *Christus heri, et hodie, ipse et in secula.* Cuando di palabra á Dios de mirar siempre con horror este pecado, de huir la ocasion de cometerle, de entablar una vida regular y fervorosa, creí firmemente que así me lo dictaba mi religion y mi conciencia. ¿Engañéme acaso en eso? ¿No era el espíritu de Dios el que me hacia pensar y obrar de aquella manera? ¡Mi Dios, qué motivos tan poderosos, y aun qué auxîlios tan eficaces para perseverar son estas mismas reflexîones! ¿Pues por qué no las haré, y por qué no me aprovecharé de éllas? Hágolas, Señor, y por vuestra gracia las hago; no permitais que sean inútiles; yo os pido esta constancia, esta firmeza, esta perseverancia durante la vida, esperando me concedais la gracia de que se continúe hasta la muerte.

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis: ut non moveantur vestigia mea. Salmo 16.

Perfeccionad, Señor, asegurad los pasos que he comenzado á dar en el camino de vuestro servicio; de tal manera, que ninguna cosa del mundo sea capaz de hacerme volver pies atrás.

¿Quis nos separabit á charitate Christi? Rom. 8. Nadie será capaz de apartarme, de entibiarme en el amor de mi Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

Aunque parece cierto, así por la vocacion que nos previene, como por la perseverancia final que nos corona, que la bondad que nos salva es totalmente gratuita; con todo eso es fuera de toda controversia que la reprobacion siempre es obra de nuestras manos, y que no hay réprobo alguno que si hubiera querido no pudiese perseverar en gracia. Mira ahora cuánto te importa no perder un don, sin el cual todos los demas te son inútiles. El Señor te ha hecho la singular gracia de volverte á poner en carrera de salvacion; corre de suerte que merezcas el premio y la corona. El medio eficaz es ser toda la vida sumamente fiel en las mas menudas observancias de la ley. Quien fuere fiel en cosas pequeñas, dice Jesucristo, lo será tambien en las grandes (*Luc.* 16.). El que despreciare las menudencias, añade el Sábio, caerá poco á poco (*Eccl.* 19.). Una gotera no es mas que una gotera; pero con la continuacion pudre la madera, y poco á poco arruina toda la casa. ¿Quieres evitar el naufragio? dice san Buenaventura; pues no te contentes con evitar los escollos; una rendija mal calafeteada por donde pueda entrar el agua imperceptiblemente, basta y sobra para colar á fondo el navío. ¿Quieres estar lejos de las culpas graves? pues aplica cada dia mayor atencion, haz mas firme resolucion de no incurrir aun en las mas ligeras. Teme en cierta manera (por decirlo así con san Gregorio el grande), teme mas en cierta manera á éstas como mas peligrosas, que á aquéllas como mas funestas. No darás grandes caidas mientras tuvieres mucho cuidado de evitar aun los tropiezos. Si te hallas en el estado religioso, no hay peligro de que quebrantes los votos mientras guardáres con la mayor exáctitud las menores reglas. Si estás en el siglo, observarás religiosamente los mandamientos mientras te esforzáres á seguir con fidelidad los consejos. Haz hoy un nuevo propósito de no dispensarte jamas ni aun en el mas mínimo exercicio espiritual. La confesion al tiempo señalado por el

director, la visita del santísimo Sacramento, la leccion espiritual, ciertas piadosas devociones con la santísima Vírgen y con el santo Angel de la Guarda, ciertas observancias de la religion, una pureza de conciencia, que llegue á ser delicadeza; todo esto, por decirlo así, juntamente con la virtud, nutre la perseverancia. Son estos actos de supererogacion como las fortificaciones exteriores, ó como las obras abanzadas, que tienen entretenido al enemigo lejos de la plaza. En destruyéndose el cercado, dice la Escritura, entra la serpiente y muerde (*Ecclesiast.* 10.).

2 Es la perseverancia un don de Dios tan precioso y tan necesario, que se le debe estar pidiendo contínuamente á su Magestad; por eso es una devocion muy santa y muy importante la de hacer todos los dias en la misa alguna oracion particular, pidiendo al Señor el don de la perseverancia, y singularmente la gracia final, que es la que decide de nuestra eterna suerte. Algunos se sirven de la misma oracion que hacia el profeta David, cuando decia á Dios: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prævalui adversus eum*: Abridme, Señor, los ojos, para que viva toda mi vida tan despierto y tan atento á los lazos que me arma mi enemigo, que evitándolos, no muera en desgracia vuestra, ni él tenga la maligna satisfaccion de gloriarse de que me ha vencido. Otros, no contentos con hacer esta oracion particular en la misa, repiten muchas veces entre dia estas ó semejantes palabras: *Divino Salvador mio, dadme gracia para no descaecer jamás en vuestro santo servicio, y para perseverar hasta el fin en vuestro divino amor.*

DIA DIEZ Y SIETE.

San Silvino, obispo.

Nació san Silvino en Tolosa ácia el fin del siglo séptimo; y como era de una familia ilustrísima del Langüedoc, se vió precisado á pasar los primeros años de su

juventud en la corte de Childerico II, y de Thierry III. Era muy peligroso el puesto para un joven de buena disposicion, de mucho despejo, y que lograba el favor del Príncipe; ni hubiera sido facil conservarse en la inocencia, si su bello natural, y la cristiana educacion que habia recibido de sus padres, no fuesen sostenidas con especiales auxîlios del cielo, á los cuales correspondió siempre Silvino con mucha fidelidad.

Por estas bellas prendas, que le habian grangeado la estimacion del rey y de toda la corte, por la pureza de sus costumbres, por su conocido ingenio, y por su raro mérito, era tenido en toda la provincia por el señor mas cabal y mas cumplido de su tiempo. Pensaban sus padres en darle estado, y las mas nobles casas del Langüedoc solicitaban con ansia el honor de su alianza; pero eran muy distintos los designios del Señor que le habia prevenido con tan particulares bendiciones de dulzura.

Propusiéronle sus padres una boda con cierta señorita de las mas nobles, y de las prendas mas escogidas de todo el pais. Silvino, aunque estaba muy ageno de pensar en un estado tan poco conveniente á las grandes ideas de perfeccion que siempre meditaba, juzgó que despues de representar modestamente su repugnancia, debia rendirse á la voluntad de sus padres; esperando que el Señor, á quien estaban patentes las mas ocultas intenciones de su corazon, y su perfecto rendimiento á sus soberanas disposiciones, conduciria todas las cosas á sus fines. Celebráronse los desposorios con magnificencia y con alegría; pero Dios, que de tiempo en tiempo se complace de dar á su Iglesia dechados insignes de un perfecto desasimiento, y de una magnanimidad verdaderamente cristiana para confundir á los cobardes y á los imperfectos, hizo conocer tambien á nuestro Santo la vanidad y el caduco ser de todas estas que se llaman conveniencias perecederas, juntamente con el ventajoso partido que se saca en no admitir otros lazos que los que nos unen mas estrechamente con nuestro Dios, que resolvió romper los que acababa de formar, y todavía estaban en tiempo de deshacerse, por ser unos meros esponsales de futuro, determinándose á seguir el estado eclesiástico.

Libre ya de unos grillos que esclavizan, se aplicó únicamente á agradar al Soberano dueño á quien servia; y habiéndose dispuesto para el sacerdocio con el exercicio de todas las virtudes, recibió los órdenes sagrados.

Para poder seguir á Jesucristo con menos embarazo, se desterró voluntariamente de su patria y de sus parientes; pero ántes de fixar el sitio donde habia de retirarse, emprendió diferentes peregrinaciones á varios santuarios, para conseguir de Dios, por intercesion de los santos, cuyos sepulcros visitaba, la gracia que habia menester para lograr la perfeccion á que aspiraba.

Despues de haber visitado los principales santuarios de Europa, dexando en todas partes grandes monumentos de su piedad y de su celo, emprendió la peregrinacion de la Tierra santa en Palestina, para imprimir mas vivamente en su alma la memoria de la dolorosa pasion de nuestro Redentor con la vista de aquella tierra regada con su preciosísima sangre. Hizo todos estos viages con mucha pobreza y con grandes trabajos, predicando humildad y penitencia con su trage, con su pobre alimento, y con todo lo que representaba.

Tiénese por cierto que al volver de Palestina pasó segunda vez por Roma, y que con esta ocasion, conociendo el Papa la eminente virtud de san Silvino, sus raros talentos, y su ardiente celo por la salvacion de las almas, le consagró obispo. Los dos hermanos Santa Marta (célebres críticos de Francia) aseguran, que fue obispo de Tolosa, y sucesor de san Eremberto el año de 690; otros creen que lo fuese de Ternua, donde es cierto que trabajó mucho, y muy gloriosamente; pero no pocos son de parecer que no estuvo aligado á iglesia alguna particular, y que solo fue obispo apostólico, por otro nombre Religionario, y que recibió del Papa, así la consagracion, como la mision apostólica para dedicarse á la conversion de los gentiles en cualquiera diócesi donde se hallase.

Habiendo vuelto á pasar los Alpes, entró en Aquitania, donde se puede decir que estaba casi por desmontar la viña del Señor. Trabajó con tanto fervor, y con tanta felicidad, que en poco tiempo reflorecío la religion, estableciéndose la piedad en todas partes, de manera

que parecia no dexar mas que desear á su celo.

Resolvió, pues, ir á buscar nueva mies en los Paises Baxos; y allí se detuvo largo tiempo, especialmente en la diócesis de Teruena, donde halló un campo muy dilatado para su cultivo, no solo por la multitud de gentiles que se encontraban todavía, especialmente en las aldeas y lugares pequeños, sino en los mismos cristianos, que como mezclados con los infieles, vivian en mil groseros errores, y en una espantosa corruptela de costumbres.

Sirvió maravillosamente para dar mayor eficacia á su celo la fama que se habia anticipado de la santidad del nuevo apóstol, y mucho mas la experiencia de que en nada era inferior á la fama. Encantaba á todos su paciencia y su humildad; admiraban su desinteres y su penitencia; su afabilidad y su dulzura conquistaban los corazones; y en fin, haciéndose todo á todos, ganaba á todos para Jesucristo.

Por espacio de cuarenta años no se sustentó mas que con yerbas, y con raices, prohibiéndose enteramente el uso del pan. Ademas de un áspero cilicio, de que no se desnudó hasta la muerte, rodeaba sus carnes con varios cintos de hierros, sembrados de puntas tan agudas y tan apiñadas, que todo el cuerpo era una sola llaga. Dormia, ó en el duro suelo, ó en una tabla desnuda, para tomar menos descanso; y en medio de tan asombrosa penitencia todavía juzgaba que tenia una vida muy regalona; pero lo mas admirable era, que siendo para sí tan áspero y tan austéro, era la misma dulzura para con los pecadores.

Su casa fue siempre la casa de los pobres, y siempre tenia que darlos, porque su misma abstinencia se lo ofrecia. Predicaba todos los dias, y al dia predicaba muchas veces; lo restante lo empleaba en instruir, en confesar, y en visitar á los enfermos. Su celo hizo mudar presto de semblante á todo el pais; y en medio de aquellos pueblos, hasta entonces medio gentiles, se vió revivir el fervor de los primitivos cristianos.

Sobre todo, tenia muy impreso en el alma, que el oficio divino se celebrase con magestad; que las iglesias estuviesen ricamente adornadas; que todo lo que sirvie-

se al altar, y á los sagrados misterios fuese precioso; y que se cantase todos los dias la misa con pompa y con solemnidad. Inspiró á todos aquellos pueblos un singular respeto y una suma veneracion á los templos del Señor, disponiendo que siempre estuviese alguno en oracion; pudiéndose decir de nuestro Santo, que fue el inventor de la piadosísima devocion de la oracion contínua. Exhausto de fuerzas con tantos trabajos, parecia que se le aumentaba el celo á proporcion que las fuerzas del cuerpo se disminuían. En fin, despues de haber trabajado con asombroso fruto en Teruana, en Bolonia, en Cales, y en todas aquellas cercanías, habiendo perdido la esperanza de conseguir la corona del martirio con derramamiento de su sangre, como ardientemente lo habia deseado, y no permitiéndole sus achaques corporales retirarse á un desierto para acabar en él sus dias, como toda la vida lo habia apetecido, se retiró á Auchi en el condado de Artois, lugar pequeño de la diócesi de Teruana, á la orilla del poco caudaloso rio Ternois, cerca de Hesdin. Allí cayó enfermo, y tuvo revelacion del dia de su muerte. Todos los dias que le duró la enfermedad oyó misa, y recibió la sagrada comunion. La noche de un sábado, dia consagrado á la santísima Vírgen, de quien toda la vida habia sido ternísimamente devoto, vió una tropa de espíritus angélicos, que venian como á convidarle á que fuese á tomar posesion de la gloria que el Señor le tenia preparada. Sintióse tan excesivamente transportado de alegría, que comenzó á exclamar sin poderse contener: *Mirad, mirad á los santos ángeles, que se nos acercan, y nos convidan á que los sigamos.* Diciendo estas palabras, acompañadas de un ardentísimo amor de Dios, y de una tierna confianza en su Magestad, espiró el dia 15 de febrero del año 718. El conde Adalscar, y la condesa Aneglia su muger, señores de Auchi, hicieron enterrar el cuerpo de nuestro Santo con una magnificencia y con una pompa que tenia mucho de triunfo. El dia 18 del mismo mes de febrero fue conducido á la nueva iglesia del monasterio de religiosas, que los Condes acababan de fundar para su hija Sicilda, primera abadesa del mismo monasterio, la cual adornó con preciosas láminas de oro, y con ricas coronas el sepulcro de nues-

tro Santo, que en poco tiempo se hizo célebre en toda Francia por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion.

El año de 880 entraron los normandos en el pais, destruyéndole y talándole, con cuya ocasion fueron trasladadas á Herstal, cerca de Lieja, las reliquias de san Silvino, y desde allí fueron llevadas á la abadía de Besa, donde estuvieron como en depósito hasta el año de 951, en que el conde de Flandes Arnoldo I. las hizo trasportar á San-Omer en la abadía de san Beetin, donde se veneran al presente, á excepcion de una parte de éllas que se concedió á los monges de Auchi.

La misa es la que se dice del Comun de confesor pontífice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Sylvini, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad de tu bienaventurado confesor y pontífice Silvino; y así como él te sirvió dignamente, así tambien esperamos que por su intercesion nos libres de todos nuestros pecados: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 13. del apóstol san Pablo á los hebreos.

Fratres: Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus Christus heri, et hodiè, ipse, et in secula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratia stabilire cor, non escis, quæ non profuerunt ambulantibus in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt. Quorum

Hermanos: Acordáos de vuestros prelados, los cuales os anunciaron la palabra de Dios; de los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer, y hoy, y el mismo es por los siglos. No os dexeis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa excelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas, que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos aún altar, del cual no tienen derecho á participar los que sir-

enim animalium infertus sanguis pro peccato in Sancta per pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra: improperium ejus portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo: id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. Beneficentiæ autem, et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur, Deus. Obedite præpositis vestris et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

ven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al Sancta Sanctorum por el pecado, son quemados fuera del poblado. Por lo cual tambien Jesus, para santificar el pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él fuera de poblado, llevando su improperio. Porque aquí no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no querais olvidaros de la beneficencia, ni de la comunion de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estad sujetos á éllos, porque éllos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

NOTA.

»Ya se ha dicho en otra parte que hallándose todavía en Roma el apostól san Pablo el año del Señor de 63, escribió á los hebreos; esto es, á los judíos convertidos que estaban en Jerusalen y en Palestina, para confirmarlos en la fe, y para alentarlos á sufrir con paciencia la persecucion que padecian de los otros judíos. En este capítulo les muestra la ventaja que hace el altar y el sacrificio del Testamento nuevo al antiguo; pues la víctima de nuestro sacrificio es el mismo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Podemos decir, que no solo somos discípulos, sino hijos de los santos. ¿Pero nos honramos aca-

so de tener tales maestros? ¿Y no degeneramos de la santidad de nuestro origen? ¿somos muy semejantes á estos grandes dechados de virtud? ¿imitamos su fe? ¿nos conformamos con sus máxîmas? ¿seguimos sus exemplos? ¿cuánta diferencia hay de sus costumbres á las nuestras? Pues la misma habrá tambien en nuestra eterna suerte y en la suya. *Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in secula*: el mismo Cristo, las mismas verdades, la misma doctrina, las mismas máxîmas tenemos que éllos. La fe y la Iglesia de nuestro tiempo es la misma que la de los apóstoles. No tenemos diferente evangelio que el que tuvieron los primeros cristianos. Todos tenemos una misma regla para las costumbres, una misma regla para el amor, una misma regla para la esperanza. Como no hay otro camino para ir al cielo, que el que Jesucristo nos abrió, es indispensablemente necesario que sigamos sus pisadas. Jesucristo es el mismo hoy que era ayer, ni su doctrina puede padecer mudanza, ni su moral alteracion. ¡Qué manantial de reflexîones, y qué justísimo motivo de mil temerosos espantos en este doloroso cotejo de costumbres, de máxîmas y de conducta! ¿Es posible que nada vamos á arriesgar en parecernos tan poco á los primeros cristianos? ¿y será título suficiente para autorizar nuestra estragada vida la corrupcion y el desórden del siglo en que vivimos? *Doctrinis variis et peregrinis nolite abduri*: guardáos bien, añade el Apóstol, de dexaros llevar de la variedad de opiniones, y de tomar gusto á doctrinas nuevas y peregrinas. Y ciertamente, ¿qué mayor error, qué mayor locura que preferir las fantásticas, las temerarias ideas de algunos vanos ingenios, á la pura doctrina de Jesucristo, cuya única depositaria es la santa Iglesia católica? Ningun herege ha habido que no se haya jactado de enseñar el evangelio puro. Aquella afectada apariencia de modestia y de severidad; aquel vano aparato de reforma, que ha sido siempre comun á todos los enemigos de la Iglesia, su fin se tiene; por este medio, dice san Pablo, han engañado á los sencillos y á los simples; pero los que se han dexado deslumbrar de esas vanas exterioridades, ¿serán excusables de haber caido en semejantes lazos? ¿No es de fe que no hay salvacion fuera de la santa Iglesia, que el que se aparta

de élla se descamina, y necesariamente se precipita en el error? ¿Si se suscita variedad de opiniones, acudamos al oráculo, pues ya proveyó Jesucristo de remedio infalible para curar estos achaques, y para sosegar estas inquietudes del espíritu humano, dexando su santo Espíritu en la Iglesia. ¿Habla ésta? pues calle y enmudezca todo espíritu. *Obedite præpositis vestris, et subjacete eis*: Obedeced, continúa el Apóstol, á los que están destinados para gobernar. Nunca se conoce mejor el espíritu del error, que en la falta de sumision; es inseparable de la terquedad y de la sedicion. Muy digno de compasion es aquel en quien el espíritu y el corazon se ponen de acuerdo para perseverar en el engaño.

El evangelio es del capítulo 11. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio: sed super candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debaxo de un medio celemin, sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en ti, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De la pureza de intencion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Dios no es menos necesariamente nuestro último fin, que es nuestro primer principio; y que así

como nada hay en nosotros que no provenga de Dios, así tampoco nada debe haber que no se refiera al mismo Dios; deseos, intentos, máxîmas, empresas, Dios debe ser el primer móvil, el principal motivo, el único objeto de todo. Las obras que no están selladas con este sello, son de ningun valor. Sentado este principio, pregunto: ¿Somos ricos de buenas obras?

La intencion es la que caracteriza. Las mejores acciones no solo pierden su precio por la falta de recta intencion, sino que son frutos podridos luego que se hacen con intencion viciosa. Las limosnas y las penitencias farisáicas, son penitencias y limosnas perdidas. Todo su fruto y todo su mérito es una vana ostentacion, que no pocas veces solo produce el menosprecio. Esta es aquella vista pura, aquella vista clara, por cuyo medio se deriva la luz á todo el cuerpo: *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit.* ¡Mi Dios, qué compasion no trabajar únicamente por vos!

Aunque no nos obligara tan estrechamente la misma justicia á referir todas nuestras acciones á Dios, debiera empeñarnos en eso nuestro propio interes. No hay accion buena, que la buena intencion no la haga mejor; no hay accion, por baxa que parezca, que no la eleve esta recta intencion. Aquellas dos drachmas que ofreció la pobre viuda no valian mas que la cuarta parte de un sueldo romano; y no obstante por declaracion del mismo Salvador esta pobre viuda ofreció mas que todos los otros juntos. No tiene Dios necesidad de nuestros bienes; para nada ha menester nuestros servicios ruidosos, ni aun nuestros sacrificios; solo quiere nuestro corazon, solo atiende al motivo de nuestras operaciones; y rigurosamente hablando solo exâmina, y solo premia nuestras intenciones. ¡Buen Dios, qué secreto tan admirable para enriquecerse en poco tiempo y con facilidad! ¿Mereceremos bien nuestra pobreza y nuestra miseria, si pudiendo salir de élla á tan poca costa, y con tanta ganancia, despreciamos un medio tan útil y tan fácil?

Comprendamos bien el mérito de este admirable secreto. ¿No es grande ventaja poder arribar á una santidad extraordinaria sin hacer mas que una vida muy comun, juntar grandes tesoros para el cielo sin especial fati-

ga, hacer grandes méritos sin ser necesario hacer grandes acciones? Pues todo esto es efecto de la pureza de intencion; estos maravillosos efectos produce la pureza del motivo; el mirar á Dios en todas las acciones, el deseo puro y perfecto de agradarle.

¡Qué pérdidas no he hecho, mi Dios, por haberos perdido de vista en la mayor parte de mis acciones! Dadme gracia para que me aproveche de las que me restan que hacer.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué digno de compasion es quien trabaja, y no trabaja por Dios. Padézcase lo que se padeciere, afánese lo que se afanare, háganse las cosas grandes que se hicieren, todo se olvida, todo se sepulta con nosotros: nada se toma en cuenta en la otra vida, sino lo que se hizo por Dios. ¡Mi Dios, y qué de trabajos perdidos en ésta! Se afana, se suda, se sacrifica el descanso, se gasta la salud; ¿y por quién, cuando no es por Dios? ¿Qué se gana cuando se trabaja tanto por otro? ¿Un instante despues de la muerte qué consuelo, qué gusto se hallará en lo que se ha trabajado por los hombres hasta, aquella hora?

¡O qué sudor tan perdido el que se gasta en servicio del mundo! ¿Hay amo mas duro, mas intratable, mas ingrato? ¿Pero le hay tampoco mejor servido? ¿Qué cosas no pide á los que le sirven? sudores, puntualidad, dependencia, esclavitud. Y despues de todo, ¿con qué los premia, con qué los recompensa? Muchas veces, aunque se hayan tenido los mejores deseos, aunque se hayan aplicado los medios mas laboriosos, si no corresponde al suceso, nada de lo que has hecho se te agradece. Pasarás años enteros en hacer méritos, y aun siquiera se repara en lo que haces; pero descuídate en alguna cosilla, aunque sea la mas leve, aunque sea por inadvertencia, se te desprecia, se te despide, se te arroja, no se hace caso de ti. Ni hay que alegar la buena voluntad, porque esa moneda no pasa en el mundo. En él solo se juzga del mérito de las acciones por el suceso malo ó bueno. Y despues de todo, cuando el suceso es bueno, ¿con qué le premia?

¡Ah, que es mucho mas fácil dar gusto á Dios! no es

menester tanto estudio, ni tanta violencia, ni tanto artificio. Cierto estoy que le doy gusto solo con querer sinceramente dársele; agradece todo cuanto hago por su gloria, y recibe en cuenta no solo lo que hago, sino aun lo que no puedo hacer, cuando quisiera hacerlo por su amor; atiende mas á la intencion y al deseo, que á la misma accion. ¡O qué cosa tan dulce el servir á tan buen amo! ¡mas ó! ¡y qué desconsuelo haberle conocido tan poco, y haberle servido tan mal!

¿Qué es lo que yo busco en mis acciones, Dios mio, cuando no os busco á vos? La estimacion de los hombres ¿qué cosa mas vana? Algun aplauso ¿qué cosa mas hueca? Mi propia satisfaccion, mi propio gusto ¿qué cosa mas superficial y menos duradera? ¿Pero será posible que yo conozca todas estas verdades, y que no por eso dexe de ser ni mas perfecto ni menos imprudente? Todo lo espero, Señor, de vuestra misericordia, y lleno de una dulce confianza, me atrevo á proponer que de hoy en adelante sereis vos el único objeto, el único motivo y el fin principal de todas mis acciones.

JACULATORIAS.

Oculi mei semper ad Dominum. Salm. 24.

Siempre tendré fixos mis ojos en el Señor.

Deus meus es tu, et confitebor tibi: Deus meus es tu, et exaltabo te. Salm. 117.

Tú eres mi Dios, y en todas mis acciones te rendiré vasallage; tú eres mi Dios, y en todo cuanto hiciere atenderé siempre á tu gloria.

PROPOSITOS.

Dice el Sabio, que el justo en cortos dias de duracion corre largos años de vida, porque son dias llenos todos los que vive. Este secreto se debe á la pureza de intencion; élla hace virtuosas las acciones mas comunes, y mas indiferentes; élla cuida de que nada se pierda, y por esta piadosa industria se enriquece el alma en poco tiempo. Ni hay que pensar que esta sea una pura piadosa devocion; es una obligacion esencial de nuestra religion, que nos manda poner todas nuestras acciones á

ganancias para la otra vida. Gran pérdida y gran falta será descuidarnos en este deber. Toma una fuerte resolucion de evitar de aquí adelante este doble motivo de arrepentimiento, propon firmemente no hacer cosa por mera inclinacion, por genio, por humor, por capricho, ni mucho menos por pasion; no te contentes con la intencion general que debes hacer por la mañana al tiempo de ofrecer las obras, de dirigir á Dios todas las acciones del dia; ten cuidado de purificar la intencion al principio de cada obra particular. Era costumbre de los mayores santos no emprender cosa alguna sin levantar los ojos al cielo, y decir: Señor, por vuestro amor voy á hacer esta obra. San Ignacio queria que aun durante la misma se renovase muchas veces la misma pureza de intencion. El que está bien persuadido á que todo lo que no se hace con buen fin es obra perdida, conoce la necesidad que hay de reflexîonar frecuentemente el motivo por que se trabaja. Ten presente en tu memoria, pero ten mucho mas altamente grabada en tu corazon esta leccion importantísima del Apóstol: *Ora comais, ora bebais, ora hagais cualquiera otra cosa; hacedlo todo á mayor gloria de Dios.* Muchos, como dice el profeta Ageo, llevan el dinero del jornal en saco roto; siembran mucho y cogen poco por falta de pureza de intencion. Mira siempre ésta como una de las obligaciones mas importantes del cristiano. ¿Vas á comer, vas á descansar? ¿vuelves á los exercicios de tu empleo, á los ministerios de tu ocupacion? ¿tomas alguna diversion honesta, algun desahogo, algun decente recreo? procura que sea siempre Dios el principio y el fin de todo, y dile: Señor, en nada de esto busco ni mi satisfaccion, ni mi interes, ni mi gloria; deseo hacerlo todo únicamente por agradaros á vos. Ten presente que la mejor intencion nunca puede hacer buena una mala accion; pero la mejor accion puede viciarse, y se vicia cuando es mala la intencion. Esto te hará comprender el mérito y la importancia de la pureza de intencion.

2 El amor propio es muy ingenioso para engañarnos, y nosotros muy fáciles en dexarnos engañar. No pocas veces nos movemos únicamente por su impulso, y estamos muy persuadidos á que nos gobernamos por la impresion de la gracia. Parécenos que trabajamos por la glo-

ria de Dios, y en realidad solo trabajamos por nuestra propia gloria; hácenos traicion el corazon; ¿quieres conocer si Dios es el verdadero motivo y el fin de todas tus acciones? pues atiende con cuidado á las señas siguentes. Primera: Si en los buenos sucesos ó en las buenas obras no te complaces en lo que haces tú, sino en hacer lo que Dios quiere. Nuestro orgullo siempre busca algun fruto de su gusto en todo lo que puede grangear estimacion delante de los hombres. Desconfiemos mucho de todo deseo muy vivo de salir bien en lo que emprendemos; dediquémonos á hacer todo lo que manda y quiere Dios; pero coloquemos el buen suceso en hacer perfectamente lo que quiere. Segunda: Si haces con tanto gusto lo que te manda la obediencia como lo que executas por tu eleccion. Tercera: Si estás pronto á dexar al primer órden de la obediencia la obligacion que llenas con tanto aplauso, y el lugar donde exercitas los misterios con tanto fruto, estando tan contento en irte como en quedarte. Toda devocion por propia voluntad, toda predileccion ó amor particular á ocupacion, á lugar, á ministerio, se hacen muy sospechosas. Cuando solo se pretende agradar á Dios, solo se quiere lo que á su Magestad le agrada.

DIA DIEZ Y OCHO.

San Simeon, obispo de Jerusalen, y mártir.

San Simeon ó san Simon tuvo estrecha conexíon con Jesucristo, y era consiguiente que tuviese mucha parte en sus singulares favores y en sus particulares gracias. Fue hijo de Cleofas, hermano de san José, y por consiguiente reputado por primo-hermano del Salvador. Su madre se llamó María, aquella misma de quien dice el evangelio que era cuñada de la santísima Vírgen (por serlo de su esposo san José), y la acompañó hasta el monte Calvario,

asistiendo á la muerte del Salvador del mundo, á quien miraba como á sobrino suyo.

Supuesta una correlacion tan estrecha entre el hijo y los padres con el mismo Hijo de Dios, es facil discurrir la liberalidad con que á manos llenas colmaria de gracias á toda la familia. Era Simeon de sangre real, como sobrino de san José, legítimo descendiente de la casa de David; pero su mayor y mas ilustre distintivo fue haber sido discípulo de Cristo, obispo santo, y mártir glorioso.

Escogióle el Salvador por uno de sus primeros discípulos, y le instruyó por sí mismo; con que saliendo de mano de tal maestro, ¿qué progresos no haria en la ciencia de la salvacion? Fue testigo de la mayor parte de los milagros que obró el Hijo de Dios, de su resurreccion, de su ascension á los cielos; y como era uno de los miembros que componian entonces toda la Iglesia, se halló en el cenáculo con los demas, y recibió el Espíritu santo el dia de Pentecostés en compañía de la santísima Vírgen, á quien reverenciaba como á tia, y de los sagrados apóstoles, muchos de los cuales eran sus parientes.

Despues de la separacion de éstos, y de los otros discípulos destinados para llevar la luz del evangelio á las provincias, parece que san Simeon se quedó en Judea aplicado por el Señor á trabajar en la conversion de los de su misma nacion, de quienes fue siempre muy estimado y muy querido. Estuvo muchos años dentro de la misma Jerusalen en compañía de su primer obispo, y tambien pariente suyo, Santiago el Menor, ayudándole á trabajar en la santificacion de aquella gran ciudad que Jesucristo acababa de regar con su preciosísima sangre.

Fue su mision tanto mas trabajosa, cuanto tenia que lidiar con un pueblo, cuyo corazon y cuyo espíritu humeaba todavía cólera y furor contra Jesucristo, á quien acababa de quitar la vida en un afrentoso madero. Con todo eso á su apostólico furor y laboriosas fatigas correspondió una mies muy adundante. Cada dia se aumentaba el número de los fieles, y estas frecuentes conversiones excitaron aquella cruel persecucion que hizo tantos mártires en Jerusalen.

El año 62 del nacimiento del Señor, y el 29 de su

gloriosa resurreccion, quitaron inhumanamente la vida los judíos á Santiago el Menor. Dícese que Simeon se halló presente á su martirio, y que tuvo valor para reprender ágriamente á los homicidas, acriminándolos la enormidad de su delito, sin que éllos se atrevisen á vengarse; lo que acreditó el respeto y la veneracion que profesaban á nuestro Santo.

Por razon de la persecucion se pasaron algunos meses despues de la muerte del Apóstol hasta que nombraron quien le sucediese. Sosegada algun tanto la tempestad, luego que se pudo respirar, se juntaron en Jerusalen los apóstoles, que no estaban muy distantes, los discípulos que vivian el año de 62, y lo restante de los fieles, y todos de unánime consentimiento eligieron á Simeon como el mas digno y el mas propio para llenar el gran vacío del apóstol Santiago.

La eminente santidad y la gran sabiduría del nuevo Obispo contribuyó mucho, no solo para nutrir, sino para encender admirablemente la piedad y el fervor de aquellos primeros cristianos que por las persecuciones de los judíos cada dia se hacian mas ilustres y recomendables en la Iglesia.

Habiéndose amotinado en este tiempo los judíos contra los romanos, el santo Pastor aconsejó á los cristianos que se retirasen á Jerusalen para que no fuesen envueltos en las ruinas de aquella infeliz ciudad. Salieron, pues, los fieles de Jerusalen baxo la conducta de su santo Obispo, como en otro tiempo habia salido Lot y su familia de Sodoma baxo la conducta del santo Ángel, y se retiraron á un lugar de la otra parte del Jordan, llamado Pella, el año de 69; es decir, poco antes que Vespasiano, enviado por Neron contra los rebeldes, entrase en el pais.

Despues de la total ruina de Jerusalen, que sucedió el año 70 del Señor, pasaron los fieles segunda vez el Jordan, y se restituyeron no á la ciudad, que ya no la habia, sino al lugar que antes ocupaba, no habiendo quedado en élla piedra sobre piedra, segun la palabra del mismo Jesucristo. Sobre estas miserables ruinas edificaron otra nueva ciudad menos soberbia en edificios, pero mas rica de virtudes; porque animados con un nuevo fervor por la solicitud, por la piedad, por el celo de su Obis-

po, presto refloreció la Iglesia mas que nunca en la nueva Jerusalen, compitiéndose las raras virtudes de los que la componian con el resplandor de sus prodigios, y con el ruido de sus milagros.

Tuvo siempre gran cuidado Simeon de velar sobre su pequeño rebaño, y sobre todo de conservarle en su primitiva pureza, ya previniéndole contra las heregías que el infierno comenzaba á suscitar, ya distribuyendo continuamente á su pueblo el pan de la divina palabra, y explicándole sin cesar con un celo y con una bondad admirable las grandes verdades de la religion como las habia aprendido de la boca del mismo Jesucristo.

Esta vigilancia del santo Pastor, este celo infatigable por la gloria de Jesucristo y por la salvacion de sus ovejas, esta constancia, este valor heróico en los mayores peligros le merecieron en fin la corona del martirio.

Habíale conservado la divina Providencia por un espacio de tiempo muy considerable, durante el cual habia gobernado siempre á sus ovejas con mucha prudencia y con grande tranquilidad. Era muy necesario á la Iglesia mientras duraban aquellos tiempos duros y calamitosos, por lo cual permitió ó dispuso soberanamente el Señor que no se acordasen de él en las diligentes pesquisas que hicieron Vespasiano y Domiciano de todos los descendientes de David para quitarlos la vida; pero habiéndose renovado estas pesquisas por órden del emperador Trajano, fue delatado Simeon no solo como descendiente de aquella real casa, sino como la columna ó el héroe del cristianismo.

A los ochenta años de su venerable edad fue presentado ante el gobernador de Siria, llamado Ático, varon consular que se hallaba á la sazon en Judea, cuya provincia pertenecia á su gobierno. Movióse éste á compasion luego que vió delante de sí á un anciano tan respetable, y procuró persuadirle que renunciase su religion, sacrificando á los dioses del imperio; pero quedó sumamente sorprendido cuando oyó la generosidad y la fortaleza con que le hizo demostracion nuestro Santo de que ni habia ni podia haber mas que un solo Dios verdadero; que Jesucristo era este verdadero Dios, y que los que él llamaba dioses habian sido unos insignes facinerosos, afren-

ta del linage humano, é indignos de ser contados aun en el número de los hombres.

Vuelto Ático en sí de su primer asombro, advirtiendo la grande impresion que hacian en los circunstantes las palabras del santo Viejo, le mandó azotar cruelmente, y por muchos dias le hizo padecer los mas atroces suplicios. Admiró á todos su constancia, sin acertar á comprender de dónde podia venir aquel vigor y aquella fortaleza á un cuerpo debilitado por una edad tan abanzada. Todos gritaban que aquel era milagro; lo que irritó tanto al juez, que le sentenció á que perdiese la vida en una cruz, logrando Simeon el consuelo de verse tratado como su divino Maestro. No pudo contener dentro del pecho la alegría, y murió lleno de gozo, dando mil gracias al Señor por el favor que le hacia de imitar á Jesucristo en el género de muerte que iba á padecer por su amor. Fue su glorioso martirio en el año del Señor 107, despues de haber gobernado la iglesia de Jerusalen por espacio de mas de cuarenta años. Algunas iglesias de Occidente, como las de Brindisi y Bolonia en Italia, la de Bruselas en los Paises Baxos, y la de Torrelaguna en España se tienen por felices en poseer reliquias de este gran Santo, y las veneran con mucha devocion y con no menos confianza.

La misa es del Comun de mártir y pontífice, y la oracion es la que se sigue.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Simeonis martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...	O Dios todopoderoso, atiende á nuestra flaqueza; y pues estamos oprimidos con el peso de nuestros pecados, ampáranos por la intercesion de tu glorioso mártir y pontífice el bienaventurado Simeon: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. *del apóstol Santiago, y es la misma que el dia XI, fólio* 160.

NOTA.

»Santiago, obispo de Jerusalen, nombrado *el Menor*, »porque fue llamado al apostolado despues del otro San- »tiago hijo del Zebedeo, escribió una epístola admirable; »y es la primera de las *epístolas católicas*, es decir, *uni- »versales*, porque no estan dirigidas á ninguna iglesia en »particular, sino á todos los judíos convertidos á la fe, y »á todos los fieles en general esparcidos en toda la tierra, »y comprendidos en el nombre de las doce tribus. Escri- »bióse esta carta por los años del Señor de 59 ó 60.

REFLEXIONES.

Beatus vir qui suffert tentationem: quoniám cùm probatus fuerit accipiet coronam vitæ. Mucho prueba el mundo á los que le sirven. ¿Cuánto hay que sufrir del capricho y de la tiranía del amo mas duro y mas imperioso de todos los amos? Alteraciones en las prosperidades, inconstancias en la fortuna, desórden en los negocios, envidia, artificios, engaños, pasiones, todo concurre á exercitar la paciencia de los mundanos. ¿Pero qué fruto, qué felicidad encuentran en este duro exercicio? No, mi Dios, no sucede lo mismo con las mas rígidas pruebas en que tal vez poneis á vuestros mas fieles siervos; porque fuera de que no pocas veces todo su rigor se queda solamente en la corteza, porque vuestra gracia embota sus puntas y endulza su amargura, ¿dónde hay fruto mas exquisito, dónde hay recompensa mas preciosa ni mas segura que el mismo haber sido fiel en todas estas pruebas? El combate dura por pocos momentos, la tentacion es de breves horas; pero el fruto de la victoria compite con la misma eternidad. Haz cotejo entre el padecer de los únos y el padecer de los ótros, y sentencia despues quiénes de éllos son mas dignos de compasion: *Nemo cùm tentatur dicat, quoniam à Deo tentatur: Deus enim intentator malorum est: ipse autem neminem tentat*: ni diga alguno cuando se halla tentado, que Dios es el que le tienta; porque Dios no es capaz de tentar para el mal. El intento de Dios cuando pone á sus siervos en algun género de prue-

bas, es purificar su virtud, experimentar su fidelidad, aumentar su recompensa. Siempre debe acompañar al fervor un temor santo, segun el consejo del Apóstol; mucho mas necesario es este santo temor en tiempo de sequedad y en tiempo de prueba; pero al mismo tiempo la confianza en el Señor ha de sostener, ha de aumentar el aliento en medio de las mas fuertes tentaciones. Porque *fiel es Dios, que no permitirá seas tentado mas de lo que pudieren llevar tus fuerzas; y hasta en la misma tentacion te auxîliará con abundantes medios para que puedas vencerla.* Pero cuando nosotros mismos nos exponemos tan temerariamente á la tentacion, cuando amamos, cuando buscamos el peligro, cuando provocamos al enemigo contra las órdenes del Señor, ¿no nos precipitamos en un conocido riesgo de perdernos? ¿Estarémos bien seguros apoyándonos únicamente en nuestra temeraria confianza? Hasta los mayores santos no se tenian por seguros en el desierto; los mismos sagrados apóstoles se juzgaban obligagados á juntar una contínua oracion con una perpétua vigilancia; los héroes de la religion no hallaban otra seguridad que en la fuga del peligro; ¿y unos hombres, por decirlo así, llagados de pies á cabeza, debilitados, ya medio vencidos á fuerza de tantas recaidas, se meten á sangre fria y con plena deliberacion en las mas peligrosas ocasiones? ¿Ignoramos por ventura que llevamos en nosotros mismos el tentador mas alhagüeño, y por lo mismo el mas peligroso? ¡Oh, que no ha menester mas incentivos el cebo natural de nuestra concupiscencia! A la verdad, en vano se valdria el demonio de este enemigo doméstico, con el cual está siempre de inteligencia para engañarnos, si nosotros no nos pusiéramos tambien de su parte para nuestra ruina; ni úno ni ótro nos haria daño si no quisiéramos nosotros; su victoria depende de nuestro consentimiento, y este consentimiento en nuestra mano está negarle ó concederle. No hay que ponderar inútilmente nuestra propension á lo malo, nuestra natural flaqueza; la gracia del Redentor, que nunca nos falta, siempre nos da fuerzas para vencer. En esta guerra ninguno es vencido sino por culpa suya. Quien se mete voluntariamente en el peligro, ¿será maravilla que quede vencido? ¿y no sería milagro que no quedase? ¡Qué error, qué locura no

ver, no conocer que toda nuestra virtud, toda nuestra fuerza, todo nuestro aliento y todo otro cualquiera don viene únicamente de nuestro Salvador, de nuestro amoroso Padre! ¡Pero qué consuelo! ¡qué perenne, qué inagotable manantial de confianza saber que este dulce Salvador, que este buen Padre no está sujeto á mudanzas, que su ternura no padece menguantes, que su amor está exênto de vicisitudes! *Apud quem non est transmutatio, nec vicisitudinis obumbratio.* Jesucristo ayer y hoy siempre benéfico, siempre lleno de misericordia. Y si Dios tiene tanta bondad para conmigo, dice san Bernardo, al mismo tiempo que huyo de él, al mismo tiempo que le ofendo; ¿qué hará cuando le busco, cuando hago todo lo que puedo por agradarle, cuando le sirvo con fidelidad?

El evangelio es del cap. 14. *de S. Lucas, y el mismo que el dia XI, fólio* 163.

MEDITACION.

Del fin del hombre.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no estamos en el mundo por casualidad; algun fin se propuso Dios cuando nos crió, y este fin no fue otro que para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole; damos testimonio de nuestro amor sirviéndole, y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero no pudo criarnos para otro mayor fin.

El desórden de las costumbres puede hacernos olvidar nuestro deber; pero nunca podrá mudar nuestro último fin. Por muy desarreglados que seamos, siempre será verdad que no estamos en el mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de los placeres, para hacer una grande fortuna; solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los vasallos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos no estan en este mundo para otro fin.

Que los hombres sean de diferente condicion; que haya subordinacion entre éllos; que únos nazcan para mandar y ótros para servir, todos nacieron para un propio fin, todos convienen en este punto capital; es á saber, que todos fueron criados para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin considerar para qué fin se ha vivido en este mundo; que se muera uno sin haber pensado jamas en esto, siempre subsiste esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias; siempre es verdad que aquel libertino, aquel disoluto que vive como si no estuviera en el mundo mas que para dar todo gusto á su apetito; aquella persona mundana, aquel impío, á quien apenas se le reconoce religion alguna; aquel hombre del siglo empleado únicamente en hacer su fortuna; siempre es invariablemente verdad que todos éstos no estan en la tierra sino para amar á Dios, para servirle, para agradarle. No fue mas criado el fuego que para calentar, ni el sol para alumbrar, que lo fue el hombre para servir á Dios, y para glorificarle. ¡Qué de reflexîones nacen de esta verdad! ¡Pero qué remordimientos, qué de justos sobresaltos nacen de estas reflexîones!

¿Mas esta verdad fundamental de nuestra religion, esta basa sobre la cual se levanta toda élla, subsiste del mismo modo en tiempo de Carnaval que en cualquiera otro tiempo del año? ¿Será posible que en estos dias de alegría y de libertad, en esta risueña estacion de unas diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano alguno que no esté severamente obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios ni mas ni menos que en tiempo de penitencia? Pero si esto es así; ¿qué será de aquellos cristianos que claman tan furiosamente contra esta evangélica doctrina? ¿viven éstos segun el fin para el cual estan en este mundo? ¿Y cuál será el término de una carrera que se desvia tanto de nuestro último fin?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay verdad en el cristianismo que mas presto se aprenda; pero tampoco la hay en que menos se piense, ni que haga menos impresion aun cuando se pien-

se en élla. Puede ser que acaso no hayamos jamas penetrado bien su sentido, ni mucho menos sus consecuencias; porque si es verdad que no estoy en este mundo sino para servir á Dios, no debiera haber ni una accion en mi vida que no se refiriese á Dios; y acaso, acaso no se encontrará en toda élla una sola hecha únicamente por Dios.

Al consultar precisamente nuestras costumbres, nuestras máximas, nuestra conducta, ¿se diria que era Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines, así es; pero si Dios no es este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada uno mira á sus fines; ¿pero á qué fines? A tal conveniencia, á tal empleo, á tal ganancia, á tal diversion, y muchas veces á tal pecado; al objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Ves ahí el que por lo comun suele ser el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de tantos pasos, de aquella vida penosa, laboriosa, inquieta, tumultuante de tantas personas. Y en esos trabajos, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y lleno de afan ¿se mira muchas veces al Señor? ¿se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para no desviarse del fin último? Ciertamente en la mayor parte de las empresas, de los grandes negocios del mundo á Dios se le cuenta por nada, no se hace caso alguno de su Magestad.

¿Búscase por ventura á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego contínuo, en esas juntas, en esas concurrencias donde la vanidad echa el resto de toda su pomposa ostentacion? ¿búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos soberbios equipages, en esos espléndidos convites? ¿búscase á Dios en esas devociones de ruido, de aparato, y tal vez mas de capricho que de verdadera devocion? Cuando la vanidad, cuando el amor propio se aplican á sí mismo, por decirlo así, todo lo que les tiene cuenta en operaciones, ¿encontrará Dios indemnes sus derechos en lo demas que resta de éllas?

¿Es posible que llegue á tanto punto nuestro atolondramiento, que estemos viendo á sangre fria nuestros descaminos, y que nos estemos complaciendo en éllos? No estoy en este mundo sino para conocer, amar y servir á Dios: ¿pero conozco bien á ese gran Dios, cuya santa ley estoy violando, y cuyas sagradas máximas tanto tiempo

ha que desprecio? ¿amo á ese gran Dios á quien estoy ofendiendo sin reparo, á quien estoy desagradando sin remordimiento, y á quien mi mala conducta está continuamente deshonrando? ¿sirvo á ese gran Dios cuando no reconozco otro amo ni otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

Hombres ingratos, exclama el Profeta, *¿no sois harto felices en que os haya tocado la suerte de servir á Dios, y de tenerle por vuestro último fin? ¿Pues por qué os quereis repartir entre Dios y el mundo?* Concluir de este discurso: ¿y cuál será el efecto de las terribles acusaciones que me está haciendo mi conciencia?

¿Qué, mi Dios, no estoy en el mundo mas que para amaros y para serviros, y he pasado, he perdido la mas bella parte de mi vida sin que acaso os haya amado ni os haya servido ocho dias, ni un solo dia en toda élla?

Pero al hacer esta reflexîon no tengo aliento para hablar palabra; callo, Dios mio, callo cubierto de confusion, y apelo únicamente á las voces de mi corazon. He vivido, he envejecido perpetuamente descaminado; pero vos, Señor, que os dignásteis ir en busca de la oveja perdida y descarriada, no desecharéis á la que por vuestra gracia viene á gemir á vuestros pies, y protesta que ya no quiere servir á otro sino á vos.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi finem meum: ut sciam quid desit mihi. Salm. 38.

Dame, Señor, á conocer mi último fin, para que en adelante trabaje mejor que lo he hecho hasta aquí.

Tuus sum ego. Salm. 118.

Vuestro soy, Dios mio, por tantos títulos y motivos, y no quiero vivir para otro que para vos.

PROPOSITOS.

El fruto del árbol pertencece á su dueño: nosotros somos de Dios por muchos títulos; con que ninguna accion nuestra debe dexar de ser suya. Todas las que se hacen

con otro fin son sin mérito; ¿pues cuantas acciones debo contar por perdidas para la eternidad? Interésanos mucho en evitar esta pérdida; no hagas cosa que no sea con intencion de agradar á Dios; busca en todo su mayor gloria, y encontrarás la tuya sin buscarla, porque nuestros intereses son inseparables de los suyos. Mas por cuanto en esta concurrencia de motivos es muy facil engañarnos, pues no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, cuando vanamente nos lisonjeamos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios; fuera de las advertencias que se hicieron sobre este punto el dia precedente, convendrá mucho tener presentes las reglas que se siguen:

2 La caridad, dice el Apóstol, es paciente, está llena de bondad, y no es celosa. Todo celo inquieto, ágrio y amargo, todo celo acompañado de una secreta envidia es falso, ó á lo menos muy sospechoso. El carácter del verdadero celo, es decir, del que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con aceyte y con vino como aquel caritativo Samaritano; es corregir las faltas con suavidad, esperando el efecto de los remedios con paciencia; es alegrarse verdaderamente del fruto y del aplauso que logran los trabajos de los otros; esa maligna tristeza que se siente cuando se ve que otros trabajan con mas aplauso y con mas fruto que nosotros, es señal clara de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. Si tienes una emulacion amarga y un genio contencioso, dice el apóstol Santiago (*cap.* 3.), no creas que estás muy adelantado; porque ese género de prudencia no viene de lo alto; es una prudencia terrestre, animal y diabólica. Donde hay emulacion, donde hay envidia, hay desórden y todas las acciones perversas. ¿Tienes hijos que corregir, súbditos ó criados que reprender? pues guárdate bien de hacerlo con altivez, con arrebatamiento, con cólera ni con acrimonia; la caridad es dulce, y jamas se encoleriza. Tambien es señal de que el fin es derecho y la intencion recta, cuando se trabaja sin inquietud, sin turbacion, sin atropellamiento; cuando con igual aplicacion, con igual celo se trabaja en secreto como en público, en la ocupacion humilde como en la lustrosa, en una triste aldea como en las mayores ciudades, en favor de los pobres como en el de los ricos, á los ojos del mun-

do como sin testigos; si se trabaja como si no hubiera en el mundo mas que Dios y el que trabaja; y si se complace uno en que los demas trabajen aun mucho mas que él; si no nos inquietamos cuando nos interrumpen el trabajo; y si se procuran desempeñar las menores obligaciones con tanto cuidado y con tanto ardor como las mayores; sobre todo, aquellas personas religiosas que desprecian la observancia de las reglas menudas con pretexto de que son menudencias, esten ciertas que no buscan puramente á Dios en el cumplimiento de las de mayor importancia. Cuando solo se desea dar gusto al amo á quien se sirve, se hace igualmente bien todo lo que quiere.



DIA DIEZ Y NUEVE.

San Gabino, presbítero y mártir.

El martirologio romano anuncia en este dia el glorioso nacimiento al cielo de san Gabino, presbítero y mártir, hermano de san Cayo papa. Despues de haber estado largo tiempo en la cárcel y con duras prisiones este generoso confesor de Cristo por órden del emperador Diocleciano, adquirió los gozos del paraiso por medio de una muerte muy preciosa.

Fue san Gabino originario de Dalmacia, pariente del emperador Diocleciano, hermano del papa san Cayo, y padre de santa Susana, aquella que fue inmortal honor de las vírgenes romanas, pues prefirió la dicha de ser esposa de Jesucristo á la gloria de ser emperatriz de todo el mundo, derramando su sangre y dando su vida por la fe. No se sabe con qué ocasion vinieron á vivir á Roma san Gabino y san Cayo. Puede ser que la fortuna de Diocleciano, que habia ascendido por todos los grados de la milicia hasta el supremo empleo del exército, traxese á su parentela á la capital del universo, corte ordinaria de los emperadores; pero es mas probable que los dos héroes cristianos pasasen á Roma puramente por mo-

tivo de religion, para vivir en una ciudad que era el centro de la fe, y donde triunfaba la Iglesia en medio de las mas crueles persecuciones, por la santidad de las costumbres, y por la vida exemplar y fervorosa de todos los fieles.

Tiénese por cierto que san Gabino nació de padres cristianos ácia la mitad del tercer siglo. La bella educacion que logró, la inocencia de su vida, la tierna devocion que parecia habia mamado con la leche, sus piadosas inclinaciones desde su mas tierna infancia, todo esto prueba verisímilmente la religion de los que le habian educado. No se descuidaron en enseñarle con tiempo las bellas letras, y como tenia un excelente ingenio, nacido para el estudio, en poco tiempo adelantó mucho en las letras humanas; pero se dedicó con mucha mayor aplicacion á la inteligencia de la sagrada escritura y de las ciencias divinas.

Era casado Gabino; pero no tuvo mas que una hija, llamada Susana, á cuya crianza se aplicó con el mas vigilante desvelo, imbuyéndola desde la cuna en el temor santo de Dios, inspirándola un grande amor á la virginidad, y un sumo horror á todo lo que podia manchar el alma. Era Susana de una vivacidad, de un espíritu extraordinario. A los seis años de su edad mostraba un despejo, una penetracion, una brillantez tan superior, que todos la admiraban por esto aun mas que por aquella singularísima belleza, que con el tiempo fue aplaudida por una de las mayores hermosuras de toda Italia. Faltóla su madre siendo todavía muy niña, y su padre Gabino se dedicó enteramente á cultivar aquel nobilísimo terreno que mostraba las mas bellas disposiciones para la virtud, y para ser algun dia, como lo fue, una ilustrísima mártir.

Apenas se vió nuestro Santo desembarazado de los lazos del matrimonio por la muerte de su virtuosa muger, cuando se aplicó enteramente á estudiar la ciencia de la religion en un tiempo en que el paganismo estaba mas encarnizado en perseguir con furor á los cristianos. Libre de los empeños del siglo quiso ser admitido en el clero, y en poco tiempo fue uno de sus mas brillantes ornamentos. Correspondiendo su profunda erudicion y su grande

sabiduría á su eminente virtud, no es facil explicar el inmenso bien que hizo en Roma este gran siervo de Dios. Elevado á la dignidad del sacerdocio, á pesar de la oposicion de su profunda humildad, corria las casas, las cabañas, los lugares subterráneos, y hasta las cavernas y grutas de los montes, bosques y peñascos donde estaban refugiados los tímidos cristianos, para animarlos, instruirlos, administrarlos los sacramentos, y para asistirlos en todo. No cedia su celo al mas generoso, al mas infatigable, al mas industrioso ni al mas eficaz. Veíase con admiracion á este santo Presbítero pasar las noches enteras en las lóbregas concavidades de las rocas para celebrar el santo sacrificio de la misa, y para alimentar con el divino pan, que hace fuertes, á los que estaban en vísperas de ser sacrificados hostias inocentes al Dios vivo en las aras del martirio.

No se contenia el celo de san Gabino precisamente dentro de los límites de estas grandes obras de caridad. Como era sabio, compuso un excelente tratado contra los idólatras, en el cual, exponiendo las impías y monstruosas supersticiones de los paganos, hacia visibles aun á los entendimientos mas limitados y á los ojos menos perspicaces el horror, la extravagancia, y aun la locura de sus dogmas; demostrando al mismo tiempo con tanta precision, con tanta limpieza, y con un modo tan plausible la virtud y la palpable santidad de la religion cristiana, que no se puede dudar que con esta obra no hiciese gran número de conversiones, confirmando en la fe á muchos á quienes tenia acobardados el miedo de los tormentos.

Habiendo sucedido san Cayo en el pontificado al papa Eutiquiano el año de 282, vió nuestro Gabino abrirse un nuevo dilatado campo á su infatigable celo. Se puede en cierta manera decir que nuestro Santo cargó con parte de la solicitud pastoral del santo pontífice Cayo, y que Cayo encontró en su santo hermano un compañero fiel con quien repartió todos sus trabajos, sin exceptuar el de sus mismas cadenas.

Pero mientras Gabino trabajaba con tanto fruto en la viña del Señor, no por eso olvidaba el cuidado de su querida hija. Al mismo tiempo que cultivaba su entendi-

miento con las luces mas sublimes de nuestros mas elevados misterios, iba labrando su corazon con el exercicio de las mas heróicas virtudes. Sobre todo imprimió en élla un concepto, una idea tan superior de la virginidad, que despreciando generosamente los mas alhagüeños tentadores atractivos del mundo, que podia prometerse por su claro entendimiento, por su elevada cuna, por su hermosura incomparable, y por su extraordinario mérito, hizo voto de no admitir otro esposo que Jesucristo; previendo bien que su fe, y este amor á la virginidad pondrian algun dia en sus manos la gloriosa palma del martirio.

No ignoraba el emperador Diocleciano que Cayo y Gabino sus parientes eran cristianos; ni dudaba tampoco que Susana, mas distinguida por su raro mérito, que por su singular belleza, profesase tambien la misma religion que profesaba su padre; pero como este Príncipe los primeros años de su reynado se mostró muy favorable á los cristianos, los dexó vivir en paz, y aun su familia estaba llena de éllos. Susana en la escuela de su padre Gabino hacia maravillosos progresos en la ciencia de los santos; era la admiracion de los buenos, y el exemplar de perfeccion que de ordinario se proponia á las doncellas cristianas. No podia dexar de tener glorioso fin una virtud tan singular; y parecia debia la corona del martirio á su virginal pureza, siendo ésta en cierto modo como la herencia rica de su casa.

Habiendo creado César á Maxîmiano Galerio el emperador Diocleciano, quiso tambien hacerle yerno suyo dándole por muger á su única hija la princesa Valeria. Muerta ésta, el Emperador que no queria que la púrpura saliese de su familia, y que estaba bien informado de las eminentes prendas de Susana, resolvió darla por esposa al nuevo César, y ordenó á un caballero pariente suyo, llamado Claudio, que buscase á Gabino, y que en su nombre propusiese esta boda. Gabino, que conocia bien la virtud de su hija, y que antes perderia la vida, que la virginidad que tenia consagrada á Dios, se persuadió desde luego á que el empeño del Emperador, y constancia de Susana, á úno y á ótro los conseguiria la corona del martirio. Recibió al caballero con la mayor urbanidad; y despues de manifestarle lo agradecido que

quedaba á la honra que el Emperador queria dispensarle, pidió por favor le concediese algun tiempo para proponérsela á su hija, y para dar parte de élla á su hermano Cayo.

Llamó despues separadamente á Susana, y con voz dulce, con semblante sereno y tranquílo la dixo: *¿Conoces bien, hija mia, la grande dicha que gozas en tener por esposo á Jesucristo? ¿te haces cargo de lo que vale tu estado? ¿comprendes perfectamente su mérito y su valor? Conózcole tan bien*, respondió Susana, *que en su comparacion me parecen menos que nada todas las coronas del mundo; no hago mas caso de éllas que de un poco de humo, el cual solo se eleva para disiparse, solo sube para desvanecerse. Eso es, hija mia, estimar las cosas en su justo precio, discurrir y hablar como se debe. Pero demos caso que el Emperador quisiese hacerte su nuera, ¿paréceте que la augusta dignidad de emperatriz no te daria en los ojos y no te tentaria en el corazon? Sobre todo, si te dieran á escoger, ó la corona imperial, ó la corona del martirio, ¿cuál de las dos escogerias? Ay, padre y señor*, exclamó la Santa, *¡y qué dichosa sería yo si me viera en ese parage! ¡Qué presto tomaría mi partido! No: no sería capaz de deslumbrarme el resplandor de la púrpura imperial; esposa soy de Jesucristo, y esposa suya moriré. Ninguna cosa del mundo es bastante para hacerme titubear en la fe, ni para que padezca el menor vayven mi fidelidad. Toda mi confianza la tengo colocada en aquel Salvador omnipotente, que es el único dueño de mi corazon. No: no me espantan los tormentos; y si no á la prueba me remito.*

No pudo contener las lágrimas el virtuosísimo padre, enternecido con la cristiana magnanimidad de su querida hija. *Ea pues, Susana*, la dixo, *viendo estoy que presto te hallarás en esta prueba. El Emperador quiere casarte con el César Maxîmiano, y Claudio tu pariente vendrá á hacerte la proposicion de su parte.* Apenas habian acabado esta conversacion, cuando llamó Claudio á la puerta; despues de los primeros cumplimientos, declaró la voluntad y el órden que traía del Emperador, dilatándose mucho en ponderar el esplendor, las ventajosas conveniencias de tan ilustre alianza. Oyó Susana la proposicion con el mas profundo respeto; pero cuando llegó el caso de

hablar, revistiéndose de un ayre resuelto y determinado, pero al mismo tiempo modestísimo y atento: *Admirada estoy*, respondió á Claudio, *que si el Emperador sabe, como no lo puede ignorar, que soy cristiana, piense casarme con un príncipe pagano, y príncipe que sobradamente se ha declarado ya enemigo mortal de los que profesan mi religion; pero si acaso lo ignora, yo os suplico que se lo digais de mi parte. Añadidle que estoy muy agradecida á la honra que me hace su magestad imperial; pero al mismo tiempo aseguradle, que ningun hombre mortal me tendrá jamas por esposa suya.*

No dixo mas por entónces, y despidiéndose cortesanamente de aquel caballero, fue derecha á buscar á su tio el papa Cayo, y le refirió todo lo que habia pasado, ratificándose en la resolucion de conservar su virginidad, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida. Confirmóla el santo Pontífice en su generosa resolucion, animándola al martirio. Las circunstancias de su gloriosa victoria se pueden ver en la vida de este Santo el dia 22 de abril, y en la de la Santa el dia 11 de agosto. Por ahora nos contentarémos con decir, que teniendo Gabino bien previstas todas las resultas de la generosa resistencia de su hija á la boda con Maxîmiano, no perdió punto de tiempo en confirmar la magnanimidad de aquella cristiana heroina; empleó todos los motivos de amor que podia inspirar su ternura, y todas las razones de persuasion y de eficacia que le supo sugerir su elocuencia para sostener aquella grande alma en las fuertes pruebas que la estaban esperando. A la verdad, pocas veces campeó mas la fuerza de la divina gracia, que en la série de este combate. Fortalecida Susana con la virtud del Altísimo, triunfó de todo el infierno; y Gabino tuvo el consuelo de ver triunfar la fe de Jesucristo en su propia familia.

Convirtiéronse á la fe Claudio, su muger Prepedigna, con dos hijos suyos, acompañándolos en la misma dicha su hermano Máxîmo, uno de los caballeros mozos mas distinguidos en la córte; los cuales todos, habiendo sido instruidos por Gabino, recibieron el bautismo de mano del santo papa Cayo; gloriosas conquistas que le llenaron de gozo, y mas cuando tuvo el dulce consuelo de verlos á todos coronados del martirio.

Nuestro Santo fue testigo del combate, y de la victoria de su querida hija, que sufrió los mas crueles tormentos con tan heróica constancia, que admiró hasta los mismos paganos; no dudando san Gabino que su poderosa intercesion le alcanzaria del cielo la suspirada gracia de derramar tambien su sangre por Jesucristo.

Mucho tiempo habia que ansiaba por este insigne favor, como recompensa de sus trabajos, de su eminente virtud, y de su celo. Con efecto, apenas triunfó Susana de los tormentos, coronando su virginidad con el generoso sacrificio de su vida, cuando fue arrestado san Gabino. Encerráronle en un obscuro espantoso calabozo, que fue para él lugar apacible de delicias. Resuelto el tirano á vencer la constancia de su fe, ó por el tédio, ó por las incomodades de la prision, ó dexándole morir en élla de hambre y de miseria, le hicieron padecer cuantos tormentos puede inventar la mas cruel barbarie. La hediondez intolerable del calabozo; la eterna obscuridad en que estaba sepultado, la hambre, la sed y todas las incomodidades del temporal pusieron su firmeza en las mas terribles pruebas. Sufrió el Santo todos estos suplicios, no solo con una constancia inalterable, sino con tanta alegría, como si pasára la vida mas divertida y mas regalada del mundo. Es verdad que aquel Señor, que cuida con tanta especialidad de los que fielmente le sirven, templó bien las amarguras de su prision con la abundancia de los interiores consuelos, con que dia y noche inundaba á aquella bendita alma. Seis meses pasó san Gabino en estos tormentos despues de la preciosa muerte de su hija santa Susana, hasta que queriendo el Señor coronar su paciencia, premiando sus trabajos, permitió que le cortasen la cabeza. Terminó nuestro Santo la carrera de su vida por un glorioso martirio el dia 19 de febrero del año de 296; dos meses antes que lograse la misma suerte su hermano el santo pontífice Cayo; y fue enterrado por los cristianos el cuerpo de san Gabino en el cementerio llamado de san Sebastian.

El año de 1608, Carlos de Neufville, marques de Alincourt, señor de Villeroy, gobernador de la ciudad de Leon y del Leonés, y embaxador en Roma, estando para restituirse á Francia, deseó traer un cuerpo santo

con que enriquecer su patria. Madama Jaquelina de Harlay, su esposa, se le pidió al papa Paulo V, quien la dió el cuerpo de san Gabino, y esta señora se le presentó á la iglesia de la santísima Trinidad del colegio de la Compañía de Jesus de dicha ciudad de Leon, donde se guarda con mucha veneracion en una rica urna de plata, conservándose en el archivo del referido colegio las letras auténticas originales de esta preciosa reliquia.

La misa en honor del Santo es del Comun de los mártires no pontífices, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui beati Gabini martyris tui natalitia colimus; intercessione ejus in tui nominis amore roboremur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos fortifiques en el amor de tu santo nombre por la intercesion de tu bienaventurado mártir Gabino, cuyo dichoso nacimiento al cielo celebramos en este dia: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XIV. folio* 228.

NOTA.

„El Espíritu santo, principal autor de este libro, dice, „que la sabiduría preservó de muchos males, y colmó de „muchos bienes á los que la cultivaron. Por nombre de „*sabiduría* entiende muchas veces el autor al Espíritu „santo; porque la sabiduría es uno de sus principales do„nes. Habla en este capítulo de Jacob, que para evitar „la cólera de Esaú, se retiró solo y sin guia á Mesopo„támia, adonde llegó dichosamente conducido por la sa„biduría, y protegido por el Señor; lo que aplica la Igle„sia á los santos mártires, á los cuales defiende y protege „Dios con modo muy especial.

REFLEXIONES.

Et mendaces ostendit, qui maculaverunt eum: descubrió el embuste de los que mancharon su reputacion. Este enemigo maligno, que con sus calumnias y con sus artificios procura denigrar el crédito de los buenos, hablan-

do propiamente, no es otro que ese que se llama mundo; pero la verdadera sabiduría pone de manifiesto sus artificiosos enredos, hace visible la iniquidad de sus leyes y de sus máxîmas, y tambien hace palpable el poco espíritu, y la baxeza de corazon de los que voluntariamente se sujetan á su yugo.

Verdaderamente causa admiracion, que hablándose tanto del mundo; que teniéndose tantos respetos y tantas atenciones por el mundo; que no pensándose en otra cosa que en agradar al mundo; que temiéndose tanto como se teme disgustar al mundo, no se hayan dedicado los hombres á desentrañar qué cosa es ese mundo; á ver si acaso se discurre en este punto sobre verdaderas, ó sobre falsas aprensiones; á exâminar si nuestros temores están bien ó mal fundados; á descubrir si quizá ese ídolo no es mas que un vano fantasmon; y finalmente á averiguar si eso que se llama mundo es una cosa que merezca temerse tanto, y que en su obsequio se deban sacrificar los bienes, la quietud, la honra y hasta el alma misma; una cosa en fin, que sea acreedora á tantos miramientos, y aun contemporizar eternamente con élla.

¡Cosa extraña! Ninguna verdad de la religion se propone, ninguna máxîma del evangelio se presenta, que para admitirla ó para desecharla no se consulte primero al espíritu del mundo; apélase á su tribunal; y todo cuanto Jesucristo nos enseña ha de pasar por este juzgado. Grite ó no grite la conciencia, mande ó no mande, amenace ó no amenace el mismo Dios, todo está suspenso hasta que el oráculo de los mundanos pronuncie la sentencia difinitiva; todo se arregla por sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se ha de ajustar á sus máxîmas. El mundo aprueba, el mundo condena, el mundo no permite, esto no es segun el gusto del mundo. ¡Mi Dios, qué lenguage es éste en medio del cristianismo! ¡y qué mala vergüenza es que los cristianos se sirvan de este lenguage!

El mundo quiere ó no quiere. ¿Y quién es este mundo, cuyo imperio está tan extendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones se han de tener por oráculos? ¿quién es ese mundo á quien se ama con tanta locura, á quien se teme con tanto exceso, á quien se sirve con

tanto cuidado, á quien se le trata con tan escrupuloso, con tan ridículo miramiento? Es puntualmente aquel mundo de quien todos están quejosos; que á ninguno hace justicia; que no atiende al mérito; que tiene lleno de descontentos y de desgraciados al Universo; que ninguno le puede servir sin que sea esclavo suyo; es aquel mundo, cuyas extravagantes máxîmas son otras tantas leyes, muchas veces contrarias á la buena razon, y siempre opuestas á las máxîmas del evangelio; es aquel mundo, en fin, juez del mérito, árbitro de las tentaciones, autor de las modas, tirano de las familias, ídolo universal, á quien tributan incienso tantas gentes.

Pero si este mundo mortal es una fantasma, sin mas subsistencia que la que finge la imaginacion, ¿no somos locos, no somos insensatos en formarnos un amo, un dueño tan incómodo, puramente de las fantasías de ótro, y en fabricarnos un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Mas si es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos tan duras leyes? ¿quién le dió esta autoridad? ¿por qué fatal destino nos imaginamos nacidos para ser esclavos suyos?

Ciertamente, cuando se discurre sin pasion y sin preocupacion, cuando se mira de cerca lo que viene á ser ese mundo, se indigna uno contra sí mismo por haber deferido tanto á sus antojos, viéndose hecho la burla de sus caprichos.

El evangelio es del cap. 10. *de san Mateo, y el mismo que el dia XIV, folio* 231.

MEDITACION.

Del menosprecio que debemos hacer del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aun en medio de los cristianos hay un mundo enemigo del cristianismo, al cual le desconoce Jesucristo. Este es aquel mundo que aborrece al Hijo de Dios, como el mismo Hijo de Dios se queja sentidamente; aquel mundo compuesto de réprobos, y enemi-

gos del Salvador; aquel mundo, en fin, contra quien todos los santos se declararon, y que él persiguió á todos los santos.

Es constante que ser de este mundo y ser del número de los réprobos, amar á este mundo, y declararse enemigo de Jesucristo, es una misma cosa. A la verdad no todos los que son de este mundo son lascivos, ni voluptuosos, ni murmuradores, ni disolutos, ni impíos; pero es cierto que todos los que mas se entregan á estos vicios son muy bien recibidos en el tal mundo, son alabados, son aplaudidos en él: y que el impedimento mas exclusivo de la secta de los mundanos es ser devoto.

El demonio, que hablando propiamente es el príncipe de este mundo, tiene gran cuidado de amontonar en él todo aquello que es á propósito para inspirar el vicio; las riquezas, la inmodestia de los trages, la magnificencia de las galas, la bizarría de las modas, el refinamiento de la profanidad; las conversaciones libres, el alhago de la música, el desahogo de los bayles, la licencia del teatro: en una palabra, todo lo que puede irritar las pasiones, introduciéndolas por los sentidos; ¿es otra cosa eso que se llama el gran mundo, el bello mundo?

Hasta el ayre, hasta el modo, hasta el artificio en el hablar, hasta la misma policía del mundo no carece de ponzoña el dia de hoy; en él todo es escollos, todo tentacion. ¿Y qué lugar se da á la religion en el mundo? ¿mantiénese en él la ley cristiana en todo su vigor? ¿el espíritu del mundo puede por ventura tolerar á otro espíritu? ¿reyna en él Jesucristo? ¿dánse siquiera gratos oidos á sus máxîmas? y mientras tanto el mundo campa, el mundo brilla, el mundo florece. ¿Y cuántos hacen gran vanidad de ser de ese bello mundo, que se avergonzarian de que los tuviesen por devotos?

Si las personas de este carácter perdieron la fe, harto infelices son en ser infieles. Confundidos dentro de muy poco tiempo en los infiernos entre tantos desdichados apóstatas, ¡qué rabia, qué furor, qué desesperacion será la suya! Pero si todavía creen las verdades terribles de nuestra religion, ¿qué señal mas segura de su reprobacion eterna que la horrible contradiccion que se encuentra entre sus costumbres, y su fe? Tiénese por cierto que es necesa-

rio morir; créese indubitablemente que es preciso comparecer algun dia ante el tribunal de Dios; ¡y todavía se vive segun el espíritu, segun las perversas máxîmas del mundo!

Veis aquí verdaderamente un gran motivo de admiracion y de pasmo; pero veis aquí tambien, Señor, un motivo para mí del mayor dolor, del mas amargo arrepentimiento. Yo, mi Dios, os abandoné siendo el mejor y el mas amable de todos los amos, por hacerme voluntariamente esclavo del mas implacable, del mas cruel de todos los tiranos. Sea, Señor, esta la dichosa hora en que con vuestra gracia haga pedazos mis cadenas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué gran desdicha es vivir segun el espíritu y segun las máxîmas del mundo. ¿Dónde hay sujecion mas servil, dónde esclavitud mas oprimida que la de los mundanos? Es menester aguantar á únos, disimular á ótros, y depender del capricho de todos. Está el mundo lleno de quejosos y de descontentos. Cada dia amanecen nuevos enfados y nuevas pesadumbres; brotan las cruces al doloroso riego de lágrimas amargas. Y despues de tanto contratiempo y de tanto disgusto, despues de una vida toda llena de hiel y de amargura, ¿qué es lo que se sigue? una eternidad de suplicios en un infierno eterno. Este es el triste destino de los mundanos; esta es la fortuna de los que se llaman hombres del gran mundo.

Mi Dios, ¿y será posible que hombres por otra parte de razon, sugetos de capacidad, de penetracion, de honra, de espíritu, den, tropiecen, hociquen en un desbarro tan grosero, que habiendo nacido libres, y por el bautismo hijos de Dios, se hagan voluntariamente esclavos, que se fabriquen una deidad de una vana fantasma, que sigan servilmente sus leyes y sus máxîmas, seguros de ser por toda recompensa eternamente infelices y condenados?

¡Ah, qué discretos, qué prudentes fueron aquellos héroes cristianos, aquellos ilustres enemigos del mundo, que le volvieron las espaldas, y dexaron con él grandes bienes, grandes honras, grandes esperanzas, y nunca le

miraron sino con un altísimo desprecio! ¡qué cuerdas son esas personas, tan respetables por su virtud, en tratarle con tanto menosprecio, y en tener tanto horror á sus vanas, á sus perniciosas máxîmas! ¿Pero esos hombres vanos, y casi sin religion; esos jóvenes encaprichados en sus locas fantasías; esas mugeres del mundo, son cuerdas, son prudentes en no tener otro evangelio que su humanidad, ni otra religion que el mundo mismo? ¿es acaso necesario meter tanto ruido para advertir á todo el Universo que quieren condenarse? ¡Pero qué furor, qué locura hacer vanidad, hacer punto de honra de ser del número de los réprobos! ¿Será por ventura envidiable la feliz condicion de semejantes personas?

Es menester resolverse á una de dos, ó á renunciar las máxîmas y el espíritu del mundo, ó á renunciar las máxîmas del evangelio y el espíritu de Jesucristo. No hay medio entre estos dos extremos. En vano se pretende conciliar estos dos señores; necesariamente se renuncia al úno, cuando se sigue al ótro. ¿Se gusta del mundo, se ama al mundo, se siguen las máxîmas del mundo? Pues mas que uno se llame cristiano cuanto quisiere; mas que frecuente los sacramentos, mas que asista á los divinos misterios: en siguiendo al mundo, no puede ser discípulo de Cristo.

¡Mi Dios! ¿y no es este mi retrato? Por mi librea se puede conocer bien á qué amo sirvo. ¡Ah, Señor, mi dolor, y mi arrepentimiento me reprenden muy sensiblemente mi impiedad y mi locura! despues de haber renunciado tan solemnemente en el bautismo las máxîmas del mundo, he amado á este mundo, le he servido, me he entregado á él hasta la hora presente; reconozco mi culpa, y la detesto. Dignáos, Señor, recibirme en vuestro servicio; que yo prometo, mediante vuestra divina gracia, seros mas fiel, y vivir únicamente para amaros y para serviros.

JACULATORIAS.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. Quid habet amplius homo de universo labore suo quo laborat sub sole? Eccl. 1.

Todo lo que no es serviros, mi Dios, es vanidad de va-

nidades, y todo vanidad. ¿Qué otra cosa saca el hombre de cuanto trabaja, de cuanto afana en el servicio del mundo?

Deum time, et mandata ejus serva; hoc est enim omnis homo. Eccl. 12.

Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, que esto solo es ser verdaderamente hombre.

PROPOSITOS.

Puesto que el mundo es enemigo de Cristo, declárate tú por enemigo del mundo; detesta sus costumbres, mira con horror sus máxîmas, sufoca en ti su espíritu; no te contentes con gritar contra la injusticia, contra la mala fe, contra la corrupcion del mundo; porque á esto se reducen por lo comun todas las reflexíones que se hacen sobre la malignidad del mundo. Da en este dia á tu Señor, á tu único dueño, dale, vuelvo á decir, algo mas que palabras, algo mas que unos movimientos estériles, y unos dictámenes especulativos de indignacion. No seas ya de esa cofradía, de esa secta de gente que Cristo ha reprobado. No seas ya ni de sus diversiones, ni de sus peligrosas concurrencias. Desde hoy en adelante arregle la modestia cristiana, así el gasto de tu casa, como el porte de tu persona; la modestia no confunde las condiciones, antes las ordena. Guárdate bien de hacerte esclavo de las modas. Al evangelio de Cristo toca reformar las modas mundanas, no al ridículo capricho de las modas derogar las leyes, ni el evangelio de Jesucristo.

2 ¿Tienes la dicha de estar fuera del mundo? pues mira que no apruebes jamas, por una indigna complacencia, por una pusilánime cobardía, ni los usos ni las máxîmas poco cristianas. ¿Estás metido dentro del mundo por la condicion de tu estado? pues no te contentes con aborrecer, huye tambien el comercio de los que le aman, porque su comunicacion es contagiosa. Como todo lo que el mundo presenta á la vista es tan brillante, son pocos los ojos fuertes que tienen vigor para no dexarse deslumbrar de sus resplandores, cuando el trato, cuando las conversaciones son frecuentes. Si los santos,

que solo tratan con el mundo para santificarle, corren gran riesgo de pervertirse éllos mismos, no obstante tantos preservativos; ¿cómo se pueden tener por seguros los que le tratan por gusto, por diversion, por desahogo, no mas que por tratarle, estando tan distantes de la virtud de los ótros? Aun aquellos que nunca ven al mundo sino en la iglesia, y en el sagrado tribunal de la penitencia, tienen justo motivo de temerle; ¿qué será los que de propósito van á buscar al mundo dentro del mismo mundo á los teatros de la profanidad, adonde despliega todo lo que el demonio ha inventado para engañar los sentidos, y para envenenar el corazon? Juzga tú mismo si esto será posible. Huye, huye de esos escollos, y si la obligacion, ó la atenta correspondencia te precisan á exponerte á éllos, sea siempre previniéndote con una visita al santísimo Sacramento, ó con alguna breve oracion; y haz lo mismo luego que vuelvas á casa.

DIA VEINTE.

San Euchêrio, obispo.

San Euchêrio, uno de los mas santos prelados de la iglesia de Francia, florecia en el octavo siglo, así por el resplandor de su eminente virtud, como por su fervoroso celo en promover la disciplina eclesiástica. Nació en Orleans ácia el año de 690, de una de las familias mas nobles de aquella ciudad. Su madre era una señora de singular virtud, y de costumbres tan arregladas, que tenia pocas imitadoras. Volviendo una noche de la iglesia, donde habia asistido á maytines, se retiró á su cuarto, y tuvo un sueño que la consoló mucho. Apareciósela un ángel, y despues de haberla alabado la devocion y la frecuencia con que asistia á los divinos oficios, la anunció que el hijo de que estaba preñada sería hijo de bendicion, y con el tiempo un santo obispo. El nacimiento de aquel querido hijo regocijó extraordinaria-

mente á toda la familia. Noticiosos todos de la vision de la madre, se preguntaban únos á ótros: *Quis putas puer iste erit?* ¿Qué cosa será este niño con el tiempo? El deseo de no perdonar á medio alguno que contribuyese á proporcionar las grandes esperanzas que se habian concebido de él, movió á sus padres á suplicar á san Ansberto, obispo de Autun, cuya fama de santidad volaba entonces por toda la Francia, que se dignase hacerles la honra de bautizarle. Informado el santo Prelado del misterioso sueño que habia precedido á su nacimiento, tuvo singular consuelo en administrar el sacramento del bautismo á un niño por quien el mismo cielo parecia interesarse. Lleváronle sus padres á Autun, y el santo Obispo le recibió con aquellos movimientos de gozo espiritual, que inspiran á los santos los indicios ó pronósticos de la futura santidad, exhortando á los virtuosos padres á que doblasen el cuidado en la vigilante educacion de aquel hijo, que algun dia habia de honrarlos tanto.

No se pasó mucho tiempo sin que se descubriesen en el santo niño presagios poco dudosos de lo que habia de ser. La dulzura de su natural, su docilidad y su modestia le hicieron amable desde la cuna. Parecia que habia nacido con él la devocion; á lo menos se anticipó al uso de la razon, y se dexó ver en sus acciones antes que se la hubiesen enseñado. Ninguna cosa consolaba mas á sus piadosos padres, que ver la ansia y gusto con que el niño Euchêrio se dedicaba á la oracion. No se le podia dar mayor contento, que decirle le habian de llevar á la iglesia, donde estaba el niño con tanta compostura, con tanto respeto, que parecia cosa sobrenatural.

A la edad de siete años le aplicaron al estudio. Como tenia mucho ingenio, y era de un natural dócil y blando, en poco tiempo hizo admirables progresos. Distinguióse en las letras humanas, y en las artes, saliendo muy aprovechado en la filosofía; pero entre todas las facultades á que le aplicaron con tan feliz suceso, á ninguna se dedicó con igual gusto que á las que tratan de la religion. Estudió con ansia la teología, los sagrados cánones y santos padres de la Iglesia, de manera que en poco tiempo fue correspondiente á su virtud su sabiduría. En la edad de diez y siete ó diez y ocho años era ya tenido por un pequeño

prodigio de ciencia, y de santidad. Nunca fue muchacho sino en los pocos años, y jamas se observó en él la menor puerilidad ni ligereza.

Siendo inseparable de la verdadera piedad cristiana la devocion con la santísima Vírgen, fue ternísima y afectuosísima la que toda la vida profesó Euchêrio á esta Señora, sin nombrarla por lo comun con otro nombre que con el de su querida madre. Al paso de la edad iba creciendo su virtud; y como la oracion habia sido todo el entretenimiento de su niñez, tampoco tuvo otra diversion en su juventud que la lectura de buenos libros, y los exercicios de la mas sólida piedad.

Una virtud tan eminente y tan anticipada no podia quedarse en el siglo; ni el mundo parecia terreno á propósito para un corazon tan puro y tan recto. Al principio abrazó el estado eclesiástico, siendo obispo Leodoberdo, y en pocos dias era el exemplar que se proponia para la imitacion á todos los clérigos; pero este estado, aunque tan santo, todavía le pareció muy peligroso; y como anhelaba á la mas alta perfeccion, todos sus suspiros eran por la soledad. Puso los ojos en el monasterio de Jumieges, situado á la orilla del rio Sena, en la diócesi de Ruan, donde reynaba la disciplina monástica con tanta regularidad, que comunmente era tenida por una de las casas religiosas de mas estrecha observancia. Fue recibido en élla nuestro Santo como venido del cielo; porque la fama de su singular virtud no solo habia prevenido los ánimos en su favor, sino que ya le aclamaba como un modelo cabal de la perfeccion cristiana. A pocos dias hizo conocer su trato, que la fama no habia hecho merced á su mérito. En el noviciado fue la admiracion de los mas ancianos, y asombro aun de los mas perfectos; juntaba una profunda humildad y una austerísima mortificacion, con una inocencia, con un fervor, que era el pasmo, y aun la confusion de todos.

Siete años pasó san Euchêrio en una vida tan penitente, que renovaba en Jumieges aquellos espantosos exemplos de penitencia, que hasta entonces solo se habian visto en los desiertos de Oriente. Su ayuno era contínuo, y austerísima su abstinencia. Ingenioso en mortificar aquellos sentidos, que hasta allí se habian conservado inocen-

tes, todo su estudio era crucificar su carne, y macerar su cuerpo, de manera que el rigor de la penitencia parecia le dexaba vivir como por milagro. Era tan exâcto en la observancia de las mas menudas obligaciones de su instituto, que jamás se le notó la menor falta de regla ni aun por inadvertencia. Habia recibido un don de contemplacion tan elevado, que pudiera decirse estaba contínuamente en oracion, y que su oracion era un perpétuo éxtasis. Sublimado á la dignidad del sacerdocio, no se puede explicar con qué religion, con qué devocion, con qué fervor se llegaba á celebrar el santo sacrificio; su encendido corazon, inflamado en un purísimo amor, se exhalaba en suspiros, y se derretia en lágrimas por los ojos.

Habiendo muerto en este tiempo Severo obispo de Orleans, y tio de nuestro Santo, así el pueblo como el clero, á una voz pidió á Euchêrio por obispo; pero como todos tenian tan conocida su sincera y profunda humildad, correspondiente en todo á las demas eminentes virtudes que le acompañaban, se tuvo muy prevista su invencible repugnancia á toda suerte de dignidad eclesiástica, y que se resistiria obstinadamente al obispado, ó le pondrian en precision de eludir sus deseos con la fuga. Para prevenir este inconveniente, el primer paso fue acudir á Carlos Martél, que con el título de *Maíre*, ó mayordomo de palacio, gobernaba absolutamente todo el reyno; despachóle el clero de Orleans una diputacion, pidiéndole diese su permiso para elegir á Euchêrio por obispo, y suplicándole al mismo tiempo se dignase apoyar con su autoridad esta eleccion. Condescendió sin dificultad aquel Príncipe con una súplica tan justa, y aun les dió uno de sus primeros oficiales para que fuese con éllos, y de su parte sacase á Euchêrio de Jumieges, y le conduxese á Orleans.

Luego que los diputados y el oficial llegaron al monasterio, declararon al Santo como el clero y el pueblo de Orleans unánimemente le habian elegido por obispo. Al oir Euchêrio esta noticia quedó tan fuera de sí como si le hubiera sucedido la mayor desgracia del mundo; pero viendo que no se hacia caso ni de sus ruegos, ni de sus razones, ni de sus lágrimas, vueltos los ojos inundados en éllas á sus queridos hermanos, les suplicó

con el modo mas tierno, mas enérgico, mas expresivo, que no permitiesen le arrancasen de su amable compañía para volverle á enredar en los peligrosos lazos del siglo; confesando con ingenuidad, que á las mas sagradas dignidades las miraba con horror, considerándolas como unas plazas fronterizas, expuestas á mayores peligros de la salvacion. Los monges por su parte, sensiblemente penetrados de dolor por aquella tierna separacion, mezclaban sus lágrimas con las del afligido Euchêrio, sin hallar otro consuelo en la pérdida de tan envidiable compañero, sino la consideracion del mayor bien que resultaba á toda la santa Iglesia. Fue en fin necesario dexar la amada soledad, y marchar á Orleans. Allí encontró ya juntos á todos los obispos de las cercanías para la ceremonia de su consagracion, la que se celebró en medio de numerosa clerecía, y de casi inmenso concurso de infinito pueblo, que no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle concedido á tan santo Obispo.

Luego que se vió á cuestas con el formidable peso de la dignidad episcopal, cuyas gravísimas obligaciones tenia bien comprendidas, dió toda su aplicacion á desempeñarlas. Entregóse enteramente al cuidado que pedia el gobierno de su iglesia. Comenzó haciendo reflorecer la disciplina eclesiástica; y persuadido á que ninguna cosa contribuye tanto á la reformacion de las costumbres del pueblo como la vida exemplar de los eclesiásticos, se aplicó singularmente á la reforma del clero. Fue su exemplo la primera leccion que le dió, teniendo el consuelo de recoger muy presto abundantes frutos de su laborioso celo. Mudáronse las costumbres populares, y se vieron desterrados los abusos. La religion, la piedad, el culto divino reynaron en la diócesi de Orleans, comunicándose á las provincias vecinas la luz de su resplandor brillante. Portábase con todos el santo Prelado con tanta dulzura, con tanto amor, con tanta benevolencia, que hecho dueño de sus corazones, todos le veneraban como pastor, y todos le amaban como padre. Cuando andaba en la visita de su obispado, que era frecuentemente, le salian al camino las villas, las ciudades enteras, correspondiendo el rendimiento con que recibian sus órdenes al amoroso espíritu con que él las dispensaba.

Sería especie de prodigio que una virtud tan eminente y tan ilustre estuviese largo tiempo sin la prueba de la persecucion. Aquella admirable union que reynaba entre el Pastor y el rebaño se turbó en fin por el artificio del infierno, en cuyos dominios hacia cada dia nuevas conquistas el infatigable celo de nuestro Santo. Desagradaban mucho al enemigo comun, así la solicitud pastoral, como los grandes frutos que hacía el santo Prelado; y enfurecido con la rabia, desplegó todos sus artificios para manchar la reputacion de Euchêrio por medio de la calumnia. Gozaba de una dulce paz en medio de su querido pueblo, continuada por casi diez y seis años, cuando trabajaron en hacerle sospechoso al Príncipe, que hasta entónces habia profesado singular estimacion y veneracion al santo Obispo. Desencadenóse la envidia contra su severidad, que calificaba de aparente, pero sobre todo contra el celoso teson con que se oponia á que los legos usurpasen los bienes de la Iglesia. Esto era puntualmente atacar á Carlos Martél por el lado flaco, y tocarle en el punto mas sensible. Como este Príncipe se hallaba empeñado en tantas guerras, ya en defensa propia, ya contra los sarracenos, se habia apoderado de grüesas cantidades en las rentas eclesiásticas para mantenerlas. Diéronle á entender, que san Euchêrio condenaba ardientemente su conducta; creyólo, y sin exâminar las circunstancias de aquellas acusaciones, resolvió castigar severamente al santo Prelado. A su vuelta de Aquitania, donde habia derrotado felizmente á los sarracenos, pasó por Orleans, y dio órden á san Euchêrio que le siguiese á París, y desde allí al palacio de Verneuil, que era una de las casas reales. Apenas llegó á élla, cuando le desterró á Colonia, juntamente con todos sus parientes, sin querer dar oidos á su defensa.

Hizo en Euchêrio poca impresion la desgracia. El gusto de hallar la soledad y el retiro que apetecia, le hizo mirar con complacencia el lugar de su destierro; pero solo le trataron como á desterrado el tiempo que tardaron en conocerle. Su eminente virtud fue, por decirlo así, una especie de hechizo, que luego le ganó el amor y el respeto de todo el mundo. El pueblo y el clero le trató con mucha honra, y los principales de la ciudad contribuían tan libe-

ralmente á cuanto habia menester, que causó celos al Príncipe, de suerte que envió orden al duque de Aspengau para que hiciese salir de Colonia al santo Obispo, y le trasfiriesen á una de las plazas fuertes de Hasbain, en el pais de Lieja; pero Dios le dió tambien tanta gracia en los ojos de este señor, que muy lejos de tratarle como prisionero, le respetó sumamente, y aun le hizo limosnero suyo. Habiendo obtenido del Duque libre facultad para elegir el lugar que quisiese dentro de la provincia de Hasbain, escogió la abadía de Tron, que fue su último retiro.

Luego que se vió dentro de élla solo pensó en santificarse mas y mas con el exercicio de las mayores virtudes. Seis años pasó en una vida enteramente celestial. Redobló sus penitencias, y era contínua su oracion y sus vigilias. Hizo tanta impresion en todos los monges el exemplo del santo Prelado, que se reformó el monasterio. Parecia que en su vida habia salido Euchêrio del desierto, segun el total olvido que tenia de sus parientes y del mundo. Finalmente, queriendo el Señor premiar los trabajos de su fiel Siervo, le llamó del destierro á la feliz estancia de los bienaventurados por una muerte preciosa. Fue su dicho tránsito el dia 20 de febrero del año 743; y en poco tiempo ilustró el Señor la gloria de su sepulcro con muchos milagros. Enterráronle en la iglesia de san Tron, y casi desde entonces se comenzó á celebrar su fiesta. Ciento y treinta y siete años estuvo el santo cuerpo en la sepultura, hasta que en el año de 880 fue elevado de la tierra, juntamente con el de san Tron, y expuesto en lugar eminente á la pública veneracion. La incursion de los normandos, que sucedió el año siguiente, obligó al obispo Francon á ocultar los dos cuerpos santos en la gruta donde hoy dia son reverenciados. Venérase en una rica urna todo el cuerpo de san Eucherio, á excepcion de un hueso principal, que el año de 1606 se dió á la santa iglesia de Orleans.

La misa es del Comun de confesor y pontífice, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Eucherii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice san Euchêrio nos aumente la piedad y el deseo de nuestra eterna salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia IV, folio* 48.

NOTA.

„En los dos capítulos de donde se sacó esta epístola „hace el autor un magnífico elogio de los patriarcas, y de „los hombres grandes de la nacion hebrea, en particular „de Abrahan, Moyses y Aaron; y se ve claro que en el „mismo elogio se encierra tambien el de los confesores pon„tífices de la santa Iglesia.

REFLEXIONES.

Non est inventus similis illi, qui conservavit legem Excelsi: no se halló quien fuese semejante á él en observar la ley del Altísimo. Asombro es que esta ley no sea mas generalmente observada. Es la ley del Altísimo; ¿pues quién puede resistirse á obedecerla? De la observancia, ó de la infraccion de esta ley pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna; ¿pues quién se atreverá á violarla? Con todo eso hay pocos que la observen con fervor y con puntualidad. ¿De dónde nacerá la inobservancia de la divina ley en muchas personas, que por otra parte son piadosas, y tienen una vida bastantemente arreglada? No de otro principio, que de los respetos humanos. Este es el fantasmon imaginario, este es el grande escollo figurado en que se estrellan tantos proyectos, y que hace infieles á tantas almas. Y en suma, ¿esos respetos humanos qué vienen á ser? Un vano espantajo, forjado por la fantasía, abultado por el amor propio, en quien el mundo subdelega toda su autoridad, y de quien

se vale el enemigo comun para intimidar, para acobardar á las almas pusilánimes; es un temor pánico, imprudente y necio de cumplir con su deber en punto de religion, de parecer cuerdo y virtuoso á los ojos de los que no lo son, y de tener una vida arreglada á la fe que se profesa.

¡Cuántas personas tocadas de la gracia de Dios, espantadas á la vista de sus desórdenes, se rendirian á los fuertes impulsos de la gracia, si la vana aprension de los juicios del mundo, si los respetos humanos no sufocaran en éllas las mas santas resoluciones, y si no hicieran inútiles los esfuerzos de estas luces!

Remordimientos agudos, sobresaltos saludables, proyectos de conversion, deseos virtuosos, plan de nueva vida, todo da al través en este infeliz escollo. Quiérese mas pasar los dias de la vida entre las amarguras de un corazon agitado, entre las turbaciones de una conciencia cruelmente atormentada; quiérese mas vivir en desgracia de Dios; quiérese mas arriesgarlo todo, que exponerse á la zumba, á la risa, á la censura de un monton de mentecatos, á quienes siempre pone de mal humor el mérito de ótros, y no pueden tolerar sean mas prudentes que éllos los que en otro tiempo no fueron mejores.

¿Vióse jamas en el mundo temor mas mal fundado, mas mal empleada condescendencia, ni diferencia mas irracional, ni mas injusta? Estáse en la firme persuasion de que el camino va errado; conócese claramente el riesgo y el precipicio: pálpase, confiésase la grande necesidad que hay de una pronta reforma. La gracia solicíta, el tiempo vuela, el exemplo, la experiencia, la fe, la razon, todo conspira á sacarnos del peligro, todo nos inclina al partido mejor, todo grita que es menester reformarnos. Conviénese en eso; pero un terror pánico nos hace tan cobardes, que se nos caen las armas de las manos; el vano fantasmon de los respetos humanos turba, desconcierta, para el movimiento á los primeros pasos en tan gloriosa carrera. ¿Son acaso las dificultades las que nos acobardan? ¿Es acaso la devocion la que nos espanta? ¿Faltan por ventura atractivos á la virtud? No por cierto.

Aquel hombre del gran mundo, aquel ingenio cono-

cido, aquel joven tan entendido y discreto, aquella dama, aquella hermosura llena de vanidad y de presuncion, desengañados ya de las fantásticas ideas que deslumbran y encaprichan, hallaban no sé qué nuevo gusto en el exercicio de la virtud. A vista de la gracia habia desaparecido una prodigiosa multitud de fantasmas que los espantaban; y la misma gracia, por decirlo así, habia allanado ya todos los caminos. Ya el semblante de la penitencia no les parecia tan feo, tan horroroso, ni encontraban ya tanta dulzura, tanto gusto en los placeres del mundo; sí, comprendian ya, y aun lo palpaban, que una vida inocente, una virtud pura y sólida es copioso manantial de una alegría verdadera, de una tranquilidad que no se halla en otra parte. La vida de los santos, que florecieron en todos los estados, no les parecian ya prodigios tan raros, que fuesen inaccesibles á la imitacion. La virtud no solo se les figuraba amable, sino fácil, ó á lo menos no dificil. El error de los desórdenes pasados, las máxîmas y los dictámenes presentes, todo prometia una dichosa conversion futura, una reforma pronta, total, de grande exemplo, y que hiciese mucho ruido. Ya estaban, por decirlo así, con un pie en la tierra de promision, cuando el temor de unos monstruos fingidos, fabricados puramente por un terror pánico, por una imaginacion desconcertada, los detiene, los desalienta, los hace volver atras. ¡Buen Dios! ¿será posible que nuestra imaginacion únicamente ha de ser fecunda en obstáculos, en dificultades, en monstruos, cuando se trata de entrar en vuestro servicio?

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el dia IV. fol. 50.

MEDITACION.

De los respetos humanos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los respetos humanos son una injusta preferencia de los juicios de los hombres sobre los juicios del mismo Dios ¿Qué cosa mas irracional ni mas

indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano?

Témese disgustar á quien nada importa darle gusto, ni dexar de dársele, y no se teme desagradar á Dios, siendo esta la mayor de todas las desdichas; y es lo peor, que se quiere desagradar á Dios por no desagradar á los hombres.

Tiénese vergüenza, témese mucho el ser tenido por devoto; es decir, por siervo fiel de Dios, por discípulo de Jesucristo, por religioso observador de su ley y de sus preceptos. Si esto sucediese en medio del gentilismo, lloraríamos la desgracia de aquellos cristianos cobardes, de aquellos semi-apóstatas; ¡pero que esto suceda entre los cristianos! ¡Que en medio del cristianismo se tenga vergüenza del evangelio! ¿Pueden subir mas de punto la irreligion, la impiedad, y la malicia?

Hónrase uno de estar en servicio de los grandes del mundo, y se avergüenza de estar en servicio de Jesucristo! ¿De cuándo acá es cosa vergonzosa ser hombre de bien, ser virtuoso, ser fiel?

Los disolutos, los mundanos hacen vanidad de las diversiones gentílicas, de las acciones mas afrentosas; ¡y los cristianos se han de correr de las acciones mas santas! ¡Ha de alabarse uno de pasar los dias enteros en el juego, de entrar en todas las partidas de diversion, de brillar, de sobresalir en las concurrencias del mundo; y le han de salir los colores al rostro porque se le vea en el tribunal de la penitencia, al pie de los altares, en el templo santo de Dios con modestia y con respeto! ¡no ha de tener valor para decir, y aun se ha de enfadar de que se sepa que acaba de salir de unos dias de retiro, de hacer unos santos exercicios! ¡Con qué viveza, con qué empeño se niega, ó se oculta que se ha visitado á los pobres del hospital, que ya se ha dexado el juego, que ya no se concurre al bayle, que se ha desterrado para siempre de los espectáculos, que se hace profesion descubierta de ser cristiano, y que se cree al oráculo que dice. *El que negáre á Jesucristo delante de los hombres, será negado de Jesucristo delante de su Padre*! ¿Esta conducta es extravagancia, ó es impiedad? ¿es irreligion, ó es locura? Todo lo es ciertamente.

¡Ah, mi Dios, qué confusion, qué dolor, siento de

haber tenido hasta aquí mas atencion á los hombres que á mi soberano dueño! ¡qué vivamente detesto tan vergonzoza, tan impía preferencia! Vos, Señor, á quien está patente mi corazon, estais viendo lo que siento y lo que pienso.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si un discípulo de Cristo se hubiera mezclado entre el pueblo de los judíos, y hubiera gritado con ellos: *Viva Barrabás, y muera Jesus*, ¡qué indignacion, qué horror no se tendria aun en el dia de hoy contra aquel impío apóstata; y con qué exêcracion no se escucharia su nombre hasta el fin de los siglos en toda la Iglesia!

Pues digo, y el preferir el mundo á Jesucristo por un vil respeto humano, ¿es menos injurioso á Jesus? ¿es menos escandaloso? ¿es menos horrible? ¿Queda acaso por este cobarde, por este ingrato discípulo, que la ley de Dios no perezca? ¿Qué dirán si me reformo? ¿si no asisto ya á los saraos, á los convites, á las funciones del Carnaval, á las fiestas licenciosas? Pero dime, ¿y qué dirá Dios si asistes á éllas? Mas no importa, con Dios no se cuenta, se hace poco, ó ningun caso de que diga lo que dixere; puede mas una necia vergüenza, un loco respeto humano. ¡Oh mi Dios! y á vista de esto, ¿quién negará ya que es muy necesario un juicio universal, que es indispensable la severidad de la divina justicia?

Si haces esa buena obra, si enmiendas tus costumbres, si frecuentas los sacramentos, si entablas una vida regular y mas cristiana, los hombres de juicio y virtud te alabarán, Dios lo aprobará, y tú te alegrarás eternamente. A la verdad, algunos libertinos, algunas mugeres mundanas, sin honra y sin cabeza te zumbarán por algun tiempo; pero qué, ¿has de hacer tú caso de lo que dice semejante gentecilla? ¿has de hacer aprecio de sus insulsas, de sus impías necedades, y las has de temer hasta sacrificar tu paz, tu salvacion y tu alma?

Qué, ¿un necio, un impío desaprueba la ley de Dios? ¿y yo sacrifico mi deber, mi religion, mi conciencia á la impiedad, al capricho de ese necio? ¿Puede haber mas odiosa extravagancia? Los mártires siguieron esta ley, defendieron esta ley á costa de su vida: en buena fe,

¿estarán prontos á defender la misma ley hasta derramar su sangre por élla esos corazones dominados por los respetos humanos?

Bien sé, Señor, que jamas seré siervo vuestro, si quiero agradar á los hombres; pero esto es hecho, Señor, ya no mas cobardía, ya no mas humanos respetos cuando se trata de serviros. Mas que desagrade á todo el Universo, como dé gusto á vos, Dios mio, nada me importa; desde este mismo punto pongo toda mi gloria en serviros á vos, en agradaros á vos, cuidando poco de agradar, ni desagradar á ótro.

JACULATORIAS.

Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus á nobis jugum ipsorum. Salm. 2.

Rompamos ya las cadenas del respeto humano, y sacudamos ya de nuestras cervices la tiranía de su yugo.

Deus dissipavit ossa eorum, qui hominibus placent: confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos. Salm. 52.

Complácese Dios en despreciar tambien á los que no hacen caso de su Magestad por complacer á los hombres, y tiene gran gusto de llenarlos de confusion.

PROPOSITOS.

No se pase el dia sin dar alguna prueba del desprecio que haces de los respetos humanos, y muestra en toda ocasion que no te avergüenzas del evangelio. Cúmplese con estas dos obligaciones de palabra y de obra. Has hecho resolucion, y se lo has ofrecido á Dios de no jugar esta Pascua, de no concurrir mas al bayle, de desterrarte para siempre de los espectáculos; pues dí públicamente, y dilo con toda resolucion, que no quieres jugar hasta tal tiempo; que has renunciado eficazmente, y para siempre todo concurso, toda diversion peligrosa; que quieres servir á Dios con mayor edificacion, y con mas fidelidad que lo has hecho hasta aquí: levanta la voz, y dí con toda claridad que quieres pensar sériamente en el negocio de tu eterna salvacion, y que estás

resuelto á no perdonar medio alguno para conseguirle; dí que no quieres tener otra regla para tu conducta, que las máxîmas de Jesucristo, y los dictámenes del evangelio. Todo pende de decirlo con brio y con resolucion: si muestras timidez, date por vencido. En materia de costumbres una vigorosa determinacion vale una victoria; pero no te contentes con declarar el partido que has tomado, haz que tus obras prueben tu resolucion. El mundo solo persigue con sus zumbas, con sus frias bufonadas á los virtuosos tímidos y cobardes, á los que se avergüenzan de parecer lo que son; pero á los que públicamente hacen resuelta profesion de serlo, los mira con respeto y con veneracion. Si temes responder franca y descubiertamente, con ayre libre y resuelto, que vas á encomendarte á Dios, que vienes de la iglesia; esa necia cobardía, ese contemporizar fuera de tiempo, prueban que la intencion no es la mas pura, que tu fe está muy tierna, que tu devocion es muy dudosa. Mírase esa media devocion como una especie de escena cómica, con que quieres divertir al público; y eso es lo que hace reir á únos, y pone de mal humor á ótros. Y con efecto, si estás resuelto á servir á Dios sinceramente, ¿á qué propósito avergonzarte de una cosa que á todo el mundo honra tanto?

2 Es error persuadirse uno que sería vanidad declararse tan presto, y tan descubiertamente por el partido de la virtud. Este es el maligno artificio de que ordinariamente se sirve el demonio para engañar á las personas que se convierten; pero acuérdate que es un excelente medio para perseverar en la virtud, profesarla desde luego á cara descubierta. Este generoso, este ruidoso principio hace que las mismas armas del enemigo sirvan para combatir, una vez que se abrazó públicamente el partido de la virtud; la honra, la razon, y hasta los mismos respetos humanos sirven de barrera para defenderse de la inconstancia; tarde ó temprano se conoce el buen efecto de aquellos primeros pasos; despues de haber metido tanto ruido, sería mucha vergüenza volver atrás. ¡Dichosa necesidad! ¡dichoso fruto de aquella animosa declaracion!

3 ¿Quieres, pues, libertarte desde luego de los impor-

tunos sobresaltos del amor propio, y de los artificiosos lazos del enemigo? Pues afecta, por decirlo así, dexarte ver en público con un vestido modesto; con una compostura, con unas modales, que éllas mismas estén publicando tu mudanza; muéstrate resuelto y determinado por todas tus respuestas, prontas y precisas en punto de la virtud. Una de las mas piadosas, y de las mas útiles declaraciones es ir á oir misa con modestia y con devocion exemplar en aquellas mismas horas y á aquellas mismas iglesias donde antes te dexabas ver con tan poco respeto y con tan ninguna reverencia. Algunos cristianos hay tan generosos y tan santamente intrépidos, que de propósito comulgan algunas veces en la misa de los indevotos, de los perezosos; es decir, en la misa de once ú doce, á que suelen concurrir los pisaverdes. Ciertamente que son muy debidos al público estos buenos exemplos. Guárdate bien de detenerte un punto en confesar que vas á visitar al santísimo Sacramento; que vienes de hacer lo mismo con los pobres, &c. Pues qué, ¿se ha de hacer vanidad en el mundo de decir que se va, ó se viene de la comedia, y se habia de tener vergüenza de decir que se va á la iglesia, ó que se viene del hospital? Ten horror toda la vida de una timidez, de una cobardía ta indigna.

DIA VEINTE Y UNO.

San Dositéo, confesor.

Ninguna cosa enseña mejor, ni aun tan bien como los exemplos. Por eso ha querido el Señor proponérnoslos en todas edades, en todas condiciones, en todos estados, atajando por este medio los falsos pretextos de que pudiera servirse nuestro amor propio para desviarnos de la virtud. Quiso confundir nuestra cobardía, poniéndonos á la vista la santidad de aquéllos, que siendo mas jóvenes, mas débiles, mas delicados, menos sábios que nosotros, no por eso dexaron de arribar á un eminente

grado de virtud, aun ceñidos siempre dentro de los límites de los empleos menos lustrosos, y de las acciones mas comunes y ordinarias.

Fue Dositéo un joven noble, hijo de un prefecto, ministro de la guerra, ó tribuno, oficial que mandaba un cuerpo de tropas, y corresponde ahora al grado de maestre de campo, ó de teniente general. Como estaba en la flor de su edad, y era de bella disposicion, ayroso y bien proporcionado, era tambien las delicias de toda su familia, y el ídolo de su padre, que le crió con la mayor delicadeza y con el mayor regalo. Aunque eran cristianos sus padres, le dieron una lastimosa educacion, manteniéndole en una total ignorancia de la religion cristiana; y por miedo de no atarearle, ni de quitarle la libertad, no le aplicaron á los estudios, dexándole vivir sin darle la mas leve tintura de letras, ni de facultades. Si Dositéo no se precipitó en las mas funestas licencias de la juventud, debiólo á la buena inclinacion de su bella índole, ó por mejor decir, á la especial gracia con que el cielo le preservó de los mayores escollos. Era Dositéo de un natural dulce, gracioso y apacible; á que añadiéndose la hermosura de su semblante, la proporcion ayrosa de su talle, la delicadeza y blancura de su tez, con unas modales desembarazadas, modestas y llenas de una noble ingenuidad, junto todo con una rara inocencia de costumbres, le hacian universalmente amado de todo el mundo. Sobre todo, el padre estaba tan hechizado con su hijo, que no sabia negarle gusto alguno; y esta excesiva condescendencia fue la causa de su grosera ignorancia.

En esta regalona ociosidad vivia Dositéo cuando oyó hablar del viage de la Tierra santa. El Señor, que tenia particulares designios sobre aquella alma privilegiada de su gracia, le inspiró el deseo de hacer este viage. Apenas dió á entender á su padre la curiosidad que se le habia excitado, cuando al instante providenció todo lo necesario para complacerle. Estaban algunos oficiales para hacer aquella jornada por devocion, y el tribuno les pidió que llevasen consigo á su hijo Dositéo, haciendole el gusto de cuidar de su comodidad y de su regalo. Apenas llegaron á Jerusalen, cuando todas las cosas grandes

y santas que veía en aquellos sagrados lugares, le tenian como embelesado, haciéndole especialmente grande impresion todo lo que oía decir de nuestros sacrosantos misterios. Condúxole un dia la divina Providencia á cierta iglesia cerca de Gethsemaní, que es un valle al pie del monte de las Olivas, distante algunos centenares de pasos de Jerusalen, y vió en élla una pintura que le dió gran golpe. Era un vivísimo retrato de los tormentos que los condenados padecen en el infierno; y como nuestro joven ignoraba enteramente lo que la fe nos enseña en este punto, quedó como suspenso y atónito. Consideraba inmoble aquel horroroso lienzo, fixos los ojos en todas las tristes figuras que en él se representaban, cuando se llegó á él una señora vestida de púrpura, respetable por su magestuosa gravedad, y por todo su ayre celestial, la cual le explicó lo que significaba aquella pintura, declarándole todos sus misterios. Aturdido Dositéo con lo que estaba oyendo, escuchaba á la señora con un profundo silencio; pero volviendo en sí del asombro, la preguntó cortesanamente, qué haría para evitar la desgracia de caer en aquellos horrendos suplicios: *Hijo mio*, le respondió la matrona, *si quieres no ser del número de los condenados*, *ayuna*, *no comas carne*, *y ora sin cesar*; y diciendo esto desapareció. Nunca dudó nuestro Santo que esta señora habia sido la santísima Vírgen, y así la profesó siempre una ternísima devocion, que cada dia fue creciendo hasta la muerte.

Luego que Dositéo volvió á la posada, comenzó á poner en práctica el consejo de aquella celestial Señora. Su ayuno, su abstinencia, su oracion contínua, y su perpetuo recogimiento admiraron á los oficiales en cuya compañía habia venido. No perdonaron á diligencia alguna para divertirle, para hacerle comer, y para distraerle; pero no fue posible hacerle mudar de método. Viendo su constante perseverancia, le dixeron que aquella vida no era correspondiente á un hombre del mundo, y que si pensaba conservarla hasta la muerte, estaria mejor en un monasterio. Dositéo, que jamás habia oido hablar del estado religioso, preguntó, ¿qué cosa era monasterio? Respondiéronle, que monasterio era una casa santa y recogida, donde se encerraban los que querian vivir única-

mente para el cielo, pasando la vida baxo la obediencia de un prelado en exercicios de penitencia y de oracion, sin comunicacion con los seglares. Agradóle tanto esta descripcion de la vida religiosa, que no dexó en paz á aquellos caballeros hasta que le llevasen á un monasterio. Uno de éllos le conduxo al de san Serido, antiguo amigo suyo. Luego que le vió el santo Abad quedó prendado. Preguntóle qué queria; y él solo respondió: *Salvarme*. Con todo eso, conociendo el prudente Abad por su vestido, por su delicadeza, por su ayre, y por todas sus modales, que era joven de muy distinguida calidad, y sospechando que quizá habria hecho alguna travesura, por la cual se habria escapado de su casa huyendo del castigo, temió que si le recibia tendria acaso que padecer el monasterio. Con estos temores llamó á san Dorotéo, que era su principal discípulo, y declarándole lo que recelaba, le encargó que exâminase la devocion de aquel mozo. Dorotéo, que tenia conocidamente el don de discrecion de espíritus, le exâminó muy despacio; mas no pudo sacar de él otra cosa sino que quería salvarse, y pedia por gracia que le recibiesen en el monasterio. Cuando Dorotéo dió cuenta al Abad de su comision, le dixo; *que habia descubierto en aquel joven un natural tan bello, tan buen fondo, tanto candor y tanta sinceridad, que no podia dudar ser muy legítima y muy castiza su vocacion, y que no habia que temer*. Asegurado san Serido con este dictámen, le recibió al punto, y se le encargó al mismo Dorotéo, que era enfermero, y al mismo tiempo maestro de nuestro Novicio.

Viendo el prudente Director con aquella grande discrecion de espíritus de que el Señor le habia dotado, que su nuevo discípulo era joven, tierno, delicado y criado con todo regalo, no quiso sujetarle desde luego á todas las austeridades y mortificaciones que los demas monges practicaban; contentóse por entonces con enseñarle á obedecer con alegría y con puntualidad, á no tener voluntad propia, á mortificar sus inclinaciones, y á desprender su corazon aun de las cosillas mas menudas. Aplicóse á hacerle amar la humildad, y las humillaciones, y poco á poco le enseñó á ser sóbrio. Al principio le dixo que comiese todo el pan que á su parecer hubiese me-

nester para contentar su apetito, mandándole solamente le diese cuenta de la cantidad de pan que comia cada vez. Obedeció á la letra Dositéo, dando cuenta puntual á su maestro del pan que comia. Pasados algunos dias, le aconsejó que hiciese experiencia si cercenando alguna corta porcion de aquella cantidad sentia novedad en la salud. Hízolo así el Santo mancebo; y diciendo á su maestro que no experimentaba la menor novedad: *Pues hijo mio*, le replicó el prudente Dorotéo, *prueba por quince dias si dexando en cada uno de éllos media onza de pan, por amor de Dios, te sientes menos robusto.* Echó Dios la bendicion á la industria del maestro, y á la docilidad del discípulo; porque Dositéo, á quien no bastaban al dia cuatro libras de pan en los principios de su conversion, se reduxo insensiblemente á contentarse con solas ocho onzas, sin haber enflaquecido, ni experimentar en sus fuerzas decadencia.

Muerto el santo abad Serido fue colocado en su lugar san Dorotéo. El nuevo Abad, que conocia bien, así la delicada complexîon, como la débil salud de su querido discípulo Dositéo, tenia gran cuidado de moderar su fervor, que iba creciendo cada dia, atemperando prudentemente los empleos á sus fuerzas. Dexóle en el oficio de enfermero, limitándosele á que tuviese aseada la enfermería, y á que cuidase del regalo de los enfermos, y que nada les faltase. Exhortábale á estar contínuamente en la presencia de Dios, á corregirse cada dia de algun siniestro; á no dexar sin dolor y sin castigo las menores faltas; á no hacer cosa alguna por su propia voluntad; á no tener apego á persona, ni á cosa alguna de esta vida; á no executar aun las acciones mas menudas y mas ordinarias, sino puramente por motivo de agradar á Dios; y á no temer nada tanto como desagradarle.

Puso en execucion el santo Mancebo con la mayor exâctitud estos saludables consejos, cuya puntual fidelidad en observarlos le hizo arribar en menos de cinco años á una eminente santidad, por el contínuo exercicio de las acciones mas comunes, y de menos ruido. Jamas se desmentian su dulzura, su modestia y su profunda humildad, siempre igual, siempre oficioso, siempre alegre; de manera, que solo con ver aquel risueño y aquel

angelical semblante, se consolaban los enfermos. Todo su estudio era hacer perfectamente todas las acciones; ninguna falta se perdonaba; y si le sucedia alguna vez, ó levantar algo mas la voz, ó escapársele algun repentino ímpetu del natural, estaba inconsolable.

Habiendo hablado en cierta ocasion con alguna mayor viveza á uno de los hermanos que asistian á los enfermos, se retiró á la celda, y postrado en tierra con la boca en el suelo, no cesaba de llorar y de gemir. Vióle un monge, y fue á dar cuentar al abad, que hallándole en este estado, bañado en sus propias lágrimas: *Hijo*, le preguntó *¿qué significa ese llanto, y por qué lloras? Padre*, respondió Dositéo, *porque siempre soy imperfecto, y acabo de ofender á Dios; hablando ásperamente á mi hermano. Dios te ha perdonado esa falta*, respondió el abad, *levántate, y vuelve á tu oficio.* Obedeció; levantóse al punto, y volviendo á su serenidad y á su alegría ordinaria, prosiguió cumpliendo con su empleo con mas fervor que nunca.

No podia subir mas de punto el candor y la ingenuidad. Descubria á su padre espiritual hasta los mas mínimos pensamientos que se le ofrecian. Acababa un dia de hacer las camas á los enfermos, y pareciéndole que las habia hecho con algun aseo, tuvo cierta secreta complacencia. Casualmente apareció entonces por allí san Dorotéo, y el sincerísimo discipulo le dixo: *Padre, me viene vanidad, porque me parece que he hecho bien las camas. Hijo*, le respondió al punto el prudente maestro *eso, á lo sumo probará que eres buen enfermero; mas no prueba que eres buen religioso.*

El miedo que tenia Dorotéo de que á un corazon tan puro no se le atreviese el mas mínimo apego, le obligaba á criarle con un total desasimiento. Dióle un dia paño para que se hiciese un hábito nuevo; trabajó en él Dositéo muchos dias, y le costó mucha fatiga coserle. Llevósele al fin al abad; el abad le mandó que se le diese á otro monge, y que él hiciese otro hábito nuevo para sí. Executólo el Santo mozo, y se repitió con el segundo hábito lo mismo que se habia hecho con el primero. Muchas veces le hizo repetir estos sacrificios en semejantes actos de desasimiento; y Dositéo los hacia, no

solo sin quejarse, no solo sin repugnancia, sino cada vez con mayor alegría.

Dióle un dia el mayordomo de la casa un cuchillo muy lindo para que se sirviese de él en su oficio; y llevándosele luego al abad, le pidió licencia para guardar aquella alhajita tan curiosa, y usar de élla en servicio de los enfermos. Conoció luego el sagaz prelado la inclinacioncilla que mostraba su querido discípulo á aquel mueble, y como todo su estudio era desprender aquel inocente corazon del mas mínimo asimiento: *Pues qué*, le dixo, *¿Dositéo, quieres ser esclavo de un cuchillo despreciable, en perjuicio del perfecto desasimiento que Dios te pide? Ese afectillo á un vil instrumento reparte el corazon que debe ser todo de Dios, y que su Magestad quiere poseer solo como su único y soberano dueño. Así pues doy enhorabuena licencia para que ese cuchillo sirva á los enfermos; pero ordenó al hermano Dositéo que no le toque.* Observó inviolablemente el orden del superior; porque el cuchillo se aplicó luego á la enfermería para uso de los enfermos; pero nuestro Santo enfermero en cuatro años que estuvo en el oficio, jamás lo tocó ni aun por descuido.

Llegó en él hasta donde pudo llegar la perfeccion de la obediencia ciega, pues se le vieron hacer actos heróicos de esta gran virtud con aquella santa simplicidad que autoriza Dios muchas veces con prodigios, y califica con milagros. La menor señal de la voluntad del superior era para él un precepto expreso, tanto que era menester anduviese con gran cuidado el abad para no dar el mas leve indicio de élla. Y no era esto falta de advertencia, ó de capacidad; pues era Dositéo de un entendimiento sólido, vivo, brillante, y despejado, nacia únicamente de una obediencia tan ciega y tan perfecta, que se duda con razon si se ha visto jamas en el mundo religioso mas obediente.

Complácese Dios en comunicarse á las almas puras y humildes; y así aunque Dositéo no tenia ni la mas leve tintura de letras ni de doctrina, poseia un conocimiento tan comprensivo, y una inteligencia tan clara, tan limpia de los mas elevados, de los mas profundos misterios de la religion, que algunas veces hablaba de éllos como hombre divinamente inspirado. Su maestro Doro-

téo, que no perdia ocasion de exercitarle en la humildad, la lograba siempre que se tocaban estas materias, y hablaba de éllas Dositéo con sū acostumbrado acierto; porque entonces se humillaba grandemente; pero con tanta complacencia del humildísimo joven, que nunca sentia mayor gozo que cuando le daban en cara con su ignorancia.

Cinco años pasó nuestro Santo en estos exercicios de obediencia, de exâctitud, de humildad, de una contínua union con Dios, y otros actos, pequeños á la verdad; pero propios de una devocion ternísima. De noche solo asistia á la última parte de maytines, segun se le habia ordenado, en atencion á su poca salud. De dia cuidaba de los enfermos, y comia un poco de pescado á las horas señaladas. Adolecia del pecho, arrojando sangre por la boca, y esta fue la enfermedad que al cabo le quitó la vida. La inquietud y dolores que le causaba, nunca le pudieron arrancar una leve señal de impaciencia; su ordinaria oracion era esta: *Señor, tened misericordia de mí; dulce Jesus mio, asistidme; Vírgen santísima, mi querida madre, no me negueis vuestro favor.* Díxole un hermano que podian aliviarle unos huevos frescos; mostró algun deseo de tomarlos; pero cayendo despues en cuenta, y pareciéndole que esta era inclinacion sensual, la detestó y se acusó al abad como de una tentacion á que habia dado oidos.

Al paso que crecian sus dolores crecia tambien su resignacion y su paciencia. Redúxole la debilidad á no poder moverse; y preguntado por san Dorotéo si hacia siempre su acostumbrada oracion, *Hay, padre*, respondió al punto, *y como que lo hago; por señas que no puedo hacer otra cosa.* Sintiendo que ya le iban faltando las fuerzas, pidió con grande humildad á su santo director le diese licencia para acabar los dolores con la vida. *Ten un poco de paciencia, hijo mio, que cerca está la misericordia del Señor*, le respondió Dorotéo. Habiendo pasado algunas horas en una íntima union con Dios, al acercarse la noche se volvió dulcemente á su santo Abad, y le dixo: *Padre, permíteme acabar en paz mi destierro.* Respondióle Dorotéo lleno de ternura con lágrimas en los ojos: *Vete en paz, hijo mio, y ponte con mucha confianza en la pre-*

sencia de tu Dios, que quiere hacerte participante de su gloria; ruega á su Magestad por nosotros. Al mismo punto el obedientísimo joven espiró dulcemente, como que tampoco habia querido morir sino por la santa obediencia.

Hacíales grande armonía á algunos monges ancianos la extraordinaria opinion que el santo Abad tenia de la eminente santidad de su amado discípulo. *Dositéo*, decian entre sí, *no ayunaba, dispensábasele en los exercicios mas penosos de la religion; tratábasele con una demasiada indulgencia; ¿pues en qué consistia su extraordinaria virtud?* Pero Dios los quiso dar á entender á qué grado tan sublime de virtud se puede llegar en poco tiempo por el exercicio de una perfecta obediencia. Apenas murió Dositéo cuando Dorotéo tuvo revelacion del elevado grado de gloria que habia merecido su querido discípulo; y otro santo viejo que pedia á Dios con grande instancia le hiciese conocer los monges de aquel monasterio que ocupaban mas eminente lugar en el cielo, vió á Dositéo en medio de una multitud de santos, brillando con resplandor sobresaliente al de todos éllos.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion es la que corresponde á la dominica sexta despues de la Epifanía.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut semper rationabilia meditantes, quæ tibi sunt placita, et dictis exequamur et factis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, omnipotente Señor, que no pensando jamas en hacer lo que no fuere racional y justo, executemos en obras y en palabras todo aquello que fuere de tu agrado: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. de la primera de san Juan.

Scribo vobis, filioli, quoniam remittuntur vobis peccata propter nomen ejus. Scribo vobis, patres, quoniam cognovistis eum, qui ab initio est. Scribo vobis, adolescentes, quoniam vicistis malignum. Scribo vobis, infantes, quoniam cognovistis patrem. Scribo vobis, juvenes, quoniam

Os escribo á vosotros, ó hijuelos, que se os perdonan los pecados por su nombre. Os escribo á vosotros, ó padres, que habeis conocido á aquel que es desde el principio. Os escribo á vosotros, ó mancebos, porque vencísteis al maligno. Os escribo á vosotros, ó niños, porque habeis conocido al padre. Os escri-

fortes estis, et verbum Dei manet in vobis, et vicistis malignum. Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo: quoniam omne, quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscencia oculorum, et superbia vitæ: quæ non est ex Patre, sed ex mundo est. Et mundus transit, et concupiscentia ejus. Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum.

bo á vosotros, ó jóvenes, que sois fuertes, y la palabra de Dios está en vosotros y habeis vencido al maligno. No querais amar al mundo, ni las cosas que estan en el mundo. Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él. Porque todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y sobervia de la vida: la cual no viene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios dura para siempre.

NOTA.

»Queda ya dicho en otra parte que san Juan era de »una edad muy abanzada cuando escribió esta epístola, »que en dictámen de san Agustin fue dirigida á los par- »tos, esto es, á los fieles que vivian en la provincia de »Partenia. El asunto parece el mismo que tuvo el santo »Apóstol para escribir su evangelio. Da principio á una »y á otra obra estableciendo la divinidad del Verbo con- »tra los errores de Ebion y Cerinto, que negaban á Je- »sucristo la calidad de verdadero Hijo de Dios; y tambien »establece la verdad de su encarnacion contra Basílides, »que le negaba la humanidad. Enseña al mismo tiempo la »fe y la necesidad de las buenas obras cuando recomien- »da tanto la caridad.

REFLEXIONES.

El que está encendido en el fuego del amor de Dios quisiera inflamar en el mismo incendio los corazones de todos. Este es el asunto, esta la materia de todas las cartas del amado Discípulo. En la presente acuerda á los fieles los beneficios particulares que han recibido de la mano benéfica de Jesucristo; y cuanto dice en particular á cada uno de los estados y á cada una de las edades, se puede muy bien acomodar á todas. Con efecto, ¿qué mayor motivo para que amen á este divino Salvador los niños,

que representarles como por la virtud y por los méritos de Jesucristo les fue perdonado en el bautismo el pecado original, y pasaran á ser hijos de Dios? *Scribo vobis, filioli, quoniam remittuntur vobis peccata propter nomen ejus.* Por la infinita misericordia del Señor todos gozamos la misma dicha y el mismo beneficio; ¿pero hemos comprendido bien esta dicha que gozamos? ¿somos muy agradecidos á una obligacion tan esencial? En virtud de la regeneracion á la gracia que logramos por el bautismo, Jesucristo se dignó hacernos coherederos suyos; porque siendo hijos adoptivos de Dios, como tales somos herederos forzosos de su gloria. ¿Se tiene mucho cuidado de enseñar con tiempo á los niños una verdad de tanto consuelo para todos? *Scribo vobis, adolescentes; quoniam vicistis malignum.* A vosotros os escribo, jóvenes, porque vencísteis el maligno espíritu. En todo tiempo fue la mocedad la edad mas crítica, la mas peligrosa para la salvacion. Llámase la bella sazon de los placeres, y con mas razon se pudiera llamar la infeliz sazon de los pecados. ¿Pero quién tendrá la culpa de que no sea la dichosa sazon de las virtudes? Precédela una edad toda inocente; nace la mocedad, por decirlo así, con las mas bellas disposiciones para la virtud. Un corazon nuevecito, un espíritu desembarazado de preocupaciones, una conciencia delicada, una razon no gastada ni corrompida, todo esto hace aquella edad muy propia para la virtud, y entra despues la gracia con toda la fuerza que es menester para domar unas pasiones tiernas que acaban de nacer, y para vencer un enemigo, que no habiendo logrado hasta entonces ventaja alguna sobre el corazon, fácilmente puede ser derrotado. ¡Qué desgracia es la de los jóvenes que no conocen estas ventajas que logran, y si las conocen no se aprovechan de éllas! *Scribo vobis, patres, quoniam cognovistis eum qui est ab initio.* A vosotros os escribo, padres de familias, porque tuvísteis la dicha de conocer á aquel que es desde la eternidad. No hay bien, no hay fortuna, no hay motivo alguno de alegría ni de consuelo en la tierra sino en cuanto se refiere á Dios. La honra de ser cristianos vale mas que todos los pomposos títulos, que todas las grandezas del mundo. ¿Pero tenemos una justa idea, un concepto cabal de esta incomparable hon-

ra? ¿qué estimacion hacemos de nuestra religion? Juzguémoslo por el aprecio que hacemos de las máxîmas del evangelio. *Nolite diligere mundum, neque ea quæ in mundo sunt*: no ameis al mundo, ni á cosas que son del mundo. Fausto pomposo, modas inmodestas, usos poco cristianos, concursos peligrosos, licenciosos placeres, diversiones casi contínuas, vida regalona, juegos, bayles, espectáculos profanos, todas son cosas del mundo, todas son contrarias al espíritu de Dios. Pero si alguno ama al mundo, no tiene amor á su Padre celestial. ¿Mas y qué piensan de esta moral los hombres del mundo, esos esclavos del mundo, esos idólatras del mundo? ¿esos que no respiran otro espíritu que el espíritu del mundo, que cualquiera otro buen espíritu le ahogan, le sufocan? *Scimus enim, quoniam totus mundus in maligno positus est*: pues nosotros sabemos, y lo sabemos muy bien, añade san Juan en otra parte, que todo el mundo está tiranizado del espíritu maligno. Con efecto, todo el mundo es concupiscencia; porque aunque todas las pasiones reynan en él, pero la concupiscencia le domina, le tiraniza. Concupiscencia de la carne, deseos impuros, funesto amor de los deleites sensuales, ¿de cuántos pecados no sois fatal orígen? Concupiscencia de los ojos, codicia insaciable de amontonar riquezas, hidrópica avaricia, ambicion siempre sedienta, ¿cuántas ruinas no habeis causado en el mundo? Concupiscencia de la vida, vanidad loca, vanidad que solo acabas con la muerte, tú eres el principal móvil de los designios, de los proyectos, de los pasos, de los movimientos de la gente del mundo, y todo va á parar en la sepultura. El mundo pasa, la concupiscencia pasa: *et mundus transit, et concupiscentia ejus*; pero las verdades de la religion no pasan eternamente. ¡Buen Dios, qué dignos de compasion son los que solo viven, solo alientan con el espíritu del mundo!

El evangelio es del cap. 17. de san Mateo.

In illo tempore: Jesus cùm venisset ad turbam, accessit ad eum homo genibus provolutus ante eum, dicens: Domine, miserere filio meo, quia lunaticus est, et malè patitur: nam sæpè cadit in ignem, et crebrò in aquam, et obtuli eum discipulis tuis, et non potuerunt curare eum. Respondens autem Jesus, ait: O generatio incredula, et perversa, quousque ero vobiscum? Usquequò patiar vos? Afferte hùc illum ad me. Et increpavit illum Jesus, et exit ab eo dæmonium, et curatus est puer ex illa hora. Tunc accesserunt discipuli ad Jesum secretò, et dixerunt: Quare nos non potuimus ejicere illum? Dixit illis Jesus: Propter incredulitatem vestram. Amen quippè dico vobis, si habueritis fidem sicut granum sinapis, dicetis monti huic: Transi hic illuc, et transibit, et nihil imposibile erit vobis. Hoc autem genus non ejicitur nisi per orationem et jejunium.

En aquel tiempo habiendo llegado Jesus adonde estaban las turbas, se le acercó un hombre, y postrándose de rodillas delante de él, le dixo: Señor, tened misericordia de mi hijo, porque es lunático, y padece mucho: porque muchas veces se cae en el fuego, y frecuentemente en el agua, y yo le he presentado á tus discípulos, y no han podido curarle. Respondiendo pues Jesus, dixo: O generacion incrédula y perversa, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os he de sufrir? Traedle aquí delante de mí. Y Jesus riñó al demonio, y salió del muchacho, el cual quedó sano en aquel punto. Entonces los discípulos llegaron á Jesus, y le dixeron en secreto: ¿Por qué no hemos podido nosotros echarle? Jesus los respondió: Por causa de vuestra incredulidad. Porque os digo de verdad: Si tuviéreis fe, como un grano de mostaza, diréis á este monte: pasa de este á aquel lugar, y pasará; y no habrá cosa imposible para vosotros. Pero esta casta (de demonios) no se ahuyenta sino por medio de la oracion y del ayuno.

MEDITACION.

Del ayuno y de la abstinencia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la abstinencia y los ayunos de la Iglesia no son de pura devocion; son de riguroso precepto. No

se contentó Cristo con mandarnos ayunar, sino que él mismo nos dió tambien el exemplo. Los sagrados apóstoles estuvieron muy lejos de excusarse de esta ley universal. Ningun santo ha habido en la Iglesia de Dios que no la observase con una extrema severidad; ¿y cuántos se dispensan hoy en esta ley? ¿pero por qué nuevo privilegio hemos adquirido nosotros este nuevo derecho?

La ley de la abstinencia y del ayuno es tan antigua como el mundo, y el quebrantamiento de esta ley fue el fatal origen de todas las desdichas. Si Adan se hubiera abstenido, si hubiera ayunado, él no hubiera caido del estado de la inocencia, y nosotros seríamos felices. ¡Qué bienes no estaban pendientes de su abstinencia! ¡y en qué diluvio de males no nos precipitó su pecado! ¡Cuánto perdió Esaú para satisfacer su hambre! ¡cuánto se pierde en la Iglesia de Dios por no guardar los ayunos! Dexar de ayunar cuando lo manda la Iglesia, no como quiera es una simple desobediencia, es una especie de idolatría, dice san Juan Crisóstomo; porque entre todas las confesiones ó protestas públicas que se hacen de la fe que se profesa, la mas solemne y la mas eficaz es la del ayuno, especialmente el de Cuaresma. Acaso no hay otra prueba mayor de que somos cristianos; ¿pero por esta señal, por esta marca se conocerá hoy en el mundo gran número de verdaderos fieles?

No ha habido edad alguna en el mundo en que el ayuno no fuese acto de religion, y uno de los mas solemnes exercicios de penitencia. ¿Qué hombre justo se hallará ni en el viejo ni en el nuevo testamento que no hubiese procurado domar la concupiscencia, reprimir las pasiones, satisfacer por sus culpas, alcanzar del Señor nuevos fervores; en una palabra, que no haya esperado hacerse propicio á Dios por medio del ayuno? ¿Hácese el dia de hoy el mismo concepto de este santo exercicio? ¿créese que el ayuno tiene la misma virtud?

Apenas hay religion alguna en la Iglesia de Dios en que el ayuno no sea uno de los capitales puntos de su instituto; hay muchas en que por regla se multiplican las cuaresmas. ¿Y se podrán hacer estas reflexîones viendo al mismo tiempo tan á sangre fria la escandalosa facilidad con que hoy se dispensa en el ayuno, y en la abstinen-

cia de la Cuaresma con las personas del mundo? ¿Si será porque se vivia con mayor inocencia en el siglo que en los claustros?

No se halló en otro tiempo ni siquiera un solo cristiano entre la prodigiosa multitud de los que poblaban una de las mayores ciudades del mundo, que en medio de una cruelísima hambre quisiese usar de la dispensa general que se concedió á toda la ciudad en la abstinencia y ayuno de la Cuaresma. ¡O siglo dichosísimo! ¡ó felices tiempes! Dios mio, ¿ha quedado en nuestros dias siquiera alguna centella de aquel antiguo fervor? Con todo eso la misma ley subsiste en todo su vigor, la obligacion es la misma, el moral es el propio; ¿pero es tambien la misma aquella obediencia que se profesa á la ley?

¡Mi Dios, qué remordimientos! ¡qué confusion! ¡qué dolor! ¡qué arrepentimiento! No permitais, Señor, que me sean inútiles estas reflexiones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera hasta dónde ha llegado hoy en el mundo la relaxacion y aun la irreligion en materia de ayuno y de abstinencia. ¿Cuántos pretextos, cuántas razones frívolas se alegan para eludir la ley, ó á lo menos para enervar, para disminuir su obligacion? Apenas hay persona noble ó rica que no juzgue tiene derecho para que la dispensen. Las damas siempre son muy débiles, siempre son muy delicadas para poder ayunar; los hombres de conveniencias nunca tienen bastante salud para guardar las abstinencias de la Iglesia. Los médicos por la mayor parte se han convertido en abogados del amor propio, y en agentes de la relaxacion. Nímiamente indulgentes en opinar contra la ley, apenas tienen valor para no votar á favor de la dispensa.

Bueno es que aquel joven, aquel caballero mozo tiene salud para jugar cuatro y seis horas á la pelota, para pasar dias enteros en la caza, y para otros exercicios de diversion que no se pueden hacer sin la mayor robustez; pero no la ha de tener para ayunar y para comer de vigilia.

Bueno es que aquella otra dama fatigada de su mis-

ma ociosidad tiene salud para estarse las seis y las ocho horas en el juego, y tal vez con una postura violentísima, para pasar noches enteras en los bayles y en las contradanzas mas violentas; y su delicadeza no ha de poder tolerar un dia de pescado, ni su indevocion un dia de ayuno; porque yo no veo otra razon que pueda dispensar de ayunar á este género de gentes.

¡Buen Dios, con qué licencia, con que impiedad se violan el dia de hoy, especialmente por la gente moza, las santas leyes del ayuno y de la abstinencia en tiempo de Cuaresma! ¡con qué facilidad se quebrantan! Aun entre aquellos mismos que hacen profesion de piedad se encuentran no pocos que aprenden vanamente ser nocivo el pescado á su salud, y que necesariamente está pidiendo ésta que se les dispense. De manera, que la santa, la inviolable ley de la Cuaresma en nuestros tiempos está reducida á casi nada por la extraña relaxacion de la mayor parte de los fieles. Aun los pocos que la observan casi pierden todo el mérito por los pontones con que sostienen su abstinencia y sus ayunos. ¡Ah, Señor, es cierto que los abusos se multiplican; pero en el de vuestra justicia tendréis mucha atencion á esos abusos!

¡Con qué rigor observaban los primeros fieles la Cuaresma! ¡qué frugalidad, qué abstinencia en las comidas! Pregunto, ¿se cometen hoy menos pecados que entonces? ¿son mas inocentes los cristianos de estos tiempos que los de aquéllos? ¿son mas puras las costumbres? Aun cuando esto fuera así, no por eso debiera observarse la Cuaresma con menos fervor ni con menos religion. ¡Pero ah, que acaso no se habrá visto siglo mas corrompido! ¡ah, que la maldad todo lo inunda! ¿Puede haber mayor desproporcion que la que se encuentra entre nuestras costumbres y las de los primeros cristianos? Y con todo eso apenas hay quien ayune; la abstinencia incomoda mucho, todos pretenden tener derecho para que se les dispense.

El ayuno incomoda; pues digo, ¿acaso el ayuno se instituyó para el regalo? El pescado no sabe bien; ¿y por ventura se ha de buscar la delicadeza y el gusto en la penitencia?

¡Santo Dios, y qué crueles remordimientos causarán en la hora de la muerte todos esos imaginarios achaques,

todas esas soñadas necesidades, todos esos vanos pretextos, todas esas frívolas é inválidas dispensaciones! ¿Pero será entonces tiempo de descubrir el error? ¿serán bien admitidas todas esas excusas? Yo era noble, estaba en empleo en que era muy importante mi vida y mi salud; era de delicada complexîon, no me asentaba bien la comida de viernes; el ayuno me causaba pervigílios; no podia acomodarme á este género de penitencias?

Señor, pues me habeis hecho la gracia de que conozca y deteste el error en que he vivido hasta aquí, no permitais que este conocimiento sirva solo para poner el colmo á mi pasada infidelidad: todavía tengo tiempo para daros pruebas de la sinceridad de mi arrepentimiento; esta santa Cuaresma en que vamos á entrar será el tiempo que tomaré para mi sincera penitencia; espero observarla, por vuestra misericordia, con tanta exâctitud y con tan escrupulosa puntualidad, que esto mismo acredite bien lo mucho que me he aprovechado de esta meditacion.

JACULATORIAS.

Ipse me reprehendo, et pœnitentiam ago. Job. 24.

Pues yo mismo conozco mis pecados, yo tomaré á mi cargo hacer penitencia de éllos.

Ego sum qui peccavi, et ego iniquè egi. Reg. 24.

Pues yo soy el delincuente, pues yo soy el culpado, justo es que tambien sea el penitente.

PROPOSITOS.

Apenas puedo tenerme en pie, decia el santo rey David, *mis rodillas se han debilitado con el ayuno, y la abstinencia me ha extenuado mucho.* ¿Cuántos de estos ilustres penitentes se hallarán hoy entre los grandes del mundo? ¿Pero se encontrarán muchos aun en el mas ínfimo pueblo? Está desterrado el ayuno de las casas nobles y ricas; los que tienen mas necesidad y mas comodidad de ayunar son los que con menos escrúpulo se imaginan dispensados. ¡Extraña cosa! dexa una tierna doncellita el mun-

do, y llevando al claustro su inocencia, allí la nutre, allí la conserva con perpétuo ayuno, con una contínua asbtinencia que solo se acaba con la vida; al mismo tiempo que aquella otra hermana suya, metida en medio del gran mundo, no perdiendo diversion, concurso, entretenimiento ni festejo, cada dia menos pura, y cada dia mas abominable á los ojos del Señor, no puede ayunar; su delicadeza, su ociosidad, su melindre no se pueden acomodar con algunos dias de abstinencia, segun el precepto de la santa Iglesia. Esta es una reflexîon práctica que comprende á innumerables personas. Exâmina bien si te remuerde la conciencia en un punto que á tantos y á tantas hará llorar. ¿Has ayunado muy regularmente desde que te obliga el ayuno? ¿no has dado demasiados oidos á tu amor propio, á tu delicadeza, que siempre estan clamando por alivios y por dispensaciones? Y aun cuando has pretendido ayunar, ¿te parece haber cumplido bien y exâctamente con el precepto, usando de tantos puntales y de tanta intemperancia en la práctica del mismo ayuno? Mira si acaso algunas colaciones pudieran pasar decentemente por cenas. Esas bebidas que ha introducido la sensualidad, y que la relaxacion ha querido que sean necesarias, ¿estás cierto que no quebrantan la ley? ¿Parécese tu ayuno al de los primeros cristianos? ¿descúbrese en él algun carácter de mortificacion y de penitencia? ¿pasará en los ojos de Dios por verdadero ayuno? Cuando el ayuno y la abstinencia se sazonan con la devocion y con la oracion, son eficacísimos medios para adelantar en la perfeccion. ¿Tienen este carácter tus ayunos y tus abstinencias? Obsérvanse algunas veces ciertos ayunos de devocion, y se quebrantan los de precepto; ve aquí una materia muy ámplia de exámen para no pocas personas.

2 Es el ayuno exercicio de penitencia: luego no se debe pretender que sea cómodo, que sea regalado, que sea grato al amor propio y á los sentidos; procura se dexe ver en adelante que son penitencia tus ayunos: guárdate bien que estos solo se reduzcan á una simple abstinencia de ciertas viandas prohibidas. El ayuno es menester que sea verdadero ayuno; esto es, privacion de todo género de alimento á ciertas horas. Consiste el verdadero ayuno en hacer una sola comida de veinte y cuatro

en veinte y cuatro horas, y solo por indulgencia se permite una colacion que no debe ser comida. Imponte una como ley inviolable de ayunar con la mayor exâctitud; de no probar cosa alguna entre comida y colacion; y de que ésta sea muy frugal. No es lícito usar en élla mas que legumbres, frutas, sopas ó manjares semejantes; y aun dentro de las especies permitidas se debe evitar aquella multitud ó diversa variedad de ensaladas y de platos, que cuando no en la calidad, á lo menos en la cantidad exponen la colacion á peligro de convertirse en cena. Toda otra especie de viandas está prohibida; ¡pero cuán de temer es que sean falsos ayunos todos esos ayunos mitigados! Haz propósito de no usar el dia de ayuno ninguna de esas bebidas que se han hecho tan de moda; únas le quebrantan, ótras por lo menos le debilitan, y todas ciertamente son contrarias al espíritu y á la perfeccion del ayuno. De hoy en adelante procura ayunar segun el espíritu y la intencion de la Iglesia, y reconocerás quizá que hasta ahora ni un solo dia has ayunado bien. No seas causa de que tu familia y tus criados dexen de ayunar, ó cargándolos con trabajo muy pesado, ó reduciéndolos por tu desgobierno de horas á que en dias de ayuno coman demasiadamente tarde. El órden y el buen exempo harán cristiana tu familia.



DIA VEINTE Y DOS.

La cátedra de san Pedro en Antioquía.

Despues que el Espíritu santo baxó visiblemente sobre los sagrados apóstoles, llenándolos de aquellos dones sobresalientes con que habian de dar la última perfeccion á la grande obra de la Iglesia que acababa de fundar el Salvador del mundo, solo pensaron los apóstoles en des-

empeñar las funciones de su evangélica mision, llevando la luz de la fe por todo el ámbito de la tierra.

Repartiendo, pues, entre sí aquellos doce humildes pescadores la gloriosa conquista de todo el universo, á san Pedro, como cabeza de todos, destinó el cielo para la capital del imperio; pero como en Roma aún no habia cristianos, tampoco podia haber obispo; porque para que haya pastor es menester rebaño; con que era menester dar tiempo para que la luz de la fe, que comenzaba entonces á reynar en los albóres de la aurora, fuese poco á poco penetrando las densas tinieblas del gentilismo. Mientras se llegaba este dichoso dia, quiso el Príncipe de los apóstoles echar los primeros fundamentos de su pontificado en la ciudad de Antioquía, la cual siendo cabeza del Oriente, se podia entonces considerar tambien como cabeza del cristianismo; y parecia puesto en razon, dice san Juan Crisóstomo, que aquella ciudad en que los fieles habian tomado la primera vez el glorioso nombre de cristianos tuviese la gloria de haber merecido por primer maestro y por primer pastor al primero de los apóstoles; y que el Vicario de Jesucristo, cabeza visible de toda la Iglesia, colocase su primera silla en aquella ciudad, donde la religion habia hecho mayores progresos entre los gentiles.

Opinan muchos que san Pedro entró en Antioquía al tercero ó cuarto año despues de la muerte del Salvador; pero es mas probable que no fue hasta despues de la conversion milagrosa de Cornelio Centurion. Noticiosos los apóstoles de los rápidos progresos que hacia el evangelio en aquella populosa ciudad, enviaron allí á san Bernabé para que de vuelta de Tarso, en compañía de san Pablo, cultivasen los dos la cristiandad de Antioquía. Un año estuvieron en élla juntando el rebaño antes que viniese el Mayoral de los pastores, quien por consiguiente no estableció su primera silla patriarcal hasta siete ú ocho años despues de la pasion de Cristo, que viene á concurrir con el año de cuarenta.

Siete años gobernó san Pedro la Iglesia de Antioquía, hasta que habiendo penetrado en el Occidente las luces de la fe, pasó á colocar su silla en la capital de todo el universo; y fixó, segun los eternos designios de la divina Providencia, el centro de la unidad y la cátedra de la

religion en Roma, que hasta entonces habia sido la señora del mundo.

Fácilmente se puede discurrir los maravillosos progresos que haria el evangelio en Antioquía por el celo del Príncipe de los apóstoles; mas no son tan fáciles de comprender ni de contar los prodigios que obró por todo el tiempo que duró su residencia en aquella ciudad. Basilio de Seleucia, que floreció en el año 450, habla de los milagros que obró san Pedro en Antioquía como de cosa notoria, sabida de todo el mundo. A los patriarcas de Antioquía se les da el título de sucesores de la cátedra de san Pedro; en cuya atencion eran respetados como cabezas de todos los obispos de Oriente, y despues de la romana era reputada aquella dignidad por la primera de la Iglesia.

Es tan antigua en élla la fiesta de este dia con el título de la cátedra de san Pedro, que ya se celebraba en Roma ácia la mitad del cuarto siglo, como se observa en un calendario dispuesto por el tiempo de Liberio papa, donde tal dia como hoy se lee: *Natalis Petri de Cathedra*; es decir, el dia anniversario de la cátedra de san Pedro en Antioquía.

Creen algunos que la costumbre establecida ya en el testamento antiguo, y tan religiosamente observada por la Iglesia católica en todos tiempos de celebrar cada año la fiesta de la dedicacion de los templos consagrados á Dios, movió á los fieles á celebrar tambien la de la consagracion de los obispos, templos vivos del Señor, y como el alma de los otros templos materiales; pero especialmente á solemnizar la fiesta anual del obispado del Obispo de los obispos, cabeza de todos los pastores despues de Jesucristo, su lugarteniente y príncipe de los apóstoles el gloriosísimo san Pedro.

Otros por el contrario son de opinion que la antigua costumbre que tenian los obispos de celebrar anualmente el dia de su consagracion, dió motivo á la institucion de la fiesta de la cátedra de san Pedro, así en Antioquía como en Roma; pero no hallándose ni papa ni obispo de los que acostumbraron á celebrar la fiesta de su consagracion, que no sea posterior á la costumbre que ya se tenia en la Iglesia de celebrar la cátedra de san Pe-

dro, es mucho mas verisímil que esta fiesta universal dió motivo á solemnizar aquellas otras consagraciones particulares, que el que estas consagraciones particulares fuesen ocasion de instituir aquella otra dedicacion universal.

No se hallan en san Leon sermones propios sobre la fiesta de la cátedra de san Pedro; pero nos han quedado tres sobre su promocion al pontificado, cuya memoria celebraba todos los años. *La divina misericordia*, dice en el primero de estos sermones, *que sin mérito alguno de mi parte se dignó elevarme á puesto tan eminente, acredita bien en este solo exemplo los asombrosos efectos de su liberalidad y de su bondad infinita, pues buscando para él al menor y al mas indigno de todos sus siervos, honorabilem mihi hodiernum diem fecit*, hizo este dia acreedor á mi mayor veneracion. *El mismo apóstol san Pedro*, dice en el sermon tercero, *el mismo apóstol san Pedro es el que gobierna hoy la santa iglesia de Roma, el mismo el que asiste muy particularmente á los que somos sucesores suyos en el trono que en otro tiempo ocupó*; y así á san Pedro se tributan los honores, al santo Apóstol se le honra siempre que los nuevos pontífices celebran la fiesta de su coronacion: *Illi adscribimus hoc festum cujus patrocinio sedis ipsius meruimus esse consortes.*

Aunque el pensamiento de un obispo, dice san Agustin, debe estar perpétuamente ocupado en las gravísimas obligaciones de su elevado ministerio, pero con mucha especialidad debe dedicarse á meditarlas en el dia anniversario de su consagracion, exâminando cuidadosamente lo que ha hecho; previniendo diligentemente lo que debe hacer; corrigiendo lo malo, confirmándose en lo bueno; dando gracias al Señor por los beneficios recibidos de su liberal mano; humillándose, y castigándose á sí mismo los yerros que hubiere cometido, y por el bien que hubiere dexado de hacer, teniendo obligacion á hacerle; pidiendo finalmente perdon de sus errores pasados, por medio de un dolor saludable y de una sincera confesion, y renovando con nuevo aliento el fervor desmayado de su espíritu: *Cùm dies anniversarius nostræ ordinationis exoritur, tum maximè honor ejus officii tanquam primo imponitur, attenditur, &c.*

En el tercer concilio de Milan, celebrado por san Cárlos Borromeo, se ordena que se renueve y se ponga en execucion el decreto del papa Felix IV., donde se manda á los obispos que cada año celebren el dia de su consagracion. En el concilio IV. se renovó este mismo cánon, y se añadió que se notase en el calendario el dia de la consagracion del obispo, y que se anunciase al pueblo para excitarle á pedir á Dios, especialmente en aquel dia, por su pastor y por su padre; que el obispo tuviese obligacion á predicar en él, implorando la asistencia del Señor por las oraciones de sus ovejas; y que finalmente exâminase con diligencia la conducta que habia observado hasta allí para corregir lo que fuere necesario, entablando una vida mas arreglada y mas exemplar, y cumpliendo con las obligaciones de su sagrado ministerio con mayor celo y con mas fervorosa devocion.

No se contenta el concilio con exhortar á solos los obispos á que celebren cada año el dia de su consagracion; quiere tambien que todos los sacerdotes hagan lo mismo el dia anniversario en que se ordenaron y recibieron el sacerdocio. Aconséjalos que en este dia rindan duplicadas gracias al Señor porque se dignó elevarlos á tan sublime dignidad, considerando la santidad de su ministerio, y haciéndose mas cargo que nunca de la espantosa carga de sus obligaciones.

Pero no solamente los obispos, ni solamente los ministros del Altísimo estaban obligados á solemnizar el dia de su órden ó de su consagracion, que se llamaba *el nacimiento episcopal*, como que en él nacian de nuevo á la vida del espíritu; pero en aquella primera edad de la Iglesia, en aquellos tiempos felices, en aquellos dichosos dias del primitivo fervor cada cristiano se consideraba con estrecha obligacion de festejar solemnemente el dia de su consagracion á Dios por el santo bautismo. Llamábase este dia en el Oriente y en la Iglesia griega *el dia del renacimiento en Jesucristo*; y en la Iglesia latina de Occidente se le daba el nombre de *pascha annotinum*, pascua anual y particular de cada uno. Con mucha razon se celebraba todos los años el dia de aquel primer felicísimo momento de nuestra santificacion, así para reconocer la gracia que recibimos en él de hijos

adoptivos de Dios, como para renovarnos en el espíritu de Jesucristo, ratificándole las promesas que le hicimos en el bautismo. El mismo san Carlos renovó tambien esta antigua devotísima costumbre en su sexto concilio de Milan: *Religiosi instituti olim fuit diem baptismi quotannis à fidelibus piè celebrari.* Cita á san Gregorio Nacianceno, que da razon de esta costumbre, asegurando que todos los cristianos celebraban el dia de su nacimiento, dedicándose aquel dia á muchos exercicios de devocion, y exhorta á los padres de familia á que enseñen á sus hijos esta utilísima costumbre, sobre todo dándoles exemplo: *Parentum cura sit diem ob eam causam notare, quo filius Christo renatus est.* Es verisímil que estas devociones y estas consagraciones particulares hubiesen derivado su principio de la fiesta que hoy se solemniza.

Muchos son de parecer que el haberse determinado la fiesta de la cátedra de san Pedro al dia 22 de febrero, fue porque quiso la Iglesia oponer la piedad y la devocion de los cristianos á la supersticion y al desórden con que los gentiles profanaban este dia y el antecedente, convidándose recíprocamente á grandes festines y banquetes sobre las sepulturas de sus parientes. Acaso por esto fue costumbre entre los fieles, cuando solemnizaban el pontificado de san Pedro, renovar entre sí cierta especie de *agapas*, ó convites de pura caridad, así en muestras de regocijo, como para desacreditar con su templanza los excesos de los paganos; y aun por eso se llamó este dia *Festum Petri epularum*, la fiesta de la comida de san Pedro.

Pero como es facil abusar de las costumbres mas santas, especialmente cuando lisonjean la natural inclinacion de los sentidos, se introduxeron con el tiempo tantos excesos, y aun se mezclaron tantas supersticiones por la comunicacion con los gentiles, que el concilio Turonense celebrado en el año 567 se vió precisado á desterrar dichas comidas, exhortándoles á los fieles á que dexando los banquetes, celebrasen la cátedra de san Pedro con exercicios piadosos, y con exemplar devocion.

La misa es propia de la fiesta, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beati Petro Apostolo tuo, collasti clavibus regni cælestis, ligandi, atque solvendi pontificium tradidisti: concede, ut intercessionis ejus auxilio à peccatorum nostrorum nexibus liberemur: Qui vivis et regnas...

Dios y Señor, qué entregando las llaves del reyno celestial á tu apóstol el bienaventurado san Pedro, le diste potestad para atar y desatar los lazos de la culpa; te suplicamos que por su intercesion seamos libres de las ataduras de nuestros pecados: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la primera del mismo apóstol S. Pedro.

Petrus, apostolus Jesu Christi, electis advenis dispersionis Ponti, Galatiæ, Cappadotiæ, Asiæ, et Bithyniæ, secundùm præscientiam Dei Patris, in sanctificationem Spiritus, in obedientiam, et aspersionem sanguinis Jesu Christi: gratia vobis, et pax multiplicetur. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundùm misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incorruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cælis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc, si oportet contristari in variis tentationibus: ut probatio vestræ fidei multò pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

Pedro, apóstol de Jesucristo, á los que habitan dispersos en el Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Asia y en Bitinia, escogidos segun la presciencia de Dios Padre, para la santificacion del espíritu, para obedecer y ser bañados con la sangre de Jesucristo: la gracia y la paz os sea multiplicada. Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia, nos reengendró por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, para una esperanza viva, para una herencia que no puede corromperse, contaminarse, ni marchitarse, reservada en el cielo para vosotros, que por la virtud de Dios sois guardados por la fe, para la salvacion que se ha de manifestar en el último tiempo. En lo cual debeis alegraros, aunque ahora sea conveniente que os contristeis algun tanto por las varias tentaciones: para que la prueba de vuestra fe, mucho mas preciosa que el oro, que es probado en el fuego, se halle digna de alabanza, de gloria y de honor cuando se manifieste á Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

»Hasta cerca del año 45 de Jesucristo, hallándose san »Pedro en Roma, no pudo escribir esta epístola á los fie»les que estaban dispersos en el Ponto, Galacia, Asia menor »y Bitinia, donde habia predicado el mismo Apóstol. Di»ce en élla que escribia desde Babilonia, porque así llama »á la ciudad de Roma, á causa de la disolucion de cos»tumbres, y de la confusa multitud de supersticiones que »reynaba en élla. El principal intento del Apóstol en esta »epístola es fortificar en la fe á los cristianos que vivian »en medio de los gentiles. Encierra tan elevados sentidos »en pocas palabras, que Bonifacio, obispo de Maguncia, »decia debiera estar escrita con letras de oro.

REFLEXIONES.

Petrus apostolus Jesu Christi; Pedro apóstol de Jesucristo. ¡O qué sentido tan magnífico encierran estas palabras! ¡ó qué prueba tan ilustre de nuestra religion presentan á quien las entiende bien! ¡ó y cuántas maravillas contienen! Libertinos, espíritus apocados, hombres de poca fe, ¿queréis un milagro sensible que convenza, que en cierta manera fuerce vuestra razon á reconocer el caracter de la divinidad, á ver al mismo Dios en el establecimiento de la Iglesia? Pues veis aquí este milagro; *Petrus apostolus Jesu Christi*: Pedro apóstol de Jesucristo. Pedro, aquel pobre idiota, aquel entendimiento tosco y rudo, aquel hombre vulgarísimo y grosero, criado entre las redes, sin mas educacion, sin mas literatura que la del anzuelo, la caña, y el cebo para pescar; este Pedro es apóstol, y apóstol de Jesucristo; es decir, enviado, encargado de la comision mas importante que se ha ofrecido en el mundo, del negocio mas delicado, del mas espinoso que es posible imaginar; Pedro, discípulo de Jesucristo, que tuvo comision de predicar el evangelio. ¿Pero qué evangelio? Aquel evangelio lleno de misterios impenetrables á la razon natural, dexada consigo á solas, infinitamente superior á todo humano entendimiento; aquel evangelio lleno de máximas enemigas de los sentidos, y contrarias al amor

propio ¿Mas á quién tuvo comision de predicarle? A todo el Universo, á todas las naciones de la tierra, unas bárbaras, otras cultivadas, todas supersticiosas, y todas enemigas del nombre cristiano; á los del Ponto, á los de Galacia, á los de Capadocia, á los del Ásia menor, á los de Bitinia, á los mismos romanos, á aquellos orgullosos señores, ó tiranos de todo el mundo. Y este Pedro, este hombrecillo cobarde, este ignorante, este rústico, este miserable pescador executó felizmente tan grande, tan heróico designio; desempeñó su comision con una felicidad indecible, y ni aun imaginable; convirtió á la fe todas las naciones, fundó la Iglesia de Jesucristo en todos los reynos, y esto solo presentándose, hablando, y haciendo milagros; ese Pedro, ese pobre pescador es apóstol de Jesucristo, y es cabeza de todos los apóstoles. El que despues de esto (exclama san Agustin) pide prodigios para creer, digo, que él mismo es un prodigio, es un monstruo de incredulidad: *Quisquis adhùc prodigia, ut credat inquirit, magnum ipse prodigium est.*

Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundùm misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis. Bendito sea el gran Dios, padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su infinita misericordia nos reengendró á una esperanza viva y firme por medio de la resurreccion en el mismo Jesucristo. ¿Qué expresiones mas enérgicas, qué elocuencia mas noble, mas sublime, qué discurso mas sólido, mas arreglado, mas seguido, ni mas concluyente? Toda esta epístola es maravillosa, y este es el estilo que gasta un ignorante, un rústico, un grosero pescador. La esperanza viva es uno de los primeros frutos de la fe, y hace en parte el carácter de los verdaderos cristianos. ¡Qué aliento nos da en los mayores peligros! ¡qué consuelo tan dulce en medio de las tribulaciones! Un volver los ojos ácia el cielo disipa mil espesas nieblas, y alienta maravillosamente á una alma fiel. El pensamiento de aquella celestial herencia que nos ganó Jesucristo con su sangre, y á la que nosotros adquirimos legítimo derecho por medio del bautismo, es el que debiera ocuparnos perpétuamente; he-

rencia que no está sujeta á corromperse, á disminuirse, ni á deteriorarse, reservándose guardada para nosotros en el cielo. Eterna y dichosa mansion de los bienaventurados, ¿es posible que algun dia has de ser tambien mansion mia? ¿puede haber objeto que mas dulcemente embelese mi corazon, que anime con mayor viveza mis deseos, que contente mas mi ambicion, que mas me satisfaga, ni que mas me llene? ¿pues qué reveses de fortuna, qué persecuciones, ni qué contratiempos pueden consternarte cuando la virtud de Dios te defiende con la fe, cuando tienes á la vista la salvacion pronta á manifestarse en los últimos tiempos? Quien tiene religion, quien tiene fe viva, quien tiene á la vista la salvacion eterna, siente en sí renovarse el fervor con espirituoso aliento. Aquellas almas insulsas, aquellos corazones insensibles á la memoria de la otra vida dan bien á entender que tienen á ésta mas amor del que debieran. Cada hora nos vamos acercando á la eternidad, cada dia adelantamos una jornada ácia ese dichoso término; los contratiempos de esta vida son, por decirlo así, como unos golpes de viento, que nos van echando ácia aquel felicísimo puerto. ¿Pues no habíamos de saltar de alegría siempre que nos vemos afligidos por un poco de tiempo con pruebas diferentes? Nuestra tristeza desacredita nuestra fe, y se conoce bien lo mucho que nos distinguimos de los primeros cristianos.

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus,

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y éllos dixeron: Unos que es Juan el Bautista, ótros que Elías, ótros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díxoles Jesus: ¿Y vosotros quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dixo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dixo: Bien-

dixit ei : Beatus es, Simon Barjona : quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclessiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis : et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

aventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra élla. Y te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

De la contradiccion que se halla entre nuestra fe y nuestras costumbres.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre la fe, y las costumbres debe haber estrecha union. La fe ha de arreglar las acciones, y las obras descubren siempre la religion que se profesa. En vano pretendemos engañar á los demas, y aun engañarnos á nosotros mismos con máscara de cristianos; porque las obras nos hacen traicion, y nos descubren. Sobre este principio, preguntémonos si somos cristianos verdaderamente.

Hay una monstruosa contradiccion entre lo que creemos, y lo que obramos, porque al fin es cierto que á pesar de la corrupcion del siglo, no se encuentran muchos infieles entre los cristianos. Generalmente se cree bien; pero se vive mal. El entendimiento está sujeto á la ley; pero la voluntad se amotina contra sus preceptos. La religion es santísima; las costumbres de los que la profesan perversas. La razon llena de verdades terribles; el corazon impío, desreglado y libre; creese todo lo que obliga á una vida santa é inocente; óbrase de manera que se desmiente todo lo que se cree.

Por la mañana á misa, por la noche al sarao, y al

bayle; en ciertos dias comulgar por bien parecer; pocas horas despues al banquete, al paseo, al juego, á los excesos, á la disolucion. El martes de Carnestolendas apostárselas con el desórden á los gentiles, el miércoles de Ceniza competir en la hipocresía á los santones. Si esta diversidad de escenas teatrales que se representan no se llama mogiganga ó máscara de devocion, ¿qué cosa merecerá este nombre?

Deplorable es sin duda la suerte de los infieles; ¿pero los desórdenes de la mayor parte de los cristianos los da motivo para esperar su suerte mas feliz? Desgracia es estar fuera del seno de la santa Iglesia, no tener derecho á la gloria eterna; ¿pero será menos desgracia ser hijo de la Iglesia, y hacerse indigno de esta misma gloria, á la cual se tenia legítimo derecho en virtud del llamamiento á su rica herencia? Y á la verdad, cuál será peor, ¿ó no creer cosa alguna de las que se deben creer, ó apenas obrar nada de lo que se debe obrar en virtud de lo que se cree?

De buena fe, ¿no es hacer ridículas las cosas mas sagradas el hacer unas veces papel de cristiano, y ótras papel de gentil? ¿se puede hacer menosprecio ni burla mas solemne de Dios, que no dudar ser su Magestad el que manda, y vivir como si no se creyera aquello mismo de que no se duda?

Pues este es, Señor, puntualmente el modo con que he vivido hasta aquí; dignáos, Dios mio, darme tiempo y gracia para acreditar mi fe con mis obras; y perdonadme por vuestra misericordia mis maldades.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la extravagancia de una conducta tan irracional, y tan contraria al buen juicio.

¡Creer que solo estamos en el mundo para amar, y para servir á Dios, y pasar los dias de la vida sin amarle, antes bien dedicarse todos los dias únicamente á ofenderle!

¡Creer que hay infierno, y que este infierno eterno y espantoso puede ser justa pena de un solo pecado mortal; y vivir tranquilamente en pecado, multiplicando todos los dias las culpas! Abismo de llamas inextingui-

bles encendidas por todo el poder de Dios para castigar al pecador; infierno, caos inmenso de tormentos eternos, ¿es posible que seas tú objeto terrible de mi fe, y que puedo vivir impenitente y en pecado?

Y esos hombres perdidos, cuya vida es una perpétua cadena de culpas; esos impíos que se burlan de las mas santas devociones, y hacen chacota del infierno mismo, ¿creen de veras que hay infierno?

Y esas mugeres del mundo, cuya conciencia es un espantoso caos; esas que idolatran en el mundo, y en quienes el mundo idolatra, ¿esas mugeres creen las verdades del evangelio, y los terribles suplicios del infierno?

Esos hombres de riquezas y de deleytes; esos tratantes en gustos, en diversiones y entretenimientos; esos profesores de la ociosidad, de la delicadeza y del regalo; esos hijos legítimos del siglo, que sacrifican su alma á su ambicion y á un villano interes; esas personas que tienen gangrenado el entendimiento, porque tienen corrompido el corazon; esas, cuyas costumbres son tan poco cristianas, ¿creen por ventura que hay infierno?

Esas otras personas consagradas al servicio de Dios por los votos mas solemnes; esas que hallándose en estado tan perfecto, tienen una vida tan poco regular, y muchas veces tan aseglarada; ¿esas personas creen todo el rigor de los formidables juicios de Dios, y aun tendrán valor para hacer éllos mismos al pueblo una vivísima pintura de estos formidables juicios?

Esos otros ministros del Altísimo consagrados al ministerio de los altares, cuyo porte desdice tanto de su sagrado ministerio; esos sacerdotes del Señor, que se dexan ver con tan poca modestia, con tan poco respeto, y tal vez con tan poca religion en el altar, ¿creen que es real y verdaderamente el mismo Jesucristo el que tienen en sus indignas manos, el que ofrecen en sacrificio á Dios vivo, y que se alimentan de su adorable cuerpo y de su preciosa sangre? Componed sus costumbres con la santidad de la religion que profesan; ajustad lo que practican con lo que creen.

Créese que el evangelio es la única regla de las costumbres; que cualquiera otro sistema de vida es errado; que el camino del cielo es estrecho; que la vida cris-

tiana es vida de mortificacion y de cruz; que el reyno de los cielos se conquista á viva fuerza; créese que la ley cristiana pide una grande perfeccion, violencia contínua, mortificacion perpétua, á cada paso alguna nueva cruz, ninguna nueva cruz sin nueva victoria. Fuera de esto, ¡que piedad, qué humildad, qué perseverancia! una modestia exemplar, una caridad inalterable, un amor de preferencia y de ternura para con Dios, amor sincero y efectivo para con el próximo; una delicadísima pureza, una equidad, una justicia universal. No hay imperfeccion, por pequeña que sea, que no la condene la ley de Dios. El espíritu del mundo está desterrado por Jesucristo; todas sus máxímas están reprobadas. Finalmente, se cree que Jesucristo es hijo de Dios vivo, y en medio de eso se está con tan poco respeto en su presencia. Considera bien estos rasgos de las costumbres de los cristianos de este tiempo, y dime si se puede hallar contradiccion mas monstruosa, ni que mas los desacredite.

❡ Pero sin detener mucho los ojos en las deformidades que presenta á la vista el retrato de los ótros, ¡qué horrores no déscubro yo en el mio! Tengo fe, creo todas estas verdades; ¿pero mis costumbres, mis máximas, mi conducta corresponden á mi fe?

Señor, pues es mucha verdad que nunca desechas á una pobre alma cubierta de confusion, á un corazon contrito y humillado que implora tu misericordia, aquí estoy alentado con nueva confianza. La enorme contradiccion que se halla entre mis obras y mi fe, me asusta y me estremece; pero tu grande clemencia me asegura; confieso con vivo dolor, que he desacreditado con mis obras la santidad de mi estado, la pureza de mi religion, la perfeccion del evangelio; pero resuelto estoy, con el auxîlio de vuestra gracia, á reparar en cuanto me sea posible la injuria que os he hecho por medio de una total reforma de mis costumbres.

JACULATORIAS.

Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me: quia mandatis tuis credidi. Salm. 118.

Señor, pues me habeis enseñado á creer bien, enseñadme tambien á obrar bien.

Quid proderit si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Jacob 2.

¿De qué aprovecha la fe sin obras?

PROPOSITOS.

Dirá alguno, dice el apóstol Santiago, *tú tienes fe, pero yo tengo obras. Muéstrame sin las obras que tienes fe; porque yo quiero ver la fe por las obras.* Desengañémonos, que todas esas superficiales demostraciones de religion sin realidad, no son mas que una fe quimérica, y una fantasma de religion. No creer es ciertamente la mayor de todas las locuras; pero creer, y no vivir conforme á lo que se cree, es hasta donde puede llegar la extravagancia de la impiedad. Toma hoy un cuarto de hora de tiempo, ó á lo menos algunos momentos para preguntarte á tí mismo, para exâminar sinceramente si tu conducta es correspondiente á tu fe. ¿Ese fausto, esas galas, esas modas corresponden á la modestia, á la fe, y á la humildad cristiana? ¿honran mucho á la religion esas mugeres adornadas como templos, segun la expresion del Profeta? Mira bien si tienes que reprender y que enmendar en este artículo. ¿El respeto y la devocion en la iglesia dan á entender que estás muy persuadido á la real y verdadera presencia de Jesucristo en los altares? ¿sabes bien cuánta es la santidad de la religion cristiana? ¿acredítasla mucho en tu casa, en tu empleo, en tus comidas, en tus diversiones, en tus conversaciones, en tus visitas, en tus concurrencias? ¿eres á los ojos de Dios lo que profesas ser á los ojos de los hombres? En materia de religion es impío, es vergonzoso todo lo que suena á farsa; solo en el teatro se puede tolerar que se representen varios papeles de diferentes personages. Considera bien si tu vida no ha sido hasta aquí una comedia perpétua. ¿Qué testimonio dan tus obras de tu fe? Ves aquí una ámplia materia del exâmen.

2 Despues que hayas llorado bien delante de Dios la grande contradiccion que hay entre tus máxîmas, tus costumbres y tu fe, haz los propósitos siguientes: Dexar-

te ver siempre en la iglesia con tal modestia, con tal circunspeccion, y con tanto respeto, que esto mismo sirva de prueba visible de tu fe. Segundo: Imponte una ley inviolable de no hablar jamas en la iglesia, y de excusar cuanto sea posible todos aquellos vanos cumplimientos que debieran estar desterrados de élla. ¿Dónde ha de parecer un hombre cristiano sino en la casa y á los pies del mismo Jesucristo? Tercero: En todas las conversaciones, en todas las diversiones, en todos los negocios pregúntate á tí mismo, si eres cristiano. Cuarto: Ten contínuamente en la memoria estas bellas palabras del santo profesa Elías (*Reg.* 3. 18.). *¿Hasta cuándo habeis de estar neutrales y titubeantes entre dos partes? Si el Señor es vuestro Dios, seguidle sin dudar, ni deteneros; y si Baal es vuestro Dios, seguid á Baal.* Quinto: Lee cada dia un capítulo del evangelio; esta debe ser la única regla de nuestra conducta; mira si te reconoces en este retrato. Por esa ley, y no por otra hemos de ser juzgados al salir de esta vida. ¿Eres religioso? ¿eres sacerdote? pues toma una firme resolucion de sostener desde hoy en adelante por tu circunspeccion y por tu parte la santidad de tu estado, y la sublime perfeccion de tu elevado carácter. Da todo el lleno á sus obligaciones; asiste en el coro al oficio divino, ó rézale en tu casa, y celebra el santo sacrificio de la misa con tanta devocion, con tanto respeto, con tanta modestia, que visiblemente acrediten la viveza de tu fe.

DIA VEINTE Y TRES.

Santa Margarita de Cortona, de la orden Tercera de san Francisco.

La bienaventurada santa Margarita, llamada de *Cortona*, por el lugar de su penitencia y de su sepultura, nació en el lugar de Alviano, ó Laviano, de la diócesi de Chiu-

si en Toscana, ácia el año de 1249. Faltóla su madre á los siete ú ocho de su edad; y faltándola el freno y educacion, se dexó llevar de su natural inclinacion á la libertad y al deleyte, precipitándose en todos los desórdenes de que es capaz una doncella jóven, hermosa, despejada, cuando no la contiene ni el temor santo de Dios, ni la autoridad de sus padres, ni los respetos de la honra, ni mucho menos los poderosos motivos de la religion, y de una conciencia timorata.

Nueve años habia vivido licenciosa y escandalosamente amancebada con un caballero de Monte-Policiano, cuando una noche, al salir el infeliz amante de su casa, le quitaron violentamente la vida, sin que jamas se hubiese podido averiguar el agresor. Tenia Margarita una perrita de falda que estimaba mucho. Este animalillo se fue tras el caballero, y volviendo al cabo de dos dias ladrando y ahullando, agarraba á su ama de la ropa, y la tiraba de élla en ademan de quien la queria llevar á alguna parte. Como vió Margarita que su amante no parecia, entrando ya en cuidado por los contínuos lastimeros ahullidos de la perrilla, resolvió seguirla; y apenas habia salido de la ciudad, cuando vió arrojado en un barranco el cadáver de su galan ya medio podrido, y que despedia de sí un hedor intolerable.

Quedó atónita á vista del horroroso y no esperado espectáculo, y sirvióse Dios de este desengaño para convertirla. Despues de dar algunas lágrimas á su dolor, dió mucho mas á su profundo arrepentimiento. Causóla horror la vida que traia, y entrando la gracia á obrar en aquel corazon, concibió tanto dolor de sus enormes culpas, que solo pensó en los medios de salir de aquel abismo, y de borrar sus pecados con los rigores de la penitencia.

Penetrada de tan piadosos sentimientos, se fue á echar á los pies de su padre, y deshaciéndose en lágrimas, le pidió perdon de las pesadumbres que le habia dado, y del menosprecio que habia hecho de su autoridad y de su bondad paternal, suplicándole con las voces mas tiernas, mas respetuosas y mas eficaces, que no la abandonase, que la permitiese vivir en su casa, así para estar retirada del pecado, como para llorar á su misma vis-

ta los desórdenes de su vida pasada. Ya se puede discurrir cuánto la costaria este primer paso. La cólera de un padre justamente irritado, el genio desabrido de una madrasta declarada enemiga suya, la deshonra que habia causado á toda la familia, eran á la verdad dificultades terribles; pero por todo atropelló. El padre, aunque tan indignado por la conducta de su hija, no pudo resistirse á señales tan visibles de un vivo y sincero arrepentimiento, y así la recibió en su casa; pero no estuvo en élla mucho tiempo.

No pudo sufrirla la cruel madrastra, y negado aquel corazon á todos los sentimientos de religion y de humanidad, la arrojó ignominiosamente de la casa paterna, exponiéndola á las mayores tentaciones, y á los mas inminentes peligros de la salvacion.

Una muger jóven, bien dispuesta, solicitada de los mozos lascivos, arrojada de la casa de sus padres, sin rentas, sin socorros, sin amparo, sin recurso alguno humano para mantenerse, estaba reducida á la mayor necesidad, y á la mas terrible tentacion en que puede verse una muger. Hallándose en esta desolacion y desamparo, se sentó debaxo de una higuera en la huerta de su padre, con resolucion de dexarse morir de hambre y de miseria, antes que volver á precipitarse en los desórdenes pasados. Allí deshecha en lágrimas, y volviendo los ojos al cielo, gemia su triste suerte, exclamando llena de ternura: *¿Es posible, dulcísimo Salvador de las almas, que convirtiendo cada dia tantas, solo á la pérdida de la mia te has de mostrar insensible? Pues en verdad, Señor, que tanto te costó como la de una Magdalena, como la de una Tais pecadora. ¡O tu, que me rescataste con el precio infinito de tu sangre, no me abandones en el triste desamparo en que me veo, y ten misericordia de mí!* Así exhalaba su corazon en suspiros y gemidos, cuando se sintió interiormente inspirada con fuerte impulso á ir á Cortona, y á buscar allí un prudente confesor, á cuyos pies desahogase su conciencia, y saber de él lo que debia executar para salvarse.

Executólo al instante y se fue derecha al convento de san Francisco, donde la deparó Dios un santo confesor, que oyó muy de espacio su confesion general, ins-

truyéndola con mucho celo, amor y caridad, y la alentó á seguir con fervor los movimientos del Espíritu santo, siendo fiel á la gracia, y entregándose á exercicios de penitencia.

Hízolo así; y persuadida á que ya no podia escoger otro géuero de vida, pidió con humilde instancia la recibiesen en la Tercera órden de san Francisco, en el número de las que llaman Sorores de la penitencia. Aunque no dudaban aquellos prudentes religiosos de la sinceridad de su conversion, con todo eso no la concedieron lo que pretendia, hasta haber probado su vocacion por espacio de tres años, y hasta que hubiese edificado al pueblo con su vida exemplar y con su perseverancia.

El fuego del divino amor, que se apoderó luego de su corazon, consumió bien presto el ardor que antes tenia por las criaturas. Apenas se ha visto conversion mas pronta ni mas perfecta. El lugar que antes tenia aquella vehementísima ansia de lograr todos los gustos, todos los deleytes de la vida, le ocupó una mortal aversion á cuanto podia lisonjear la inclinacion de los sentidos.

Fue su vida un prodigio de mortificacion y de humildad. Pasmaron á los mas fervorosos sus primeros pasos; y parece que no podian subir mas de punto, ni el amor á los abatimientos, ni los rigores de la penitencia.

Encerróse en una estrecha celdilla, sin admitir á persona alguna, ni salir jamas de élla sin órden expreso de su confesor. Miraba con horror á aquella su hermosura, que habia sido tan perniciosa á su alma, y á las agenas; y no contentándose con debilitarla por medio de un perpétuo ayuno, desde los primeros dias de su conversion la ajó, la destruyó con espantosas mortificaciones.

Abollábase el semblante á repetidos golpes de una dura piedra, frotábale despues con pedrezuelas agudas hasta derramar sangre, la que limpiaba con un pedazo de cáñamo ó de estopa gruesa, que enxugaba la sangre, y al mismo tiempo lastimaba de nuevo el cutis, siendo en fin tan ingeniosa en desfigurar su belleza, que logró no quedase ni señal de lo que habia sido.

Reducíase su comida y su bebida á un bocado de pan,

y á unas gotas de agua, que tomaba una sola vez al dia; de manera, que su subsistencia era tenida por especie de milagro. Dormia en el duro suelo, sin mas cabecera que una piedra. Despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas, que tomaba muchas veces al dia, y pasaba casi toda la noche en oracion.

Oíasela prorumpir frecuentemente en dolorosos sollozos y suspiros con la memoria de sus culpas pasadas; y era tan viva su contricion, especialmente cuando estaba á los pies del crucifixo ó del altar, que no pocas veces se temió iba á espirar á violencias del dolor.

El enemigo comun, que á los principios parecia estar acobardado á vista de un fervor tan generoso, mostró despues que no le amilanan del todo, ni las mayores penitencias, ni la mas constante perseverancia. Dió principio á la tentacion, representándola, que tanto retiro era indiscreto, y que era imprudente tanta penitencia, que sin duda sería homicida de sí misma con tanto ayuno, con tanta vigilia y con tanta mortificacion inmoderada; que ya habia hecho bastante, y que era tiempo de tomar algun aliento; y que pues Dios la habia dado á entender que se le habian perdonado sus pecados, debia darse por contenta, y vivir mas descansada.

No costó mucho á nuestra dichosa iluminada penitente descubrir la cara del maligno tentador entre estos mal disimulados rasgos de su engañoso espíritu, y así solo sirvieron sus artificios para obligarla á doblar las penitencias, y para hacerla mas humilde. Un dia en que se sintió mas oprimida con la multitud y con la violencia de las tentaciones, se quejaba amorosamente al Señor, postrada á los pies de un crucifixo, y su Magestad la consoló maravillosamente con estas dulces palabras: *Ten animo, hija mia, por mas violentos que sean los esfuerzos del demonio, pues yo estoy contigo en el combate, y siempre saldrás victoriosa; sé fiel en todo á los consejos de tu director; confia cada dia mas y mas en mi bondad, desconfia de ti misma, y con el socorro de mi gracia triunfarás del enemigo.*

Cuanto mas se perfeccionaba la virtud de Margarita, mas crecia en su corazon el amor á los trabajos, y la ansia por los abatimientos. Pareciala que era objeto de ho-

rror y de abominacion á las gentes, y se admiraba mucho cómo la toleraban en Cortona. El mayor consuelo que la podian dar era mostrar que la despreciaban. Era menester toda la rendida obediencia que profesaba á sus confesores para no dar en imprudentes excesos. Pedíalos licencia muchas veces para salir por las calles públicas con un dogal al cuello, pidiendo perdon del escándalo que habia dado; ó en fin, para que la encerrasen en la casa donde estaban recogidas las malas mugeres.

No podia dexar de ganar el corazon y los cariños de Dios una alma tan penitente y tan humilde.

Colmóla el Señor de los mayores favores, y fue dotada de un sublime grado de contemplacion. Favoreciéronla con muchas visitas los espíritus bienaventurados, y especialmente el santo ángel de su guarda. Su confesor, que escribió su vida, asegura que el Salvador la enseñaba por sí mismo, hablándola en la oracion con modo muy extraordinario. La materia casi contínua de su meditacion era la pasion del mismo Salvador, á la que profesaba una devocion ternísima, y siempre con nuevas ansias de padecer mas y mas por Jesucristo. Su ternura y su devocion con la santísima Vírgen era amorosísima, considerándola como madre de pecadores. Todos los dias se llegaba á los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, y cada dia con nuevo consuelo y con mayor fervor. Autorizóla Dios con el don de los milagros; pero era menester valerse de alguna estratagema para reducirla á que tocase los enfermos, que al instante quedaban sanos, y despues era preciso guardarse bien de atribuirla su milagrosa curacion.

Veinte y tres años habia que esta dichosísima penitente vivia entregada al contínuo exercicio de las mas heróicas virtudes, especialmente de una excesiva penitencia, cuando el Señor la dió á entender que se acercaba la hora de su muerte, y que en élla vendrian á asistirla todas aquellas almas que con sus oraciones habia librado de las penas del purgatorio. Desde aquel punto toda élla se ocupó únicamente en su Dios, y en el ardentísimo deseo de poseerle. En fin, consumida al rigor de las penitencias, y abrasada en fuego del divino amor, habiendo recibido los santos Sacramentos, rindió

tranquilamente su alma en manos de su Criador el dia 22 de febrero del año 1297, casi á los cuarenta y ocho años de su edad.

Luego que se divulgó en la ciudad su dichosa muerte, tan preciosa en los ojos del Señor, acudió á su celdilla todo el pueblo, así para venerar el santo cadáver, como para encomendarse en las oraciones de aquella alma bienaventurada. Enterráronla en la iglesia del convento de san Francisco; y su entierro mas parecia triunfo, que pompa funeral. Declaró presto el Señor la santidad de su fidelísima sierva con multitud de milagros, los que jurídicamente comprobados con autoridad de Leon X. dió licencia, ó permitió su culto en la diócesi de Cortona. El año de 1623 expidió el decreto de su beatificacion el papa Urbano VIII, dando permiso para que se celebrase su oficio en toda la órden de san Francisco, y finalmente el dia diez y seis de mayo de 1728 la canonizó solemnemente el papa Benedicto XIII, mandando se celebrase su fiesta por toda la universal Iglesia en este mismo dia, posterior al de su felicísimo tránsito, por estar éste ocupado con la fiesta de la Cátedra de san Pedro.

El cuerpo de esta bienaventurada penitente se conserva incorrupto hasta el dia de hoy, y todos los años se expone á la veneracion pública de la ciudad de Cortona en el convento de padres franciscos Observantes, cuya iglesia tenia ántes la advocacion de san Basilio, y ahora se llama santa Margarita.

La misa es del Comun de las santas no vírgenes, y la oracion la que sigue.

Deus, qui famulam tuam Margaritam de perditionis via ad salutis tramitem misericorditer deduxisti: eâdem nobis miseratione concede; ut, quam priùs errantem sectari non erubuimus, mox pœnitentem impigrè sequi gloriemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que misericordiosamente sacaste á tu sierva Margarita del camino ancho de la perdicion, reduciéndola al estrecho sendero de la salvacion eterna; concédenos por tu misma infinita misericordia, que pues no tuvimos vergüenza de imitarla en sus desaciertos, tengamos la gloria de seguirla en su penitencia: Por N. S. J.

La epístola es del cap. 44. y 45. del libro del Eclesiástico, que se lee en la misa de la vigilia de san Matias apóstol.

Benedictio Domini super caput justi. Ideò dedit illi Dominus hæreditatem, et divisit illi partem in tribubus duodecim: et invenit gratiam in conspectu omnis carnis. Et magnificavit eum in timore inimicorum: et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et ostendit illi gloriam suam. In fide et lænitate ipsius sanctum fecit illum; et elegit eum ex omni carne. Et dedit illi coràm præcepta, et legem vitæ et disciplinæ: excelsum fecit illum. Statuit illi testamentum æternum, et circumcinxit eum zona justitiæ, et induit eum Dominus coronam gloriæ.

La bendicion del Señor sobre la cabeza del justo. Por tanto le dió el Señor la heredad, dividiéndola para él parte por parte á las doce tribus: y fue amado de todos los hombres. Y le hizo grande y terrible á sus enemigos: y con sus palabras aplacó á los monstruos. Dióle gloria en presencia de los reyes, le encargó llevar sus mandamientos á su pueblo, y le hizo ver su gloria. Santificóle por medio de su fe y de su mansedumbre; y le eligió entre todos los hombres. Y le dió cara á cara los preceptos, y la ley de vida y de sabiduría. Hízole excelso; y con él firmó un pacto eterno, y le rodeó con el cíngulo de la justicia, y le honró el Señor con la corona de la gloria.

NOTA.

"Ya en otra parte se ha dado alguna idea de este admirable libro, escrito por Jesus, hijo de Sirach, y dictado interiormente por el Espíritu santo. Muchos son de opinion que este Jesus fue uno de aquellos setenta y dos intérpretes famosos que Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, hizo venir á Alexandría para traducir en griego los libros sagrados. Dicha epístola está sacada de los capítulos 44 y 45 de la Sabiduría, donde el Autor alaba en general á los patriarcas antiguos, y en particular hace el elogio de Moyses y de Aaron."

REFLEXIONES.

¡Gran dicha, suprema dicha estar en la gracia del Señor! ¿Hay, ni puede haber motivo de alegría mas pura, mas llena, mas cumplida? El favor de los príncipes hace privados, pero no hace dichosos. No excluye el mérito,

mas no le supone, ni le da. Por eso no hay cosa mas caduca que su favor, ni la hay mas inconstante que su gracia. Desde el favor de los grandes á su desgracia, no siempre hay la mayor distancia. Con razon se dice que es como destino comun de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de éllos cuando ya no tienen mas que darlos, ó porque éllos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo en la amistad con Dios; la felicidad y el colmo de las dichas es el fruto de su benevolencia. Como superior á la inconstancia que acompaña á la de los grandes, nunca se puede perder sino por culpa nuestra. La misma amistad comunica el mérito; porque ser amigo de Dios, es ser justo. ¿Qué título mas pomposo, qué nombre mayor, qué carácter mas respetable ni mas precioso que ser grato á los ojos de Dios? Es liberalidad inseparable del amor; por eso derrama Dios sus bendiciones sobre la cabeza del justo: *Benedictio Domini super caput justi.* ¡Con qué luces sobrenaturales no ilumina á las almas puras! ¡con qué celestial ardor no abrasa los corazones vacíos y limpios de los deseos terrenos! ¡qué consuelo interior, qué secreta dulzura, qué abundancia de gracias no comunica á los que le sirven con fidelidad! ¡qué feliz, qué dichosa es su suerte en esta vida y en la ótra! Coherederos de Jesucristo y herederos del mismo Dios, será el cielo su eterna mansion, y la gloria su rica herencia. Todo cuanto el Sábio dice en este capítulo de los patriarcas de la ley antigua, todo se verifica en los santos de la nueva. Ninguno hay que por su fiel correspondencia á la gracia, y por su generosa perseverancia en el servicio de Dios, no hubiese sido grande, y no se hubiese hecho temible á los enemigos de su salvacion: *Et magnificavit eum in conspectu inimicorum.* El justo vive de la fe; y la blandura, la mansedumbre y la humildad es en parte el carácter de todos los justos: *In fide et lenitate sanctum fecit illum.* Hácense respetables por su arreglada vida, y es la prudencia su verdadero retrato. A la verdad, no siempre es reconocido el mérito de los justos mientras viven, no siempre se hace justicia á su virtud. El mundo aborrece al Señor, y es necesario que aborrezca á sus siervos; pero siempre es cierto que aunque los vir-

tuosos no siempre sean estimados, siempre es respetada la virtud. Hasta en el corazon de los grandes del mundo encuentra la virtud un fondo de estimacion, que les hace mirar con cierta especie de envidia la suerte de los santos, por obscura, por invisible que sea á nuestros ojos. Llénalos de polvo el tumulto del mundo; pero la falsa brillantez que deslumbra á los mundanos, no es bastante á tranquilizar su corazon. Conócese bien que este dulce reposo, esta paz, este contento interior es herencia reservada á las almas justas. Todos envidian su dicha; ¿pues por qué no imitarán la pureza de sus costumbres, su piedad y su inocencia? Es la ciencia de la salvacion una facultad en que todos pueden ser hábiles. ¡Oh, y cuánta verdad es que solo hay verdadera sabiduría en el entendimiento y en el corazon de las almas justas!

El evangelio es del cap. 15. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicèm, sicut dilexi vos. Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Vos amici mei estis, si feceritis quæ ego præcipio vobis. Jam non dicam vos servos, quia servus nescit quid faciat dominus ejus. Vos autem dixi amicos, quia omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota feci vobis. Non vos me elegistis; sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat: ut quocumque petieritis Patrem in nomine meo, det vobis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Mi mandamiento es éste, que os ameis mútuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene mayor caridad que aquél que da su vida por sus amigos. Vosotros seréis amigos mios, si hiciéreis lo que yo os mando. De aquí adelante no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero yo os he llamado amigos, porque os he hecho saber á vosotros todo cuanto oí de mi Padre. No sois vosotros los que me elegísteis; sino que yo os elegí á vosotros, y os destiné para que vayais, y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero: de modo, que cualquiera cosa que pidais á mi Padre en mi nombre os la conceda.

MEDITACION.

De la santidad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solo hay una fortuna á que aspirar, que es á ser santo. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano; busca algun otro bien mas real, imagina otra gloria mas sólida, discurre otra dicha mas llena, ni en que intereses mas; y sin embargo, este es puntualmente el único bien que despreciamos por correr tras de quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante despues de su muerte, y aun una hora antes de espirar, haber sido rico, poderoso, honrado, haberse divertido en todo lo que pudo, si pierde su alma? ¿pero se le tendrá mucha lástima porque hubiese sido pobre, humillado, perseguido, el desprecio y la burla del mundo, si es santo, y se salva? ¿pues será posible que no dispierten nuestros deseos, que no se aliente nuestro desmayo en solicitud de esta dulce santidad?

Ser santo, es ser siervo de Dios. ¿Puede haber título que mas nos honre? ¿podemos encontrar amo mejor, que mas nos premie? Aún hay mas: ser santo es ser amigo de Dios, hijo de Dios, ser felíz, ser eternamente dichoso, y no menos que con la felicidad del mismo Dios. El que es santo, no solamente posee todos los bienes juntos, sino el mismo manantial de todos los bienes. Hablando en propiedad, no es la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos, porque sería espacio muy estrecho, y estaría muy apretada; el alma de los bienaventurados es la que se engolfa, la que, por decirlo así, deliciosamente se anega en la alegría del Señor; es decir, en las delicias, y en la bienaventuranza de Dios mismo.

Imagina todo cuanto puede contribuir á hacer á un hombre perfectamente felíz en la tierra; junta todos los tesoros del Universo, toda la magnificencia de los grandes, todas las honras, todos los gustos del siglo; une todas las coronas del mundo para hacer un solo monarca del Uni-

verso; aparta de esta idea de felicidad todo cuanto pueda en alguna manera desazonarla, perturbarla, aunque sea inseparable de la miseria de esta vida; nunca podrás separar la memoria de que algun dia es necesario morir, y este solo pensamiento es capaz de llenar de acibar y de amargura todos los contentos de este mundo. Solamente la santidad incluye, contiene una felicidad pura, eterna, sin miedo de perderla jamas. Esta será mi suerte si me salvo, esta será mi herencia. ¿Puede encontrar objeto mas digno mi ambicion? ¿puede haber otro placer que sea mas de mi gusto? ¿es posible que puedo estar con Dios por toda la eternidad, y es posible que puedo aspirar á otra fortuna?

¡Pero á qué fortuna! A un empleo, á una dignidad, á una plaza que me levantará un poco mas para precipitarme desde mas alto, y para hacer mas sensible mi caida; á una distincion que me producirá mil envidiosos; á amontonar riquezas con fatigas y sudores para que las desbarate un heredero ingrato, impío y libertino. ¿A esto aspiro, y no aspiro á ser santo?

¡Qué vergüenza, Señor; pero al mismo tiempo qué dolor es el mio de haber pensado hasta aquí en otra cosa que en esto! ¡Es posible, dulcísimo Jesus mio, que lo único que he olvidado, y que aun he menospreciado ha sido vuestra amistad y mi salvacion!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no estás en la tierra sino para lograr la misma dicha que los bienaventurados en el cielo. Su recompensa es grande, y la nuestra puede no ser menor. Ellos son santos, y nosotros solamente hemos nacido para serlo. ¿Pero, mi Dios, pensamos únicamente en conseguirlo? ¿es ser prudente, es ser ni aun racional dexar perder tan gran fortuna?

Pero acaso nos acobarda lo mucho que cuesta ser santo. Pues qué, ¿por ventura cuesta mas de lo que el cielo vale? ¿es mas de lo que Dios merece? Las dificultades nos espantan, los trabajos nos aterran. Vanos espantajos, terror pánico, dificultades imaginarias, que se desvanecen luego que se entra con valor en la carrera de la virtud.

Pregunto, ¿y no cuesta trabajo, no hay dificultades que vencer para hacerse rico, para lograr el empleo, para ascender á la dignidad? ¿no hay mucho que padecer para fabricarse una quimérica fortuna? ¡Qué fatigas, qué desvelos, qué viages, qué sustos, qué cortejos, qué desayres! ¡cuántas amarguras hay que devorar y que tragar! ¿Y qué fortuna hay en el mundo tan brillante, que valga los sudores, las congojas, los cuidados, las sofrenadas, las mortificaciones, los vergonzosos abatimientos que es menester sufrir para lograrla? Ácia ninguna carrera del mundo se da paso que no esté lleno de espinas, que no sea un despeñadero; y con todo eso á ninguno acobarda este monton de dificultades.

Cuesta trabajo ser santo; es verdad, no lo niego. Es menester mortificar las pasiones; es preciso estar siempre con las armas en la mano; es indispensable entrar en mil batallas, vencer siempre al enemigo, y vencerse á sí mismo; pero tambien se ha de confesar que Dios comunica por medio de su gracia tal union, tal dulzura al corazon, que hace suavísimo su yugo. Tropiézanse cruces á cada paso; pero es dulcísimo el fruto de esas cruces. ¡Qué consuelo se siente aun entre los rigores de la mas severa penitencia! Mas supongamos que no se percibiese en el cáliz mas que amargura, ni se pisasen mas que espinas en el camino cuando se trata de ser eternamente felíz, ó de ser eternamente desventurados, ¿habria que deliberar?

Parécete que los santos compraron muy cara la santidad. ¿Costó demasiado á santa Margarita de Cortona? Fue larga, fue rigurosa su penitencia ¿pero ahora le parecerá á la Santa que fue excesiva? ¿pesarála hoy del rigor de sus disciplinas? Todos aspiramos á la misma dicha que gozan los santos; todos esperamos arribar al mismo término; ¿mas vamos todos por el mismo camino?

¡O inestimable felicidad, ó dichosa suerte la de los santos! ¿cómo te he podido yo perder de vista ni un solo momento? ¿qué otra fortuna ha podido ocupar neciamente mi ambicion? Señor, el ardiente deseo que ahora me abrasa de poseer tan grande dicha, ¿os ha de hacer olvidar mi pasada insensibilidad? Vos quereis que sea santo; y yo quiero serlo. Esto es hecho, mi Dios, esto es hecho; quiero vivir como los santos para ser santo.

JACULATORIAS.

Convertere, anima mea, in requiem tuam: quia Dominus benefecit tibi. Salm. 114.

Vuelve, alma mia, todo tu pensamiento al descanso eterno que te espera, y para el cual te crió la benéfica misericordia del Señor.

Si oblitus fuero tui, Jerusalem: oblivioni detur dextera mea. Salm. 136.

Si yo me olvidare de ti, ó Jerusalen celestial, mansion felíz de los bienaventurados; que me olvide tambien hasta de mi misma mano derecha.

PROPOSITOS.

No te contentes con amar la santidad, con estimarla, con alabar á los santos. Este es el único fruto que se suele sacar de las reflexîones que se hacen acerca de la virtud y de sus elogios. Resuélvete eficazmente á imitarlos, y trabaja sin dilacion, y sin afloxar en esta grande obra. Da principio á élla, exâminando si hay en ti algun estorbo que lo sea de tu salvacion. ¿Has abrazado el estado á que Dios te llama, y en el cual te quiere? ¿no tienes alguna inclinacion, alguna comunicacion, algun amor menos puro ó menos inocente? ¿no te sirven de embarazo tus ocupaciones ordinarias, tu ociosidad, tus amistades, tus costumbres, tus diversiones? No dexes pasar el dia sin reformar todo lo que puede ser perjudicial á tu verdadera fortuna; consulta con tu confesor cuál es tu pasion dominante; este es el enemigo mas temible de tu salvacion, con quien es menester no hacer jamas paz ni tregua, y á quien nunca has de dar cuartel.

2 Pero no basta quitar todos los estorbos á la santidad; es necesario aplicar todos los medios oportunos para ser santo, y poner manos á la obra incesantemente. Exâmínate con especialidad sobre los puntos siguientes. Primero: ¿eres exâcto en tener un dia de retiro cada mes, y en visitar cada dia al santísimo Sacramento? Segundo: ¿cuánto tiempo empleas cada dia en los exercicios espirituales, y en el de otras buenas obras? Terce-

ro: ¿qué fruto sacas de la frecuencia de sacramentos? Cuarto: ¿cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente, que el modo de hacer grandes progresos en la virtud es cumplir exâctamente con estas obligaciones. Quinto: ¿visitas á los pobres, y los socorres cuanto puedes en sus necesidades? Cuando Jesucristo habla de la entrada de los santos en el gozo del Señor, solo hace memoria de las obras de misericordia. Sexto: la mejor leccion espiritual para todos son las vidas de los santos; porque los hay de todas edades, de todas condiciones y de todos estados. Escoge uno por tu protector especial y por tu modelo. El mejor modo de merecer la proteccion de los santos es imitarlos; nunca leas sus vidas sin deseo, y aun sin resolucion de imitar alguna de sus virtudes.

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Matías, apóstol.

San Matías, que fue escogido en lugar del traidor Judas, fue de la tribu de Judá, y nació en Belen de familia ilustre, no menos distinguida por su calidad y por su riqueza, que por el celo que profesaba á la religion de Moyses.

Criáronle sus padres con gran cuidado, instruyéndole en buenas costumbres y en la ciencia de las escrituras y de la religion. La inocencia de vida con que pasó la juventud, fue una bella disposicion para que se aplicase á oir la doctrina de Cristo luego que se comenzó á manifestar despues de su sagrado bautismo. Tuvo la dicha de seguirle en compañía de los apóstoles desde el principio de su predicacion hasta su gloriosa Ascension á los cielos, y fue uno de los setenta y dos discípulos.

Judas, uno de los doce apóstoles que Jesucristo con particular amor habia escogido para favorecidos y confidentes suyos, hizo traicion á su Maestro, y con torpísima ingratitud le vendió á sus enemigos. De apóstol pasó á ser

apóstata; y añadiendo la desesperacion á la perfidia, él mismo vengó su delito, y acabó su desdichada vida con muerte horrible y vergonzosa.

Habiendo resucitado Cristo, quiso dar pruebas sensibles de la verdad de su Resurreccion por espacio de cuarenta dias, y tambien instruir todavía mas particularmente á sus apóstoles y á sus amados discípulos. Aparecíaseles de cuando en cuando; conversaba familiarmente con éllos, y con maravillosa bondad los explicaba los misterios mas secretos de la religion, descubriéndoles todo el plan y toda la economía de la santa Iglesia.

Hacia siempre delante de éllos algun milagro, para que advirtiesen que no se habia disminuido con la muerte su poder. No eran contínuas ni muy frecuentes sus apariciones, y aun algunas veces dexaba pasar muchos dias sin manifestarse, para irlos poco á poco desacostumbrando, y que se hiciesen á vivir sin el consuelo de su presencia corporal.

En todas estas visitas los instruía en lo que debian hacer para cumplir con las obligaciones de los cargos y empleos á que los destinaba en su Iglesia. En particular los enseñaba el modo de administrar los sacramentos, de gobernar á los pueblos, y de portarse entre sí únos con ótros. Declarábalos una multitud de cosas, que en otras ocasiones no habia hecho mas que apuntar, reservando su individual y clara explicacion para aquel tiempo.

En fin, estando ya para volverse á su Eterno Padre, entre otras muchas instrucciones los mandó que despues de su Ascension á los cielos, éllos se retirasen juntos á Jerusalen, sin salir de allí hasta nueva órden, y que esperasen el cumplimiento de la promesa que el mismo Padre Eterno les hadia hecho por su boca, de que les comunicaria el mayor don de todos los dones, enviándoles al Espíritu santo.

Luego que el Salvador subió á los cielos desde el monte de las Olivas en presencia de todos éllos, los sagrados apóstoles se volvieron á Jerusalen con la santísima Vírgen, y se encerraron todos en la casa que habian escogido para su retiro.

Quedó santificada la casa con las contínuas oraciones que hacian todos con un mismo espíritu, estando á la frente de aquella apostólica congregacion María madre de Jesus, con algunos parientes cercanos suyos, que segun la costumbre de los judíos se llamaban hermanos, añadiéndose tambien algunas devotas mugeres, que ordinariamente acompañaban á la Vírgen. La pieza mas respetable, y aun mas santa de aquella dichosa casa era el Cenáculo, que fue la primera iglesia de la religion cristiana. Vueltos, pues, del monte Olivete, subieron todos al Cenáculo, por ser el lugar donde celebraban sus juntas, y en una de éllas resolvieron llenar la plaza vacante en el colegio apostólico por la apostasía y funesta muerte del infelicísimo Judas.

Aún no habian recibido visiblemente al Espíritu santo; pero Pedro, como príncipe de los apóstoles, vicario de Jesucristo y visible cabeza de su Iglesia, obraba ya inspirado del mismo Espíritu divino; y como á quien tocaba reglar todas las cosas, y dar providencia en todo, se levantó en medio de los discípulos en número de casi ciento y veinte, que ya tenian la costumbre de llamarse *hermanos* entre sí, por la estrechísima y santísima union de la caridad fraternal que los enlazaba, y les habló de esta manera.

Venerables varones y hermanos mios: Ya llegó el tiempo de cumplirse el oráculo que el Espíritu santo pronunció en la Escritura por boca del Profeta rey, tocante á Judas, que vendió á su Maestro y nuestro, y no tuvo vergüenza de servir de guia á los que le prendieron, y le quitaron la vida como á un malhechor. Bien sabeis que era apóstol como nosotros, llamado á las mismas funciones que nosotros; pero con todo eso pereció miserable y desgraciadamente. No ignorais que despues de los hurtos y de los sacrilegios que cometió en la administracion de su oficio, y despues de su infame traicion, se ahorcó desesperado; que cayendo en tierra boca abaxo el infelíz cadaver, reventó por medio, arrojando las entrañas, que de esta manera entregó su alma al demonio, abandonando el campo que se habia comprado con el dinero que se dió por precio de su delito, despues que él mismo habia restituido desesperadamente este dinero. Toda Jerusalen fue testigo de este lance, habién-

dose hecho tan público, que para conservar la memoria se dió al campo el nombre de Hacéldama, *que en hebreo significa* tierra de homicidio, y campo de sangre. *Esta es aquella tierra maldita, aquella heredad de los malos, que desea David se convierta en triste desierto, de manera que ninguno habite ni la cultive, y que su poseedor, maldito de Dios y de los hombres, pierda el obispado, y dexe su lugar á ótro. Perdióle Judas; es menester no tardar en colocar en él un sucesor de conocido mérito, que sea tan capaz de esta dignidad, como Judas era indigno; porque el Señor quiere que esté completo el número de sus apóstoles, y que haya en la Iglesia doce príncipes del pueblo, como ha habido hasta aquí doce cabezas en las doce tribus de Israel.*

Para executar, pues, cuanto antes la voluntad del Señor, es necesario escoger entre los que estamos presentes uno, que juntamente con nosotros pueda dar testimonio cierto de la Resurreccion de Jesus, y que para ser mejor creido, sea uno de los que siempre le acompañaron en sus viages desde que fue bautizado por Juan, hasta el dia en que nos dexó para subir al cielo; que hubiese oido sus instrucciones, y que hubiese sido testigo de sus milagros.

Deliberóse en la junta sobre quién habia de ser el escogido; y habiendo hecho oracion á Dios, pasaron todos á votar. Repartiéronse los votos entre dos, ambos sugetos muy recomendables entre los discípulos: el primero era José, llamado Bársabas, que por su particular virtud habia merecido el nombre de *Justo*: el segundo era Matías; pero no habiendo mas que una silla vacante, y no sabiendo á cuál de los dos habian de preferir, porque ambos eran muy dignos y muy beneméritos, volvieron á orar con nuevo fervor, haciendo á Dios esta oracion: *Vos, Señor, que conoceis los corazones de los hombres, dadnos á entender á cuál de estos dos habeis escogido para que entre en lugar del traidor Judas, sucediéndole en el ministerio y en el apostolado, de que él abusó para irse al infierno que merecia.*

Oyó el Señor benignamente la oracion de los fieles, y segun la costumbre de los judíos, se echaron suertes entre los dos concurrentes, poniéndoles delante una caxa ó un vaso cubierto con su tapa, donde estaban las cédulas,

y la mano invisible de Dios conduxo la suerte de manera que cayó sobre Matías, y agregado á los otros once apóstoles, completó con éllos el número de doce.

Elevado ya á la dignidad de Apóstol, recibió con éllos la plenitud del Espíritu santo en el dia de Pentecostes; y como era ya tan estimado de toda la nacion, así por la integridad de sus costumbres, como por la nobleza de su sangre, hizo maravilloso fruto con los celestiales dones que habia recibido, convirtiendo á la fe gran número de judíos, y haciendo muchos milagros.

En el repartimiento del mundo, que hicieron los apóstoles para conducir la luz de la fe y del evangelio á todas las naciones, tocó á san Matías el reyno de Judea. El abrasado celo que desde luego mostró por la conversion de sus mismos nacionales, le obligó á padecer muchos trabajos, y á exponerse á grandes peligros, y sufrir grandes persecuciones; y finalmente á coronar su santa vida con un glorioso martirio.

Corrió casi todas las provincias de Judea anunciando á Jesucristo, confundiendo á los enemigos de la fe, y haciendo en todas partes conversiones y conquistas. Dice san Clemente Alexandrino ser constante tradicion, que san Matías fue con particularidad gran predicador de la penitencia, la que enseñaba no menos con el exemplo de su penitentísima vida, que con los discursos que habia aprendido de su divino Maestro. Decia que era menester mortificarse incesantemente, combatir contra la carne, tratarse con rigor, hacerse eterna violencia, reprimiendo los desordenados deseos de la sensualidad, llevando á cuestas la cruz, y arreglando la vida por las máximas del evangelio. Añadia que esta mortificacion exterior, aunque tan necesaria, no basta si no está acompañada de una fe viva, de una esperanza superior á toda duda y de una caridad ardiente. Concluía que ninguna persona, de cualquiera edad ó condicion que fuese, estaba dispensada de esta ley, y que no habia otra teología moral. Hizo san Matías gran fruto en toda Judea, teatro de sus trabajos, espacioso campo de su glorioso apostolado.

Muchos años habia que este gran Apóstol no respiraba mas que la gloria de Jesucristo y la salvacion de su

nacion, corriendo por toda élla predicando con valor y con asombroso celo, confundiendo á los judíos, y demostrándolos con testimonios irrefragables de la sagrada Escritura, que Jesucristo, á quien éllos habian crucificado, y habia resucitado al tercero dia, era el Mesías prometido, Hijo de Dios, y en todo igual á su Padre.

No pudiendo sufrir las cabezas del pueblo judáico verse tantas veces confundidos, irritados tambien por otra parte de la multitud de conversiones que hacia, y de los milagros que obraba, resolvieron acabar con él. Refiere *el libro de los condenados*, esto es, el libro donde se tomaba la razon de todos los que habian sido ajusticiados en Judea desde la Resurreccion del Señor, por haber violado la ley de Moyses, como san Esteban, los dos Santiagos y san Matías; refiere dicho libro, que nuestro Santo fue preso por órden del pontífice Ananías, y que habiendo confesado á Jesucristo en concilio pleno, demostrando su divinidad, y convenciendo que habia sido Redentor del género humano con lugares claros de la Escritura y con hechos innegables, á que no tuvieron que responder, fue declarado enemigo de la ley, y como tal sentenciado á ser apedreado. Llegando el Santo al lugar del suplicio, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, dió gracias al Señor por la merced que le hacia en morir por defender su santa religion; hizo oracion por todos los presentes y por toda su nacion, la que concluida, fue cubierto de una espesa lluvia de piedras. Añade el mismo libro, que no pudiendo sufrir este género de suplicio los romanos que gobernaban la provincia, contuvieron el furor de los que le apedreaban, y hallando al Santo medio muerto, por despenarle, acabándole de matar, le cortaron la cabeza. Sucedió el martirio de san Matías el dia 24 de febrero, aunque no se sabe precisamente en qué año.

Su sagrado cuerpo, segun la mas constante tradicion, de la que no tenemos motivo sólido, ó á lo menos convincente para separarnos, fue traido á Roma por santa Elena, madre de Constantino, y hasta hoy se venera en la iglesia de santa María la Mayor la mas considerable parte de sus preciosas reliquias. Asegúrase que la otra parte de éllas se la dió la misma santa Emperatriz á

san Agricio, arzobispo de Tréveris, quien las colocó en la iglesia que hasta hoy tiene la advocacion de san Matías.

La misa es en honra del mismo santo Apóstol, y la oracion es la que sigue.

Deus, qui beatum Mathiam apostolorum tuorum collegio sociasti: tribue, quæsumus, ut ejus interventione tuæ circa nos pietatis semper viscera sentiamus: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste agregar al colegio de tus apóstoles al bienaventurado san Matías: concédenos por su intercesion, que experimentemos siempre los efectos de tus misericordiosas entrañas: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de los Hechos de los apóstoles.

In diebus illis: Exurgens Petrus in medio fratrum dixit: (erat autem turba hominum simul, ferè centum viginti). Viri fratres, oportet impleri Scripturam, quam prædixit Spiritus sanctus per os David de Juda, qui fuit dux eorum, qui comprehenderunt Jesum; qui connumeratus erat in nobis, et sortitus est sortem ministerii hujus. Et hic quidèm possedit agrum de mercede iniquitatis, et suspensus crepuit medius: et diffusa sunt omnia viscera ejus. Et notum factum est omnibus habitantibus Jerusalem, ita ut appellaretur ager ille, lingua eorum Haceldama, hoc est, ager sanguinis. Scriptum est enim in libro psalmorum: Fiat commoratio eorum deserta, et non sit qui inhabitet in ea: et episcopatum ejus accipiat alter. Oportet ergo ex his viris, qui nobiscum sunt congregati in omni tempore, quo intravit et exivit

En aquellos dias: Levantándose Pedro en medio de los hermanos, (era el número de las personas congregadas casi de ciento y veinte) dixo: Hermanos es menester que se cumpla la Escritura, que predixo el Espíritu santo por boca de David, en órden á Judas, que fue el conductor de los que prendieron á Jesus, el cual era de nuestro número, y obtuvo la suerte de este ministerio. Éste, pues, poseyó un campo en recompensa de la iniquidad, y habiéndose ahorcado, reventó por en medio, y se derramaron todas sus entrañas. Y la cosa se ha hecho notoria á todos los habitadores de Jerusalen; de manera, que aquel campo vino á llamarse en su lengua Haceldama, esto es, campo de sangre. Pues en el libro de los salmos está escrito: Hágase la habitacion de éllos un desierto, ni haya quien la habite: y el cargo de él lo obtenga ótro. Es necesario, pues, que de estos hombres, que

inter nos Dominus Jesus incipiens à baptismate Joannis usque in diem, qua assumptus est à nobis, testem resurrectionis ejus nobiscum fierit unum ex istis. Et statuerunt duos, Joseph, qui vocabatur Barsabas, qui cognominatus est Justus, et Mathiam. Et orantes dixerunt: Tu, Domine, qui corda nosti omnium, ostende, quem elegeris ex his duobus unum accipere locum ministerii hujus et apostolatus, de quo prævaricatus est Judas, ut abiret in locum suum. Et dederunt sortes eis, et cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim apostolis.

han estado unidos con nosotros; todo aquel tiempo que hizo entre nosotros mansion el Señor Jesus, comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el dia en que se subió robándose á nuestra vista; uno de éllos sea constituido para dar con nosotros testimonio de su resurreccion. Y señalaron dos, á José, que se llamaba Bársabas, el cual se llamaba por sobrenombre el Justo, y á Matías. E hicieron oracion, diciendo: Tú, Señor, que ves los corazones de todos, declara á cuál de estos dos has elegido para recibir el puesto de este ministerio y apostolado, del cual prevaricó Judas, para ir á su destino. Y echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, y fue agregado á los once apóstoles.

NOTA.

"El libro de los Hechos apostólicos en rigor no es »mas que continuacion de la historia del evangelio, escri»ta por san Lucas. Quéjase san Juan Crisóstomo de la in»diferencia con que en su tiempo se miraba este inesti»mable tesoro, porque no se conocia su precio. Tambien »se puede decir que los Hechos de los apóstoles son como »la historia de la Iglesia en los primeros años de su in»fancia, donde se leen la verdad y la santidad de nuestra »religion admirablemente caracterizadas, y donde se »encuentra un manantial inagotable de saludables ins»trucciones."

REFLEXIONES.

¡Qué maravilla es ver á san Pedro, aquel hombre pocos dias antes tan grosero, tan ignorante, tan tímido, y que parecia mas á propósito para pescador de peces, que para gobernador de hombres; qué ma-

ravilla es verle ahora tener valor para hablar de repente en un congreso de ciento y veinte personas, y hablar sobre la eleccion de un sucesor de Judas con tanta precision, con tanta limpieza, citando lugares de la escritura tan concluyentes, tan inmediatos y tan oportunos para apoyar lo que dice! ¡Qué bien, qué justamente se habla cuando se habla con el espíritu de Dios! ¡qué bellamente caracterizada se descubre en este hecho la verdad de nuestra religion! *Oportet impleri scripturam, quam prædixit Spiritus sanctus per os David de Juda, qui fuit dux eorum, qui comprehenderunt Jesum*: es menester que se cumpla lo que pronosticó el Espíritu santo por boca de David acerca de Judas, que capitaneó á los que prendieron á Jesus.

Siendo palabra de Dios la sagrada escritura, no puede menos de ser infalible. Para Dios no hay futuros, todas las cosas estan presentes á sus ojos. ¡Con qué moderacion habla san Pedro de Judas! Conténtase con acordar sencillamente su delito, sin exâgerar la culpa y sin insultar á la persona; porque el espíritu del Señor á nadie insulta. La verdadera caridad no entiende de términos ofensivos, y parece que ni aun los conoce. *Qui connumeratus erat in nobis, et sortitus est sortem ministerii hujus*: Judas, aquel que fue uno de nosotros, y tuvo parte en nuestro ministerio. ¿Quién no se estremecerá al pensar que este apóstata fue uno de los doce apóstoles? ¿quién no temblará, quién no desconfiará de sí al considerar que un discípulo de Cristo, formado por su misma mano, colmado de los mayores favores, su confidente, y criado, por decirlo así, á sus mismos pechos, se hace con el tiempo el mas impío, el mas perverso de todos los mortales? Almas privilegiadas, porcion escogida del mejor rebaño, ministros del altar, sacerdotes de Dios vivo, ¿es posible que no tendréis por qué temer? ¿qué vocacion mas cierta? ¿qué estado mas perfecto? ¿qué ministerio mas santo? ¿Dónde se pudieran hallar mas auxîlios ni mas luces que en la escuela del mismo Jesucristo? ¿dónde vivir con mayor seguridad á sus mismos ojos? ¿qué gracias no acompañan las funciones del apostolado? ¿en qué compañía se pudieran encontrar mas bellos, mas eficaces exemplos? ¡Y con todos estos auxîlios, con todas estas ventajas Judas

se pierde! ¡O, y cuántos dones sobrenaturales sabe hacer inútiles una pasion desordenada! De un apóstol avariento presto se hace un apóstata y un traidor. El que de devoto y de fervoroso se hace malo, nunca lo es á medias. Penetrado Judas con los agudos remordimientos de su conciencia, espantado de la enorme gravedad de su delito, al cabo se ahorca. Cuando á las mayores gracias suceden los mayores pecados, es de temer que el término sea la desesperacion. Es terrible la muerte de un apóstata, de un devoto pervertido; de temer es que sea tambien funesta. Yo conocí á Dios, y le amé; previnome con mil bendiciones de dulzura; experimenté mil consuelos en su servicio. ¡Qué paz interior! ¡qué gozo tan exquisito! ¡qué alegría tan pura! Pero todo esto mientras fui fiel al Señor, mientras la fe y la ley eran la regla de mi entendimiento y de mi voluntad. Pero me cansé de ser feliz; causóme tedio el estar siempre á la vista de tan buen Padre; sacudí el yugo del Señor, descaminéme, y me perdí. Entregado á todo género de vicios y de disoluciones, pasé tristemente los últimos dias de una vida muy corta: *Ecce morior*; muero, y muero considerando con qué ingratitud, con qué injusticia me cansé de Dios despues de haberle amado; con qué traicion le vendí, le perseguí, y ahora voy á comparecer ante su tribunal para ser juzgado. *Et annumeratus est cum undecim*; y Matías fue agregado á los once apóstoles. Nada pierde nunca Dios por nuestra desercion, por nuestra apostasía. ¡Pero qué pensamiento tan cruel por toda la eternidad! Jamas olvidará Judas, ni podrá olvidar, que perdió el cielo por pura malicia suya; que san Matías entró en su lugar, y se apoderó de su corona.

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tra-

En aquel tiempo respondió Jesus, y dixo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad.

dita sunt à Patre meo. Et nemo novit filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi filius, et cui voluerit filius revelare. Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no solamente es corto el número de los que se salvan, respecto de aquella multitud casi innumerable de infieles, de hereges y de cismáticos que padecen miserablemente; eslo tambien respecto de la muchedumbre espantosa de fieles que se condenan dentro del mismo seno de la santa Iglesia. Hay pocas verdades mas terribles que esta verdad, y quizá ninguna hay ni mas clara, ni mas sólidamente establecida.

Trabajad en entrar por la puerta angosta, decia el Hijo de Dios, *porque es ancha la puerta, es espacioso el camino que guia á la perdicion, y son muchos los que van por él.* Al contrario, ¡qué angosta es la puerta, qué estrecho es el camino que guia á la vida, y qué pocos van por este camino!

Muchos son los llamados, dice en otra parte, *y aun de los llamados son pocos los escogidos* (*Matth.* 20.). Repetia tantas veces esta terrible verdad el Salvador á sus discípulos, que uno de éllos le preguntó en una ocasion: ¿*Es posible, Señor, que sea tan corto el número de los que se salvan*? Y el Hijo de Dios por no espantar, por no acobardar á los que le oian, hizo como que eludia la pregun-

ta, y solamente le respondió (*Luc.* 13.): *Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha, haced cuantos esfuerzos podais para entrar por élla.*

El apóstol san Pablo, lleno del mismo espíritu que su celestial Maestro, compara indiferentemente todos los cristianos á los que corren en el estadio (1. *Corinth.* 10.): *Todos corren*, dice, *pero uno solo es el que lleva el premio y la corona.* Y para dar á entender que habla precisamente de los fieles, trae el exemplo de los israelitas, en cuyo favor habia obrado Dios tantas maravillas. *Todos*, dice, *fueron mística ó figurativamente bautizados por Moyses en la nube y en el mar; pero de mas de seiscientos mil hombres capaces de tomar armas, sin contar las mugeres, los viejos y los niños, solos dos entraron en la tierra de promision, Caleb y Josué.* ¡Terrible comparacion! ¿Pero será menos terrible lo que significa?

De todos los habitadores del universo una sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De cinco populosísimas ciudades que fueron consumidas con fuego del cielo, solas cuatro personas se libraron de las llamas. De tantos paralíticos como esperaban al rededor de la piscina, solo uno sanaba cada mes. Isaías compara el número de los escogidos al de las pocas aceytunas que quedan en la oliva despues de la cosecha; al de los pocos racimos escondidos en la vid que se escapan á la diligencia de los vendimiadores. ¡Buen Dios, aun cuando fuese verdad que de diez mil personas una sola habia de condenarse, yo debiera temblar, debiera estremecerme temiendo ser esa persona infeliz! Puede ser que de diez mil apenas se salve una, y ¡vivo sin susto! ¡y estoy sin temor!

¡Ah, dulce Jesus mio, y cuán de temer es esta seguridad tan parecida á un letargo! Voy con la muchedumbre por el camino espacioso, ¿y espero llegar al término del camino estrecho? ¡Qué confianza mas irracional!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque esta verdad no estuviera tan fundada en los principios evangélicos que suponen todos los cristianos, bastaria la razon sola natural para convencernos que es corto el número de los que se salvan.

Instruidos de las verdades de nuestra religion, informados de las obligaciones de los cristianos, convencidos de nuestra propension al mal, y á vista de las costumbres del siglo, ¿se podrá inferir racionalmente que se salvan muchos fieles?

Para salvarse es menester vivir segun las máxîmas del evangelio; bien, ¿y es grande el número de los cristianos que viven hoy arreglados á estas máxîmas?

Para salvarse es necesario hacer descubierta profesion de ser discípulos de Cristo; ¿y cuántos hay el dia de hoy que se avergüencen de parecerlo? Es necesario renunciar ó efectiva ó afectivamente todo lo que se posee; es necesario cargar con la cruz todos los dias. ¡Qué pureza inalterable! ¡qué delicadeza de conciencia! ¡qué humildad profunda! ¡qué bondad exemplar! ¡qué solida piedad! ¡qué caridad! ¡qué rectitud! ¿Por estas señales se conocen en este mundo muchos discípulos de Cristo?

Es el mundo enemigo irreconciliable del Salvador; no es posible servir á un tiempo á dos señores. Pues juzgad ahora cuál de estos dos amos tiene mas criados que le sirvan.

Para salvarse no basta no vengarse del enemigo; es menester hacer bien á los que hacen mal. No basta condenar los pecados de obra; es menester tener horror aun á los mismos malos pensamientos. No basta no tener injustamente los bienes agenos; es menester socorrer á los pobres con los propios. Reprueba la ley cristiana toda profanidad, todo fausto, toda ambicion; ha de ser la modestia el mas bello ornamento, la mas rica gala de los que la profesan. Segun esta pintura, ¿conoceis por ahí á muchos cristianos?

Ya sabes cuál es el primer mandamiento de la ley: *Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, y al próximo como á ti mismo. Este es el primero y máxîmo mandamiento.* Este es el fundamento de todos los demas. Haz reflexîon á todas estas palabras; mira si hay muchos que guarden este mandamiento, y concluye si son muchos los que se salvan.

Es el evangelio la regla de las costumbres; pero valga la verdad, ¿las costumbres de la mayor parte de los

cristianos son arregladas á las máxîmas del evangelio? Para entrar en el cielo es menester, ó no haber perdido la gracia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. ¿Y será muy crecido el dia de hoy el número de los inocentes, ó el de los penitentes verdaderos? Segun estas pruebas, fundadas en nuestra misma razon natural, juzguemos serenamente si serán muchos los que se salvan; y concluyamos, que aunque Cristo no se hubiera explicado con tanta claridad sobre su corto número, nuestra misma razon nos está dictando que es muy crecido el de los que infelizmente se condenan.

Dulce Jesus mio, que moriste pendiente en un afrentoso madero por la salvacion de todos los hombres, no permitais que yo sea del número de los que se pierden. Piérdase, mi Dios, el que quisiere; que por lo que á mí toca, aunque supiera que uno solo habia de salvarse, haria, con el auxîlio de vuestra divina gracia, todo lo que pudiese para ser yo ese uno solo.

JACULATORIAS.

Salvum fac servum tuum, Deus meus, sperantem in te. Salm. 85.

Salvad, mi Dios, á este humilde siervo vuestro, que espera únicamente en vuestra misericordia.

Quam arcta via est, quæ ducit ad vitam: et pauci sunt qui inveniunt eam! Matth. 7.

¡Qué estrecho es el camino que guia á la vida eterna; y qué pocos son los que dan con él!

PROPOSITOS.

Parece cierto que serán pocos los que se salven, respecto de la espantosa multitud de los cristianos que se condenan. Pero aunque el número de los primeros fuese mucho mas pequeño de lo que es, es menester, cueste lo que costare, hacer todo lo posible para ser de este número. Para este fin toma una fuerte resolucion de aplicar todos tus talentos, toda tu industria, y de no perdonar á medio alguno para salir con un negocio de tan gran consecuencia. El camino que guia á la vida es estrecho. Clame, grite lo que

quis'ere el amor propio y las pasiones; ello no hay dos cam nos para la vida. Desde este punto has de resolverte á hacer todos los esfuerzos imaginables para entrar por la puerta estrecha. Huye de todo director, de todo confesor de manga ancha, porque son muy malas guias. El camino es estrecho, es áspero, es dificultoso; y mas cuando se ha de trepar por él cargado con una pesada cruz; pero es único, no hay ótro en que escoger. Ni Cristo nos enseñó ótro, ni fue por ótro santo alguno, alma alguna de las que se salvaron. ¿Has tenido tú la dicha de encontrar acaso otro camino? Él es poco frecuentado; no vayas por donde va la muchedumbre; porque el ruido que hay y el polvo que se levanta impiden ver los precipicios. Huye del gran mundo, mira con horror sus máximas, especialmente aquella que dice que es menester vivir y hacer lo que hacen todos. No aparezcas jamas en los espectáculos ni en el bayle, y evita cuanto puedas todas las diversiones, todas las concurrencias mundanas. Imponte una ley, haz como punto y empeño de agregarte al corto número de aquellas almas devotas, humildes, fervorosas, cuyo gusto es cumplir con sus obligaciones, cuya diversion es estarse en su recogimiento, sin que el mundo tenga que notarlas sino de su modestia, de su circunspeccion, de su piedad. Fuera de esto observa las cosas siguientes:

Primera: Visita con frecuencia á Jesucristo en el santísimo Sacramento. Pon toda tu confianza en este divino Salvador, y profesa una tierna y respetosa devocion á este adorable misterio. Segunda: La frecuente comunion con la disposicion debida asegura en cierta manera la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. Porque *¿qué cosa mas buena ni mas excelente tiene el Señor*, dice el profeta Zacarías, *sino el trigo de los escogidos?* (*Zach.* 4.) Tercera: la tierna y constante devocion con la santísima Vírgen siempre se ha considerado como señal visible de predestinacion; que aun por eso la llama el Damasceno *prenda de la salvacion eterna.* Los que estuvieren en gracia de María, dice san Buenaventura, serán reconocidos por los moradores del cielo como ciudadanos suyos, y los que estuvieren marcados con este sello serán escritos en el libro de la vida (Bonavent. *in psalm.* 10.). *Qui acquirunt gratiam Mariæ, agnoscentur à civibus*

paradisi, et qui habuerit hunc caracterem, adnotabitur in libro vitæ. Reza todos los dia una salve para conseguir por la poderosa intercesion de la Vírgen ser del corto número de los que se salvan.

DIA VEINTE Y CINCO.

San Tarásio, patriarca de Constantinopla.

Nació san Tarásio en Constantinopla ácia la mitad del siglo octavo, de familia ilustrísima, descendiente de los antiguos Patricios. Su padre Jorge, hombre de insigne bondad, habia exercido el empleo de prefecto de la ciudad con mucha honra; y su madre Engracia, tambien de casa Patricia, estaba reputada por una de las mas virtuosas señoras de la corte. Encargóse élla misma de la educacion de su hijo, y le imbuyó desde su infancia en aquellas máxîmas de religion y de piedad que fueron como la basa de las heróicas virtudes que brillaron en el santo Patriarca; y al mismo tiempo que por sí misma le enseñaba con tan feliz suceso la ciencia de la salvacion, buscó tambien los mas hábiles maestros que le instruyesen en las letras divinas y humanas.

Estaba Tarásio dotado de tan bello natural y de ingenio tan excelente, que en poco tiempo se hizo el joven mas cabal que acaso se vió en aquel siglo. Por su extraordinario mérito fue elevado á la dignidad de cónsul, en cuyo empleo se portó con tan universal aceptacion, que el Emperador y su madre Irene le hicieron primer secretario de Estado. El modo con que desempeñó las obligaciones del nuevo supremo cargo fue el mayor elogio y el mayor crédito del acierto de su eleccion. Ni el ruido de la corte, ni el resplandor de un empleo tan brillante fueron capaces de alterar su virtud. Procedia en todo con tanta prudencia y con tan general aprobacion, que se decia comunmente que el primer secretario de Estado poseia todas las virtudes de los mas santos obispos. Ibale dispo-

niendo la Providencia para esta alta dignidad, y despues de haber hecho en Tarásio un modelo de ministros perfectos en la corte, quiso que fuese exemplar de prelados santos en la Iglesia.

Arrepentido Pablo, patriarca de Constantipla, de haber firmado el decreto de condenacion de las santas imágenes por pura flaqueza y cobardía, y de haber precipitado con este su mal exemplo á una gran parte de Constantinopla en la heregía de los iconoclastas, se habian retirado secretamentn al célebre monasterio de Flora, donde renunciando el patriarcado, se habia hecho monge para borrar su culpa con el llanto de la penitencia. Admirada la emperatriz Irene y su hijo Contantino del retiro del Patriarca, le fueron á ver al monasterio. Halláronle enfermo en la cama, y como le instasen á que volviese á tomar el cuidado de su iglesia, Pablo les respondió: *Que habiendo tenido la desgracia de haber descaminado á sus ovejas, ya no podia ser su pastor; que mas queria pasar lo restante de sus dias cerrado en una sepultura, que ser herido con el rayo de la excomunion por la santa Sede de Roma; estando cierto que si no hacia penitencia de su culpa, no podia esperar otra suerte en el dia del juicio que la de los ángeles rebeldes condenados al fuego eterno.* Concluyó suplicando instantemente á sus Magestades que colocasen en la silla patriarcal de Constantinopla á un sugeto que reparase sus faltas, y que á él le parecia no se encontraria otro mas á propósito que Tarásio, primer secretario de Estado.

Todos aplaudieron esta eleccion, y solo se opuso á élla Tarásio; pero muerto Pablo, la Emperatriz quiso absolutamente que Tarásio le sucediese. Hizo éste cuantas diligencias pudo para estorbarlo; mas viendo que el clero y el pueblo le pedian, representó al Emperador que el lastimoso estado en que se hallaba la iglesia de Constantinopla despues de la heregía de los iconoclastas, no podria resolverse á encargarse de élla mientras sus Magestades no le permitiesen convocar un concilio Ecuménico para restituir la fe católica en su antigua posesion, y reducir á élla su rebaño. Otorgósele su demanda, y fue consagrado obispo de Constantinopla el dia de la Natividad de 784.

Luego que se vió elevado á la silla patriarcal escribió al papa Adriano I. y á los patriarcas de Antioquía, de Alexandría y de Jerusalen. Contenian sus cartas la profesion de la fe, y mostraban el celo con que deseaba la paz de la Iglesia.

La nueva dignidad dió nuevo lustre á la virtud. Propúsose por modelo el retrato que hace san Pablo de las obligaciones de un obispo. Cuanto era mas eminente su estado, se consideraba Tarásio mas obligado á trabajar por adquirir aquella eminente perfeccion. No habia virtud propia de un clérigo, no habia virtud propia de un monge que no la juzgase tambien propia de un obispo. De esta manera las poseyó todas en grado tan eminente, que cada una de éllas parecia su distintivo y su carácter.

La modestia, la frugalidad en la mesa y la humildad le hacian mas respetable. En nada queria ser magnífico sino en limosnas; no solo daba de comer cada dia con grande esplendidez á cierto número de pobres, sino que él mismo les servia la comida, teniendo esta obra de caridad por una de sus primeras obligaciones. Su casa mas parecia monasterio que palacio. Con tales exemplos le fue facil reformar en poco tiempo al pueblo, á los grandes y á todo el clero.

Gemia el santo Prelado á vista del lastimoso estrago que hacia en sus ovejas la heregía de los iconoclastas extendida por todo el Oriente, cuando llegaron las cartas del papa Adriano para los emperadores y para el mismo Patriarca, en respuesta de las que éste le habia escrito. En éllas refutaba sólidamente el Pontífice el error de los que se oponian al culto de las imágenes; y exhortando al Emperador á que restituyese la fe católica á su antigua posesion en los dominios de Oriente, consentia en que á este fin se celebrase un concilio general; y enviaba desde luego dos legados para que presidiesen en él en nombre de la santa Sede, los cuales eran Pedro, arcediano de la iglesia romana, y Pedro, presbítero y abad del monasterio de san Sabas en Roma.

Viéndose ya Tarásio sin estorbo alguno que impidiese el cumplimiento de su grande idea, acaloró tanto la execucion, que el año de 787 se hallaban ya juntos en Ni-

céa 350 obispos para la celebracion del concilio. Abrióle el mismo santo Patriarca por un discurso tan lleno de piedad, como de erudicion y de celo. Restablecióse con unánime consentimiento el culto de las santas imágenes, y con la misma uniformidad se anatematizó la heregía que condenaba este culto.

Desembarazado Tarásio con tanta felicidad de negocio tan importante, se dedicó á la suave conversion de los hereges por todos los medios que le dictó su virtud y su prudencia. Instruíalos blandamente por sí mismo; con la eficacia de sus razones desvanecia sus dudas; con la brillante claridad de sus luces disipaba sus tinieblas; conquistaba los corazones con su dulzura y caridad, y en pocos dias tuvo el consuelo de ver convertida á la fe católica á toda su ciudad de Constantinopla.

Despues que consiguió la deseada dichosa union de su amado rebaño, se aplicó á curarle de los diversos achaques de que adolecia. El desórden de las costumbres, fruto comun de la heregía, estaba hecho dueño de toda clase y estado de personas; y perdido el horror á la simonía, habia penetrado hasta el mismo santuario. No se acobardó Tarásio, y á un mismo tiempo emprendió la reforma de las costumbres y la restauracion de la disciplina eclesiástica; consiguió úno y ótro con la elocuencia de sus sermones, pero mucho mas con la suavidad de su trato y con la fuerza de sus exemplos; mas esto fue á mucha costa de desvelos y de trabajos, porque la estimacion de los hereges y el empeño de los disolutos dieron mucho que padecer á su virtud. Notáronle de nímiamente blando y relaxado porque recibia con facilidad á penitencia á los mayores pecadores; y aun se adelantó la calumnia á acusarle de simonía; pero el tiempo y la paciencia le justificaron plenamenie, y quedó la calumnia llena de confusion, y solo sirvió la malicia para aumentar nueva brillantez al mérito del santo Prelado.

Aunque era Tarásio de genio tan dulce y tan apacible, ninguno era mas fuerte, ni aun mas inflexible cuando se trataba de la gloria de Dios y se atravesaba la inmunidad eclesiástica. Refugióse á la iglesia patriarcal Juan, caballerizo mayor de la emperatriz Irene, y ningunas diligencias bastaron para que el santo Patriarca permitiese

fuese extraido de élla, defendiendo con valeroso teson la inmunidad.

Seis años despues, hecho esclavo el Emperador de una pasion torpe, y abusando de su autoridad suprema, quiso repudiar á la emperatriz María por casarse con Teodora, una de sus damas; y para hacer el injusto divorcio mas plausible, dispuso corriese por el imperio la voz de que la Emperatriz habia intentado darle veneno. Puso en execucion cuantos medios le sugirieron su pasion y su poder para lograr el consentimiento del santo Patriarca; promesas, ruegos y amenazas; pero bien persuadido aquél de la inocencia de la Emperatriz, declaró con heróica resolucion, que antes padeceria los mas crueles tormentos y la misma muerte, que tolerar escándalo tan público y tan pernicioso. Habló al Emperador con celo respetuoso, pero intrépido y lleno de caridad, exhortándole vivamente á que no irritase la cólera del cielo violando tan claramente la ley santa de Dios.

Pero la pasion que tenia del todo ciego á aquel infeliz Príncipe, le hizo sordo á las vivas exhortaciones del Patriarca. Arrojó de palacio con indignidad á la inocente Emperatriz, y obligándola á encerrarse en un monasterio, colocó á Teodora en su lugar. Como el santo Obispo condenaba públicamente y sin rebozo un divorcio tan escandaloso, son indecibles las mortificaciones que padeció, así de la adulacion de los cortesanos, como de la malignidad de los hereges, que se aprovecharon de la desgracia en que le consideraban para afligirle con todo género de malos tratamientos. Pero Tarásio se mantuvo siempre inflexíble; y haciendo juicio que no era conveniente echar toda la ley al Emperador, se contentó con no permitirle entrar jamas en el presbiterio, sin pasar al extremo de declararle públicamente por excomulgado, creyendo (y con razon) que usar intempestivamente de otra conducta mas severa solo serviria quizá para precipitar en la heregía á aquel infeliz Príncipe. Á los principios desaprobaron esta moderacion los santos abades Platon y Teodoro, calificándola de cobardía indigna de un prelado; pero con el tiempo conocieron la razon, y elogiaron su prudencia.

Poco tiempo despues murió el Emperador, y al ins-

tante expelió Tarásio de la iglesia al presbítero Juan, que habia tenido aliento para echar la bendicion á las ilegítimas nupcias de aquel desgraciado Príncipe.

Volvió á ocupar el trono la emperatriz Irene, madre del difunto Constantino, y gozando nuestro Santo de tranquilidad, se aprovechó de élla para dedicarse mas que nunca á los fervorosos exercicios de su devocion y de su celo. Habia edificado y dotado de su propio patrimonio un monasterio á la izquierda del Bósphoro. Retirábase á él, y pasaba en oracion y soledad todo el tiempo que le dexaban libre las ocupaciones de su ministerio y caridad pastoral.

Veinte y dos años habia que gobernaba Tarásio la iglesiá de Constantinopla, siendo universalmente reputado por el modelo mas perfecto de prelados santos, y mereciendo este general concepto por la pureza irreprensible de sus costumbres, por su celo tan generoso y tan desinteresado, y por su fe no menos pura que inalterable, cuando cayó gravemente enfermo. Conoció desde luego que se acercaba su fin, y se dispuso para morir, renovando su fervor con una paciencia heróica. Poco antes de espirar tuvo una especie de éxtasis en el que se le oia como que estaba respondiendo á algunos que le acusaban sobre los principales pasos de su vida. El desasosiego, la inquietud y la turbacion que mostraba el santo Prelado llenó de espanto á los circunstantes, hasta que al fin, penetrado de confianza en los méritos de Jesucristo, se arrojó enteramante en los brazos de su misericordia. Siguióse entonces una admirable calma á las pasadas agitaciones, y rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador. Quedó la iglesia de Constantinopla sumergida en un tristísimo luto por esta preciosa muerte; y todos los buenos la lloraron con afliccion inconsolable. El dolor del emperador Nicéforo fue tan excesivo, que anegado en lágrimas se arrojó sobre el cadáver del santo Patriarca, exclamando con las voces del mas vivo sentimiento, que habia perdido en él á su guia, á su pastor, á su padre. No fueron inferiores las demostraciones de amor, de veneracion y de dolor que mereció á todo el pueblo. Enterróse el santo cuerpo con solemnísima pompa en el monasterio de los santos Mártires, que habia fundado el mis-

mo Santo, y la multitud de milagros que obró Dios por su intercesion, hicieron famoso su sepulcro. Sucedió la muerte de san Tarásio el dia 27 de febrero del año de 806.

La misa es del Comun de confesor y pontífice, y la oracion es la que se sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Tarasii confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, omnípotente Señor, que en esta venerable solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice san Tarásio se aumente en nosotros la piedad y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. del apóstol san Pablo á los hebreos, y es la misma que el dia XII, fólio 177.

NOTA.

»El año de Cristo de 63, hallándose san Pablo en »Roma, escribió esta bella carta á los hebreos; esto es, »á los judíos de Jerusalen y de Palestina que habian abra»zado la fe. Para confirmarlos en élla los muestra con »razones de la sagrada escritura que la justicia no nace »de la ley, sino de Jesucristo, que nos justifica por la fe y »por su divino espíritu. A este fin prueba la divinidad de »Jesucristo, estableciendo la verdad de su sacrificio y »la excelencia de su sacerdocio, mostrando que hay tan»ta diferencia entre el sacerdocio de Cristo, y entre el »de los sacerdotes de la ley, como hay entre Dios y los »hombres.

REFLEXIONES.

Conocemos poco las riquezas de la bondad de Dios; es admirable el cuidado con que atiende á nuestras necesidades. Establecióse el sacerdocio principalmente para honrar á la magestad infinita de Dios; pero el mismo Dios quiso extenderle tambien á que sirviese para expiar

nuestros pecados, y para facilitarnos la reconciliacion con su amistad. ¡Qué bondad tan excesiva!

Ningun pontífice se escogió entre la clase de los espíritus angélicos; sino que *omnis pontifex ex hominibus assumptus, constituitur in iis, quæ sunt ad Deum*: todo pontífice se escogió de entre los hombres, y por los hombres, para aquellas cosas que dicen relacion á Dios, y para que ofreciesen sacrificios por sus pecados. Aquellos purísimos espíritus, aquellas celestiales inteligencias, como tan superiores á las humanas miserias, quizá no las mirarian con tanta compasion; por eso quiso Dios constituirnos unos sacerdotes que fuesen capaces de compadecerse de éllas. Y ciertamente ninguno debe compadecerse mas de los pecados agenos, que el que se siente vehementemente inclinado á las mismas pasiones, y no pocas veces interiormente lacrado con las mismas miserias.

Parece que solo Jesucristo y los hombres podian tener estas entrañas de compasion con los pecadores. Cristo, porque siendo Dios, conoce el barro de que nos formó, y siente para con nosotros aquella misma compasion y aquella misma ternura que un padre blando y amoroso tiene para con sus hijos. Los hombres, porque estando sujetos á las mismas pasiones sienten la fuerza de su peso, y porque no pueden menos de compadecerse de los pecadores, viéndose éllos mismos obligados á ofrecer los mismos sacrificios para expiar sus propias culpas.

El celo duro y amargo, la rigidez inflexible en la direccion de los pecadores no puede nacer sino de cierto fondo de orgullo, que cegándonos miserablemente, nos persuade que no somos como el resto de los otros hombres. Los fariseos echaban á los demas cargas intolerables, y éllos no podian sufrir el peso de una paja; porque teniendo á los ótros por grandes pecadores, solo á sí mismos se tenian por inocentes y justos.

La dignidad del sacerdocio es eminente; pero no es menos formidable. El que no fuere llamado á élla con vocacion legítima como Aaron, no podrá con el peso de tan alto ministerio: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo tanquam Aaron.* Cuando Dios da la vocacion, da tambien los talentos necesarios para desempeñarla; pero cuando se asciende á esta dignidad por la am-

bicion, por el interes, ó por otros motivos humanos; cuando se sube al altar con aquel mismo espíritu que puso el incensario en las indignas manos de Coré, Datán y Abirón, no hay que esperar otra suerte que la que tuvieron estos infelices. Gran sacrilegio es introducirse en el santuario, entrometerse en los sagrados ministerios sin legítima y castiza vocacion.

El evangelio es del cap. 13. de san Marcos.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Videte, vigilate, et orate: nescitis enim quandò tempus sit. Sicut homo, qui peregrè profectus reliquit domum suam, et dedit servis suis potestatem cujusque operis, et janitori præcepit ut vigilet. Vigilate ergo (nescitis enim quando dominus domus veniat: serò an media nocte, an galli cantu, an manè) ne cum venerit repentè inveniat vos dormientes. Quod autem vobis dico, omnibus dico: Vigilate.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Estad atentos, velad y orad; porque no sabeis cuándo será el tiempo. Así como un hombre, partiendo para un pais lejano, abandonó su casa, y dió á sus siervos potestad de hacer cualquiera obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues (porque no sabeis cuándo vendrá el amo de la casa: si al anochecer, si á media noche, si al cantar el gallo, si á la mañana), para que si viniere repentinamente no os encuentre dormidos. Pues lo que os digo á vosotros, á todos lo digo: Velad.

MEDITACION.

Que solo se encuentra la verdadera libertad en el servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera el grosero error con que se vive en el mundo, creyéndose comunmente que la devocion es una intolerable servidumbre, que oprime y que encadena, porque es preciso velar y orar contínuamente. No aprisiona tanto ni con mucho la vigilancia de las almas justas, como la que indispensablemente han de tener los

mundanos. Aquella es dulce, es suave, es tranquila; ésta es puramente servil, y llena de amarguras.

¡O gran Dios, y qué inconsiderados son los hombres! Buscan solícitos la libertad, y se desvian de vos, que sois la fuente de élla. El que no sirve á Dios nunca sirve á un amo solo; sirve al mundo, que tiene sus leyes; sirve al amor propio, que tiene sus máxîmas; sirve á las pasiones, todas de diversísimas y opuestas inclinaciones; sirve á los respetos humanos, á quienes sacrifica hasta la misma religion. Servir á cien amos, que nunca están acordes entre sí, con la dura necesidad de no contentar á úno sin ser castigado de los ótros, ¿es por ventura ser libre?

¡Qué sujecion mas intolerable, qué mayor esclavitud, que la que pide el mundo á los que le sirven! Es menester contemplar á únos, sufrir á ótros, y depender de todos. ¡Y esto se llama libertad!

¿Mas dónde se hallará esa amada libertad, que con tanta ansia se busca huyendo de Dios? Porque es cierto que en ninguna parte del mundo se la encuentra. No en la córte, ni en las casas de los grandes; porque en ninguna parte se vive ni con mayor abatimiento, ni con mayor baxeza, ni con mayor indignidad, ni con mas indecente esclavitud. No en las dignidades, no en los empleos, no en el ministerio, no en el manejo de los negocios públicos. ¿Dónde hay cosa que mas oprima, que mas sujete, que mas esclavice? Es responsable de sus acciones á todo el mundo; no tiene tiempo para vivir con los suyos ni aun consigo; en una palabra, ha de ser todo de ótros. ¿Qué condicion mas servil, que la de los negociantes? ¿dónde la hay mas intolerable, que la de los que se llaman felices en el siglo? Es la vida civil una especie de comercio, donde, por decirlo así, cada uno vende la libertad y el sosiego propio á precio del sosiego y de la libertad agena. En fin, tampoco se halla esta libertad en la vida privada; ¿cuántos lazos la aprisionan? ¿cuántos cuidados la oprimen? ¿cuántas obligaciones la encadenan? ¿cuántas atenciones la tienen como amarrada, haciéndola pendiente de innumerables?

¡O hijos del siglo, acabad de conocer que esa imaginaria libertad, de que tanto os gloriais, es una durísima esclavitud!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay otra verdadera libertad sino la que gozan los hijos de Dios: *Ubi spiritus Domini est, ibi libertas* (*Cor.* 3.): donde hay espíritu del Señor, allí hay libertad verdadera: *Hermanos mios*, dice el apóstol san Pablo (*Galat. cap.* 3.), *ya no somos hijos de la esclava, sino de la libre; porque ésta es la libertad que nos restituyó Jesucristo.* Hace Dios la voluntad de los que le temen cuando es recta, dice el Profeta (*Psalm.* 114.); y cuando no lo es, la rectifica conformándola con la suya, sin violentarla, sin oprimirla; y como los justos siempre quieren lo que quiere Dios, se puede en cierta manera decir, que siempre hacen lo que quieren. ¿Pues qué otra cosa es ser libre, sino hacer uno siempre su propia voluntad?

Libre de las caprichosas leyes del mundo, y de la tiranía de las pasiones, exênta del violento poder del amor propio, ¿qué mayor libertad que la que goza una alma fervorosa en el servicio de Dios? ¿qué mas dulce consuelo, que no depender ya del capricho de tantos amos, y no tener que contentar, ni que dar gusto mas que á solo Dios?

Los impíos son esclavos en medio de su imaginada libertad, y los santos están libres entre las cadenas y los grillos. Cuando únicamente se trata de agradar á Dios, cuando se coloca toda la felicidad en servirle, se goza de una libertad cumplida. ¡Ah, y si conocieran esta verdad los que tanto suspiran por ser libres, si se dignáran experimentarla, y cuánto se compadecerian, cuánto llorarian la triste suerte de aquellos infelices esclavos, que huyen del servicio de Dios por miedo de no vivir aprisionados!

Conozco, Señor, este error; lamento esta funesta suerte, y lloro con amargo llanto tantos años infelizmente pasados en la miserable esclavitud del servicio del mundo; pero confio en vuestra misericordia que hoy será el primer dia de mi perfecta libertad, porque tambien será el primero de mi perfecta conversion.

JACULATORIAS.

Jubilate Deo omnis terra: servite Domino in lætitia. Salm. 95.

Hombres del mundo, colocad toda vuestra gloria en servir á Dios con alegría.

Melior est dies una in atriis tuis super millia. Salm. 83.

Mi Dios, vale mas un dia en el zaguan de vuestra casa, que mil años en los palacios del mundo.

PROPOSITOS.

Sin método y sin regla en la vida no puede haber devocion tan verdadera, á lo menos perseverante; porque las devociones inconstantes y ligeras no son á propósito para fomentar la virtud. Este órden de vida, esta especie de exâctitud en las distribuciones diarias se representa gravosa á los que no la conocen mas que por noticias, ó por la falsa idea que se forja el amor propio, inclinado siempre á una aparente, y mal entendida libertad. No incurras en tan grosero error, y persuádete á que la libertad verdadera es herencia legítima de la vida uniforme y regular. Es menester que el juicio esté trastornado y el corazon corrompido para encontrar gusto en vivir sin órden, y para que se figure amable la confusion. Si quieres vivir piadosa y cristianamente, es menester hacer con regla todos los exercicios y todas las acciones; señalar hora fixa para levantarte y para acostarte; para la oracion de la mañana, y para las devociones de la noche; para la leccion espiritual; en una palabra, para todas las funciones ordinarias del dia, sin dispensar ni alterar jamas esta regla, no habiendo motivo grave y legítimo. Esta regularidad oprimirá algun tanto al amor propio; ¡pero qué importa, si con élla se conserva y se aumenta la virtud!

2 La noche se hizo para reposo, y el dia para el trabajo. El padre de las tinieblas es el inventor de aquella moda que lo trastorna todo, haciendo de la noche dia, y del dia noche. Por lo mismo que le agrada tanto esta inversion, se conoce qué nociva es para el alma. Evita cuanto puedas este desórden, concede al sueño y al des-

canso el tiempo necesario; pero madruga por la mañana. Apenas hay cosa que mas veces nos aconseje el Espíritu santo que esta importante diligencia. Por el Eclesiástico nos dice (*Eccl.* 39): *El justo se levantará al amanecer y ofrecerá su corazon á Dios.* Parece que las oraciones hechas al Señor por la mañanita le son siempre mas gratas, y son mas eficaces (*Prov.* 8.). *Qui manè vigilant ad me*, dice por el Sabio, *invenient me.* Los que velaren, y me buscaren al amanecer, indefectiblemente me hallarán. Dios está siempre pronto para asistir á los que le buscan, *manè diluculo*, muy de madrugada, dice David (*Psalm.* 45.). Así lo practicaba el mismo santo Monarca: *Interrumpidme, Señor y Dios mio, el sueño al mismo romper el dia, para meditar en vuestras divinas perfecciones* (*Psalm.* 26.). Apenas desabroche la aurora su rosicler, dice en otra parte, en el primer instante del dia me pondré siempre en tu presencia para implorar tu misericordia: *Mane adstabo tibi.* Lo mismo han hecho todos los santos, y esta es la práctica inconcusa, indispensable de todas las comunidades religiosas; por lo que desde hoy en adelante has de hacer propósito que tambien lo sea tuya. Levántate todos los dias muy temprano, porque esta diligencia es señal de alma fervorosa. *Vergüenza es*, dice el Sabio, *que al salir del sol nos encuentre profundamente dormidos.*

DIA VEINTE Y SEIS.

San Porfiro, obispo de Gaza, en Palestina.

Nació san Porfiro en Tesalónica de Macedonia, de familia ilustre y muy opulenta, ácia el año de 353, y como sus padres eran piadosos, cuidaron de criar al niño en gran temor de Dios, imbuyéndole en las máxîmas de una piedad tierna y sólida. Crecia la virtud al paso de la edad; y evitando cuidadosamente los lazos mas comunes de la juventud, huía de las compañías pe-

ligrosas, contribuyendo no poco para conservar la inocencia el grande amor que tenia al retiro, la aplicacion al estudio, y el sumo horror al pecado. A costumbres tan puras y tan inocentes era consiguiente el disgusto, y aun el tédio que le causaron desde luego las cosas del mundo. Dexó á sus padres, patria y parientes á los veinte y cinco años de su edad, y se retiró á Egipto, donde enteramente se consagró al servicio de Dios, abrazando la vida religiosa en el famoso monasterio de Sceté.

En él se mantuvo cinco años entregado á los rigores de una austerísima vida, despues de los cuales, con licencia de su prelado, fue á visitar los Lugares santos de Jerusalen; y concluida esta devocion, se encerró en una gruta no distante del Jordan. La humedad del sitio, y la intempérie del ayre le estragaron la salud, llenándole de penosos achaques. Con todo eso se mantuvo otros cinco años en aquella gruta sin remitir el rigor de sus penitencias, hasta que un cirro en el bazo, y una calenturilla contínua que se le pegó, le obligaron á hacerse llevar á Jerusalen, donde en medio de su debilidad no dexaba de visitar diariamente los santos Lugares arrimado á un humilde báculo. Cierto jóven piadoso, llamado Marcos, que se hizo discípulo suyo, y dexó escrita su vida, se le ofreció á servirle de bracero para que anduviese con menos trabajo; pero el Santo no quiso admitir este alivio, diciendo que desdecia mucho de un pobre pecador que habia venido á aquellos santos Lugares á hacer penitencia de sus culpas, y á conseguir el perdon de éllas.

Sola una cosa le afligia; y era el no haber todavía distribuido entre los pobres las grandes riquezas que habia heredado de sus padres. Descubrió á su querido discípulo este cuidado que le molestaba, y le rogó que fuese á Tesalónica, y que vendiendo todos los bienes, así muebles como raíces, que le habian tocado, le traxese el dinero que produxese la venta.

Cumplió Marcos fiel y exâctamente con su comision; y vuelto á Jerusalen, quedó gustosamente sorprendido viendo á su maestro enteramente libre de los achaques que le tenian debilitado. Preguntóle la causa de aquella agradable novedad, y el Santo le respondió con su in-

genuidad y candor acostumbrado: *Algunos dias ha que sintiéndome extraordinariamente agravado de mis dolores, fuí arrastrando como pude con grande trabajo hasta el monte Calvario, por tener el consuelo de espirar en el mismo sitio donde murió mi Redentor. Allí caí desmayado, y tuve una especie de éxtasis, en que se me representó Jesucristo enclavado en la cruz, que mandaba al buen Ladron que me levantase. Hízolo éste dándome la mano, y diciéndome fuese á rendir las gracias á mi dulce Salvador, porque ya estaba sano; corrí á arrojarme á los pies de Jesucristo, que á este tiempo habia ya baxado de la cruz, y presentándome aquel sagrado instrumento de nuestra redencion, me ordenó que le guardase. Desapareció la vision, y yo me hallé restituido á mi antigua robustez.*

Repartió Porfiro entre los pobres todo el dinero que Marcos habia traido, sin reservar un ochavo para sí, quedándose él mismo tan sumamente pobre, que se vió precisado á aprender el oficio de curtidor para ganar la comida.

En este humilde exercicio vivió hasta los cuarenta años de su edad, en que noticioso el patriarca de Jerusalen de su grande virtud, y singulares talentos, le ordenó de sacerdote, á pesar de la resistencia que hizo su humildad, y le encomendó la custodia de la verdadera cruz en que se obró el misterio de nuestra redencion, con lo que se verificó la vision que habia tenido en el Calvario.

La dignidad del sacerdocio añadió nuevo lustre al resplandor de su virtud, sin que por élla disminuyese el rigor de sus penitencias. Reducíase su comida á pan, legumbres y agua, sin tomar jamas aun este escaso alimento hasta despues de puesto el sol.

La apacibilidad de su genio, y su profunda humildad daban mayor vigor á la eficacia de su celo.

Era no menos sabio en la sagrada Escritura, que erudito en las letras humanas, y dotado por otra parte de ingenio pronto, perspicaz y claro; siempre que disputaba con los infieles conseguia algun triunfo; de manera, que se habia hecho célebre en toda Palestina el nombre de Porfiro por el gran número de conversiones que habia logrado en élla. Vacó en este tiempo el obispado de Gaza,

y todos pusieron luego los ojos en nuestro Santo, á quien no le valió su resistencia, y se vió precisado á obedecer. Asustáronse con esta noticia los gentiles, cuyo número era muy crecido en la ciudad, y no perdonaron á diligencia ni artificio, ó para quitarle la vida en el camino, ó para estorbarle la entrada en élla; pero los desarmó con su paciencia, y los convirtió con su virtud. Sucediendo por entonces una grande sequía, que agostaba los frutos de la tierra, acudieron los paganos á sus dioses, ofreciéndoles sacrificios para que lloviese: fueron inútiles estas diligencias de la supersticion, hasta que el santo Obispo salió en procesion á una ermita extramuros de la ciudad con los pocos cristianos que en élla habia. Entonces se desprendió de repente una lluvia tan copiosa, que avergonzada y confusa la gente del paganismo, abrieron muchos infieles los ojos á la luz de este milagro; y se convirtieron á la fe, creciendo cada dia el rebaño de Jesucristo.

Irritados los gentiles á vista de tantas maravillas, amenazaban el llevarlo todo á fuego y sangre, maltratando tanto á los cristianos, que fue preciso recurrir al Emperador, y por medio de san Juan Crisóstomo obtuvo decreto imperial para que se cerrasen todos los templos de Gaza, y se reduxesen los ídolos á ceniza.

Executóse el decreto; pero enfurecidos mas con esto los pocos gentiles que habian quedado, resolvió Porfiro pasar á Constantinopla en compañía de su metropolitano Juan de Cesaréa, para conseguir del Emperador la total demolicion de los templos.

Debióse á la fama de la eminente virtud de nuestro Santo la grata audiencia que lograron los dos prelados, recibiéndolos la Emperatriz con extraordinario agrado, y encargándose ella misma de proteger su pretension con el Emperador; pero preocupado este Príncipe de la que se llama razon de estado, fundada en políticos intereses, y temiendo alguna sedicion, si apuraba demasiado á los paganos, consintió sí de que fuesen privados de todo cargo y oficio honorífico en la república, y en que se les prohibiese el exercicio público de su religion, confirmando el primer decreto de que se cerrasen los templos; pero no le pudieron sacar órden para que se demoliesen.

Consoló la Emperatriz á los dos santos Obispos, diciéndolos que no se acobardasen ni desconfiasen, que élla tomaba de su cargo el buen éxîto de aquel piadoso negocio. Reconocido san Porfiro á este singular favor, dándola gracias por él, la prometió en nombre del Señor, que en premio del gran servicio que hacia á la Iglesia, su Magestad la daria un hijo, que habia de suceder en el imperio á su padre. El suceso verificó presto la profecía, porque la Emperatriz, que hasta entonces siempre habia parido hijas, dió á luz un hermoso príncipe con tanto gozo suyo, que mandó formar un memorial, en que contenia la pretension del santo Obispo, y le previno á éste que luego que se acabase la ceremonia del bautismo, presentase el memorial al señor que llevaba al príncipe en los brazos, á quien ya tenia instruido en lo que habia de executar. Hízose así, recibió el memorial aquel caballero, abrióle, hizò señal de silencio, y leyó algunas palabras; volvióle á cerrar, aplicóle á la tierna boca del infante para que le besase, metiósele en el pechito, y dixo en alta voz: *Señores, su Magestad ordena, que este memorial sea registrado, y que se execute á la letra su contenido.* Sonrióse el Emperador al ver el inocente artificio, y dixo que no podia oponerse á la primera cosa que el príncipe su hijo habia concedido. La mañana siguiente mandó llamar la Emperatriz á los dos Obispos, y haciéndolos entregar los despachos correspondientes en la misma conformidad que los habian deseado, encargó la execucion á un oficial llamado Cinego, hombre de gran virtud, y muy celoso por la religion, entregándole al mismo tiempo ricos presentes, y cuantiosas limosnas para que las pusiese en manos de san Porfiro.

Embarcáronse los dos Prelados, y nuestro Santo sosegó con sus oraciones una furiosa tempestad, en que estuvieron para perecer, con cuyo milagro abjuró el arrianismo, y convirtió á la fe católica al piloto de la embarcacion.

Cuando se iba acercando á Gaza, le salieron á recibir procesionalmente los cristianos, cantando himnos con cruz levantada, á cuya vista cayó en el suelo una estatua de marmol que representaba á la diosa Venus, y estaba en el camino, la que cogiendo debaxo á dos

gentiles que se estaban burlando de los fieles, los dexó estrellados; milagro que atemorizó á todos los paganos, y convirtió á muchos. Al instante se puso en execucion el decreto del Emperador: fueron demolidos todos los templos, y las estatuas de los ídolos, ó hechas pedazos, ó quemadas; lo que se executó no solamente en la ciudad de Gaza, sino en todo el contorno, edificándose despues una magnífica iglesia en forma de cruz, á la que se dió el nombre de *Basílica Eudoxîana*, en atencion á su imperial fundadora.

Empleóse despues el santo obispo Porfiro con infatigable celo en reformar las costumbres de los cristianos, y en convertir á los gentiles; pero sobre todo declaró perpétua guerra á los hereges, especialmente á los maniqueos, que habian intentado inficionar su rebaño; y una atrevida muger de esta misma secta, que tuvo osadía para disputar con el Santo, quedó muerta repentinamente.

Juntáronse los cristianos en cierto dia solemne para celebrar una procesion, y mientras se convocaba la gente, tres niños qne estaban enredando sobre el brocal de un pozo, cayeron dentro de él. Hizo oracion san Porfiro, y baxaron á sacarlos, y los hallaron á todos tres sentaditos en una piedra, sin haber padecido daño alguno. Estos continuados prodigios, juntos á la pureza de sus costumbres, á la austeridad de su vida, á los trabajos de su celo, y á aquella dulcísima afabilidad que le ganaba los corazones, encendieron en fervor los de los fieles, y disiparon las tinieblas del gentilismo de toda la ciudad de Gaza.

En fin, extenuado san Porfiro con las penitencias, rendido al peso de los trabajos, y consumido con el ardor de su celo, espiró dulcemente en medio de sus ovejas el dia 26 de febrero del año 420, á los sesenta y siete de su edad, y á los veinte y cuatro y once meses de su pontificado, muriendo con el consuelo de dexar á su amada ciudad casi enteramente cristiana.

La misa es del Comun de confesor pontífice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Porphirii confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigas benigno la súplica que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Porfiro, y que nos libres de todos nuestros pecados por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7. de la de san Pablo á los hebreos.

Fratres: Plures facti sunt sacerdotes, idcirco quod morte prohiberentur permanere; Jesus autem eo quod maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus et excelsior cœlis factus: Qui non habet necessitatem quotidiè, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi: hoc enim fecit semel seipsum offerendo, Jesus Christus Dominus noster.

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpétuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor ofreciéndose á sí mismo.

NOTA.

»El fin que san Pablo se proponia escribiendo á los »hebreos era persuadirles la inutilidad de sus sacrificios »despues del nuevo Testamento, inspirándoles al mismo »tiempo unas máxîmas morales enteramente contrarias »á su espíritu de carne y sangre. Con esta idea se apli-

»ca á hacerles demostraciones con pruebas sacadas de »las mismas escrituras, de la divinidad de Jesucristo, de »la excelencia, y la autoridad de su sacerdocio, de la »preeminencia del sacrificio de la nueva ley sobre to- »dos los sacrificios de la antigua; y prueba con evi- »dencia, que habiéndose ofrecido el sacrificio de Cristo, »eran inútiles, y debian abolirse todos los que dexó or- »denados Moyses.

REFLEXIONES.

¡Cuánta diferencia hay entre los sacerdotes de la ley antigua, y el sumo Sacerdote de la nueva! Aquellos puros hombres, hombres pecadores, hombres mortales, sujetos á la miseria de los demas hombres, tenian tanta necesidad de ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo, y con la muerte se acababa su sacerdocio: *Idcircò quod morte prohiberentur permanere.* Pero el sumo Sacerdote del nuevo Testamento es inocente, sin mancha, separado de todo comercio con los pecadores, colocado sobre los mismos cielos; en una palabra, santo como el mismo Dios, eterno, inmutable, y por lo mismo siempre en estado de salvar á los que por él van á Dios: *Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum.* Nada tiene que pedir para sí, y consigue todo lo que pide para los demas: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.* Considera la eminente preeminencia de nuestra religion sobre todas las demas religiones, y reflexíona qué gran dicha es ser de tan santa religion. ¿Y no es tambien una bondad de Dios inexplicable el dignarse hacer alianza con los hombres? Es decir, querer obligarse por una especie de contrato mútuo á cumplir á los hombres todas sus promesas, como éstos recíprocamente se obliguen por su parte á observar su santa ley, para conseguir los efectos de aquellas divinas promesas. El mediador de la primera alianza, Moyses, siendo no mas que puro hombre, solo podia proponer la ley á los hombres, y presentar á Dios sacrificios de su parte; pero el mediador de la nueva, Jesucristo, siendo Dios, por sí mismo nos merece y nos comunica la gracia necesaria

para cumplir las condiciones del pacto; esto es, para observar su santa ley.

¡O gran Dios, y qué pocos son los que hacen concepto cabal, los que forman idea justa de la grandeza, dignidad y magestad de nuestra santa religion! ¿Quién es el que se complace en pensar las asombrosas ventajas que goza en la nueva ley? ¿quién es el que se regocija de tener á la mano medios proporcionados con que honrar á Dios segun su grandeza, segun sus méritos, por el sacrificio incruento de su divino Hijo? ¿quién es el que rinde contínuas gracias á Jesucristo por haber obrado en nuestro favor tan grandes maravillas, y porque desterrando todos los demas sacrificios nos dexó una hostia, que no puede dexar de ser grata á su eterno Padre; una hostia correspondiente á los beneficios que hemos recibido de él, y á los demas que le podemos pedir; una hostia capaz por sí sola de borrar todos los pecados de los hombres? ¿quién puede no tener confianza logrando á Jesucristo por mediador? ¿y quién podrá no amar con la mayor ternura á Jesucristo, considerando que se ofreció á sí mismo por nosotros, y que cada dia está renovando en los altares el mismo sacrificio?

El evangelio es del cap. 24. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vigilate ergo, quia nescitis qua hora Dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniàm si sciret paterfamilias qua hora fur venturus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideò et vos stote parati quia qua nescitis hora Filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus, et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cùm vénerit dominus ejus, invenerit sic

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Velad porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro Señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando

facientem. Amen dico vobis, quonidm super omnia bona sua constituet eum.

de esta manera: Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

De la tibieza.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es propio de una alma tibia el amodorrarse en el negocio de la salvacion; tras la modorra viene el sueño; y si mientras duerme profundamente entra el ladron, ó llama el Señor á la puerta, ¡qué dolor! ¡qué desgracia! ¡qué desesperacion! Esta es la suerte del alma tibia.

El precepto que Jesucristo nos intimó de velar contínuamente, se mira ó se considera como un mero consejo de perfeccion, que habla únicamente con las almas fervorosas. No se cree que el Señor venga tan presto, ni se tiene la debida desconfianza del enemigo. La tibieza con que se vive hace descuidar en las precauciones; y la modorra ó el sueño de que está cargada el alma, la impide ver los peligros. Nada se teme, cuando es de temer. El disgusto con que se mira la verdadera piedad se reputa por una moderacion de deseos, y tal vez por una medianía de virtud, con la cual se contenta el corazon. De aquí nace aquella triste constitucion de una alma, que se ciñe precisamente á evitar las culpas graves, dándosela poco ó nada por caer en las que se la figuran leves, las que comete sin temor y sin remordimiento; de aquí aquellos exercicios espirituales hechos con tanta negligencia, aquellas devociones sin gusto, aquellas confesiones sin enmienda, y aquellas comuniones sin fruto. Imagina si puede haber enfermedad espiritual mas peligrosa.

Una calenturilla lenta siempre es mortal. No hay á la verdad ni accesos violentos, ni ardores excesivos; redúcese á una languidez, á un disgusto, á un descaimiento contínuo; tráese una vida triste y arrastrada, se debilitan las fuerzas, se va consumiendo la carne; el semblante pálido, macilento y amarillo anuncia la muerte

cercana. Esta es la mas viva representacion de una alma tibia.

El infeliz estado de una alma que está en pecado mortal, es á la verdad bien digno de compasion; pero no obstante, el estado de tibieza, en sentir del mismo Jesucristo, es en cierta manera peor que el de pecado. *Ojalá que fueras frio, ó caliente*, decia el ángel del Apocalypsi (*Apocal.* 3.); *mas porque eres tibio, te comenzaré á vomitar de mi boca como una comida insípida, intolerable, que mi estómago no puede abrazar.*

¡Pues qué, aquel Señor á quien no causan horror los mayores pecadores; aquel Señor en cuyo amoroso corazon encuentran la fuente del perdon los mas enormes pecados; aquel Señor, que no tuvo asco de Judas, ese mismo Señor no puede mirar sin náusea á una alma tibia! ¡y esta alma tibia no ha de hallar en su benignísimo corazon aquellos efectos de amor y ternura, que encuentran los mayores pecadores! ¡Ah Señor, qué estado mas terrible, qué estado mas infeliz, que el de una alma poseida de la tibieza! ¡pero qué desgracia la mia, si me veo sumergido en este funestísimo estado!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que lo que hace mas horrible este estado miserable, es que apenas es posible salir de él, es un mal casi sin remedio. Para salir de un estado peligroso es menester conocer que se está en él, y conocer tambien su peligro; pero esto es puntualmente lo que una alma tibia no conoce.

Un pecador hundido, por decirlo así, en el abismo de los mayores desórdenes, conoce sin dificultad el peligro en que se halla, y esta reflexîon le atemoriza. Logra siempre algunos momentos felices, durante los cuales, á favor de los menores rayos de la gracia, descubre tantas deformidades en su alma, que es el primero que lamenta su desdicha; y este conocimiento, esta saludable confesion de su infeliz estado hacen su conversion menos dificultosa.

Pero una alma tibia jamas, ó rara vez conoce su tibieza; cuando la conoce ya no la tiene, porque solo pue-

de conocer que es tibia cuando está fervorosa; y esto es lo que hace su enmienda tan dificil, por ser la dureza y la ceguedad como los primeros y mas naturales efectos de la tibieza.

Como ésta va entrando poco á poco, insensiblemente se va domesticando el alma con el pecado. En este estado nada espanta al alma, de nada se cautela, porque nada encuentra que la escandalice. Viénese á caer en la tibieza sin omitir ninguno de los exercicios espirituales, ninguna de las devociones ordinarias, que se hacen ya por costumbre, y con la mayor negligencia. Una vez metidos en este estado, ¿quién nos sacará de él? ¿por ventura aquellas verdades terribles y espantosas, de las cuales se habla con tanta energía, y las que acaso predicamos tambien con tanta eficacia, sin que ya nos hagan impresion? ¿por ventura la leccion de libros espirituales y fuertes, á los que nos hemos acostumbrado tantos años ha? ¿los avisos de un confesor, de un superior celoso, á cuyas amonestaciones tenemos hechos callos? Nada hace fuerza, todo es inútil á una alma tibia; hasta el mismo Dios, que mete tanto ruido para despertar á un pecador, parece que calla con un tibio, y le dexa morir en su modorra y en su pecado. ¡O estado funestísimo!

¿Pero de qué servirán, mi Dios, todas estas reflexiones á una alma tibia, menos que por un milagro de vuestra misericordia la hagais vos mismo conocer la desdicha en que se halla? ¿caerá en cuenta de quien es este retrato, si vos no la decis interiormente que es el suyo? Haced este gran milagro en mi favor, divino Salvador mio, y conozca yo desde luego que este es el miserable estado en que se halla mi pobre alma. Mucho tiempo ha que vivo totalmente preocupado de una fatal tibieza; mas no por eso me arrojeis de vuestro amoroso corazon, dulcísimo Jesus mio, mi único refugio y mi único consuelo; ya no volveré á ser tibio con el socorro de vuestra divina gracia, que confiadamente os pido; y desde este mismo instante doy principio á serviros con fervor.

JACULATORIAS.

Ne projicias me in tempore senectutis; cùm defecerit virtus mea, ne derelinquas me. Salm. 70.

No me arrojeis, Señor, de tu corazon cuando comience á descaecer en tu servicio; y no me abandones tú cuando me abandone el fervor.

Domine, paratus sum tecum in carcerem, et in mortem ire. Luc. 22.

Pronto estoy, Señor, á serviros por cárceles, por trabajos, y por la muerte misma. De hoy en adelante nada será capaz de separarme de vuestra amable compañía.

PROPOSITOS.

Guárdate bien, dice el Sabio, *de servir á Dios con negligencia*; porque es maldito aquel que hace la obra del Señor descuidadamente. La negligencia en servir á un amo es la mas cierta señal de la indiferencia con que se le mira, y esta indiferencia en un alma tibia es un desprecio verdadero. El libertino arrastrado de sus pasiones piensa poco en Dios cuando le ofende; pero el tibio no le pierde de vista aun cuando le está despreciando. Siempre son menos odiosos los enemigos descubiertos y visibles que los amigos falsos. Exâmina si estás tocado de este comunísimo contagio, y acudiendo prontamente al remedio, aplica los siguientes. Primero: Haz todos los exercicios espirituales, no solo con devocion, sino con la mas puntual exâctitud, señalando la hora, el tiempo y el espacio que has de ocupar en cada uno. Imponte una inviolable ley de hacerlos siempre á la misma hora, porque nada acredita tanto el fervor como esta invencible puntualidad. Segundo: Considera cuánto enfada, cuánto impacienta, cuánto irrita un criado flemático, un hijo floxo, un súbdito descuidado, negligente, perezoso, y por ahí comprenderás qué indigna, qué enfadosa es la tibieza en el servicio de Dios. No puedes tolerar tú que te sirvan con poco gusto, y con todo eso tú mismo sirves á Dios con tibieza. Tercero: El remedio mas específico contra este peligroso achaque es cumplir con fidelidad las obligaciones mas menudas, es evitar con delicadeza las mas ligeras faltas, es observar con exâctitud las mas pequeñas reglas; presto se hace fervoroso el que es tan exâcto.

2 Todos deben temer el estado de la tibieza; pero ninguno mas que las personas religiosas, las que en el siglo hacen profesion de devotas, y las que por oficio ó por instituto exhortan á ótros á la práctica de las virtudes, de que éllas carecen. Si quieres desviarte de un estado tan funesto á la salvacion, propon todas las mañanas hacer nuevos progresos en el camino de la virtud. Determina la que particularmenre has de practicar en aquel dia, y la mortificacion en que has de exercitarte. Procura que tus confesiones no sean sin fruto, advirtiendo que es muy dificultoso haya verdadera contricion, y verdadero arrepentimiento donde hay contínuas recaidas en unos mismos pecados. Ten cuidado de practicar tú mismo las virtudes que aconsejas á ótros. El religioso que no es positivamente fervoroso, es mas que tibio; y en los de este estado no hay señal mas segura de tibieza, que exhortar á la perfeccion que no se practica.

DIA VEINTE Y SIETE.

El beato Juan, abad de Gorza en Lorena.

El beato Juan, cuya vida es perfecto modelo de la profesion religiosa, nació al mundo ácia el fin del noveno siglo en Vendiere, pueblo pequeño entre Mets, y Toul. Su anciano padre, conocido y estimado en todo aquel pais, no menos por su gran bondad, que por sus grandes riquezas, resolvió no perdonar á medio alguno para la buena educacion de su hijo; pero como le habia tenido en una edad muy abanzada, no pudo resolverse á desviar de sí, ni á perder de vista al que era todo el consuelo de su venerable ancianidad. Dióle dentro de casa los mas hábiles maestros que pudo encontrar; pero aunque Juan era de excelente ingenio, hizo muy pocos progresos, porque la nímia indulgencia de su padre le echaba á perder. Conociólo el buen viejo, y por no malograr tan bellas disposiciones, se determinó en fin á sacarle de casa,

y á enviarle á estudiar á Mets; pero muerto su padre, y y habiéndose vuelto á casar la madre, que habia quedado viuda muy moza, se vió precisado á restituirse á la casa paterna, así para cuidar de dos hermanitos que tenia, como para recoger los grandes bienes que su padre le habia dexado. Cuidó de únos, y de ótros con tanto juicio, con tanta humildad, y con tanta economía, que adelantó mucho los intereses de la familia.

La exemplar virtud que mostró en lo mas florido de la edad, junta con el singular genio y la gran destreza que descubrió para el manejo de los negocios, le dieron luego á conocer y á estimar de cuantas personas de distincion habia en la provincia. El conde Riquin le tuvo algun tiempo en su casa, y Dadon, obispo de Verdum, uno de los prelados mas santos y mas sabios de aquel tiempo, le honró con su amistad y con su estimacion.

Hiciéronle administrador y mayordomo de la iglesia de Fontenai, lugarcillo inmediato á los arrabales de Toul, con cuya ocasion trabó conocimiento con el diácono Bernier, hombre de exemplar virtud y de acreditada sabiduría, y en la escuela de tan hábil director hizo grandes progresos en la ciencia de la salvacion.

Gustaba mucho de tratar con personas virtuosas, en cuyo utilísimo comercio se inflamaban cada dia mas los ardientes deseos que tenia de ser santo; pero nada contribuyó tanto á esto como lo que vió y oyó en cierta ocasion á una doncellita llamada Geisa, que estaba á pension en el monasterio de san Pedro de Mets, baxo la conducta y direccion de una tia suya religiosa en el mismo monasterio.

Teniendo precision de hablar á esta señora, reparó en un cilicio, que por debaxo de la ropa se la descubria á la sobrina, habiéndose descuidado ésta, no sin particular providencia del Señor en ocultarle. Admirado de ver en una señorita tan tierna y tan delicada aquel áspero instrumento de penitencia, la preguntó *¿qué era aquello?* Quedó sonrojada y como muda la virtuosa doncella; pero estrechándola nuestro Santo para que le declarase qué era lo que traía debaxo de la ropa: *Señor*, le respondió Geisa, *es un cilicio; y no os admireis de esta librea,*

porque aquí servimos á un amo poco conocido del mundo. Como vivimos únicamente para el cielo, y solo pensamos en agradar á Jesucristo, miramos con horror las vanidades y los entretenimientos del siglo, no cuidando, por lo que á mí toca, de otra cosa que de mi salvacion.

Admirado Juan de lo que acababa de oir, levantó los ojos al cielo, y deshaciéndose en lágrimas de ternura y de dolor, exclamó diciendo: *¿Es posible, Señor, que una niña me ha de enseñar lo que debo hacer? ¿Acaso es el cielo de mas subido precio para esta alma inocente, que para mí, que soy tan gran pecador? Yo sirvo al mismo Dios, creo las mismas verdades, profeso el mismo evangelio: ¡y en medio de esto tengo una vida tan regalona y tan deliciosa!* No pudo decir mas, porque le embargaron la voz los sollozos, y los desengaños de que estaba santamente preocupado; y despidiéndose cortesanamente de aquellas señoras, se retiró á su casa con resolucion de esconderse lo mas presto que pudiese en alguna soledad, para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion.

Púsose luego baxo la direccion de dos eclesiásticos de singular virtud; pero teniendo noticia que cerca de Verdum habia un santo ermitaño llamado Humberto, que resucitaba en su persona las virtudes y los rigores de los antiguos anacoretas, fue á buscarle, y se entregó totalmente á su gobierno. Hizo con él una dolorosa confesion general de toda la vida, y dió principió á la penitencia, prohibiéndose para siempre la comida de carne, y ayunando con rigor todos los dias.

Llegó despues á sus oidos la reputacion del famoso solitario del bosque de Argona, por nombre Lamberto, y determinó mudar de maestro en la vida espiritual, pareciéndole que aún no hacia bantantes progresos en élla. Con efecto, halló en Lamberto un hombre santo; pero de una virtud tan agreste, tan rústica, y tan sin método, que despues de haber pasado en su compañía algunos meses, y tomando de él lo que le pareció practicable para la virtud interior, tuvo devocion de ir á Roma en compañía de Benacér, beneficiado de la iglesia de san Salvador de Mets, y eclesiástico de piedad nada comun.

Despues de haber cumplido con su devocion en los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, pasó á visitar el monte Gárgano, el monte Casino, y los solitarios del monte Vesubio, para conformar su vida al exemplar de aquellos grandes modelos, y para aprender de éllos el camino mas seguro de la perfeccion.

Restituido á Francia, volvió segunda vez á la compañía de Humberto en las vecindades de Verdum, y entre los dos formaron la idea de un nuevo género de vida ascética y monástica; pero mientras el Señor les facilitaba la execucion, se dedicó Juan al mas perfecto exercicio de todas las virtudes, siendo su vida una contínua série de ayunos, de vigilias, de penitencias, de meditacion y de oracion perpétua.

La fama de una vida tan pura, tan retirada y tan penitente traxo á su ermita gran número de personas deseosas de servir á Dios, entregándose á su direccion y gobierno; siendo entre estos nuevos discípulos el mas ilustre Einoldo, arcediano de Toul, que movido del exemplo del Siervo de Dios, á quien visitaba con frecuencia, vendió todo cuanto tenia, distribuyó el precio á los pobres, resignó todos sus beneficios, y juntándose á Juan y á Humberto, resolvió seguir á los que hasta allí habia admirado.

Viendo Juan el número y el fervor de sus nuevos discípulos, se persuadió era ya llegado tiempo de poner en execucion lo que tanto antes tenia meditado, y determinó pasar á Italia para buscar en élla algun desierto.

Súpolo Adalberon, obispo de Mets, y deseoso de detenerlos en su obispado, los ofreció dentro de él cualquiera sitio que eligiesen. Éllos le pidieron la abadía de Gorza, persuadidos á que no se la concedería; pero la facilidad con que condescendió á su peticion les dió á conocer ser voluntad de Dios que le sirviesen en aquel desierto. Entró Juan en él con sus compañeros el año 933, y como huía cuidadosamente de todo cuanto podia tener alguna sombra de dignidad, dispuso las cosas de manera que eligieron á Einoldo por abad. Hallábanse en la abadía algunos monges antiguos, que abrazaron gustosos la nueva reforma; y dentro de poco tiempo concurrieron de todas partes muchos

pretendientes á la fama del fervor, y de la reputacion del nuevo monasterio. Cedió Juan todo su rico patrimonio en favor de la abadía, despues de haber persuadido á sus dos hermanos que hiciesen lo mismo con sus legítimas, y que se retirasen tambien á élla.

Todos le veneraban como á padre y fundador de aquella religiosa reforma; solo él se consideraba como el último del monastetio, pareciéndole que con su tibieza y con su indignidad era el descrédito de los demas monges.

Era severísimo consigo mismo. Fuera del empleo de mayordomo, que le habian encomendado, se encargó voluntariamente de los oficios mas humildes de la cocina y de la panadería, sin dispensarse jamas por eso de acto alguno de la comunidad. Levantábase indispensablemente á los maytines de media noche, y nunca se volvió á acostar despues de éllos. Toda la aspereza la reservaba para sí; con los demas era tan apacible y compasivo, que no tenia mayor gusto que aliviar á todos, y prevenir si podia sus necesidades.

Teniendo que despachar una embaxada al rey de los moros de España el emperador Othon I. quiso que Juan fuese á la frente de élla, y él no la resistió con la esperanza que tuvo de que quizá se le ofrecería ocasion de derramar la sangre por la fe de Jesucristo. Desempeñó este honorífico encargo con toda la destreza, y con toda la dignidad que se podia esperar de uno de los hombres mas hábiles y mas santos de su tiempo. Restituido á su monasterio, le nombraron por abad, y por inmediato sucesor de Einoldo, que acababa de pagar el comun tributo á la naturaleza. No es posible expresar en pocas palabras los extraordinarios exemplos de observancia, de humildad y de devocion que dió á sus monges en los trece años que los gobernó, al cabo de los cuales, consumido de trabajos, pero mucho mas de espantosas penitencias, murió con la muerte de los justos el dia 27 de febrero del año de 973, en cuyo dia hacen mencion de él los martirológios.

La misa es del Comun de los abades, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicamoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Juan, nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por su intercesion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo que vive y reyna...

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría, y es la misma que el dia VII, folio 90.

NOTA.

"Habiéndose aplicado Jesus hijo de Sirach á meditar la "ley de Dios, y á instruirse en los libros sagrados, quiso él "mismo escribir lo que pertenecia á la doctrina y á la sa-"biduría, para que leyendo este libro los que desean apren-"der, se apliquen mas y mas á la consideracion de sus obli-"gaciones, y se confirmen en una vida arreglada á la mis-"ma ley santa de Dios. Así lo previene en el prólogo el nie-"to del autor, que fue quien cuidó de dar á luz esta obra; "y como los exemplos son mas eficaces que los discursos, re-"fiere este capítulo las virtudes de Moyses y de los antiguos "patriarcas, haciendo el elogio de éllos, como se dexa reco-"nocer en la epístola del dia.

REFLEXIONES.

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Poca falta hace la estimacion de los hombres á quien logra ser estimado de Dios. Bien puede consolarse en aquella pérdida el que consigue esta otra ganancia. Si está Dios á mi lado, dice el Apóstol, ¿qué falta me hacen los demas, ni á quien tengo que temer? Sigue la desgracia muy cerca á los favorecidos, para que puedan envidiarlos los que aspiran á cosa mas sólida y mas nobl eque á una nube brillante, á un relámpago fugaz, que apenas se forma cuando se desvanece. ¿Dónde, mi Dios, se podrá encontrar, ni bien que sea real, ni gloria que sea sólida, ni felicidad que sea verdadera, sino en vuestra amistad y en vuestra gracia? No

debiera discurrir de otra manera el que no tiene algun rastro de religion; ¿pero discurre, pero piensa así el dia de hoy la mayor parte de los cristianos? Poco, ó ningun aprecio se hace de lo que se pierde con poco, ó ningun dolor.

Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum: engrandecióle el Señor, y le hizo semejante en la gloria de los santos. Desengañémonos, que la verdadera gloria solo se encuentra en la santidad verdadera. Aunque Moyses hubiera hecho mayores prodigios que los que hizo, ¿se pudiera llamar glorioso si se hubiera condenado, si por toda la eternidad le hubiera tocado el infierno por herencia? Conservóse Moyses en la gracia de su Dios, y el Señor le hizo semejante á los santos; este fue su mérito, y esta fue su gloria. Mas que seas favorecido, mas que seas honrado de los mayores reyes de la tierra; mas que consigas las mas señaladas victorias de los enemigos del estado; mas que tu nombre vuele en alas de la fama por todas las naciones del Universo; mas que seas el monarca mas poderoso del mundo; ¿de qué servirá todo eso si al cabo te condenas?

Por muchas veces que hagas estas reflexîones, nunca estarán de sobra, ni es posible hacer ótras que sean mas importantes. Llenos están de éllas todos los libros sagrados; y apenas aciertan á hablarnos en otro lenguage. Por mas obscurecida, por mas desordenada que esté en el mundo nuestra propia razon, tambien siente, tambien conoce lo mismo, pero nuestras costumbres dicen todo lo contrario. Confesemos, pues, que el que dexa de ser buen cristiano, dexa de ser racional. Ni se piensa ni se discurre con acierto, sino cuando se discurre y cuando se piensa arreglándose á las luces de la fe. ¡Pero ay, Dios mio! ¿de qué servirá confesar que es innegable lo que ahora se está leyendo, si no se saca otro fruto de la lectura que esta inútil confesion?

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo, y el mismo que el dia VII, folio 92.

MEDITACION.

De la liberalidad con que premia Dios á los que le sirven.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué liberalidad premia Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxîlios especiales, gracias superabundantes, el precio de los méritos y de la sangre de un Dios hombre, dones sobrenaturales, mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto suele ser premio de una sola obrita de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un solo deseo del alma justa,

Parece que olvida Dios los infinitos beneficios que nos ha hecho cuando se ofrece ocasion de hacernos otros nuevos, cuando le pone en élla nuestra fidelidad, nuestra buena correspondencia en su servicio. Cuando da los talentos, da tambien los medios y la industria para agenciar con éllos, y si se adelantaron dos, él recompensa con cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de exemplos que acreditan la liberalidad con que recompensa el Señor los mismos dones que él nos comunica.

¡Pero con qué desvelo atiende á las necesidades de sus siervos! ¡Qué milagros no hace en favor de los que le siguen! Van en su seguimiento las turbas, y olvidadas del alimento corporal, solo tienen hambre de sus divinas instrucciones. ¡Qué maravillas no obra para que nada les falte!

Quia in pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: porque fuiste fiel en poquito, yo te premiare con mucho. ¡Qué proporcion hay entre el trabajo y el salario! ¡entre el mérito y el premio! Cuando se trata de recompensar nuestros servicios, no consulta Dios sino á su bizarrísimo corazon.

¿Pero qué servicios podemos alegar respecto de Dios? ¿Por ventura cuanto podemos hacer, no estamos esencialísimamente obligados á hacerlo? ¿No es sobrado premio, no es sobrada recompensa, el tener la honra de estar en su servicio? Sin embargo, Dios quiere admitirnos por

mérito el cumplimiento con nuestras obligaciones, y se digna destinar una recompensa infinita á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz; por haber dado en su nombre un vaso de agua; por haberle tributado nuestros respetos, la recompensa es un paraíso sin fin, una bienaventuranza eterna, la misma felicidad del mismo Dios. ¡O, y cuánta verdad es, que Dios todo lo premia como Dios! Y en medio de todo esto, divino Salvador mio, ¡será posible que me dedique á servir á otro dueño!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque Dios no hiciera mas que darse por bien servido de lo que le sirviésemos, quedarian nuestros servicios sobradamente recompensados. En la córte, en el servicio de un gran príncipe ¿cuántas veces no se recibe otra recompensa? Estragóse la salud, perdióse la vida, arruinóse la casa en servicio de un monarca; y una palabra obligante, un mirar con agrado, vale un elogio; y no pocas veces se reduce á solo esto todo el premio; pero al contrario, el mas ligero acto de mortificacion; el mas leve sacrificio de un momento, una nada que se haga, ó que se padezca por Dios, al instante es recompensada con una asombrosa abundancia de bendiciones; el mismo Jesucristo en el dia de la cuenta no quiere hacer memoria sino de las cosillas mas comunes, de las de menos resplandor y menos ruido, de las mas fáciles. ¡Gran Dios, un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelo, una felicidad eterna é infinita, por un maravedí que se metió en vuestro tesoro, por una visita que se hizo á un pobre enfermo, á un encarcelado, por un acto de religion que no omití, cuando estaba obligado á hacerle baxo gravísimas penas; y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, vos mismo os obligais á ser mi recompensa! *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡O mi Dios, y despues de todo esto teneis tan pocos que os sirvan! ¡y se hallan tantos á quienes cuesta gran trabajo el serviros! ¡Y se encuentran muchos que son tibios, que son negligentes, que están disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿Estamos bien instruidos en lo que nos enseña nuestra religion?

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Señor, decia san Pedro, *veis aquí que todo lo hemos dexado, y que os hemos seguido.* ¡A la verdad no habian dexado mucha cosa! una barca carcomida, y unas redes viejas; ¡pero qué premio tan inmenso! Abundancia de dones del Espíritu santo; favorecidos y privilegiados de Dios vivo; aún no basta: sentarse al lado del mismo Jesucristo para juzgar á todos los mortales á la frente de los escogidos; ser compañeros de Cristo en la gloria, como lo fueron en la tierra. ¡O gran Dios, y que liberalmente recompensais á los que os aman! ¡O, y cuánta razon tuvieron los santos en serviros con tanto aliento y con tanta felicidad!

Y porque no se pensase que esta divina liberalidad se limitaba únicamente á los apóstoles, añadió inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dexare á su casa y á sus hermanos*; *esto es*, *cualquiera que me amare con ternura*, *que me sirviere con fidelidad*, *que guardare mis mandamientos con perseverancia*, *yo seré su premio y su recompensa por toda la eternidad.* Sí; ni un solo paso que se dé por Dios, será olvido; ni un solo cabello que sea arrancado por su amor, dexará de ser contado para el premio; una sola accion exterior, ni un solo acto interior que tenga á Dios por motivo, se quedará sin recompensa. ¡O liberalidad! ¡ó prodigalidad divina, y cuánto nos confundes!

¡Qué dolor, mi Dios, qué desesperacion será la mia en no haber querido servir á un amo tan liberal, que cuenta por servicios los deseos! Esto es hecho; y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible; os amaré toda la vida, os serviré hasta el prostrero aliento con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, quam abscondisti timentibus te! Salmo 30.

¡Qué grande es, Señor, la dulzura que teneis reservada para los que os temen, y para los que os aman!

Dominus pars hæreditatis, et calicis mei. Salmo 15.

Vos, Señor, sois mi recompensa, y el premio de todo lo que hiciere, y padeciere por vos.

PROPOSITOS.

Aunque un Dios tan bueno y tan amable debiera ser servido por puro amor, y sin el menor interes; pero no es incompatible con la verdadera virtud el fin de la recompensa; antes sirve para avivar nuestra confianza, y para animar nuestro fervor: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in æternum, propter retributionem*, decia el profeta David. Aunque vuestros divinos preceptos son todas las delicias de mi corazon, con todo eso, éste se inclina tambien á guardarlos perpétuamente por el premio que prometeis á los que fielmente los guardan. En todos tiempos es útil esta consideracion; pero sobre todo alienta mucho en ciertas ocasiones en que las pasiones meten mas ruido, y en que el tentador emplea sus artificios y sus máquinas. Tiénete oprimido esa vida retirada, modesta, uniforme y arreglada; tu genio y tus pasiones quisieran estar mas á sus anchuras; sientes no sé que tédio, no sé que repugnancia á los exercicios espirituales; imagínate que Cristo, que la santísima Vírgen, que el santo angel de tu guarda te dicen lo que aquella generosa madre decia al menor de sus hijos á vista de los tormentos que le estaban preparando: *Yo te ruego, hijo mio, que vuelvas los ojos ácia el cielo, y que consideres la grandeza del premio que te está prometido, y la rica corona que te espera.* Cuando te parezca que se te ha resfriado la devocion, en medio de esas raices, de esas sequedades espirituales; cuando padezcas algunas adversidades, al experimentar esas cruces, que brotan necesariamente en todos los estados, da de cuando en cuando algunas ojeadas ácia el cielo, y piensa en aquellas bellas palabras del Apóstol: *Nuestras tribulaciones, que se pasan en un momento, y son en sí tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á todo merecimiento.* Procura adquirir una especie de costumbre de mirar al cielo, y de considerar el premio que en él te aguarda.

2 Puesto que Dios lo premia todo, no le niegues co-

sa alguna. Bien poco es lo que te pide; pero esto poco te lo pide muchas veces. Esa puntualidad en levantarte, esa exâctitud en la oracion, ese respeto á su santo templo, esas frecuentes visitas de Sacramento, esa privacion de ciertas visitas útiles, cuando no sean peligrosas, ese abstenerte del juego y de ciertas diversiones, esa obra de misericordia, esa corta limosna, ese acto de virtud; todo esto es bien poco, y el premio de esto son grandes gracias, abundantes bendiciones, bienes temporales, gloria eterna, y por el mismo Dios. No se pase dia alguno en que no puedas decir: *Señor, veis aquí lo que he hecho por vos en este dia.*

DIA VEINTE Y OCHO.

San Romano, fundador de los monasterios de Monte-Jura, llamado hoy S. Claudio.

Nació san Romano en el condado de Borgoña ácia el año de 390: criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y así la niñez como la juventud la pasó con grande inocencia. Por la rectitud de su corazon, y por la pureza de sus costumbres fue desde entonces respetado como santo. Tenia Romano deseo verdadero de serlo; y pareciéndole que el mundo estaba lleno de escollos para la virtud, resolvió buscar mas seguro abrigo para la inocencia en el retiro de la soledad.

Hallándose poco instruido en la vida monástica, desconocida entónces en aquel pais, determinó ir en busca de un santo abad de Leon, llamado Sabino, para aprender en su especial magisterio la ciencia de la salvacion, y los caminos derechos de la perfeccion evangélica.

Los grandes exemplos que observó en aquella religiosa comunidad le avivaron de nuevo los deseos de imitarlos. Enseñado en tan buena escuela, se retiró de élla con muchos aumentos de fervor, llevando consigo las vidas de

los padres, y las instrucciones de los abades, que se cree fueron las colaciones de Casiano.

Resuelto á practicar él solo todas las virtudes que admiraba en los ótros, se fue á esconder entre las malezas del Monte-Jura, que separa el Franco Condado del país de los suizos, dentro de los términos de la dióçesis de Leon. Encontró entre aquellas empinadas montañas un valle llamado Condat, en medio del cual se elevaba un chopo de enorme corpulencia, cuyas ramas orizontalmente extendidas y entretexidas entre sí, formaban una especie de techo bastantemente unido, así para no dar entrada á los rayos del sol, como para defenderse de la lluvia. Al pie de él, ó no muy distante, brotaba una fuente de agua cristalina, rodeada de algunas zarzas, que producian cierta especie de frutilla como azerolas silvestres, de gusto desabrido y agrio. Determinó quedarse en aquel sitio, pasando en él algunos años en una perfecta soledad, tan olvidado del mundo, como el mundo lo habia sido olvidado de él.

Empleaba una gran parte del dia y de la noche en meditar las grandes verdades de la religion, en cantar salmos, y en considerar las misericordias del Señor. Lo restante del tiempo le ocupaba ya en cultivar un corto espacio de tierra, ya en leer las vidas de los padres, y las instituciones de los abades, pudiéndose decir, que apenas interrumpia sus exercicios el breve sueño y reposo que tomaba.

Ya habia muchos años que nuestró Santo estaba como enterrado vivo en aquella horrorosa soledad, cuando una noche se apareció en sueños á su hermano segundo, llamado Lupicino, á quien habia dexado en el mundo, convidándole á que le fuese á buscar para participar de las celestiales dulzuras que él gozaba en el desierto. Despertó Lupicino, y movido de la vision, dexó á su padre y á su hermana, y fue al instante á hacerse discípulo de su santo hermano.

Eran tan grandes los progresos que los dos fervorosos Solitarios hacian en el camino de la virtud, que no era fácil los dexase tranquílos el enemigo comun de nuestra salvacion. Refiere Gregorio Turonense, que el demonio intentó desviarlos del desierto con todo género de tenta-

ciones; entre ótras, siempre que se ponian en oracion caía sobre ellos una especie de lluvia de piedras. Salióle bien este nuevo artificio; porque como los dos nuevos solitarios eran muy visoños, ó estaban poco aguerridos en aquella especie de combates, tomaron la resolucion de desamparar aquel sitio para buscar otro donde viviesen mas sosegados. Iban ya de camino, y habiéndose hospedado en casa de una buena muger, noticiosa por éllos de la causa de aquel retiro, los representó con tal viveza el daño que se hacian en rendirse á la tentacion, y los habló con tanto celo, que avergonzados de su cobardía, volvieron pie atras, y en la misma hora se restituyeron á su antigua soledad.

Siguióse á esta generosa resolucion nuevo aumento de fervor, extendiéndose tanto por todas partes el buen olor de su virtud, que en poco tiempo los atraxo un gran número de discípulos. Los primeros, que con no corto trabajo descubrieron el lugar donde estaban escondidos nuestros Santos, fueron dos jóvenes eclesiásticos de Noyon, á los que siguieron tantos ótros, que fue menester edificar un monasterio, siendo este el principio de la célebre abadía de Condat, llamada despues de san Oyend, discípulo de nuestro Santo, y al cabo de san Claudio, obispo de Besanzon, que habiendo renunciado el obispado, se retiró á élla, donde hasta hoy se conserva su santo cuerpo todo entero, haciendo el Señor por su intercesion gran número de milagros.

A la fama de los muchos que cada dia obraban nuestros Santos en su desierto, concurrió tanta multitud de gente, que fue preciso edificar otro segundo monasterio en un lugar inmediato llamado Laucone; y aunque el humor y el genio de los dos santos Hermanos era muy diferente, el Espíritu santo los unió con tan perfecta conformidad de voluntades, que ninguna cosa pudo jamas descomponer, ni aun alterar su armonía.

San Lupicino era de genio austéro y duro, severo para sí, y no menos severo para ótros, de una especie de rigidez inflexíble; pero san Romano era su correctivo, siendo por su carácter afable, indulgente y dulce; á la verdad era austéro para sí, pero suavísimo para los ótros, de cuyas miserias sabia compadecerse.

Gobernaba cada uno de los Santos separadamente su monasterio; pero la regla y el espíritu era uno mismo. No es facil explicar el fervor, la soledad y la penitencia de aquellos santos religiosos; su piedad, el total desasimiento de todas las cosas, su contínuo silencio y las demas virtudes que practicaban, era asunto á la admiracion y á los elogios de toda la Francia; mas faltó poco para que el artificio del enemigo comun diese en tierra con aquella santa obra.

Llegó un año mas abundante que los demas, y aumentándose las provisiones del monasterio, juzgaron algunos religiosos poco mortificados, que tambien debia aumentarse la racion de los monges. Comenzó la murmuracion, y siguióse á élla el turbarse la paz del monasterio de Condat. Temiendo san Lupicino que la demasiada blandura de su hermano no sería bastante para remediar aquel desórden, le propuso que por algun tiempo trocasen de gobiernos, que él se entregaría por algunos meses del de Condat, y que Romano gobernase mientras tanto el de Laucone.

Consintió Romano; pero apenas Lupicino comenzó á penitenciar á los monges imperfectos, cuando en una sola noche se escapó del monasterio una gran parte de éllos. Con su fuga se restituyó la paz á la casa; pero Romano se afligió tan extraordinariamente, que con sus lágrimas, con sus oraciones y con sus gemidos movió á compasion al Padre de las misericordias, y consiguió de su piedad el arrepentimiento, y la conversion de los fugitivos, que todos volvieron al monasterio llenos de un vivo dolor, y repararon despues con su penitencia y con su fervoroso porte el escándalo que habian dado con su apostasía.

Hallábase poco mas ó menos por este tiempo en Besanzon san Hilario obispo de Arles, donde juzgaba podia exercer toda la jurisdiccion episcopal, en virtud de la primacía de las Galias, que pretendió competirle. Oyó hablar de la extraordinaria virtud de Romano, y deseando verle, le envió á llamar. En las conversaciones que tuvo con nuestro Santo, descubrió en él una santidad tan eminente, que sin querer dar oidos á las representaciones de su humildad, le confirió los órdenes sa-

grados, y hecho ya sacerdote, le volvió á enviar á su monasterio de Condat.

La nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y para que sobresaliese mas la religiosa sencillez de su conducta, sin que jamas se conociese que era sacerdote, sino cuando se le veía en el altar.

Pero creciendo cada dia el número de las personas que venian á ponerse debaxo de su direccion y disciplina, fue preciso edificar otros monasterios. Y como entre ótras deseasen tambien muchas doncellas consagrarse al Señor baxo el magisterio de Romano, edificó para éllas el monasterio de Beaume, donde cuando el Santo murió se contaban ciento y cinco religiosas gobernadas por una hermana del mismo Santo, que fue la primera abadesa.

Yendo Romano á visitar el sepulcro de san Mauricio, que se venera en Agaune, con su compañero Paladio, les cogió la noche en el camino, y para pasarla se refugiaron á una cueva, donde se recogian dos leprosos, padre é hijo, que á la sazon habian salido á buscar un poco de leña para hacer lumbre. Cuando volvieron quedaron admirados de ver en élla á los huéspedes; pero aún se asombraron mucho mas cuando vieron que Romano se abalanzó á abrazarlos, y á besarlos, sin tener horror ni asco de su lepra. Pasaron en oracion la mayor parte de la noche, como lo acostumbraban, y al mismo rayar el dia se pusieron en camino. Los leprosos despertaron despues, y se hallaron del todo sanos. Sabiendo que Romano tomaba el camino de Génova, se adelantaron por otro mas breve, y contaron á todos el milagro que acababa de obrar en éllos, que siendo ambos muy conocidos de toda la ciudad, su vista era el testimonio mas fiel de la maravilla. Con esto el obispo y el pueblo le salieron á recibir al camino, y le conduxeron á Génova como en triunfo. Estas honras sirvieron de gran tormento á san Romano, y le obligaron á volverse cuanto antes á encerrar en su monasterio, donde pocos meses despues, extenuado y casi consumido por sus grandes y contínuas penitencias, lleno de merecimientos, rindió el espíritu á su Criador el dia 28 de febrero del año 460, casi á los sesenta años de su edad, ha-

biendo pasado mas de treinta en el desierto.

Fue llevado el santo cadáver al monasterio de Beaume, donde pasaron los religiosos de Condat á hacerle los funerales, continuando Dios en honrarle despues de muerto con los mismos milagros con que le habia honrado en vida. Los que juzgan que san Romano fue religioso benedictino, no advierten que san Benito nació al mundo veinte años despues que murió nuestro glorioso Santo.

Parece que la célebre abadía de Condat no tomó el nombre de san Romano, por no haber quedado en élla su santo cuerpo, y que por la contraria razon se llamó la abadía de san Oyend, su tercer abad, hasta el siglo décimotercio, por venerarse en élla las reliquias de este Santo, cuyo nombre perdió tambien finalmente, y se llamó de san Claudio, por los grandes milagros que comenzó Dios á obrar en el sepulcro de este santo Obispo.

La misa es del Comun de los abades, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Romani abbatis commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad san Romano nos haga gratos á vuestra Magestad, para conseguir por sus oraciones lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. de san Pablo á los filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiercol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe, para

virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quod jam acceperim, ut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imagen de su muerte, á fin de llegar de cualquîer modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

NOTA.

"En muchas ocasiones habian dado á san Pablo repe-
»tidas pruebas de su amor y de su liberalidad los cristia-
»nos de Filipos, ciudad de Macedonia, como el mismo
»Apóstol lo asegura; y habiendo recibido en Roma, du-
»rante su prision, nuevos testimonios de su generosa cari-
»dad, los escribió esta epístola el año 61, mostrándolos
»en élla gran ternura, y exhortándolos á que sean sus
»imitadores, porque los apóstoles enseñaban cuál debia
»ser la vida del cristiano mas con sus exemplos, que con
»sus palabras. Dirígese la carta á los obispos y á los diá-
»conos de Filipos; pero por nombre de *obispos* entiende
»los presbíteros, cuyos nombres se confundian entonces
»frecuentemente."

REFLEXIONES.

No hay en la tierra bien, no hay fortuna, sino la que se refiere á Dios, nuestro único y soberano bien. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Nada es ventajoso sino lo que conduce para la salvacion.

El ilustre nacimiento ensoberbece; los grandes bienes de fortuna engrien el corazon, las dignidades, los empleos lustrosos deslumbran y atolondran; pero por poca religion que se tenga, á poca reflexîon que se haga, ¿se podrá fundar mucho sobre estas imaginarias prosperidades? Aquellos que las despreciaron, aquellos héroes del cristianismo, aquéllos que, á exemplo de san Pablo, miraron, apreciaron todo esto como si fuera un poco de estiercol,

¿se engañaron por ventura? ¿y serémos nosotros prudentes, si sentimos de estas cosas de otra manera que sintieron éllos?

El que no conoce á Jesucristo, ¿podrá pensar de otra manera? ¿acaso conocemos bien á este Señor, y nos hacemos cargo de su doctrina? Aquellos cristianos cobardes, imperfectos, aquellas almas mundanas que reputan por grandes ventajas todo lo que satisface á la concupiscencia, todo lo que lisonjea á los sentidos, todo lo que nutre al amor propio ¿reconocen éstas á Jesucristo por su soberano dueño, por el árbitro de su suerte eterna, por su Redentor, por su Dios y por su Juez? ¿conocen su ley y su doctrina tan contrarias á todo lo que desean, y tan opuestas á sus máxîmas y á sus costumbres? ¡Ah mi Dios, y qué pocos fieles, qué pocos cristianos verdaderos se encuentran cuando se hace reflexîon á las costumbres del siglo!

Mira qué alto desprecio hace el apóstol san Pablo de todo lo que embelesa el corazon y el espíritu del mundo; grandes títulos, opulencia, delicias, dignidades, todo lo compara á la basura: *Hæc omnia arbitratus sum ut stercora.* El mismo concepto hemos de formar de estas cosas, por toda la eternidad los bienaventurados en el cielo, y los condenados en las eternas llamas. Todos, así en el cielo, como en el infierno, conocerán la ninguna substancia de las honras que nos deslumbran, la nada de los bienes falsos, y la vileza de todo lo que al presente nos encanta. ¡Mi Dios! ¿por qué no discurrirémos, por qué no pensarémos mientras vivimos cómo hemos de pensar y cómo hemos de discurrir por toda la eternidad?

Todos somos discípulos de Cristo, rescatados por su preciosa sangre; pues pregúntese cada cual á sí mismo la parte que tiene en su dolorosa pasion. ¿Represento yo en mí la imágen de su muerte? pues no siendo así, todos debemos esperar cuando comparezcamos en su espantoso tribunal oir de su boca aquellas terribles palabras: *Discedite à me, nescio vos*: Apartáos de mí, que no sé quién sois, no os conozco.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis: et date eleēmosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis, quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Hacéos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la limosna.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la limosna en nuestra religion no es de simple consejo, sino de precepto. ¡Qué error tan grosero pensar que la caridad cristiana es obra de supererogacion! Cristo nos intima un precepto expreso de dar limosna, y es tan riguroso este precepto que bastará no haberle cumplido para ser reprobados de Dios, y para oir de su divina boca aquella formidable sentencia (*Matth.* 25.): *Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno.* ¿Y por qué, Señor? *Porque tuve hambre, y no me dísteis de comer; porque estaba desnudo, y no me vestísteis.* Es cierto que un Dios tan bueno y tan justo nunca reprobará al hombre por haber omitido sus consejos, sino por haber violado sus preceptos. Di ahora que la limosna es un acto de pura devocion.

En verdad os digo (*Matth.* 25.), añade el Salvador del mundo, *que todo lo que hiciéreis con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo lo haceis.* Despues de esto, no es digno de admiracion que haya pobres en la Iglesia de Dios, á quienes falta todo; que los haya en medio de unos cristianos, persuadidos á la verdad de un artículo que es de los mas importantes, y de los mas bien funda-

dos de nuestra religion; conviene á saber, que se hace con Dios lo que se hace con los pobres.

¿Podia Cristo hacer á los pobres partido mas ventajoso, que ponerse en su lugar? ¿podia la divina Providencia consignarlos fondo mas abundante para su subsistencia? Y si entre los cristianos hubiera fe, ¿habria entre éllos hombres mas felices que los mas miserables? No es ya el pobre á quien niego la limosna, sino al mismo Jesucristo: no es ya un hombre vil y despreciable á quien despido con dureza, sino al mismo Autor del Universo; despido al Redentor, al Juez soberano de los hombres. Ni pensemos que cuando el pobre nos pide una limosna nos pide una pura gracia; pídenos una cosa á que tiene legítimo derecho, y que de justicia le debemos.

Todos nuestros bienes pertenecen á Dios; son suyos por el derecho de soberanía, y le debemos el tributo y el homenage de éllos; este tributo y este homenage le tiene consignado á la subsistencia de los pobres, haciéndoles á éllos sus súbditos y sus apoderados para que le cobren en su nombre. En vista de esto, ¡te parecerá nada el no socorrer á los miserables! ¡te parecerá nada el negarles la limosna que les puedes dar!

¡Ah, mi Dios, y qué bien comprendo ahora la justa razon con que condenais á los réprobos por no haber hecho bien al próximo necesitado, por haberle negado la limosna! que en suma fue una injuria, fue una injusticia que se hizo á vuestra persona, vergonzosa impiedad, de que me reconozco, y me confieso demasiadamente culpable.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la limosna es una de las señales mas ciertas de predestinacion; como al contrario, la dureza con los pobres es una muestra visible y poco dudosa de la reprobacion eterna.

El fundamento mas sólido de nuestra salvacion es la misericordia de Dios. ¿Pues dónde se cimienta mejor este fundamento que en la misericordia con los pobres? (*Matth.* 15.) *Bienaventurados los misericordiosos, porque éllos alcanzarán la misericordia. Con la medida con que midiéreis, con esa sereis medidos* (*Luc.* 6.). *Dad, y se os dà-*

rá á vosotros con medida llena, apretada, y que rebose.

La limosna, dice Tobías (*Tob.* 12.), purifica las almas del pecado, consiguiendo un verdadero dolor de nuestras culpas. Despues de todo, decia el Salvador, haced limosna, y sereis purificados de vuestras culpas, por la gracia de la conversion que os conseguirá la limosna. *Eleëmosynis peccata tua redime*, decia Daniel (*Dan.* 4.), al otro Monarca: Redime con limosnas tus pecados. Ciertamente entre los grandes embarazos que traen consigo las riquezas para la salvacion, la única ventaja que producen á los ricos es que con éllas pueden satisfacer lo que deben á la justicia de Dios, repartiéndolas entre los pobres. ¡Cuántos poderosos protectores, cuántos finos amigos pueden ganar con éllos en la presencia de Dios!

Bienaventurado aquel, dice el Profeta (*Psalm.* 45.), que atiende á las necesidades del pobre, porque no solo le conservará el Señor entre todos los peligros de la vida, no solo le hará dichoso en el mundo, sino que en aquel momento crítico y decisivo de la eternidad le asistirá Dios con modo muy especial, le librará de los lazos y de los artificios del enemigo. ¡Y qué, Señor, despues de tantas seguridades de vuestra liberalidad, se hallarán corazones tan duros qne no quieran hacer limosna!

¿Por ventura temes que te falte á ti por socorrer á los pobres? ¡Ah, que la limosna es la que asegura los bienes, la que llena las casas de abundancia, y la que perpetúa en éllas las prosperidades! Es preciso tener muy poca religion, es preciso un corazon hecho al reves para tener poca caridad con los pobres.

Mi Dios, grandísimo dolor es el mio por haber conocido hasta aquí tan poco, y tan mal la poderosa virtud de un medio tan eficaz para salvarme. Si no me hallo en estado de dar mucho, espero que tomaréis en cuenta mi buena voluntad, y el deseo de serviros y de honraros en la persona de los pobres. ¡Será posible, Señor, que pudiendo haceros bien, haciéndosele á éllos, dude siquiera un punto en executarlo!

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem. Salm. 40.

Bienaventurado aquel que mira con compasion al pobre y al necesitado.
Qui dat pauperi, non indigebit. Proverb. 28.
Nunca padecerá necesidad el que socorre las necesidades del pobre.

PROPOSITOS.

¿Quieres dexar muchos bienes á tus hijos, pasar los dias de tu vida con la mayor abundancia, perpetuar el fruto de tus sudores y de tu industria, asegurar la prosperidad misma hasta una larga y dichosa prosperidad? pues da toda la limosna que pudieres, sé liberal con los pobres, abre la bolsa á los necesitados. Pocos preceptos hay mas positivos, y pocas recompensas hay mas seguras. La limosna no solo no ha empobrecido á persona alguna, sino que seguramente se puede decir que apenas hay fortuna bien cimentada, apenas hay larga prosperidad, que no sea efecto de la caridad de los hijos, ó de la limosna de los padres. Haz firme propósito desde hoy de no dexar pasar dia alguno sin santificarle con alguna limosna. ¿Tienes bienes de fortuna? paga el diezmo á Dios en sus pobres, mirándolos á éstos como recaudadores de sus rentas. ¿Estás imposibilitado á dar limosna? pues á lo menos honra á los pobres, sírvelos, consuélalos, alívialos segun la posibilidad de tu estado. Si tuviéramos verdadera fe, fe viva, y llena de actividad, á pocos miraríamos con mas respeto que á los pobres; porque veríamos en su persona la imágen de Jesucristo, que representan con mucha especialidad.

2 Arregla las limosnas segun tus bienes y tus rentas. ¿Qué has de dar á los pobres, si solo piensas en hacer limosna de lo que te sobra? Poquísimos son los que creen que les sobra nada. Los que mas gastan en el juego, en alhajas, en muebles, en equipages y en convites son por lo comun los que hacen menos limosna. Despues de eso, ¿de qué nos admiramos de aquellas revoluciones de fortuna, que sepultan en polvo á los que no quisieron pagar á Dios el tributo de sus bienes? Determina á punto fixo lo que has de dar todos los años, todos los meses, todas las semanas y todos los dias á aquel Señor de quien esperas to-

do, y á quien debes esos bienes y esa vida. Si los tiempos fueren desgraciados, por lo mismo has de ser mas caritativo: ese es el medio de sentir menos los efectos de los malos temporales. Los muchos hijos, y otras muchas razones domésticas deben reformar los gastos en la profanidad, en las diversiones y en el juego; pero no en las limosnas. Si tuvieras ocho hijos, y Dios te diera el noveno, no le abandonarias; pues pon en su lugar á Jesucristo, y gasta con los pobres lo que habias de gastar con ese noveno hijo. Dexa de jugar, y lo que á tu parecer podias perder hoy en el juego, empléalo en limosnas. ¿Tienes gana de comprar una alhaja que no te hace falta, de tener un dia de campo con cuatro amigos, de hacer un gasto de pura vanidad ó por capricho? pues prívate de ese gasto, y da lo que te habia de costar á quien te lo puede restituir, ó recompensar con una correspondencia cien doblada. Pocas comunidades, y aun pocas familias particulares se hallarán que no puedan socorrer á algun pobre, á quien quizá se le dexa perecer por negligencia ó por olvido. En fin, has de tener siempre una naveta separada, que se ha de llamar *el tesoro de los pobres*, donde siempre que cobres parte de tus rentas, ó de las ganancias que hicieres con el comercio, has de meter alguna cosa. Este fondo debe estar independiente de las limosnas ordinarias, y se llamará *el tesoro de los pobres*, porque se ha de destinar para asistirlos extraordinariamente en sus necesidades.

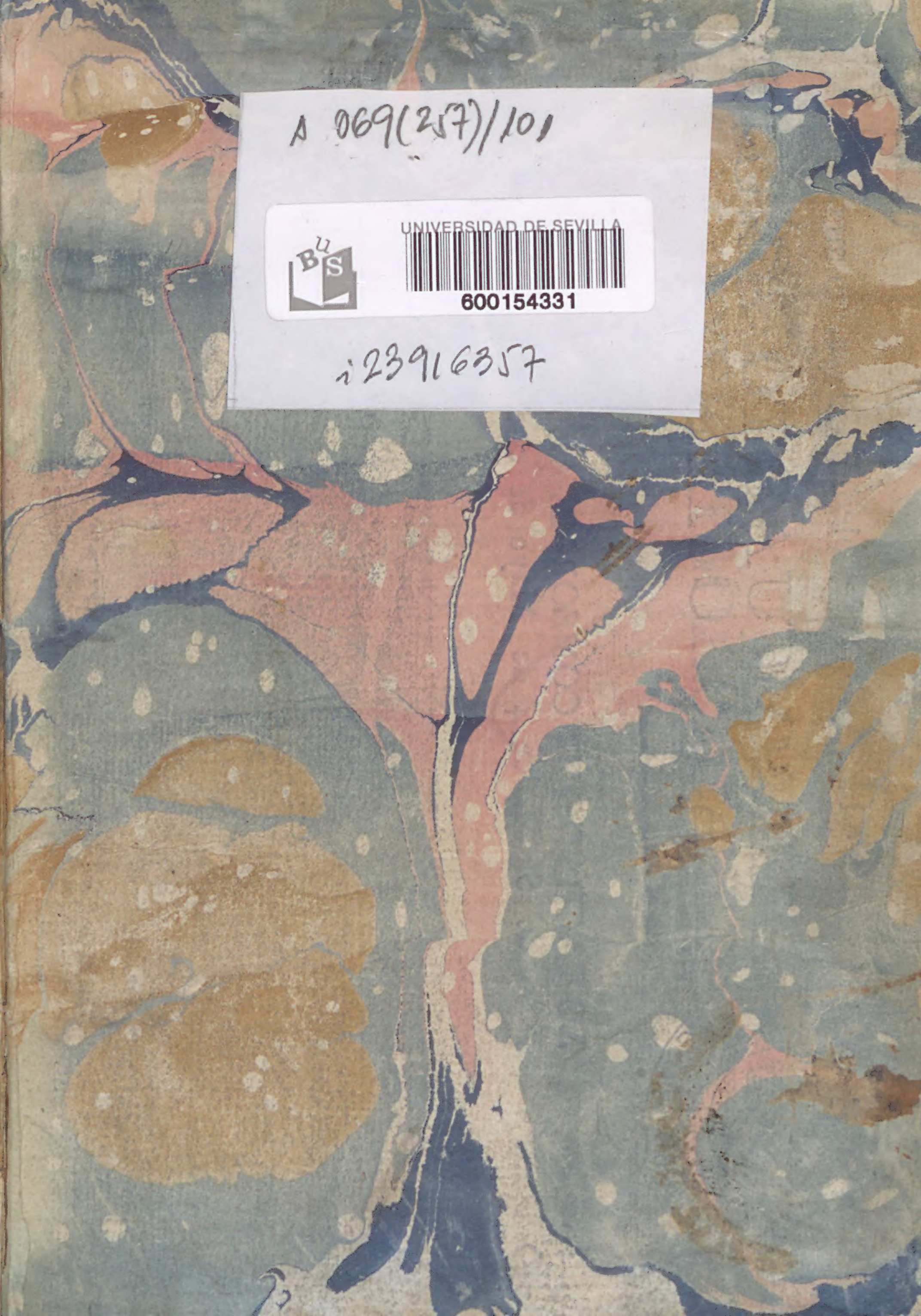
FIN DEL MES DE FEBRERO.

TABLA

De los títulos que se contienen en este segundo tomo.

FIN DE LA TABLA.






69
AÑO
CRISTIANO
FEBRERO


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm